OBDULIO LÓPEZ

TIEMPO DE MENTIRAS

Con una mentira suele irse muy lejos,
pero sin esperanza de volver

(Proverbio judío)

Obdulio López

TIEMPO DE MENTIRAS

© Tiempo de Mentiras
© Del texto: Obdulio López, 2017
© Diseño portada: Sebastián Fernández
Primera Edición: Marzo 2022
ISBN: 9798414507987
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del autor. Todos los derechos reservado

ÍNDICE

Capítulo I…….. El edicto real
Capítulo II…….. La audiencia
Capítulo III…….. El éxodo
Capítulo IV…….. La ermita de la Virgen de la Loma
Capítulo V…… El aposento oculto
Capítulo VI…….... Un descubrimiento importante
Capítulo VII…… De nuevo en el camino
Capítulo VIII…… En la Castilla mediterránea
Capítulo IX…… La capilla de los Vélez
Capítulo X…….. Su eminencia Bernardino de Carvajal
Capítulo XI……..…. Don Álvaro el erudito
Capítulo XII……. Los jardines del rey Lobo
Capítulo XIII…… El soldado manco
Capítulo XIV…… El banquete
Capítulo XV…….. El auto de fe
Capítulo XVI…….. La confesión
Capítulo XVII……. La mazmorra
Capítulo XVIII…… Los soldados de Cristo
Capítulo XIX…… Armando de Mont-Agut
Capítulo XX……. La leyenda del mapa
Capítulo XXI…….. La reyerta
Capítulo XXII…….. Un testigo menos
Capítulo XXIII…… Un asunto de alto secreto
Capítulo XXIV……. La maldición de Yahvé
Capítulo XXV……. El viaje al Vaticano
Capítulo XXVI…….. La confidente
Capítulo XXVII ……. El banquete de los Bartomeu
Capítulo XXVIII…….. La ciudad eterna
Capítulo XXIX ……. El duelo a muerte
Capítulo XXX…….. Una disputa callejera
Capítulo XXXI…… Una visita de cortesía
Capítulo XXXII …….. La misiva
Capítulo XXXIII……. La hégira
Capítulo XXXIV……. En Génova
Capítulo XXXV ……. De camino a Roma
Capítulo XXXVI…….. Roma

Dedicado a Manuel, Jesús,
Laura, Yolanda, Marisa y Pilar,
compañeros de Junta Directiva
de la Asociación de la Semana de la
Novela Histórica de Cartagena.

I. El edicto real

Toledo, 29 de abril de 1.492

Era día de mercado. Un incesante bullicio de gentes, carros, y cabalgaduras dominaba la plaza Mayor. Al alba, las voces y ruidos de los comerciantes montando sus tenderetes, se oían en las sólidas casas de madera y regios sillares que circundaban el recinto porticado. La mayoría de ellas lucían en sus portadas elegantes escudos nobiliarios de los personajes más importantes de la ciudad. La abundancia de balcones propiciaba que los días de fiesta se engalanaran con pendones de vivos colores y que los espectadores se apiñaran en ellos para contemplar espectáculos paganos y religiosos.

A esa temprana hora, los criados ya se afanaban en preparar lo necesario para que sus señores encontraran todo dispuesto cuando se levantaran. Las fregonas repasaban los suelos hasta dejarlos como espejos, además de planchar y calentar el agua para la artesa donde los nobles tomarían el baño y los mozos de caballos almohazaban a los sementales. Sin duda deseaban conseguir el favor de alguna bella dama y con ello cumplir el ideal del espíritu caballeresco: fama, gloria y honor.

El prestigio de sabios y letrados crecía enormemente, de tal modo que Toledo se había convertido en un gran centro cultural, científico y filosófico que, como un poderoso imán, atraía a numerosos estudiosos de diferentes reinos. Con ello se acrecentaban las ilusiones de algunos padres con hijas núbiles que paseaban orgullosos mostrando su elevada posición. Con cara despreocupada, la casadera se interesaba más en las telas bordadas con hilos de oro, recién llegadas de oriente, y en los finos abalorios, que en un futuro cónyuge.

Se acercaba la hora tercia y la plaza, magníficamente empedrada, rebosaba de gentes venidas de distintos lugares. Los artesanos exponían sus productos en precarios mostradores protegidos de la solana por sábanas y mantas multicolores a modo de toldo. El rumor de un millar de personas comprando, vendiendo y pregonando sus mercancías era resonante.

Los chiquillos corrían por la plaza armando jaleo con sus gritos y juegos. Los hijos de los comerciantes, venidos de otros pueblos, rivalizaban con los de la ciudad. Las peleas eran constantes y los mayores hacían prevalecer su fuerza física. Se reían de los pobres que mendigaban y apedreaban a perros y gatos y si se topaban con alguno malherido lo remataban. Eran violentos y no tenían piedad de nada ni de nadie. Se burlaban de la caridad y despreciaban todo cuanto sus padres les enseñaban.

Una permanente y difuminada nube envolvía la plaza y a sus visitantes. Los músicos tañían adufes mientras danzaban recorriendo los tenderetes. Los más visitados eran los que expendían comidas y bebidas. Los hedores, como el de sangre y especias cocinadas, se amalgamaban en un ambiente seco y caluroso que se elevaba al cielo en forma de humo. Entre la muchedumbre pululaban pedigüeños, pícaros, falsos tullidos y algún que otro clérigo piadoso en busca de almas que redimir.

Una familia de titiriteros hacía las delicias de los menores con sus comicidades. Al son de un atabal y de una chirimía obligaban a una cabra a subirse a una pequeña y estrecha banqueta. Acabado el acto, mientras los espectadores aplaudían la destreza del animal, la menor de la familia pasaba un cestillo para que los concurrentes echaran alguna moneda.

Desde otro rincón de la plaza se oían grandes carcajadas. Un ladrón de perros debía cumplir su castigo públicamente. Había robado un can y la justicia, según un antiguo código, le había impuesto el castigo de abrazar el trasero del perro. El hombre, con pinta de lebrón, habituado a apropiarse de lo ajeno, se resistía mirando al alguacilillo que —junto a dos guardias y al dueño del perro— le conminaba a cumplir su sentencia. El penado no disponía de dinero suficiente para pagar la multa a la que había sido sentenciado. El coro vocinglero de las gentes que le rodeaba le incitaba a dar ese abrazo al trasero del animal. El can, sujeto con una cuerda a la mano del dueño, miraba con extrañeza al manilargo cada vez que éste hacía un esfuerzo y se acercaba al galgo.

Junto a una de las puertas de la plaza había contadores de cuentos. Más allá, dos juglares cantaban y explicaban, con cómicas expresiones, las gestas del Cid Campeador, dibujadas en un lienzo coloreado. Niños y mayores asistían embobados, pero con una sonrisa permanente, a los exagerados ademanes con que los dos hermanos, Ariel y Ehud, escenificaban las hazañas.

En el lado contrario, en donde jugaban los chiquillos, una larga hilera de abuelas ataviadas con pañolones de luto, husmeaban, chismorreaban y observaban todo cuanto ocurría ante ellas sin perder detalle. Sus vidas, curtidas entre sabañones, golpes de pecho, lamentos y pucheros, se difuminaban como la polvareda que lentamente ascendía y desaparecía en lo alto.

Aquel recinto servía para armonizar lo monumental y lo popular, lo público y lo privado, lo comercial y lo ceremonial. De esta forma se configuraba un espacio vital y abigarrado que, sin lugar a dudas, era el corazón de la ciudad donde se escenificaba lo esencial para sus

vecinos. Precisamente ese día, rozando la hora sexta, unos redobles de tambores y timbales se escucharon en la plaza. Las actividades pararon y la gente miró hacia el lugar de donde provenía el atronador sonido. Por la puerta oriental entraba un pequeño destacamento de soldados; unos con bacinete y alabarda y otros con percusión. En medio de ellos, un oficial; a su lado el escribano del concejo de la ciudad. Avanzaron hasta llegar al centro del recinto. Una vez allí, los redobles aumentaron hasta que el oficial se colocó, junto con el escribano, a varios pasos de los soldados y de la muchedumbre que, atenta a lo que pudieran anunciar, había hecho un corro alrededor de los soldados.

Los atabales callaron. El oficial desplegó un largo pergamino del que colgaban tres cintas; una blanca, una gualda y otra carmesí. Con voz fuerte y clara empezó a leer:

«Los reyes Fernando e Isabel, por la gracia de Dios, reyes de Castilla, León, Aragón y otros dominios de la corona, al príncipe Juan, los duques, marqueses, condes, órdenes religiosas y sus maestres, señores de los castillos, caballeros y a todos los judíos hombres y mujeres de cualquier edad y a quienquiera esta carta le concierna, salud y gracia para él. Bien es sabido que, en nuestros dominios, existen algunos malos cristianos que han judaizado y han cometido apostasía contra la santa fe católica, siendo causa la mayoría por las relaciones entre judíos y cristianos. Por lo tanto, en el año de 1480, ordenamos que los judíos fueran separados de las ciudades y provincias de nuestros dominios y que les fueran adjudicados sectores separados, esperando que con esta separación la situación existente sería remediada, y nosotros ordenamos que se estableciera la Inquisición en estos dominios; y en el término de doce años ha funcionado y la Inquisición ha encontrado a muchas personas culpables además, estamos informados por la Inquisición y otros el gran daño que persiste a los cristianos al relacionarse con los judíos, y a su vez estos judíos tratan de todas maneras a subvertir la Santa Fe Católica y están tratando de obstaculizar cristianos creyentes de acercarse a sus creencias. Y a la fe cristiana y religión cada día parece que los judíos incrementan en continuar su maldad y daño objetivo a donde residan y conversen; y porque no existe lugar donde ofender de más a nuestra santa creencia, como a los cuales Dios ha protegido hasta el día de hoy y a aquellos que han sido influenciados, deber de las Santa Madre Iglesia reparar y reducir esta situación al estado anterior, debido a lo frágil del ser humano, pudiese ocurrir que podemos sucumbir a la diabólica tentación que continuamente combate contra nosotros, de modo que, si siendo la causa principal los llamados judíos si no son convertidos deberán ser expulsados del reino.

Nosotros ordenamos además en este edicto que los judíos y judías

cualquiera edad que residan en nuestros dominios o territorios que partan con sus hijos e hijas, sirvientes y familiares pequeños o grandes de todas las edades al fin de julio de este año y que no se atrevan a regresar a nuestras tierras y que no tomen un paso adelante a traspasar de la manera que si algún judío que no acepte este edicto si acaso es encontrado en estos dominios o regresa será culpado a muerte y confiscación de sus bienes. Y hemos ordenado que ninguna persona en nuestro reinado sin importar su estado social incluyendo nobles que escondan o guarden o defiendan a un judío o judía ya sea públicamente o secretamente desde fines de julio y meses subsiguientes en sus hogares o en otro sitio en nuestra región con riesgos de perder como castigo todos sus feudos y fortificaciones, privilegios y bienes hereditarios. Hágase que los judíos puedan deshacerse de sus hogares y todas sus pertenencias en el plazo estipulado por lo tanto nosotros proveemos nuestro compromiso de la protección y la seguridad de modo que al final del mes de julio ellos puedan vender e intercambiar sus propiedades y muebles y cualquier otro artículo y disponer de ellos libremente a su criterio que durante este plazo nadie debe hacerles ningún daño, herirlos o injusticias a esta personas o a sus bienes lo cual sería injustificado y el que transgrediese esto incurriría en el castigo los que violen nuestra seguridad Real. Damos y otorgamos permiso a los anteriormente referidos judíos y judías a llevar consigo fuera de nuestras regiones sus bienes y pertenencias por mar o por tierra exceptuando oro y plata, o moneda acuñada u otro artículo prohibido por las leyes del reinado. De modo que ordenamos a todos los concejales, magistrados, caballeros, guardias, oficiales, buenos hombres de la ciudad de Burgos y otras ciudades y villas de nuestro reino y dominios, y a todos nuestros vasallos y personas, que respeten y obedezcan con esta carta y con todo lo que contiene en ella, y que den la clase de asistencia y ayuda necesaria para su ejecución, sujeta a castigo por nuestra gracia soberana y por la confiscación de todos los bienes y propiedades para nuestra casa real y que esta sea notificad a todos y que ninguno pretenda ignorarla, ordenamos que este edicto sea proclamado en todas las plazas y los sitios de reunión de todas las ciudades y en las ciudades principales y villas de las diócesis, y sea hecho por el heraldo en presencia de el escribano público, y que ninguno o nadie haga lo contrario de lo que ha sido definido, sujeto al castigo de nuestra gracia soberana y la anulación de sus cargos y confiscación de sus bienes al que haga lo contrario. Y ordenamos que se evidencie y pruebe a la corte con un testimonio firmado especificando la manera en que el edicto fue llevado a cabo. Dado en esta ciudad de Granada el treinta y uno día de marzo del año de nuestro señor Jesucristo de 1492. Firmado Yo, el rey, Yo, la reina, y Juan de la Colonia secretario del rey y la reina quien lo ha escrito por orden de sus Majestades».

El oficial no había terminado de leer el edicto real cuando los dos jóvenes juglares, Ariel y Ehud, recogieron discretamente sus pertenencias y desaparecieron de allí.

Un griterío ensordecedor, junto con innumerables vivas a los reyes, tronó en la plaza. La esperada noticia para muchos, aunque tarde, había llegado. Los judíos ya estaban sentenciados. Se convertían al cristianismo o en menos de tres meses no quedaría ninguno en los reinos de Castilla y Aragón.

Una aguda punzada horadaba el corazón de aquellos jóvenes mientras caminaban con presteza en busca del abrigo de la judería. Sin duda, allí encontrarían la comprensión del rabino y el calor de los suyos.

—¿Qué más pueden hacernos?—se preguntó Ariel—: Nos requisan los libros sagrados. Cierran nuestras sinagogas. Se nos prohíbe ejercer ciertos oficios. Vivimos recluidos en nuestros barrios, incluso en algunos lugares nos ponen distintivos en las ropas…

Mientras aceleraba el paso, Ehud le respondió entre resuellos:

—Será mejor refugiarnos mientras pasa esta euforia. Esperemos que sea un mal sueño.

Los ánimos, encendidos desde hacía muchos años en contra de los judíos, podían volver a estallar. Eran muchos los judíos muertos. Simples calumnias, delaciones y un sinfín de denuncias en contra de los hebreos servían para que la Inquisición obrase de oficio. El inquisidor general, Tomás de Torquemada estaba alerta y, según todos los indicios, fue quien aconsejó a los reyes Isabel y Fernando que emitiesen el edicto de expulsión de los judíos que no aceptasen convertirse al cristianismo.

Llegados a la judería se introdujeron por las estrechas y encaladas callejuelas hasta llegar a una empinada cuesta que llevaba a la casa del rabino Shlomo. Ariel y Ehud entraron, precipitadamente, al pequeño tabuco, para comunicarle al anciano tan triste y trascendental noticia. El rabino se hallaba sentado, leyendo junto a una ventana.

—*Shalom, Aleichem* —saludaron ambos jóvenes.

—¡Rabí, nos exilian! —gritó Ariel sin esperar a que el anciano contestara al saludo.

Sorprendido por la inesperada y violenta entrada de los dos jóvenes, el rabino dejó la lectura y se levantó. Era un hombre flaco, no muy alto, con el pelo y la barba cana y, a pesar de superar los ochenta años, gozaba de un recio andar.

—¿Qué nos exilian? ¿Quién nos exilia? —inquirió, extrañado.

—Rabí, los reyes Isabel y Fernando han decretado nuestra

expulsión de sus reinos —explicó Ariel, sucintamente.

Antes de contestar, el anciano respiró con profundidad:

—Hijos míos, nuestro pueblo ha sufrido tantas persecuciones…

—¡Es cierto, rabí! —confirmó Ehud a voz en grito lo dicho por su hermano al ver que el anciano no reaccionaba como se suponía que debía de hacerlo. Imaginaban que el rabino enarbolaría una espada y saldría a la calle a declarar la guerra a los cristianos. Nada más lejos de la realidad. El rabino compuso cara de condescendencia y de resignación. Antes, en su juventud —recordó— también actuaba como aquellos jóvenes; con ímpetu y violencia. Gracias a la senectud y a la experiencia había comprendido que aquella no era la mejor forma de solucionar las afrentas infringidas a su pueblo. Durante los últimos años, el pueblo judío había sufrido tantas que, aquello, no le pillaba ya por sorpresa. «Algún día tenía que ocurrir», caviló en su interior. Luego, pesaroso, expuso:

—Hace doce años nos obligaron a vivir en barrios separados por una cerca y tres años más tarde, a los que residían desde hacía muchísimos años en Sevilla, en Cádiz y en Córdoba, la Inquisición les obligó a abandonar sus lugares de residencia…

—¿Por qué no nos quieren? Pagamos más impuestos que los cristianos — argumentó Ariel con razón, interrumpiendo al anciano.

El rostro del rabino mostraba gravedad. Debía apaciguar los ánimos de los jóvenes antes de que cometieran una locura que empeorara aún más la ya difícil situación.

—Hijos míos, los cristianos nos ven como una raza de fuertes convicciones religiosas. Mucho más fuertes que las suyas y temen que por nuestra influencia, todo el poder con el que obra la iglesia católica, se venga abajo.

La voz del rabí había sonado triste, como resignada. Sin embargo, la de Ehud sonó impetuosa cuando le contestó:

—Pero nosotros les somos útiles; trabajamos y pagamos impuestos.

Rayando en la falta de respeto hacia el rabino, Ariel dio un fuerte golpe en la mesa.

—¡Eso no les basta! Quieren eliminarnos como raza.

La violencia con la que hablaba su hermano encendió también a Ehud, mucho más moderado.

—¿Cuántos judíos han sufragado la conquista del reino de Granada? Y, ¿cuántos han muerto en el empeño?

El rabino Shlomo asintió con desgana, como si él supiera la pregunta antes de que el joven se la formulara. Después de una breve pausa, contestó:

—Son los designios de Yahvé y como tales hay que aceptarlos.

Aquella resignación no caló en el interior de los jóvenes que, incrédulos, miraban al rabino. ¿Cómo había que aceptar un edicto tan duro y tan cruel? ¿Por qué? ¿Qué hemos hecho? Los jóvenes suponían que una de las misiones de los rabinos era arengar a su pueblo y ponerlo en pie de guerra contra los cristianos. Aquella afrenta era difícil de asumir y de aceptar.

Todas las preguntas tronaban en la mente de ambos jóvenes, pero fue Ariel el que arengó:

—¡Debemos luchar!

Espoleado por la decisión y la fuerza de su hermano, Ehud le apoyó:

—Rabí, salgamos a la calle a defender nuestras convicciones, nuestras tradiciones, nuestra religión...

Lentamente, el rabino cerró los ojos, como si meditase. Luego expuso:

—Hijos míos, la violencia no es el camino. La sangre no libera a los pueblos, al contrario: los hace aún más esclavos.

Extrañado, Ariel preguntó:

—Entonces, ¿cuál es nuestro camino, rabí?

El viejo tomó de nuevo el libro y leyó:

—Dice el Señor:

«Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos, más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más altos que vuestros pensamientos».

—Rabí, no entiendo —expuso Ariel, confuso.

El anciano, volvió a leer:

—Dice el Señor, Dios de Israel: «No temas, porque estoy contigo. No desmayes, porque soy tu Dios. Yo te esfuerzo; yo te ayudaré; sí, yo te sostendré con la diestra de mi justicia».

—¿Quiere decir que esa es la voluntad de Dios?

—Así es. Él nos ayudará.

Ambos jóvenes, después de besar la mano del rabino, salieron de la casa un tanto confusos. Ahora se hacían más preguntas que cuando entraron, pero confiaban ciegamente en él, y eso, en tiempos de desconcierto, era bastante.

Caminaban cabizbajos y pensativos hacia su casa. Allí encontrarían la paz que necesitaban y podrían meditar. Pero, una vez fuera del calor de la voz del rabino, la rabia y el resentimiento fueron acumulándose en el corazón de Ariel hasta que no tuvo más remedio que soltar su puño violentamente contra la pared.

—¡Basta! ¡Hasta cuándo!

Mirando cómo sus nudillos sangraban decidió desobedecer al

rabino y acudir a la sinagoga a extender la noticia. Allí arengaría a sus conciudadanos en contra de los cristianos.

—¡Vamos a la sinagoga! Conseguiré levantarlos en armas.

Más tranquilo de carácter, Ehud intentó apaciguarlo.

—Ariel, tranquilízate. Esto no es cuestión ni de una ni de dos personas.

—¡Estoy harto! —profirió con voz quebradiza.

—¿Vas a desobedecer al rabino?

Ariel enmudeció y unas lágrimas de rabia contenida invadieron sus ojos. Ehud le abrazó.

—Anda, vayamos a casa.

Los dos gemelos eran altos, corpulentos y bien parecidos. Acababan de cumplir veinte años. Todo el mundo en la aljama decía que se parecían mucho a su madre, muerta prematuramente. Su padre también había muerto hacía unos años y, desde entonces, vivían solos en la casa paterna. Dos vecinos ejercían cierta autoridad sobre ellos desde que se quedaron huérfanos a la edad de quince años. Ninguno de los dos quiso continuar con el oficio de comerciante, la profesión de su padre. Gracias a su enorme parecido, imposible de distinguir quién era cada cual, decidieron explotarlo y ganarse la vida como juglares. Uno de sus números cómicos consistía en explicar sobre un lienzo cualquier hazaña o leyenda vestidos de una forma tan estrafalaria que llamaba poderosamente la atención de los niños. Al poco, el que estaba de cara al público explicando la gesta se introducía detrás de una cortina e, inmediatamente, salía el otro hermano vestido de forma diferente para seguir contando el relato. Aquello provocaba la hilaridad de los espectadores al no poder comprender cómo podía cambiarse de vestimenta con tanta rapidez.

II. La audiencia

Acuciados por el corto espacio de tiempo otorgado por los reyes para abandonar sus reinos, los judíos organizaron reuniones en las sinagogas para debatir el trascendental asunto. Aunque en realidad sólo tenían dos opciones: el éxodo o la conversión al cristianismo. Los rabinos, guardianes y garantes de su religión, abogaban por la fidelidad a sus convicciones religiosas y animaban a sus correligionarios a vender enseres y propiedades para financiar un largo y costoso viaje hacia el destierro.

Fueron muchas las familias desgajadas por este motivo. Padres, madres, hijos, abuelos, decidieron, en muchos casos, permanecer en la tierra donde habían nacido y trabajado toda su vida. La condición

consistía en repudiar la religión judaica y abrazar el cristianismo, aunque ese acto no les garantizara una vida fácil y cómoda. «Pero eso era mejor que viajar a lo desconocido», pensaban ellos.

Al conocer el edicto, tres de los cuatro judíos más influyentes en la corte se convirtieron al cristianismo: el tesorero mayor del reino Abraham Seneor, fray Hernando de Talavera, confesor de la reina y el mayordomo Andrés de Cabrera. Los físicos judíos, que atendían las dolencias de la reina, intercedieron ante la corona con el ánimo de que el edicto se suavizase. Pero Tomás de Torquemada, el inquisidor general, ya había sembrado el odio a los judíos, incluso en las cámaras reales, y era el personaje que daba al santo oficio su verdadero carácter siniestro.

Justo a los tres meses, cuando expiraba el plazo para salir del reino, el cuarto de los judíos influyentes en la corte y que no había aceptado la conversión al cristianismo, anunció la intención de unirse a sus hermanos en el éxodo. Antes de ello, pidió audiencia a los reyes en un último intento por abolir el edicto.

Rozaba la hora sexta. El sol dominaba en lo más alto de un cielo azul cuando Isaac Abrabanel, a lomos de su montura, llegó a las puertas de las dependencias reales. Descabalgó en el patio de caballos y un criado llevó el animal a los establos. Desde una de las ventanas de sus aposentos, el inquisidor general oyó los cascos sobre el empedrado del patio y se asomó para certificar que el visitante era quien él creía.

Avisado de su llegada, el ayudante del rey le acompañó hasta el salón donde se encontraban los monarcas en sendos tronos de recia madera, delicadamente tallados y adornados con volutas doradas. De fondo y colgados de los muros se exhibían los pendones de los reinos de Castilla y Aragón.

El rey Fernando vestía camisa blanca de puños bordados bajo una chaqueta carmesí con aderezos en el pecho, calzas de color marrón claro y escarpines de cuero. De mediana estatura y de generosos pechos, la reina poseía unos ojos oscuros y orgullosos, el cabello castaño, brillante y liso. Una casaca de seda que le llegaba a la rodilla con la cintura muy ceñida y faldellín acampanado, cubría un bonito traje azul celeste. Se tocaba con un delicado velo que descansaba sobre los hombros.

Los monarcas se encontraban reunidos con su asesor, Luis de Santángel y con varios nobles, debatiendo, desde primera hora de la mañana, dos asuntos de máxima importancia: el primero y más significativo trataba de la ayuda económica que necesitaba la reina Isabel para financiar el inminente viaje a las Indias de un aventurero

que hacía años la había cautivado. Para eso, precisamente, había mandado llamar a los nobles. El aventurero era un experto marino y cartógrafo llamado Cristóbal Colón.

Por otro lado, Luis de Santángel también hacía las veces de valedor del marino y en su nombre exhibía a los monarcas las capitulaciones para su estudio y posterior firma. En ellas, Colón exigía que se le otorgara el título vitalicio y hereditario de almirante, virrey y gobernador de todas las tierras que descubriera. El derecho a recibir la décima parte de todas las riquezas y mercancías obtenidas en la empresa y el derecho a contribuir con la octava parte de los gastos de la expedición a cambio de recibir luego una parte similar de los beneficios obtenidos.

Acabada la audiencia, los soldados de guardia en la puerta retiraron enérgicamente sus alabardas. La enorme puerta se abrió de par en par y por ella salió un altivo Colón, seguro de su victoria dialéctica ante los reyes. Sin detenerse miró de soslayo a un viejo que, acompañado por el ayudante del rey, aguardaba cabizbajo, sentado en un banco.

Uno de los ordenanzas, voceó:

—¡Isaac ben Yudah Abravanel!

Bajo el dintel de la puerta apareció el judío ataviado con sus mejores galas. Repleto de toda la nobleza castellana, el salón se envolvía con un ambiente de intriga por los importantes temas que los reyes sancionarían esa misma mañana. Nada más entrar, los ojos de todos los presentes se posaron en el anciano que, ante los reyes, se inclinó en actitud reverente.

—Majestades…

—¿Qué os trae de nuevo a palacio? —inquirió, el rey Fernando.

La voz queda y rota del judío apenas llegó a oídos del rey:

—Una tremenda aflicción me embarga, mi señor.

—Y… ¿cuál es ella? —preguntó el monarca.

Isaac, aunque acostumbrado al trato con los reyes, estaba nervioso. La encomienda que llevaba ese día era quizá la más importante que pudiera realizar en su ya longeva vida. De su aptitud para negociar con los monarcas dependían la vida y las ilusiones de cientos de miles de conciudadanos suyos.

—¡Hablad! —le ordenó el rey, mostrándose condescendiente.

Antes de iniciar su explicación, el judío hizo una breve pausa como si meditara lo que a continuación iba a exponer:

—Mi señor, con sumo respeto, os pido la reconsideración de vuestro edicto —Expuso sin rodeos. Luego continuó—: Por cuanto lesiona gravemente los intereses del pueblo judío que os ha servido fiel y con lealtad. Incluso hasta hace tres meses, en la conquista del reino de

Granada.

El rey, que se mostraba concentrado en la súplica de Isaac, al escuchar la última frase, cerró los ojos y balanceó la cabeza en señal de asentimiento. Luego apoyó el codo en el brazo del sitial y con un dedo sujetó su barbilla.

—He de reconocer que habláis con verdad, pero sabéis que eso ya es imposible puesto que el edicto se ha promulgado en todos los rincones del reino. Reconozco los méritos alcanzados por vuestro pueblo y he decidido que quienes deseen convertirse al cristianismo gozarán del debido respeto y serán acreedores de todos los privilegios.

Embargado por la emoción, el anciano replicó al rey:

—Mi señor, durante siglos hemos adorado a Yahvé, Nuestro Señor y Dios de Israel. Seríamos indignos si renegásemos de él. Por ello hemos acordado ofreceros un donativo por valor de treinta mil ducados para gastos de guerra y de la corona…

De repente, se oyeron unos pasos acelerados y las puertas del salón se abrieron bruscamente de par en par. Por ellas apareció el inquisidor general del reino, Tomás de Torquemada. El estruendo y la visión de un inquisidor encolerizado y violento sobrecogieron a todos los presentes, incluso a los reyes, que se sorprendieron por tan inusuales modos. El dominico avanzó a grandes zancadas hasta llegar a la mitad del salón. Allí miró desafiante a todos los nobles y al judío, que, atemorizado, retrocedió. Sin mediar todavía palabra alguna sacó de la bocamanga de su hábito un crucifijo y elevándolo al cielo exclamó:

—¡Judas Iscariote vendió a su maestro por treinta monedas de plata; vuestras altezas van a venderle ahora por treinta mil: aquí está, tomadle y vendedle!

Dicho esto, arrojó el crucifijo sobre una mesa y salió del salón con la misma violencia con la que había entrado.

Si en el corazón de los reyes quedaba algún resquicio de compasión, aquella actuación del inquisidor dio al traste con todo. Sería ya muy difícil, por no decir imposible, que los monarcas cedieran a las demandas del anciano.

Después de la fallida audiencia, a Isaac no le quedaba otro remedio que ponerse al frente de su pueblo para conducirlo de nuevo al éxodo. Tal y como hizo su antepasado Moisés hacía casi veinte siglos. Isaac ese día salió aún más temeroso de las dependencias reales. El encuentro con Torquemada había sido bastante desagradable y como resultado no podía esperarse nada bueno. Máxime, conociendo el carácter y el poder del dominico, considerado como un hombre férreo, dominante y fanático que defendía a capa y espada sus prerrogativas de inquisidor.

La inquisición inspiraba terror a todos por el poder que ejercía en la sociedad, los medios de tortura que empleaba y el carácter inapelable de sus sentencias. Hubo tantas consumadas en la hoguera que los judíos temían oír aunque fuera sólo su nombre. Sobre todo, a raíz de la muerte en el reino de Aragón, hacía seis años, de su inquisidor Pedro de Arbúes a manos de los conversos. El resultado fue un violento levantamiento de los cristianos al grito de «*Al fuego los conversos, que han muerto al inquisidor*».

Había pasado más de medio año desde que el edicto de expulsión fue leído en la plaza mayor de Toledo. Desde entonces fueron numerosas las familias hebreas que habían iniciado el éxodo hacia los distintos lugares que se brindaban para abandonar los reinos de Castilla y Aragón.

A pesar de que en el edicto real se advertía de que nadie podría beneficiarse de esa circunstancia, bajo la pena de severos castigos, la realidad fue que innumerables ciudadanos sin escrúpulos sacaron provecho de la amarga situación de los judíos. Compraron por poco dinero bienes valiosos y cometieron infinidad de abusos. Antes de salir de las tierras donde habían nacido y que habían sido trabajadas por varias generaciones, tuvieron que malvenderlas a cristianos o a judíos conversos. Fueron numerosos los cristianos que, ante la certeza de la desaparición de sus prestamistas, se negaron a liquidar sus cuentas, gravando enormemente las posibilidades de supervivencia en los largos viajes que los judíos tenían que afrontar.

En esos días de finales del mes de diciembre, cuando los cristianos celebraban la natividad de Jesús, se consumaba el segundo y definitivo plazo para abandonar los dominios de Isabel y Fernando. Una gran caravana, en la que viajarían más de dos mil judíos, se preparaba para salir de Toledo con destino al puerto de Cartagena para embarcar hacia el reino de Nápoles, Génova, Roma y Padua. En sus corazones anidaba la esperanza de que aquellas lejanas tierras los acogieran de buen grado para rehacer sus vidas. Otros soñaban con la idea de seguir el viaje hacia el este para instalarse en Oriente pasando antes por las ciudades de Sarajevo, Sofía y Constantinopla.

III. El éxodo

El día era soleado y muy frío. La brisa matutina se clavaba como estiletes en la piel desnuda de la cara. Los hocicos de los animales iban permanentemente envueltos en un halo blanco y sus cascos chapoteaban en el agua.

Las columnas de caravanas, venidas de todos los lugares, coincidían en un punto a la salida de la capital. El estrecho camino obligaba, cada vez que se incorporaba una carreta, a ralentizar el avance que, al paso cansino de bueyes y mulas, se hacía interminable. A menudo, había que retirar carretas a las que se les había roto una rueda o, en otro caso, que la famélica bestia, que tiraba de ella, había muerto al primer esfuerzo.

La caravana avanzaba penosamente. Las ruedas y los animales se clavaban en la nieve haciendo un considerable esfuerzo para poder andar. Con frecuencia hombres y mujeres tenían que apearse y contribuir con su esfuerzo, empujando al carruaje, para ayudar a los débiles animales. A ambos lados de la calzada quedaban bestias muertas, carretas abandonadas y un sinfín de objetos que eran recogidos por los más pobres. Los cadáveres aparecían desnudos; los despojaban sobre todo del calzado y de las prendas de abrigo.

Aquello era un verdadero infierno contemplado por los cristianos que se regocijaban de la desdicha de los que habían sido sus convecinos. Unos imploraban ayuda. Otros se arrastraban por los helados caminos, descalzos y llenos de piojos. Los hambrientos mendigaban un pedazo de pan para echarse a la boca.

En la mente de todos aquellos judíos obligados al destierro anidaba una horrenda impotencia unida a un gran desengaño. Una pregunta merodeaba por sus atormentadas cabezas. «¿Qué terrible pecado hemos cometido para que se nos trate así?». Sabían que los cristianos les acusaban de haber vendido y dado una muerte horrorosa en la cruz, al *maestro* Jesús, el hijo del Dios de los cristianos. Aunque siempre alegaban que Jesús era tan judío como ellos y que, a pesar de que él se autoerigía como el hijo del verdadero Dios, solo era un charlatán y un impostor. Yahvé era el único y verdadero Dios de Israel y no habitaba en la Tierra.

Los más desfavorecidos viajaban a pie cargando en sus espaldas las escasas pertenencias. Entre ellos viajaban Ehud y Ariel, ambos con sendas barjuletas colmadas de ropa, algún utensilio para cocinar y los objetos que utilizaban en sus actuaciones cómicas. Los dos jóvenes caminaban junto a la carreta en la que viajaban las dos familias de

vecinos con los que habían convivido los últimos cinco años. Levi, tuvo que malvender su casa para poder comprarse una mula. A Menájem tampoco le fue mejor. Cambió una excelente viña por la destartalada carreta en la que viajaban con sus mujeres y sus siete hijos. La mayor de los hijos de Levi, Ruth, de doce años, como la mayoría de las niñas de esa edad, se había visto obligada a contraer matrimonio con un joven para que hiciera el viaje en compañía de marido. De esta forma liberaban a los padres de su cuidado y manutención y así podían dedicarse con más ahínco al cuidado de los pequeños.

Ariel y Ehud auxiliaban a sus vecinos en cuantas labores se les requería. Ayudaban a reparar la carreta, montaban las tiendas por la noche y recogían la leña para el fuego. A cambio, recibían dos frugales comidas al día que se encargaban de cocinar las esposas de sus vecinos, Alissa y Míriam.

Conforme anochecía el frio se intensificaba. Empezó a nevar. Dada la imposibilidad de avanzar, el rabino Isaac Abravanel, que marchaba en cabeza con su familia, ordenó acampar al abrigo de un extenso pinar y pasar allí la noche. Al poco, multitud de hogueras jalonaban el bosque y el estrecho camino cubierto por la nevada.

Gracias a los oficios de Levi y de Menájem, sastre y curtidor respectivamente, sus familias iban bien protegidas. Levi era un hombre de elevada estatura y de carácter ciertamente bonachón. Menájem era más bajo y corpulento. Acostumbrado a tratar con los ganaderos, su carácter era rudo y a menudo discutía con su vecino. Con la certera intervención de las mujeres, las disputas no llegaban a más.

Antes de partir, el curtidor hizo acopio de buenas pieles y el sastre se encargó de confeccionar chalecos y gruesas prendas. Habían previsto que tendrían que dormir al sereno puesto que en la carreta no había sitio para todos y únicamente lo harían los hijos pequeños de ambos matrimonios.

Acababa de oscurecer. Después de darles una frugal cena y acostar a los niños, los dos matrimonios y los jóvenes se dispusieron a comer sentados alrededor de la hoguera. Las mujeres sacaron de las talegas pan de centeno, queso de cabra y cecina. Un poco de vino aliviaría las gargantas después de un agotador día de viaje.

Entre bocado y bocado el sastre inició la charla.

—¡Ha sido un día terrible! Pensaba que, después de tanto tiempo, éramos menos los que quedábamos en la ciudad.

—Precisamente por eso decidimos salir de los últimos…intervino Menájem.

Levi tomó aliento antes de seguir con la conversación:

—Por desgracia, todo el mundo ha pensado lo mismo. Además, también hemos retrasado la salida por vender todos nuestros bienes y aprovechar la mejor oferta.

Mientras Ehud removía los rescoldos de la hoguera con una rama, dio su opinión:

—Tened en cuenta que otras gentes provenientes de tierras lejanas también se han sumado a la caravana. No todos son originarios de Toledo o de Castilla.

—Es cierto —precisó Ariel mientras se arrimaba al fuego—. He oído hablar a gente con diferentes acentos.

Apoyándose el pan sobre el pecho, Alissa, lo partía en rebanadas con un gran cuchillo. Sobre cada una de ellas, Míriam depositaba un trozo de queso.

El rojo del reflejo de los rescoldos iluminaba los rostros de los seis cuando los hombres callaron. Comían y bebían con avidez.

Las inquietudes de las mujeres eran otras; sobre todo de Alissa, la madre de Ruth.

—Estoy muy preocupada por nuestra hija.

—Mujer —dijo Levi en un tono tranquilizador—. Tan sólo viaja unas veinte carretas por delante de nosotros.

—Es tan pequeña…

Levi puso cara de condescendencia.

—Nosotros también nos casamos muy jóvenes —alegó el marido.

Secándose unas incipientes lágrimas, Alissa se pronunció:

—Sí, pero eran otros tiempos. Nos sentíamos más maduros.

Los dos muchachos trataron de serenar a la madre. Ariel fue el primero:

—Conozco a Aarón y es un buen chico. Cuidará de ella.

—No te preocupes, Alissa. Aunque tiene quince años es muy buen platero y ayuda a su padre en el trabajo —refrendó Ehud.

A Myriam, la esposa de Menájem, también la embargaba una preocupación parecida. Su hija mayor, de diez años, pronto la dejaría si las cosas seguían tan mal.

—Entiendo a Alissa. Es duro tener que separarse tan pronto de una hija.

—Mujer, disfrútala mientras puedas. Luego será tarde. Es ley de vida —sentenció el marido.

Mientras los demás recogían los restos de la cena, los hermanos se ocuparon de las dos mulas y de avivar la hoguera con más leña para que durase toda la noche. Acabada la faena se acostaron alrededor del fuego sobre gruesas pieles de ternera y zaleas.

No había amanecido aún cuando los primeros movimientos de las gentes despertaron a los demás. Pronto estuvieron todos en pie organizándose el trabajo; unos engancharían los animales, otros recogerían las pieles y las mujeres prepararían el desayuno. Cuando los primeros rayos de sol apuntaban en el horizonte la caravana empezó a moverse, iniciando así su segunda jornada de viaje.

Al poco, pasaron junto a un carruaje que se encontraba parado a un lado del camino. Amarrado a su estribo, un caballo. Pero lo llamativo era que del interior de la carreta salían unos gritos espeluznantes, desgarradores. Extrañados, los viajeros se quedaban mirando a la carreta por tan inusual acontecer. Afuera, un hombre joven, visiblemente nervioso, daba vueltas a uno y otro lado. Por fin, la cortinilla que tapaba la entrada a la carreta por su parte trasera se corrió y salió un hombre con las manos ensangrentadas que comunicó al joven impaciente:

—Ya puede subir.

Enseguida todos comprendieron que la carreta se había detenido porque la mujer del joven estaba pariendo.

El día apuntaba como el anterior: frío y duro. El panorama seguía ofreciendo más de lo mismo: penalidades y miseria. Los dos vecinos decidieron ese día andar el camino junto a la carreta para desentumecer los músculos, mientras Ehud y Ariel hacían de improvisados carreteros. Las mujeres despertaban y daban el desayuno a los pequeños.

La mañana transcurría sin mayores incidencias, aunque el paso era demasiado lento debido a la nieve. Hacia la hora sexta la caravana, sin motivo aparente, se detuvo. Nadie sabía el motivo. Al cabo de un buen rato, Menájem y Levi, desesperados por la tardanza, se alejaron para ver si podían enterarse de la causa de tan prolongado parón. Al llegar a la cabeza de la caravana advirtieron que había movimientos extraños de hombres y cabalgaduras. No deseando inmiscuirse en problemas ajenos dieron la vuelta hacia su carreta, pero cuando ya llegaban a ella oyeron gritos. Al volverse vieron que un joven corría desesperadamente por la nieve perseguido por un hombre a caballo enarbolando un espada. Al llegar a la altura de la carreta de Menájem y de Levi, el joven cayó exhausto por el esfuerzo y al pronto se le echó encima el caballero. Cuando elevó la espada para descargarla sobre el joven, Ariel, desde lo alto de la carreta, saltó sobre él. Del tremendo impacto los dos cayeron al suelo. De inmediato, Ariel sacó un arma de su cinto.

—¡Guarda el cuchillo! —gritó Ehud, nada más ver la actitud beligerante de su hermano y que podía acabar en tragedia.

Con el arma en la mano, Ariel seguía protegiendo al joven que continuaba tendido en la nieve, respirando con dificultad. Maltrecho aún por el golpe, el caballero se levantó y, al advertir que Ariel le amenazaba con el cuchillo, sonrió con malicia.

—Judío, ¿qué pretendes con ese cuchillo?

Agazapado, Ariel no contestó. Pero su hermano y los vecinos, asustados por las nefastas consecuencias de su acto, intervinieron por él.

—Señor, no tome en consideración su actitud. Es joven y…—alegó en su defensa Menajem.

Levi, en un intento de que aquello no pasara a mayores, también se dirigió al caballero.

—El muchacho está mal de la cabeza, señor. Sufre de una grave dolencia…

Ninguna de las excusas hizo que el joven depusiera su actitud. El caballero avanzó hacia él apuntándole con su enorme espada. Ariel retrocedió mientras el joven perseguido, preso del pánico, se levantó y fue a esconderse en la trasera de la carreta.

—¡Por Dios, Ariel! —gritó su hermano—.Te matará.

Después de varios amagos de ataque por parte del caballero, Ariel, impetuosamente, se abalanzó sobre él para apuñalarlo. El caballero lo esquivó con destreza y a la vez hundió la espada en el cuerpo del infortunado joven. Un grito de conmoción de todos los presentes siguió al débil parpadeo de los ojos de Ariel, quien, herido de muerte, se aferró a la espada que le atravesaba el pecho.

Con el corazón encogido, Ehud vio como su hermano exhalaba el último suspiro antes de dejarse caer lentamente sobre la nieve. Sin pensárselo dos veces, preso de una ira incontenible, saltó desde la carreta sobre el caballero. Le abrazó por la espalda sujetándole el cuello con el brazo izquierdo y le clavó el cuchillo en el pecho. Ehud sintió como la hoja se abría camino con facilidad entre las carnes del soldado. Luego, soltó al moribundo que, incrédulo por lo que acababa de sucederle, se llevó las manos al pecho para certificar que estaba herido de muerte. Retrocedió varios pasos sin poder articular palabra, hasta que cayó muerto.

Aturdidos, Levi y Menajem vieron que, inevitablemente, la desgracia se cernía sobre ellos. Pronto, aquello se llenaría de soldadesca y detendrían y matarían a quienes hubieran intervenido en la pendencia.

—¡Rápido! ¡Vete de aquí! —le gritó Levi.

Menajem, asustado y con las manos en la cabeza, le repetía:

—¡Huye! ¡Huye! Nos has traído la desgracia.

Con el cuchillo ensangrentado en la mano, Ehud daba vueltas oyendo a uno y a otro sin saber qué hacer ni adónde ir.

Desde el pescante del carruaje, las mujeres, mudos testigos de la desgracia, miraban al cielo llorando:

—¡Señor, apiádate de nosotros!

En un acto reflejo, Ehud tomó la mochila de su hermano y la suya, se las colgó a la espalda y se dirigió hacia la carreta de la mujer recién parida. Furtivamente, desenganchó el caballo del físico y se subió con habilidad. Luego, volvió sobre sus pasos y le tendió la mano al joven que huía para ayudarle a subir a la grupa. Mirando el cadáver de su hermano con lágrimas en los ojos, expresó:

—Por favor, rezad el *kaddisch* y ocupaos de él.

Salieron de allí todo lo rápido que el caballo podía avanzar en la nieve. Tomaron el camino de vuelta hacia el pinar en donde habían pernoctado.

Poco acostumbrado a viajar por aquellas tierras —y sobre todo ocultas por la nieve— le fue difícil conseguir llegar a la pineda. Todo el horizonte blanco formaba un mismo y confuso paisaje. El caballo tiraba en sentido contrario al que le hacía dirigirse Ehud, pero llevado por el instinto del animal permitió que el caballo le guiara. «Quizá se dirija al pueblo natal del físico», pensó Ehud, aunque podría tener un grave problema si alguien identificaba al animal como propiedad del físico.

Llegada la noche, decidió parar al abrigo de un pequeño montículo en donde al pie de una gran roca había un agujero, como una madriguera. Los dos jóvenes se apearon del caballo y acuciados por el hambre miraron en una de las alforjas del viejo animal. Su sorpresa fue cuando descubrieron una hogaza de pan, medio queso y un pequeño odre con vino.

Con cara de sorpresa, Ehud miró a su compañero:

—Parece que por fin tenemos algo de suerte.

El otro muchacho se limitó a asentir y a tomar ávidamente el trozo de pan y queso que Ehud le ofreció y que había cortado con el mismo cuchillo con el que había acabado con la vida de un hombre. Luego se sentaron al abrigo de la roca.

—¿Cómo te llamas?

—David —contestó el joven con voz débil.

—Yo me llamo Ehud y mi hermano, el que mató el soldado por salvarte la vida, se llamaba Ariel.

El joven se limitaba a comer con la cabeza gacha y sin prestar mucha atención a lo que Ehud le decía.

Al terminar de comer se disculpó:

—Siento mucho lo ocurrido. Tu hermano ha muerto por salvarme y ahora los dos estamos envueltos en un buen lío.

—La verdad es que sí —reconoció Ehud—. Si nos capturan nos matarán sin darnos ninguna opción.

Ehud tomó el odre y bebió un buen trago. Luego se lo pasó a David que, al intentar beber, se manchó de vino.

—Tienes poca destreza para beber con el odre.

—No acostumbro a beber vino y menos en odre —se justificó el chico.

—¿Cuántos años tienes?

—He cumplido dieciocho.

Con cierto orgullo, Ehud dijo:

—Yo, veinte.

La oscuridad empezaba a apoderarse de todo lo que les rodeaba. Tenían que dormir y ni siquiera disponían de una vieja piel que echar al suelo. Ehud decidió quitarle la silla al caballo y amarrarlo a un arbusto situado al lado de la cueva.

Luego, mirando a su alrededor como justificando sus palabras, se dirigió a su compañero:

—David, tenemos que protegernos del frío. De lo contrario moriremos congelados.

—¿Qué podemos hacer?

Como si se le hubiera ocurrido en ese preciso instante, Ehud aconsejó:

—Lo mejor será que intentemos introducirnos en esa cueva. Seguro que por dentro es más amplia.

El joven miró la oquedad con cara de aprensión.

—No seré yo el que se meta en la cueva de una alimaña.

—Pues no queda otra opción.

—¿Y si aparece el animal a mitad de la noche?

—No creo. La madriguera parece abandonada. De todas formas, si se acercara algún animal, el caballo nos dará la señal de alarma.

A David no le quedaba otra alternativa. Más, teniendo en cuenta que los dientes le castañeaban.

—¡Estás temblando!—exclamó Ehud—. Será mejor que nos metamos con la manta del caballo y las alforjas.

Ehud registró la otra alforja del físico y halló un pedernal y yesca.

—¡Mira, David! Podemos encender fuego. Seguro que dentro de la cueva hay alguna rama seca.

Los dos jóvenes se dispusieron a meterse en la cueva. Ehud fue el primero. Con el pedernal y la yesca en las manos, se tumbó boca abajo y empezó a reptar como una serpiente. David, a su vez, le empujaba

por los pies. Aunque la boca era estrecha el joven iba entrando poco a poco. Cuando ya tenía medio cuerpo en el interior, se detuvo y con la mano tanteó a ciegas. De momento, parecía que la cueva estaba vacía, aunque sí notó sobre la tierra removida trozos de huesos y algunos mechones de pelo. Estaba claro que la alimaña que habitaba esa cueva había devorado alguna presa.

Con las dos manos, reunió todo el pelo que pudo y alguna hojarasca. Utilizando la yesca y el pedernal prendió fuego. La incipiente llama alumbró la oquedad. No era muy grande, pero estaba seguro de que en su interior cabían dos personas sentadas. Al fondo había más huesos y restos de pieles de animales. Aquella podía ser la madriguera de un zorro o quizá de un lobo. Desde dentro, Ehud animó al joven para que entrara. Pese al miedo, David asomó la cabeza y, confiado al ver a Ehud sentado, terminó por convencerse de la inexistencia de peligro alguno. La temperatura en el interior de la gruta era mucho más benigna que en el exterior. Después de extender la manta de la montura en el suelo y utilizar las alforjas como almohada, ambos jóvenes se aprestaron a dormir.

—Júntate a mí todo lo que puedas. Así nos daremos calor el uno al otro.

—Así estoy bien —rechazó David.

—Anda, vamos. Te sentirás mejor—insistió Ehud.

—He dicho que no —dijo con voz trémula.

—¡Oye! No pensarás que…

David se volvió hacia el otro lado y no contestó. Ehud dedujo que algo grave bullía por su mente, después de los graves acontecimientos vividos ese fatídico día.

A la mañana siguiente los dos muchachos aparecieron abrazados el uno al otro. El frío y la inconsciencia habían obrado por naturaleza. David, cuando se percató de su postura, dio un respingo que sobresaltó a Ehud.

—¡Qué ocurre!

—Nada. Está amaneciendo. Será mejor que salgamos cuanto antes. Hoy vendrán a buscarnos.

—Tienes razón —aseguró Ehud—. Debemos alejarnos lo más posible.

Salieron de la cueva y Ehud se dispuso a aliviar su vejiga justo al lado de la cueva. David, al contrario, se alejó lo suficiente para quedar fuera de la visión de su compañero. Ehud lo contempló extrañado y recordó que de niños, incluso de jóvenes, cuando salían al campo todos orinaban juntos y competían para ver quién llegaba más lejos. Mentalmente lo disculpó pensando que se acaban de conocer y por

añadidura, en unas dramáticas circunstancias.

Después de desayunar pan y queso, ensillaron el caballo y se dispusieron a seguir cabalgando hasta alejarse lo suficiente de la mesnada del soldado al que Ehud había dado muerte, y que, a buen seguro, le estaría buscando.

Una incipiente luz blanca y azulada aparecía en el horizonte. Nada se interponía entre ellos, el sol y la extensa llanura castellana. Como fieles guardianas de la noche, las estrellas aún brillaban en el cielo por el oeste. El día se anunciaba frío y soleado.

Al lucir el sol empezó a reflejarse peligrosamente sobre la nieve obligando a los jóvenes a guiñar los ojos para poder ver. La poderosa luz les cegaba. Viajaron sin rumbo fijo durante toda la mañana por un mismo y anodino paisaje.

David cabalgaba abrazado a Ehud para no caerse de la grupa. Entre ellos no hubo el menor comentario. La situación se sobreentendía difícil, peligrosa y arriesgada. En sus mentes anidaba la duda de si sobrevivirían a tan dura prueba. Ehud recordaba pasajes bíblicos en los que se manifestaba el valor del pueblo hebreo y las innumerables pruebas a las que Yahvé los había sometido para designarlos como el pueblo elegido. Tristemente se consolaba con esos pasajes para no volver a visualizar la terrible escena de su hermano atravesado por la espada del soldado.

Poco a poco, los recuerdos de la infancia que pasaron juntos se acumularon en su mente y aquello le reconfortó. Recordó cuando en verano iban a bañarse a las frescas aguas del río en compañía de sus amigos. Las estúpidas competiciones que hacían para comprobar quién de ellos tenía el pene más largo y quién orinaba más lejos. La primera borrachera que sufrieron en una boda cuando tenían doce años. Las disputas amorosas por Raquel, la hija mayor del alfarero que se insinuaba a ambos, al no distinguir quién era cada uno. Con ella tuvieron sus primeros escarceos sexuales. También recordó los días que pasaban en la sinagoga estudiando el Talmud, la Tora y la Cábala y las frecuentes discusiones con otros estudiantes…

Inmerso en esos recuerdos, percibió que el caballo empezó a dar muestras de debilidad. Pararon a descansar y aprovecharon para comer el último mendrugo de pan, aliviaron sus gargantas con un poco de vino y se echaron a la boca un puñado de nieve.

Era la hora nona cuando reanudaron el camino. No habían cubierto una legua cuando el caballo se paró de nuevo y, esta vez, a pesar de los esfuerzos de Ehud para hacerle andar, el animal no se movió. Comprendieron que el viejo palafrén no podía más. El esfuerzo al andar sobre la nieve y dos días sin comer ni beber había minado su

resistencia. Decidieron bajarse y seguir la marcha a pie, cuando de nuevo advirtieron que el final del animal estaba próximo. Dobló las patas delanteras y exhausto se dejó caer de lado sobre la nieve. Ambos jóvenes, atónitos, no sabían qué hacer, pero en sus mentes martilleaba la pregunta de si los próximos en rendirse serían ellos.

Estaban seguros de que aquella duda no tenía una difícil respuesta. Aliviaron los sufrimientos del pobre animal despojándolo de la silla y los ramales y cariacontecidos siguieron la marcha a pie evitando volver la vista atrás.

IV. La ermita de la Virgen de la Loma

Anochecía cuando, a punto de rendirse, divisaron a lo lejos una ligera columna de humo que se elevaba al cielo y en su base un destello de luz. Fuera lo que fuese aquello, era su salvación. «Una casa con un fuego encendido», pensaron al unísono.

Mutuamente se animaron y, haciendo un considerable esfuerzo, aligeraron el paso todo lo que pudieron. Conforme se acercaban, comprobaron que no era una casa de campo al uso. No se veían corrales ni animales, pero sí una especie de torreta con un campanario. No había duda: era una ermita con una pequeña edificación anexa, más baja, en su lado izquierdo.

Llegaron a la puerta, ateridos y casi sin habla. Ehud la golpeó dos veces. El curioso chancleteo de unas sandalias con suela de cuero sobre el suelo empedrado les advirtió que alguien se acercaba. Una rendija se abrió y unos ojos escudriñaron el exterior. Un ruido les indicó que la puerta se abría y un fraile bajo y orondo apareció en el vano de la puerta poco después.

—*Dominus vobiscum!* —saludó con complacencia.

—¿Podemos entrar? Nos hemos perdido —argumentó Ehud a sabiendas de que aquello era una capilla cristiana. Aunque le estaba prohibido siquiera pisarla, en aquellas circunstancias era lo que menos le preocupaba.

—La casa del Señor siempre está abierta al prójimo —respondió el fraile con una sonrisa de oreja a oreja que le marcó sendos hoyuelos en los mofletes.

Entraron, y el fraile cerró la puerta tras ellos. Una vez en su interior, evidenciaron que la ermita constaba de un elemento principal de forma rectangular, no muy grande, desde donde se elevaba el pequeño campanario en su fachada. Un solo óculo daba luz al interior desde la parte frontal, justo encima de la puerta, que se enmarcaba en un arco de medio punto. Detrás del altar, sobre un pedestal, la imagen de una Virgen con las manos abiertas presidía la capilla. Dos hachones, a ambos lados, proporcionaban una débil luz a la imagen. A sus pies, un ramillete de flores secas. Al fondo y colgado de la pared, un crucifijo. Seis bancos a ambos lados del pasillo central y un destartalado confesionario conformaban todo el mobiliario de la pequeña ermita.

Ehud y David enseguida sintieron la agradable temperatura y buscaron ávidamente el lugar de donde provenía la fuente de calor. Era de la sacristía, donde habitaba el monje.

—Pasad. Pasad y calentaos —indicó el fraile.

Los dos jóvenes se precipitaron hacia la estancia, se arrodillaron frente a la chimenea y acercaron al fuego sus manos amoratadas, que frotaron con avidez. Cuando el color sonrosado acudió de nuevo a sus mejillas se volvieron hacia el fraile, quien, en silencio, aguardaba a que los muchachos entraran en calor, momento que aprovechó para presentarse con una inclinación de torso a modo de reverencia.

—Soy el padre Vandelino, *Dei gratia*.

Ehud no supo cómo presentarse y se quedó pensativo por un instante. No podía decir ni dar a entender que eran judíos. Ehud recordó de repente que los cristianos adoraban a Jesús y a su padre José. Para que no hubiera ninguna confusión decidió dar esos dos nombres.

—Nosotros somos José y Jesús —dijo señalando a su compañero.

David le miró extrañado, pero se mantuvo callado.

—Os llamáis como dos grandes cristianos…

—Así es —corroboró Ehud.

El padre Vandelino los miraba con curiosidad y atención. No era muy frecuente que, por aquellos dominios y en plena noche, apareciera alguien perdido. Cruzó los brazos y se introdujo las manos en las bocamangas del hábito para continuar con el interrogatorio.

—¿Qué hacéis por estos parajes tan solitarios y con estos fríos?

Ehud temía ese momento: el de dar explicaciones. No se había preparado ninguna coartada y únicamente podía hacer una cosa: mentir. Persistir en la mentira si quería que su cabeza y la de David siguieran erguidas sobre sus hombros. Afortunadamente, Ehud poseía una buena imaginación, fruto de sus improvisaciones como juglar, y no le era difícil componer una excusa.

—Nos hemos perdido… —mintió.

—¿Viajáis solos?

—No. Bueno, sí —tartamudeó Ehud hasta dar con una respuesta—. Íbamos a casa de nuestros tíos cuando nos sorprendió la nevada y nos perdimos.

—¿Sois hermanos?

—No… No somos hermanos. So… somos primos —dudó al responder.

Lejos de interrumpir su incómodo interrogatorio, el fraile formuló una nueva pregunta.

—¿Viajabais a pie?

Entonces, Ehud recordó que habían abandonado al caballo apenas a una legua de allí. Quizá, si se diera prisa, podría salvarlo. Necesitaban una montura para poder viajar y sobre todo para alejarse de allí.

—No. Precisamente nuestra montura quedó en el camino, agotada.

—¿Podríamos salvarla aún? —inquirió David.

—*Deo juvante!* —exclamó el fraile. Luego preguntó—: ¿Está muy lejos?

—No. A una legua, aproximadamente —aclaró Ehud.

El fraile se quedó pensativo unos instantes. Luego, decidido, resolvió:

—Iremos a por ella.

Sin dar ninguna explicación, el fraile salió fuera de la ermita. Al poco, apareció en la puerta bien arropado y subido a un carro del que tiraba un buey. Provistos de sendas antorchas, los jóvenes subieron a la carreta.

Fray Vandelino siguió el rastro que sobre la nieve habían dejado los dos muchachos hasta que distinguieron un bulto: el caballo. Iluminados por las antorchas, se acercaron a pie. Portaban una gran manta para cubrir al animal, a fin de hacerle reaccionar, y un cubo con agua para procurarle bebida. Conforme se aproximaban, advirtieron que algo raro ocurría alrededor del cuerpo del animal. De repente, una visión los petrificó y dejó sin aliento; unos gruñidos los alertaron de que allí había algo más que un caballo medio muerto.

Angustiado, el fraile gritó:

—¡Atrás!

Ehud y David dieron un respingo y enarbolaron las antorchas. Dos famélicos lobos, agazapados al otro lado del caballo, mostraban sus colmillos. Enseguida las miradas de los tres se posaron en la cabeza del caballo por si podían determinar si el animal había muerto. Pero horrorizados, descubrieron que sus ojos aún brillaban e incluso parpadeaban con lentitud.

—*Libera nos, Domine!* —exclamó el monje, sobrecogido.

—¡Lo… están… de… devorando vivo! —. David, por fin, pudo terminar la frase.

Aterrorizado, dio media vuelta y se subió al carro. Sin embargo, en un acto de valor, Ehud se fue hacia los lobos amenazándolos con la antorcha para espantarlos, pero los dos canes, lejos de retroceder, se quedaron agazapados junto a su presa dispuestos para atacar. Lanzaban gruñidos temerosos y no dejaban de enseñar sus blancos colmillos, ahora ensangrentados.

—¡Vuelve, muchacho! Te devoraran a ti también.

Resignado por el triste fin del equino, Ehud volvió a la carreta.

—Has demostrado tener mucho valor —elogió el fraile.

Sin embargo, David, con la manta echada por la cabeza, se lamentó,

—Es lo más horrible que he visto en mi vida. Devorar a un animal

vivo.

—No sufras, muchacho —indicó con dulzura el fraile—. El caballo ya ni sufría ni padecía.

De regreso a la ermita, fray Vandelino, desplegó sobre una mugrienta mesa algo para cenar. Un caldo muy flojo, frutos secos, higos y un poco de pan. Luego, llenó una jarra con vino de un odre que colgaba de una vieja colaña del techo. Los jóvenes comieron con avidez ante la mirada excesivamente complaciente del monje, que no apartaba sus ojos de David. Los rasgos del más joven e imberbe eran muy delicados; boca sensual, barbilla fina y ojos grandes y negros que contrastaban con una piel suave y blanca.

Al término de la exigua cena y, después de despojarse de las ropas de abrigo, los jóvenes decidieron acostarse en el suelo, encima de unas viejas y raídas mantas, junto a la chimenea. El fraile lo hizo en su viejo camastro al final de la sacristía, junto a la pared. Para mayor intimidad, corrió —a modo de cortina— una vieja sábana. Con ella, separó el jergón del resto de la alcoba.

Preocupado por las circunstancias, Ehud no podía dormir. El crepitar de la madera lo ponía nervioso. Dormitaba. A veces se despertaba y observaba como saltaban las chispas y las efímeras e imaginarias figuras que el fuego dibujaba en la hoguera. Luego, su mente se diluía pensando en los comentarios de sus convecinos cuando relataban algún auto de fe.

«La tétrica procesión discurría por las intrincadas calles de la judería a la vista de sus vecinos que, asustados, miraban por las rendijas de las ventanas. Los reos eran conducidos de madrugada desde las mazmorras de la Inquisición hasta la capilla del Santo Oficio, de donde salía la procesión. La cruz verde desfilaba a la cabeza, enarbolada por el fiscal del tribunal a caballo. Detrás de él, a pie, caminaban los reos reconciliados portando cirios encendidos en señal de penitencia. A continuación, los frailes dominicos precedían a los reos relajados, es decir, a los condenados a muerte. Estos iban vestidos con el sambenito pintado con terribles escenas del infierno y en la cabeza portaban la coroza, que también iba pintada con símbolos infernales. Tras ellos marchaban los llamados familiares de la Inquisición, que eran los ojos y los oídos del Santo Oficio. Cerraban el cortejo los lanceros a caballo y los representantes de las comunidades religiosas de la ciudad.

Desde una ventana, Ehud observaba con impotencia cómo los condenados lloraban y maldecían su desgracia. Pero cuando los reos desfilaron frente a su casa le miraron y, con horror, comprobó que dos de los condenados a muerte eran David y él mismo. El fraile Vandelino era el portador de la cruz verde y quien había formulado la acusación contra

ellos».

De improviso dio un bote, se despertó sudoroso y miró a su alrededor. A su lado, David dormía plácidamente con una respiración acompasada y tranquila. Luego se percató de que la cortina del fraile se movía. Con los ojos entornados, intentó adivinar qué ocurría. La oronda cabeza de fray Vandelino asomó por la cortina y miró a David, que, encogido, dejaba entrever sus bien formadas posaderas y parte de la espalda. A continuación, escuchó unos leves gimoteos y una respiración agitada. A Ehud ya no le cabía la menor duda: fray Vandelino se masturbaba observando las posaderas del joven David. Al poco, la subida de tono de los gimoteos le indicó que el fraile había llegado al éxtasis. No obstante, se mantuvo alerta algún tiempo más hasta que, por fin, el sueño lo venció de nuevo.

A la mañana siguiente, Ehud se despertó muy temprano. No había amanecido aún. David dormía como un lirón y la hoguera consumía sus últimos rescoldos. La cortina estaba desplazada en su totalidad, hacia un lado, y el fraile no estaba.

Se levantó, tapó las posaderas de David y se abrigó. Salió a la capilla a buscar al fraile, pero fue en vano. El cerrojo de la puerta principal estaba corrido y la abrió. Asomó la cabeza y vio que el fraile, situado entre las limoneras de un carretón cargado de leña del que tiraba cual si fuera una mula, se acercaba con su andar parsimonioso.

—*Gloria in excelsis Deo!* —saludó nada más ver al joven.

—Buenos días, fray Vandelino.

—Aquí traigo leña. Se ha consumido la de la chimenea.

—Deje que le ayude —se ofreció solícito Ehud.

—¡Oh, no! Estoy acostumbrado.

Al llegar a la puerta de la sacristía, David salía por ella. Nada más verlo, fray Vandelino le saludó afectuoso y sonriente. Los hoyuelos volvieron a dibujarse en sus mejillas.

—Buenos días, hijo mío. ¿Has descansado?

—La verdad es que sí. Lo necesitaba —contestó David con voz trémula.

Ehud miró a los dos. «Uno sí ha descansado; el otro se ha complacido con él; y yo, con las pesadillas, no he pegado ojo», pensó.

Después de que Ehud ayudara al fraile a avivar el fuego, fray Vandelino hizo unas gachas de avena que puso sobre la mesa, acompañadas de sendos tazones de leche.

—¿Cómo os proporcionáis la leche? —preguntó ingenuamente David.

Fray Vandelino volvió a sonreír maliciosamente antes de contestar.

—Detrás de la ermita hay una pequeña huerta y un corral. El buey

que visteis anoche, una vaca, una cabra y unas cuantas gallinas me ofrecen una modesta comida.

Entonces, David le formuló al fraile una pregunta que, en principio, no iba más allá de un simple e inocente comentario, pero que llevaba encerrada una dura carga:

—¿No abandonáis nunca la ermita para ir a comprar al mercado de la ciudad?

Ante tal pregunta, Fray Vandelino bajó la vista y respondió con los ojos entornados. Como avergonzado.

—No. Digamos que no puedo salir.

Con cara de extrañeza, Ehud precisó:

—Perdonadme, pero no os entiendo.

Fray Vandelino se limpió la boca con la manga del hábito. Luego hizo una pausa antes de responder con cierto y notorio reparo:

—Desde hace dos años cumplo penitencia en esta ermita.

—¿Un castigo? —sonsacó el más joven.

El fraile puso cara de circunstancias.

—Así es.

Sin pensárselo dos veces, Ehud preguntó:

—¿Qué pecado has cometido?

El monje se turbó. Agachó la cabeza y dudó por unos instantes. No pensaba que aquellos jóvenes pudieran ponerlo en tal brete. Confesar su pecado en público era difícil, pero la indelicadeza del joven lo puso en esa comprometida situación.

—Induje a un joven fraile a mantener relaciones carnales conmigo y el abad me desterró a esta alejada ermita —dijo por fin, con voz apenada.

Después de haberlo observado esa noche, a Ehud no le cabía duda alguna. Fray Vandelino era un sodomita. El destierro, como castigo, le parecía leve, mínimo. «Se quemará en los fuegos del infierno», pensó para sí.

Percatándose del impacto que su pregunta le había causado, David quiso cambiar de tema para darle al fraile un respiro.

—¿A quién se adora en esta ermita?

—A la Virgen de la Loma, Madre de Dios—expuso con recogimiento.

—¿Por qué aquí?

—Antes de ermita era una casa de labranza —empezó su explicación el monje—. Aquí vivían Bernabé Castillo y su esposa Lorenza dedicados a la ganadería. Provenientes de las tierras de León, se instalaron hace tiempo en estos lares. Un día se encontraba Lorenza apacentando las ovejas sobre una loma cuando una columna de nubes

descendió del cielo. Al instante, ella quedó conmocionada. Una vez repuesta, observó que delante de ella había una hermosísima figura de mujer que flotaba en el aire y le habló de esta manera: «Lorenza. En adelante, tu casa será mi casa», dijo. Dicho esto, desapareció. Asustada y confundida, fue en busca de su marido para contarle la buena nueva. Sin pérdida de tiempo, informó al obispado. Su reverendísima visitó el lugar y ordenó que la casa de los Castillo se transformara en ermita en honor a la Virgen María y se la venerara bajo la advocación de Virgen de la Loma. Con sus propias manos, Bernabé convirtió su casa en ermita dejando tan solo esta pequeña habitación para uso del matrimonio y como sacristía. En la parte posterior adecuó un pequeño espacio como corral para el sustento y manutención de ambos.

La curiosidad de David carecía de límites:

—¿Hubo peregrinaciones?

—Los primeros años fueron muchas las gentes que se acercaban a ver el lugar donde la Virgen se le había aparecido a Lorenza, pero, poco a poco, fue quedándose en el olvido y languideció la veneración de los fieles.

—¿Qué fue del matrimonio? —quiso saber David.

—Murieron hace muchos años. Y la ermita quedó en el más completo abandono.

—¿Cómo fue que ahora se utilice como un lugar para la redención de penas? —intervino Ehud.

Fray Vandelino puso cara de circunstancias, como si le fuera incómodo relatar el asunto. Aun así, comenzó a hablar:

—En el convento había un fraile que mantenía una conducta indecorosa y el abad se quejó a su reverendísima. Entonces, el obispo, sabiendo del abandono que sufría la ermita, le ordenó que expiara sus pecados en este santo lugar. El

viejo murió hace dos años y el abad me envió a mí.

—¿Todo eso es cierto? —. A David le costaba creerlo.

—Así es, joven.

Durante varios días los dos jóvenes permanecieron como huéspedes de fray Vandelino en la ermita. Ehud pensó que nadie los buscaría allí y —mientras el asunto se olvidaba— al menos no les faltaría comida y una cama caliente hasta que pasaran las nevadas. Después, continuarían a pie su viaje, rumbo a lo desconocido.

Poco habituado a viajar, Ehud se encontraba extraño en aquel paraje. No se olía a nada. El color se resumía en un azul intenso del cielo y en un blanco purísimo de la nieve. Añoraba aquella plaza mayor a rebosar de gentes con sus múltiples y familiares olores a sudor, a fritangas, a humo y a polvo. La variedad de vestimentas daba

lugar a una mezcolanza de colores ocres, marrones, grises, verdes… Todo aquello que él había conocido, allí no existía.

Después de desayunar, una mañana salieron al corral para ayudar a fray Vandelino a ordeñar la vaca y a recoger los huevos. Estaban a media faena cuando, a lo lejos, se oyeron relinchos de caballos. Los tres se incorporaron intentando averiguar qué ocurría. En un acto reflejo, Fray Vandelino torció el gesto y Ehud se percató de que algo malo acontecía.

—¿Qué sucede? —preguntó.

El monje tardó en contestar. Sumido en una inquietante escucha, dijo por fin:

—Será mejor que entremos.

Rumores de voces y ruidos metálicos de armas se incrementaban de manera notable en la clara y tranquila mañana.

—Vamos. ¡Rápido! —volvió a apremiar el monje.

—¿Qué ocurre, fray Vandelino? —. David, en la misma puerta de la ermita, se mostraba alarmado.

—No estoy seguro, pero debe de ser gente del prebostazgo. Coged todas vuestras cosas y escondeos arriba. En la algorfa.

Nada más entrar en la alcoba, el monje agarró un palo y empujó una compuerta que había en el techo, junto a la chimenea. La trampilla se abrió. Luego, puso debajo una silla.

—¡Vamos! ¡Subid rápido!

Ehud empujó a David y le ayudó a introducirse por la estrecha trampilla, luego él, ayudado por el monje y por David consiguió desaparecer en el interior del habitáculo.

—Cerradla y no hagáis ruido. No os mováis. Y no salgáis, pase lo que pase —les aconsejó el monje.

Los jóvenes, asustados, se acomodaron entre unas balas de paja y esperaron acontecimientos. No mucho después, escucharon cómo varios jinetes llegaban a la puerta de la ermita y desmontaban. Hablaban en voz alta y se dirigieron al monje con insultos y en tono de chanza.

—¡Eh, tú, gordo! Da de beber a los caballos y saca algo de comer para nosotros.

—Enseguida. Como ordenéis…Esta es la casa del Señor…

—¡Vamos, muévete! Tenemos hambre —le apremiaron.

Los soldados entraron en la pequeña estancia, se sentaron junto a la hoguera e hicieron jocosos y soeces comentarios. Momentos después entró fray Vandelino, apurado por no poder atender las dos cosas al mismo tiempo.

—¿Vives solo? —preguntó uno de ellos.

—Vivo acompañado de Dios y de su santa Madre. La Virgen de La Loma.

Obscenas risotadas sucedieron a las palabras del fraile.

—No creo que tu dios y su santa madre utilicen caballos, «¿Verdad que no?».— se dirigió uno de ellos a sus compañeros de forma cómica.

—¿Por qué lo decís, señor?

—A unas dos leguas de aquí hemos encontrado los restos de un caballo devorado por las alimañas. Y por aquí no hay ninguna otra casa. Si alguien viajaba en ese caballo, no debe de andar muy lejos de aquí.

—Desconozco esa circunstancia, señor.

—¿No habrán venido por aquí dos jóvenes asesinos a los que buscamos?

Al escuchar la pregunta del soldado, Fray Vandelino se quedó turbado. A los jóvenes, ocultos en su escondite, se les erizó el vello pensando que fray Vandelino iba a delatarlos a cambio de salvar el pescuezo. Pero nada más lejos de ese pensamiento; el fraile intentó reaccionar con naturalidad.

—Oh, no, esto… aquí no viene nadie desde hace mucho tiempo, señor. Debe de ser algún caballo escapado del corral de alguna posada.

Limpió la mesa con presteza y sobre ella puso dos hogazas de pan, dos jarras de vino y ristras de embutido, queso y frutos secos. Varias palmadas acompañaron a impúdicas carcajadas. Cada vez que fray Vandelino pasaba junto a los soldados para depositar algo sobre la mesa, le golpeaban fuertemente en las posaderas.

—¡Lárgate de aquí! —le instó uno de los soldados.

—¡Fuera!... ¡Vete!… —añadió otro.

El monje salió al exterior y siguió abrevando a los caballos mientras lo afligían las risas procedentes del interior. No hubo acabado de atender a las monturas, cuando volvieron a reclamarlo de modo perentorio:

—Eh, tú, monje. Tráenos más vino.

Fray Vandelino volvió a entrar y escanció más vino en las jarras mientras las risas y las chanzas en torno a sus posaderas, eran cada vez más soeces y agrias.

—Os ruego que no me hagáis daño —suplicó, con voz trémula.

El vino empezaba a surtir su efecto en la soldadesca que, enzarzados en discusiones, risas y bromas, la pagaban con el pobre monje.

—¡Más vino! Gordo, sodomita…

—Enseguida, señor… —respondió, solícito. Luego les repitió el

ruego—: por favor, no me hagáis daño.

—¿Daño? ¿Quién va a hacerte daño? —se mofó el que parecía estar al mando.

Ebrios, todos los soldados soltaron grotescas carcajadas.

—Humm, vaya posaderas más apetitosas…—afirmó uno de ellos.

Fray Vandelino se arrojó a sus pies e imploró compasión.

—¡Os lo ruego!… Tened piedad de este pobre monje…

La situación se tornaba más violenta a medida que el vino iba disminuyendo en las jarras que el fraile había colocado encima de la mugrienta mesa. El pobre evitaba exponerse a la vista de los soldados, pero enseguida le mandaban llamar para rellenar las copas o para servir más embutido. Llegada la hora nona, todos estaban borrachos. En una de las idas y venidas del fraile, uno de ellos le prendió por el hábito. Y sucedió que, al intentar soltarse, su vestidura se rasgó, dejando al descubierto sus partes pudendas, las cuales, lejos de asemejarse a las de un adulto, más parecían las de un infante.

—¡Mirad! Es como un niño —gritó un soldado, con evidente sorpresa.

Todos empezaron a rotar en torno al fraile con la pretensión de acabar de despojarlo del hábito. Fray Vandelino se tapaba a la vez que lloraba. Intuía que la situación presentaba mal cariz y que en modo alguno podría defenderse de aquellos bárbaros, ebrios y groseros.

—Enséñanos esa cosita que escondes…

—Sí. Vamos. Muéstrala —corearon.

Fray Vandelino volvió a suplicar.

—¡Por el amor de Dios, dejadme salir!

Uno de ellos lo agarró y lo obligó a ponerse en el suelo de rodillas. Luego le juntó la cara con el suelo. Le recogió el hábito hasta los hombros y dejó al descubierto y en alto sus blancas y orondas nalgas. Otro soldado se bajó las calzas y mostró a todos su enorme miembro erecto, entre risas y gritos de ánimo.

El desgraciado monje había perdido la noción de lo que le estaba sucediendo. Con la cara oculta entre las manos, lloraba y suplicaba en latín.

—*Noli me tangere! Noli me tangere!*

—Cállate y deja de llorar, gordo sodomita. Ahora vas a saber lo que es un miembro de hombre.

—*In charitas nomine!* —susurró.

Como fray Vandelino se encogía e impedía que el soldado le pudiera penetrar, otro de los soldados le dio una fuerte patada en el abdomen, la cual hizo que el monje cayera de lado entre lamentos. El dolor se clavó en él como un puñal que le traspasaba las entrañas. Allí

mismo vomitó. Dos de los soldados lo cogieron y lo volvieron a colocar en la primitiva posición para facilitar que su compañero intentara de nuevo la penetración.

—*Turba multa. Turba multa. Libera nos, Domine* —susurraba entre estertores.

De pronto se oyó un grito terrible. Un grito que lindaba con el dolor más extremo. El descomunal miembro del soldado, después de golpearle repetidamente, se abrió paso entre sus carnes desgarrándole el ano. Entre llantos, maldiciones, gritos, risas, cánticos y vaivenes, el soldado descargó su espeso semen sobre la espalda del fraile, a la vista de todos.

—*Vade retro Satana!*—balbuceó el infeliz cuando notó que la presión cedió.

Sus ojos centelleaban y expulsaba espumarajos por la boca. Pero lejos de apiadarse del desgraciado, otro de los soldados lo agarró entre sus brazos mientras los demás lo aguantaban y, para que cediera en su leve pataleo, le propinó una patada en los testículos. Como consecuencia de la brutal agresión, el fraile se orinó. A continuación, lo invadió con violencia. Fray Vandelino era ya un despojo humano. Luego, fue violado repetidamente por el resto de la caterva hasta que cayeron todos ebrios de alcohol y sexo, si a aquella barbarie se la podía calificar de sexo.

Después de la sanguinaria orgía pasaron bastantes horas sin que nadie dijera una sola palabra. El silencio se adueñó de aquella sacristía. Solo la ronca respiración de cinco hombres borrachos durmiendo lo interrumpía. De madrugada, cuando las primeras luces del alba pintaban el horizonte, montaron en sus caballos y se alejaron de allí. El silencio que quedó esa mañana en la pequeña ermita era tétrico, angustioso, siniestro.

Aterrados en la algorfa, ambos jóvenes permanecían juntos y acostados sobre un colchón de paja, cercano al tiro de la chimenea. El calor que emanaba evitó que murieran congelados. Acababan de pasar la noche más terrible de sus vidas. Los gritos de fray Vandelino retumbaban en sus oídos y apenas podían hablar. Sobrecogidos —aun después de haber oído como se alejaban —, permanecieron bastante rato en vela intentando averiguar si aún quedaba algún soldado en la sacristía, hasta que Ehud tomó una determinación.

—¡Vamos, David! Hemos de bajar. Ya no queda nadie.

Al más joven le costaba trabajo decidirse a abandonar el refugio.

—¿Se habrán llevado a fray Vandelino? —preguntó con inocencia.

—No lo sé. Lo averiguaremos si bajamos.

Ehud empezó a levantar la trampilla. Apoyó la cabeza en el suelo

para intentar divisar algo desde esa posición, pero no pudo ver nada.

—¿Qué ves? —preguntó David, impaciente.

—Nada. Desde aquí no veo nada.

—¡Vamos! ¡Abre! —le animó.

Ehud terminó de levantar la trampilla, pero volvió a cerrarla de golpe.

—¿Qué ocurre?—bisbiseó David, alarmado.

—¡Asesinos! —. Ehud golpeaba el suelo con el puño.

—¿Han matado a fray Vandelino?

—¡Si solo hubiera sido eso!

—Será mejor que no bajes hasta que yo te lo diga.

—Bajaremos los dos —confirmó David.

Ehud hizo una mueca de convencimiento.

—Está bien. Como quieras. Pero no es agradable…

Ehud se descolgó, cuan largo era desde la trampilla, hasta dejarse caer al suelo. Luego, David lo imitó.

El hedor —orines, vómitos, sudor y alcohol— dominante en la pequeña sacristía era insoportable. El dantesco espectáculo que se les ofrecía hizo que David se llevara una mano a la boca, como para sofocar un grito de pánico. Ehud, por su parte, sintió que un sudor frío le perlaba la frente.

Fray Vandelino yacía semidesnudo, arrodillado en el suelo, con la sotana levantada hasta el cuello. Un hilo de sangre seca se perdía entre sus muslos. Los testículos eran una informe masa negra.

David se tapó la cara con las manos en señal de desesperación, y salió corriendo de la sacristía. Ehud, sin embargo, en un acto de valor y entre tremendas arcadas, bajó la túnica al fraile e intentó ponerlo boca arriba en el suelo, pero el *rigor mortis* ya había agarrotado sus músculos. Sí pudo comprobar que la cara del infeliz Vandelino parecía una máscara de horror; tenía la boca abierta en el rictus de la muerte y los ojos desorbitados. Lo cubrió con una de sus mantas y salió de aquel tabuco.

—¿Qué podemos hacer? —se preguntó Ehud en voz alta.

Aunque David trató de contestarle, no se le ocurrió ninguna respuesta convincente. Parapetado tras una de las esquinas de la ermita, bajo una imposta, intentaba controlar los vaivenes de su estómago. Apenas se hubo recuperado, se dirigió a Ehud, emocionado:

—Jamás he visto algo parecido. Esos bestias…

—Lo único que podemos hacer ya por el pobre Vandelino es darle sepultura —precisó Ehud.

Otearon los alrededores de la ermita buscando un lugar idóneo para enterrarle, pero parecía que por allí no había ninguno.

—¿Dónde? —inquirió David.

—Fray Vandelino dijo que los dueños de la casa habían muerto y lo más lógico es que estén enterrados en las proximidades.

—Tienes razón. Busquemos las sepulturas.

Después de dar varias vueltas a la ermita se dieron por vencidos. No había ninguna sepultura. Ni siquiera en lo alto de la loma donde la Virgen se le apareció a Lorenza.

Pasado un rato, David opinó:

—Puede que no murieran aquí.

Con la vista levantada —en un postrero intento de localizar alguna cruz sobre el terreno —Ehud concedió—: Es posible —.Luego, sugirió —: Sea como fuere, busquemos un lugar.

V. El aposento oculto

El terreno frente a la ermita era bastante abrupto y cubierto de nieve, por lo que los jóvenes imaginaron que cavar una tumba resultaría demasiado laborioso. Después de una mirada cómplice, decidieron inspeccionar la parte trasera de la ermita. Al llegar, comprobaron que la nieve del corral estaba removida por las pezuñas del buey y la jeta del cerdo. Era evidente que, en ese lugar, resultaría más fácil cavar una fosa, lo suficientemente honda y ancha, para que entrara el orondo cuerpo del fraile. Sin pensarlo dos veces, Ehud se armó de valor, tomó una pala y empezó a cavar con dureza. Mientras, David con un rastrillo apartaba la tierra removida. Sus bocas proyectaban nubecillas de vaho producidas por el esfuerzo que desaparecían en el aire frío y cristalino. El sol de la magnífica mañana empezaba a calentar. Pronto, la frente de Ehud se pobló de sudor y sintió que su garganta estaba más seca que una soga de esparto.

—David, ve a por agua —le ordenó mientras él se tomaba un respiro.

En un odre, el muchacho acercó el agua que su compañero había demandado, para poder seguir trabajando a plena solana.

Cuando llevaba cavado más de un pie de profundidad, en una de las paladas que Ehud enterró con ímpetu, la pala impactó con algo duro que hizo que el muchacho se tambaleara.

—¡Caramba! ¡Vaya piedra! —exclamó.

David, enseguida rastrilló la zona, pero no apareció piedra alguna.

—¡Qué raro! Diría que la pala ha chocado con algo duro —insistió Ehud, sorprendido.

Dejó la pala, se agachó y empezó a quitar tierra con la mano hasta que, paulatinamente, fue descubriendo una superficie dura y lisa.

—¡Mira! Es una madera.

David la miró. Cuando desvió la mirada hacia su compañero llevaba dibujado en el rostro un signo de interrogación.

—¿Qué hará esa madera ahí?

—Desalojemos toda la tierra que la cubre —aconsejó Ehud.

Se dispusieron a limpiar y a recortar sobre la tierra el trozo de madera que quedaba a la vista. Cuando la hubieron despojado en su totalidad de tierra, observaron que en uno de sus lados había dos goznes.

Boquiabierto, Ehud se quedó mirando las piezas metálicas contra las que había chocado la pala. Luego razonó:

—Si aquí hay dos goznes, quiere decir que esta madera se puede

abrir por el lado contrario. Puede ser una puerta por la que se acceda a alguna gruta subterránea.

—Tienes razón, Ehud. ¿Qué podrá ser?

El mayor se incorporó para exponer su teoría. Estaba seguro de que aquello debía tener una explicación. O, a lo peor, no la tenía y tan solo era un trozo de madera enterrado. Aún así, alimentó un poco de esperanza.

—Quizá sea un antiguo almacén o trastero de la casa y que, cuando Bernabé la transformó en ermita, quedó debajo del corral.

Limpiaron con afán el lado opuesto al de las bisagras hasta que, ante su sorpresa, apareció una argolla. Seguidamente, Ehud se dispuso a tirar de ella para levantarla, pero su esfuerzo fue baldío.

—Vamos, David, ayúdame. Yo solo no puedo.

Los dos tiraron con ganas, pero, la madera, ni se movió. Parecía que todas las fuerzas del universo se hubieran conjurado encima de aquella madera para evitar que fuera abierta.

Ensimismado ante tamaña dificultad, Ehud la observó de nuevo.

—Aquí hay algo raro —dedujo.

Absorto también en el problema, David opinó:

—Quizá la madera sea más larga.

A la vista de lo expuesto por David, Ehud resolvió tras una reflexión:

—Quitemos más tierra.

De nuevo se pusieron a cavar para dejar la madera completamente desprovista de tierra y poder levantarla. Pero en el extremo donde estaba la argolla, aparecieron dos hileras de gruesos clavos que sujetaban la puerta a un marco inferior.

Al descubrirlo, David abrió los ojos con desmesura.

—¡Está clavada!

—¡Caramba! Es verdad. Eso quiere decir que sus dueños querían preservar algo de su interior o quizá ponérselo más difícil a los ladrones.

Con expresión de intriga, el menor preguntó:

—¿Y si ocultara un tesoro?

Ehud se le quedó mirando con una sonrisa en los labios.

—¡Quién sabe!

Sin más comentario, Ehud se precipitó al establo en busca de algún objeto punzante. Al poco volvió con un hierro puntiagudo que introdujo entre la puerta y el marco y lo golpeó con fuerza hasta que el punzón avanzó. Una vez dentro, hizo palanca y las oxidadas púas empezaron a ceder. Al ver que la puerta se abría, David se acercó a su compañero y lo ayudó hasta que consiguieron liberar la puerta. Lo

hicieron con tal ímpetu que ambos fueron a parar al suelo. De inmediato, un tufo húmedo y viciado salió del interior.

—¡Uf! ¡Qué olor! —se quejó David.

—Debe de llevar cerrada mucho tiempo.

Al incorporarse, comprobaron que en el interior reinaba una tenebrosa oscuridad y que se accedía a él por una escalera de madera.

—Está tan oscuro como la boca de un lobo. Necesitaremos velas —puntualizó Ehud.

Cauteloso, David se volvió a asomar como si lo hiciera al mismísimo averno. Con cara de asco, comentó:

—Pues yo no pienso bajar ahí, ni con velas.

Ehud insistió:

—Anda, ve por ellas.

David obedeció la orden de su compañero y corrió hacia la ermita. En un santiamén, regresó con uno de los hachones que flanqueaban a la Virgen.

Miedo, algo de estupor y una considerable dosis de intriga bajaron con Ehud por la recia escalera de madera. Con el hachón encendido, puso el pie en el suelo de la cámara y lo levantó para que el resplandor iluminara lo más lejos posible.

La cámara era rectangular y medía unas diez varas de larga por ocho de ancha y unos siete pies de altura. Las paredes de tierra habían sido reforzadas por tabiques de esparto trenzado, revestidos de barro para evitar su desmoronamiento. El techo lo soportaban varias colañas de madera apoyadas en una gruesa central. Aquel subterráneo fue hecho a conciencia y, aparentemente, no era un simple almacén de trastos viejos. El suelo de tierra, bastante uniforme, lo cubrían unas alfombras. Sorprendido, Ehud se agachó y comprobó extrañado que los dibujos representados en las alfombras se asemejaban a los que él había visto en las casas de la judería.

—Los dibujos de las alfombras parecen hebreos —gritó al exterior.

David asomó la cabeza por el hueco.

—Sí que es raro—. Luego preguntó — ¿Necesitas ayuda?

—No. Aún no.

Ehud desapareció de la vista de su compañero y se dispuso a examinar el completo mobiliario que ocupaba la gruta. Conforme avanzaba, más se convencía de que todo aquello era muy extraño. Los enseres también eran los típicos que podían amueblar una casa en cualquier judería. Arcones, aparadores, espejos, mesas, sillas. Incluso varios instrumentos de música yacían tirados en el suelo, en un rincón. Un laúd, una calimba y un salterio.

Poco a poco, el resplandor del hachón fue iluminando una gran mesa central de madera de cedro. Parado en mitad de la estancia, Ehud no atinaba a creer lo que estaba viendo. Con la mano libre se restregó los ojos para comprobar que aquello no era una visión. Sobre la mesa había un *menorah.* ¡Un candelabro hebreo de siete brazos!

—«¿Qué confusión es esta? », se preguntó.

Dos ideas le asaltaron de inmediato la cabeza. Una: que los antiguos propietarios Bernabé y Lorenza fueran de los cristianos que se aprovecharon de la urgente salida de los judíos de Toledo y compraran sus riquezas a bajo precio. Aquel habitáculo era el lugar donde los habían almacenado y escondido. Otra posibilidad: que los dos buenos y piadosos cristianos a los ojos de todo el mundo, y que habían levantado la ermita, fueran en realidad judíos conversos. La cámara era donde, ocultamente, seguían realizando sus ritos y oraciones judías. Entonces, dudó de si la aparición de la Virgen a Lorenza fue realidad o quizá fue una invención del matrimonio para disipar dudas sobre su cristianismo. Pero de lo que Ehud sí tenía certeza era que el infortunado padre Vandelino, no sabía nada de la existencia de ese escondite.

Ante el continuado y espeso silencio, David se impacientó:

—¿Ves algo más?

—Espera. Al fondo se ve algo —voceó desde el interior de la cámara…

Ehud avanzó y volvió a elevar el hachón. De súbito, el corazón se le aceleró, la boca se le secó y se quedó paralizado hasta que un grito aterrador salió de su garganta. Arrojó el hachón y, presa del pánico, salió de estampida hacia la escalera, tropezando con David que, en ese momento, bajaba por ella. Chocaron con violencia y cayeron dentro de la estancia. Más fuerte y corpulento, Ehud, pasó por encima de David y consiguió alcanzar la superficie antes que su compañero, el cual lo hizo con la tez más blanca que la nieve que los rodeaba.

Jadeando aún por el susto, David atosigó a su compañero con una batería de preguntas:

—¿Qué ocurre? ¿Qué has visto? ¿Qué ha pasado?

Tendido sobre la nieve, Ehud no atinaba a responder. Pero David insistió:

—¿Quieres decirme de una vez lo que has visto?

Tapándose la cara con las manos en señal de desesperación, Ehud se incorporó y le contestó:

—Dos cadáveres.

—¿Dos muertos?

—Sí. Dos muertos.

—Pero enterrados… o… ¿Cómo? —preguntó David, intrigado.

—No. Están sentados en sendos sillones.

David hizo un gesto de desprecio hacia el comentario de su amigo.

—Ehud, el miedo te ha trastornado la mente.

—Que sí. Que es cierto —afirmó el mayor con cara de pocos amigos.

En voz alta, el más joven reflexionó con lógica:

—¿Cómo van a estar dos muertos sentados en sillas? ¿Pretendes reírte de mí?

Ehud puso cara de disgusto:

—Si no me crees, coge otra vela, bajamos y lo comprobamos.

David volvió a la ermita y tomó el otro hachón que iluminaba la imagen de la Virgen. Al cabo de unos instantes, los dos jóvenes, poseídos por un miedo incontrolable, volvían a bajar por la escalera. Nada más entrar recogieron y volvieron a encender el otro cirio para dar mayor verosimilitud a lo que querían comprobar. Con paso lento y dudoso, se dirigieron hacia el final de la estancia.

El débil y centelleante resplandor de los hachones avanzaba dibujando un círculo entre el techo y el suelo. Poco a poco empezaron a vislumbrar unas viejas y roídas zapatillas ocupadas por huesos que asomaban por unos anchos pantalones. Formando un pequeño ángulo también asomaban otros pies calzados con unas típicas sandalias de mujer medio ocultas por una falda. Estupefactos fueron levantando los hachones hasta dejar dentro del círculo de luz los dos cuerpos completos. Estaban momificados. Lo que el calor del verano había descompuesto, el frío del invierno había conservado. Las calaveras estaban apoyadas sobre el travesaño superior del sillón y mantenidas por el hombro. Los huesos de las manos abrazaban crispados los reposabrazos de los sillones.

Al comprobar esta circunstancia, Ehud se quedó paralizado con los ojos fijos en aquellos huesos de la mano.

—¡Por… Yahvé!... ¡Dios… del cielo… y… de… la… tierra!…

De nuevo, sin previo aviso, el mayor salió disparado hacia la salida, obligando a David a imitarlo sin saber muy bien el por qué. Volvieron a tirar los hachones en la cámara para tener las manos libres, subir velozmente por las escaleras y salir a respirar aire puro.

Una vez en la superficie, creyendo que se trataba de una broma de mal gusto, David, le recriminó:

—¿Pero qué te ocurre, Ehud?

El mayor apenas atinaba a contestar:

—¿No… no… no te das cuenta?

—¿De qué?

—Está muy claro.

—No te entiendo.

Ehud dibujó un rictus de benevolencia en su cara. Como si fuera el más listo y hubiera descifrado un jeroglífico. Frente a él, la cara de incredulidad de David.

—No debemos bajar los dos a la vez.

—¿Por qué? —se quejó el menor, recelando que su compañero le quisiera ocultar alguna riqueza.

—Si esos dos muertos son en realidad Bernabé y Lorenza, y mucho me temo que lo son, murieron encerrados.

—¡Qué horror! —exclamó David. Luego añadió—: ¿Por qué lo sabes?

—¡La trampilla estaba cerrada por fuera! Alguien los encerró y clavó la puerta para que no pudieran salir.

Con un rictus en la cara que expresaba sorpresa y horror a la vez, el menor manifestó:

—¡Tienes razón!

Pensativos, aguardaron unos instantes hasta que por fin, Ehud opinó:

—Por eso están sentados en los sillones. Los encerraron y allí esperaron lentamente a la muerte.

—Debió de ser terrible.

En la mente de los jóvenes seguía la incertidumbre de olvidarlo todo o terminar de inspeccionar la cámara. También en su mente cabalgaba el dilema de que alguien pudiera aparecer mientras examinaban los objetos de la cámara y aprovechara el momento para encerrarlos.

—Debemos hacer guardia en la puerta, mientras uno registra los enseres —aconsejó el mayor—. No podemos correr el riesgo de que alguien aparezca y nos encierre.

—¡Ni lo menciones!

—Está bien. Bajaré y registraré todo mientras tú haces la guardia —propuso Ehud—. A la menor sospecha de que alguien se acerque, das la voz de alarma.

—No te preocupes. Así lo haré.

Antes de desaparecer por el hueco de la escalera por tercera vez, Ehud le dedicó a David estas palabras:

—Confío en ti.

Una vez en el interior de la cámara, partió los hachones por la mitad y los encendió. Luego, los distribuyó estratégicamente para conseguir una luz uniforme y poder trabajar con las dos manos. Despistado y sin saber qué hacer, dio varias vueltas sobre sí mismo

para analizar por dónde empezaba a inspeccionar. A su derecha, sobre un viejo baúl, descubrió un rollo de la *Tora*. Le quitó el polvo acumulado, lo acarició sin llegar a abrirlo. Aquello le evocó los tranquilos días que pasaba leyendo, en compañía de su hermano Ariel, en la sinagoga de Toledo.

Cerca de la *Tora* descubrió un pequeño estuche con el pergamino de la *mezuzá,* que, a buen seguro, había lucido en la jamba derecha de la puerta de Bernabé y de Lorenza. Varias velas de distintos tamaños que habrían iluminado muchos *shabat* aparecían alineadas sobre una bandeja encima del cofre. Coberturas bordadas con magníficos diseños eran las que se utilizaban para preservar la *jalá*, y los cuchillos que se empleaban para el pan. En un mango, Ehud pudo leer "Reservado para el sagrado *shabat*"

Al moverse, pisó unas cuantas ramas y hojas secas que crujieron. El joven dedujo que serían las utilizadas para antes del *Sucot* —la Fiesta de los Tabernáculos—. Recordó que las familias adquirían un juego de las "cuatro especies": una rama de palmera, ramas de mirto, ramas de sauce y un citrón, que se utilizaban durante los siete días de la fiesta en las oraciones de gracias y en las ceremonias.

En la gran mesa central, aparte de la *menorah* que la dominaba, en una de las esquinas pudo distinguir las copas grabadas con sus correspondientes platillos para el *kidush.* Ehud se emocionó. Las lágrimas inundaron sus ojos y rodaron libres por sus mejillas. «¡Tantos recuerdos!», pensó, nostálgico. Hizo un esfuerzo y aspiró fuerte. Se sobrepuso y dio todo por perdido. Lo único que le quedaba era poder seguir viviendo lo mejor posible y vengar la muerte de su hermano. Los objetos que había allí —aunque le costara desprenderse de ellos— le iban a reportar una importante cantidad de dinero que le permitiría sobrevivir por algún tiempo. Eso sí, compartido con su nuevo compañero, David.

Inmerso en esas importantes deducciones no oyó la voz del menor, que le llamaba con insistencia.

—¡Ehud!... ¡Ehud!... ¿Estás bien?

—¡Oh, sí, David! Añoraba… otros tiempos.

El joven fue seleccionando todo cuanto podría vender para solucionar así unos días de su complicada vida. Cuando lo hubo puesto todo cerca de la escalerilla y a la vista del impaciente David, le ordenó:

—Busca un saco o una manta lo suficientemente grande para envolverlo todo.

Como alma que lleva el diablo, David salió corriendo hacia la ermita. No le hacía mucha gracia entrar allí porque en la alcoba

continuaba el cadáver del fraile, pero en su pensamiento anidaban los dineros que lograrían sacar con la venta de aquellos objetos. «Por lo menos podremos comprar una montura, un buen carro, ropas y alguna que otra arma para defendernos», dijo para sus adentros.

Al poco, apareció David en la escalerilla con las dos mantas que ellos mismos habían utilizado para guarecerse del frío las noches que durmieron en la sacristía. Se las arrojó a Ehud.

—Sólo he podido encontrar estas mantas.

—Será suficiente.

Ehud se dedicó a hacerlas tiras y a envolverlo todo cuidadosamente. Sabía que ningún judío aprobaría semejante conducta, pero era su única oportunidad de sobrevivir. Lo hizo lo mejor que pudo y se lo fue pasando al menor, que lo depositaba en la carreta del pobre padre Vandelino.

—Bueno. Ya está —suspiró Ehud cuando le pasó a David el último paquete. Este se quedó pensativo:

—¿Los cadáveres no llevan joyas?

—¡Caramba! Tienes razón. No lo había pensado, aunque…

Ehud dejó inconclusa la frase. Se volvió a introducir en la cámara y se acercó a los cadáveres con más respeto que miedo. Comprobó que, por desgracia, estaban desprovistos de cualquier adorno valioso.

De nuevo, la impaciente y trémula voz de David se escuchó por el orificio de entrada:

—¿Has hallado algo?

—No. Eso es todo cuanto tenemos —admitió lastimero.

Después de dar un vistazo general por si había algo que escapara de su atención, se dirigió hacia la trampilla. Cuando estaba a punto de pisar el primer escalón y David esperaba ansioso su regreso, exclamó:

—¡Un momento!

—¿Qué ocurre ahora?

—Espera. He comprobado lo que había encima del arcón, pero no su interior.

—¡Quizá esconda un tesoro! —argumentó David, con los ojos abiertos como platos y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Caramba! Tienes razón. No lo había pensado, aunque…

Animado con esa esperanza, Ehud se dirigió de nuevo al arcón. Comprobó que estaba cerrado por un largo y grueso cerrojo. Levantó la manilla y la forzó para que la barreta se librara de las dos armellas que la aprisionaban. Lo hizo con todas sus fuerzas, incluso con un movimiento de subida y bajada para que se limara el robín que la bañaba. Soportando un desagradable chirrido, por fin logró pasar la barreta y librarla de la última armella. Se incorporó y tiró de la

manilla hacia arriba para levantar la pesada tapa, reforzada en sus esquinas con piezas de hierro. Las charnelas también gruñeron cuando la tapa alcanzó su máxima altura. La tenue luz de los hachones no llegaba hasta el interior del baúl por lo que Ehud no pudo distinguir su contenido. Entonces, acercó uno de los hachones y a medida que la luz lo iba iluminando, su ilusión se fue oscureciendo. Mantos de seda, de algodón y algunos cobertores rebosaban aquella arca. Miró desilusionado por última vez y de pura rabia les dio un manotazo a la vez que con la otra mano cerró la tapa. Cuál fue su sorpresa cuando oyó un sonido metálico. Como de monedas. Intrigado, volvió a levantar la tapa y sacó una a una todas las prendas de tela que había dentro. Al sacar un *tali,* que era la última prenda, una preciosa diadema de oro salió enganchada en los flecos. Ehud creyó que iba a desmayarse. La sangre latía con fuerza en sus sienes y su corazón bombeaba sin control. La miró incrédulo, la tocó para comprobar que lo que estaba viendo era cierto y gritó:

—¡Somos ricos! ¡Somos ricos!

Con la cabeza colgando por la trampilla, David miraba atónito los saltos y bailes de Ehud. Aunque pensó que su compañero le estaba gastando una broma y que en ese baúl no había absolutamente nada de valor.

—¿Es cierto? —preguntó tímidamente.

Ehud no contestó. Arrodillado, revolvía el interior del baúl a la vez que un sonido metálico acompañaba el movimiento de sus manos. Varios juegos de copas y platos para el *kidush* y para la *havdalá,* hechos en plata. Monedas de oro, anillos, aretes, arracadas, collares, diademas, fíbulas, brazaletes. Aquello era un auténtico tesoro.

VI. Un descubrimiento más importante aún

Emocionado, Ehud subió la escalerilla saltando los escalones de dos en dos. Una vez en la superficie abrazó a David que, sin saber qué decir, le correspondía sin mucho entusiasmo.

—¡David! ¿No te alegras?

—Sí. Claro que sí.

—¡Somos ricos! —le gritó.

En ese momento, Ehud lo cogió en volandas y empezó a bailar con él por la nieve. Daba vueltas y vueltas y no atendía la solicitud de David de bajarlo al suelo. En uno de los giros Ehud se trastabilló y cayeron en la nieve. Ehud, muerto de la risa, cantaba y gritaba. David, con un notable disgusto, intentaba ponerse de pie. Entonces el mayor le agarró por las piernas y David volvió a caer encima de Ehud que lo sujetó por el pecho y empezó a rodar con él por toda la nieve.

De repente, David intentó zafarse de él con violencia y Ehud se sorprendió.

—¿Qué te ocurre?

—Nada —susurró.

Ehud, algo nervioso, preguntó:

—¿Qué ocultas bajo el jubón?

—¿Debajo del jubón? Nada —respondió con semblante de inocencia.

Ehud se incorporó violentamente con un rictus de seriedad.

—¿Cómo que nada?

David hizo ademán de levantarse, pero Ehud se lo impidió.

—Ya te lo he dicho. Nada. Ahora déjame en paz.

—O me enseñas lo que ocultas o…

David, en contra de lo que se suponía, respondió con rabia y con violencia.

—No se te ocurra ponerme una mano encima o lo lamentarás.

—¿Te has escondido algo? —se quejó el mayor.

—No oculto nada.

Dicho esto, Ehud se abalanzó sobre David y le agarró de la camisa para abrírsela. El menor se afanaba en evitar que su compañero consiguiera su propósito. Durante el forcejeo llegó un momento en el que David, ante el mayor empuje de su compañero, empezó a suplicarle.

—¡Por favor, no lo hagas!

—¿Cómo que no? ¿Me has engañado y ahora me ruegas?

—Te lo pido por favor —volvió a suplicar.

Ehud, desoyendo los ruegos de David, dio un tremendo tirón de la camisa hacia los lados. La camisa se rasgó dejando al descubierto el pecho del joven.

—¡Por…Por Yahvé…Por Yahvé… Dios del cielo y de la tierra! —exclamó Ehud con torpeza.

David se cubrió, agachó la cabeza y unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Tienes… tienes…! Eres… Eres una… ¡Una mujer!

Instintivamente y para disipar cualquier duda se abalanzó sobre su amigo y le echó mano a la entrepierna esperando sentir un apretado bulto. No lo halló. No existía.

David, al sentir esa presión en su bajo vientre, le abofeteó.

—¡Déjame!

Al ver aquellas lágrimas sinceras de vergüenza, Ehud se sintió culpable, confuso y aplastado. Como si una manada de bueyes le hubiera pasado por encima. En ese instante su compañero se levantó y él fue incapaz de impedir que su amigo se marchara.

Por más vueltas que le daba no lograba entenderlo. Cuando se dirigió a él dudó como llamarle.

—¡Eh! ¿A dónde vas? Da…Da…David… o…o… como quiera que te llames.

No le hizo caso y Ehud se quedó sentado en la nieve. Pensativo. Aquello era lo más insólito y desconcertante que le había ocurrido en su vida. Convivir con una mujer durante más de un mes y no haber sido capaz de descubrirlo. Su voz afeminada y lánguida. Sus preciosos ojos claros. La piel de melocotón que encandiló al padre Vandelino aquella noche. Sus manos finas y delicadas… Ahora, estaban justificadas algunas de las vivencias que en su día le parecieron extrañas.

Sentado en la nieve se sintió estúpido y se lamentó porque a partir de ese momento tendría una evidente y grave responsabilidad. Fugitivo y con una mujer a su cargo…, pensó que el destino no estaba siendo muy benévolo con él. O quizá sí.

Se levantó y fue en su busca. David debía darle una explicación e idear entre ambos un plan de evasión de aquellos peligrosos predios.

Supuso que no estaba dentro de la ermita y supuso bien. Desde el dintel observó en la lejanía una figura sentada en la piedra en donde se decía que a Lorenza se le había aparecido la Virgen María. Fue acercándose con discreción. Ella miraba al infinito, serena y tranquila. Quizá se había liberado de aquel secreto tanto tiempo guardado y meditaba su nueva vida de fugitiva junto a su compañero.

Ahora, Ehud la admiró al saber que era una mujer. Sin ninguna

duda era una mujer bella. Las facciones que en David eran afeminadas ahora adquirían todo el poder de la belleza de una mujer. «¿Cómo no me he dado cuenta?», se lamentó.

Al llegar a su altura ella no se giró, aunque sintió su presencia. La cabeza levantada, el talle erguido y las manos entrelazadas en su regazo. Parecía ausente. Aunque estaba claro que le tenía que dar una explicación. Mejor aun: se la exigiría.

—Siento lo ocurrido. Yo…yo no sabía que… Me has dejado confuso… Espero que me expliques… —balbuceó incoherente.

Ella no modificó su postura.

En su rostro, Ehud reflejaba la gravedad de la situación y ante el silencio prolongado a sus preguntas, volvió a insistir:

—Estarás de acuerdo conmigo en que me debes dar una explicación…

Ella seguía sin decir nada. Miraba al infinito y Ehud optó por cambiar de estrategia.

—Está bien. Dime por lo menos cómo te llamas —y precisó—. Tu verdadero nombre.

—Por favor, déjame —suplicó ella con los ojos vidriosos.

—No puedo —contestó Ehud de mala gana—. Estamos metidos en un buen lío y debemos salir los dos, o, por lo menos, dejar las cosas en claro.

—¡Vete!

Ehud se levantó airado y le recriminó:

—¡Estamos aquí por ti! ¡Por tu culpa!

—Lo siento mucho.

Luego le dispensó una mirada desabrida y hostil que ella captó. En breves palabras debía hacerle comprender la complicada situación.

—El destino nos ha unido y debemos seguir así si queremos escapar de los soldados. Debemos huir como fugitivos. A cualquier parte. De cualquier manera. No existe otra opción. ¿Acaso crees que si te dejo aquí sola tendrías alguna posibilidad de sobrevivir?

Ella bajó la mirada como asumiendo lo que acababa de escuchar. Sus acciones eran deliberadamente precisas y sin prisas.

De inmediato, Ehud añadió:

—¿Qué harás si vuelve la soldadesca?

Aquella última frase le hizo daño. Sus pensamientos viajaron en el tiempo. Los gritos del padre Vandelino pidiendo clemencia aún martilleaban su mente. Después de un largo silencio, en el que la joven debatió la conveniencia de poner a su compañero en conocimiento de los pormenores de su vida, sus labios se despegaron para susurrar un nombre:

—Me llamo Esther.

—¿Eres judía?—preguntó incrédulo.

—Sí.

Ahora parecía el momento de empezar a investigar la razón por la que Esther se había convertido en David y aquél fatídico día huía de un soldado. Aquél día en el que empezó su particular calvario con la muerte de su hermano y la apresurada huída del escenario del crimen. Desde hacía unos instantes tenía tres preguntas que asaeteaban su cabeza y que, inexcusablemente, Esther había de responder. Estaba convencido de llegar hasta el final si ella no le contestaba. Es decir, se había planteado repartir el tesoro y que cada uno siguiera su camino, pero estaba metido en ese tremendo problema por ella y debía exponerle todas las circunstancias antes de proseguir.

Ehud se plantó delante de ella, se sentó en una piedra y la miró fijamente. Con el semblante adusto le formuló de corrido tres preguntas:

—¿Por qué huías ese día? ¿Qué habías hecho? ¿Quién era el soldado?

Esther apretó los labios un momento. Con expresión pensativa, exhaló con un hilo de voz:

—Es una larga historia.

Ehud la emplazó a iniciar el relato.

—Puedes empezar. Te escucho.

Después hubo unos instantes de incertidumbre por parte de ambos. Uno, esperando oír la voz de Esther; la otra pensando por dónde empezaría a relatar una historia escabrosa y que le había hecho mucho daño.

—Mi padre era un buen espadero. El mejor de Toledo —precisó ella con orgullo, interrumpiendo el incómodo silencio.

—¿Tú eres la hija de Isaac, el espadero?

—Sí. ¿Lo conocías? —quiso saber la chica.

—No. Sólo de oídas.

—Mi padre trabajaba día y noche y los mejores encargos los recibía de don Rodrigo, el hijo del marqués de Alcántara. Un joven arrogante, maleducado y sanguinario.

—¿Don Rodrigo? ¿Un noble al que le encantan los torneos?

—Así es. Un día —prosiguió Esther con el relato— se presentó don Rodrigo en la espadería con la pretensión de que mi padre le hiciera una magnífica espada para un torneo que tendría lugar en tres días. Mi padre le informó de que necesitaba más tiempo para confeccionar la mejor espada y don Rodrigo se negó alegando que la necesitaba para ese día puesto que participaba en un importante torneo en el que

había apostado mucho dinero.

De nuevo, mi padre le insistió en que sería muy difícil que la espada estuviera para esa fecha. Haciendo oídos sordos, el noble dejó una cantidad de dinero sobre la muela y le dijo: «Si aprecias en algo tu vida y la de tu yerno, haz la mejor espada y para dentro de tres días».

—¿Y… fue capaz de hacerla? —inquirió Ehud intrigado.

Los ojos de Esther se volvieron a cubrir de lágrimas.

—Claro. ¿Qué otra oportunidad le quedaba?

—¿Qué ocurrió?

—Trabajó sin descanso durante esos tres días. Buscó el mejor acero y lo forjó hasta que el metal fue adquiriendo el color rojo cereza.

—¿Rojo cereza?

Esther aprovechó esa pregunta para explayarse en la fabricación del arma. Para ella, acordarse de esos trabajos era recordar a su padre, a su novio, el taller que había conocido desde su más tierna infancia. Era recordar un tiempo que ya jamás volvería.

—Sí. Es el color que adquiere el acero cuando llega a una temperatura de unos mil grados. Si lo sacas antes o después el acero puede convertirse en frágil, quebradizo. Luego hay que llevarlo al yunque para, a base de martillazos, lograr la forma y la longitud del arma.

—¡Es un trabajo ímprobo!

—Para confeccionar un buen arma, sí.

—¿Y ya puedes usarla?

—No. Todavía queda la mitad del proceso. Después hay que templarlo.

Esther reanudó embelesada su explicación:

—El templado del acero es un momento muy delicado y en el que hay que saber muy bien la finalidad del arma. Si es un arma de combate, como era el caso, el acero debe ser tenaz para resistir los golpes sin sufrir fracturas y ductilidad para deformarse sin romperse.

—¡Vaya! —exclamó Ehud, sorprendido—. Sabes mucho del oficio.

—Ayudaba a mi padre.

—¿Trabajabas en el taller?

—Así era. No tengo hermanos y mi padre necesitaba ayuda. Por ello, David — así se llamaba mi prometido— y yo le ayudábamos.

—¿Por eso me dijiste que te llamabas David?

—Sí, en su recuerdo.

Ehud, deseando que Esther terminara de relatarle la historia, la apremió con otra pregunta.

—¿La espada ya estaba acabada?

—No. Aún había que pulirla en la muela. Allí se hacen los vacios, filos y la terminación en punta. Después hay que montar la empuñadura.

—Entonces terminó la espada a los tres días —aseguró el joven.

—Sí. Yo personalmente fui a entregársela a su castillo.

—Bueno, ¿y qué ocurrió?

—Al día siguiente era el torneo —continuó la chica con el relato—. Asistían varios nobles —venidos de distintos reinos— con los que don Rodrigo había cruzado importantes apuestas. En el primer combate le tocó medirse con don Esteban de Almeyda, un joven noble de origen luso. Después de varios envites a caballo se vieron obligados a luchar a espada, pie en tierra. La lucha fue dura y ambos contendientes estaban exhaustos cuando don Rodrigo acorraló a don Esteban junto a la estatua que dominaba el campo de batalla. Lanzó un terrible golpe contra su oponente con tan mala fortuna que erró y la espada golpeó en la base de la estatua. La espada se partió en dos y don Esteban aprovechó la circunstancia para vencer a don Rodrigo.

—¡Caramba! ¿Y qué pasó?

—Sobrevino la tragedia.

—¿Don Rodrigo cumplió su amenaza?

—Así es. Días después, don Rodrigo mandó detener a mi padre y a mi prometido e impunemente los ahorcó.

Esther bajó la cabeza y quedó como paralizada por aquellas dolorosas remembranzas; sobre todo la que le rompió el corazón: la visión de su padre y su novio balanceándose en la soga que les había roto el cuello. Desde ese momento, albergó en su interior una feroz venganza hacia el hombre que había destruido su presente y su futuro, toda su vida.

En un gesto espontáneo apretó los labios para que las lágrimas no rodaran por sus mejillas.

—¡Cuánto lo siento! ¡Hay tanta maldad en el mundo! —exclamó Ehud con desesperación. Luego continuó con voz compungida—. Sólo le pido al Señor que nos de la suficiente vida para vengar a nuestros seres queridos.

Con un leve movimiento de cabeza, Esther confirmó lo expresado por Ehud y después de unos breves instantes de reflexión, él le dirigió la palabra:

—¿Por qué huías ese día?

Esther hizo un mohín con la boca y su rostro aterciopelado se tornó grave. Cada vez que evocaba el pasado, sus ilusiones de recuperar una vida truncada, desde bien joven, se venían abajo. El pasado la perseguía y era como una fría losa que oprimía su mente. Pero Esther

comprendió que le debía a Ehud una explicación, aunque sólo fuera por la memoria de su hermano.

Apenada, pero con rabia, le habló de otra venganza orquestada por el mismo asesino de su padre y de su novio.

—Don Rodrigo juró vengarse también en mi persona.

Ehud frunció el ceño.

—¡Por Dios!¿Qué más quería ese sanguinario?

—Limpiar su honor después de la derrota.

—¿No le bastó con la muerte de tu padre y de tu novio?

—¡Quería acabar con toda la familia!

Con los ojos inyectados en sangre Ehud agregó una amenaza:

—Merece la peor muerte del mundo. Si lo tuviera aquí…

Después de un breve silencio, Esther siguió con el relato.

—Mis vecinos me ocultaron en sus casas mientras pudieron, a pesar del riesgo que corrían, pues los criados de don Rodrigo me espiaban para secuestrarme y llevarme ante su presencia para que fuera violada. Al menos eso decían quienes conocían al conde. Públicamente y en días de borrachera había jurado violarme y engendrar un hijo suyo. Un niño estigmatizado: su padre dio muerte a su abuelo.

Ehud, con las venas del cuello a punto de estallar, la interrumpió:

—¡Hijo de puta!

La exclamación de Ehud aún retumbaba en sus oídos cuando Esther reanudó la narración de los hechos.

—Durante los días siguientes estuve ocultándome por la judería, hasta que el edicto nos obligó a viajar. Alguien me delató a pesar de que me había cortado el pelo y viajaba con la apariencia de un chico. Al ir a registrar la carreta en la que viajaba, el pánico me venció y no tuve más remedio que salir huyendo. Fue entonces cuando el pobre de tu hermano intentó protegerme y…

De nuevo el silencio selló sus labios. No quería reincidir en la trágica e inútil muerte de Ariel a manos de aquel soldado.

VII. De nuevo en el camino

Unas nubes bajas y plomizas flotaban en el horizonte. Aquella mañana había neviscado, pero la nieve ya se había fundido y dejado un barrizal. El astro rey poderoso y brillante dominaba en lo alto.

Ehud se detuvo a la puerta de la ermita y observó el paisaje que tenía alrededor. Era un momento de silencio difícil de explicar: los pájaros no cantaban, no había nada en movimiento sobre la tierra. Ni siquiera los animales del corral hacían notar su presencia. Parecía que el mundo, la vida, se había detenido. Sólo una sombra oscura que avanzaba con lentitud lo cubrió y fue deslizándose a su alrededor hasta que la nube dejó libre al sol por el poniente.

Ehud respiró profundamente y meditó. Eran sus últimos momentos de estancia al abrigo de aquella extraña ermita. La decisión que habían tomado podía marcar su futuro inmediato. Lo había discutido con Esther hasta la saciedad. Sus vidas desde hacía un par de meses corrían paralelas y lo seguirían haciendo hasta que salieran del atolladero que les había supuesto el incidente de la caravana.

Resolvieron seguir el camino hasta su destino: el puerto de Cartagena. «Quizá allí aún queden algunos amigos por embarcar o alguien pueda darnos alguna razón de hacia dónde se han dirigido», pensaron.

Esta vez el viaje lo harían como un joven matrimonio cristiano. De esta guisa evitarían ser sospechosos de asesinato. Los soldados buscaban a dos jóvenes judíos.

La fortuna en forma de dinero y joyas les había sonreído. Pero también habían encontrado algo muy importante para pasar inadvertidos durante los primeros días de viaje. En otro rincón de la cámara, justo en el hueco de debajo de la escalera, encontraron un arca con ropas de mujer en bastante buen estado. La suerte era que a Esther le sentaban como un guante. «¿Eran de Lorenza?», pensaron a dúo. Si era así, Lorenza debía de tener el talle de una jovencita a pesar de su edad o… ¿realmente murieron jóvenes? Aquello era otro enigma por resolver.

Junto con la carreta, tirada por el buey, los jóvenes decidieron llevarse los animales con la idea de venderlos en el primer pueblo que encontraran, así conseguirían unas monedas para los gastos inmediatos más necesarios. En modo alguno podían pagar con monedas de oro en un pueblucho inmundo. Serían inmediatamente objeto de envidia, recelo y pasto de ladrones y salteadores. Incluso si alguna autoridad los detenía no podrían justificar la tenencia de esas

monedas y serían arrestados, en el mejor de los casos. Si cayeran en manos de algún alguacil corrupto podrían ser torturados hasta confesar el origen de tan preciado botín, ser desposeídos de él y hechos desaparecer. Era una empresa demasiado arriesgada.

La pareja había previsto todas las contingencias posibles. Con tablones de madera construyeron un falso suelo en la carreta en donde escondieron parte del botín. También llevaban monedas ocultas entre los pliegues de sus ropas y reservaron otra parte importante del tesoro en la cámara. Si todo iba mal podrían acceder al resto del botín y empezar de nuevo.

La cámara quedó tal cual estaba. Volvieron a clavar la puerta y a taparla con tierra. A fray Vandelino lo incineraron en una pira dentro del pequeño establo, con lo que todo se redujo a cenizas. La sacristía fue limpiada y dejada como si nada hubiera ocurrido. Por fin, cerraron la ermita y escondieron la llave junto a uno de los contrafuertes que soportaban el campanario.

La capa de nieve se derretía gracias a los magníficos días de sol y los caminos empezaban a quedar visibles, circunstancia que a Ehud le facilitó la tarea pues no conocía la ruta. Solo sabía que tenía que ir en la dirección sureste. Con ellos también viajaba un pensamiento que los hería cual hoja afilada: la venganza. Antes de echar a andar, sentados en el pescante, miraron hacia delante, hacia su futuro. La gran llanura castellana se mostraba solitaria y peligrosa.

A pesar del paso lento y cansino del buey, cada día se iban acercando a su destino y se iban alejando de su pesadilla más inmediata. El camino aún conservaba los vestigios del paso de la gran caravana hacía ya más de dos meses.

En los largos días de marcha los jóvenes evaluaban aquel sombrío éxodo sin llegar a comprender el porqué de la desgracia de su raza. Tantos años de lucha diaria en la judería, en su ciudad. La ciudad donde habían nacido y vivido los abuelos de sus abuelos. «¡Yahvé! ¡Yahvé! ¿Por qué nos has abandonado?», casi increpó Ehud. Tantos recuerdos se agolparon en su mente que sintió un leve picor de ojos y los notó húmedos. Las lágrimas habían desbordado sus párpados. Esther lo observó en silencio sin decir nada.

Era después de completas. El frío, muy intenso. Aunque iban protegidos con toscos abrigos de lana, no aguantaban más tiempo sentados en el pescante de la carreta; necesitaban y deseaban descansar en una cama.

La noche ya se había posado sobre el pueblo. Débiles resplandores se hacían notar entre las estrechas callejuelas, dibujando a su paso sobre las paredes deformes figuras. El monótono quejido de la madera

de la vieja carreta llamaba a los curiosos que, entre cortinas descoloridas como gatos al acecho, asomaban sus gastados ojos.

Enfilaron la calle más ancha, sin duda era la principal. Viejas y destartaladas casas de planta baja la flanqueaban. A mitad de la travesía se elevaba una casa de dos pisos y de su puerta surgía un resplandor y voces agrandadas por el silencio de la noche. Ehud dedujo —urgido por la necesidad y el deseo— que aquello era una posada. Se apeó de la carreta y se dirigió hacia ella. La puerta cedió con un débil chirrido. Al oírlo los allí presentes giraron las cabezas y se quedaron perplejos al ver aparecer a Ehud. No era hora de viajar. Y menos con el frío imperante. El joven se despojó del gorro de lana y de la bufanda que rodeaba su cara. Al instante sintió una honda y caliente fetidez que le taponó las fosas nasales e incluso le provocó arcadas. Aquello, más que una posada, era un mísero, maloliente y asqueroso agujero. Sin embargo, sintió que una dulce temperatura aliviaba sus helados ojos.

Cuatro viejos sentados en torno a una grasienta mesa, con sendas jarras de vino, les prestaron toda su atención. Dos labradores apoyados en una renegrida barra y el posadero, en la esquina del mostrador, también les dedicaron sus curiosas miradas.

Ehud le habló al dueño:

—¿Hay alguna habitación para pasar la noche?

—¡Vaya!—exclamó uno de los de la barra, un hombre de rostro atezado y modales zafios—. Días y días sin que aparezca nadie por el pueblo y hoy llegan dos visitas.

Ehud se quedó un tanto cohibido por la respuesta.

—Sí —contestó el posadero. Luego hizo un gesto restregándose los dedos—. ¿Tienes dinero?

—¡Claro!— respondió Ehud.

Al tiempo se acompañó de un ademán con la mano, cogió una pequeña bolsa que pendía de su cinturón, haciendo que las monedas sonaran.

Habían tenido mucha suerte. Antes de que anocheciera, a unas leguas del pueblo, vieron una casa de campo en la lejanía. Querían vender los animales que fray Vandelino había criado en la ermita. En un primer momento el campesino los rechazó, pero Ehud le hizo una oferta que no pudo rechazar. Aunque no les reportó una gran cantidad de dinero, era lo suficiente para continuar el viaje y pagar una modesta habitación.

—¿Viajas solo? —inquirió el posadero.

—No, no. Me acompaña mi… mi… mujer —titubeó, al no estar acostumbrado a llamar a Esther de semejante forma.

—Te costará cuatro monedas por cada uno y dos por el carro.

Aquello era un atraco, pero no estaba en condiciones de negociar. Era el único sitio para pernoctar bajo techo en muchas leguas a la redonda.

—De acuerdo.

El comentario de uno de los labriegos apoyados en la barra le rondaba la cabeza. Tenía curiosidad por saber quiénes más pernoctaban en aquella lúgubre posada. Antes de poner las monedas sobre la barra de madera, preguntó al dueño:

—¿Hay mucha gente?

—Los soldados del marqués están de patrulla por estos lugares.

Al escuchar la respuesta, Ehud giró la cabeza como buscándolos. No había mucho sitio en la posada como para que cuatro o cinco soldados pasaran inadvertidos. El tabernero le dio una simple explicación:

—No están aquí. Se han emborrachado y ahora están en casa de la Juana.

Ante la cara de extrañeza de Ehud, uno de los viejos, entre risas, apuntó:

—Una puta.

—¡Ah! —exclamó Ehud con una sonrisa de complicidad.

De inmediato, una subida de calor hizo que a sus mejillas aflorara un significativo color rojizo. Los gritos de horror de fray Vandelino volvieron a su mente. Aquellas no eran buenas noticias. Si se hubiera enterado antes de quiénes iban a ser sus compañeros de posada, no habría alquilado esa habitación. Pero ahora ya no tenía otra opción. Si se echaba atrás después de escuchar la respuesta, significaría, a los ojos de todos, que tenía algo que ocultar. Y eso no era un buen síntoma, así que hizo como que no le importaba en absoluto. Procuraría que Esther no se enterara.

El dueño, después de haber cobrado y comprobado la autenticidad de las monedas, dio al muchacho la llave de la alcoba y una somera explicación:

—Pasa el carro por el portalón y a la bestia la llevas al establo. La habitación está en el primer piso, en la esquina. En la puerta encontrarás un candil encendido.

Ehud se apresuró para desenganchar el carro y meter al buey en el establo lo antes posible. No quería que los soldados le sorprendieran en mitad de la faena y sobre todo que supieran que una mujer joven iba a pernoctar allí. «Si están borrachos y han estado con una puta, no creo que les queden más ganas de fiesta», pensó Ehud para infundirse ánimos, aunque tampoco estaba muy seguro de sus pensamientos.

El muchacho giró con dificultad la llave dentro de la cerradura

hasta que un chasquido le indicó que se había abierto. Esther llevaba en su mano el candil cuando entraron los dos. La habitación era pequeña, sucia y pestilente por estar encima del establo. Una única cama desvencijada, una mesilla coja y un banco con una jofaina oxidada constituían el único mobiliario de aquella pocilga. Estaba claro que tendrían que dormir juntos y Esther cruzó una mirada inquisitoria a Ehud.

—Dormiremos vestidos y cada uno en un extremo de la cama.

Con un gesto, Ehud asintió con desgana. A él le hubiera gustado volver a dormir abrazados tal como hicieron aquel día en la algorfa, pero sin otras pretensiones, que Esther evitaría a cualquier precio. Además, Ehud presagiaba que aquella noche no iba a ser tranquila teniendo como compañeros de posada a los asesinos de fray Vandelino.

Los malos pensamientos volvieron a su mente, pero el muchacho estaba dispuesto a vender cara su vida. El mismo cuchillo que hundió en el cuerpo del soldado, aquel fatídico día, lo puso bajo la almohada. Desde luego estaba convencido de volver a utilizarlo para preservar su integridad y la de Esther.

Ehud durmió inquieto y antes de que el cielo anunciara con esa clara tonalidad que el amanecer era inminente, ya estaba levantado. Despertó a Esther y bajó a enganchar al buey. Sabía que los soldados, a pesar de que se habían acostado muy tarde, se marcharían pronto.

Se disponían a salir por el portalón de la posada cuando alguien les llamó desde el piso superior de la posada.

—¡Eh, vosotros!

Recelosos, los dos jóvenes miraron al lugar de donde provenía la voz. Una voz que Ehud reconoció enseguida. El nerviosismo se apoderó del joven aunque trató de disimularlo. Esther, que llevaba tapada la cabeza por una tosca bufanda de lana, no se dio cuenta de que el soldado que estaba en la balconada era uno de los que violaron a fray Vandelino.

—¿Es a nosotros, señor?—inquirió Ehud intentando mostrar firmeza en sus palabras. Estaba seguro de que no los podían relacionar con el asesinato porque los soldados buscaban a dos hombres, pero sí podían robarles y violarles sin piedad.

—Sí. ¿Quiénes sois?

Ehud tenía que mentir por necesidad. De improviso, sin saber qué decir empezó a hablar, con el peligro añadido de decir algo inconveniente, equivocarse o dudar. Hubiera sido su final.

—Señor, somos pobres labriegos que viajamos para asistir al sepelio de un familiar. Hoy será enterrado cristianamente en Murcia.

Debemos apresurarnos.

El soldado los despidió con un brusco gesto de la mano:

—Está bien, continuad. Os queda mucho camino.

El joven tiró de las riendas para que el buey iniciara la marcha. Nada más cruzar el portalón, oyó la pregunta de Esther:

—¿Quién era?

Él, para borrar cualquier sombra de preocupación en su compañera, mintió.

—No sé. Quizá algún alguacil del pueblo.

El viaje continuaba siendo duro. El frío y la incomodidad de la carreta hacían que frecuentemente tuvieran que parar para descansar y aliviar sus maltrechas posaderas. También aprovechaban esos cortos intervalos para comer de lo que guardaban celosamente, incluso más que el tesoro, puesto que no disponían de arma alguna para poder cazar a pesar de haberse cruzado con cervatillos, conejos y liebres.

Ehud eligió un pequeño claro entre los árboles para vivaquear. Siempre procuraba hacerlo en la espesura de algún bosque, al resguardo del viento y la nieve. Hicieron fuego y se dispusieron a calmar los ruidos estomacales que les recordaban, que sus estómagos necesitaban atención. Privaron al buey de su pesada carga para que pudiera pastar los escasos brotes verdes que asomaban entre la nieve. Una buena hogaza de pan duro fue lo único que pudieron comprar en aquella posada, aunque a precio de oro. Queso, frutos secos y los últimos tragos de un vino ácido fueron las viandas que Ehud dispuso sobre un reducido mantel en el suelo helado. Después de la frugal comida los jóvenes descansaron a la vez que en sus mentes se albergaba la preocupación por su futuro inmediato. Esther, que andaba hecha un mar de dudas y con cientos de preguntas golpeando su cabeza, decidió que aquél era el momento de empezar a despejar sus interrogantes.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió ella con un rastro de inquietud en su voz.

Ehud se le quedó mirando, se incorporó y contestó con seguridad.

—Lo primero, huir de aquí y esperar a que se olvide lo sucedido.

—¿Y después?

—El tiempo lo dirá. No podemos, por ahora, hacer grandes planes.

—¿Qué haremos con el tesoro?

—Pienso en ello.

—¿Y qué es lo que piensas? ¡Vamos! ¡Dímelo! —le apremió.

Ehud se mantuvo por unos instantes en silencio, ajustando lo que iba a decir. Su vista no se apartaba de las extrañas figuras que el fuego dibujaba en el aire, como si en ellas estuviera la solución. Estaba

ensimismado. No era la primera vez que había pensado en ello. Llevaba varios días con esa alarmante idea machacando su cabeza. Sabía que aquel tesoro, que la diosa fortuna había puesto en sus manos, podía darles todo lo que quisieran y también podía llevarlos a la ruina, incluso a la cárcel y a la horca.

—Tenemos que planearlo todo muy bien —dijo por fin.

—¿Por qué?: Sólo tenemos que ir a una tienda o a un merchante.

—¡Ése, ése es el problema! —apuntó Ehud con el semblante serio. Sin duda Esther había puesto el dedo en la llaga, aunque ella no era consciente de los problemas que podrían acarrear uno y otro modo de vender los valiosos artículos.

—Explícate.

—Muy fácil. Un comercio en cualquier ciudad nos pagará mucho más que un merchante. Pero si aparecemos con estas ropas vendiendo unos objetos tan valiosos el dueño sospechará que son robadas y avisará al alguacil. No podremos demostrar que son nuestras y acabaremos en la cárcel. Por el contrario, un merchante nos pagará mucho menos por ellas, pero tendremos la certeza de que no avisará al alguacil.

—¡Tienes razón! No lo había pensado —precisó ella. Luego preguntó—: Entonces, ¿qué hacemos?

—Podemos vender a un marchante algunas monedas de plata o el candelabro menos suntuoso, pero que nos reporte el dinero suficiente para hacernos un vestuario digno. El resto lo venderemos en un comercio.

—No es mala idea —reconoció Esther—. ¿Y si el sastre nos hace preguntas?

—Los sastres no son tan quisquillosos —respondió Ehud—. Además, dispondremos de dinero contante y sonante.

—Pero si nos hacemos unos trajes elegantes como los que llevan los nobles, deberemos tener unos nombres en consonancia con ellos.

—En eso no había pensado —exclamó Ehud.

—¿Cómo nos llamaremos?—preguntó Esther poniendo cara atractiva. Como si en ese preciso instante fuera a bautizarse con un nombre de alta alcurnia.

Los dos jóvenes se quedaron mudos. Sin duda en sus mentes fluían los nombres que les habían gustado toda su vida. Ahora el destino ponía en su mano poder elegir el que quisieran.

—¡Un momento! —gritó Ehud.

—¡¿Qué ocurre?! —se sobresaltó Esther.

—En el cofre había unos documentos que recogí por si eran importantes. Todavía no los he leído. A lo mejor allí hay algún

nombre que podamos utilizar.

—Veamos.

Ehud se fue hacia el carro, levantó la trampilla del falso suelo y sacó unos documentos bastante deteriorados y amarillentos. Los abrió con cuidado y fue a sentarse de nuevo frente a su compañera.

—¡Caramba! Aquí dice: Título de Propiedad a favor de don Íñigo de Aransay y de doña Begoña Arizkun.

—¡Vaya! Me gusta ese nombre. ¡Begoña!—. Luego pronunció con énfasis—: ¡Doña Begoña!

Ehud, antes de decidir si el nombre le era o no agradable, pensó en los personajes. ¿Acaso eran los muertos de la cámara?

— A ver qué dice ese escrito —le apremió Esther.

Ehud se acomodó y empezó a leer:

—Ante mí, Feliciano de Mazón, mayordomo – contador del concejo de la ciudad de Murcia, en nombre de Isabel y Fernando, reyes de Castilla, León y Aragón y otros dominios de la corona, tengo a bien conceder la titularidad del castillejo de Monteagudo y sus tierras adyacentes hasta una legua, a don Íñigo de Aransay y a doña Begoña Arizkun. El mencionado castillo está situado a cuatro leguas de la ciudad de Murcia, en lo alto de un escarpado altozano dominando los terrenos que con albercas y huertos lo rodean. Para más detalle digo que: Se trata de una construcción rectangular de 244 pies de largo por 136 pies de ancho, fortificada al exterior mediante torreones cuadrangulares, que alberga en su interior un gran patio de crucero con sendas albercas en los lados menores y una serie de estancias articuladas en torno suyo. Dado en esta ciudad de Murcia el treinta y uno día de julio del año de nuestro señor Jesucristo de 1.492.

—¿Qué quiere decir todo eso? —preguntó Esther con cara de boba.

Ehud, cuya cara tampoco se desviaba mucho de la de su compañera de viaje, explicó:

—Pues si no me equivoco, el tal don Íñigo y la tal doña Begoña son los dueños de un castillo sito en Murcia. Creo que está muy cerca de donde nos dirigimos.

—¡Caramba! ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—No sé —musitó él, algo confuso.

—¿De veras? —insistió ella.

—La verdad es que no lo sé…

—Podemos hacernos pasar por esos nobles y el castillo, a la vista de ese documento, será nuestro —dijo ella por fin—. ¿Lo entiendes?

Los ojos de Ehud, a pesar del frío, se abrieron como una luna llena. En su interior reconoció que era una buena idea, pero la desechó de plano. Primero, porque no se le había ocurrido a él, y en segundo lugar porque era un paso bastante arriesgado. Si se descubría que ellos

no eran los nobles que decían ser, pasarían el resto de sus días en la cárcel. Pero, por otro lado, tenían un documento que les acreditaba ser los dueños de un castillo. Lo único que tenían que hacer era vestirse como nobles y actuar como tales. Lo de vestirse, pensó Ehud, era fácil; pero lo segundo era más complicado. Ellos desconocían las reglas de cortesía y de buena educación que usaban los nobles. Pero lo tenían que intentar. Carecían de otra alternativa.

—Esperemos que los dos cadáveres de la cámara sean los de estos nobles, porque si no, podemos acabar en la horca —dejó caer el joven con un atisbo de temor en sus palabras.

—¿Qué pudo pasarles?

Ehud se quedó mirando el documento fijamente, como estudiándolo. Pocas veces había visto y tocado un tipo de manuscrito como el que tenía entre sus manos por lo que se concedió un tiempo en contestar a su compañera.

—Si el documento está fechado hace ocho meses, quiere decir que lo compraron en esa fecha. Quizá de regreso a las tierras del norte fueron atacados y muertos por alguien que los enterró en esa cámara.

—¡Qué horror! —exclamó ella con cara de asco.

Entonces se levantó y sin decir nada, como siempre, se adentró en el bosque. Ehud ya sabía que su compañera iba a aliviar la vejiga.

De repente oyó un grito de Esther que lo llamaba con premura:

—¡Ehud! ¡Ven! ¡Rápido!

Al muchacho se le helaron las venas y salió corriendo hacia el lugar por donde había visto desaparecer a Esther. La nieve recién caída crujía bajo sus pies y un vaho blanco producido por el aire frío le precedía como neblina. Mientras corría desenfundó su cuchillo esperando clavarlo en algo o en alguien que amenazaba a su compañera. Cuando llegó frente a ella comprobó que no había nada ni nadie que comprometiera su seguridad.

—¿Por qué gritas? ¿Qué te ocurre? —preguntó asustado y de mal humor.

—¡Mira! —dijo señalando hacia el suelo.

Ehud se acercó con cautela esperando descubrir algún animal muerto y congelado por la nieve que les sirviera de comida, pero sólo observó un bulto considerable del que sobresalía algo brillante.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—La hoja de una espada.

Ehud se arrodilló y con las manos apartó un puñado de nieve. Como regalo inesperado, la hoja completa de una hermosa espada asomó en su totalidad.

—¡Vamos! Descúbrela entera —le apremió la chica.

De nuevo, valiéndose del cuchillo, Ehud escarbó hasta que llegó a la guarda de la empuñadura, tomó la hoja y tiró fuerte hasta que se desenterró la empuñadura con una mano que la asía fuertemente.

—¡Ehud! —gritó Esther.

El muchacho soltó la espada y fue a dar con sus posaderas en la nieve.

—¡Es una mano! —exclamó el joven.

Cuando tomó conciencia supo que el bulto que prolongaba la espada era el cuerpo de un hombre y por el tipo de espada, tenía que ser un caballero. Luego miró a su alrededor y observó que la nieve estaba sembrada de montículos. En otro escarbó con ansia y apareció una cota de malla y un cinturón de cuero con una hebilla repujada.

—Esther, todos estos bultos son cuerpos de hombres muertos cubiertos por la nieve.

La muchacha se puso a contar los bultos hasta que llegó a la media docena.

—¿Qué ha podido ocurrirles?

Ehud miró a uno y otro lado buscando una explicación. Al no encontrar ninguna evidencia, decidieron escarbar en la nieve descubriendo que un pequeño virote sobresalía del pecho del caballero.

—Les tendieron una emboscada —aventuró Ehud—. Llevan las espadas desenvainadas, pero no les dio tiempo a combatir.

—Desenterrémoslos y veamos si llevan algo aprovechable —propuso ella.

Lo primero que liberaron fue la espada del primer cadáver. Una vez en su mano, Esther se la quedó mirando. De improviso, le dio la vuelta y leyó debajo de la guarda. Unas pequeñas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Dios santo! Es una de las espadas que forjó mi padre.

—¿De veras?

—Sí. Mira.

Ehud guiñó los ojos para poder leer la miniatura que llevaba impresa en la parte inferior de la guarda. Era la inicial de su nombre repetida.

—Son dos íes mayúsculas dentro de una piel de toro.

—Sí. Siempre firmaba así en recuerdo de su padre. Fue el que le enseñó el oficio y también se llamaba Isaac.

—¡Qué casualidad! —exclamó. Luego apostilló—: Es una excelente espada.

—Lo es. Pero no es de las mejores —precisó ella.

Sin decir nada más, Esther agarró la espada con las dos manos y

empezó a moverla por el aire con estudiados movimientos. Al principio, de forma lenta; después, a una velocidad que a Ehud no le daba tiempo a seguir. Los movimientos de brazos, gráciles y seguros. Sus pasos, adelante y atrás, precisos. Parecía que la espada era una prolongación de sus brazos.

Ehud la observó boquiabierto.

—¡Caramba! No sabía de tu habilidad con la espada.

Esther, jadeante, paró sus evoluciones y explicó:

—Las espadas, antes de entregarlas, las probábamos en el patio. David y yo simulábamos combates para ver el equilibrio del arma y su manejo.

Después de la breve exhibición, la curiosidad por saber quiénes eran aquellos seis hombres que se habían cruzado con la muerte en una emboscada en aquel apartado paraje, les hizo pensar en desenterrarlos. Comprobarían si portaban algo de valor o, al menos, les despojarían de las armas. Servirían para su defensa o incluso para venderlas.

La faena les ocupó toda la tarde. La nieve de arriba estaba blanda pero la adherida a los cuerpos, bloques de hielo. Las manos que asían las espadas estaban tan agarrotadas que Ehud tuvo que cortar varios dedos para poder recuperarlas. Así consiguieron seis espadas, cuatro cuchillos y dos arcos. Como botín añadido, varias bolsas de dinero con algunas monedas.

La noche se les echó encima y no tuvieron más remedio que prepararse para pasarla al sereno. Con el frío que hacía no era lo idóneo, pero carecían de otra alternativa. Ehud se procuró bastante leña en el bosque y con ella hizo una gran hoguera. El fuego les calentaría y ahuyentaría a las alimañas. Sobre todo a los lobos, que dejaron una imagen muy dolorosa en las retinas de ambos jóvenes. Pero el fuego podría atraer a otras alimañas: ladrones, proscritos y salteadores de caminos que pululaban a sus anchas por esos lares. Aunque, dado el intenso frío dieron por muy improbable que alguien pudiera estar a esas horas en el camino. Por si acaso, se acostaron en la carreta provistos de sendas dagas escondidas entre los abrigos.

El frío y la incipiente claridad les despertó. Tenían hambre e intentaron silenciar sus estómagos con un poco de queso y pan duro. Con celeridad reanudaron los preparativos para ponerse en marcha. Ahora en sus mentes vagaba una sola idea: cazar. Disponían de dos arcos y estaban ansiosos por batir alguna pieza que les diera la oportunidad de deleitarse con carne recién cazada. Estaban hartos de queso, pan duro y frutos secos.

Acababa de amanecer. La neblina matutina desaparecía dejando

una visión más o menos nítida. Conejos y liebres cruzaban el camino buscando comida. Ellos también. Ehud decidió parar la carreta y acechar allí mismo. Preparó el arco y esperó. Dos conejos se pararon al amparo de un montículo en la cuneta. Esther se los señaló con el dedo y Ehud tensó la cuerda. Respiró hondo, apuntó, abrió los dedos y dejó ir la flecha. Un zumbido cruzó el aire. Falló. La flecha fue a parar varios pies por encima de la pieza, lo que causó la huida de los animales y un ataque de risa en Esther.

Volvió a encajar la muesca en la cuerda del arco y esperó pacientemente. Otro conejo se acercó husmeando debajo de un árbol, a la izquierda del camino. Ehud se giró despacio y apuntó a la pieza. Contuvo la respiración, apuntó y estiró la cuerda. Luego soltó la flecha a la vez que espiraba el aire contenido en los pulmones. Al conejo no le dio tiempo a huir cuando se oyó el zumbido sordo de la cuerda al tensarse. El animal, atravesado por el dardo, hizo una pirueta en el aire. La alegría de Esther al comprobar el acierto de su compañero, compensó a Ehud por el fallo anterior.

—No está mal —se vanaglorió Ehud—. Dos flechas, una pieza.

—¿Cazamos otra? —inquirió Esther, ávida de nuevas sensaciones cinegéticas.

—No. Primero, comamos. Me muero de hambre.

Después de cobrar la pieza, Ehud la despellejó, la abrió en canal y la ensartó en una rama. Esther, mientras tanto, ya había preparado una pequeña hoguera y con el pedernal y la yesca le prendía fuego. Los dos se sentaron en silencio alrededor del fuego con la vista puesta en el conejo.

El tiempo se les hacía eterno. La grasa, al caer sobre el fuego, crepitaba. La pieza estaba ya casi dorada por entero y desprendía un sabroso olor que hacía que los dos jóvenes se relamieran por anticipado. Estaban tan embelesados en esa agradable visión que no se percataron del ruido de los cascos de un caballo que quebraba la nieve dura y se acercaba hacia ellos por su espalda.

—¿Qué hacen en estas tierras? —tronó una voz.

Los dos jóvenes dieron un repullo y se pusieron en pie alarmados. Un hombre a caballo que no tenía pinta de noble, ni de soldado, ni de nada que pudieran enjuiciar por sus ropas les preguntaba.

—Eh… esto… nada. Nos disponíamos a comer —atinó Ehud a decir por fin.

Inmediatamente los dos jóvenes miraron a su alrededor para tomar conciencia de cuál era su situación. De momento, aquella inesperada visita no auguraba buenos presagios. Pero, por suerte para ellos, venía solo. El hombre era corpulento, una gran nariz le ocupaba buena parte

del rostro y llevaba una barba sucia y enmarañada. Vestía ropas muy normales y más bien ajadas.

—Han cazado esa pieza en unas tierras que no son suyas; por lo tanto, deberán pagar el precio de esa caza al señor de estas tierras.

—¿Qué tierras? —preguntó intrigado el joven.

—Todas las que alcance a ver vuestra vista son del mismo dueño.

Entonces, Ehud se acercó al hombre con una vana excusa.

—Señor, teníamos hambre y sólo hemos cazado esta pieza para comer.

De improviso, el hombre soltó la pierna del estribo y le propinó una patada en el pecho. Ehud, violentamente, dio con sus huesos en el suelo.

—¿Pretendes engañarme, insensato?

El hombre saltó al suelo y puso un cuchillo en la garganta del joven. O pagáis ahora mismo o tendré que llevaros a la casa del dueño. Allí se os castigará como os corresponde, por cazadores furtivos.

Esther intentó acercarse a Ehud para ayudarlo a levantarse, pero la posterior maniobra del visitante, hincando aún más el cuchillo en la garganta de Ehud, la coaccionó para que no se moviera de su sitio.

—Es cierto lo que dice. Solo hemos cazado esa pieza para comer —suplicó la joven mientras observaba como el hombre ayudaba a Ehud a incorporarse sin quitarle el cuchillo del cuello.

—Está bien, pero ahora tendréis que venir conmigo.

—¿A dónde, señor? —preguntó la joven inocentemente.

—A casa del dueño.

—Señor, debemos seguir nuestro camino…

—¡Cállate, zorra! —la interrumpió con brusquedad el hombre. Luego le indicó—: Dame una soga para que amarre a tu amiguito y tú, sube al carro y dame las riendas.

—¡Déjanos en paz! —le suplicó—. Nada de lo nuestro podría interesarte.

—No lo creo —repuso el hombre, acercándose a la carreta—. Veo que tenéis varias espadas que valdrán buenos dineros.

Ehud, que hasta ese momento no había podido hablar por la presión ejercida por la mano del hombre en su cuello, le ofreció:

—Llévatelas y déjanos ir.

—¡Calla! —ordenó.

Esther, al oír el grito, de súbito perdió la paciencia. A pesar del frío, un sofocante calor le subió desde el vientre hasta la cara. Se hubiera abalanzado sobre el hombre y lo hubiera acuchillado hasta la extenuación. Tenía frío, hambre y estaba harta de todos los malos

momentos pasados. De esconderse, de que todo el mundo la tratase como a una chiquilla, de que la insultasen, de que la menospreciasen, de dar explicaciones y de suplicar sumisamente a todo el que se cruzaba con ellos. Pero, por otro lado, pensó que no era el momento oportuno. Esperaría a que el hombre estuviera despistado y confiado.

Esther se acercó a la carreta y cogió una soga para dársela al hombre. Éste le ordenó que la cortara en dos trozos. Uno corto; otro, más largo. Con el trozo menor le ató a Ehud las manos a la espalda. El más largo lo utilizó para pasárselo por el cuello y atarlo a la trasera de la carreta.

Ehud, antes de echar a andar, preso como un vulgar malhechor, le dedicó una última y apenada mirada a tan gustoso y ansiado almuerzo que sería un deleite para las alimañas del bosque.

Después de andar bastante rato por caminos y barrizales llegaron a una modesta casa de la que salía una débil columna de humo gris. La lobreguez y el abandono de la finca eran evidentes. Los dos se extrañaron que el dueño de tan extensas tierras viviera en una insignificante cabaña. «Quizá sea el capataz y trabajaba para él», llegaron a pensar. Pero pronto iban a desvelarse sus dudas.

—¿Dónde está el dueño? —preguntó Esther, incómoda.

El hombre soltó una carcajada y se bajó del caballo. Luego desató al muchacho de la carreta. Pero Esther, viendo que el hombre no respondía a su pregunta, insistió:

—Te he preguntado por el dueño.

Otra sonora carcajada precedió a su contestación:

—El dueño, soy yo. Melquíades Sanguinetti.

No había terminado de pronunciar su nombre cuando dio un fuerte tirón de la soga que rodeaba el cuello de Ehud obligándolo a seguirle y asió a la chica fuertemente por el brazo.

—Ahora vamos hacia el almacén y cuidado con intentar alguna estratagema o lo lamentaréis.

Al llegar a la puerta del cobertizo la abrió de una patada y cuando los dos jóvenes se disponían a entrar el hombre les dio un fuerte empujón en la espalda que hizo que ambos cayeran al suelo. Ehud cayó de costado y topó contra su compañera. Después oyeron como Melquíades pasaba una tranca de madera por fuera de la puerta. Estaban encerrados.

Esther se incorporó y ayudó a su compañero. Luego le soltó las manos y le limpió el barro de los zapatos y los pantalones. Ehud estaba exhausto, hambriento y aterido de frío.

Al final de la tarde, con la luz solar en retirada, todo seguía como estaba. Al hombre no se le había oído y ambos temían que se hubiera

marchado. No era una buena sensación. Estaban inmersos en esas deliberaciones cuando la tranca golpeó la puerta y el hombre entró con un cuenco y un mendrugo de pan. Lo dejó cerca de la puerta y la volvió a cerrar. Los dos se abalanzaron sobre el cuenco y el pan con desesperación. Primero sorbió Ehud aquella insípida bazofia mientras ella mordisqueaba el mendrugo. Luego le pasó el cuenco a Esther, que tampoco hizo ascos a aquella agua cocida con alguna verdura.

Pronto el frío y el cansancio hicieron mella en ambos jóvenes y se quedaron durmiendo muy abrazados. Por vez primera Ehud sintió que Esther le rodeaba de otra manera y no era por el frío. «A lo mejor lo hace porque tiene miedo o quizá porque ahora ya confía en mí», se ilusionó Ehud, acurrucado sobre una bala de paja.

Despertaron sobresaltados al oír abrirse la puerta y recibir en la cara la luz del día. Se habían despertado más tarde que de costumbre. De nuevo, el hombre les puso junto a la puerta un cuenco y otro mendrugo de pan. Se levantaron perezosamente y se dirigieron hacia el exiguo desayuno.

—Es leche —comentó Esther.

Ehud recibió el comentario con cara de indolencia. Él, también, estaba desesperado por su continua mala suerte. ¿Qué pretendía hacer con ellos el hombre? Tenían que idear una solución. Ellos eran dos y cuando se hubieran repuesto podrían atacarle. Esther manejaba muy bien la espada y él era fuerte, aunque estaba flojo y había perdido peso por la mediocre comida de los últimos días. Necesitaba haberse comido aquel suculento conejo que aún rondaba por su mente. Aquel aroma a carne asada todavía viajaba por el interior de sus fosas nasales en forma de recordatorio de lo que pudo haber sido aquel almuerzo y no lo fue.

Ehud, poniéndose en pie de un salto y espoleado por el recuerdo de aquella comida, dijo:

—Hemos de idear un plan.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes —afirmó ella.

Ehud, ante la mirada inquieta de Esther, recorrió todo el almacén y por las rendijas de las maderas observó qué ocurría en el exterior. El carro aún permanecía en la puerta con el buey enganchado. Dedujo que el hombre estaría esperando la llegada de alguien para llevarse la carreta y por eso no había liberado a la bestia de su pesada carga. Estaba seguro de que el pobre animal estaría reventado: más, si no había comido ni bebido.

—¡Solo falta que el buey se muera! —auguró él.

—No seas pájaro de mal agüero —recriminó ella.

Pensaban en las riquezas ocultas en la carreta. Si la agorera

predicción de Ehud se cumplía no podrían llevar el tesoro a cuestas y tendrían que comprar otro animal para que tirara del carro. Era otra complicación más a su ya, de por sí, difícil situación.

—Parece que Yahvé no nos da ni la más mínima oportunidad. Nos ha abandonado por completo —manifestó Ehud pesaroso.

Esther ni se molestó en contestar, ocupada como estaba en observar por una de las rendijas la casa del hombre y sus alrededores. Todo estaba tranquilo y no se sentía movimiento alguno.

—¿Se habrá marchado? —se preguntó Esther en voz alta.

Ehud, mientras aplicaba su ojo a otra de las rendijas, precisó.

—Pues es lo peor que podría suceder.

—¿Qué quieres decir, Ehud?

—Pues que ha ido a por algo o por alguien, y eso no me gusta.

—Entonces busquemos cuanto antes algún arma o algo para defendernos.

El joven, con la mirada distraída en el techo, expresó a su compañera:

—Lo primero que debemos hacer es salir de aquí —. Y apostilló—: Como sea.

Se pusieron a examinar concienzudamente cada uno de los rincones del almacén por si había alguna madera suelta o algún agujero. Aunque llegaban a los declives más bajos del tejado, comprobaron que los troncos estaban sanos y les sería muy difícil poder arrancarlos. Escudriñaron detenidamente el techo y descubrieron que por un agujero caía agua y nieve.

—La madera, ahí arriba, está podrida.

Seguidamente, amontonaron varias balas de paja hasta que Ehud logró llegar al techo y comprobó que los troncos por ese lado estaban carcomidos.

—No será difícil romperlos.

—Empieza mientras yo vigilo— aclaró ella.

En poco tiempo el joven había hecho un hueco lo suficientemente grande para que pasara un cuerpo. Sacó la cabeza y advirtió que todo estaba tranquilo. «Demasiado tranquilo», se dijo para sí.

—¿Ves algo?

—No. Todo está tranquilo —respondió él, también con voz queda.

Se disponía a bajar cuando un lejano rumor llamó su atención. Se irguió de nuevo y prestó atención. A lo lejos se oía algo. Parecían cuchicheos de voces. Alargó la mirada y por fin pudo constatar que en el camino de entrada se divisaba un bulto en movimiento. Ehud, en su interior, dilucidaba lo que podría ser aquello. Demasiado grande para ser un hombre a caballo y demasiado pequeño para ser una carreta.

Entonces tenían que ser dos hombres a caballo. A buen seguro el hombre había salido al amanecer en busca de alguien. Evidentemente, no eran buenas noticias.

Con premura su mente empezó a idear un intento de fuga para huir de aquella infesta granja. En primer lugar tendrían que salir del almacén y llevarse el carro, pero lo que estaba muy claro era que con el buey no se alejarían lo suficientemente rápido para estar a una distancia prudente cuando llegaran los dos hombres. «Tendremos que luchar. No hay otra alternativa», decidió.

—¡Vamos! ¡Sube! Se acerca alguien. No hay tiempo que perder.

Esther se apresuró a escalar por las balas de paja. Una vez juntos, se ayudaron a salir por aquel agujero. Desde el techo se deslizaron por un lateral para caer sobre una montaña de pajuz que había junto al almacén. Con celeridad se acercaron a la carreta y confirmaron que las espadas no estaban, pero, para su mayor tranquilidad, la trampilla no había sido descubierta, por lo que los objetos de valor aún seguían en su escondite.

—Si las espadas no están aquí quiere decir que se las ha llevado para venderlas, o las ha escondido en su casa.

—Miremos en el interior —propuso Esther.

Entraron en la casa. Nada más pisarla se quedaron atónitos. Si el establo era incómodo, sucio y repugnante, aquella casa lo era aún más. No había nada colocado en su sitio. Suciedad, paja y excrementos de animales ocultaban el suelo y el escaso y rudo mobiliario. Un caldero borbotaba en el hogar. Un hedor a grasa rancia envolvía el ambiente y les revolvía las entrañas. Aquella casa era una verdadera pocilga. Los cerdos vivían mejor que aquel hombre.

Por fin, sobre una renegrida mesa, vieron un bulto cubierto por unas mantas a tono con el entorno. Se acercaron con premura y lo desenvolvieron. Eran las armas.

—Sin duda ha ido a buscar un comprador. Aligerémonos. Están a punto de llegar —afirmó Ehud.

Esther se preocupó de escoger para su defensa el arma que antaño fabricó su padre. Él tomó una daga y salieron de la casa. Para sorprenderlos —y al menos igualar la lucha— se escondieron en un lateral del almacén. Dos hombres acostumbrados a pelear y a las marrullerías, eran demasiado para dos jóvenes incautos. Aun así, lo tendrían que hacer. No les quedaba otro remedio si querían salir vivos de allí.

Los hombres llegaron y se apearon de sus caballos. Entre risas —y jactándose de su lucrativo negocio— entraron en la casa. Pasados unos instantes salieron y se quedaron en el porche hablando y bebiendo de

un cumplido odre de vino. El otro hombre —Epeneto Santos— era bajo, rechoncho y con el rostro surcado por infinidad de venillas que le daban un aspecto rojizo. Su nariz pasaba más tiempo dentro de una jarra de vino que fuera. Se dedicaba al trapicheo de armas y objetos de metal.

Epeneto, después de separarse el odre de la boca, reconoció:

—La verdad es que son buenas armas. ¿De dónde demonios las sacarían?

—No lo sé —manifestó Melquíades con indolencia—. Cuando los sorprendí las llevaban en el carro.

—¡Seguro que las han robado! —afirmó el amigo.

—Yo también lo creo. Deben de ser rateros.

Epeneto volvió a empinarse el odre con maestría y seguridad. Después de un largo trago lo apartó de la boca con violencia sin derramar una sola gota. Luego se secó los labios con la manga de su camisa y preguntó:

—¿Qué vas a hacer con ellos?

Melquíades, con un gesto despectivo, respondió:

—No lo sé. No lo he pensado.

—¿Los vas a vender? Quizá me interesen —. Con un tono de razón en sus palabras, añadió—. Si están sanos valdrán bastantes monedas.

—A lo mejor mato al chico y me quedo con la mujer. Me hace falta una puta.

Una risa de complicidad rompió el silencio de aquella fría mañana.

—¿Cómo lo vas a matar? —preguntó Epeneto con una malvada intriga que hizo que sus ojos se abrieran de par en par.

—Ahorcado. Lo voy a colgar de una cuerda.

—¿Para qué tanta molestia?—precisó Epeneto, para luego añadir—: Basta que lo degüelles como a un cerdo y asunto terminado.

Melquiades miró al infinito intentando recordar una vivencia anterior. Fue el día que vio en la plaza de un pueblo el ahorcamiento de un cuatrero. Aquello le produjo una extraña sensación. Como de placer. Desde entonces había intentado ahorcar a alguien y repetir la excitación, pero no había surgido el momento. Ahora le había llegado la oportunidad.

—No —negó con sequedad—. Me gusta ver como se retuercen conforme la soga les va apretando el cuello hasta que se lo rompe y se orinan encima. Incluso algunos tienen una erección y eyaculan antes de morir.

Epeneto soltó una sonora carcajada. Luego opinó:

—Eso ya no me lo creo.

—Bueno. Allá tu —zanjó Melquíades.

—¿Dónde los tienes encerrados?

—En el almacén.

Se dirigían hacia el cobertizo cuando, repentinamente, se detuvieron y un atisbo de lujuria se marcó en la cara de Epeneto.

—¿Y si primero nos divertimos con la chica? —propuso.

Melquíades, babeando, comentó:

—Sí. Buena idea. Necesito descargar.

El dúo de libertinos volvió a las risotadas cómplices, pero esta vez acompañadas de gestos soeces.

—Una vez abierta la puerta, mientras yo sujeto al chico, tú apresas a la mujer —indicó el dueño.

Se dispusieron a quitar la tranca. Melquíades lo hizo con cuidado, escoltado por su amigo, y preparado por si el chico arremetía con ímpetu. Pero una vez abierta, ante su asombro, nadie salió.

—Estarán durmiendo —supuso Melquíades, sorprendido por la tranquilidad que se respiraba en el almacén.

Dio varios pasos hacia el interior —cuchillo en mano— seguido de su amigo. La penumbra le impedía ver con claridad; guiñó los ojos para acostumbrarlos a la oscuridad. De repente, en el exterior, se oyeron unos pasos precipitados que se dirigían hacia el almacén apoyados por una orden:

—¡Cierra la puerta!

Los jóvenes como dos flechas corrían hacia la puerta, pero fue demasiado tarde. No les dio tiempo a cerrarla y forcejearon durante unos instantes con los dos hombres que, desde dentro, empujaban para evitar quedarse encerrados. La mayor fuerza y empuje de los hombres venció.

—¡Hijos del demonio! ¿Por dónde habéis salido? ¡Os voy a matar!

Epeneto, viendo que su lucrativo negocio podía irse al traste por culpa de los dos niñatos, sacó del cinto su cuchillo de caza. Al instante se dirigió a Ehud con una amenaza:

—Muchacho, te voy a dar una lección que no vas a olvidar.

Frente a ellos, Ehud y Esther, atemorizados. Ella enarbolaba la espada fabricada por su padre y Ehud portaba una daga de cortas dimensiones. La lucha parecía desigual. La mayor destreza y marrullería en el combate por parte de los dos hombres lo decantaba claramente a su favor. Pero por la cabeza de ambos jóvenes no pasaba dejar las armas y olvidarse del tesoro que podía solucionarles la vida. Sabían que si se rendían no tardarían en morir como perros. Estaban dispuestos a vender muy caras sus vidas.

—Vamos, zorrita, ven aquí —la citó Melquíades.

—¡Vete al infierno!

Mientas tanto, el gordo, amagado, esperaba a que Ehud se le acercara. Pero el joven no estaba por la labor. Prefería esperar acontecimientos y en principio luchar a la defensiva. No quería cometer ningún error y que el viejo gordo le metiera un palmo de hierro en los higadillos.

Ehud, preocupado por el devenir de su compañera, la miró de soslayo y se sorprendió. Esther parecía transformada. Estaba más relajada que él. Silenciosa, colocada y atenta, esperaba un primer movimiento del hombre. Cuando se produjo lo repelió con un estudiado golpe semicircular a media altura, barriendo con la espada el espacio entre ambos. El hombre, que no se esperaba esa violenta respuesta, retrocedió sorprendido y asustado. Esther volvió a su primitiva posición. Mantenía la espada sujeta con ambas manos. La empuñadura a la altura del pecho. La hoja vertical y pegada a la cara. En aquel momento sintió como si su padre estuviera allí, junto a ella. La hoja que él había pulido y forjado le dio las fuerzas suficientes para afrontar tan desigual lucha.

—¡Te voy a matar, puta zorra! —exclamó Melquíades fuera de sí.

Amagado, se volvió a acercar con el cuchillo en la mano. Daba cuchilladas al aire y bufaba como un toro para amedrentar a la muchacha. Esther, con una serenidad impropia de una mujer joven en semejantes circunstancias, estudiaba a su oponente. Dio algunos pasos lentos y medidos hacia atrás, esperando un fallo de su agresor. Melquíades, envalentonado por esa aparente debilidad, quiso terminar la lucha prematuramente. Fue su final. Cuando la chica lo tuvo a la distancia de la hoja, dejó caer la espada hacia su lado derecho hasta tenerla a la altura de su hombro, luego, con un rápido movimiento extraordinariamente grácil, giró la espada en redondo exhalando un fuerte grito para ayudarse en el esfuerzo.

Pareció que ni siquiera lo había rozado. Melquíades retrocedió. Quiso hablar y no pudo. Soltó el cuchillo y se llevó las manos al gaznate. En ese preciso instante se le abrió un profundo corte que le ocupaba todo el cuello, de oreja a oreja. La sangre manó a borbotones. Asustado y con los ojos desorbitados se arrodilló hasta derrumbarse, ahogándose en su propia sangre. Ehud y su agresor se quedaron atónitos ante semejante escena.

—¡Lo has herido! ¡Lo has herido! —repitió Ehud entre excitado e histérico.

Esther lo miró con suficiencia. Su mirada desprendía odio y venganza.

—Está muerto —sentenció ella.

Aunque Melquíades daba ligeras patadas y se revolvía sobre el

barro teñido de rojo, Esther sabía que aquel golpe era mortal. Melquíades nunca volvería a levantarse.

Los dos jóvenes giraron la mirada hacia el otro mangante, que empezaba a recular. Aquello, desde luego, escapaba a lo previsto, debió de pensar Epeneto Santos al ver como su amigo Melquíades exhalaba el último suspiro. Esther avanzó y se colocó junto a Ehud. Los dos miraban al pobre gordo que estaba a punto de pedir clemencia. Pero lejos de pedirla se envalentonó.

—Os voy a destripar como a una liebre —amenazó.

Dicho y hecho. Se abalanzó sobre Ehud con dos fintas y una cuchillada al aire. Esther se apartó rauda, pero el chico, confiado en la superioridad numérica, cometió un error. Se quedó parado y cuando quiso reaccionar, resbaló y cayó al suelo. El hombre le plantó el cuchillo en el cuello.

—¡Suelta la espada! —le ordenó a Esther.

Ella le miró poco convencida de hacerlo. Circunstancia que el hombre aprovechó para hundir aun más la punta del cuchillo en el cuello de Ehud e incidir en su amenaza.

—Suéltala o me lo cargo.

—No vas a salir vivo de aquí —le amenazó ella con un desprecio evidente en sus palabras.

Al oír la respuesta de su compañera, a Ehud, se le salieron los ojos de las órbitas. Por un momento llegó a pensar que le importaba un comino y que si moría, ella escaparía con el tesoro.

—¡Por favor, suéltala! —le suplicó Ehud al notar que la punta del cuchillo se abría camino entre sus carnes.

Ella lo miró sin pena. Luego dirigió la mirada al hombre que, con una media sonrisa, se sentía ya vencedor. Dudó y finalmente tiró la espada al suelo. El hombre aflojó la presión del cuchillo en el cuello de Ehud y lo levantó tirándole del pelo. Esther sabía que si intentaba algo, en un rápido movimiento le rebanaría el cuello.

—¿Qué va a hacer con nosotros? —preguntó Ehud, inocente.

—Vais a volver otra vez al almacén, os amarraré y luego os encerraré. Después me llevaré las espadas y la carreta.

Al oír la respuesta los dos se quedaron petrificados.

—¿La carreta también? ¿Por qué?—preguntó ella.

—A vosotros ya no os hará falta —dijo entre risas.

A ninguno le cabía la menor duda de que después de amarrarlos y encerrarlos prendería fuego al almacén.

—¡Por favor! —suplicó el joven.

—¡Vamos! ¡Moveos! —les ordenó.

Esther se mantenía firme con la mirada fija en el gordo y Ehud

pensó que tramaba algo que pondría su vida más en peligro de lo que ya estaba.

—Esther, por lo que más quieras, haz lo que dice —le rogó Ehud.

Seguidamente, Epeneto la amenazó.

—Hazle caso al chico si no quieres verlo con la cabeza separada del cuerpo.

Esther, ante la mirada incrédula de ambos hombres, se abrió la camisa y dejó sus jóvenes y pequeños pechos al descubierto. Luego se dirigió al hombre:

—¿Me quieres? ¿No me deseabas?

Ante aquella morbosa visión, a Epeneto Santos se le abrieron los ojos hasta el infinito y al intentar contestar titubeó:

—¡Eh! Yo…sí…claro…

Esther sonrió mostrando una dentadura perfecta.

—Pues aquí estoy. ¡Tómame!

El hombre fijó la vista en ella. La visión de una mujer joven ofreciéndole los pechos y con una sugerente boca de labios carnosos, le produjo una ingente secreción salivar. Nunca había tenido a semejante hembra a su alcance. Sólo había fornicado con putas sucias y viejas que se ofrecían en los pueblos. Aquello era un regalo de Dios, debió de pensar el gordo. Pero pronto se percató de que aquello que Esther le ofrecía no era más que una añagaza y reaccionó con violencia.

—¡Mal rayo te parta! Me quieres engañar. Eres como una serpiente.

A pesar del frío, se quedó desnuda de medio cuerpo mostrándole una carne aterciopelada y blanca como la nieve. Esther avanzó un paso con las manos abiertas y los brazos extendidos hacia él. Como si quisiera abrazarlo.

—¡Vamos! ¡Tócame!

El hombre seguía teniendo agarrado del pelo a Ehud y no sabía qué hacer. Si soltaba al chico, se le podría revolver en su contra; y si soltaba el cuchillo que mantenía en la otra mano, quedaría indefenso. Así que, sin mediar palabra, soltó el brazo con el que sujetaba el cuchillo contra Ehud. El poderoso puño reforzado por el mango del puñal impactó con tal violencia en la cabeza del joven que lo lanzó varios pasos hacia atrás. Ehud quedó tendido en el suelo. Solo sentía dolor. Lacerante. Interminable.

Liberado de su incómoda presa y de su presencia se dirigió a la muchacha:

—Ahora sí que me voy a ocupar de ti.

Esther, que no había pestañeado por la brutal agresión a su

compañero, le conminó a que soltara el arma.

—Deja el cuchillo. No debes tener miedo de una joven desnuda.

—No. No me fio de ti.

Entonces, Esther se subió la camisa.

—¡No! No lo hagas. Por favor —le rogó con voz queda al ver que ocultaba sus pechos.

—Tira el cuchillo y vayamos al almacén. No quiero hacerlo delante de él —precisó hábil y zalamera.

—Está bien —admitió él—. Pero si me la juegas te apretaré el cuello hasta rompértelo. ¿Lo has entendido?

Ella asintió con la cabeza y se mostró sumisa. El hombre, incapaz de aguantar impávido por más tiempo tal vista y semejante proposición, se acercó a Esther con la boca abierta y los brazos extendidos para acompañarla hacia el almacén. Mentalmente ya se veía disfrutando de aquella sedosa y agradable sensación de palpar unos delicados y vírgenes senos. Las curvas de su cuerpo le mareaban y se maravilló de lo que podía aguardarle en aquel bajo vientre que empezaba a mostrarse. Cuando Esther ya percibía su pestilente vaharada se giró poniéndose de medio lado para alargar, por unos instantes más, el deseo del hombre. Cuando lo tuvo a dos pasos escasos con la vista clavada en aquellos pezones sonrosados y erguidos, a Epeneto Santos se le enturbió la vista y la miró a los ojos implorando clemencia. Erróneamente se había creído a salvo de cualquier ataque por parte de una joven, al parecer, desarmada.

Esther, de su espalda, había sacado una daga que apoyó en la barriga del hombre. Él notó como la punta del cuchillo había traspasado la lana de su chaleco, el tejido de su ropa interior y pinchaba su oronda y blanda barriga.

—Te dije que no saldrías vivo de aquí —le espetó en su sucia cara.

Esther sentía asco y temor ante la idea de hundir la daga en la carne de alguien. A Melquíades lo había matado a distancia y no le había supuesto mayor problema, pero tener a su víctima cara a cara no era lo mismo. Aquel mismo temor y asco fue lo que le hizo tomar la decisión de acabar de una vez por todas con aquello. Apretó con fuerza hacia dentro. La afilada hoja se abrió paso entre los órganos blandos del abdomen y los ojos de Epeneto Santos se abrieron como platos al sentir el hierro. Abrió la boca para tomar aire y extendió los brazos para que sus pulmones se dilataran aún más y consiguieran el aire que les faltaba. Luego ella, tiró con violencia del cuchillo hacia arriba ante el temor de que pudiera albergar algún hálito más de vida y se lanzara contra ella. La sangre empezó a correrle por el puño hacia abajo mojándole el brazo y goteando al suelo.

El hombre, incrédulo por lo que le acababa de suceder, y sabiendo que estaba herido de muerte, reculó varios pasos hacia atrás. Se miró hacia abajo, hacia el vientre, de donde le salía la empuñadura de la daga. Luego elevó los ojos hacia Esther, como pidiéndole perdón y que remediara lo irremediable; sin embargo, ella lo contemplaba sumida en una mezcla de gozo, de miedo y de venganza,

Aquel hombre pendenciero, asesino, cruel y violador se había convertido en un manso animal herido cuyos ojos imploraban ayuda. Esther se le acercó, evitó que la agarrara en un manoteo ya inútil, y de un tirón le sacó el cuchillo. Al instante se derrumbó violentamente junto a su compañero Melquíades. Ella se acercó y momentos antes de que cerrara los ojos para siempre, le espetó:

—Te lo advertí.

VIII. En la Castilla mediterránea

Reino de Murcia, mayo de 1493

Conforme se acercaban hacia el sureste las temperaturas empezaban a ser más benignas, el cielo más azul y el trasiego del camino iba en aumento. Caballeros en elegantes monturas de guerra acompañados por sirvientes y doncellas en carrozas ocupaban toda la anchura del camino. Juglares, soldados, monjes, mendigos y todo tipo de gentes utilizaban esa concurrida vía para entrar o salir del reino de Murcia camino de Castilla.

Era bueno cruzarse con caminantes, aunque incrementaba el riesgo de coincidir con salteadores que esperaban al acecho, amparados en las espesuras de las pinedas o en recónditos escondrijos y cuevas en las faldas de los montes.

Los jóvenes sentados en el duro pescante de la carreta, de la cual tiraban ahora las dos monturas de los difuntos Melquíades y Epeneto, sufrían en sus posaderas los socavones del camino. A Ehud le venían bastante mal y cada hoyo le ocasionaba una nueva y dolorosa punzada que le atravesaba la cabeza. Todavía tenía mareos a consecuencia del brutal puñetazo que le había propinado aquel hombre y que le dejó sin sentido durante un buen rato. A pesar de ello, Ehud nunca podría olvidar ese día, por diferentes razones.

Cuando despertó yacía en el almacén sobre una cama de paja, desnudo y tapado con varias mantas. Sus ropas mojadas de agua y manchadas de barro colgaban de un travesaño. A su lado, Esther tenía en la mano una jarra con agua y vino que le ayudó a recuperarse.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó torpe nada más despertarse.

—Tranquilízate. Todo ha pasado —respondió ella.

—¿Y el…?

—Ya te contaré… Ahora descansa.

Intentó incorporarse, pero ella no le dejó. A duras penas conseguía mantener los ojos abiertos. La vista se le nubló de nuevo y le obligó a permanecer acostado.

—Espera aquí y no te muevas. Voy a buscar algo de comida y a esconder los cadáveres. Si viniera alguien volveríamos a tener problemas.

Ehud asintió con los ojos cerrados.

Aunque el dolor de cabeza le impedía pensar con claridad, la contestación de Esther parecía que le confirmaba que ya no quedaba nadie que pudiera molestarles en esa finca. «Me ha dicho: Todo ha pasado», recordó. ¿Quería eso decir que su compañera había fornicado

con el viejo? «También ha comentado que iba a desembarazarse de los cadáveres. ¿Ha matado también al gordo? No. No es posible», se dijo para sí.

Luego se lamentó y unas lágrimas saladas anegaron sus párpados y rodaron por sus mejillas: «Ha yacido con ese inmundo viejo para que no me matara».

Estaba inmerso en esas tristes deliberaciones cuando sintió la mano de Esther acariciando su frente con un paño húmedo que le aliviaba la hinchazón y con especial cariño le secó las lágrimas. Después le ayudó a incorporarse y le ofreció un cuenco con leche caliente.

—Toma —dijo—. He ordeñado la cabra y he calentado leche. Te hará bien.

Ehud sorbió la leche con ansia. Tenía el estómago vacío y se sentía débil. Luego, Esther le ofreció una rebanada de pan blando que guardaba Melquíades en una fresquera.

—¿Por qué lloras? —preguntó.

Él giró la cabeza para ocultar su llanto.

—Por favor, Ehud, contéstame. ¿Es de dolor?

Ehud negó con la cabeza.

—¿Entonces?

Al cabo de unos instantes le hizo la pregunta que rondaba por su mente:

—¿Has fornicado con ese viejo para salvarme la vida?

Esther le miró a los ojos con profundidad y contestó grave:

—No. No lo he hecho.

Él apartó la vista que se enfrentaba con la de Esther. En lo más profundo de su corazón sentía haberla ofendido con esa duda.

—¿De veras?

—Sí. Aunque si para salvarte lo hubiera tenido que hacer, lo habría hecho.

Entonces ella le cogió la mano, la apretó con fuerza y él le correspondió. Luego se acercó y le dio un beso en la frente.

—Ahora descansa.

La extraña claridad que precede al amanecer se colaba por la rendija de debajo de la puerta del almacén. El silencio lo ocupaba todo y Ehud se despertó con una extraña sensación. Tapado como estaba con las mantas, sentía calor y frío a la vez. Calor por su espalda, por la parte del cuerpo que Esther le abrazaba, y frío por el pecho. Súbitamente notó que estaba desnudo y echó su mano hacia atrás, hasta tocar el cuerpo, también desnudo, de su compañera. «¿Estoy muerto? ¿Estoy soñando?», pensó sorprendido. Se dio la vuelta hasta quedar boca arriba y abrió los ojos. Esther, desnuda,

dormía plácidamente junto a él. No era capaz de distinguir el sueño de la realidad y todo le era confuso. «¿Qué ocurrió anoche?», se dijo con voz queda para dar más crédito a sus palabras y asegurarse de que estaba vivo y despierto.

Al oírlo, Esther se despertó y le contestó con voz pastosa:

—No ocurrió nada.

—¿Y por qué estamos desnudos?

—Tu ropa está secándose y como estabas desnudo, yo no quise ser menos.

—¡¿Me desnudaste, tú?! —exclamó receloso.

—¡Claro! ¡¿Quién si no?!

—¿Lo hicimos?

—¿Hicimos qué…?

—Pues eso… —insinuó Ehud con el temor de molestar a Esther.

—Si te refieres a «eso», no. No lo hicimos.

Ehud se volvió y se topó con los labios de Esther. Los rozó y ella se mantuvo quieta, sin moverse. Le pasó la mano por las caderas y pudo comprobar, por vez primera, la suavidad y la tersura de su piel. Luego deslizó la mano derecha hacia sus pequeños pero firmes pechos cuyos pezones se habían erguido poderosos y desafiantes por efecto de aquella mano que los acariciaba. «No hay duda. Ha llegado el momento. Pero, ¿por qué ahora?», caviló Ehud.

Ella, instintivamente, bajó la mano hacia la entrepierna de Ehud y comprobó que su miembro también se había erguido y lo acarició con delicadeza. Arrimó la cabeza y sus bocas se juntaron al principio con suavidad, para luego incrementar su pasión hasta que Esther se acopló sobre su compañero y lo besó con frenesí en la boca. Ehud la apretó con fuerza y ella gimió de placer. Después se acomodó sobre su pene, que con lentitud y potencia se fue abriendo paso entre sus tiernas carnes invadidas por una cascada tibia que la excitaba aún más. Ehud, al probar y gozar aquella sensación, experimentó un inusitado y nuevo deleite. Nunca antes lo había hecho.

Una vez dentro, en lo más íntimo de Esther, ella empezó a moverse rítmicamente sobre Ehud, que se dejó llevar y conducir. Al cabo de unos instantes Esther cabalgaba encima de él. Sus pechos se movían al compás y excitaban a Ehud, que los tocó para convencerse de que aquello era real.

Cuando los acariciaba, Esther, enloquecida, soltó un tremendo grito y se asió con fuerza a los anchos hombros de Ehud hasta tatuarle la piel con sus uñas. Al mismo tiempo, él la regó con todo lo que llevaba dentro. Ella sintió aquel río templado que invadía su interior y, por fin, se dejó caer sobre su pecho gimiendo de placer.

El quejido de la vieja madera de la carreta que amargaba las largas horas de camino, empezó a pasar inadvertido cuando, por fin, el minarete de la catedral de Murcia se irguió desafiante entre unas oscuras y amenazadoras nubes lejanas. Una agradable sensación de alivio por apearse del carruaje y gozar de un relajante baño, recorrió los cuerpos de ambos jóvenes cuando se miraron.

Casitas de huerta jalonaban ambos lados del camino hasta que entraron en la capital del reino. Se dirigieron al centro de la ciudad donde la vida cotidiana se desenvolvía a la orilla del río Segura.

Se hospedaron junto a la rivera en una afamada posada llamada Siete Coronas en honor a las veces que había sido visitada por diferentes monarcas. Nada más instalarse, tomaron un relajante baño para asearse. Hacía más de una semana que no se aseaban y no podían ir por la ciudad apestando a estiércol y a inmundicias. Las ropas también las lavaron y adecentaron puesto que no tenían otras dignas de recambio. El resto del día lo dedicaron a descansar en la intimidad de la alcoba.

Al día siguiente, en una tranquila y soleada mañana decidieron buscar un maestro espadero y mostrarle la mercancía. Era arriesgado que dos jóvenes poseyeran e intentaran vender tan magníficas espadas sin una buena justificación. Después de preguntar al dueño de la posada donde podían dirigirse, lo hicieron a los arrabales de la ciudad, en plena huerta.

La pareja albergaba en su interior dos sentimientos encontrados: uno, de ilusión al empezar una nueva vida y otro pesimista por verse obligados a estar en permanente vigilia.

Antes de que su vista localizara la casa del espadero ya se oían los acompasados golpes del martillo sobre el yunque. Guiados por el rítmico golpeteo llegaron a una vieja casa de labranza, en medio de un extenso palmeral, donde maese Andrés ejercía el oficio de espadero. Detuvieron la carreta y desde la puerta observaron cuanto acontecía en el interior. Dos chiquillos acarreaban materiales hacia un patio interior y otros dos, sin duda aprendices, golpeaban con alternancia dos espadas en el yunque. El maestro, con una pieza en sus expertas manos, observaba su perfección pasando los dedos con delicadeza, una y otra vez, para detectar la menor impureza.

Maese Andrés era un hombre enjuto y alto. Lucía la barba blanca y sus ojos grises y gastados denotaban un arduo trabajo a la luz de las candelas. Sus manos huesudas y de largos dedos parecían estar adaptadas para acariciar y enjuiciar la perfección de un trabajo.

Los jóvenes, incapaces de interrumpir el trabajo, seguían inmersos en la actividad de los aprendices cuando el maestro se apercibió de su

presencia. Con amoroso cuidado dejó la espada encima de una mesa, cruzó el taller y se dirigió hacia ellos.

Al llegar a la puerta, dijo con aspereza:

—No hay trabajo.

Se daba la vuelta, convencido de la claridad con la que se había expresado, cuando Ehud se dirigió a él.

—Maese Andrés, no buscamos faena.

El maestro se volvió sorprendido. Por experiencia sabía que todos los jóvenes que se acercaban hasta allí lo hacían para lo mismo. Rara vez para comprar una de sus espadas.

—Entonces, ¿qué buscáis?—preguntó extrañado.

Ehud se volvió y señaló la carreta.

—Llevamos mercancía para vender.

El espadero ni siquiera dirigió la vista hacia donde había señalado Ehud.

—No compro nada y menos si la mercancía es robada.

Ehud y Esther se quedaron parados sin saber qué decir. Si insistían podían incomodar al viejo y hacer que avisara a las autoridades. En ese caso darían con sus huesos en la cárcel. Esther, en un arrebato, decidió actuar por su cuenta y riesgo.

—No son robadas, las fabrico yo —gritó.

Al oír el grito, el viejo se paró en mitad del taller. Los dos aprendices se quedaron boquiabiertos con el martillo levantado en la mano. «¿Quién osa gritar al maestro?», debieron de pensar.

—¿Qué has dicho? —preguntó el maestro con un irritado tono de voz. Ni al mismísimo diablo le hubiera consentido tal atrevimiento.

—Las he hecho yo.

Una carcajada ronca escapó de la garganta del maestro ante el asombro de todos los presentes. Hasta los chiquillos que habían regresado del patio se quedaron absortos presenciando lo que acontecía con aquella pareja que permanecía parada en la puerta. Nadie había logrado hacer reír a maese Andrés en mucho tiempo.

—Jovencita, tengo muchas canas en la cabeza para que intentes tomarme el pelo. Si sigues por ese camino, avisaré al alguacil. ¡Marchaos antes de que colméis mi paciencia!

—Lo que le he dicho es cierto, señor.

El maestro, dando un profundo suspiro, exclamó:

—¡Eres tan terca como una mula! Jamás vi a una mujer ejerciendo de espadera.

El viejo, moviendo la cabeza en señal de disgusto, se dio la vuelta y se fue para adentro a proseguir con sus quehaceres. Estaba seguro de que no iba a sacar a la jovencita de su mentira. Pero de repente se

empezó a oír el golpeteo uniforme de un martillo sobre el yunque. Se volvió extrañado y observó cómo Esther había despojado a uno de sus aprendices del martillo y de la espada y golpeaba con maestría la pieza que tenía en la mano. Lo hacía con tal fuerza y precisión que sólo una persona acostumbrada a semejante trabajo sería capaz de hacerlo.

—¡Dios Santo! ¡Es cierto! —manifestó el viejo.

Convencido de lo que Esther afirmaba, le preguntó interesado:

—¿Con qué maestro has trabajado?

La joven, llevada por el orgullo y el afecto hacia su padre, estuvo a punto de descubrir que era hija de un judío toledano.

—Con el maestro Isaac, de Toledo. Era mí…

Esther se calló como si un rayo la hubiera fulminado en el acto. Ehud, también, con los ojos abiertos no quería oír lo que Esther iba a anunciar. «Va a descubrir que somos judíos», pensó de inmediato.

—…era mi…mi maestro —se escabulló.

—¡Ah! ¡Vaya! He oído hablar de él y he tenido la dicha de ver algunos de sus trabajos. Realmente son magníficos.

—Lo son —aprobó Esther con cara de complacencia.

El viejo movió la cabeza incrédulo por lo que acababa de comprobar. Se dirigió de nuevo hacia la puerta:

—Está bien —concluyó—. Veamos esos trabajos.

Ehud desató el bulto con presteza y sacó las espadas una a una. Luego las colocó cuidadosamente encima de las mantas para exponerlas a la vista del espadero. Esther, antes de que el maestro dijera una sola palabra, escogió la que su padre había fabricado y la mostró con orgullo en su mano.

Maese Andrés la observó detenidamente y pasó la yema de sus dedos por la hoja, como acariciándola.

—Es de una calidad extraordinaria. Muchas veces me he preguntado el porqué.

—Señor, dicen que el agua y la blanca y menuda arena de las orillas del Tajo que empleamos para refrescar la calda le da unas propiedades extraordinarias.

—A la vista del resultado, no me cabe la menor duda —concedió el maestro con cierto pesar por no poder conseguir él una espada de tanta calidad.

—Maese, puede probar si con el agua del río que baña esta ciudad y la arena de sus orillas podría usted… tal vez…

Maese Andrés se detuvo pensativo:

—No es mala idea, jovencita. Lo probaré.

El maestro, seguidamente, prestó atención al resto de espadas, las

cuales examinó con detenimiento.

—¿Cuales queréis vender y qué precio pedís por ellas?

Los dos se quedaron pensativos pues ninguno de los dos se había hecho una idea de lo que podían valer. Fue Esther, conocedora del oficio, la que tomó la iniciativa.

—Todas menos la de mi maestro —indicó sin titubeos—. Las otras, al precio que vos estiméis por conveniente.

—¡Vaya! Veo que eres una excelente vendedora.

De regreso a la ciudad, contentos por el negocio recién convenido y que les había supuesto mucho más de lo imaginado por ellos, decidieron regalarse un buen almuerzo. A tal fin, se detuvieron en la acreditada y famosa Venta de la Paloma, en una angosta callejuela en la margen derecha del río Segura. A esa hora, el figón rebosaba de gentes que entraban o salían de la ciudad y paraban para llenar la andorga. Pidieron la especialidad de la casa: costillas de cabritillo murciano a la brasa y una buena ensalada. Las devoraron con ansia repelando hasta la más insignificante tira de carne adherida a los huesos, que quedaron completamente limpios y relucientes. Terminado el plato, Ehud se chupaba la grasa de los dedos. Esther recibió el mensaje: su compañero tenía más apetito.

—Si quieres más, hoy podemos permitirnos el lujo.

Él la miró con pena.

—¡Vamos! Si te apetece…

—¡Claro!

Para digerir las costillas y la ensalada los jóvenes se acompañaron de una buena hogaza de pan y una jarra de vino de la tierra.

Satisfechos y con el estómago lleno tomaron el camino de regreso al centro de la ciudad. Para que no les sucediera como con maese Andrés, durante el corto trayecto planearon las excusas que darían al sastre, llegado el caso. Pensaban confeccionarse, al menos, un par de buenos trajes que les sirvieran para mostrarse como unos nobles jóvenes y cristianos. De esta forma se cambiarían los nombres por los que aparecían en el documento y comenzarían una nueva vida.

Una vez en la plaza de la catedral observaron un imponente trasiego de trabajadores que se afanaban en transportar maderas y en levantar una larga tribuna, justo enfrente del palacio episcopal y de la catedral. Extrañados, los dos jóvenes se apearon de la carreta. Por un momento pensaron que pudiera ser algún cadalso en donde se ajusticiaría a algún judío converso y eso les hizo sentir temor. Ehud, no obstante y con un ánimo más decidido, se acercó a un capataz.

—¿A qué se debe tanta actividad? —preguntó.

—Deberían saberlo —indicó con un rictus de seriedad en su cara.

Los dos jóvenes se quedaron atónitos. ¡¿Saber qué?! ¿Tan importante era lo que ocurría? Por un momento temieron haber metido la pata y descubrirse en algo que les pudiera echar por tierra todos sus sueños.

—¿Saber qué, señor? —inquirió Ehud, con un quiebro en la voz.

—Son forasteros, ¿verdad?

Esther, a modo de disculpa, respondió con rapidez:

—Sí. Lo somos.

El capataz, un hombre alto y seco, sin dejar de observar el desarrollo de los trabajos, les explicó:

—En breves días tomará posesión de la diócesis nuestro nuevo obispo. Su eminencia, Bernardino de Carvajal.

—¡Ah! ¡El nuevo obispo! —exclamó Ehud con sorpresa. Luego añadió y añadió mal—: El otro murió.

El capataz se giró y le miró a los ojos como si hubiera visto al mismísimo diablo.

—¿Cómo?¿No se ha enterado? ¿De dónde vienen? El anterior obispo de esta diócesis, Rodrigo de Borja, ha sido designado Sumo Pontífice. Ahora reside y gobierna en Roma bajo la advocación de Alejandro VI.

Los sudores acudieron a la frente de Ehud, que palideció y tartamudeó:

—¡Eh! Esto… nosotros… Hemos estado muchos días en una ermita y…

—¡Aaah! ¿Han estado de retiro espiritual en una ermita?

Al notar relajación en el tono de voz, el joven intuyó que aquello no podía ser malo y se apresuró en corroborar lo dicho:

—Sí. Exactamente. En una ermita…

—¿En qué ermita?

—En la de la Virgen de la Loma.

—No la conozco —dijo el hombre extrañado. Luego preguntó—: ¿Dónde está?

—Cerca de Toledo.

De improviso, cambió drásticamente de tema.

—Acaban de llegar a Murcia, por lo que veo.

—Sí. Ayer —afirmó Ehud.

El capataz se quedó un tanto sorprendido por lo deterioradas que estaban sus vestimentas. Ellos notaron la prolongada y curiosa mirada y Ehud no tuvo más remedio que argumentar otra justificación.

—Oh, disculpe nuestros atuendos, señor. Fuimos asaltados en mitad del camino y robaron nuestras pertenencias.

—Todos los días pido al Altísimo que haga caer su poder contra los

impíos, los salteadores, los judíos y todos aquellos que gozan con el mal —dijo ayudándose con un severo gesto de su brazo como si de una espada justiciera se tratase.

—No… nosotros también —replicó Ehud temeroso y sorprendido de cómo hablaba ese obrero. Recordó que lo hacía de forma parecida a los rabinos cuando en la sinagoga predecían males o anunciaban algún castigo divino si no se cumplía su santa palabra. Alzaban la voz y lanzaban preguntas inquisitorias a todo el mundo. En ese momento la sinagoga se quedaba en el más absoluto y tétrico silencio. Los rostros de los asistentes adquirían gravedad y se miraban de reojo para ver cada uno la reacción de la persona que tenían al lado.

Sus sospechas se iban a desvelar de inmediato.

—Disculpadme. Soy el padre Mateo. Canónigo obrero de la catedral.

—¿Canónigo obrero? —inquirió Esther.

—Sí, soy el encargado de las obras referentes a la catedral y por ende realizo cualquier trabajo que tenga algo que ver con la construcción—. Y añadió jocosamente—. Aunque se trate de una simple tribuna para dar la bienvenida a su eminencia.

Dado que hablar con una persona tan vinculada a la iglesia católica, de la que ellos no tenían ni idea, era harto peligroso para sus intereses, decidieron despedirse cortésmente del padre Mateo antes de que cometieran un grave e irreparable error.

—Padre, muchas gracias, por sus aclaraciones. Tenemos que buscar un sastre que nos confeccione algunos trajes para seguir nuestro camino.

—A propósito, muy cerca de aquí conozco a uno que es el encargado de surtirnos de sotanas, casullas y todo cuanto necesitamos los siervos de Dios.

—¡Oh! No se preocupe por nosotros…—manifestó Esther, recelando no poder quitárselo de encima.

—¡De ninguna manera!—exclamó el padre Mateo—. Ayudar al prójimo es uno de nuestros mandatos—. Luego añadió —. Y con más motivo a una pareja de piadosos cristianos recién llegados de unos ejercicios espirituales y que han sufrido en sus carnes la infamia de los malhechores.

Para no mostrarse descorteses y a la vez sospechosos, accedieron, de mala gana, a la invitación del padre Mateo.

—Muy bien. Espérenme aquí. Enseguida vuelvo.

Sin más explicaciones, el padre Mateo salió corriendo como una centella hacia la catedral y desapareció por uno de los portones laterales. Los dos jóvenes se quedaron en medio de la plaza envueltos

en una tensa espera. Por unos momentos decidieron seguir su camino sin la ayuda de nadie, pero pensaron que el padre Mateo podría incomodarse y pensar que huían u ocultaban algo. No era conveniente ponerse en evidencia ni en entredicho con uno de los siervos de la iglesia, al parecer con cierto poder. También decidieron que si sabían llevar esa amistad les sería muy beneficiosa y les ayudaría en su incipiente nueva vida. Pero, evidentemente, no podían cometer ninguna imprudencia ni ningún error.

Al cabo de un rato apareció el padre Mateo embutido en una sotana limpia. Por su aspecto se notaba que se había aseado. Tomaron camino por estrechas y recónditas callejuelas del centro de la ciudad hasta llegar a una acogedora plaza llena de puestos de venta de flores. Parecía un inmenso jardín en movimiento. No en vano la llamaban la plaza de las Flores.

—A propósito. ¿Cuáles son sus gracias?—quiso saber el religioso.

Antes de contestar Ehud se hizo el despistado admirando un puesto de flores. Con ello se tomó un tiempo precioso para recordar los nombres que habían decidido adoptar. Los mismos que aparecían en los documentos. De ninguna forma podían dudar.

—Soy Íñigo de Aransay y ella doña Begoña Arizkun —dijo por fin con galanura.

—Por sus nombres deduzco que son del norte. ¿De Navarra?

—No. De las tierras altas de Castilla.

—¿A qué se dedican?

Dándose pompa y boato, como había visto en muchos lugares frecuentados por nobles, contestó:

—Bueno, en realidad disponemos de varios negocios familiares. Ganado y espaderías.

—Negocios muy propios de aquellas tierras —confirmó el padre Mateo.

Ehud sintió una agradable sensación al oír aquellas palabras. Por ahora su nueva identidad funcionaba bien y, lo más importante, era creíble.

Llegaron a una casa de dos pisos. Destacaba de las demás por su tamaño y por una serie de personas que, con grandes bultos, aguardaban en la calle. Extrañado, Ehud miró al padre Mateo en demanda de una explicación.

—¡Ah! No se asuste. No son clientes. Son proveedores de telas que han desembarcado en el puerto de Cartagena. Las traen del lejano Oriente. Maese Fernando es un sastre extraordinario. Sus eminencias —dijo haciendo una leve reverencia—, se visten en esta acreditada sastrería, así como la mayoría de los nobles de Murcia, de Orihuela y

alrededores.

Aunque llevaban bastante dinero, por un momento Ehud pensó que no tendrían suficiente para pagarle al sastre, por una evidente razón: desconocían el precio de unos buenos trajes. Más tarde y a lo largo de una conversación, tomaron conciencia de que esa primera visita serviría para elegir las telas y para tomarles medida. El pago total de los honorarios del sastre lo harían efectivo a la entrega de los trajes. Ese día tan sólo tendrían que adelantarle algunas monedas.

El padre Mateo se abrió paso con facilidad entre la fila de proveedores y accedió, delante de los jóvenes, al interior de la vivienda. En una sala de espera aguardaban dos emperifolladas mujeres con pomposos trajes. Sin duda eran las señoras de importantes nobles de la ciudad. Al entrar el padre Mateo acompañado de los jóvenes, las dos señoras les dispensaron una desagradable mirada. «¿Cómo alguien con esas pintas podía visitar a un acreditado sastre?», debieron de pensar. Obviando el hecho y muy puestas en su sitio, se levantaron y fueron a besar la mano del padre Mateo con una ligera reverencia. Después se interesaron por la ceremonia de bienvenida e investidura del nuevo obispo de la diócesis. Dándose importancia, el padre las ayudó a levantarse y les contestó:

—Dentro de muy poco recibiremos la confirmación desde la Santa Sede de la fecha exacta de llegada de su eminencia, Bernardino de Carvajal.

El sastre, que pasaba de vez en cuando por la puerta muy atareado, caminaba con el torso echado hacia delante. Su aspecto físico les recordó a sus vecinos de la judería de Toledo. Por ello dedujo, sin miedo a equivocarse, que maese Fernando era un converso, aunque no iba a indagar en el asunto. No le interesaba en absoluto sacar a colación ese tema y menos delante del padre Mateo.

Pero un raro sentimiento le embargó: se sintió vigilado. Si él había descubierto —o eso creía— que el sastre era un converso, de la misma forma podrían averiguar que él también era judío. Aunque en su haber tenía una prueba irrefutable: el padre Mateo, acostumbrado a desenmascarar judíos, lo aprobó como joven y piadoso cristiano. «No tengo de que preocuparme», se dijo para tranquilizarse.

Estaba inmerso en esos pensamientos cuando vio aparecer al sastre en la salita. Inmediatamente el padre Mateo se acercó para presentarlos y ponerle en antecedentes:

—Maese Fernando, le presento a dos jóvenes forasteros: don Íñigo de Aransay y doña Begoña Arizkun. Por el camino han sido víctimas de la iniquidad. Les han robado todas sus pertenencias; por lo tanto,

desean confeccionarse ropas adecuadas a su condición.

El sastre, con recato y recogimiento y con las manos entrelazadas a la altura del vientre, escuchaba al canónigo.

—Siempre agradecido por su generosa actitud, padre Mateo —le respondió con voz queda.

Cuando el sastre levantó los ojos y miró a Ehud, el muchacho sintió que esa mirada le traspasaba y una inquietud le embargó. Parecía que el sastre había leído en su mente la condición de judío prófugo e iba a denunciarle. ¡Iba a gritar a los cuatro vientos que el joven que tenía delante era judío! Un sudor frío recorrió su cuerpo y una tez blanquecina desveló que algo le pasaba. Esther se percató de la situación.

—¿Te ocurre algo?

—Sí, parece que no se encuentra muy bien, don Íñigo —confirmó el padre Mateo.

Ehud, aunque oía conversaciones a lo lejos, era incapaz de reaccionar. Un desagradable zumbido le taponaba los oídos. Haciendo un esfuerzo contestó como pudo.

—Eh… No. No es nada. Un ligero vahído... Los días de viaje… El soponcio del robo…—enumeró Ehud varias excusas casi inconscientemente.

—Es natural en estos casos —aseguró el sastre, para luego añadir—: Si son tan amables de pasar al taller… Por favor, la señora primero.

Esther estuvo a punto de mirar a ambos lados para saber si el sastre se dirigía a alguna de las otras señoras que permanecían sentadas hablando como cotorras o bien se dirigía a ella. Jamás la habían tratado de semejante forma. Aquello le gustó.

Después de salir de la casa del sastre, Ehud y Esther deseaban despedir al padre Mateo. Habían tentado demasiado a la suerte y no querían meterse en problemas, mucho menos con alguien de la Iglesia. Aun así, sin pensárselo dos veces, Ehud le hizo la última pregunta.

—Si no es molestia para vuestra merced indicarnos algún sitio donde podamos vender algunos objetos metálicos, nos sería de gran provecho.

En el mismo instante, al escuchar la pregunta de sus propios labios, Ehud se sintió atrapado y el corazón se le sobresaltó. A Esther se le encendieron los ojos ante la tontería que su compañero acababa de cometer. ¡Todos los enseres que atesoraban en la trampilla del carro eran objetos utilizados en el culto judío! ¿Cómo iban a justificar la tenencia de semejantes objetos? A los dos se les vino el mundo abajo. Sabían de sobra que el padre Mateo, aunque sólo fuera por agradar o por ayudar, iba a empeñarse en saber qué objetos eran los que querían

vender. La pregunta no tardó en retumbar en sus oídos.

—¿Qué objetos son?

Después de carraspear torpemente, miró a Esther por si a ella se le ocurría algo, pero no se atrevió a decir nada. Ehud, por fin, contestó:

—No son objetos importantes, padre Mateo. No debe perder el tiempo con…

—En absoluto. Quizá me interesen para el palacio episcopal o bien para algún altar de la catedral. Como saben, estamos de obras de ampliación de algunas de las capillas y…

Ehud, viendo que aquella imprudencia no tenía arreglo, decidió poner fin a esa estúpida carrera entre el ratón y el gato.

—Esos objetos no le pueden servir…—le interrumpió con sequedad.

El padre Mateo lo miró sorprendido. «¿Cómo sabe don Íñigo lo que puede servirme o no?», pensó con cierta dosis de intriga.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Pues… está muy claro. Son objetos de culto judío. Candelabros, platillos, copas, vasos…No atesoran otro valor que el material.

El canónigo de la catedral de Murcia que lucía una descuidada barba que a veces le daba aspecto de fiereza y en otras de sumisión, se paró en seco y miró a Ehud. La mirada desprendía extrañeza, incredulidad e interrogación.

—Me decepcionáis, don Íñigo —censuró con firmeza. Luego inquirió—. ¿Qué hacen esos objetos en su poder?

A Ehud no le quedaba otro remedio que mentir. Y mentir como un bellaco hasta que pudiera salir de aquel atolladero en el que se había metido.

—Bueno… es una larga historia, padre Mateo… —intentó zanjar la conversación.

Pero el padre, lejos de darse por vencido, se detuvo y le miró a la cara. Ehud percibió un brillo beligerante de desagrado en los ojos del canónigo.

—Pues…contádmela.

La mente de Ehud daba vueltas y vueltas buscando una salida a la inquisición a que le estaba sometiendo el padre Mateo. Pero la salida tenía que ser tan convincente que ya no hubiera lugar a titubeos y quitarse de encima una posible duda sobre su personalidad y confesión. Esther, por su parte, también trataba de idear una respuesta para ayudar a Ehud. O, más bien, apoyar y corroborar todo lo que dijera.

—Compramos esa mercancía a bajo precio a unos judíos que debían abandonar Castilla. Se encontraban en una precaria situación económica y nosotros tuvimos a bien comprarles esos objetos—. Y

añadió—: Por una miseria.

Al oírlo, Esther nunca supuso que su compañero tuviera imaginación suficiente para maquinar semejante historia. Entonces, para abundar en ella y hacerla más creíble, le interrumpió:

—No olvides que también, algunas de esas piezas, son pagos a cuenta por cabezas de ganado que mi familia les vendió y que al abandonar las tierras de Castilla con tanta premura, por el edicto de los reyes, no pudieron pagar.

Aquello sonó bien.

—Lo encuentro lógico —dijo por fin el padre Mateo—. Aun tratándose de judíos, veo que han obrado con una caridad cristiana irreprochable, remediando, en lo posible, sus males—. Y terminó con una frase lapidaria—: Virtud que en modo alguno ellos poseen.

A Ehud, en ese preciso instante, le habría gustado machacarle la cabeza al padre Mateo por injuriar de ese modo a los judíos, pero, lejos de ello, asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Así es, padre Mateo.

El canónigo, obnubilado por agradar y servir, a la vez que se enteraba de todo cuanto se cocía a su alrededor, le indicó:

—Precisamente hay un fundidor de metales que se dedica a eso, a fundir todos los objetos que los judíos vendieron aquí a su paso hacia el señorío de los Fajardo.

Ehud, sorprendido, inquirió:

—¿Señorío de los Fajardo?

—Eso mismo he dicho.

—Desconocemos…

Enseguida el padre Mateo se dio cuenta de que estaba hablando como si el joven matrimonio fuera nativo de esas tierras.

—¡Ah! Discúlpenme. Los Fajardo son los adelantados mayores del reino de Murcia y así se llama la comarca de Cartagena.

Enseguida les vino a la memoria que ese era el destino de su viaje siguiendo el rastro de sus convecinos y paisanos. Aunque después de lo sucedido y de la adquisición de una nueva identidad, junto con la propiedad de un castillo, empezó a anidar en sus mentes la idea de residir en Murcia. Sentar allí sus reales era la mejor opción.

Una cosa estaba muy clara para ambos. Tenían dinero y morada y continuar un largo viaje a lo desconocido tenía sus riesgos. Con esos pensamientos dando vueltas en sus mentes volvieron por las angostas callejuelas del barrio a la empedrada plaza de la catedral. Una vez allí, parados en la misma puerta del magno edificio, un grupo de nobles ricamente ataviados, pasaron cerca de donde se encontraban los tres hablando. Ehud no se percató de la circunstancia, pero notó que la

mirada del padre Mateo se alejaba por encima de su hombro y su cara adquirió el gesto de una sonrisa estudiada.

El canónigo, con un patético servilismo, exclamó:

—¡El Señor Todopoderoso os guarde!

Todos se inclinaron levemente al oír el saludo y uno de ellos preguntó:

—¿Cuándo tendremos la oportunidad de besar la mano a su eminencia?

—Muy pronto. Preparamos con devoción todos los actos…

El noble, iniciando ya un saludo de despedida, añadió:

—Ya vemos que están muy avanzados.

Después de seguirlos unos instantes con la vista, hasta que se introdujeron dentro del templo, el padre Mateo comentó:

—Además de importantes personajes de la nobleza murciana son grandes devotos que con su inestimable ayuda económica hacen posible la finalización de las obras de nuestra catedral…

Ehud, muy cortésmente, pero sin evaluar el mensaje que su interlocutor subrepticiamente le había le remitido, asintió con la cabeza. Después de agradecerle al canónigo todos sus favores y desvelos se despidieron amablemente. Pero ese día Ehud se marchó con una sensación: tarde o temprano, el padre Mateo le pediría una dádiva para la Iglesia.

IX. La Capilla de los Vélez

Llevaban una semana viviendo cómodamente y sin sobresaltos en la posada cuando un criado de maese Fernando les llevó los trajes terminados. A partir de ese momento, el principal objetivo de los jóvenes era adquirir el vocabulario y los ademanes propios de los nobles con la única idea de no desentonar cuando se les diera la oportunidad de establecer relaciones con ellos. Pero el aprendizaje lo deberían hacer con disimulo y sobre todo sin que se enterase el incómodo padre Mateo.

La primera vez que en la intimidad de la habitación de la posada se probaron las vestimentas no pudieron soportar las risas. Cómicamente se dedicaron a hacerse reverencias y saludos imitando a los pedantes de la nobleza.

Después de desvestirse y ayudar a Esther a quitarse el complicado vestido, Ehud pudo comprobar el delgado y bien formado talle de su compañera. El pelo lacio y sedoso que Esther había dejado crecer, descansaba sobre sus hombros enmarcando una preciosa cara de piel suave. Sus amplios hombros le configuraban un cuello erguido y fino. Los pequeños senos que Ehud admiraba eran dos perfectos óvalos ocultos bajo la camisa. Aquella visión le produjo un agradable estremecimiento y un abultamiento en sus calzas que fue advertido y aprovechado por Esther. Excitada por el momento se acercó y acarició a Ehud. Luego con una violencia incontenible le arrastró hacia el lecho para yacer con él.

Cerca de mediodía decidieron salir a la calle y dar un paseo ataviados con sus nuevas vestimentas. Esther lucía un traje de color verde aceituna muy ceñido en mangas y talle que ajustaba con cordones. Las sandalias eran abiertas y de un excelente cuero de cabra. Por su parte, Ehud vestía como un auténtico caballero. Su camisa de cendal llevaba los puños decorados con dibujos geométricos. Se había recortado la barba y lucía media melena perfectamente peinada.

Llevados por la curiosidad se acercaron a la plaza para comprobar la terminación de las obras de la tribuna. En las proximidades de la catedral se cruzaron con el padre Mateo, que apenas les reconoció.

—¡Por los clavos del Santo Cristo!—exclamó—. ¡Son ustedes!

—Buenos días, padre —saludaron Ehud y Esther al unísono.

—Ya veo que los atuendos son de una exquisitez fuera de toda duda y que los portan con el garbo preciso —. Y apostilló—: Sobre todo usted, doña Begoña.

Esther no dijo nada, pero le regaló una sonrisa y una ligera inclinación de cabeza.

—¿Dónde se dirigen? ¿A la catedral tal vez?—preguntó entre curioso e interesado.

Ehud respondió con leve desgana al suponer que el padre Mateo haría por acompañarlos.

—Eh… paseábamos. Bueno sí. Hacia allí vamos.

Esther, más explícita que Ehud, le dio al padre Mateo una primicia que él agradeció sobremanera.

—Paseábamos para conocer a fondo la ciudad en dónde quizá, muy pronto, aposentemos nuestros reales.

Al padre Mateo se le abrieron los ojos, la boca adquirió una fea mueca y tan sólo fue capaz de preguntar:

—¿Cómo?

Esther, con una pasividad envidiable, le respondió:

—Quizá nos quedemos a vivir en esta ciudad tan acogedora.

De improviso, el padre Mateo se apuró.

—Habrá que buscarles, inmediatamente, una residencia en consonancia con su nobleza. Yo conozco a…

Ehud le interrumpió sin miramiento y de una forma brusca:

—No es necesario, padre.

Le habían lanzado un anzuelo al canónigo. Estaban seguros de que se lo tragaría como una trucha. A los jóvenes les asaltaba una duda sobre el título de propiedad del castillejo de Monteagudo. Se preguntaban si habría algo que ellos desconocían y que cuando se descubrieran como propietarios o futuros usufructuarios del castillo pudiera ocasionarles algún serio problema. Pensaron que un personaje como el canónigo Mateo estaría al tanto de todo cuanto rodeara a esa fortificación.

—No entiendo, don Íñigo.

—Somos propietarios de un castillo en las afueras de la ciudad y esta semana, Dios mediante, tomaremos posesión.

Luego, Esther añadió:

—Cuando hayamos completado nuestro ajuar, naturalmente.

—¡Dios santo y bendito! No me imaginaba que…

Por prudencia no acabó la frase. Desde el primer día en que el canónigo los había visto vestidos como vulgares provincianos, los jóvenes habían cambiado mucho; en su aspecto físico y también en su posición social. Ni qué decir tenía la cara de sorpresa del padre Mateo, que en cada conversación que mantenía con los jóvenes descubría algún aspecto importante.

—Sí. Es el castillejo de Monteagudo—aclaró Ehud con toda

naturalidad.

El padre, atónito, preguntó:

—¿El castillejo de Monteagudo?

Ehud, con voz temblorosa y pensando que algo malo iba a ocurrir, contestó:

—Así es.

—¡Cómo no lo voy a conocer! —respondió el padre, para después aclarar—: Precisamente se conjeturaba que sus propietarios habían muerto en el camino en una escaramuza con malhechores.

Aquella respuesta dejó completamente sorprendidos a los dos jóvenes y les hizo pensar que los cadáveres de la cámara oculta eran, casi con toda seguridad, los difuntos don Íñigo y doña Begoña y los soldados que habían encontrado muertos en el bosque eran los de su escolta. A continuación, varias preguntas les asaltaron; ¿Eran judíos? ¿Quién los había matado? ¿Por qué? ¿Qué significado tenía haberlos encerrado en la cámara?

Una vez repuesto de la impresión de la noticia del padre Mateo y de sus posibles consecuencias, a Ehud no le quedaba más remedio que mostrar fortaleza.

—Pues ya ve que no, padre Mateo. Habladurías de la gente.

—Por supuesto que sí, don Íñigo —corroboró el canónigo.

La cara del padre Mateo refulgía. Tener como conocidos a otro pudiente matrimonio no era cosa baladí. El canónigo era una persona afable, pero Ehud sospechaba que detrás de esa aparente e ingenua amabilidad había un desmedido interés que se movía entre los terrenos de lo económico, de lo político y de lo social. Aunque de aspecto bonachón, a Ehud no se le olvidaba el primer día cuando le interrogó con dureza por el mero hecho de vestir ropas humildes.

—Vamos. Entremos en el templo. Se lo mostraré—, insistió el canónigo.

No les quedó otro remedio que aceptar la invitación. Entraron por el portón izquierdo de la fachada principal, cuya puerta central sólo se abría con ocasión de grandes celebraciones o cuando los reyes visitaban la catedral.

Al acceder al templo se sorprendieron por la magnificencia del sagrado recinto. Nunca antes habían visitado un edificio de tan colosales dimensiones. Embobados, contemplaban la altura de los enormes pilares fasciculados, con multitud de columnillas y capiteles cilíndricos y ochavados que se elevaban hasta las bóvedas. La planta, de cruz latina, apenas acusada en los brazos del crucero, la formaban tres naves de diferentes alturas rematada en cabeza con girola y con capillas alojadas entre los contrafuertes.

El templo estaba abarrotado de gente. Nada más entrar, percibieron el rancio hedor que desprendían sus cálidos cuerpos. Las familias se encontraban repantigadas en el frío suelo de piedra, en los banquillos, hacinadas como ovejas en un redil. Unos, envueltos en toscas capas de lana, dormían sobre lechos de paja.

Dos frailes se encontraban de pie, ante una mesa de caballete, repartiendo escudillas con sopas de pan y leche entre un centenar de personas. A los dos jóvenes les sorprendió la resignación y el silencio que atenazaban a la cola suplicando la hospitalidad de los monjes. Quizá en otro sitio, en otro lugar o en otras circunstancias las gentes se habrían dado codazos y se habrían insultado para saltarse el orden. Pero la sola presencia de los monjes evitaba cualquier desconcierto.

Por un momento Ehud y Esther pensaron que los templos cristianos, además de ser sitios de oración y recogimiento, eran como unas enormes posadas donde los pobres podían refugiarse, pero el padre Mateo, con cara benevolente, les sacó de su confusión.

—¡Pobres criaturas! —exclamó con fingida piedad—. Han venido desde los confines de esta diócesis para dar la bienvenida a su eminencia y recibir su bendición. Ante la falta de posadas y casas de acogida les he acomodado aquí, en la casa del Señor.

A continuación, el canónigo se giró hacia ellos con un rictus de gravedad, los dos jóvenes creyeron que algo malo acontecía y un pálido color acudió a sus mejillas cuando la voz del padre Mateo tronó en sus cabezas con una de sus habituales preguntas:

—¿Sus mercedes acudirán también?

—¿Adónde? —preguntó Ehud con inocencia.

El padre Mateo, con una elevada dosis de suficiencia, le contestó:

—Al recibimiento y entronización de su eminencia, naturalmente.

Esther reaccionó antes que Ehud que, pálido como un cirio, miraba fijamente al canónigo.

—Por supuesto, padre. No faltaremos.

—Les acomodaré en sitio preferente, como se merecen.

Pasado el mal rato continuaron recorriendo el templo envueltos por la perorata del padre, que hablaba y hablaba sin parar. Explicaba hasta el más mínimo detalle de su construcción con un lenguaje propio y entusiasta. Ehud estaba dispuesto a aprenderse de memoria todo cuanto el canónigo decía. «No me queda más remedio», pensó. Si sus días más inmediatos los iba a pasar en compañía de canónigos y de nobles debía aprender cuanto antes para no quedar en evidencia en cualquier conversación que versara sobre la religión católica. Sería sospechoso amén de muy peligroso.

Una vez frente al altar mayor se detuvieron. La grandiosidad,

mayor iluminación y la cantidad de personas arrodilladas rezando frente a él, hicieron pensar a los jóvenes que habían llegado al punto más importante del santuario cristiano. Enseguida, el padre Mateo les aclaró.

—¡El altar mayor! —exclamó con voz rimbombante.

Y para hacer sitio en primera fila a sus ilustres acompañantes, apartó con malas formas a los pobres feligreses que rezaban y lloraban pidiéndole al Señor algún remedio para sus males. A continuación, hizo una genuflexión y se santiguó piadosamente. Ni qué decir tiene que los dos jóvenes, sin saber lo que hacían, lo imitaron. Pero una vez arrodillados y al querer hacerse sobre el pecho la señal de la cruz, se hicieron un lío al no saber el orden en que debían hacerlo. Situación que solucionaron con una ligera tos por parte de Ehud y un rápido golpe en el pecho por parte de Esther.

Mirando a uno y otro lado, por si alguien se había percatado de su inexperiencia, se arrimaron a su guía para que quedara constancia de que iban acompañados por un canónigo de la catedral. Pero el padre estaba absorto admirando hasta las más pequeñas volutas doradas que decoraban el magnífico retablo del altar mayor. Poco a poco fue desplazando la mirada hacia el lado del evangelio. Allí, una hornacina protegía una pequeña urna con una inscripción.

El padre instruyó a sus acompañantes:

—La urna guarda las entrañas de un gran rey. Un rey muy querido en esta tierra, a la que él amaba con una especial devoción. El rey de Castilla, Alfonso X. —Y apostilló—: El rey sabio.

Aquello que acababan de escuchar de enterramientos, reyes y entrañas les sonó a brujería.«¿Cómo los cristianos, que acusan a los judíos de ser practicantes de ritos satánicos, guardan las entrañas de un rey en un recinto sagrado? ¿Cómo murió el rey? ¿Acaso lo destriparon? ¿Dónde está el cuerpo?», pensaron a dúo. Todo era muy raro o quizá no lo habían entendido, pero a ninguno de los dos se le ocurrió abrir la boca.

El padre, al poco, detalló:

—El rey dejó escrito en su testamento que quería ser enterrado en la catedral de Sevilla, pero que sus vísceras fueran traídas y guardadas aquí, en la de Murcia.

Las caras de los muchachos reflejaban su incredulidad. ¡Un rey muerto, destripado y enterrado en dos catedrales! Aquello era mucho más de lo que podían suponer de la religión que iban a abrazar, pero no les quedaba otra salida. Pensaron en sus paisanos muertos a manos del santo oficio acusados de brujería y superchería, cuando los cristianos eran los primeros en realizar y propagar ritos paganos.

Aquello no podían entenderlo. Ehud y Esther se miraron con complicidad y comprendieron que su silencio protegería su futuro.

Siguiendo al canónigo los jóvenes andaban evitando pisar a algunos de aquellos pobres que descansaban en el suelo hasta que llegaron al lado sur de la catedral, en el tramo de la girola. Ante ellos se elevaba una capilla aún en construcción, pero que ya se vislumbraba de una belleza extraordinaria.

Durante unos instantes el padre Mateo gozó y admiró la magnificencia de la capilla antes de susurrar:

—¡La capilla de los Vélez!

Los jóvenes miraron al canónigo. Después elevaron sus ojos hacia el techo de la capilla donde destacaba una gran bóveda estrellada de diez puntas.

—Se empezó hace dos años, pero les aseguro que cuando esté finalizada será la capilla que dará esplendor a esta santa catedral.

Ehud, por decir algo y dándose importancia, comentó:

—No lo dudo, padre Mateo.

—Don Juan Chacón, adelantado mayor del reino de Murcia, es quien la ha mandado construir.

—¿Para qué? —preguntó inocentemente Ehud—.¿No le bastaba con tan enorme templo?

El padre Mateo frunció el entrecejo y le lanzó una mirada un tanto aviesa. ¿Cómo podía un joven noble y cristiano decir semejante estupidez? ¿Acaso se estaba riendo de él? Sin embargo, el canónigo le contestó educadamente:

—Don Juan la construye como capilla funeraria para su ilustre familia, los Fajardo. Ya saben vuestras mercedes que algunos nobles y la gente adinerada suelen construirse sus capillas privadas con el único deseo de ser enterrados en ese panteón familiar al que sólo tienen acceso los miembros de la familia para rezar cristianamente a sus muertos.

Para Ehud, aquello de enterrarse en una iglesia era tan nuevo como el tiempo que haría ese verano. Incluso intentó recordar si en las sinagogas había visto algún enterramiento. «No. No los hay», se dijo para sus adentros. No obstante, decidió actuar con más cautela y sonsacar al canónigo toda la información posible para ir aprendiendo las particularidades de la religión católica y la forma de actuar de los nobles.

Ehud disimuló paseando la vista desde los contrafuertes hasta las aberturas superiores, junto al techo. El padre Mateo, que no perdía detalle, se apercibió del interés del joven.

—Don Íñigo, esas aberturas están llamadas a dar a la capilla la

luminosidad precisa.

Aunque el rumor del gentío apagaba la voz del padre Mateo, éste, lejos de dar por terminada su perorata, se esforzó en seguir con su exhaustiva explicación:

—Sin embargo, queridos jóvenes, dentro de esta catedral hay otras capillas, las llamadas de patronato.

Esa palabra les sonó rara, jamás la habían oído.

—¿De patronato? —inquirieron al unísono.

—Así es —. El canónigo se giró hacia ellos para hacer más audible su voz y continuó—: Son las capillas que el cabildo catedralicio cede, de modo temporal o de por vida, a los nobles que la solicitan. Ellos se encargan de su cuidado, arreglo, decoración… En una palabra, las mantienen. De esta forma evitan que el cabildo corra con unos gastos onerosos. En la actualidad quedan aún unas cuatro o cinco sin asignar. Creo recordar que son las capillas de san Juan Nepomuceno, san Dionisio, san Bartolomé y la de san Andrés con toda seguridad y, si no me falla la memoria, creo que también está por adjudicar la capilla de santa María Magdalena.

Aquello era otra recomendación que el padre Mateo ponía delante de las narices de sus recién adquiridos feligreses. No se lo podía haber dicho más claro, aunque Ehud pareció hacer oídos sordos.

Sin transición, el padre Mateo clavó una mirada difícil de interpretar. Si eran nobles y de las tierras altas de Castilla, no tenían más remedio que conocer todas esas particularidades.

—Supongo que en la alta Castilla las catedrales tendrán las mismas características que aquí.

A Ehud, ese comentario envenenado le pilló despistado y Esther tuvo que darle un codazo para que su compañero reaccionase.

—¡Eh!... Sí. Por supuesto que sí, padre —contestó sin saber muy bien qué acontecía.

Pero Esther, para dar más verosimilitud a la dudosa contestación de Ehud, abundó en ella:

—Está usted en lo cierto, padre Mateo, aunque todos estos asuntos los llevaban, como es lógico, nuestros padres como cabezas de familia. Nosotros no podíamos inmiscuirnos en ellos. Hubiera sido una falta de respeto hacia nuestros progenitores.

Con cara de benevolencia, el padre Mateo aceptó las palabras de Esther.

—Me hago cargo de la situación, doña Begoña.

El hedor en la catedral seguía siendo insoportable y los jóvenes estaban deseando salir de allí, cuando el padre Mateo fijó su mirada en dos personas que se acercaban y que por sus ropas destacaban del

resto: Una de cierta edad acompañada por un joven que rondaría los dieciocho años. El canónigo, sin mediar explicación alguna, se adelantó y fue a su encuentro. Al llegar a ellos les saludó, y les dedicó una reverencia, innecesariamente exagerada, para luego volver juntos hasta la puerta de la capilla donde les esperaban sus acompañantes.

El personaje de más edad lucía unas ropas y un tocado que le acreditaba como de alto rango. Canoso y de cara afilada, se apoyaba en un bastón que balanceaba rítmicamente al andar. El joven, de mirada franca y leal, lucía una incipiente barba y era tan alto como Ehud.

—Don Íñigo y doña Begoña, tengo el placer de presentarle a don Juan Chacón, adelantado mayor del reino de Murcia y artífice de esta maravillosa capilla y a su señor hijo don Pedro Fajardo.

Los cuatro se estudiaron con detenimiento y se saludaron con afecto. Los dos jóvenes se dejaron llevar en el tratamiento para no incurrir en ninguna inconveniencia. A continuación, el padre Mateo se dirigió a don Juan en referencia a sus acompañantes:

—Don Íñigo y doña Begoña provienen de las tierras altas de Castilla y piensan establecerse aquí. Son propietarios del castillejo de Monteagudo del que muy pronto tomarán posesión.

Don Juan Chacón, más interesado en las obras de su capilla que en la identidad de aquel par de jovenzuelos, sin mostrarse descortés, zanjó la cuestión.

—Doña Begoña, don Íñigo, les ruego me disculpen. Debo solucionar algunos detalles con el maestro de obras, pues mañana parto de viaje.

El padre Mateo restó importancia al asunto:

—Por supuesto, don Juan. No faltaría más.

El canónigo, pecando de indiscreto y con una sonrisa estudiada que le abarcaba de oreja a oreja, preguntó al adelantado:

—¿Asuntos privados?

Don Juan, casi sin mirarle y dedicando toda su atención a la capilla, contestó:

—Me dirijo a Valladolid, a la corte. Sus majestades han tenido a bien otorgarme la villa de Oria, al sur de este reino, y, como es lógico, marcho para firmar los documentos que me acrediten como nuevo señor de esas tierras.

El canónigo volvió a hacer gala de un patético servilismo:

—Que sea enhorabuena, don Juan. Un otorgamiento merecidísimo.

Don Juan se apartó hacia un lado con los planos de la capilla en la mano. A su lado, el maestro tomaba nota de las sugerencias que el adelantado le proponía y a mano alzada trazaba sobre los dibujos las rectificaciones oportunas. La capilla le estaba dando más quebraderos

de cabeza que los inicialmente previstos. Don Juan se negó a que su capilla fuera tan pequeña como la antigua capilla de san Lucas, mandada levantar por su suegro. El adelantado no dudó en aprovechar parte del suelo público para que tuviera la grandeza y el esplendor que él había soñado. Los cimientos se habían tenido que hacer más hondos de lo proyectado en un principio para que soportaran la altura y la anchura de los muros. Por el exterior, la capilla se había diseñado poligonal y estructurada en varios cuerpos decorados con escudos y otros elementos esbozados torpemente por don Juan y realizados en magníficos dibujos por su maestro de obras. El interior empezaba a desvelarse de una delicadeza exquisita en comparación con el resto del templo. La decoración de los muros era riquísima. Los elementos iconográficos que el adelantado había hecho dibujar al maestro eran personajes del Nuevo Testamento; ángeles, escudos, animales, cardinas, piñas, granadas y hojarasca gótica. Una leyenda en grandes letras recorrería, a media altura, el perímetro interior anunciando a todos quien había sido el artífice de semejante obra. En la parte superior, dos ventanas con arco de medio punto, en cada uno de los cuerpos exteriores, serían las encargadas de llenar de clara luz mediterránea la esplendorosa capilla.

Don Juan, más atento al estudio de la estructura de su capilla que a lo que le rodeaba, apenas tomó en consideración el halago del canónigo, por lo que éste, viendo que su presencia en ese lugar incomodaba, optó por una digna retirada.

Cuando ya se despedían, don Juan se dirigió a los dos jóvenes:

—Estoy seguro de que mi hijo agradecerá mucho su invitación al castillo el día de su inauguración. Acaba de llegar de la corte acompañado de su preceptor don Pedro. Yo, por desgracia, no podré asistir.

Los jóvenes se sorprendieron por la recomendación del adelantado. El padre Mateo, de inmediato, les miró para sopesar su respuesta. Por su parte, don Pedro se limitó a oír y a escuchar cuanto allí se decía.

—¡Oh! Sí. Por supuesto —contestó Ehud, algo nervioso, ante la cara de complicidad del padre Mateo.

Esther abundó en la respuesta dada por Ehud con la mirada puesta en el hijo del adelantado. Circunstancia que no fue del agrado de su compañero puesto que se había percatado de que don Pedro no le había quitado el ojo de encima desde que fueron presentados.

—Será un placer invitarle, señor.

Cuando salieron de la catedral, Esther caminaba pensativa. Rememoraba la conversación mantenida hacía tan sólo unos instantes. De improviso se paró y preguntó:

—Padre Mateo, ¿cómo puede tener el hijo de don Juan distinto apellido que el padre? ¿Acaso don Pedro es hijo adoptivo?

Ehud, que no se había percatado de la diferencia, al oír a su compañera se le paró el mundo. Esther estaba diciendo una simpleza en las mismas narices de alguien que les podía denunciar si se enteraba de quiénes eran verdaderamente. Pero, para extrañeza de Ehud, el padre Mateo contestó correcto y amable:

—Veo que vuestra merced es muy observadora, doña Begoña. Efectivamente —corroboró el canónigo—. El hijo de don Juan lleva como primer apellido el de la madre, doña Luisa Fajardo, porque el padre de doña Luisa, don Pedro Fajardo Quesada, estipuló en las capitulaciones matrimoniales de su hija que su primogénito debía llamarse como él.

Ehud frunció el ceño. «Rarezas de los nobles cristianos», pensó, para después preguntar:

—¿Qué importancia tenía?

—Mucha, mi querido don Íñigo —respondió el clérigo—. Al apellidarse Fajardo de primer apellido demuestra que es descendiente directo de los Fajardo. Linaje que ha guerreado durante más de dos siglos contra los árabes.

Era la hora nona. El padre Mateo, Ehud y Esther se despedían en la misma puerta de la catedral cuando se empezaron a escuchar unas voces subidas de tono que provenían de una de las calles laterales circundantes al templo. Varios transeúntes se habían agolpado a la entrada de la calle para enterarse de lo que acontecía.

De repente, el padre Mateo salió corriendo como una centella para descubrir quiénes eran los que osaban vocear de esa forma en las inmediaciones de la casa del Señor. Se abrió paso entre la muchedumbre y su sorpresa fue mayúscula cuando observó que una de las personas que discutían, al pie de la fachada exterior de la Capilla de los Vélez, era don Juan Chacón, al que acababa de dejar. El adelantado discutía acaloradamente con varias personas, entre ellas un clérigo. Su hijo don Pedro y el maestro de las obras se mantenían dos pasos atrás sin quitar ojo de la disputa.

—¡Santo Cielo! —exclamó el padre Mateo—. Son don Bernardo, doña Catalina, don Francisco, don Bartolomé y don Luis. El clérigo es el padre Fernando Ramírez.

—¿Qué ocurre para semejante escándalo? —preguntó Ehud, que se había acercado hasta el padre Mateo.

—Me temo que es por la capilla —contestó el canónigo. Luego añadió—. Es un largo pleito, don Íñigo.

—¿Qué tiene que ver la capilla?—insistió el joven.

El padre Mateo se arrimó a la espalda de Ehud y desde allí le cuchicheó:

—Como podéis comprobar la capilla es de planta octogonal y sobresale fuera de la línea que fue asignada como perímetro máximo de la catedral. Los vecinos se quejan de que don Juan la esté construyendo en terreno público y que el saliente de la capilla, junto con la casa a la que se enfrenta, perjudica notablemente el paso de los carros cargados con leña y otras voluminosas mercancías. En más de una ocasión, los agraviados se han dirigido al concejo de la ciudad en demanda de justicia y éste ha ordenado la paralización de las obras, pero la influencia del adelantado en la corte real hace inútil los esfuerzos de estos vecinos.

—¡Vaya! Es un asunto de difícil resolución —opinó Ehud.

—Lo es, don Íñigo. Lo es.

Estaban en estas deliberaciones cuando Esther se les unió, también alarmada por el escándalo. Al contemplar la fachada, objeto de la pendencia, las voces se fueron diluyendo en su mente mientras prestaba atención a varios operarios que trabajaban sobre unos andamios de madera; unos esculpían sobre piedra los escudos nobiliarios de las familias Fajardo y Chacón. Más abajo, en el centro, observó una obra ya finalizada. Un nicho en donde destacaban dos figuras que sostenían un blasón. Las dos figuras adoptaban una actitud simbólica: uno tocaba con la mano izquierda un perro, esculpido en el escudo de armas; y el otro, con idéntico gesto, acariciaba un lirio, la flor del cielo.

En un nivel más bajo del andamio trabajaba otro cantero, el más joven. Esculpía una cadena de considerables dimensiones que abrazaba toda la fachada. En uno de sus movimientos el muchacho giró la cabeza y mostró la otra parte de su cara dejando impresionada a la joven.

«¡Lleva un parche. Es tuerto!», se dijo Esther para sus adentros. Sin embargo, la perfección de su obra estaba fuera de toda duda y el joven, después de martillear con delicadeza y precisión cada eslabón, una y otra vez los repasaba, ajeno a las voces que subían del suelo.

Esther apreció el duro trabajo del cantero. Ella misma estaba acostumbrada a trabajar con sus manos en el taller de su padre y sabía el esfuerzo que eso requería. Ensimismada con la excepcional obra del muchacho, le sobrevino un pensamiento que no era más que un dicho escuchado en boca de su padre cientos de veces: «No hay mas ciego que aquél que no quiere ver».

X. Su Eminencia Bernardino de Carvajal

A pesar de lo temprano de la hora un sol de justicia castigaba sin piedad. Las campanas de la catedral repicaban y trasladaban la buena nueva a varias leguas alrededor de la capital. Era la hora tercia y una larga cola formada por viandantes y carros aguardaba, junto a la garita del fielato, para acceder a la ciudad. Unos gritaban maldiciones, otros lloraban pidiendo a voces la bendición porque no llegarían a la plaza de la catedral. Los más avispados se limitaban a comer y a beber para hacer más amena la espera. Los habitantes de las casas salían a las puertas pregonando a voz en grito las molestias que les ocasionaba la visita de los forasteros. Polvo, olores de bestias y legiones de moscas y mosquitos eran sus incómodos vecinos esa soleada mañana.

La plaza de la catedral hervía de gentes y de vítores hacia su nuevo pastor. La tribuna de cincuenta pies de largo, con anfiteatro de gradas, colgaduras, tapices y damascos, situada frente al palacio Episcopal, estaba abarrotada. Las autoridades eclesiásticas atajaron todas las bocas de calles para que carros y caballos no entorpeciesen. Nobles, militares, autoridades civiles, delegados de los reyes, corregidores, cardenales e invitados provenientes de distintas ciudades se daban cita ese día para dar la bienvenida y recibir la bendición de su eminencia Bernardino de Carvajal. Obispo que ocuparía el número cuarenta y tres en el episcopologio de la diócesis de Cartagena.

En sitio preferente, un joven y desconocido matrimonio acaparó todas las miradas de los curiosos y de las gentes más influyentes de Murcia. Todos se preguntaban por su identidad y procedencia, pues era la primera vez que se les veía en un acto público y además acompañados por dos ilustres personajes muy allegados a la corona de Castilla. Don Íñigo y doña Begoña, impecablemente vestidos, ocupaban un lugar destacado junto a don Pedro Fajardo y a su padre, el adelantado mayor de Murcia, don Juan Chacón Alvarnáez.

Las dos semanas que llevaban viviendo en la posada les había permitido calmarse y recuperarse anímicamente. No obstante, aún padecían alguna que otra terrible pesadilla que les despertaba en la noche, sobresaltados y sudorosos. En sus peores congojas, Esther perdía todo el dinero y los dos se encontraban de nuevo en la miseria, perseguidos por los soldados de don Rodrigo y a merced de proscritos sanguinarios y sacerdotes corruptos. Otras veces soñaba que vivían juntos en el castillete. Ehud se había convertido en un gran señor que gobernaba sus tierras con prudencia y sabiduría. Ella se regocijaba mucho con las fiestas que celebraban y con sus invitados, importantes

personajes de la nobleza murciana y castellana.

Don Pedro Fajardo, al ver a Esther ensimismada, la sacó de sus pensamientos:

—¿Os aburrís o es que, tal vez, prestáis demasiada atención?

—¡Oh! No, don Pedro.

—¿Es la primera vez que asistís a una ceremonia como esta?

Esther no se atrevió a mentir.

—Acertáis.

Don Pedro hizo un mohín con la boca en señal de fastidio.

—Yo, por desgracia, he asistido a bastantes ceremonias durante mi estancia en la corte. Pero son aburridísimas. Me gustan más los torneos. ¿Y a vos, don Iñigo?

Aquello le pilló desprevenido. Ehud jamás había estado en un torneo y no podría hablar mucho de ello.

—¿Los torneos?

—Sí. Eso he dicho —confirmó don Pedro.

Esther, atenta a la conversación tuvo que intervenir:

—Sí, nos gustan. Pero, desgraciadamente, hace mucho tiempo que no asistimos a ninguno. Después de nuestra boda hemos estado de viaje y de retiro espiritual en una ermita.

—Fue una promesa que hicimos —abundó Ehud.

El efecto de aquellas mágicas palabras fue inmediato:

—Vuestras mercedes son cristianos piadosos y temerosos de Dios.

—Así es, don Pedro.

—Cualidades envidiables.

A Ehud y a Esther les convenía dejar bien claro y desde un principio su confesión para que en lo sucesivo no hubiera atisbo de duda. Lo habían experimentado con el padre Mateo y ahora lo hacían con un importante personaje que, sin duda, se lo transmitiría también a su padre.

Pero aquella charla, intrascendente para Esther, se empezaba a embolicar. Don Pedro podría preguntar en qué catedral se casaron, en qué ermita estuvieron y un sinfín de preguntas más, por lo que Esther pensó que no era muy conveniente que el primer día, don Pedro, se llevara una mala impresión de ellos. Así que se dispuso a cambiar, radicalmente, el sentido de la conversación. Para ello fraguó una mentira.

—¡El padre Mateo! —exclamó con emoción.

Los dos jóvenes volvieron la cabeza, pero fue en vano. Evidentemente, el canónigo no estaba en la dirección señalada por Esther.

Ehud, inocentemente, se quejó.

—No lo veo.

Sin embargo, don Pedro cayó en la trampa y cambió el rumbo de la conversación. Con cara de agrado manifestó:

—Es de reconocer que el padre Mateo es muy trabajador y muy querido por su feligresía.

—Es muy amable y nos está ayudando mucho —reconoció Esther.

Don Juan, el padre de don Pedro, situado al otro extremo del grupo, se dedicaba a intercambiar opiniones políticas y de estado con otros nobles que se habían procurado un asiento en sus cercanías. Conocidas eran las influencias de don Juan en la corte de los reyes. En sus viajes tenía el encargo de resolver con presteza algún asunto importante del que, tarde o temprano, el adelantado pasaría cuentas al beneficiario.

Para seguir con una charla intrascendente pero alejada de sus vidas, Esther no tuvo más remedio que centrarla en la vida de su reciente e influyente amigo. Para ello lanzó una afirmación que había escuchado un día por casualidad en boca del padre Mateo, durante una conversación privada con otro canónigo. Aunque fuera en boca de una hermosa mujer, no dejaba de ser una imprudencia hacia alguien de la nobleza y al que acababan de conocer:

—Tengo entendido que su merced tomará por esposa a una bella dama.

El primogénito del adelantado mayor de Murcia se lo tomó a bien y su único gesto fue levantar ambas cejas a la vez en señal de sorpresa.

—¡Es cierto! —admitió don Pedro sorprendido—. Tomaré esponsales con doña Magdalena Manrique, hija del conde don Pedro Manrique de Lara. ¡Pero, decidme! ¿Cómo os habéis enterado?

Esther sonrió con picardía, como dando a entender que había sido de una forma un tanto anómala. Don Pedro captó el mensaje.

—¡Ah! Ya sé. Ha sido el padre Mateo. Ese canónigo habla más que un sacamuelas.

Los tres se echaron a reír intensificando de esta forma su incipiente amistad. Pero don Pedro, deseando saber más de la vida de sus amigos, volvió a inquirir sobre sus planes más inmediatos.

—¿Y cuándo tomaréis posesión del castillejo?

Ehud, imitando a don Pedro y dándose cierta importancia, contestó:

—Bueno, antes debemos arreglar varios asuntos…

—¿Cuáles son esos asuntos? —interrumpió don Pedro para desventura de su contertulio.

Ehud dudó al principio, pero enumeró varias de las ideas que había discutido en la intimidad con su compañera. El único objetivo: hacer las cosas en un orden lógico y que la toma de posesión no se

convirtiera, a los ojos de todo el mundo, en un atolladero.

—El padre Mateo nos apercibió de que el castillejo se encuentra abandonado desde hace años y el tiempo y las gentes que se han refugiado en él, lo han deteriorado. En primer lugar debemos tomar posesión y comprobar en qué situación está la construcción para contratar a un maestro de obras y reparar los desperfectos que hubiere. Luego tendremos que proveernos del ajuar necesario y por último contratar al personal de servicio, jardinería, cocineros, mozos de cuadra, peones…

A Ehud se le acababa la perorata que había empezado ayudándose de los dedos de una mano para ir enumerándolos. Nunca había visitado un castillo y menos por las zonas nobles; así que sabía —más bien, suponía, imaginaba— lo justo que podía albergar semejante fortaleza. Esther si había visitado, desgraciadamente, el castillo de don Rodrigo, el día que fue a llevarle la espada que su padre había fabricado, y, al menos, tenía alguna idea del personal que podría estar empleado en una fortaleza.

Esther acudió en su ayuda:

—También necesitaremos contratar soldados para la guardia y…

—Os falta lo más importante, doña Begoña —la interrumpió don Pedro.

Esther se turbó pensando que quizá era una broma del hijo del adelantado y disimuló arreglándose uno de los pliegues de su ropa.

—¿A qué se refiere vuestra merced?

Don Pedro se pasó la mano por la barba y por el bigote como si quisiera peinarlo, mientras decía:

—Necesitáis un secretario y un amanuense que os organice cuanto habéis relatado. Y para vos, doña Begoña, un ama que os sirva.

Ehud y Esther se quedaron un tanto parados. No lo habían pensado. Era lógico que unos nobles no se dedicaran a escribir y a organizar. Ellos tan sólo se limitarían a dar órdenes que los demás acatarían y llevarían a efecto.

Ehud salió a defender la postura presumiéndose como conocedor de estos oficios:

—¡Oh! Sí. Por supuesto, don Pedro. Precisamente estábamos pensando en acudir al padre Mateo por si supiera de alguna persona de su confianza, naturalmente, para que realizara estos menesteres.

Don Pedro se giró hacia ellos evitando que su padre oyera la recomendación:

—Quizá yo os pueda ayudar.

Ante la cara de extrañeza de Ehud y de Esther, don Pedro siguió hablando:

—Tengo un amigo que es un gran erudito y que precisamente está a punto de llegar a Murcia. Ha estudiado en la universidad de Salamanca.

—Le quedaremos muy agradecidos.

Don Pedro siguió cuchicheando:

—En el momento que llegue a Murcia os lo presentaré —.Luego añadió—. Y para vos, doña Begoña, la hija de mi ama de llaves puede serviros con dedicación y fidelidad.

—Es usted muy amable, don Pedro.

El hijo del adelantado abundó en la descripción de la criada:

—Se llama Inés y es una joven de quince años, fiel y muy hacendosa. Más tarde os la presentaré.

—¿Más tarde?

—Sí. Cuando acabe esta ceremonia marcharemos a mi residencia, el palacio de los Vélez. Allí tendremos una ceremonia privada de bienvenida a su Eminencia. A la cual están invitadas vuestras mercedes.

—¡Cuánto honor, don Pedro! No sabemos si…

—Será un placer…

La colorida procesión salió por la puerta principal del palacio episcopal para dirigirse a la catedral, distante tan solo unos cientos de pasos. Infinidad de monaguillos, con incensarios unos y con largos hachones otros, ricamente ataviados con sobrepellices de alas, iniciaban el magno cortejo. El nuevo obispo de la diócesis de Cartagena procesionaba acompañado por más de una decena de obispos de las diócesis que habían querido sumarse a la toma de posesión de su nuevo compañero. Entre ellos estaban los obispos de Orihuela, Toledo, Valencia, Tarragona, Sevilla, Burgos, Plasencia, Sigüenza y Segovia. Todos ellos ataviados con sus mitras blancas y los magníficos juegos de pluviales. Junto a ellos, varias decenas de presbíteros y diáconos conformaban la impresionante comitiva que sobre alfombra roja se encaminaba a la puerta principal de la catedral, donde el nuevo obispo sería recibido por el nuncio de su santidad.

El olor a incienso, como símbolo de la oración, pronto cubrió la atmósfera de la plaza y parecía querer purificar a cada uno de los allí presentes por medio del reconocimiento de Dios como única deidad y presente en espíritu en esa emotiva ceremonia.

Una vez llegada la procesión al gran portón catedralicio, el nuncio de su santidad, siguiendo el ritual de las pontificales, se dirigió al administrador diocesano para presentarle al nuevo obispo:

—Os presento al que desde ahora presidirá vuestras celebraciones en esta catedral como obispo de esta iglesia de Murcia: su eminencia

monseñor Bernardino de Carvajal.

Tras el saludo, el deán del cabildo catedralicio ofreció al sucesor de Rodrigo de Borja el *lignum crucis* y agua bendita. Luego, Bernardino de Carvajal hizo profesión de fe y prometió respetar todas y cada una de las costumbres de la iglesia catedral.

A continuación, los tres dignatarios se unieron al cortejo hacia el presbiterio para iniciar la santa misa, seguidos de los religiosos y de los civiles que, después de abandonar la tribuna, se habían unido a la procesión para seguir el culto desde los bancos de la catedral.

Terminada la homilía comenzó el ritual de la toma de posesión con las palabras del secretario del colegio de consultores que leyó las letras apostólicas que contenían el nombramiento. Seguidamente, el nuncio le entregó todos los símbolos obispales. En primer lugar, se acercó y le puso el anillo en el dedo anular de la mano derecha del ordenado, diciendo:

—Recibe este anillo, signo de fidelidad y permanece fiel a la Iglesia, esposa santa de Dios.

A continuación, le ofreció la mitra:

—Recibe esta mitra, brille en ti el resplandor de la santidad, para que cuando aparezca el príncipe de los pastores, merezcas recibir la corona de gloria que no se marchita.

Finalmente, el nuncio hizo entrega del báculo al ordenado:

—Recibe el báculo, signo del ministerio pastoral, y cuida de todo el rebaño que el Espíritu Santo te ha encargado guardar, como pastor de la iglesia de Dios.

Acabada la entrega de los símbolos obispales todos se pusieron de pie y el nuncio invitó al nuevo obispo a sentarse en la cátedra. El ordenado se dirigió hacia el asiento que lo investía como nuevo sucesor de los doce apóstoles en el ministerio de Cristo en la tierra.

Después de este importante requisito, el representante papal en el momento culminante del ritual se dirigió a Bernardino Carvajal:

—De este modo toma posesión de la diócesis de Cartagena.

Ya como nuevo pastor recibió la obediencia del colegio de consultores, el cabildo catedralicio, un religioso y una religiosa, un matrimonio, unos jóvenes y unos niños que representaban las formas de vida del pueblo de Dios. Acto seguido, el salmo noventa y cinco, el salmo procesional, irrumpió en las bóvedas inundando todo el sagrado recinto y extendiendo su monótono sonido más allá de las paredes de la catedral.

El ambiente sacro que allí se respiraba era sobrecogedor. El olor a incienso y a cera, los sonidos del canto, los colores de la liturgia, la fastuosidad del ritual y la simbología del ceremonial formaban un

todo perfecto. Desde el altar mayor, el obispo de la diócesis de Cartagena daba a todos su bendición mientras los sacerdotes, sentados en sus recios sitiales de madera con las manos juntas en el regazo, la mirada perdida y el rostro inexpresivo, cantaban y recitaban los mismos versos que sin duda habían cantado en infinidad de ocasiones:

Venid, cantemos gozosos a Dios,
aclamemos a la Roca de nuestra salvación;
con acciones de gracias vayamos ante él,
aclamémosle con salmos.

Porque Dios es un Dios grande,
Rey grande sobre todos los dioses;
en sus manos están las honduras de la tierra,
y suyas son las cumbres de los montes;
suyo el mar, pues él mismo lo hizo,
y la tierra firme que sus manos formaron.

Entrad, adoremos, prosternémonos,
¡de rodillas ante Dios que nos ha hecho!
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros el pueblo de su pasto,
el rebaño de su mano.

¡Oh, si escucharais hoy su voz!:
«No endurezcáis vuestro corazón como en Meribá,
como el día de Massá en el desierto,
donde me pusieron a prueba vuestros padres,
me tentaron, aunque habían visto mi obra.

Cuarenta años me disgustó aquella generación,
y dije: Pueblo son de corazón torcido,
que mis caminos no conocen.
Y por eso en mi cólera juré:
¡No han de entrar en mi reposo!»

XI. Don Álvaro el erudito

El siguiente paso en la recién estrenada vida del joven matrimonio en el reino de Murcia era conocer y tomar posesión de sus propiedades. Había pasado más de una semana desde que le comunicaron al padre Mateo su deseo de quedarse a vivir en Murcia y la intención de tomar posesión del castillejo. Los dos se estaban acostumbrando a una vida cómoda y relajada que se limitaba a comer, pasear, gozar y dormir. El dinero no era inconveniente alguno y gastaban sin recato. A menudo pensaban en sus vidas anteriores llenas de contratiempos, incomodidades y miserias, pero les asaltaba una terrible duda: hasta cuándo les iba a durar tanta vida muelle. Temían que tan sólo fuera un sueño y que un día se despertaran sobre el suelo de una fría celda acusados de robo de propiedades e incluso de haber asesinado a los verdaderos personajes que ellos representaban.

El primer susto les pilló descansando en su alcoba cuando una mañana el dueño de la posada golpeó suavemente la puerta.

—¡Señor!¡Señor!

—¿Qué ocurre? —preguntó Ehud medio dormido.

—Don Íñigo, abajo le esperan.

Al joven se le erizó el vello. Esther dio un bote en la cama y los dos se quedaron mudos sin saber qué responder. Todos sus temores se agolparon de pronto. ¿Quién sería? ¿Qué buscaba? ¿Les habría denunciado alguien?

La voz del posadero volvió a traspasar la puerta como una aguda punzada.

—¡Señor! ¿Están ahí? ¿Qué le digo?

—¿Le acompaña alguien? —se le ocurrió preguntar a Ehud.

—No, señor.

«Si vienen a detenernos no viene un hombre solo, así que deberá tratarse de alguna equivocación», dedujo Ehud para tranquilizarse.

—¿Señor, le digo algo? —insistió el posadero.

Ehud se armó de valor para que la voz no se le quebrara:

—¡Oh! Sí. Enseguida bajo.

Terminó de vestirse y realizó varias inspiraciones para acompasar su ajetreado corazón. No debería mostrase nervioso delante de nadie sin que hubiera alguna causa aparente. Sería un mal síntoma que el posadero le encontrara asustado. «Esos tipos suelen delatar a cualquiera que les parezca sospechoso para ganarse los favores de los alguaciles», se dijo para sus adentros.

Se ajustó el jubón, miró a Esther con inquietud y abrió la puerta del

aposento. Bajó la escalera con paso firme acompañado por el débil quejido de la madera. En cada escalón notaba que los músculos se le aflojaban por momentos. Al llegar a la planta baja echó un cauteloso vistazo. Observó que en el salón había dos hombres de armas almorzando y hablando entre ellos con voces excesivamente sonoras. Al fondo, un hombre solo sentado a una mesa. «Ese debe de ser», se dijo. De momento el hombre no parecía de los que se jugaban la vida por un plato de lentejas y su rostro no lo surcaba cicatriz alguna. Indicativo de que no era un matón de tres al cuarto ni alguien relacionado con las armas. Al llegar a su altura el hombre se levantó y se dirigió a Ehud:

—¿Don Íñigo de Aransay?

—¿Quién pregunta por él?

—Perdonad la torpeza, señor. Antes debo presentarme. Soy Álvaro de Buenafuente. Amigo personal de don Pedro Fajardo.

De repente, se acordó... ¡Aquel hombre era el secretario que don Pedro le había prometido que le enviaría!

—¡Ahhh! Ya recuerdo. Don Pedro me habló de un amigo suyo que había cursado en Salamanca.

—Así es.

Luego, el recién llegado realizó una reverencia en señal de sumisión:

—A su servicio, don Íñigo.

El descubrimiento le relajó en demasía y a punto estuvo de sentarse fuera de la silla y caer al suelo. Los dos se acomodaron y por unos instantes se estudiaron con disimulo y dedicación. Don Álvaro era joven, no debía de tener más de treinta años, sus facciones eran agradables, casi aniñadas. Era de piel muy blanca y las manos finas con largos dedos. Su dicción, pausada y culta. Vestía elegantemente, pero sin excesivo lujo. De su hombro colgaba una especie de zurrón.

En ese preciso instante, Ehud temió quedar en evidencia por su manifiesta ignorancia. Decidió, venido el caso, exponer todas sus cartas desde el principio. Con semejante erudito no podía ocultar su ignorancia ni aparentar saber lo que no sabía ni había estudiado en su vida.

Don Álvaro rompió el hielo:

—Su merced dirá en qué puedo servirle.

—Necesito una persona versada en letras y en cálculo para que ejerza como secretario particular…

—Entiendo, don Íñigo…

Después le hizo una pregunta que solían hacerle a él cuando iba a pedir trabajo.

—¿Qué experiencia tiene en el oficio?

Don Álvaro se retrepó en el asiento y comenzó su explicación:

—Como ya sabe su merced, cursé mis estudios en la universidad de Salamanca, en la que tuve como profesor y más tarde como rector a don Bernardino de Carvajal…

—¡Caramba! ¿El nuevo obispo? —interrumpió Ehud.

—Cierto. Don Bernardino se graduó en artes y teología. Es un personaje muy culto, además de virtuoso, elocuente y habilidoso en los negocios de la curia.

El posadero se acercó con prudencia a dos pasos de la mesa para preguntar si deseaban tomar alguna cosa. Ehud le miró. ¿Para qué se muestra tan recatado cuando lo he pillado escuchando detrás de las puertas en varias ocasiones?

Don Álvaro se adelantó:

—Por favor, traiga una jarra de vino. Pago yo.

El posadero se alejó dando traspiés pues era cojo del pie derecho. Al momento y antes de que los dos jóvenes reanudaran la conversación, depositó encima de la mesa una jarra de vino y dos copas. Una vez se hubo retirado, don Álvaro siguió con su exposición:

—Como le decía, después de terminar mis estudios estuve en Palencia, empleado en la casa del marqués de Nava en donde ejercí como secretario particular de su excelencia hasta que falleció. Hace ahora tres años.

A Ehud, esa información le produjo un escalofrío a la vez que intriga por saber cómo había muerto el anterior empleador de la persona que tenía delante. «Quizá le delató por alguna causa y el marqués dio con sus huesos en la cárcel para luego ser ajusticiado», pensó de repente. Luego preguntó:

—¿Como murió?

—Fue una larga enfermedad. Tenía 83 años.

Ehud, más desahogado, escanció dos generosas copas de vino y su contertulio levantó la suya.

—¡Que Dios lo tenga en su gloria!

—¡Por nosotros! —respondió Ehud.

Después de que apuraran las dos copas, don Álvaro continuó:

—Más tarde, recomendado por don Juan Chacón, pasé a ejercer en la corte. Allí conocí a su hijo don Pedro, con el que trabé una buena y saludable amistad y solía acompañarlo a diversas fiestas. Bueno, su merced ya sabe…

Ehud correspondió a la sonrisa cómplice que don Álvaro le había marcado y le dio la razón sin saber, exactamente, qué había querido decir el erudito:

—¡Oh! ¡Sí! ¡Por supuesto!

Tomaron un trago antes de que Ehud volviera a hablar:

—Me decía su merced que había trabajado en la corte…

—Así es.

—¿Y de qué trabajo se trataba? —inquirió extrañado.

Don Álvaro, con despreocupación, se cruzó de piernas y tomó la jarra, con la que jugueteó sobre la mesa, mientras contestaba:

—Me contrataron para elaborar un censo de los judíos empadronados en los reinos de Castilla y Aragón. Posteriormente, fui destacado para trabajar junto al inquisidor general Tomás de Torquemada en la elaboración del borrador del edicto de expulsión de los judíos.

Al escuchar aquellas palabras, ni mil bueyes que hubieran pasado galopando sobre la cabeza de Ehud le habrían dejado tan trastornado. Torpemente tomó la copa de vino y trató de aclararse la garganta, pero con tan mala fortuna que se atragantó lo que le produjo una sonora, continuada y angustiosa tos. Luego intentó disculparse, pero las palabras no salían de su boca.

Don Álvaro, que, afortunadamente para Ehud, se había tomado aquel malestar momentáneo de su contertulio por otro camino, le dio un consejo:

—Beba despacio, don Íñigo. Conocí a un noble en Burgos que murió en una fiesta atragantado con un trozo de pollo.

Inquisición, Torquemada, edicto, nobles, muerte, vino, pollo… todas las palabras que había pronunciado el secretario giraban en torno a su cabeza presionándolo sin piedad. De tanto toser su tez adquirió un color rojizo y los ojos vidriosos llamaron de nuevo la atención de don Álvaro. Los otros dos hombres giraron la cabeza para averiguar cuál era la causa por la que aquél hombre se estaba ahogando.

—Tranquilícese, don Íñigo, respire pausadamente y la tos desaparecerá.

Poco a poco la incómoda y sonora tos fue remitiendo. El color carmesí abandonó sus mejillas sustituido por una tez sonrosada y su voz adquirió el tono habitual, aunque un poco afónica.

—¡Lo siento, don Álvaro! He estado a punto de asfixiarme con un simple trago de vino.

—Será mejor que demos un paseo. El aire fresco le hará bien.

Ehud, deseando dejar aquella silla y aquel entorno, alabó la sugerencia.

—Excelente idea. Vayamos.

El secretario se levantó y dejó sobre la mesa varias monedas. Luego

recogió del respaldo de la silla una pequeña talega de cuero que, pasándosela por la cabeza, colgó del hombro. Ehud, de forma indiscreta, preguntó por el contenido de tan pequeña bolsa.

—Apenas hay sitio para guardar algo…—comentó.

Don Álvaro miró confundido la talega:

—¡Ah! Bueno, sí… Siempre me acompaña.

—¿Y qué se puede guardar en tan minúsculo espacio?

El secretario sonrió.

—Son —diría yo— mis herramientas de trabajo.

—¿Herramientas?

—Eso es—. Luego especificó—: Unas lentes, regalo de mi maestro antes de morir, una brújula que compré a un marino aventurero en un viaje que hice a Cádiz y útiles de escritura: pluma, tinta y papel.

—¿Lentes… una brújula?

El erudito volvió a sonreír con benevolencia:

—Exacto. La lente es un artilugio que sirve para leer cuando la vista se desgasta por el paso de los años y la brújula es un aparato que se utiliza para determinar el norte de la Tierra.

Ante la cara de extrañeza y de incredulidad de Ehud, el secretario le prometió que se las mostraría más detenidamente.

Por la margen derecha del rio Segura pasearon y descansaron a la sombra de algunos árboles. Los niños jugueteaban en la ribera a la vista de las madres y criadas que les lanzaban sonoros gritos cuando se alejaban más de lo debido. Algunos volvían llorando y quejándose de algún porrazo. Las sirvientas aprovechaban esos días para verse furtivamente con sus pretendientes que las aguardaban y cortejaban en los jardines. Las damas también procuraban cruzarse, de modo aparentemente casual, con el amante y, bajo alguna artimaña previamente estudiada, señalar una cita.

El día era soleado e invitaba al asueto y al descanso, pero en la mente de Ehud el tiempo galopaba. Debía contratar al secretario para que le ayudara a realizar todos los planes inmediatos para poner en funcionamiento el castillo, su nueva morada. Pero llevado por ese afán cometió un error.

—Bueno, don Álvaro, me parece usted una persona diligente y afable y, con la recomendación de don Pedro, no me queda más remedio que contratarle.

El secretario se paró en seco y lo miró extrañado:

—Don Íñigo, queda un aspecto importante por debatir.

—¿Cuál es? —inquirió confuso.

—Mis emolumentos.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Tendremos que pactar la cuantía de mis honorarios.

Ehud se encontró pillado como un tonto. Nadie contrata a nadie sin pactar en primer lugar un sueldo.

—Tiene razón, don Álvaro. Aunque no creo que eso suponga impedimento alguno.

No tenía ni idea de cuál era el sueldo idóneo para ofrecerle a don Álvaro. No podía ofrecerle una miseria o, por el contrario; un sueldo excesivamente alto. Entonces se le ocurrió una estratagema para salir del atolladero.

—¿Qué le parece la media de las cantidades percibidas en sus dos últimos

trabajos?

Don Álvaro se quedó pensativo por un instante. A buen seguro estaba haciendo un cálculo mental para obtener una cifra que resolvió de inmediato:

—Acepto —. Dijo y añadió —. Más comida y alojamiento.

—Está bien, don Álvaro. Está usted contratado.

Se dieron la mano y al secretario se le escapó una invitación sin acordarse del mal trago pasado por Ehud hacía tan sólo un rato:

—Vayamos a celebrarlo a ese mesón de ahí enfrente.

—Esta vez no me atragantaré —soltó Ehud con una sonrisa en sus labios y un ruego oculto: «Que no me vuelva a hablar de judíos, de inquisición o de muertos».

XII. Los jardines del rey Lobo

A primera hora la oscuridad nocturna se dejaba seducir por la claridad matutina que rompía en el horizonte. Al pasar cerca de la catedral oyeron cómo los apagados y monótonos cánticos de laudes traspasaban los gruesos muros del templo. Cruzaron el arrabal de la ciudad por su lado este y tomaron el camino del castillejo de Monteagudo, distante unas cuatro leguas del centro de la ciudad. Ehud y Esther viajaban en una carreta nueva tirada por dos hermosos caballos que habían comprado hacía dos días en el mercado. A un lado, don Álvaro cabalgaba a lomos de un tordo español bastante vulgar.

La joven pareja iba a enfrentarse a su realidad más cercana; la toma de posesión de su propiedad. Al mismo tiempo evaluarían los trabajos necesarios para la recuperación del castillejo, que se suponía bastante deteriorado. Para ello, el secretario había contratado dos artesanos. Un leñador y un maestro cantero, amigo y discípulo del que trabajaba en la capilla a las órdenes de don Juan. La misión de los dos maestros ese día era estudiar, sobre el terreno, las necesidades de albañiles, carpinteros y canteros; así como los materiales que harían falta para la restauración de la fortaleza.

Habían cubierto la mitad del camino cuando a lo lejos divisaron, en lo alto de un escarpado altozano, la silueta del castillejo recortada entre la bruma que empezaba a disiparse. Ehud tiró de las riendas y se sobrecogió al observar la grandeza de la construcción. Era un castillo imponente e inexpugnable. A su lado, Esther permanecía callada observando las reacciones de Ehud y de don Álvaro que, apoyado en el fuste de la silla, lanzó una exclamación:

—¡Demontre! Es toda una fortaleza.

Con la vista fija en ella siguieron avanzando hasta llegar a la misma base del cerro. Desde allí volvieron a observarla y la encontraron aún más impresionante. Parecía que sus muros de piedra eran la continuación del altozano y se elevaban con precisión y grandeza hasta tocar las nubes que ensombrecían, pasajeramente, la robusta construcción.

Iniciaron la penosa subida por el estrecho camino que rodeaba la colina hasta llegar a la puerta principal orientada al sur. La puerta, que en su día la conformaban dos enormes hojas de madera reforzadas por planchas y remaches de hierro, estaba completamente destruida. Algunos trozos de madera todavía pendían del esqueleto metálico, cuyos goznes aún se mantenían unidos a la piedra. Otros maderos ennegrecidos, que habían servido para alimentar hogueras, se

encontraban diseminados por la planicie de la entrada.

El recio arco de piedra que la sustentaba estaba desnudo y ofrecía el paso expedito a quien quisiera adentrarse. Ehud, al traspasarlo, en vez de exhalar un suspiro por haber logrado llegar hasta allí indemne y en compañía de Esther, pensó en las luchas que allí tuvieron lugar y en la cantidad de veces que cruzaron esa puerta feroces guerreros armados hasta los dientes.

Una vez dentro de la fortificación comprobaron que el sepulcral silencio reinante les imponía respeto. Una fresca brisa empezaba a jugar al escondite entre los huecos de las puertas y ventanas que se asomaban al vacío y Esther se estremeció.

Subieron hasta lo más alto de uno de los torreones. Desde allí se apreciaba una vista inigualable, un regalo para los sentidos. Mirando al sol naciente, la incipiente luz matutina que jugaba con azules, naranjas y amarillos anidaba una sensación de sosiego y tranquilidad difícil de explicar.

Ehud admiró la previsión de los constructores del castillo, pues el promontorio sobre el que se elevaba dominaba, en una distancia de varias leguas, la ajedrezada vista de arboledas y huertos. Un eficiente sistema de regadío, reluciente como una serpiente clara y cristalina, recorría todas las fincas filtrando su frescor y riqueza.

Luego dirigieron la vista hasta el interior del castillo. Desde esa altura se observaba claramente que la fortaleza era un recinto rectangular reforzado por fuertes torreones cuadrangulares, acogiendo en su interior estancias palatinas. Estas estancias se organizaban en torno a un patio de crucero con sendas albercas en los lados menores. Junto a ellas se localizaban los salones nobles. El andén transversal, que unía las salas de los lados mayores, era más ancho para facilitar la circulación interna del palacio. Los torreones situados en el centro de cada lado y unidos entre sí por los andenes del patio, hacían las funciones de mirador.

El primero que rompió el sepulcral silencio fue don Álvaro con una somera explicación:

—Como podrán observar, el patio y las estancias en torno a él, responde a un tipo de almunia palatina de larga tradición en el mundo islámico.

A Ehud le vino de inmediato un pensamiento que, si no fuera por las dramáticas circunstancias vividas por él mismo, sería una buena sesión cómica de las que, junto con su hermano Ariel, exponían y representaban en las plazas de los pueblos. «Un judío que se hacía pasar por cristiano y que vivía en un palacio árabe»

El secretario continuaba paseando por los andenes de los torreones

precediendo a Esther y a Ehud, que les seguían muy atentos escuchando cuantas historias relataba el erudito.

—Los árabes siempre pretendían en sus palacios la recreación de sus paisajes orientales. Aquí se funden la recreación del oasis y la evocación del paraíso, con abundante vegetación y agua, rodeado por jardines, albercas y pequeñas estancias de recreo.

Esther alabó las excelentes ideas de los anteriores propietarios:

—Desde luego, los árabes lo planeaban todo muy bien. Hay que reconocer que son magníficas ideas. ¡Tener un oasis dentro de tu casa!

Viendo Esther que el manantial era feraz, la inacabable curiosidad femenina siguió su camino:

—¿Quién construyó este palacio?

Conforme recorría el perímetro superior, el secretario siguió relatando la historia de un reyezuelo independiente que, allá por el año 1.145, mantuvo en jaque a los almohades.

—La historia cuenta que fue construido por orden de Ibn Mardanis, llamado por su valentía y coraje, el rey Lobo, quien también mandó construir asombrosas alcazabas y grandes paseos y jardines en la capital.

—Entonces estos son los jardines del rey Lobo.

—Así es, doña Begoña. También mandó construir…

La voz de don Álvaro se hizo monótona en sus oídos, y la mente de Esther, poco a poco, fue ocupada por agradables y placenteros pensamientos que brotaban como una cascada. Se imaginó el patio fresco y colorido por los arriates que lo engalanarían junto al azul cristalino de las aguas. El vivaz sonido del chorro del agua al caer en el estanque alegraría las veladas. Las cortinas de seda volando con la suave brisa. Multitud de sirvientes elegantemente vestidos, recorrerían los pasillos. Cocineros, jardineros, lavanderas, mozos de cuadra, todos esperarían sus órdenes antes de empezar las fiestas durante las cuales se darían cita las autoridades y nobles de la ciudad. Las mesas estarían primorosamente engalanadas con flores de los jardines privados; sobre ellas, los criados depositarían los mejores manjares que se hubieran degustado en la ciudad desde hacía mucho tiempo.

Esther jamás se había sentido tan bien. Respiró con fuerza el aire fresco y volvió la cabeza. Don Álvaro se había asomado a uno de los torreones y le indicaba algo a Ehud:

—¡Mire, mi señor! Por allí suben el maestro cantero y el leñador.

Los cinco se reunieron en el centro del patio de crucero. Después de las presentaciones los maestros desaparecieron por el interior del fortín para tomar conciencia del estado de cada una de las estancias y del estado general del castillo. Deberían elaborar un detallado informe

de las obras a realizar, que el secretario valoraría y presentaría a don Íñigo para su aprobación.

Esther se adentró en el patio de crucero y comenzó a recorrer los aposentos uno por uno. Aparecían sucios y llenos de excrementos de animales, plumas, mechones de pelo, piel y huesos. Algún zorro se dio allí un buen festín al cobijo de los recios muros de piedra. Durante el recorrido, Esther, *in mente*, distribuyó las estancias que se encontraban justo enfrente del gran salón que dominaba todo un lateral del patio. La más grande y con hogar sería para ellos. Justo al lado, otra más pequeña sería para su futuro hijo.

Al cabo de dos semanas se trabajaba sin descanso en el castillejo de Monteagudo. La noticia de que los dueños y señores del castillo se hallaban en Murcia había corrido como la pólvora y fueron numerosos los peones que se llegaron hasta allí para demandar al secretario un puesto de trabajo en las obras. Otros, sin embargo, se acercaron para presentarse y rendir pleitesía a don Íñigo. No era conveniente mostrarse descortés con el dueño y señor del castillo que los protegía.

El leñador y sus hombres habían estado trabajando en los alrededores, descubriendo y talando pinos. En primer lugar, desmochaban toscamente la madera para hacer gruesas planchas de andamiaje. Otras veces hacían plantillas para guiar a los canteros y a los albañiles. Los mejores troncos se apartaban para hacer vigas de tejado.

Los canteros, que eran los obreros más rudos, pues necesitaban más músculo y menos habilidad, trabajaban al pie del mismo cerro por indicación de Tomás, el maestro cantero. Era un hombre de mediana estatura, de cabeza redonda y cabello ralo y escaso. Hablaba poco y sólo con la mirada dirigía a los obreros. Después de un prolongado estudio del cerro, había dispuesto que una ligera pendiente en la base del altozano, que podía ser escalada con facilidad, fuese el punto de partida para empezar a minarla y sacar de ahí los primeros bloques cuadrangulares de piedra. De esta forma obtendría la piedra a pie de obra y también eliminaría el plano inclinado.

Los peones retiraban los bloques con sogas y por medio de rampas los subían a los carros. Debían calcular muy bien el peso porque la cuesta hasta el castillete era muy pronunciada y corrían el riego de romper el carro o de matar a las bestias. Una vez los bloques al pie del lugar donde iban a ser colocados, los lados eran perfeccionados por los albañiles para que encajaran perfectamente en el hueco.

Para que los canteros pudieran trabajar en un lado del cerro cortado a pico, Benito, el maestro de los leñadores, mandó construir un andamiaje de más de treinta y cinco pies de altura que facilitaría

las labores de varios canteros a la vez. El maestro era un hombre de carácter bonachón, baja estatura y algo regordete, pero sus brazos eran cortos y recios como el hierro. Era capaz de cortar un pino de cierto porte de un solo hachazo.

El suministro y afilado de los zapapicos, azadones, escoplos, martillos y demás herramientas corría a cargo de maese Andrés, el espadero que visitaron al llegar a la ciudad. Los dos jóvenes estaban seguros de que, si los volvía a ver, no podría reconocerlos como los pobres jóvenes que visitaron su taller.

Entre los leñadores, canteros y albañiles había padres, hijos, hermanos, tíos y sobrinos. Familias enteras, incluso de fuera de Murcia, habían acudido a buscar faena. Por lo general los grupos familiares cumplían bastante bien. Se esmeraban en el trabajo y a la vez solían hacer apuestas entre ellos; para ver qué familia cortaba más troncos, preparaba o pulía más bloques de piedra. Esa libre competencia redundaba en beneficio del dueño porque se trabajaba más y mejor.

Los carpinteros se dedicaron a cortar madera para fabricar las puertas de cada una de las dependencias y el robusto mobiliario que decoraría las lujosas estancias. Por otro lado, los jardineros se afanaban en subir carros repletos de buena tierra de campo para suplementar las terrazas y llenar los jardines. Por deseo expreso de Esther, serían plantados con las más bellas y exóticas flores.

Durante esos días, toda la energía intelectual de don Álvaro se concentraba en la planificación de la restauración del castillo. Había días que se levantaba antes del alba y permanecía en la obra hasta el anochecer, incluso comía allí.

Al comenzar los trabajos, y para ahorrarle idas y venidas a la ciudad, Ehud había alquilado, al pie del castillo, una casa de campo para que don Álvaro pudiera descansar por la noche. Toda la casa había sido encalada, adecentada y amueblada por orden de Ehud. Era pequeña, disponía de dos habitaciones, una cocina con hogar, jardín delantero y un patio lleno de aperos de labranza y herramientas. En una de las habitaciones, habilitada como despacho, recibía durante el día a los nuevos operarios que contrataba. Al caer el sol debatía con los maestros los precios de los materiales que debía comprar y cualquier incidencia de las obras.

El trabajo acumulado llegó a ser tanto que don Álvaro se vio obligado a contratar también a un joven amanuense para que plasmara por escrito todo cuanto acontecía; presupuestos, contratos, asientos económicos e informes.

Las obras ocuparon más de tres meses y no fueron pocos los

quebraderos de cabeza que hubieron de soportar tanto el joven matrimonio como el secretario. Aparte de los problemas derivados de las obras y el considerable gasto económico, dos graves sucesos se sumaron a la compleja lista.

Dos obreros sufrieron sendos accidentes y resultaron muertos. El primero sucedió a los pocos días de empezar los trabajos. A un cantero le cayó un bloque de piedra encima del pecho y lo aplastó. El otro suceso ocurrió cuando las obras estaban a punto de finalizar. Un carpintero se despeñó al vacío por una de las ventanas.

Enterado de lo acontecido, Ehud se negó firmemente a indemnizar a las viudas. Al parecer, las dos muertes habían ocurrido por la negligencia de los operarios, pero don Álvaro aconsejó a su señor que lo conveniente era pagar y evitar comentarios sobre todo entre los nobles y entre los habitantes de los alrededores del altozano. Ehud, como buen judío, se resistía a doblegarse en lo tocante a su peculio.

Una noche, después de que el amanuense abandonara el despacho, Ehud y el secretario continuaron reunidos debatiendo los últimos detalles de las obras. Al poco, oyeron unos ruidos por los alrededores de la casa. Los dos se miraron extrañados pues no era hora de visitas. La mayoría de los obreros y de las gentes del pueblo, a buen seguro, estarían durmiendo.

—¿Quién será? —preguntó Ehud con voz queda.

—No lo sé, señor. Quizá algún animal.

—¿De cuatro patas o de dos? —inquirió jocosamente Ehud.

Don Álvaro se levantó y aguzó el oído.

—Lo más probable es que sean rateros en busca de algo que les sirva para vender o para adecentar sus casas.

De repente, don Álvaro colocó su dedo índice en posición vertical sobre los labios. Se acercó a la puerta y apoyó la oreja en la madera. Luego la abrió con violencia, sujetó a alguien por las ropas y lo arrojó al interior de la casa. Ehud se levantó y desenvainó con presteza su espada para descargar un golpe sobre el intruso en el caso de que presentara resistencia, pero observó que vestía ropas de mujer y que lejos de revolverse contra su agresor, permaneció inmóvil.

—¡Por todos los diablos! ¿Quién eres? —preguntó Ehud.

Don Álvaro ayudó a la mujer a levantarse. Cuando le apartó el pelo y la capucha que la embozaba descubrió su cara. Los dos comprobaron atónitos que se trataba de una joven y que detrás de aquellos siniestros ropajes y de la suciedad de la cara, se configuraba el rostro y el cuerpo de una hermosa mujer.

—¡Don Íñigo te ha preguntado quién eres! —exclamó don Álvaro con violencia.

La intrusa se turbó. Un miedo cerval le cerraba la boca del estómago. Seguía encogida y muda, por lo que el secretario la traqueteó para que reaccionara.

—¡Vamos, responde!

Por fin, la joven balbuceó unas palabras ininteligibles. Entonces Ehud envainó su espada y se volvió a sentar. El secretario cerró la puerta y los dos se dispusieron a interrogar a la mujer que temblaba de forma notoria.

—No temas. No te haremos daño —precisó Ehud.

Por fin, la mujer levantó la cara y sus ojos claros se clavaron en los de Ehud. Parecía querer implorar algo, pero no se atrevía. Era la primera vez en su vida que Ehud se sentía superior a alguien y que podía decidir sobre ella y su vida. Era una sensación nueva y extraña. Pero súbitamente sintió asco de sí mismo y pensó en las numerosas veces que se había sentido como esa pobre mujer, como un vil gusano arrastrándose por el suelo, esperando una pizca de comprensión.

Entonces, Ehud se percató de que empezaba a comportarse como un sucio tirano y un profundo remordimiento inundó su interior:

—Tráele una jarra de agua fresca —ordenó al secretario.

Después, se dirigió a ella:

—Siéntate y dime a qué has venido. ¿Venías a robar?

La mujer, después de un largo trago de agua, negó con la cabeza violentamente.

—¿Te escondes de algo o de alguien?

Volvió a negar.

—Entonces, dime quién eres.

La mujer se pasó la bocamanga del vestido por la nariz y sorbió con ruido. Luego se enjugó las lágrimas.

—Soy la viuda de Juan Muñoz, el carpintero.

Ehud lanzó al secretario una mirada inquisitoria. No sabía de quién hablaba. El secretario puso cara de condescendencia y se ayudó de las manos para contestar a su señor:

—Don Íñigo, Juan fue el carpintero que murió en la obra.

—¿Y… qué quieres? —la sondeó Ehud.

Con una voz apenas perceptible, la mujer contestó:

—Señor, vengo a imploraros piedad para mí y para mi hijito recién nacido.

No mentía. La mujer, aunque delgada, poseía unos generosos pechos plenos de leche. Sin duda amamantaba al pequeño. Pero aquella extraña palabra que acababa de oír y que venían a pedirle era la misma que él, su hermano, Esther y todos los judíos habían estado demandando a lo largo de su existencia y nadie se la había procurado.

Habían sido humillados, asaltados, apaleados e incluso asesinados en nombre de la iglesia católica y en el nombre de Dios. Ahora, en esa silla, con una espada en el cinto y una mujer rogándole piedad sentía lo que era el poder y podría descargarlo con toda su fuerza sobre aquella pobre gente carente de recursos para sobrevivir. Esa sería parte de su venganza contra el pueblo cristiano que les había obligado a exiliarse y que era el causante de todos sus males e incluso de la muerte de su hermano Ariel. «¡Cuánto ha cambiado la vida!», pensó al instante.

—¿Has dicho piedad?

La mujer, entre llantos y suspiros, dijo:

—Señor, mi marido era el único que aportaba dinero a mi casa, para mí y para mi hijito. Ahora no tenemos nada. Moriremos de hambre.

Ehud miró a Álvaro, después a la mujer y de nuevo al secretario. Estaba meditando qué hacer con aquella mujer y sus posibles consecuencias. Una idea le rondaba. Estaba seguro de que, si accedía a indemnizarla, la mujer del cantero no tardaría en enterarse de lo sucedido y también reclamaría su parte. Aquello no era una buena idea.

El secretario, comprobando que su señor andaba bastante confuso, se acercó y le habló al oído:

—Señor, si me permitís…

—Hablad, don Álvaro.

—Creo que no es conveniente que en estos momentos se eche al pueblo encima. Por algunos maravedíes pueden quedar contentas ambas familias y su fama se acrecentará como hombre cumplidor y piadoso. Tenga en cuenta su merced que, en algún momento, puede necesitar a la población para la defensa del castillo y de sus intereses.

Mientras la mujer lo miraba con una inmensa pena, Ehud se quedó con la mente en blanco y los ojos apuntando al techo. Meditaba tan trascendental desenlace. Al cabo de un rato de intriga para el secretario, que quería evitar que su señor iniciara con mal pie su estancia en el castillo, le dirigió la palabra:

—Está bien, don Álvaro. Creo que tiene razón y que me ha aconsejado justamente. Págueles lo perteneciente por ley a ella y a la otra viuda.

—Se hará como ha ordenado, señor.

La mujer se levantó y se postró a sus pies besándolos y lanzándole todo tipo de bienaventuranzas y de parabienes. Ehud, en ese momento, se sintió extraño.

XIII. El soldado manco

Era primavera. El sol radiaba y las flores hermoseaban los jardines. Un agua azul y cristalina recorría los canalones del patio y el fresco chapoteo del chorro sobre los estanques alegraba el día. En uno de los torreones, la señora del castillo había mandado construir una enorme pajarera donde tuviera cabida todo tipo de aves. Perros, gatos y hasta un pequeño venado también deambulaban por los jardines y torreones sin restricción alguna. Una bandera con el emblema de Castilla ondeaba en lo más alto. Junto a ella, otra insignia más pequeña con el blasón de los Aransay.

Más de veinte criados perfectamente uniformados que habían sido contratados por don Álvaro para atender todas las necesidades del castillo, pululaban por las distintas estancias, cada uno con su cometido. Pero aún faltaban por contratar quince o veinte soldados para que ejercieran las labores de guardia y defensa.

Para esos puestos se habían presentado a don Álvaro numerosos hombres cuyo aspecto ya dejaba mucho que desear. Entre ellos, pendencieros, maleantes y sanguinarios de espada fácil; pero don Álvaro los había rechazado porque más que guardar y defender, esos hombres eran capaces de robar, violar y asesinar incluso dentro de los muros del castillo.

Don Álvaro, por su experiencia en la corte, pretendía contratar a soldados veteranos que actuaban como mercenarios en las guerras y en épocas de paz se alquilaban por unos cuantos maravedíes en trabajos de poco brillo, a menudo en calidad de esbirro por cuenta de otros que no tenían los arrestos para dirimir sus propias pendencias. Por regla general, deudas de juego, pleitos, allanamientos de morada y ajustes de cuentas por alguna que otra disputa amorosa. Para ello, debía desplazarse a la vecina ciudad de Cartagena a donde, casi todos los meses, acudían soldados para embarcar con destino a Venecia, Nápoles, Génova y Sicilia, enrolarse en sus respectivos ejércitos y combatir bajo banderas extranjeras.

Ehud y su secretario salieron a caballo camino de la ciudad portuaria antes de que las campanas de la catedral tocaran a laudes. En la sierra de Carrascoy pararon para almorzar en la venta de la Virgen, que el trajinero Juan Ruiz levantó sobre unos terrenos que el concejo había tenido a bien cederle, precisamente, para prestar asistencia a los viajeros que se dirigían hacia Cartagena y su campo.

A pesar de la amenaza de los jinetes oriolanos que se dedicaban a saquear, a robar y a cautivar por esos lares, completaron el camino sin

incidencias. Pasada la hora tercia atravesaron las grandes puertas de la ciudad por su lado este y se dirigieron hacia la dársena. Allí estaban seguros de obtener una buena información.

Sobre el pretil del muelle las gaviotas, en temerarios vuelos rasantes, robaban el pescado que unos pescadores habían desembarcado en cestos para transportarlo a la lonja. Varios navíos de carga, lentamente maniobraban para atracar entre voces y gritos. Marineros, patrones, aseguradores de carga, borrachos, soldados y rameras deambulaban por los muelles. El olor a pescado asado y las columnas de humo les marcaron la posición de dónde se encontraban las tabernas. Por fin, los dos forasteros decidieron entrar y preguntar en una de ellas.

Era pequeña, de madera y un ambiente enrarecido que apestaba a sudor, alcohol y humo les golpeó en las narices nada más abrir la puerta. La clientela del tugurio era tan pintoresca como el elenco de un romance de ciego. Había borrachos, falsos tullidos, pendencieros y viejos marinos que se enriquecían con un tráfico importado de los mares del sur. La inesperada visita llamó la atención de los numerosos clientes que en ese momento atestaban el garito. Los murmullos se apagaron y las miradas se centraron en quienes acababan de entrar para averiguar qué ocurría.

Ehud y don Álvaro se acercaron a la grasienta barra para preguntar al tabernero, pero él se les adelantó:

—¡Qué desean! —espetó con voz áspera.

A buen seguro que al tabernero no le gustaban esas visitas. Siempre llevaban aparejadas funestas consecuencias para su negocio.

—Señor, buscamos soldados para contratar —contestó el secretario.

El tabernero, con malos modales, sentenció:

—Aquí no hay, y… ¡Váyanse!

Salieron de la tasca un tanto cabizbajos. Estaban convencidos de que aquello sería mucho más fácil. Para deliberar cuál iba a ser su siguiente paso se detuvieron junto al muelle, justo cuando el chirrido de la puerta de aquel tugurio les indicó que se había abierto de nuevo. Por ella salió un hombre, alto, corpulento, manco del brazo derecho, de aspecto desaliñado y con barba de varios días.

—¿Buscan soldados? —inquirió.

Extrañados, se volvieron para mirar al sujeto.

—¿Les interesa saber donde pueden encontrarlos? —insistió.

—Sí. ¡Claro que sí! —afirmó el secretario.

Entonces el hombre se acercó. Una vez frente a él percibieron su pestilente hálito.

—Eso le costará cinco monedas. Una por cada dedo de la mano que

perdí —exigió el hombre.

Don Álvaro sabía que aquél era un precio excesivo para una información, pero sacó la bolsa y la hizo sonar. Los ojos del menesteroso se fueron directamente al lugar de donde provenía el agradable tintineo.

—Están en el viejo almacén de grano —indicó, para luego detallar —: A una legua de aquí.

El secretario, con curiosidad, preguntó:

—¿Qué hacen allí?

—Están refugiados. Perdieron el barco para viajar a Nápoles y ahora deben esperar al próximo, que saldrá dentro de un mes. Habrá soldados que no quieran esperar tanto tiempo.

—Está bien. Iremos.

—Vamos. Págale —ordenó Ehud de inmediato.

Don Álvaro, se giró y le habló al oído.

—Lo más seguro es que nos haya mentido. Le daré dos monedas ahora y las otras tres a la vuelta.

El hombre, seguro de la desconfianza generada, le contestó:

—Yo nunca miento, señor. Perdí el brazo durante la toma de Granada por defender a Castilla y a mi rey —. Luego, henchido de orgullo, dijo—: Yo era soldado de los tercios reales.

A pesar del pésimo aspecto físico, los ojos de aquel hombre cansado y herido en lo más íntimo, destellaban lealtad. Ehud, acostumbrado a tratar con la gente de la calle, lo percibió.

—Vamos, págale. Me fio de él.

—Como su merced ordene.

Cuando con paso rápido se dirigían hacia el viejo almacén, el hombre les voceó:

—¡Les esperaré aquí, por si me necesitan!

Entonces don Álvaro, aconsejado por su señor, se volvió y gritó:

—Venga con nosotros.

El hombre aceleró el paso y se colocó a unos prudentes cuatro pasos por detrás de ellos, pero al llegar al almacén fue el primero en entrar. Una vez dentro se dirigió a sus benefactores.

—¡Aquí están!

Ehud y su secretario cruzaron el umbral para reunirse con el soldado manco. Antes de llegar hasta él, don Álvaro preguntó a su señor:

—¿Cómo sabremos quiénes son los mejores?

Entonces, Ehud tomó el mando y la decisión:

—Contrátalo primero a él. Luego que los elija uno a uno.

—Señor, si tiene un aspecto de…

—Me parece que su actitud es noble. Nos servirá como jefe de la guarnición.

—¡Pero… si es manco!

—A pesar de tener un solo brazo no podrías vencerle…

—No se enfrentará a personas como yo. Lo hará con gente de armas, curtida y marrullera en la lucha.

Ehud señaló con el brazo y afirmó:

—Estoy seguro de que ninguno de los que hay aquí puede vencerle. Es capaz de descrismar a cualquier hombre al primer golpe.

El secretario llamó al manco para hablar con él. La mayoría de los soldados se levantaron expectantes ante la sospecha de estar frente a dinero fresco. Don Álvaro, sin más preámbulo, le soltó:

—¿Quiere usted trabajar como jefe de la guarnición para don Íñigo de Aransay?

Los ojos del soldado se abrieron como platos ante semejante proposición.

—¿Señor, no se ha fijado en mi mutilación?

—Confiamos en su veteranía y en su lealtad.

Aquella frase le llenó de orgullo y de emoción. Era la única ráfaga de aire fresco que había tenido en los últimos meses de su vida. En sus ojos se adivinó su agradecimiento.

—Pueden estar seguros de ello. Mi nombre es Diego de Rivas. Soldado de infantería.

—Ahora, elija, entre ellos, a los veinte mejores.

Había más de ochenta soldados mal vestidos, apestando a orines y a vino arracimados en el suelo. Cuando corrió la voz de que Diego de Rivas iba a escoger a varios de ellos, todos se levantaron y avanzaron hasta colocarse enfrente de sus futuros patronos. El solo aspecto de esos soldados daba miedo. «Será espantoso verlos corriendo con las armas en la mano y espoleados por el deseo de lucha y el ardor del vino y de la batalla», pensaba el secretario, cuando la voz seca y profunda de Diego de Rivas empezó a escupir nombres:

—Fernando de Escondrillas y Gómez, Manuel Escobar de Romero, José Andrés García Inglés, Calixto Muñoz, José Baxo do Aduana, Jesús del Socorro y Egea, Fernando Pérez de Sevilla, Juan de Mendoza…

Conforme oían sus nombres los soldados se apartaban hacia un lado y en sus rostros se adivinaba una ligera mueca de alivio. Llevaban allí dos semanas hacinados, mal comidos y aburridos y lo que era peor: aún les quedaban otras tres semanas para poder embarcar. Después de haber sido escogidos los veinte soldados que don Álvaro exigió, ninguno de ellos preguntó por su soldada o a dónde tenían que ir a luchar. Estaban hechos a viajar, pelear y morir.

XIV. El banquete

Llevaban viviendo en el castillo un par de meses y se habían acostumbrado a una indolente vida de nobles. Ninguna incidencia grave perturbó su relajada existencia durante ese tiempo. El verano se acercaba y los días se hacían cada vez más largos y calurosos. A menudo subían a los miradores de las torres y deleitaban la vista con la verde alfombra de árboles que se postraba ante ellos. El aroma a jazmín y azahar subía hasta las almenas como una agradable nube que envolvía al castillo y a sus moradores.

Las puestas de sol eran especialmente llamativas. Enorme y naranja como una gran calabaza, el astro rey se ocultaba en el horizonte entre un juego de rojos, y amarillos que despertaban los sentidos y parecían querer incendiar el cielo. Al verlo desaparecer por el poniente y al día siguiente aparecer por el este, los jóvenes se preguntaban dónde habría estado y a quién iluminaba cuando las tinieblas tomaban el castillo. Aquello era motivo de discusión. Un atardecer de principios del mes de junio, Esther explicaba a Ehud su teoría:

—Es muy fácil —dijo—. El sol, al llegar al fin del mundo cae, da la vuelta y pasa justo por debajo de nosotros. Donde anidan las raíces de los árboles y donde nacen los ríos de agua. Para apoyar sus palabras cogió una piedra plana que se había desprendido de una almena y le hizo ver a su compañero la teoría. La tierra era plana y el sol daba vueltas por arriba y por abajo.

Ehud, malhumorado, le arrebató la piedra. La levantó a la altura de sus ojos e hizo razonar a su compañera:

—Supongamos, como tú dices, que debajo de esta tierra plana están las raíces de los árboles y el agua. Las raíces sujetan los árboles a la tierra e impiden que se caigan, pero ¿cómo se mantiene el agua sin caerse? Tendrá que sujetarse con algo…

—¡Bravo! —exclamó una voz interrumpiendo la explicación de Ehud.

Los dos giraron la cabeza y vieron a don Álvaro que terminaba de subir las escaleras y se dirigía hacia ellos por el andén de los torreones.

—Don Íñigo no anda descaminado —confirmó el secretario.

A Esther, de entrada, no le gustó que el secretario la hubiera espiado en sus conversaciones y, más aún, que le diera la razón a Ehud. Le encontraba resabiado y el hecho de que siempre pretendiera llevar la razón la enojaba.

—¿Cómo? —inquirió con un tono de voz que denotaba desagrado.

Ayudándose de las manos, don Álvaro le explicó:

—Doña Begoña, la Tierra no es plana, es una esfera. Digamos como… una manzana.

—Eso es una tontería, don Álvaro. No me lo creo.

Ehud intervino en la discusión:

—Pues yo sí. Lo encuentro mucho más lógico que quienes pregonan que la tierra es plana. Pero lo que no sé es lo que hay en su interior.

—Más tierra, don Íñigo. Es una esfera maciza.

Esther avanzó dos pasos y se enfrentó a don Álvaro:

—Si fuera redonda y maciza se caería por su peso—expuso. Luego razonó—: Al ser plana se mantiene flotando en el aire como una hoja de higuera.

—¡De ninguna de las maneras!—soltó el secretario con firmeza—. La tierra es tan redonda como el sol y como la luna.

Esther frunció el ceño y, con un atisbo de incredulidad en su voz, preguntó:

—Y ¿cómo su merced está tan seguro?

Don Álvaro, acostumbrado a serios debates entre eruditos, sacó a relucir su vanidad con una cita que a Esther le venía demasiado grande:

—Es una teoría muy acertada que se estudia en un libro en todas las universidades del mundo. El libro se titula *La sphaera de Sacrobosco.*

Ehud se quedó pensativo por un momento. Luego, con un habla muy pausada, como si la idea le viniera a la mente poco a poco, expuso su razonamiento:

—Entonces, al ser la tierra redonda, si se empieza a andar por un punto se puede llegar al mismo punto rodeando toda la esfera.

— ¡Bravo! ¡Bravo, don Íñigo!

—¡Basta! —protestó Esther fuera de sí.

Ehud y don Álvaro permanecieron callados unos momentos hasta que Ehud le censuró la contestación:

—Estás terriblemente gruñona.

—Lo sé —dijo. Y suspiró.

A continuación, se recogió el vestido y desapareció por las escaleras. Mientras, el secretario la disculpó:

—No se preocupe, don Íñigo. Es la tensión propia que genera la preparación de un gran evento. Doña Begoña se preocupa hasta del menor detalle.

—Sí, debe de ser la tensión de estos últimos días —admitió Ehud.

Pero la reacción de ira de Esther, no le era desconocida. Más de una vez había soltado sobre él todo su genio por una simpleza. Empezaba

a sospechar que a Esther le ocurría algo

Para descargar la tensión se apoyaron en las almenas con la vista perdida. Disfrutaban de un magnífico estar mientras anochecía. Al cabo de un rato de silencio, y justo cuando los soldados de guardia pasaban prendiendo los antorcheros, Ehud preguntó a su secretario el motivo de la visita.

—¿Qué os trae por estas alturas?

El secretario miró a su señor.

—Don Íñigo, ya está todo preparado. Cuando su merced desee podemos señalar la fecha para la fiesta de bienvenida.

Ehud se incorporó y se atusó el jubón.

—Está bien, propón una —dijo con indiferencia.

El secretario caviló por unos instantes. Luego contestó:

—El veinticuatro, día de san Juan, podría ser un día muy propicio.

—Pues sea.

Aconsejado por su secretario, Ehud no dejó pasar la ocasión para mostrarse, ante sus ilustres invitados, como un personaje importante, a pesar de su edad y demostrar con ese festejo su poder y riqueza. Gastó, a su pesar, mucho dinero en la organización del evento pero, a cambio, los habitantes del pueblo le hicieron efectivo su pago anual en especias, en concepto de diezmo. Fue tal la cantidad de cereales, frutas y verduras que hubieron de ser amontonadas en almacenes y las decenas de cerdos, conejos y corderos encerrados en corrales.

El castillejo de Monteagudo relucía como un ascua en la oscuridad de la noche. Más de doscientos antorcheros distribuidos por los torreones, patios y estancias, iluminaban el castillo y gran parte del altozano y sus alrededores.

La fiesta se inició desde las primeras horas del día cuando empezaron a llegar los invitados, ricamente adornados, al festín de bienvenida de don Íñigo de Aransay y de su bella esposa doña Begoña Arizkun. Los soldados de la guardia, formada a la entrada del castillo, iban uniformados y en la sobreveste lucían los emblemas de los Aransay y de los Arizkun. Vestían yelmo con almófar, cota de malla y como armamento portaban alabarda y espada. En la puerta, dos mayordomos, elegantemente ataviados, daban la bienvenida a los ilustres personajes de la nobleza, del clero y de la sociedad murciana que habían sido invitados a tan magno evento y los guiaban hasta las dependencias interiores del castillo. Por su parte, los mozos de cuadra se encargaban de atender a los animales y retirar los carruajes hacia los establos y las cocheras.

Los invitados recorrieron todas las dependencias del castillo y alabaron la opulencia del mobiliario. En el salón principal un gran

fuego crepitaba en el hogar. Lámparas de araña de largos y pesados brazos, pendían del techo. Tapices con escenas de caza, bronces bruñidos y escudos de plata ornaban las paredes de piedra pulida. Pieles de animales cubrían el suelo.

En los espaciosos aposentos privados del señor del castillo un fuego rugía en el hogar despidiendo un gran calor. A pesar de ser verano, dada la altura del castillo, de madrugada Esther sentía frío y ordenó que el fuego de su alcoba nunca se extinguiese. El frío le rememoraba las escenas de los terribles días pasados en la nieve, cuando huían de sus perseguidores. Junto a esa dependencia se encontraba otra más pequeña para ser ocupada, en un futuro no muy lejano, por un heredero. En esa misma ala, seis alcobas más para invitados, completaban la zona noble del castillo.

En una de las torres, Ehud había mandado reservar una estancia para los escribas y para el secretario. En ella, una alta librería daba cobijo a cientos de libros, de diferentes materias, adquiridos por el secretario en varias universidades. También disponía de tres escritorios con plumas de cisne y oca preparadas para ser afiladas. En cada uno de ellos, un libro abierto sobre un facistol. Tableros con las vitelas, las pieles de cordero, de cabra o de ternero extendidas. En un estante se alineaban botes de tinta hecha con carbón.

En los subterráneos, con entrada independiente, se encontraban las cocinas, el matadero, las despensas y las alcobas de los sirvientes.

Cerca de la puerta principal se levantaba una pequeña construcción destinada para alojamiento de los soldados; en el otro lateral, justo enfrente, las caballerizas.

El enorme salón se iba llenando de nobles y autoridades. Todos iban ostentosamente vestidos con túnicas amarillas, verdes y azules y capas con recargadas orlas de piel. Excelentes músicos venidos de toda Castilla se dieron cita en el castillejo de Monteagudo para amenizar y deleitar a sus moradores al son de chirimías, flautas de pico, albogues y panderetas. Unos recorrían las estancias y otros tocaban en el gran salón donde almorzarían los anfitriones acompañados de los principales personajes. Halconeros, cómicos, danzarinas exóticas, enanos saltarines, bufones y acróbatas exhibían sus habilidades. Éstos, venidos de países anglosajones para actuar en la corte, operaban ininterrumpidamente en la planicie de la entrada, frente a la puerta principal.

Durante todo el día se ofrecieron las más variadas y exquisitas viandas. En primer lugar y para calentar el estómago se sirvieron sopas de ajo, migas y verduras; a continuación, las carnes de caza, cochinillos y corderos asados. En los postres se ofrecieron dulces

pasteleros, frutos secos, dátiles, higos y quesos. Los vinos fueron encargados por don Álvaro en las mejores bodegas del reino.

Las mesas, de cuya decoración se encargó personalmente la señora del castillo, aconsejada por un ama contratada especialmente para el evento, fueron adornadas con profusión de flores y velas.

Durante la comida y como especial homenaje a los señores del castillo, el cocinero, siguiendo órdenes de don Álvaro, decoró un plato de una forma muy especial, tanto que, incluso para contemplarlo, levantó de sus asientos a la mayoría de invitados.

Con gran ceremonial y en una gran bandeja de plata, transportada por varios cocineros y ayudantes, se había dispuesto un cochinillo asado con un enorme pollo de campo asado, montado a horcajadas como un jinete, equipado con un casco y con una lanza. Todo ello elaborado con patatas, verduras y huevos. La enorme bandeja fue depositada en el centro de la mesa que ocupaba el matrimonio anfitrión, flanqueado por don Álvaro, don Pedro Fajardo, su eminencia don Bernardino Carbajal, el padre Mateo, el corregidor de Murcia y el merino del concejo y su mayordomo, como personajes principales de la ciudad.

A continuación, el cocinero mayor cedió a Ehud un enorme cuchillo para que diera el primer corte a tan especial plato de carne. El anfitrión, entre aplausos y vítores se levantó, cortó varios trozos y, después de sonreír a todos, se sentó orgulloso. Pero pronto su alegría se truncó en preocupación cuando el cocinero puso una pata de cochinillo en un plato y se la ofreció para que la catara.

Al contemplar la escena, los ojos de Esther se abrieron de tal forma que a punto estuvieron de salirse de sus órbitas. Aquello no lo habían pensado. Ellos, los judíos, no podían comer cerdo, y ahora, delante de más de cien invitados que abarrotaban el salón, debía echarse, al menos, un trozo a la boca para degustarlo. El joven matrimonio se miró con preocupación durante un instante y después de observar a todos los invitados, sus miradas se volvieron a encontrar. Todos esperaban expectantes al anfitrión para que diera su beneplácito al asado.

El murmullo del salón se hizo monótono en su cabeza y una idea empezó a rondarle la mente: si se negaba a comer cerdo todos los presentes sospecharían que era judío. Estaba a punto de echarlo todo a perder. Sus vidas, el castillo, las riquezas, sus influyentes amistades. Todo. Todo estaba en juego por aquel maldito cochinillo. «¿Quién habrá ordenado asar cerdo?», pensó Ehud, más de mil veces, en un instante. Luego apretó las mandíbulas y se dio asco por haberse olvidado de su pueblo, por vivir como un cristiano y por visitar la

catedral cristiana. Pero, por otro lado, sabía, que, si para salvar todo lo conseguido era necesario renegar de la religión judaica, lo haría y negaría mil veces que era judío y que no tenía nada que ver con ellos.

Las voces de sus invitados le sacaron de la nebulosa en la que se debatía.

—¡Vamos, don Íñigo, pruébelo! —se oyó una voz.

—¿No se fía de su nuevo cocinero? —dijo otro entre risas.

Cuando los invitados estaban impacientes esperando a que Ehud tomara el primer bocado de cochinillo y se lo llevara a la boca, ocurrió algo inesperado que causó sensación y a la vez sorpresa entre los invitados al ágape. De improviso, Esther se levantó, tomó la pata, se la llevó a la boca, la mordió y luego, de forma muy seductora, se la puso en los labios a Ehud para que él también la imitara.

No le quedó otra alternativa. La mordió.

—¡Hum! Está exquisito. Te felicito —le dijo al cocinero.

El secretario le alcanzó una copa de vino y Ehud la levantó y brindó:

—¡Salud!

Después de beber, todos prorrumpieron en vítores y aplausos, y para terminar con aquella parodia, que, afortunadamente, había salido bien, Esther, antes de sentarse, le besó en los labios.

El cocinero siguió partiendo el cochinillo y el pollo a la vez. Los primeros en degustar el magnífico asado fueron los invitados de la mesa del anfitrión; luego se sirvió a los restantes comensales. Todos alabaron las excelencias de la comida y entre bocado y bocado hablaban de diferentes asuntos. Unos intrascendentes y otros de importancia. Ehud y Esther, sentados entre su secretario y don Pedro Fajardo, prestaban más atención al buen funcionamiento del banquete que a las vanas conversaciones que le proponían. Era el primer festín que organizaban y, por supuesto, al que asistían, y no estaban acostumbrados a dejarlo todo en manos de los responsables.

El secretario notó un rasgo de preocupación en el rostro de Ehud.

—Señor, todo sucede con normalidad —susurró a su oído en un momento de relajación, después del brindis.

—Debo felicitarle por ello, don Álvaro. Doña Begoña y yo estamos muy contentos.

El secretario, sin más, le lanzó una pulla.

—Gracias señor, aunque nos ha dejado un tanto perplejos con la cata del cochinillo.

Ehud estuvo a punto de atragantarse, tal como sucedió la primera vez que habló con don Álvaro en la posada, pero hizo un esfuerzo y evitó una tos molesta para él y sospechosa para su secretario. Una

persona tan culta y perspicaz como don Álvaro podía hilar que, durante las conversaciones en las que se mencionaba a los judíos o a sus costumbres, su señor se atragantaba. Desde luego, ese era un mal síntoma.

Ehud, sin embargo, dio una vana excusa:

—Cierto. Me ha sorprendido gratamente la presentación de la bandeja y buscaba algún significado oculto que debía descubrir.

El secretario soltó una carcajada.

—No lo hay, señor.

A su lado, Esther hablaba amenamente con don Pedro Fajardo. Éste elogiaba el magnífico ágape y le relataba los pormenores de su inmediata boda y su celebración en el palacio de los Vélez, situado en pleno centro de la ciudad. El padre Mateo, junto a su eminencia, no le concedía tregua. Conversaba sin descanso y con la habitual sonrisa servil en sus labios. «A buen seguro esta noche el obispo acaba con alguna dolencia», se dijo Ehud para sus adentros.

El vino y la cerveza empezaron a surtir sus efectos y las mejillas de los invitados se adornaron con un vistoso color sonrosado. Los criados circulaban entre las mesas; unos retiraban los servicios, otros ofrecían cuencos de agua perfumada para que los comensales se lavaran las manos y se despojaran de la pegajosa grasa de la carne asada. Después, les proporcionaban una impoluta gasa blanca con la que secarse.

Don Pedro Fajardo, sentado junto al cabeza del concejo de la ciudad, hablaba con interés y dedicación, cosa que al anfitrión no le pasó inadvertida y prestó atención para saber qué asunto debatían y que requería tanta dedicación por parte de ambos.

Enseguida, el hijo del adelantado puso a Ehud en conocimiento de lo que acontecía.

—Don Íñigo, parece ser que la denuncia de un taimado genovés contra un judío converso, ha despertado la curiosidad de la inquisición.

A Ehud lo del santo oficio no le sentaba nada bien y maldijo, para sus adentros, el momento en el que se había interesado por la conversación. No le gustaba que el inquisidor general, el tal Torquemada, paseara a su lado por las calles de Murcia.

Aun así, el anfitrión, intentando parecer despreocupado, alegó:

—No tenía conocimiento.

Sin embargo, el cabeza del concejo de la ciudad, frunció el ceño, preocupado y, sin miramientos, gruñó:

—No me gusta que Torquemada meta las narices en el gobierno de mi ciudad. Nosotros somos los que debemos solucionar nuestros

problemas. Para eso fuimos nombrados por el pueblo.

Don Pedro no hizo ningún comentario ni mueca alguna, pero inquirió.

—¿Qué va a hacer?

—Pediré amparo a los reyes por medio de su distinguido padre.

—Sinceramente —contestó don Pedro—. No creo que le hagan mucho caso. Cuando el inquisidor mete las narices en un sitio es difícil que las saque sin que haya pescado algo…

El cabeza del concejo interrumpió con firmeza:

—Si hubiera lugar, el concejo murciano en pleno se personaría en la corte.

Don Pedro Fajardo suspiró profundamente antes de contestar:

—Lo más seguro es que Torquemada haya mandado a dos inquisidores para estudiar y analizar la situación.

—Pues que no le quepa duda alguna a su merced. Protestaremos enérgicamente ante la corona.

Sin embargo, el hijo del adelantado mayor, acostumbrado a moverse desde bien joven por los mentideros de la corte, sentenció:

—Me temo que muy pronto Murcia presenciará su primer auto de fe.

Rozaba la hora nona y el rumor de las voces aumentaba junto con las risas y las carcajadas estridentes. Los músicos tocaban y las bailarinas danzaban frente a la mesa de los anfitriones cuando irrumpió en la sala el capitán de la guardia que se dirigió hacia el secretario y le susurró al oído:

—Señor, en la puerta hay un noble con una escolta armada de seis hombres que pide audiencia.

—¿Cómo? ¡Nadie armado puede entrar en el castillo!

La exclamación llamó la atención de Ehud, que, al ver al soldado hablando con su secretario, se interesó por lo que acontecía.

—¿Qué ocurre, don Álvaro?

—Un noble con escolta armada pide audiencia.

El señor del castillo, nervioso, frunció el ceño:

—¿Escolta armada?

Diego de Rivas, entonces, se situó entre los dos:

—Mi señor, no han entrado. Están a las puertas entretenidos con los acróbatas.

Don Álvaro dio órdenes al capitán:

—Pon a tus soldados en alerta. No quiero sorpresas de ningún tipo.

—Ya lo están, señor. He mandado redoblar la guardia.

Ehud, intrigado, volvió a preguntar:

—¿Qué quiere?

El soldado manco se inclinó para que sus palabras no se oyeran más allá del entorno de los tres:

—Dice que tiene que hablar con urgencia con don Julián, el alcaide del concejo. Los sirvientes de su casa les han indicado esta dirección.

«El noble podría haberse quedado en casa del alcaide y esperarlo allí, pero si los criados no estaban advertidos no se atrevieron a franquear la puerta de la casa a desconocidos y mucho menos armados», pensó Ehud. Por otro lado, también especuló con la idea de que podía dejarle pasar y que hablara con don Julián o, quizá, podría comunicar la noticia y que saliera el propio alcaide a las puertas del castillo para hablar con el noble. Ehud, poco acostumbrado a este tipo de situaciones, no sabía cómo resolverla sin ofender a nadie, innecesariamente, por lo que delegó la responsabilidad en don Álvaro.

—Tome la decisión que mejor le parezca.

—Bien, mi señor.

El secretario salió del salón escoltado por el capitán de la guardia camino de la puerta principal del castillo, sin que los invitados, afanados en divertirse, prestaran al hecho demasiada atención.

Al rato, el secretario hizo su aparición en el gran salón acompañado de un noble alto y vigoroso, cuyas ropas polvorientas revelaban que venía de un largo viaje. Ambos iban escoltados por Diego de Rivas. Aquella entrada inquietó a los invitados. Nadie esperaba que un hombre de armas irrumpiera en un banquete y mucho menos el anfitrión. Una vez llegados a la mesa en donde estaban los principales personajes, el secretario se lo presentó a su señor.

—Don Íñigo, le presento a don Rodrigo, el nuevo marqués de Alcántara, por fallecimiento de su señor padre… ¡Un hidalgo de bragueta!

Ehud, al ver y oír lo que le estaba contando su secretario, estuvo a punto de salir corriendo como un vulgar malhechor. «¡No puede ser cierto lo que estoy viendo!», se dijo para sus adentros. ¡El causante de todos sus males y los de Esther estaba ahora frente a él, sonriente y sumiso! Miró a Esther, que, atónita, casi se desmaya. Los labios de don Álvaro y los del marqués de Alcántara se movían y hablaban, pero Esther no atinaba a escuchar ni una sola palabra. El asesino de su padre y de su novio estaba, precisamente, ahí, delante de ella. No podía ser. No podía creerlo. Toda la historia que aquel día le contó a Ehud volvió a pasar por su mente.

De improviso, se dio cuenta de que el marqués se inclinaba delante de ella y volvió a la cruda realidad.

—…muy agradecido por su hospitalidad don Íñigo y doña Begoña. Aunque sus facciones y sus nombres no me son desconocidos…

¿Hemos coincidido en algún otro evento?

Esther, distante en el tratamiento, le contestó secamente:

—Me temo que no, don Rodrigo.

—¿Quizá en algún torneo, en alguna fiesta, acto…? —insistió el noble.

Ehud para evitar que el marqués siguiera con las adivinanzas y conseguir que se olvidara, de una vez por todas, dónde se podían haber visto, zanjó la cuestión:

—Es posible que su merced nos haya visto en... en alguna fiesta…

El alcaide del concejo, apercibido de que don Rodrigo le buscaba, le ofreció un asiento junto a él. Justo al otro lado se encontraba el padre Mateo, el cual, con su sonrisa servil dibujada en los labios, se mostraba ansioso por conocer nuevas noticias.

Nada más sentarse el marqués, el alcaide le requirió:

—Dígame qué se le ofrece, don Rodrigo. Debe de ser un asunto de suma importancia.

El noble apuró una copa de vino que le acababan de poner sobre la mesa y con poca delicadeza limpió sus labios con la bocamanga del jubón.

—Así lo considero, alcaide.

—Explíquese, su merced.

En ese preciso instante, Esther miró a Ehud. Él enseguida comprendió que no deseaba seguir allí sentada junto a aquel asesino y la cogió de la mano. Ambos se levantaron y con una vana excusa la llevó hasta la puerta del salón. Siguiendo instrucciones de Ehud, Inés la acompañó hasta la alcoba, donde permanecería con ella hasta que él llegara.

Ehud volvió a la mesa y evitó cualquier conversación con don Pedro Fajardo para seguir atento a todo cuanto pudiera decir el marqués. Era de vital importancia que se enterara del porqué de su estancia en Murcia y cuáles eran sus pensamientos. El motivo de su venganza lo tenía tan cerca que de buena gana se hubiera levantado y le hubiera clavado un cuchillo en la garganta, como a un cerdo. Pero eso pasaba por descubrirse. Las consecuencias de semejante acto serían inmediatas. La pérdida de todo cuanto poseían y terminar sus vidas en la horca o en una celda. «No es justo», se dijo para sí y como última reflexión, pero sin olvidar que la venganza seguía ocupando un lugar importante en su pensamiento. La muerte de su hermano y las del padre y el novio de Esther no iban a quedar impunes. Solamente una precisión para llevar a cabo su venganza: tendría que esperar su momento.

—Hace unos meses —empezó a relatar don Rodrigo—, a pesar del

mal tiempo que azotaba nuestros campos, partimos de Toledo para dar muerte a una lechigada de lobos que arrasaba nuestros corrales que, dicho sea de paso, no hemos logrado encontrar, aunque seguimos sus huellas por las reses y animales muertos que hemos ido encontrando…

—¿Y? —le interrumpió el alcaide viendo que don Rodrigo no entraba de lleno en la cuestión tan importante que había anunciado.

Don Rodrigo se retrepó en la silla para seguir con su relato:

—También perseguimos a dos judíos que asesinaron a un soldado de mi guardia, a dos granjeros y a un pobre monje de la ermita de la Virgen de la Loma y suponemos, por el rastro de muerte que han dejado a su paso, que ahora se encuentran aquí, en Murcia.

El alcaide se extrañó del relato de don Rodrigo.

—¿Dos judíos? Lo dudo. Todos partieron hacia el exilio…

Don Rodrigo no permitió que el alcaide dudara de su palabra.

—Sé lo que le estoy contando —dijo con malhumor—. Al soldado de mi guardia lo asesinó alguien de la caravana de judíos que a final de año se dirigía al puerto de Cartagena.

—Un momento —interrumpió el padre Mateo—. ¿Ha mencionado su merced la ermita de la Virgen de la Loma?

—Así es, padre.

El canónigo hizo una reflexión:

—Alguien, no hace mucho, me habló de que había estado en la ermita de la Virgen de la Loma…

Al oír las palabras del padre Mateo, Ehud comenzó a inquietarse. Si el canónigo daba con el acertijo iba a tener que dar muchas explicaciones.

—Padre, sería una gran ayuda que intentara recordar quién fue esa persona.

—Descuide, don Rodrigo. En el momento que lo recuerde lo pondré en su conocimiento y, por supuesto, en el de don Julián.

Pero el alcaide, más atento a seguir la plática con don Pedro Fajardo que con el marqués, se giró y dejó al padre que siguiera conversando con don Rodrigo.

—Como si aquí en Murcia no tuviéramos suficientes problemas —se quejó el alcaide al hijo del adelantado después de haber oído tan importante noticia de boca del marqués.

Ehud, desde ese momento hasta el final de la noche, se maldijo mil veces. Aquella inoportuna visita se iba a convertir en una terrible losa que amenazaba su futuro. Si el padre Mateo daba con la respuesta, ellos estarían bajo una grave sospecha. Tenía que buscar una rápida solución y para ello no descartaba ninguna opción por terrible que fuera.

XV. El auto de Fe

Era un día luminoso, perfecto para la jornada. Apenas había amanecido y la incipiente azulina del cielo ya enmarcaba la silueta de la vigorosa catedral. A pesar de lo temprano de la hora, la multitud se apretujaba en la plaza. Olía a sudor, a gente, a fiesta. Las bocas de calle que daban a la plaza aparecían custodiadas por soldados que observaban a quienes entraban. Todo era rigurosamente canónico y se había preparado con minuciosidad. No se dejaba nada al azar.

Ballesteros, dispuestos en lo alto del palacio episcopal y casas adyacentes, velaban para que nadie alterara el orden y la disciplina del acto. Sólo a los penitenciados se les permitiría gritar y maldecir en su última hora cuando oyeran, de viva voz del tribunal, su inapelable sentencia.

El inquisidor general, arropado por los frailes dominicos con sus vistosos hábitos blancos y negros, destacaba en la tribuna junto a los colores del adelantado, del colegio cardenalicio, del concejo municipal, consejo catedralicio, consejeros de Castilla y demás autoridades.

La colorida tribuna contrastaba con el anodino color gris de la muchedumbre que, con miradas morbosas y curiosas, abarrotaba la plaza y se impacientaba esperando que la justicia de los reyes y del inquisidor se aplicara con todo su rigor. Viejos, jóvenes, tullidos, salvadores de almas y hasta familias enteras aguardaban la hora en que la procesión, que serpenteaba por las estrechas callejuelas de la capital, iniciase su entrada en la plaza de la catedral donde se había levantado el tablado. Del frontal de la tribuna pendía una enorme banderola que tapaba la parte baja de la plataforma; en ella, el emblema de la inquisición: una cruz entre una espada y una rama de olivo.

En el estrado, el padre Asensio, desde bien temprano, repasaba su pupitre con dedicación. Era un hombre bajo y rechoncho, invariablemente embutido en un hábito manchado de tinta. Sobre la mesa, hojas estiradas mediante bolitas de plomo, un cuerno de tinta, varias plumas de barnacla muy afiladas y un rascador de piel. El escribano del santo tribunal era un excelente y afamado calígrafo y traductor de varias lenguas a un latín ejemplar. Transcribía con presteza al dictado y el trazo de su pluma era firme y claro. La importante sesión de ese día no podía prescindir de los talentos y virtudes del padre Asensio.

La macabra procesión cruzó la plaza de Santo Domingo para bajar a

Trapería y, cruzando la calle Azucaque, acceder a la plaza por la calle Frenería. Entre un griterío ensordecedor los penitenciados fueron subiendo a la tarima vestidos con la estameña del sambenito: una especie de camisón pintado con las llamas del infierno. Los reos cuyos pecados eran considerados más graves portaban corozas en la cabeza, también pintadas con fuegos infernales y todos llevaban en las manos cirios de cera amarilla. En la procesión figuraban estatuas de los acusados que ya habían muerto o andaban fugitivos hechas de cera, cartón y trapo. Iban a ser quemados en cadáver o en efigie.

A medida que los reos subían al tablado, los guardias los sentaban en unas gradas preparadas al efecto entre dos familiares del santo oficio. Hombres, mujeres, viejos y jóvenes poblaron los asientos. Algunos mantenían el tipo y se resignaban a su castigo. Otros, a punto de llorar y suplicar, se tapaban la cara con las manos. Dos hombres mayores miraban desafiantes a quien osaba poner su mirada en ellos. Una vieja a quien sus vecinos denunciaron por bruja, miraba al infinito. Sabía que su vida tocaba a su fin. Entre todos, quien más llamaba la atención era una jovencita que no contaría más de catorce años y que había sido acusada de realizar prácticas judaizantes. Al procesionar en el grupo de los judaizantes menores y sin coroza; la descartaba de ser quemada en la hoguera. Sin embargo, la visión de dos personas, una de cierta edad y otra joven, despertó a Ehud de su somnolencia e hizo que se le erizara todo el vello del cuerpo. Temió que la violenta respiración que le atosigó diera alguna pista a sus más inmediatos vecinos en aquella siniestra tribuna a la que había sido invitado por el inefable padre Mateo.«No puede ser. Debe tratarse de un error», pensó el joven con el rostro contraído. Esther también se percató de la presencia de esas dos personas entre los penitenciados que portaban sambenito y coroza, lo que quería decir que después de oír sus sentencias tomarían el camino del quemadero. Ante la imposibilidad de mostrar externamente sus sentimientos, apretó la rodilla contra la de Ehud y él contestó con otra ligera presión. De buena gana se hubieran levantado y abandonado aquella farsa mientras gritaban a todos los presentes que ellos también eran judíos.

En ese momento, maese Andrés el espadero y uno de sus jóvenes aprendices subieron al tablado.

Ehud se sintió desfallecer y Esther lo notó. El intenso sol abrasador de mediodía ya había causado alguna que otra indisposición entre las personas que abarrotaban las gradas y en el público que, como una marea grisácea, se apiñaba por ver el triste espectáculo.

—¿Te encuentras bien? —le susurró al oído.

El muchacho, a duras penas, pudo balbucear:

—¡Cómo voy a encontrarme bien! Estoy a punto de vomitar.

—¡Por favor, aguanta! —suplicó ella.

Uno de los nobles, que no les quitaba el ojo de encima, sobre todo a Esther, se interesó por el estado de salud de Ehud.

—¿Se encuentra bien?

—¡Oh! Sí —contestó Esther, restándole importancia al asunto—. Somos del norte y no estamos acostumbrados a este fuerte sol mediterráneo.

El noble, con una carcajada, aclaró:

—Esto no es nada. Ya se acostumbrarán.

Después de haber sido acomodados todos los reos se empezaron a leer las sentencias. Uno por uno, los penitenciados eran llevados ante el tribunal y después de leer la relación de crímenes y pecados, les anunciaban su castigo. Los sentenciados a penas de cárcel o de azotes salían con sogas y los que iban destinados a la hoguera con las manos atadas. Como la inquisición, al ser una institución eclesiástica, no podía mancharse las manos de sangre, a los castigados a morir en la hoguera se les relajaba o entregaba a la justicia seglar para que fueran ellos quienes cumplieran la sentencia. De este modo no había profusión de sangre.

A los relajados —entre ellos el maestro espadero y su ayudante—, lanzando gritos, maldiciones e insultos a las autoridades, se los llevaron a lomos de asnos al quemadero sito en el arrabal de la Arrixaca. Si bien el muchacho gritaba de angustia y abjuraba de su religión, maese Andrés hizo gala de una resignación encomiable. Los dos hombres mayores que miraban desafiantes eran un médico y un boticario que fueron acusados de abusar de su ministerio para dar muerte a los cristianos que cuidaban. A un platero y a su mujer, judaizantes reconciliados, les castigaron con cárcel perpetua. A la vieja hechicera se la castigó con quince azotes y cárcel para el resto de sus días. Sin embargo, la vieja fue la única que evadió en parte el castigo de la temible y santa inquisición. La anciana no soportó ni cinco azotes; se derrumbó y murió en el cadalso. A dos hombres detenidos en la catedral por insultar a los frailes y proferir blasfemias contra Dios y su santa religión, se les castigó a treinta azotes y al destierro de por vida. A un curtidor de pieles acusado de haber ultrajado hostias consagradas le adjudicaron otros treinta azotes y diez años de cárcel. El infeliz lloraba y se retorcía en el estrado apelando a su mujer y a sus tres hijos en demanda de una clemencia que nadie le iba a conceder. A la joven la castigaron a pasar dos años en una mazmorra, a cuyo término sería puesta en casa de una familia cristiana para que la instruyera en la fe. A un matrimonio toledano,

judaizantes, en paradero desconocido, los iban a quemar en efigie y un joven sastre, condenado por pecado nefando, también salió camino del quemadero.

Mientras los reos gritaban, lloraban o pedían clemencia entre el júbilo popular, los nobles de la tribuna se dedicaban a sonreír, charlar sobre partidas de caza, o bien se galanteaban y se susurraban al oído asuntos inconfesables. Otros repartían invitaciones, de viva voz, para algún evento próximo y banal.

Era ya media tarde cuando las víctimas montadas en asnos, salieron camino del arrabal de la Arrixaca. Tras ellas, las estatuas de cartón de los condenados al fuego, muertos antes del auto de fe con sus huesos, que habían sido desenterrados y se transportaban en cajas.

Al llegar al quemadero los reos observaron que la santa inquisición no había reparado en medios, en materiales y en gastos. La magnitud de la escena imponía e hipnotizaba a los neófitos. Una larga fila de hogueras se mostraba como un tétrico espectáculo; había una hoguera para cada uno de los condenados. En primer lugar se comenzó por quemar las efigies y los huesos de los muertos. Después a los condenados los ataron a unos postes elevados en medio de cada montón de leña, al cual pegaban fuego enseguida. La única gracia que se les concedía consistía en preguntarles si querían morir como buenos cristianos. En caso afirmativo, el verdugo les agarrotaba antes de entregarlos al fuego.

Las hogueras ardieron durante toda la noche. Las gentes, obnubiladas por el fuego, se quedaron hasta muy tarde. Allí se dieron cita desde gente de alcurnia y respeto hasta las clases más bajas. Los mocosos corrían y se divertían en torno a las humeantes hogueras haciendo caso omiso de las órdenes de los alguaciles. Para esa hora los reos no eran más que un montón de huesos calcinados entre pavesas y cenizas. El cielo se cubrió con una nube baja y espesa de humo y un olor acre muy denso, de madera y carne quemada, envolvió el ambiente. Poco a poco las hogueras se fueron desplomando lanzando chisporroteos que volaban fugazmente y se consumían en el aire.

Aunque el padre Mateo y algunos frailes y nobles insistieron en que les acompañaran al arrabal de la Arrixaca para contemplar la quema de los penitenciados, el joven matrimonio pudo evitar, con mil y una excusas, asistir a tan triste y desagradable espectáculo. Ni siquiera el sueño que Ehud tuvo en la ermita podía comparársele. La realidad superó con creces aquellas imágenes oníricas que le hicieron despertarse empapado en sudor.

En el interior del carruaje y con una escolta de cuatro soldados a caballo al mando del capitán Diego de Rivas, viajaba la joven pareja,

triste y desolada, camino del castillo. Durante el trayecto no cruzaron una sola palabra. Sus miradas perdidas buscaban un punto de apoyo y reflejaban el estado de abatimiento que les embargaba recordando cada uno de los momentos vividos. En las mentes de los jóvenes seguían bullendo las preguntas que se habían hecho toda su vida en torno al porvenir del pueblo hebreo y a su continua y desesperante existencia.

Al llegar al castillo se apearon en el patio de caballos y fue el capitán quien, adelantándose al mayordomo, abrió la portezuela del coche. Por ella salieron cabizbajos Esther y Ehud. Apenas cenaron, se dirigieron a sus aposentos sin dilación. Esa noche, más que ninguna, Esther estaba aterida a pesar de que en el exterior se gozaba de una cálida temperatura.

XVI. La confesión

Desvelado por terribles pesadillas, Ehud no pegó ojo en toda la noche. A pesar de ser domingo, se levantó muy temprano y subió a lo alto de uno de los torreones con dos de sus perros más queridos. Aníbal, un impresionante mastín de pelo blanco y Cuca, su fiel perra pastora. Después de entretenerse con ellos se dedicó a contemplar el horizonte y ver amanecer. Pensaba y volvía a repasar lo vivido el día anterior. Buscó sin descanso las causas que maldecían al pueblo hebreo y, como única tabla de salvación a su desesperanza, se refugió en las palabras que le había dicho el rabino Shlomo el último día que le visitó con su hermano. Precisamente el día en el que se hizo público el edicto real en Toledo.«No temas, porque estoy contigo. No desmayes, porque soy tu Dios. Yo te esfuerzo; yo te ayudaré; sí, yo te sostendré con la diestra de mi justicia».

Inmerso en esos pensamientos no se percató de que el capitán de la guardia apareció en el torreón.

—¡Mi señor!

Sorprendido, el joven dio un repullo, pero antes de darse la vuelta se cuidó de secarse las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—¡Eh! ¡Oh! ¡Sí!

—Mi señor, hoy partimos para el campo de lucha. Si desea acompañarnos…

Ehud reaccionó con presteza.

—¡Claro! ¡Vamos!

El amo del castillo había dispuesto que cada vez que una sección de la guardia fuera al campo para ejercitarse a montar a caballo y a luchar se le anunciara. Quería ser un buen luchador. Temía que el día menos pensado alguien le invitara a un torneo o, en el peor de los casos, que un noble le retara como consecuencia de una afrenta.

Llegados a un extenso calvero en medio de un pinar a una legua del castillo, desmontaron y los soldados se apresuraron a levantar dos tiendas, una grande para que el señor pudiera refugiarse de la solana en los momentos de descanso y otra para ellos. Una vez terminado el trabajo, los diez soldados escogieron pareja y se enfrentaron entre ellos, con espadas de madera para evitar accidentes, a la voz de mando del capitán Diego de Rivas.

Ehud, familiarizándose con la nueva espada que le había forjado el difunto maese Andrés, se ejercitaba en solitario. Nada más recibir la espada en el castillo, días antes de que el maestro espadero fuera detenido por orden del santo oficio, Esther le había dado su visto

bueno. Ehud tenía en sus manos una magnífica pieza con una empuñadura, lo suficientemente larga para poder asirla con las dos manos, llegado el caso.

Al cabo del rato, en el que sólo se habían oído las órdenes de Diego de Rivas y el resuello de los diez hombres luchando junto con el ruido sordo del entrechocar de las espadas de madera, Ehud llamó a su capitán:

—Capitán, ya estoy listo.

—Enseguida, mi señor.

El soldado manco se acercó. Vestido como iba con yelmo, cota de malla, hombreras y demás elementos para el combate, tenía un aspecto impresionante, aunque le faltara parte del brazo derecho. Sin embargo, en el muñón llevaba acoplado un manguito de cuero atado con correas y en la punta un extraño hueco metálico.

—¡Caramba! ¿Qué es eso?—inquirió extrañado.

Diego de Rivas levantó el brazo y se lo mostró.

—Es mi brazo derecho dispuesto para el combate, mi señor. Aquí —dijo señalando el hueco metálico—se inserta una daga. Me sirve para luchar con ambos brazos.

A continuación, se sacó de la espalda una daga y la puso en la abertura metálica. De un firme golpe introdujo parte de la empuñadura en el hueco y la daga quedó insertada.

—¡Es magnífico! —elogió Ehud.

El muchacho se quedó mirando el artilugio y no pudo reprimir hacerle una pregunta a su capitán que, a pesar del tiempo que llevaban juntos, aún no le había hecho.

—¿Herida de guerra?

—Digamos que sí.

—No entiendo —alegó el muchacho ante la esquiva respuesta del capitán.

Diego de Rivas, mirándose el muñón, aclaró:

—Fue en la guerra cuando perdí el brazo, pero no en un combate, si es lo que su merced quiere saber.

En el rostro de Ehud se marcó una mueca de extrañeza ante el comentario de su capitán.

—¿Dónde entonces?

—Durante el asedio al reino nazarí de Granada —empezó a relatar el capitán—, una avanzadilla mora penetró una noche en el campamento y varios soldados caímos prisioneros. En las mazmorras del palacio del rey Boabdil nos sometieron a terribles torturas. A mí me cortaron el brazo que había empuñado la espada contra ellos. Al finalizar la guerra fuimos liberados.

—¡Santo Dios! —exclamó el joven al escuchar semejante relato.

Ehud, preparado para el combate, se dio la vuelta y se separó del capitán unos cuantos pasos. A pesar de que al capitán no le agradaba luchar contra su señor con las espadas verdaderas, había accedido muy a su pesar.

Empezaron el calentamiento con ligeros golpes de tanteo. El capitán le marcaba el golpe para que Ehud se defendiera y, llegado el caso, le corregía la posición o la trayectoria del arma.

Diego de Rivas utilizaba el brazo izquierdo con destreza y a pesar de su corpulencia, se movía con agilidad. La daga, insertada en el muñón del brazo derecho, la utilizaba para repeler ciertos ataques, aunque su verdadera utilidad era clavarla en el costado, en uno de los lances del combate, precisamente, cuando los alientos se entremezclaban y la saliva del resuello saltaba a la cara del enemigo.

Estuvieron toda la mañana luchando y descansando a intervalos. Cada vez que iniciaban un combate se notaba que Ehud luchaba con más ímpetu ante la sorpresa del capitán. Parecía que se ensimismaba en la lucha y apretaba demasiado en los lances, tanto así, que el capitán tuvo que emplearse a fondo.

En uno de los lances y sin dejar de esquivar golpes, preguntó extrañado:

—¿Mi señor, os ocurre algo?

—Nada, Diego. ¿No puedes detenerme? —le contestó entre resuellos y con chulería.

Ehud sudaba copiosamente y resoplaba como un toro. Avanzaba peligrosamente dando mandobles y el capitán no tuvo más remedio que retroceder y limitarse a defenderse bien para no ser herido ni herir a su señor. La mirada de Ehud desprendía fuego y odio, aunque de su boca no saliera ninguna maldición. Por fin, agotado, se trastabilló y dio con sus huesos en el suelo. El capitán clavó la espada en la tierra, se acercó y le tendió su única mano para ayudarle a levantarse.

—¡Déjame! Puedo yo solo —rechazó.

A Diego de Rivas ya no le quedaba ninguna duda de que a su señor le ocurría algo. Máxime cuando se incorporó y se puso de nuevo en posición para el combate. Momento que el capitán aprovechó para, a la vista de lo sucedido, anunciarle el fin del combate.

—Mi señor, ya está bien por hoy.

—Eso lo decidiré yo —. Dijo altivo, luego gritó—: ¡Lucha!

El capitán, a pesar de la orden que acababa de recibir, se mantuvo quieto. Sabía que aquello podía acabar muy mal y no precisamente para él. Al oír el grito de Ehud, los demás soldados miraron y, al

percatarse de que algo raro ocurría, detuvieron sus combates.

—¡Te he dicho que luches! —volvió a ordenar el muchacho.

El capitán miró a todos lados como si en esos breves instantes pensase una respuesta o, quizá, sopesara la orden. Luego, con cara de benevolencia, contestó:

—Mi señor, será mejor que descansemos un rato. Bebamos agua.

Diego de Rivas se dio la vuelta y se dirigió hacia la tienda, dejando solo a su señor en posición de ataque. Al llegar tomó una cántara de agua por el asa y con un rápido movimiento la elevó y la apoyó en el antebrazo para beber más cómodamente. A continuación, se vació la jarra por la cabeza y el cuello. Disfrutaba del agua fresca recorriendo su espalda cuando un ruido metálico le llamó la atención. El capitán se volvió rápido como una centella. Ehud entraba en la tienda y había dejado caer la espada. Abatido, el joven se sentó y apoyó la cabeza entre las manos. Al verlo en semejante estado, Diego de Rivas llenó una jarra de agua y se la ofreció:

—Tomad, mi señor, os hará bien.

Sin levantar la cabeza Ehud tomó la jarra y bebió ávidamente. Después se echó un chorro por el cuello. El capitán se sentó frente a él a la espera de que decidiera contarle lo que le ocurría. Estaba seguro de que algo grave rondaba su mente y le había hecho perder el control. Un espeso silencio invadió la tienda tan sólo interrumpido por las risas y los gritos de los demás soldados que seguían ejercitándose en la lucha.

Debajo de las espesas cejas de Diego de Rivas brillaban unos ojos oscuros y cálidos que miraban fijamente a su señor. Al cabo del rato, el capitán le dirigió la palabra:

—Mi señor, ¿qué os ocurre?

Ehud no contestó de inmediato. Siguió con la cabeza gacha y empapada de agua. Parecía querer evadir la pregunta, pero justo en el momento en que el capitán iba a insistir, Ehud se apartó el cabello húmedo de la frente y contestó:

—¿Cree que me pasa algo?

Diego de Rivas escuchó la respuesta con indolencia. Había cogido su espada y, sujeta con los pies y con el muñón, que había despojado del cuchillo, le pasaba con dedicación una piedra por el maltrecho filo. Contemplaba la hoja mellada de su espada recordando con cada muesca una batalla; Toro, Zamora, Alhama, Málaga… y esperó algún tiempo antes de contestar:

—Su merced luchaba con odio, con rencor. Créame, sé cuando se lucha con enemistad y su merced así lo hacía.

Ehud, una vez repuesto del abatimiento y del cansancio, sabía que

el soldado había dado en la diana. Estaba ahíto por los cuatro costados de odio y de venganza y no podía disimularlo. Pero lejos de admitirlo, contestó con arrogancia:

—¿Confundes la valentía y el arrojo con el resentimiento?

A pesar de la respuesta, el capitán se imaginaba cuáles eran los males que aquejaban a su señor y, sin rectificar un ápice su postura, volvió a insistir con una pregunta que sobresaltó a Ehud:

—¿Acaso su malestar tiene algo que ver con lo presenciado ayer?

Ehud levantó la cabeza lentamente y sus ojos, como los de un felino a punto de saltar sobre su presa, se posaron en él.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Diego de Rivas, lejos de callarse o de intentar suavizar la pregunta, dio otro paso hacia delante:

—El triste espectáculo de ayer os impresionó. Estoy seguro de que era la primera vez que lo contemplabais.

Ehud, al ver la firmeza y la seguridad con la que su capitán le estaba hablando, no tuvo más remedio que intentar una huída hacia delante.

—¿Quieres decir que no soy partidario de ajusticiar a los judaizantes?

—Es posible.

La respuesta de su capitán no dejaba lugar a dudas. Delante de sus narices le estaba diciendo que era un simpatizante de los judíos, que era un judío converso o, más llanamente, que él era judío y que no aceptaba las ejecuciones de sus correligionarios.

Ehud se sintió ya en las manos del santo oficio. Hasta allí había llegado su aventura. Con tristeza pensó en Esther y en todo cuanto habrían podido hacer a menos que tuviera los reaños suficientes para saltar sobre Diego de Rivas y matarlo en ese mismo instante. Luego tendría que dar las explicaciones oportunas y muy convincentes a sus soldados y a los demás nobles que, indudablemente, se interesarían por el luctuoso suceso. No obstante, decidió recriminarle su actuación. Él no se iba a poner la soga en el cuello.

—Capitán, la acusación que acaba de hacer contra mí es muy grave.

Aquellos fueron unos instantes interminables. Diego de Rivas no contestó. Permaneció en silencio. Luego alargó la mirada más allá de la puerta de la tienda, como buscando intimidad, se atusó la barba y miró con fijeza a su señor.

—Soy descendiente de judíos —confesó sin embozo—. Hasta ahora nadie se ha interesado por mi condición. He luchado y defendido a mi rey como el que más, pero no apruebo todo lo que está sucediendo. Lo de ayer no son más que asesinatos justificados en nombre de un dios,

de un rey y de un sanguinario como Torquemada.

Al oír el comprometido comentario Ehud se sofocó y miró hacia todos lados por si descubría a alguien escuchando. Aquello era una trampa. Lo más probable era que su capitán, siguiendo instrucciones del inquisidor o del adelantado, le estuviera poniendo a prueba. Por lo tanto, estaba claro que no confiaban en él. De repente, toda su ilusión por la nueva vida que acaba de comenzar se desmoronaba irremisiblemente, el ensueño de Esther, las nuevas amistades, su fortuna, el castillo, todo desaparecía como por ensalmo. Toda la afabilidad que sentía y notaba a su alrededor por parte de los nobles y del clero e incluso de su cocinero, no era más que una tapadera para descubrir si él era judío y Diego de Rivas, su capitán, era el encargado de entregarle al santo oficio. Conforme iba descubriendo la celada, las venas del cuello se le hincharon y notó que su corazón se aceleraba por momentos y bombeaba sangre sin parar. Estaba a punto de estallar cuando, por fortuna, tuvo un momento de lucidez. «Si me altero le estaré dando la razón de que soy judío. No me queda más remedio que tomarlo como un insulto, sin más», pensó.

—¿Capitán, está seguro de lo que está diciendo? Eso le puede costar morir en la hoguera —amenazó Ehud.

Lejos de sentirse intimidado, el capitán se reafirmó:

—Sí. Estoy seguro de lo que digo. Pero su merced no me denunciará.

—¿Cómo?

La cara de Ehud adquirió una mueca de incredulidad por lo que acababa de oír. ¿Por qué el capitán estaba tan seguro de que no le denunciaría? La respuesta no se hizo esperar.

—Mi señor, no me queda la menor duda de que su merced es tan judío como yo.

Ehud, asustado, miró a su alrededor, tragó saliva y su rostro adquirió un tono mortalmente pálido. Hacía tanto tiempo que no pensaba que él era, realmente, un judío, que aquellas palabras dañaron sus tímpanos. Por un momento pensó que aquello no iba con él. Que el capitán se refería a otra persona. Pero, por otro lado, temía haber cometido alguna indiscreción, y si su capitán se había percatado de ello, también lo podía haber hecho cualquier otra persona.

Cuando reaccionó le preguntó:

—¿Por qué está tan seguro?

—Ayer, como era mi obligación, observé a su merced sentado en la tribuna junto a doña Begoña. Fueron los únicos que intentaban desviar la mirada del tribunal cada vez que dictaba una sentencia. Los demás disfrutaban cuando las escuchaban. Aún más, por la tarde también

declinaron la invitación para ir al quemadero.

—¡Por Dios! —exclamó Ehud—. ¿Cómo iba a asistir a semejante desatino?

—¡Cierto! Todo eso fue lo que me inclinó a pensar que son judíos y esta mañana su merced, me lo ha ratificado.

Los ojos de Ehud, abiertos como platos, indicaron que las palabras del capitán habían dado en la diana. No pudo reaccionar y no supo qué decir. Durante los últimos meses había vivido como un cristiano más y se había olvidado de su condición de judío. Ehud, esa mañana, había abandonado su isla de tranquilidad para adentrarse en su más cruda realidad.

—He sido un estúpido —reconoció el muchacho.

Sin embargo, Diego de Rivas lo justificó:

—Todo el odio acumulado ayer contra los cristianos durante el auto de fe, lo quería expulsar luchando contra mí, creyendo que yo era cristiano y uno de los causantes de sus males. Pero ya ve que no estaba en lo cierto. Yo también soy judío.

—Tiene toda la razón —terminó por admitir Ehud.

Inmerso en nefastos pensamientos, después de su confesión, oyó de nuevo la voz de Diego de Rivas que puesto de pie le anunció algo alentador:

—Mi señor, yo no tengo nada que perder excepto la vida. Y a esa la tengo tan acostumbrada a padecer que apenas le hago cuentas. Pero su merced no tiene nada que temer. Me dejaría cortar el otro brazo antes que delataros.

Al oír esas palabras, a Ehud no le quedó otro remedio que levantarse y fundirse con su capitán en un emotivo abrazo. Con él sintió una reunificación, una continuación de su antigua vida de hebreo, interrumpida desde hacía meses.

Atardecía cuando la patrulla armada volvía al castillo. Fue entonces cuando Ehud resolvió pasar por el centro del pueblo, en vez de rodearlo, para sentir el calor de sus gentes. Le gustaba y le causaba fascinación esa especie de mirada retraída, en la mayoría de veces puro miedo, que se reflejaba en los rostros de sus vecinos cuando tenían que presentarse ante él por cualquier causa.

Al entrar al pueblo se percataron de que en sus calles había un alborozo fuera de lo común. Cabalgaban despacio, erguidos y polvorientos en sus magníficos caballos de guerra de más de cinco pies de alzada. A su paso, la mayoría de gentes que se dirigían hacia la plaza, les miraban sorprendidas. Intrigado por la situación, Ehud decidió acercarse hasta allí para conocer el motivo.

La escolta armada accedió a la plaza por una de sus bocacalles.

Ehud no quiso irrumpir violentamente en el recinto y ante la imposibilidad de seguir avanzando, dada la cantidad de curiosos que se apiñaban en los alrededores, ordenó el alto a la patrulla. Desde su caballo comprobó, sin ningún género de dudas, que en aquel recinto se celebraba un evento. Al advertir los invitados la incómoda e inesperada visita, un profundo silencio se fue adueñando de toda la plaza y hasta la música paró.

Todas las miradas se centraron en aquellos doce jinetes, con el señor del castillo al frente, esperando ver qué acontecía. Inopinadamente, uno de los comensales de la mesa principal se levantó y se acercó a otro de su mesa, que también se levantó. Con andar pausado, los dos se dirigieron hacia donde estaba Ehud. A medida que se acercaban, los curiosos se iban apartando, dejándoles el paso expedito hasta que llegaron frente al señor del castillo, su señor. Los dos, que vestían ropas de ceremonia, se destocaron y bajaron la cabeza en señal de sumisión.

—¿Quién eres? —preguntó Ehud al más viejo.

—Soy Roque Salinas, el panadero, mi señor —. Luego añadió—: Y éste es mi hijo Bernardo.

—¿Qué celebráis con tanto regocijo?

—Mi matrimonio —respondió el joven, un tanto altivo.

El padre, al escuchar la respuesta del hijo, con disimulo le propinó un codazo que le obligó, de inmediato, a rectificar:

—Mi matrimonio, mi señor —dijo el muchacho, esta vez, con recato.

—¿Con quién te has desposado? —preguntó Ehud con curiosidad.

—Con la hija de Fernán Martín, el posadero, mi señor.

Instantes después, el panadero se turbó y con voz entrecortada se dirigió a Ehud:

—Merezco su castigo, mi señor. Castígueme a mí. Soy el único culpable.

—¿Castigo? —inquirió Ehud estupefacto.

A su vez, el viejo también le miró extrañado y le ofreció una explicación:

—Hacía tanto tiempo que en el castillo no habitaba nadie que olvidamos solicitar de su merced la venia para los esponsales de mi hijo.

Ehud miró al capitán demandando un consejo. Éste le hizo un mohín con la boca, como diciéndole que allá se las arreglara él. Que en ese aspecto no podía aconsejarle. Para no quedar como un tonto, tomó el camino de en medio:

—Está bien. Acepto tus disculpas. Por esta vez no habrá castigo.

Pero tendrás que fabricar el pan para mí durante treinta días.

El viejo se arrodilló, le dio las gracias y obligó a su hijo a que se arrodillara también.

—Gracias, mi señor. Dios os bendiga.

Luego se incorporó y se dirigió al señor del castillo:

—Será un honor para nosotros que su merced nos acompañe en la mesa de los novios.

En un instante Ehud decidió que no era mala idea. Después de estar todo el día luchando, tenía hambre y aquel hombre habría preparado los mejores manjares para la boda de su hijo. Así que resolvió sentarse a la mesa del panadero.

Descabalgaron todos y Ehud con el capitán se dirigió, junto con el viejo y su hijo, hacia la mesa principal donde aguardaba la novia y los familiares más íntimos. Ehud, conforme se acercaba, se sintió culpable por aquella interrupción. La mayoría de los invitados estaban asustados. No habían conocido al señor del castillo, pero sí se imaginaban por qué había aparecido esa tarde en la plaza, a pesar de que Ehud, lleno de polvo, prestaba una imagen poco afortunada a su señorío.

La mesa principal, en cuyo centro se sentaban los contrayentes, estaba ocupada por unas veinte personas, todas ellas familiares de los novios. Eran muy jóvenes, apenas tendrían dieciocho años él y ella unos dieciséis. Al llegar a la mesa todos los comensales se levantaron y dejaron dos sillas junto a los desposados y los padres de ambos. El silencio era sepulcral. Nadie se atrevía a hacer el menor comentario y le miraban con recelo, como con miedo.

El capitán, al apercibirse de ello, se acercó a Ehud y le susurró al oído:

—Mi señor, ordene que siga la fiesta.

Atónito, Ehud miró al capitán y después se dirigió al padre del novio:

—¡Que la fiesta continúe!

Poco a poco las conversaciones retornaron a la plaza y la música volvió a sonar. Mientras, el panadero daba vueltas de un lado para otro ordenando a todos los criados que llevaran delante del señor del castillo todo tipo de viandas. Al momento, ante Ehud aparecieron platos de carnes, pescados, verduras, frutas, vinos, frutos secos y pasteles calientes. El panadero también ordenó que sirvieran vino a los soldados del pelotón que se habían quedado en la bocacalle. El capitán brindó con ellos en varias ocasiones y sus risas y cánticos se oían por toda la plaza.

Anocheció y la fiesta aún se prolongaba. Ehud, a pesar de ir sucio

de polvo, era un hombre joven, guapo, alto y de buenas hechuras. Levantaba su copa con todo el que se lo proponía. Para la gente del pueblo era un honor poder brindar con el señor del castillo. Cuando se quiso dar cuenta, Ehud estaba medio borracho. Su mente iba más lenta que de costumbre y la lengua se negaba a tener la fluidez necesaria para poder comunicarse con claridad y presteza.

Llegado el momento, el novio se acercó a Ehud acompañado de la novia. Titubeaba y se paró con su mujer cogida de la mano a unos dos pasos del señor del castillo. La novia era una preciosa joven de dieciséis años que vestía una cástula blanca y transparente que dejaba entrever sus piernas largas y bien formadas. El pelo rubio y lacio le caía sobre los hombros enmarcando un rostro angelical de facciones delicadas. Los comensales de la mesa donde estaba Ehud sentado, crisparon sus rostros y alguna que otra lágrima rodó por las mejillas de los invitados. Todos le miraban con miedo, indignación y rabia. Pero Ehud no se hacía cargo. El alcohol, que se había posado en sus mejillas en forma de rosetones, lo denotaba. Volvió la cabeza cuando le llamaron a su espalda.

—Mi señor.

Ehud se giró en la silla.

—¿Qué ocurre?

—Mi señor —repitió.

—¿Por qué me molestas ahora? —se quejó Ehud.

El joven, conmocionado, le adelantó la mano de la joven, que, tímidamente, miraba al suelo y temblaba.

—Os presento a mi mujer, Isabel.

Ehud se sorprendió:

—¿Qué quieres que haga con ella? —preguntó con voz pastosa.

Entonces el capitán, que también había bebido bastante, se volvió a acercar a su señor y le explicó al oído el significado de aquel gesto.

—Mi señor, le ofrece a su mujer para que su merced sea el primero en yacer con ella esta noche de bodas. Es…una costumbre de los señores cristianos… ¿Os suena el derecho de pernada?

—¡Hombre!

A Ehud se le abrieron los ojos como platos. «Una oportunidad así y con semejante hembra no es para desperdiciarla», pensó de inmediato. Además, el alcohol le dio las suficientes fuerzas para tomar esa decisión.

Se levantó de la silla. Era bastante más alto que los novios. Les sacaba una cabeza a ambos. Cogió la mano de la joven y escuchó atentamente las indicaciones del marido que, con gran pena, le reveló que la casa que estaba a sus espaldas sería el domicilio conyugal.

Acabada la explicación, Ehud tomó el vaso de vino y lo apuró de un trago.

—¡Vamos! —apremió con decisión.

El novio, al ver partir a su mujer de la mano de su señor, cerró los puños y se los llevó a la cara. Al verlo en semejante estado, su padre se levantó y, con palabras de consuelo, le pasó su brazo por los hombros para ocultarlo de la vista de los demás. El capitán siguió a su señor y se apostó en la entrada de la vivienda con el objeto de que nada, ni nadie, pudiera molestar o atentar contra él.

Al entrar en la casa un agradable calorcillo les recibió. Estaba ambientada para esa noche tan especial. Esencias olorosas impregnaban la atmósfera de la alcoba nupcial. El lecho, decorado con sábanas y cobertores hechos para la ocasión, parecía una nube blanca y sedosa.

Los dos permanecían parados en el dintel de la puerta. Ella, cabizbaja, no había abierto la boca. Un ligero temblor hacía que sus manos y sus dedos bailaran. Ehud, poco delicado, le ordenó que pasara dentro y se desnudara. La joven dudó unos instantes, pero al fin entró y delante de la cama empezó a desnudarse lentamente. Unas lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron sobre una bonita piel de cordero que cubría el suelo, junto al tálamo.

Al desatar los lazos que la anudaban, la cástula se deslizó por sus brazos, cuerpo y piernas, cayendo al suelo. Tenía la piel muy blanca, espléndidos cabellos, la boca pequeña y unos dientes blanquísimos. Los labios, carnosos y sonrosados. Su nariz era aguileña, fina, moldeada a la altura de los ojos y coronada por dos cejas claras y definidas. El mentón, pequeño y suave. Aquella perfección en sus facciones le confería un candor y un encanto que harían confundir su rostro encantador con el de un ser angelical. «Es un capullo sin desflorar», pensó Ehud, nervioso por tan emocionada visión. Se relamía de lujuria fantaseando con lo que resguardaba aquella delicada ropa interior. Le costaba mantenerse de pie, por lo que tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta para seguir con su excitante mirada. La joven se echó las manos a la cara y prorrumpió en llanto.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó él de forma grosera.

La chica no contestó y siguió llorando.

—¡Vamos! ¡Sigue! —la apremió.

Con esfuerzo, la joven se abrió la camisa. Unos pequeños y sugerentes pechos, coronados por unos delicados y sonrosados pezones, afloraron ante los ojos de Ehud.

De repente, aquella visión, al tiempo que le agradaba, le hizo reaccionar. Al pronto, la vista de Esther delante de Epeneto Santos,

mostrándole los pechos en aquella finca, le vino a la mente. Recordó la cara babosa de aquel bárbaro y se dio asco. «Yo estoy haciendo lo mismo», se dijo para sí. También otra cuestión, más importante aún, le golpeó la mente. Si se hubiera desnudado delante de la joven, ella habría comprobado que estaba circuncidado y que, por lo tanto, era judío. Posiblemente no le hubiera denunciado, porque atreverse a denunciar a un noble no era un asunto baladí, pero Ehud siempre tendría sobre su cabeza la espada de Damocles que podría ceder en cualquier momento. «No vale la pena correr semejante riesgo», terminó por pensar.

—¡Vístete! —le dijo en un momento de lucidez.

La joven levantó la cara sorprendida. No se creía lo que acababa de oír.

—Límpiate las lágrimas. Nos vamos. Tu marido te aguarda.

No esperó a que concluyera la frase. Se abrochó la camisa y se subió la cástula. Fue delante del espejo y con unas gasas se enjugó las lágrimas. Se peinó y se dirigió a la puerta de la casa donde le esperaba Ehud.

Salieron fuera. En ese preciso instante todos los invitados de la mesa principal paulatinamente volvieron sus ojos hacia ellos. Alguien se levantó raudo y fue a avisar al novio. Por el tiempo consumido en la casa, las gentes y el mismo novio podrían suponer que no habían yacido o, podían imaginar que el joven señor no había logrado consumar aquella violación.

El joven se personó presto ante ellos. Ehud le miró fijamente a los ojos.

—Te devuelvo a tu mujer tal como me la diste.

Bernardo, confundido, miró a ambos. No entendía lo dicho por su señor, pero la cara complaciente de Isabel le demostró que lo que decía era cierto y que no había ocurrido nada vergonzante e irremediable.

—¡Ah!, por cierto, tienes una casa muy bonita.

—Gracias, mi señor.

Bernardo se arrodilló ante él y con lágrimas en los ojos le besó la mano. Ehud, se soltó de la presión del joven y dirigiéndose a su capitán, le indicó:

—Al castillo.

XVII. La mazmorra

El otoño de ese año fue gris y lluvioso. Ehud, al calor del hogar en su alcoba y en la biblioteca de la torre, ampliaba sus conocimientos y

su cultura. Paulatinamente iba convirtiéndose en un noble prudente, cauto y admirado por todos. Siempre escuchaba a su secretario cuando se extendía en alguna perorata sobre algún que otro tema. A veces se aburría por el exceso de erudición de don Álvaro, pero le venía como anillo al dedo. Administraba con sabiduría y justicia los terrenos de su propiedad que circundaban la fortaleza; por ello, los habitantes del pueblo de Monteagudo se sentían satisfechos con la actitud de su amo y señor. Compraba los productos que le ofrecían a precios justos y si era necesario adelantaba el dinero a los agricultores que no podían comprar la semilla para la siembra. En alguna ocasión —siguiendo la tradición de los señores del castillo— también actuó de juez al dirimir alguna que otra disputa casual por herencia o por compraventa de tierras y casas.

En los momentos más íntimos de soledad mantenía importantes debates internos sobre su confesionalidad. Se sentía judío de nacimiento y por tradición, pero no era practicante, sin embargo no era ni se sentía cristiano, pero sí practicaba esa religión, aunque fuera por un triste y fatal imperativo de supervivencia. Durante esos debates se planteaba la existencia de varios dioses. «Incluso los árabes tienen otro dios» se decía para sí. Aquello era un maremágnum difícil de solventar y en los instantes más lúcidos se planteaba la opción de un solo Dios con varios nombres, según la religión que los adorara. «Adoraré a un solo Señor, se llame como se llame», concluyó un día como colofón a semejante dislate.

Un atardecer, desde lo alto de uno de los torreones orientados al levante, se percató de que varias personas se acercaban al castillo. Tras alguna invocación se hincaron de rodillas y con la cabeza gacha y las manos juntas, esperaron en profundo silencio en una clara actitud piadosa. Parecían rezar de cara a una de las murallas de la fortaleza. Ante tan extravagante acontecimiento prestó atención al grupo de mujeres, las mismas que instantes después se levantaron y se volvieron hacia el pueblo. Sorprendido por tan insólito acontecer, bajó con rapidez hacia el lugar donde se habían postrado las mujeres con la intención de desvelar tan extraño suceso. Una vez llegado al lugar, observó la muralla del castillo, objeto de la devoción, intentando divisar alguna señal, pero en el muro no había nada. Se giró en redondo buscando a alguien que le explicara lo sucedido, pero no halló a nadie cerca. Alzó más la vista y, a lo lejos, descubrió a un labrador que, cansinamente, levantaba un caballón alrededor de un árbol. Sin más, se dirigió hacia él.

—¡Dios os guarde! —saludó el señor del castillo.

El viejo paró su quehacer y levantó la cabeza.

—¡Mi señor! —exclamó sobresaltado por tan inusual visita.

Don Íñigo de Aransay, señor del castillejo de Monteagudo, tiró de las riendas de su caballo y se detuvo frente al viejo. Éste se incorporó a duras penas y esperó alguna orden por parte del caballero, pero antes de volver a dirigirle la palabra, se apeó de la montura.

—¿Quién eres? —preguntó.

Sumiso, el hombre se destocó y a la vez inició una ligera reverencia. Con el gorro de lana preso entre las manos, contestó:

—Tomás. Tomás el herrero, mi señor.

—¿Eres del pueblo?

—Así es, mi señor.

—¡Dime! ¿Qué hacían unas mujeres de rodillas frente a esta pared del castillo?

El viejo, a pesar de que, con toda seguridad, había observado esa muralla infinidad de veces, llevó de nuevo la mirada hacia ella, aun sabiendo que no había nada de raro. Pareció influenciarse con esa mirada cuando empezó a hablar:

—Vienen a rezar, mi señor.

—¿A rezar?

—Sí. A rezar.

—¿Por qué?

—Una antigua leyenda, mi señor.

— ¿Qué leyenda?

Fugazmente el anciano pareció meditar la conveniencia o no de contarle al señor del castillo la superchería popular. Pero, instantes después, pareció tener miedo de enfurecer a su señor y benefactor, por lo que decidió contarle la fábula.

—Es una antigua leyenda, mi señor. Por las noches los fantasmas salen de sus tumbas del cementerio y entran en el castillo. Luego se oyen voces cautivas que elevan sus plegarias a los cielos.

—¿Fantasmas? ¿Voces cautivas?

—Sí. En ese castillo han muerto muchas personas. Y son sus espíritus los que demandan justicia.

—¿Quiénes eran los muertos? —preguntó con curiosidad.

—Lo ignoro, mi señor.

—¿Y quién los mató? —inquirió con extrañeza.

El hombre, de poblada barba cana y recias manos, antes de contestar, miró hacia ambos lados y bajó la voz casi a un susurro.

—El rey moro por las noches se transformaba en una gran alimaña, en un gran lobo. Y los devoraba en las mazmorras del castillo.

—¡Diantre! —exclamó Ehud, sorprendido por la respuesta del labriego.

En un abrir y cerrar de ojos analizó las palabras que acababa de oír y sacó tres conclusiones. La primera, que la leyenda que le relató su secretario no incluía nada de extraño en el comportamiento del rey moro e incluso don Álvaro le había alabado como un rey trabajador y amante de los jardines; en segundo lugar, la leyenda de la transformación del rey en un gran lobo que devoraba a sus víctimas era harto fantasiosa; y la tercera, el hombre había referido que eso sucedía en las mazmorras. Y él no sabía que ese castillo tuviera mazmorras o, era que los hombres exageraban las leyendas; también cabía la probabilidad de que hubiera un subterráneo y él lo ignorara.

Uno de esos días que recorría el perímetro de murallas tan singulares, pues la disposición de los cubos de las esquinas era en ángulo entrante en lugar de existir el común torreón de esquina; se percató de que en uno de los muros había grabada una estrella de ocho puntas con un giro de cuarenta y cinco grados. Intrigado por tan extraño símbolo y pensando que podría ser alguna entrada secreta, mandó llamar al secretario y al capitán.

Una vez personados ambos en la base del torreón examinaron con detenimiento la estrella y sus alrededores por si existía alguna otra que pudiera enlazar con ella y señalar una línea en concreto. Recorrida toda la base llegaron a la conclusión de que la rareza era única.

Pero Ehud, llevado por la intriga, preguntó:

—¿Es posible que señale algún punto en concreto?

—Lo ignoro, mi señor —admitió el secretario—. Es la primera vez que veo semejante símbolo en una muralla.

Oído el secretario, el capitán tomó la palabra:

—Mi señor, creo recordar haber visto alguna estrella como esta.

—¿Dónde? —quiso saber Ehud.

—Fue en las torres del castillo de Granada donde permanecí cautivo. Allí se decía que estos símbolos revelaban un sistema constructivo unitario que los alarifes seguían durante las obras de los castillos.

—¡Caramba! No sabía de tal ingenio —confesó don Álvaro.

Los tres admiraban la estrella y paseaban la vista por los altos paramentos cuando Ehud, a mitad de la muralla, advirtió algo raro.

—¡Mirad! Allí se nota algo.

—Parece un defecto de construcción —apuntó el secretario.

—Lo dudo, mi señor. Los árabes son muy precisos en las construcciones —le rebatió el capitán.

Los tres aguzaron sus miradas hacia el punto en concreto, pero desde esa distancia no podían llegar a ninguna conclusión, por lo que

Diego de Rivas propuso una medida:

—Mi señor, si quiere averiguar lo que acontece en esa pared, es necesario construir un andamio que se descuelgue desde lo alto del torreón o bien iniciarlo desde abajo hasta llegar a esa altura.

—No encuentro otra solución —indicó Ehud.

—Desde luego —confirmó el secretario.

Al día siguiente, una cuadrilla de más de treinta hombres, entre los que se hallaban braceros y carpinteros, empezaron a desbrozar y a alisar el terreno. Otros a cortar árboles para levantar, desde la base de la muralla, la plataforma. Tardaron más de una semana en montar y asegurar todo el andamiaje, el cual llevaba aparejado una escalera circular, por todo su contorno, que terminaba en una amplia plataforma en la parte más alta.

Una vez llegados al punto exacto comprobaron que, lo apreciado desde abajo, era una sospechosa y gruesa mancha de argamasa superpuesta a la pared original.

El secretario, neófito en el oficio, fue el primero en exponer su punto de vista, aunque sin mucha fortuna, porque el maestro albañil le rebatió de inmediato:

—Opino que no se esmeraron mucho en este paño de la muralla…

—No lo creo así, señor. Más bien parece una reparación posterior por un motivo que desconocemos.

Ehud, acostumbrado a cámaras ocultas, imaginó que aquello podría ser un agujero o una puerta tapada por alguna causa, aunque la enorme distancia al suelo hacía que fuese una idea descabellada. No obstante, dio su opinión en voz alta.

—Es posible que se trate de una oquedad o puerta tapada con posterioridad a la construcción del castillo.

El secretario, con la mirada fija en la pared, meditaba, para luego mirar hacia abajo y vuelta a fijarse en la pared, hasta que musitó algo que fue oído por los demás, atentos a sus idas y venidas.

—¿Con qué finalidad se abriría aquí una puerta? Hay más de sesenta pies… —dijo, para luego concluir—: No, no, eso es imposible.

Los tres permanecieron en silencio, hasta que a Diego de Rivas se le ocurrió otra idea.

—Mi señor, quizá sea la antigua puerta de una mazmorra. Por aquí es posible que se despeñara a los condenados contra las rocas…

Todos callaron. Aquello era más que posible, pero fallaba en lo principal: nadie sabía de la existencia de una mazmorra en ese castillo, excepto las gentes del pueblo, convencidas de que allí ocurrieron extraños sucesos y que los espíritus se manifestaban clamando venganza.

Ehud fue el primero que se aventuró en su favor:

—Es muy probable, capitán. Solo tenemos que descubrir este posible agujero y pronto lo sabremos.

Sin lugar a dudas, era el momento de los albañiles. A una mirada de Ehud, el secretario dio la voz de mando.

—Maestro, empiece a romper.

Los albañiles comenzaron a trabajar con escoplos y grandes martillos con los que golpearon sin descanso aquella dura argamasa durante todo un día. A la puesta de sol, cuando Ehud, su secretario y el capitán subieron a comprobar el progreso de los trabajos, observaron, con pesar, que apenas se habían rebajado unas cuantas pulgadas.

—Esta muralla fue construida a conciencia —se quejó don Álvaro.

—Puede decirse que los alarifes árabes son muy eficientes —indicó el capitán ante la mirada poco amistosa del maestro albañil.

Al término de la tercera jornada de arduos trabajos, el grosor del muro empezó a disminuir considerablemente y pronto se vislumbró la esperanza de poder hacer un agujero y pasar al otro lado, si es que lo había. La mañana del cuarto día era la prevista para terminar de horadar la pared y saber si, realmente, detrás de aquel tramo de muralla había algo. Una sala, un pasadizo, una mazmorra…, algo que justificara aquella anomalía en una muralla tan lisa como la palma de una mano.

Estaban presentes todos los interesados cuando el maestro albañil dio el último martillazo. El sonido tañó hueco y al desplomarse la tierra hacia dentro quedó dibujado un pequeño orificio en la muralla. El maestro, antes de permitir que alguien mirara, procuró agrandarlo lo suficiente para que pudiera introducirse una antorcha que iluminara el interior.

Diego de Rivas, con su único brazo, asió una antorcha encendida y la arrimó al agujero.

—¿Ves algo? —preguntó nervioso el dueño del castillo.

El capitán apartó de pronto la cara del agujero con un gesto de asco.

—¡Uf! Sale un tufo viciado, mi señor.

—¿Pero se ve algo? —insistió Ehud.

—Un momento, mi señor—. El capitán volvió a mirar por el agujero —. Parece que hay un túnel y una escalera.

«¡Santo cielo! La mazmorra de la que hablaba el viejo», rememoró Ehud la leyenda que le había contado el labriego hacía tan solo unos días.

Una vez aclarado que el interior del castillo podría ocultar algo,

Ehud dio la orden de terminar de abrir por completo aquél orificio. Poco a poco se fue desvelando que, efectivamente, aquella fue una primitiva puerta que daba al vacío, o a alguna otra escalera exterior destruida con el paso de los años. De inmediato, ordenó que todos los albañiles bajaran de la plataforma. Únicamente permanecieron a su lado el secretario y el capitán que, antorchas en mano, se preparaban para introducirse por la oquedad con una sola idea: averiguar el significado de aquella puerta y de la insólita mazmorra.

XVIII. Los soldados de Cristo

Diego de Rivas y don Álvaro cruzaron el umbral de la puerta adentrándose en el interior de la mazmorra. Ehud se disponía a hacerlo cuando a su espalda sonó una voz piadosa que lo detuvo en seco.

—*¡Pax Domini[Semper] sit vobiscum!*

«¿De quién es esa voz?», masculló y se volvió como una centella para averiguar quién era esa inoportuna e inesperada visita.

—¡Padre Mateo! —exclamó tan pálido como un cirio, para luego preguntar—: ¿Qué hace su merced aquí?

El canónigo, jadeante por el esfuerzo de tan larga y empinada escalera, apenas pudo responder con claridad.

—Hijo mío… este lugar,… donde ha muerto tanta gente… debe ser bendecido y limpiado de… espíritus malignos.

—¿Cómo se ha enterado de…? —no pudo por más que preguntar Ehud.

El canónigo, que vestía sobrepelliz y estola y de su mano colgaba un pequeño turíbulo, evitó una respuesta directa:

—Un hombre de Dios siempre ha de estar donde se le necesita.

Por la contestación, Ehud no albergaba la menor duda: el padre venía preparado para hacer su trabajo y él sabía que no iba a aceptar una negativa por respuesta. Además, pensándolo fríamente, tampoco quería enemistarse. No era conveniente. Así pues, a Ehud no le quedó más remedio que cederle el paso e invitarlo a traspasar la oquedad. El secretario, nada más verle le saludó con indiferencia; el capitán, le lanzó una mirada de desagrado. Aún rondaba por su mente la significada actuación del padre Mateo el día del auto de fe.

Desde la misma puerta, el padre Mateo se santiguó mirando a sus compañeros de expedición para que le imitaran. A continuación balanceó el incensario en tres direcciones mientras musitaba una oración:

—Fuente de Sanación, te pido por los méritos infinitos de la Preciosísima Sangre de nuestro Señor Jesucristo y el Inmaculado Vientre de la Santísima Virgen María, que mandes a tus ángeles y santos a este lugar para que expulsen a todos los espíritus malignos que se encuentren dañándolo.

Volvió a balancear el incensario y un espeso humo cubrió a los cuatro hombres mientras terminaba la oración:

—Te lo pedimos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y María como Fuente de Sanación. Amén.

—Amén —se sumaron los demás.

Acabada la intervención del padre Mateo y con el olor del incienso taponándoles la nariz, iniciaron la bajada por el túnel abovedado que descendía hasta internarse en la oscuridad más absoluta. La tintineante luz de las antorchas empezó a dibujar sobre las paredes grotescas figuras que parecían abalanzarse sobre los intrusos. Como música de fondo, el inquietante murmullo de una corriente de agua.

A cada peldaño que bajaban, la sensación de humedad los asfixiaba y el relente se hacía más pegajoso. Un estremecimiento tras otro les recorría el cuerpo a medida que se adentraban en lo desconocido. Cuando la luz de la antorcha iluminó el último escalón, el capitán puso el pie en una amplia sala circular de unos setenta pies de diámetro sobre la que se elevaba una amplia cúpula excavada en roca viva.

Todos los sillares que conformaban la sala eran rectangulares excepto el del centro que era circular y en donde se percibía un dibujo, ocultado parcialmente por el polvo acumulado a lo largo de los años. Intrigado, don Álvaro se aproximó y conforme despojaba el polvillo del mosaico sus ojos no daban crédito a lo que iba descubriendo.

—¡No es posible! —soltó perplejo.

Alertado por la sonora exclamación, el padre Mateo aceleró la bajada de los últimos escalones y se personó junto a él.

— ¡Por los clavos del santo Cristo! —gritó histérico.

El secretario pasó la antorcha por encima del mosaico y lo fue describiendo:

—Dos caballeros montados a caballo. Alrededor, dos círculos concéntricos que encierran la inscripción en caracteres griegos y latinos: *Sigillum Militum Xpisti*.

El padre Mateo, tradujo la leyenda:

—¡El sello de los soldados de Cristo!

Don Álvaro, con un rictus de seriedad en su rostro, reveló:

—¡¡Los templarios!!

El padre Mateo abundó en la respuesta del secretario con un hálito de añoranza en sus palabras. Quizá le hubiera gustado pertenecer a tan señalada orden con una única diferencia; combatir a los judíos en vez de a los musulmanes.

—¡Los monjes guerreros!

Ehud y el capitán asistían impávidos a las exclamaciones y reflexiones que se cruzaban los otros dos sin atreverse a decir una sola palabra. No sabían quiénes eran los templarios ni el significado de ese importante mosaico, pero evitaron descubrirse.

Aquel dédalo subterráneo intrigaba a don Álvaro, aunque conocía la existencia de infinidad de sistemas de galerías soterradas en monasterios y fortalezas. Eran estructuras defensivas o vías de escape ingeniosamente ideadas. Pero fue el capitán quien descubrió que en esa pared se añadía otra particularidad:

—La pared no es completamente circular, señor.

—¡Es cierto!—ratificó el padre Mateo—. Es un octógono.

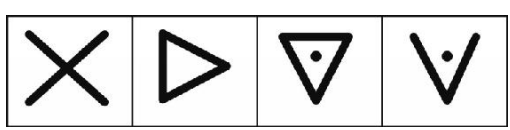
El secretario se acercó a la pared y al pasar la mano comprobó la certeza de lo que decían sus compañeros. La pared no era circular. Había unos pequeños vértices muy suavizados que la transformaban en un octógono dando lugar a que en su base se dibujara un círculo perfecto.

En cada uno de los ocho lados del octógono aparecían túneles. En dos de ellos los túneles aparecían tapados con argamasa y en otros dos se apreciaban escaleras. Una, la escalera por dónde habían bajado y otra que, por el lado contrario, ascendía, al parecer, hacia el castillo. Dispuestos a averiguarlo el capitán y Ehud se internaron en el túnel y empezaron a subir por la angosta escalinata. Al rato se toparon con una recia puerta de madera reforzada con franjas metálicas y tachones que impedía el paso. La puerta se abría con una empuñadura pero, debido al tiempo que había permanecido cerrada, esta no cedió a pesar de los empeños de Ehud y del capitán.

Al volver pusieron en antecedentes al secretario que opinó sobre la puerta:

—Está claro, don Íñigo. Es un pasadizo secreto. Habrá que averiguar por dónde se accede a ella desde el castillo.

Después fijaron sus ojos en los otros cuatro túneles que estaban dispuestos cada noventa grados. Encima de cada oquedad, esculpido en la piedra, un extraño signo. Una x, un triángulo acostado hacia la derecha, otro triángulo invertido con un punto en el centro y un ángulo abierto hacia arriba con otro punto en el centro.



Inmersos en esos pensamientos no se percataron de que el secretario había dejado de dar vueltas como una peonza. Se paró y susurró con incredulidad:

—¡Un momento!

Todos le atendieron de inmediato y se produjo un instante de silencio.

—¿Qué ocurre? —inquirió el padre Mateo.

—¿Aquí hay espacio suficiente para que doce personas se sienten alrededor de una gran mesa circular?

Con un ligero movimiento de cabeza, todos confirmaron la existencia de ese espacio sin saber lo que pensaba el secretario.

—¿Por qué doce? —interrumpió Diego de Rivas.

—El doce es un número mágico. Señala a Jerusalén y a sus doce puertas, las doce tribus de Israel, los doce Apóstoles y este círculo significa el sol. Así que supongo que en esta sala, en una mesa redonda, se sentarían los doce templarios de más alto rango. Este era el lugar sagrado de los templarios… Era su… su… *sancta sanctórum*.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el canónigo.

—Quizá esta obra la iniciaron los árabes, pero los templarios la descubrieron y la transformaron en un lugar secreto de reunión. La cúpula, el octógono, este espacio circular y el sello en el suelo así me lo hacen pensar.

Ante el empuje dialéctico de don Álvaro, el padre Mateo no tuvo más remedio que admitir su teoría:

—Es posible, don Álvaro.

El secretario cavilaba mientras daba vueltas en torno a los otros tres que lo observaban atónitos, sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Mientras tanto, Ehud se preguntaba cuánto tardarían en averiguar qué demonios era aquello y si ocultaría algo de interés para él. Por otro lado y a la vista de aquella cúpula, el padre Mateo desearía convertir el lugar en algún santuario cristiano, ofrecérselo a su eminencia el obispo y escalar puestos en el escalafón eclesiástico para llegar a su destino: la cátedra de la diócesis cartaginense.

Sin embargo, Ehud, aturdido por tantas apreciaciones, preguntó al erudito:

—¿Qué tiene que ver todo lo que ha mencionado?

—Todo está relacionado, mi señor. El modelo principal seguido por los templarios en las plantas de las construcciones fue octogonal, procedente originalmente del templo de Salomón —empezó don Álvaro la explicación de su teoría—. Aunque este tipo de planta se alternó con la rectangular, fue el octógono, transformado en un círculo perfecto en el interior, el símbolo esotérico más importante de sus construcciones. Este círculo, uno de los esquemas más ancestrales del cosmos, constituía un espacio idóneo para realizar operaciones mágicas y ritos iniciáticos.

El padre Mateo, que, acostumbrado a las directrices de la iglesia, no comulgaba con estos ideales, dictó sentencia a la vez que se hacía sobre el pecho la señal de la cruz.

—Por estas prácticas malignas los templarios fueron expulsados de la iglesia y ajusticiados en la hoguera aquel día, viernes trece de octubre.

Don Álvaro, erudito y con la mente mucho más abierta a estas enseñanzas, evitó una discusión directa con el canónigo. No lo consideraba rival para este tipo de cuestiones. Normalmente los canónigos —pensaba él— recitaban como papagayos los criterios que dimanaban del Vaticano sin pararse a pensar si había otra opinión más independiente, clara, sensata o innovadora. «La Iglesia católica es, a no dudar, conservadora y tradicionalista», concluyó.

—¿Y los cuatro túneles?—preguntó intentando desbaratar, como fuera, aquella idea del secretario—. ¿Qué significan?

—Con toda certeza era por donde entraban y salían los templarios sin ser vistos, aunque todos los túneles no conducirían a la verdadera salida. Estoy seguro de que debieron proteger este lugar con trampas para evitar a los intrusos. Quizá solo haya un túnel que lleve a la única salida —reveló el secretario.

El capitán, mudo hasta ese momento, examinó al erudito.

—¿Y… hace mucho tiempo de eso, señor?

—Las crónicas nos hablan de que el rey Alfonso X estuvo aquí, en este castillo, en el año de 1257 y, posteriormente, en 1265 los templarios colaboraron con él para sofocar una revuelta. En gratitud, el rey les recompensó con este castillo y la villa de Caravaca.

—¡Caramba! Su merced conoce a fondo la historia de los templarios —manifestó el capitán.

Ehud se quedó como extasiado. Su mente cabalgaba a lomos de un brioso corcel intentando descifrar multitud de cuestiones que se amontonaban en su mente, sobre todo una:

—Don Álvaro, ¿cómo vestían los templarios?

El capitán y el padre Mateo miraron a Ehud con indolencia, como pensando, ¡qué importaba la vestimenta de aquellos monjes guerreros!

—La orden vestía túnica blanca con la cruz patada en el pecho y mantón blanco con otra cruz roja en su lado izquierdo.

Al escuchar la respuesta, a Ehud se le encendió una luz en su cabeza.

«¡Está claro! Noche, entradas secretas, gente con mantones blancos andando en la oscuridad, cementerios… ¡No hay duda! Los fantasmas de los que me habló el labriego y que cuenta la leyenda no son más que templarios acudiendo a su cita con la orden. No hay nada de extraño. Todo concuerda», concluyó Ehud, con cierto regocijo interior, por haber desvelado el misterio.

A continuación, los cuatro hombres debatieron cómo se pudo

excavar semejante cúpula en la roca y el significado de la puerta a mitad de la muralla. Después de varias teorías, llegaron a una firme conclusión: la puerta se abrió a mitad de la pared para construir una galería en dirección al centro del monte y, desde allí, iniciar los trabajos de excavación en dos sentidos: hacia arriba y hacia abajo, a la vez que se iría ensanchando en forma de cúpula. La puerta sirvió como primitivo acceso a la excavación y para arrojar los escombros al vacío. Después de su cometido, fue tapiada.

Pero ante ellos, otro enigma por descubrir. Los cuatro túneles, ¿adónde llevaban? Dispuestos a averiguarlo, acordaron introducirse cada uno por un túnel para investigar dónde desembocaban.

Don Álvaro, tras alentar a sus compañeros y advertirles de las posibles trampas que pudieran esconder, fue el primero en decidirse. Se introdujo por el túnel en cuyo frontal había esculpido un ángulo invertido. El capitán eligió el túnel señalado con el triángulo, también, invertido. Ehud, empezó a investigar por el túnel del triángulo acostado y el canónigo se introdujo por el túnel marcado con una x. Todos acordaron volver a la sala circular para referirse lo que habían descubierto.

El primero en regresar fue el padre Mateo. El túnel era, al parecer, el más corto de todos y no tenía nada de particular; ni huecos ni ninguna salida. Era una trampa, un callejón sin escapatoria.

Instantes después regresó el capitán. Relató que ese túnel discurría paralelo al curso de un torrente y que, con toda seguridad, se trataba de una corriente subterránea que iría a desembocar al río Segura. Lo comprobó por un pozo tapiado con viejas maderas en el que estuvo a punto de caer. También era otra trampa.

Al poco, Ehud apareció cabizbajo. Creyó que descubriría algún tesoro y el túnel que había explorado estaba vacío. La única salvedad consistía en que al final se ensanchaba considerablemente y su parte superior no era de tierra sino de piedra.

Contaban sus peripecias cuando advirtieron que el secretario se demoraba en regresar. Todos pensaron que ese túnel era el más largo de todos o que el secretario podría haber caído en una trampa. Desde la boca del túnel le llamaron con insistencia provocando un desagradable eco, a continuación, un largo silencio lleno de recogimiento y de terror. Nadie contestó y se recelaron lo peor. Temieron que le hubiese ocurrido alguna desgracia irreparable: se hubiera despeñado por algún agujero, pozo oculto, o activado algún resorte secreto quedándose encerrado en algún calabozo. Los tres acordaron acudir prestos en su ayuda.

Corrían por el túnel sin pararse a observar nada, pero una rara

impresión les perseguía conforme avanzaban: el túnel rebosaba de esqueletos encadenados a la pared. Aun así, se dirigieron hacia donde empezaba a divisarse un débil resplandor. Ese no podía ser otro que el de la antorcha de don Álvaro.

Su señor fue el primero en llegar.

—¿Qué ocurre, don Álvaro?

El tono de voz empleado por Ehud era de intriga, de expectación. Pensaba que el secretario habría descubierto el tesoro de los templarios. Recordó momentos pasados cuando abrió aquel baúl en la cámara oculta; el resuello no le dejaba respirar y se ahogaba prácticamente de ansiedad y de alegría. Ahora le sucedía lo mismo, pero al comprobar la realidad, el desencanto fue enorme. El secretario, antorcha en mano, observaba un esqueleto.

—¡Miren! —el susurro resonó como en una caverna.

Los recién llegados prestaron atención al esqueleto. No cabía duda de que el cautivo había muerto en esa posición; sentado en el suelo y apoyado de espaldas a la pared. Los huesos del brazo derecho seguían abrazados por un grillete del que pendía una cadena que, a su vez, se sujetaba a una argolla asegurada a la piedra.

—Murió aquí, preso.

La voz del capitán sonó lastimosa recordando sus años de cautiverio en Granada. Por unos instantes su mente albergó un pensamiento, «Yo podría haber tenido el mismo fin si las huestes de Isabel y Fernando no me hubieran liberado a tiempo».

El padre Mateo hizo la señal de la cruz sobre el cadáver:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*…

—¡Sabe Dios cuánto tiempo lleva aquí! —dejó caer el secretario.

—Bien, es un esqueleto —dijo el capitán, para luego añadir—. ¿Pero qué tiene de particular?

Don Álvaro, tras unos instantes de vacilación y sin quitar la vista del cadáver, expuso:

—No es solo un esqueleto, capitán. Hay algo mucho más importante.

Los otros se quedaron atónitos. ¿Qué otra cosa más importante había en la celda? Por más que la revisaron, junto al esqueleto no había nada ni nadie. Parecía que el tufo a humedad de la mazmorra había perjudicado el buen sentido del secretario. Por más que miraban solo veían un esqueleto sujeto a la pared, porque las ropas que se suponía vestía esa persona, estaban tan ajadas por la humedad y el tiempo que difícilmente podrían ser reconocidas. A pesar de ello, el secretario se agachó y examinó una túnica hecha jirones que en un rincón había sido cobijo y alimento de ratas y cucarachas.

—¡No puede ser! —volvió a exclamar, echándose las manos a la cabeza.

—¿Quiere decir de una vez qué ocurre? —le recriminó Ehud de mala gana.

—¡Mi señor, este cadáver era… de, era… de…

Los otros, dominados por la intriga, permanecían boquiabiertos esperando la resolución del enigma planteado por el secretario, pero éste se hacía de rogar hasta tal punto que llegó a inquietarlos.

—¿De quién? —dijeron al unísono.

—¡¡De un templario!! —exclamó por fin.

—¿Cómo sabe que este cautivo era un templario? —preguntó Diego de Rivas, esperando alguna demostración más de su teoría.

Don Álvaro se agachó y recogió del suelo, junto a la mano encadenada, un trozo de cuerda.

—¡Por esto! —dijo esgrimiendo la cuerda en la mano.

El capitán puso cara de asombro.

—¿Por una sirga?

—Si —confirmó el erudito.

El capitán se adelantó y tomó la cuerda en su mano para examinarla. Después de observarla detenidamente señaló:

—¿Qué significado tiene? Puede ser un simple pedazo de cuerda con la que se maniatase a algún prisionero.

—Tal vez —contestó el secretario—, pero me inclino a pensar que no.

Ehud parecía que asistía a un diálogo entre locos. Miraba a uno y a otro sin saber qué decir ni qué pensar. Aquello de descubrir la identidad de un esqueleto por un trozo de cuerda iba más allá de lo que él podía suponer. Llegó a pensar que los espíritus de los que hablaba el labriego y que habitaban esa mazmorra, les habían trastornado la mente. Así que, harto de escuchar tanto desvarío, alzó la voz:

—¿Pueden explicarme qué es lo que ocurre?

—Muy fácil, mi señor —dijo don Álvaro por fin—. Los templarios, en uno de sus rituales iniciáticos, bendecían una cuerda ante el gran maestre de la orden y ante el ídolo Baphomet. Al término del ritual la cortaban y daban a cada uno un trozo de esa cuerda con el compromiso de portarla siempre consigo. Significaba que habían nacido del mismo seno y eran portadores del mismo espíritu—. Luego apostilló—: Era como un cordón umbilical que les unía a su juramento.

—Pero es una prueba poco sustancial —alegó Ehud con toda la razón.

Oído esto, don Álvaro se agachó y del rincón recogió algunos trozos de lo que, en tiempos, fue un magnífico hábito y se lo mostró a los dos:

—Mirad. Aquí se distinguen algunos hilos rojos que en el pecho dibujaban la cruz patada roja que distinguía a los templarios.

Salieron de la celda medio convencidos y siguieron recorriendo el túnel. Había más de cincuenta celdas, todas decoradas por un esqueleto y en similares circunstancias. Don Álvaro llegó a la conclusión de que todos los cadáveres pertenecían a monjes templarios. Pero el capitán no terminaba de encontrar lógica aquella situación y, sin tapujos, lo puso en conocimiento de sus compañeros:

—Aquí falla algo.

Los demás le miraron con extrañeza. ¿Que podía fallar? Todo estaba claro. Eran celdas con presos encadenados a la pared. No había más.

—Explíquese, capitán —le sugirió el padre Mateo.

Diego de Rivas se tomó su tiempo antes de contestar y la mirada ansiosa de sus acompañantes pareció traspasarle.

—Si como ha dicho el secretario este castillo era de los templarios, ¿qué significado tiene que encerraran en celdas a los de su orden?

—Sí, resulta extraño —terció Ehud.

El padre Mateo fue más lejos en su respuesta:

—Quizá fueran sodomitas, herejes, traidores a su orden o vaya su merced a saber.

—No lo creo, padre. Aquí hay más de cincuenta esqueletos —le respondió el capitán.

Don Álvaro, que se había mantenido en silencio sopesando cada una de las respuestas y sacando sus propias conclusiones, tomó la palabra:

—Es posible cualquier causa de las que se han expuesto aquí, pero también hay una que, muy probablemente, sea la verdadera.

—¿Cuál? —preguntaron al unísono.

El secretario, ante la presencia del canónigo, se pensó cuales iban a ser sus palabras. El padre Mateo estaba alerta.

—El rey Felipe IV de Francia con el consentimiento y la complicidad de su santidad Clemente V, ordenó, aquel fatídico viernes trece de octubre de 1307, la detención de todos los integrantes de la orden —reveló don Álvaro—. Como consecuencia, se produjo en todo el mundo un movimiento en contra de los templarios cuyo único fin era despojarles de sus poderes y riquezas. Es posible que aquí se detuviera a los templarios —habitantes ocasionales del castillo por esos días—, y ante su negativa a hablar y a desvelar dónde ocultaban

sus tesoros los encerraron en estas celdas y aquí murieron.

La reacción del padre Mateo, con los ojos henchidos de rabia, no se hizo esperar:

—En mi presencia ha implicado a la iglesia en algo terrible, don Álvaro, y eso, amigo mío, no lo puedo tolerar.

Un silencio tan espeso como la brasa que caía de las agotadas antorchas, se produjo al término de la explicación de don Álvaro y de la reprimenda por parte del canónigo. Pero aquella historia era más que creíble y sobre todo en boca de un ilustrado.

—¿Quiénes fueron los que los apresaron? —preguntó Ehud.

—Mi señor, por aquellas fechas el reino de Murcia estaba muy convulso. Castilla y Aragón se disputaban estas tierras y el rey Fernando IV…

Don Álvaro hablaba y hablaba, pero aquello de las riquezas de los templarios caló hondo en Ehud. En el caso de que hubiera riquezas, estaban escondidas en ese subterráneo y él dispuesto a encontrarlas como fuera. Pero otra idea le amargó el plácido momento por el que pasaba: si, por casualidad encontraban una fortuna, los otros tres o, al menos dos de ellos, el secretario y el padre Mateo, podrían exigirle su parte. ¿Tendrían derecho a reclamarla? Al fin y al cabo ese era su castillo y su mazmorra. Atormentado por ese pensamiento estuvo a punto de dar por finalizada la investigación con la idea de volver en otro momento con la única compañía de su fiel capitán. Cuando el secretario terminó su perorata, Ehud, instintivamente, preguntó:

—Si eran monjes, ¿a qué se debe tantos poderes y riquezas?

—Mi señor, los templarios defendían a los peregrinos que viajaban a Tierra Santa y se dice que, bajo el templo de Salomón, descubrieron objetos de valor material y espiritual que los hicieron inmensamente ricos y sabios.

El padre Mateo, para desacreditar a la orden y lo que don Álvaro había expuesto, volvió a la carga. Esta vez con resentimiento:

—Sus grandes maestres murieron en la hoguera como vulgares herejes.

Don Álvaro no pudo reprimirse y respondió al padre Mateo:

—Confesaron bajo tortura lo que sus captores querían oír, incluso el gran maestre Jacques de Molay, cuando el fuego ya le arrebataba la vida, pregonó a los cuatro vientos su inocencia y predijo la muerte de sus ejecutores en menos de un año.

—¿Y se cumplió la profecía? —preguntó Ehud intrigado.

Don Álvaro, antes de contestar a su señor, miró al padre Mateo, que —el entrecejo fruncido— seguía palabra a palabra lo relatado.

—Cierto —afirmó el secretario con decisión—. El papa Clemente

falleció un mes después que el maestre; y el rey Felipe, a los ocho meses.

—¡Caramba! —exclamó Ehud.

Después de la explicación, el padre Mateo, con un rictus de seriedad en su rostro, dio un paso adelante en su interrogatorio y le preguntó:

—¿Acaso su merced pone en duda el papel del santo oficio?

Aquella pregunta hecha a bocajarro era seca, brutal. El secretario no respondió. Era una daga envenenada que el canónigo le lanzó intencionadamente. La situación para don Álvaro empezaba a ser muy comprometida. El padre Mateo era capaz de denunciar a cualquiera, incluso a su santa madre con tal de ganarse los favores de su eminencia y de los inquisidores que aún permanecían en Murcia. Por lo que don Álvaro, si fuera denunciado al santo oficio, sería pasto de las llamas a pesar de la amistad que gozaba con los Fajardo, puesto que, en ese comprometido caso, no se atreverían a defenderle.

El ambiente en aquella celda se espesó y los cuatro se dieron un tiempo para la reflexión. Ehud se maldijo por no haber tenido los redaños suficientes para evitar que el padre Mateo se hubiera unido a la expedición. Pero mucho más importante era saber quién le había proporcionado semejante información. A lo peor había sido el mismísimo don Álvaro en una indiscreta conversación con don Pedro Fajardo.

Cuando todavía sonaban los ecos de la acalorada discusión, los cuatro hombres comprobaron que las antorchas se habían consumido y no tuvieron más remedio que abandonar la investigación y regresar a la salida. El dueño del castillo se alegró enormemente de ello.

XIX. Armando de Mont-Agut

Se despertó sobresaltado, sudoroso. Miró a su alrededor. Estaba solo en el salón iluminado por la cálida luz del fuego. Incapaz de quedarse de nuevo dormido, volvió a recorrer mentalmente el túnel que había explorado, convenciéndose de que lo único extraño que había en él, era su tramo final.

Las luces de la mañana aún no mandaban en el firmamento cuando ordenó llamar a don Álvaro y al capitán. Volverían a inspeccionar el túnel.

Los tres, bien pertrechados de antorchas, se introdujeron en el interior de la mazmorra. El capitán mandó que dos hombres hicieran guardia en la puerta con una única misión: nadie podría pasar al interior.

Llegados al túnel señalado con el triángulo acostado se introdujeron en él. Fueron colocando antorchas cada veinte pasos con la idea de alumbrar suficientemente el camino para intentar descubrir algún vestigio. El túnel era el más largo de los cuatro. Medía unos cuatrocientos pies, lo que indicaba que se alejaba bastante del cerro y tenía otra particularidad que don Álvaro percibió enseguida.

—Vamos ascendiendo —dijo a medida que avanzaban.

—Sí, parece que el túnel está cuesta arriba —confirmó el capitán.

Ehud se ilusionó:

—¿Eso querrá decir que nos lleva a algún sitio?

El secretario, que marchaba en cabeza, volvió la cabeza para responderle:

—No, necesariamente, mi señor.

Los tres siguieron avanzando y colocando antorchas, pero sin encontrar nada que llamara su atención. El ensanchamiento del final de la galería era tal y como Ehud lo había descrito. No tenía nada de particular excepto la losa que la cubría. La elevación a la que se encontraba era de unos cuatro palmos por encima de un hombre alto. El capitán, con el brazo estirado hacia arriba, apenas tocaba la piedra con la punta de los dedos.

Don Álvaro, sin apartar la vista de ella, afirmó:

—Tiene que ser una salida.

Los tres acercaron sus antorchas a la losa con la intención de encontrar algún resquicio, o palanca que la hiciera moverse. Estaban en este menester cuando don Álvaro se agachó y con un cuchillo, que siempre ocultaba bajo el jubón, marcó en la tierra unos garabatos.

—¡Caramba! ¿Qué hace su merced?

—Debemos situarnos, mi señor.

El secretario dibujó un círculo central que señalaba el castillo. Luego fue representando cada una de las particularidades que rodeaban al cerro, a la vez que las comentaba:

—Al norte y al oeste tenemos campo, varios huertos y caseríos. Al sur, huertos y el camino de la capital y al este, el pueblo de Monteagudo y… el… el… cementerio.

Fue entonces cuando don Álvaro abrió la pequeña talega y de ella extrajo un insólito aparato. Los otros le miraban con cara de incredulidad cuando lo posó en su mano y una pequeña aguja empezó a moverse y a dar vueltas hasta que, tras cortas oscilaciones, se paró.

—Muy bien —dijo el erudito—. Si este es el norte —señaló con el dedo—… nosotros… estamos en el… este.

— ¡Estamos debajo del cementerio! —definió el capitán.

Al escuchar el comentario, a Ehud se le salieron los ojos de las órbitas. Pensó que los muertos iban a empezar a salir de sus tumbas y presentarse allí, ante ellos, reclamando el espacio que impunemente estaban violando.

—Si esto es así, no queda otro remedio que pensar que esta lápida es de una tumba. ¿Pero de quién?

No había terminado el secretario de hacer el comentario cuando Ehud miró temeroso a su alrededor:

—¿Esto es una tumba?

—Tranquilícese su merced. Debió ser una tumba, pero después se transformó en una entrada secreta. Como puede comprobar, no hay ningún cadáver.

—¿Y cómo se abre? —inquirió.

—Eso tendremos que averiguarlo —expuso el capitán.

De repente, Ehud soltó una sonora exclamación que heló la sangre de sus compañeros, los cuales repasaban, minuciosamente, las paredes para dar con algún resorte:

—¡Qué estúpido!

Don Álvaro y el capitán, sin saber que sucedía y con un rictus de terror en sus caras, preguntaron al unísono.

—¿¡Qué ocurre!?

—El otro día un labriego me contó una antigua leyenda: las gentes del pueblo decían que por las noches veían a los fantasmas entrar y salir de sus tumbas y que en el castillo se oían voces, cánticos… Ellos lo atribuían a almas en pena.

—¡Los templarios entrando y saliendo del cementerio con sus mantos blancos!

—¡Cierto, don Álvaro! Tal pensé ayer cuando le pregunté por la

vestimenta de los templarios.

—Sus mercedes convendrán conmigo en que no hay duda. Este túnel es la entrada al castillo y solo nos queda averiguar cómo se abre la losa desde aquí dentro.

Se pusieron manos a la obra para descubrir cómo se desplazaba la lápida. El secretario, aupado por el capitán, recorrió toda la superficie rugosa de la losa, mas no encontró nada. Debía haber otro artilugio de apertura. Si a la vista no había nada es que estaba oculto en alguna de las tres paredes de tierra húmeda que conformaban el pequeño habitáculo.

Cada uno pasó la mano por la superficie de una pared con la intención de descubrir alguna piedra o saliente. Raíces, piedrecillas o astillas de hueso arañaban la palma de la mano de los hombres mientras que algunas lombrices, desde sus galerías, asomaban la cabeza al notar el pequeño terremoto que sufrían en sus escondrijos. Pero se dieron por vencidos. No existía resorte alguno en ninguna de las paredes.

—Quizá se abra solo desde fuera —aventuró Ehud.

—No lo creo —lo contradijo el secretario—. Si entraban por aquí, debían salir de alguna forma.

El capitán seguía deslizando la mano por las paredes hasta que cayó en la cuenta.

—¿Y si el resorte quedara en el suelo?

Una simple mirada entre los tres bastó para que se pusieran a buscar, rodilla en tierra.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó Ehud.

Tenía la mano puesta en uno de los rincones en donde se apreciaba, claramente, que debajo de la tierra húmeda había una piedra. Limpió con la mano la superficie y apareció una piedra cuadrada visiblemente esculpida. El secretario se acercó y asentó el pie donde Ehud tenía la mano. Al notar dureza bajo la suela de su escarpín, presionó con fuerza. De inmediato, una suave cascada de polvillo se desprendió de la lápida envolviendo el ambiente y a los tres hombres. A la vez, un tétrico murmullo de roce de piedras se enseñoreó del pequeño habitáculo. Aquel ruido erizaba los cabellos al más calmado. La luz del día, mansamente, fue iluminando la cárcava.

—No podemos subir, señor. No hay escaleras.

Don Álvaro opinó presto:

—Cierto capitán, alguien la destruiría ese fatídico día, cuando la orden desapareció—. Acto seguido le dijo—: No queda otro remedio, tenéis que subirme.

El capitán tuvo que hacer de caballete y elevar al secretario sobre

sus hombros para que alcanzara la superficie y comprobara exactamente dónde se encontraban. Al asomar la cabeza por el sepulcro, lo primero que vio don Álvaro fue a tres ancianas, quienes, con la cara desencajada, miraban con fijeza al enterramiento de donde procedía el macabro sonido que las alertó. Al ver aparecer la cabeza del secretario cubierta de tierra, tiraron los ramos de flores y a pesar de sus avanzadas edades, echaron a correr rezando y exclamando jaculatorias a voz en grito.

Ayudándose mutuamente Ehud, el capitán y Don Álvaro consiguieron salir a la superficie. Una vez en el exterior comprobaron que se encontraban en el mismísimo centro de la necrópolis. Una escultura en piedra, a tamaño natural, presidía el enterramiento. Era la figura de un templario con yelmo, cota de malla, escudo y espada, toda ella tallada en una sola pieza de piedra enmohecida por el paso de los años. Don Álvaro estudió la imagen con detenimiento y dedujo que la efigie estaba orientada al este, particularidad que le hizo razonar:

—¡Claro! El túnel del este… y la escultura también mira al este… lógico…—susurró el secretario.

—¿Qué es lógico, don Álvaro? —indagó el capitán al oír el cuchicheo.

—Los templarios construían sus ermitas, catedrales, castillos y panteones mirando al oriente.

—¿Por qué, precisamente, hacia allí?

—En Tierra Santa, reside la capital del mundo templario y cristiano por la que ellos han luchado tanto: Jerusalén.

Ehud y Diego de Rivas, como buenos judíos, se miraron sin hacer el menor comentario, pero por sus mentes circuló una idea: «Jerusalén también es la capital de los judíos y desde tiempos más remotos». Aunque no les gustó el comentario, tampoco les importó mucho lo que creyera un erudito cristiano o la cristiandad entera. «Jerusalén, la tierra de mis antepasados, fue y será judía por los siglos de los siglos», pensó Ehud.

En la lápida, debajo de la cruz patada de los templarios, figuraba grabado el nombre de un tal Armando de Mont-Agut, muerto el veinte de agosto de 1305.

Ehud, intrigado, quiso ahondar en el personaje y preguntó al erudito:

—¿Quién fue Armando de Mont-Agut?

—No lo sé, mi señor. Pero por la categoría del panteón no albergo la menor duda de que fuera el gran maestre de los templarios del reino de Murcia.

—El apellido se parece mucho al nombre del pueblo. ¿Tendrán algo que ver?

—Es muy probable que Monteagudo provenga de algún apellido francés, aragonés o catalán… como Mont-Agut. El monte agudo —tradujo el erudito.

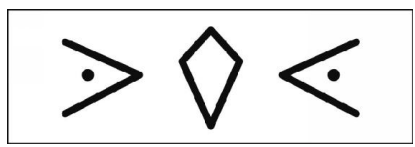
Pero don Álvaro seguía mascullando algo. La mirada perdida, el mentón apoyado en la mano y su silencio indicó a sus compañeros que había algo más que ocupaba su tiempo y su mente. Dispuestos a averiguarlo le preguntaron con avidez:

—¿En qué piensa?

Aun habiendo oído la pregunta, el secretario se mantuvo por unos instantes en silencio, como terminando de dar luz a su imaginación. A continuación, dio una vuelta más mirando la lápida, concentrado:

—Me pregunto por esos signos. ¿Querrán decir algo? —. Luego, se contestó él mismo—: Creo que sí.

En la parte superior de la lápida figuraban tres signos esculpidos, cuya grafía era similar a los signos que campeaban en la parte superior de los túneles. Un ángulo abierto hacia la izquierda con un punto entre los lados. En el centro un rombo estirado hacia abajo y a la derecha, otro ángulo abierto, también, hacia la derecha y con otro punto en su interior.



—¡Caramba! Parecen dos ojos y una nariz en medio —comentó Ehud.

—Quizá representen los ojos del Todopoderoso… —replicó el capitán.

—No. No lo creo —susurró el secretario aún pensativo.

—¿Entonces?

—Quizá sean signos templarios, capitán —. Luego, razonó—: Si en las tumbas cristianas se suele colocar el epitafio en latín *Requiescat In Pace, (RIP),* quizá sea su correspondiente en la escritura de los templarios.

Por su parte, Ehud se interesó por esa frase tan rara:

—*¿Requiescat in pace?* ¿Qué quiere decir?

—Es latín, señor. Significa: descanse en paz.

Olvidado el misterio de la escritura, las miradas se giraron hacia la estatua. Ninguno dudaba de que en esa figura se encontrara el resorte para abrir la lápida. Era lo más racional. Don Álvaro la seguía inspeccionando minuciosamente y se acercó al punto que él creyó más

idóneo donde los templarios pudieron situar el resorte de apertura. No era otro que el largo mango de la espada que sobresalía notorio del resto de la figura. Don Álvaro lo manipuló y aunque cedía no terminaba de accionar el mecanismo. Estaba atorado por la tierra y la humedad de tantos años sin que se manejara. Tanto lo obligó que el puño se desprendió del resto de la espada y don Álvaro a punto estuvo de caer al interior de la fosa. Lamentando su desgracia, pues pensaba que había roto el dispositivo, examinó el puño para volver a insertarlo en la espiga de la gran espada normanda, cuando se quedó mirando el interior del mango.

—¡Un momento! Aquí hay algo escondido.

Los otros dos se acercaron intrigados. En el cilindro interior había un trozo de piel enrollada. Don Álvaro introdujo un dedo y con trabajo, no exento de paciencia, consiguió extraerla. Estaban nerviosos, expectantes, y Ehud y el capitán apremiaban a su compañero para que la mostrara.

El secretario desenrolló la piel que medía un palmo y medio de larga por cuatro dedos de ancha. Ante sus ojos, ¡un mapa!

—¡Por todos los santos del cielo! Es un plano del mar Mediterráneo con un itinerario.

Los tres se apretujaron para observar más de cerca el mapa y el itinerario, ambos dibujados en tinta roja. Cada uno hacía sus cábalas para intentar colegir el significado de aquel viaje y quién pudo haberlo hecho. Pero era anónimo. Tan solo abajo aparecía otra extraña leyenda formada por figuras geométricas.

—¡Caramba! No entiendo nada —apuntó Ehud decepcionado.

Mientras el secretario pensaba e intentaba llegar a alguna conclusión coherente, el capitán preguntó:

—Señor, ¿quién pudo hacer ese viaje? ¿Armando de Mont-Agut? Porque si el mapa está en su mausoleo…

—No creo que él hiciera ese viaje. Más bien, pienso que alguien de la orden lo ocultó por algo —. Luego susurró—. ¿Quién buscaría un mapa en un cementerio?

—¿Y qué tiene de interesante? …—preguntó Ehud.

—Eso, precisamente, mi señor. No habla de tesoros, pero estoy seguro de que oculta algo muy importante.

Ehud miró a su secretario, incrédulo.

—¿Y qué puede ser algo más importante que un gran tesoro?

Don Álvaro obvió la salida tan estúpida de su señor. ¡Claro que había cosas en el mundo más importantes y de más valor que un gran tesoro! ¿Pero qué?

Con la mirada fija en el trozo de piel se devanaba los sesos. Su

mente era un torbellino imaginando ideas y desechándolas enseguida. Para un mejor entendimiento leyó en voz alta las escalas que se hicieron en ese supuesto viaje:

—Alguien o algo parte de Jerusalén. Hace una primera escala en la isla de Chipre para continuar hasta el sur de la península Itálica. Luego, el viaje continúa hasta la ciudad de Marsella en Francia. Cruza todo el país, al parecer, hasta la Zialia y, desde allí, pasa a Albión. Después baja a lo largo de toda la costa portuguesa y por el estrecho llega al mar Mediterráneo y, justo, frente a la costa de Cartagena, el viaje llega a su término.

—¡Qué casualidad! —exclamó el capitán al oír el nombre de la última ciudad del viaje —. Luego apostilló—: Aunque parece que el viaje tiene más recorrido, señor.

Don Álvaro aguzó la vista sobre el mapa.

—Tiene razón, capitán. Parece que prosigue hasta otro lugar, muy cerca de Cartagena, y…

—Yo diría que hasta Murcia, señor.

—Sí, eso parece. O sea, que quien hizo este viaje llegó hasta aquí.

—¡Claro! El muerto —soltó Ehud, ahíto de tanto acertijo.

Los dos volvieron a soslayar la respuesta del señor del castillo, el cual, para entretenerse, se paseaba por las cercanías leyendo los nombres de los difuntos escritos en las lápidas y cuidando de que nadie volviera a sorprenderlos. A buen seguro las viejas habrían dado la alarma en el pueblo y no tardarían en personarse los curiosos para comprobar, si era cierto lo que contaban.

El secretario, temiendo ese momento, volvió a colocar el puño de la espada en su sitio y después de echar un cauteloso vistazo para asegurarse de que nadie les observaba, se introdujeron de nuevo en la fosa. Una vez en el interior accionaron el mecanismo y la losa obedeció cerrándose con el mismo tétrico sonido.

XX. La leyenda del mapa

El invierno se había adelantado y hacía un frío de perros. Llovía sin parar desde hacía varios días y el ambiente era húmedo. En el hogar de la amplia alcoba de los dueños del castillejo las ascuas proyectaban un trémulo resplandor rojizo que la iluminaba. Ehud, arrebujado, retozaba en la cama cuando observó que Esther daba un bote, de un manotazo apartaba el velo del baldaquín y se levantaba rauda con una mano tapando su boca. No había alcanzado la puerta cuando se agachó y los graves sonidos de unas arcadas dieron a Ehud la alarma de que su compañera estaba vomitando. Preocupado, salió apresuradamente al jardín y desde allí llamó a voces a Inés.

Una vez recuperada, el ama la acompañó de nuevo hasta la cama y la arropó.

—Señora, debe descansar —la aconsejó. Luego dijo —: Ahora mismo le traeré un tazón de leche caliente.

Al oír hablar de comida, le volvieron las arcadas.

—No puedo.

—Debe comer, señora —le sugirió.

Ehud, que se mantenía callado observando lo que acontecía, le advirtió:

—Mandaré avisar al físico para que te reconozca.

—Por ahora no es necesario, señor —intervino Inés antes de salir de la alcoba.

Ante la cara de extrañeza de Ehud por la respuesta de la sirvienta y antes de que la reprimiera con brusquedad, Esther, desde la cama y con voz débil, le anunció:

—Cariño, estoy embarazada.

—¡Santo Cielo! ¡Voy a ser padre! —dijo de inmediato, ilusionado.

A continuación le vinieron a la mente las últimas discusiones del verano y un carácter agrio que él no entendía. Pero ahora ya estaba justificado.

—¿Para cuándo vendrá? —preguntó como con miedo.

Con los ojos entornados, Esther hizo un breve cálculo.

—Para finales de la próxima primavera.

Ehud se acercó a la cama y se sentó. Luego la besó en la mejilla:

—¡Un hijo! ¡Un heredero! ¡Por fin!

Ehud desvió la mirada hacia la ventana. Las gotas de lluvia resbalaban lentamente por el cristal y observándolas en su lento descenso, soñó. Ya se veía con un pequeño agarrado a su mano recorriendo y jugando por las estancias del castillo. Imaginó que lo llevaría a las prácticas de lucha y a montar a caballo. Irían al río a

bañarse y disfrutarían como lo había hecho de joven con su hermano Ariel. Le enseñaría todo lo que un jovencito debía saber de la vida, de juegos, del castillo, de luchas, de mujeres y de todo cuanto le preguntara, él lo instruiría.

Pero Esther abrió los ojos y le sacó de su ensueño:

—O, una hija. Una heredera.

Ehud puso cara de bobo cuando se percató de su error. Para él, un hijo era siempre un varón en quien poder reflejar sus aciertos y sus sapiencias de la vida. Nunca había sopesado la posibilidad de que naciera una hembra. Todo su incipiente sueño se había desvanecido en un momento y no tuvo más remedio que reconocerlo:

—Tienes razón —dijo en un susurro.

A partir de entonces, Ehud pasaba más tiempo en el castillo al cuidado de Esther. Procuraba no abusar de sus salidas, tanto al campo de prácticas de luchas y de paseos a caballo a la ciudad y casi todo lo delegaba en su secretario. Había rechazado invitaciones a actos sociales y eclesiásticos porque los físicos le habían recomendado a Esther reposo absoluto. El embarazo le estaba dando más complicaciones de las que podían suponer en un principio y pasaba gran parte del tiempo en la cama, llorando y con un bajo estado anímico, a pesar de los cuidados de su compañero. Por otra parte, el tiempo de ese invierno tampoco acompañaba. Aunque no nevó, hacía bastante frío y llovió casi todos los meses. El ambiente gris y triste influía notablemente en el ánimo de la señora del castillo. Cuando se encontraba muy decaída, cavilaba que hubiera preferido quedarse embarazada en primavera. La luz y el color de los días de verano la hubieran ayudado a llevar con más entereza esos primeros y difíciles meses de preñez.

Para entretenerse, Ehud solía salir de paseo con sus perros por las cercanías del castillo y recorría las murallas admirando la perfección de sus altos torreones. Deambulaba por los huertos de limoneros y naranjos impregnándose de su agradable aroma. Recogía margaritas silvestres para regalárselas a Esther y decorar la alcoba. Ella, los días que se encontraba más animada, se asomaba a las ventanas y lo veía caminar entre los árboles.

Por su parte, don Álvaro seguía inmerso en descifrar el mapa y los caracteres geométricos de la leyenda. Pasaba horas y horas en su despacho del torreón consultando libros y haciendo cábalas. Avanzada la noche, Ehud veía el débil resplandor del candil por la ventana del torreón. Él le animaba y le exoneraba del trabajo cotidiano para que siguiera investigando. Ehud quería conseguir, a toda costa, el tesoro escondido, si es que existía en realidad.

Una tarde se acercó a comprobar los progresos del secretario. Prácticamente volcado encima de la mesa, rodeado de una pila de planos y libros, buceaba en la historia. Tan concentrado estaba en su trabajo que no se percató de la presencia de su señor, hasta que le saludó de viva voz:

—¿Cómo va la investigación, don Álvaro?

—Oh, mi señor, disculpe. No le había oído llegar.

Al levantar la cabeza, Ehud observó que el secretario llevaba puestas las lentes que le regaló su maestro.

—¡Caramba! Parece que sus ojos son el doble de grandes. Su merced parece un bicho raro con semejante artilugio.

El secretario sonrió:

—Es un efecto de las lentes, mi señor.

Acto seguido, el señor del castillo se preocupó por el curso de la investigación:

—¿Hay progresos?

—De momento no, mi señor.

—¿Ni siquiera sabemos el significado del mapa?

—No.

—¿Y la leyenda?

—Tampoco, mi señor. No he encontrado nada.

—¿Y qué me dice de los signos geométricos?

—Pueden decir todo y nada. Quizá sean unas figuras geométricas muy antiguas o un vocabulario muy primitivo. Tampoco sabemos con certeza si las escribieron los templarios.

Entonces Ehud, acuciado por los sueños y delirios de grandezas, reaccionó.

—¿Y si tomamos como letras las iniciales de la tumba …?

—Se refiere su merced a las iniciales de *requiescat*…

—Sí —afirmó su señor sin dejarle acabar la frase.

Entonces, el secretario esbozó un pequeño cuadro, donde escribió las iniciales R, I, P, y debajo los correspondientes signos de la lápida escritos en el mismo orden. Luego estudió la leyenda y observó que esos tres signos también se encontraban en ella.

—Hipotéticamente ya tenemos tres posibles letras que coinciden con otras que se encuentran en la leyenda —expuso don Álvaro.

Ehud, espoleado por ese incipiente dato se sentó junto al secretario con la vista fija en el cuadro. Cuando, de improviso, dio un bote en el asiento que asustó a su compañero de investigación.

—¡Don Álvaro, tenemos siete letras!

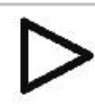
—¿Cómo?

—¡Los signos de los túneles! Si adjuntamos los signos con las iniciales de los cuatro puntos cardinales, obtendremos otras cuatro letras.

Con rabia, el secretario golpeó la mesa con el puño.

—¡Diantre! ¡Cómo no se me ha ocurrido antes! Está claro. Partiendo del norte, que identificamos con la brújula, seguimos por el este, sur y oeste. Emparejaremos las iniciales con los signos que aparecen encima de cada túnel. Luego, podemos estudiar una sucesión de signos y dar con ese alfabeto —.Y añadió—: Con la ayuda de Dios, naturalmente.

El secretario amplió el cuadro con las nuevas cuatro letras y sus correspondientes símbolos.

R	I	P	N	E	S	O
						

El rostro de Ehud, a pesar de la hora, se iluminó y animó a don Álvaro:

—¡Empecemos!

Espoleado por su señor, el secretario se retrepó en su asiento, miró el cuadro y precisó:

—Ahora tenemos que sacar conclusiones. Aunque hay algo raro.

—¿La letra N?

—Sí —afirmó el secretario—. De las siete letras es la única que se escapa a la norma de figura geométrica.

Ehud se sintió decepcionado.

—Quizá estemos iniciando un camino equivocado.

—Sigamos a ver qué sucede. Las demás, parece obvio, siguen un orden lógico.

—¿A qué se refiere, don Álvaro?

—Si conseguimos descifrar el orden oculto podremos, por intercalación, continuar con ese orden y señalar nuevas letras, aunque no las tengamos. Es decir, conseguir un alfabeto completo.

—¡Caramba! ¿Su merced así lo cree?

—Naturalmente. Por lo menos, lo intentaremos para dar con la leyenda del mapa. Veamos. En nuestro alfabeto la letra O y la P van seguidas y aquí las identifican con dos ángulos con un punto en el centro. Lo cual significa que siguen una pauta con una sola diferencia: el ángulo de la O se abre hacia arriba y el de la P hacia la derecha.

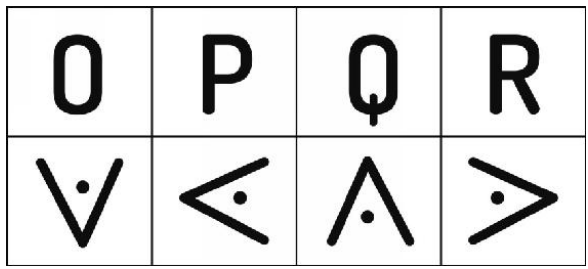
Ello nos puede indicar que la letra Q se identifique con otro ángulo con punto, abierto hacia abajo. ¿Lo entiende?

Ehud seguía asimilando lo expuesto por don Álvaro, hasta que por fin se dio cuenta:

—¡Oh! Sí. Está muy claro.

—Sigamos. La siguiente letra en nuestro alfabeto es la R que, por lógica, se representaría con un ángulo abierto hacia la izquierda y con un punto. Por tanto, podemos decir que la serie de letras O, P, Q, R, las tenemos identificadas según nuestro criterio y siguen un orden racional.

A continuación, el secretario esbozó otro cuadro con esas cuatro letras emparejadas con sus correspondientes símbolos.



—Ahora nos queda estudiar la letra S que se representa por un triángulo invertido y con un punto en el centro. Lo cual, parece indicarnos, que cada serie de cuatro letras posee un símbolo distinto, puesto que la S es la letra siguiente a la R y ya no se utilizan ángulos sino triángulos. Lo extraño es que este triángulo, el primero de la serie, está invertido cuando la lógica nos lleva a pensar que fuera al revés, es decir con el vértice hacia arriba.

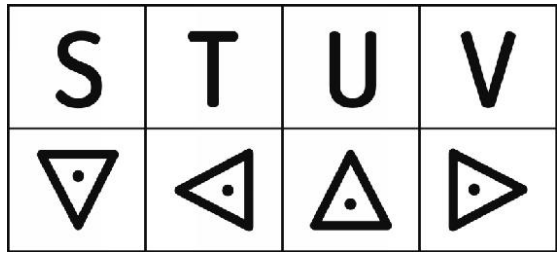
Ehud se quedó mirando fijamente el cuadro que acababa de esbozar su compañero de investigación. Al cabo de unos instantes reaccionó:

—Quizá no sea así, don Álvaro.

—Explíquese su merced—. En la serie anterior la O se representa por el ángulo con el punto, pero el vértice del ángulo está hacia abajo. Usted lo está tratando según la abertura del ángulo que es hacia arriba.

—¡Caramba! Es cierto. Por lo tanto, la serie S, T, U, V, sería igual que la anterior, pero en vez de ángulos corresponderían triángulos y todos con un punto en el centro.

El secretario volvió a dibujar otro cuadro con las cuatro letras recién nombradas con sus correspondientes signos.



Al concluir el cuadro, la llama de la vela de la candela flameaba dando a entender que se consumía inexorablemente y los ojos de los dos investigadores también se cerraban sin remedio. Sus mentes ya carecían de la suficiente lucidez para proseguir el trabajo con la mejor garantía de éxito, por lo que acordaron interrumpir la investigación hasta el día siguiente. Un agradable descanso, un almuerzo y una buena claridad matutina serían los elementos que los ayudarían a seguir descifrando el complicado alfabeto.

La visión por las tres ancianas de una cabeza con vida saliendo del gran panteón, como los monteagudeños llamaban al enterramiento de Armando de Mont-Agut, fue la gota que colmó el vaso de las incredulidades y fantasías. Pasaron varios días hasta que las gentes aceptaron volver al camposanto para dar sepultura a sus difuntos. La apertura del boquete en la muralla del castillo y las continuas visitas al interior de la mazmorra eran observadas con interés no exentas de preocupación por los habitantes del pueblo. No querían saber nada de muertos, fantasmas, ni almas cautivas, y decían que —aquellas extrañas visitas y trabajos perturbaban a las ánimas en su viaje hacia el Eterno y que, por ello, se reencarnaban—. La prueba era la cabeza viviente saliendo del sepulcro.

La noticia corrió por la comarca como las aguas bravas recorren los rápidos. En la capital se produjo tal revuelo que hasta su eminencia pidió informes de lo que acontecía en el castillejo de Monteagudo. El recién nombrado obispo no quería que en su diócesis se produjeran actos de supersticiones y brujerías y mucho menos se hablara de fantasmas ni de muertos vivientes. Creyendo a pies juntillas que todo aquello era producto de la superchería popular, pidió un informe de lo acontecido al recién nombrado vicario de la diócesis de Cartagena, el padre Mateo.

Este, que había alardeado ante su eminencia de la amistad que le unía con los dueños del castillejo, nada más recibir la orden de su superior, se personó en la propiedad de don Íñigo de Aransay. Desde el día del descubrimiento de la mazmorra no había vuelto al castillo, aunque seguía muy de cerca todo cuanto acontecía en él.

Cuando una mañana, el criado le anunció la presencia en el castillo

del padre Mateo, Ehud palideció y se preguntó el porqué de aquella inesperada visita. «Siempre aparece inoportuno», pensó de primeras, pero enseguida su mente se puso a trabajar y temió que hubiera recordado quien le había hablado de la Ermita de la Loma. En ese caso, su presencia se debería a que le iba a poner en antecedentes para investigarle o, en otro caso, también muy probable: coaccionarle, teniendo de fondo un sustancioso motivo económico.

Ehud, preocupado, le recibió al amor del fuego que chasqueaba en el hogar del amplio salón.

—¡Padre Mateo! ¿Cómo está su merced? —le saludó amablemente.

—Bien. Bien, hijo mío. Pero veo, don Íñigo, que no está al tanto de las nuevas de la capital.

Ehud estuvo a punto de sufrir un síncope y, en un instante, decidió que si venía a poner en su conocimiento que le iba a denunciar, el padre Mateo no saldría vivo del castillo esa mañana. Su corazón latía con fuerza y notaba la presión que las venas ejercían en sus sienes. No obstante, preguntó retraído, como con miedo:

—¿A qué se refiere, su merced?

El padre Mateo, sin embargo, respondió con énfasis. Su voz era febril y entusiasta.

—¡He sido nombrado por su eminencia nuevo vicario de la diócesis!

El joven resopló. Fue como si le vaciaran un agradable cubo de agua tibia por encima y dio gracias a Yahvé, a Jesucristo y a todos los dioses paganos que conocía y a alguno más que se inventó.

—¡Caramba! No tenía conocimiento… Es una buena noticia para la diócesis…

El nuevo vicario se sonrió con malicia. Sin duda se sentía orgulloso de sus logros. Conseguía lo que se proponía, aun a costa de denuncias, dudosos favores, chismes y coacciones. Nadie podía estar a salvo cuando el padre Mateo metía las narices en su vida. «Todo el mundo tiene algo que esconder», solía decir.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó Ehud con recato, después de haberle ofrecido asiento.

—¡Oh! Nada importante, don Íñigo —mintió descaradamente y con una sonrisa forzada.

—Le escucho con atención.

El nuevo vicario se retrepó en el asiento para comenzar a desvelar el motivo de su inesperada visita.

—Como su merced sabe, los enemigos de la iglesia aprovechan los momentos de debilidad para confundir a los pobres de espíritu —. Ehud le miró sorprendido. No sabía a dónde quería ir a parar el nuevo vicario—. Han llegado a los oídos de su eminencia ciertos rumores,

desde el pueblo de Monteagudo, referentes a que ánimas en pena se pasean por el camposanto y perturban la normal y sana convivencia de las gentes y, cómo no, el buen obrar de la iglesia. Su merced sabe —insistió— que son muchos los feligreses temerosos de que ese agujero de la muralla sea una puerta abierta al averno. Al respecto, su eminencia me ha pedido que redacte un informe sobre lo descubierto por su merced en los sótanos de la mazmorra y le ruega que cierre esa puerta por el bien de todos. Yo ya le he puesto en conocimiento de lo hallado y que el lugar ha sido bendecido y limpiado de malos espíritus. A pesar de ello, su eminencia me ha encargado un exhaustivo informe.

Aunque el tono de voz usado en la entrevista por el nuevo vicario era cordial y distendido, en el fondo había un imperativo tácito que al señor del castillo, desconociendo cómo se las gastaban los obispos y el clero en general, le supo a cuerno quemado. Al contrario, pensó que quién era su eminencia para aconsejarle lo que debía o no debía hacer en su propiedad.

—¿Y su merced qué le ha contado? —preguntó cauto.

El rostro del vicario acusó la pregunta.

—Exactamente lo que duerme en el subsuelo de este castillo, don Íñigo.

En ese preciso instante entró el secretario y se sorprendió de la entrevista que se estaba llevando a cabo en el salón.

—¡Oh! No sabía que…

—Pase, pase, don Álvaro… —invitó el vicario, dando a entender que nada de lo que se decía allí era comprometido.

El secretario entró, se acomodó en uno de los sillones y enseguida advirtió, por la mueca de su señor, que la entrevista descarrilaba. Aun así se mantuvo en un discreto segundo plano a la espera de que la plática, interrumpida por su llegada, continuase. No obstante, su señor le puso en conocimiento del nuevo cargo del padre Mateo y del curso de la plática.

Inmediatamente, el vicario continuó:

—También incluiré en el informe todo lo relacionado con los templarios…

—Vicario Mateo —interrumpió el secretario—, no sería conveniente dar pábulo a lo encontrado.

El clérigo se irguió en su asiento y le descerrajó una pregunta:

—¿No debería informarme de alguna otra cosa, don Álvaro?

Ehud y el secretario se quedaron de una pieza.

—¿A qué se refiere?

—Vamos, vamos… ¿quieren ocultarme un descubrimiento tan

importante?

Ehud, para apoyar a su secretario, intervino:

—No sabemos a qué se refiere su merced.

Viendo que ninguno de los dos daba su brazo a torcer, el vicario preguntó directamente por lo encontrado:

—¿Pretenden ocultarme el descubrimiento de la tumba y su contenido?

En aquel momento Ehud y don Álvaro, mientras oían el tono afilado de la voz

del vicario Mateo, se quedaron incrustados en sus asientos. Un tono céreo acudió a sus mejillas y una tartamudez en boca del secretario, indicó que estaba mintiendo.

—Vicario Mateo… creo… creo que… que le han confundido…

De repente, el vicario reaccionó con ira y un color púrpura se instaló en sus mejillas:

—Desde luego, mis informaciones no son esas…

Ehud acudió en defensa de don Álvaro:

—Solo hemos descubierto que el único túnel con salida es el orientado al este…—. Y apostilló—. Era por donde entraban y salían los templarios…

Estaba claro que el vicario recibía información de alguien de dentro del castillo. Quizá de un criado o de un guardia que hubiera escuchado alguna conversación privada. Conociendo al clérigo no era difícil suponer que habría sobornado a alguno de los moradores y que este le había relatado lo que se cocinaba por allí, aunque no con exactitud. De ahora en adelante habrían de tener más cuidado a la hora de hacer comentarios comprometidos, incluso dentro de su propio castillo.

Para limar asperezas y que el nuevo vicario no se fuera con un mal sabor de boca, Ehud le regaló un naipe ganador:

—De todas formas, vicario Mateo, transmítale a su eminencia mi más sincera intención de cerrar la abertura de la pared, de forma inmediata, para evitar que las habladurías perjudiquen a la diócesis.

El clérigo, al escuchar las palabras de don Íñigo, inclinó el torso hacia adelante y cerró los ojos en señal de una falsa sumisión, toda vez que el clérigo jugaba según le interesaba, y, en ese momento, lo preciso era salir de allí con un triunfo que ofrecer a su superior:

—No esperaba menos de su merced, don Íñigo. Así se lo transmitiré a su eminencia.

Lo que el vicario Mateo desconocía o, por lo menos, no lo había mencionado, era la existencia del mapa. Lo de la puerta tendría fácil solución. Ehud ya no tenía mucho interés en bajar a la mazmorra,

dado que ya tenían lo que querían y al parecer allí no se ocultaba ningún tesoro. Lo que si tendrían que hacer era buscar en alguna de las dependencias del castillo el resorte y la entrada que daría acceso directo al sótano. Para ello dio órdenes inmediatas al secretario para que examinara cada una de las estancias en donde pudiera estar la puerta oculta.

Esa noche, señor y secretario, tras evaluar la visita del vicario, dieron órdenes al capitán para que investigara si entre sus hombres había alguien sospechoso de estar en connivencia con el vicario. Luego se afanaron en seguir con la investigación del supuesto abecedario de los templarios. Nada más la oscuridad y la calma reinaron en el castillo, ambos hombres subieron al torreón y se sentaron a la mesa de caballete del despacho de don Álvaro.

—He estado cavilando y hoy vamos a empezar por un método distinto, mi señor.

Ehud le regaló un elogio:

—De acuerdo, don Álvaro, es usted el alma de esta investigación.

—Vamos a escribir la leyenda y debajo de cada signo escribiremos las letras ya identificadas. Luego estudiaremos cuáles son las letras restantes y, con suerte, podremos descifrar, según el sentido de la frase, las otras letras. También descubriremos nuevos signos con los que podamos hacer series de cuatro letras.

Don Álvaro se esmeró en escribir la leyenda y debajo de cada signo identificado colocó la letra correspondiente. Ante su sorpresa la primera parte de la leyenda estaba casi descifrada y lo más importante; poseía sentido. El secretario, ante la mirada más que atenta de Ehud, empezó a leer:

—Pro… Prote… Prote… ede… ¡Caramba! La primera palabra puede ser… proteged…

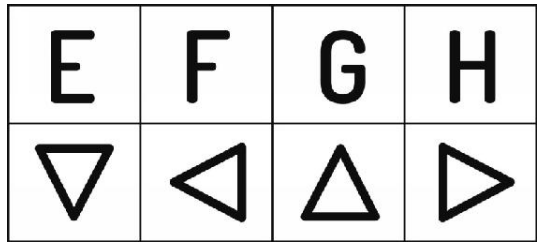
Al secretario no le dio tiempo a terminar la frase:

—¿Proteger? Proteger ¿qué? —preguntó Ehud con ímpetu.

—No lo sé, mi señor, sigamos con la identificación de letras —aconsejó don Álvaro—. Si en realidad no nos equivocamos y la palabra es proteged, podemos identificar la letra G con un triángulo con el vértice hacia arriba y comprobamos que en la leyenda hay otro triángulo; luego suponemos que es otra G. Ahora veamos, ¿cuál es la serie de cuatro letras que contiene a la letra G? Estoy seguro de que toda esa serie se representa por triángulos. Si partimos por la primera letra, la A, y hacemos series de cuatro letras, la G está incluida en la segunda serie junto con las letras E, F, H.

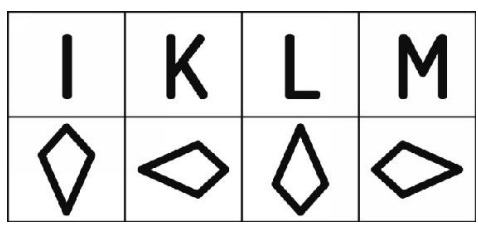
Como Ehud no sabía el alfabeto castellano, únicamente se mantenía atento a las explicaciones de su secretario y evitaba dar alguna otra

opinión para no ponerse en evidencia. Tan solo asentía las explicaciones lógicas que don Álvaro le presentaba y observó atentamente como el erudito dibujaba otro cuadro con las letras que acababa de nombrar y abajo sus signos.



—Ya tenemos dos letras más de la leyenda —expresó Ehud satisfecho.

—Sí, pero nos falta averiguar la serie con la que empieza el alfabeto y la otra serie; la que continúa a partir de la letra H, es decir, la I, K, L, M. Sabemos que la I se representa por un rombo irregular cuyos dos lados inferiores son más largos que los superiores, luego esa serie debe estar compuesta por rombos en diferentes posiciones —. Y continuó don Álvaro con su razonamiento—: En la leyenda hay tres letras que pertenecen a esta serie. Una que tenemos identificada como la I y dos eles.



Cuando don Álvaro trasladó las tres letras al cuadro de la leyenda, únicamente faltaban por identificar dos letras; dos ángulos abiertos hacia arriba, pero antes de sacar esas dos letras se arriesgó a desvelar el sentido de la frase. Cuando sus ojos repasaron el enunciado entero, un repentino sofoco hizo aflorar en su rostro un vivo color rojizo y quiso hablar, pero una afonía momentánea le impidió comunicarse con su señor. Tan solo unos ruidos guturales salieron de su maltrecha garganta.

—¿Qué le ocurre, don Álvaro?

—¡Señor…! —dijo con una voz grave y apenas audible.

—¿Se encuentra mal? ¿Mando llamar al físico…?

—No, no.

—Pues… ¿entonces?

Tosió, carraspeó e intentó hablar, mas fue en vano. Ehud estaba asustado. Nunca antes había visto a su secretario en semejante estado. Incluso estaba peor que él cuando le dio aquella carraspera en la posada el día que lo conoció. Por fin, el secretario pudo hilvanar algo coherente, aunque con voz cavernosa.

—¡No puedo creerlo!

—Don Álvaro, dígame qué le ocurre. ¿Qué dice la leyenda?

El secretario hizo una pausa para recuperar el aliento.

—Mi señor, si es cierto lo que hemos descubierto, es algo muy importante.

Ehud perdía la paciencia por momentos viendo cómo su secretario oscilaba entres toses, afonías, jaculatorias y conjeturas, pero sin llegar a expresar el significado de la leyenda.

—¿Puede decírmelo de una vez? —inquirió de mala gana.

Don Álvaro se retrepó de nuevo en su asiento, se restregó las manos por la cara en señal de desesperación y miró fijamente a su señor con una duda: si le contaba o no el epítome de la leyenda. Parecía no estar seguro de ello y Ehud lo percibió.

—¿Me oculta algo, don Álvaro?

—No, por supuesto que no, mi señor.

—Pues léame la leyenda de una vez —le insistió contrariado.

El secretario, antes de leer la leyenda, rellenó los dos cuadros vacios que según el sentido de la frase correspondían, sin lugar a dudas, a dos aes. Después leyó de viva voz:

PROTEGEDELSANTOGRIAL

Al escuchar la frase, Ehud se quedó pensativo. ¿Proteged el santo grial? ¿Qué demonios quería decir aquello? ¿Quién o qué era el santo grial? Mientras, don Álvaro seguía mirando el papel en dónde había hecho las conjeturas de letras y símbolos por si podía descubrir algún error y no era esa la lectura, pero, una vez repasada, no le cabía la menor duda de que eso era, exactamente, lo que decía la frase.

—Mi señor, no hay duda —pronunció por fin.

Al momento, Ehud hizo la pregunta crucial:

—¿Qué quiere decir?

—¡Señor! Es una reliquia importantísima para la cristiandad.

—¿De veras?

—¡Claro!

—¿Y cuál es su valor?

Escandalizado, don Álvaro levantó muy lentamente la vista del papel. Guiñó los ojos como los de un felino a punto de saltar sobre su presa y fulminó a su señor con la mirada. ¿Se estaba riendo de él? ¿Cómo su señor podía dejar caer semejante estupidez?

—Vamos, don Álvaro. ¿Es muy valioso? —insistió el indocto.

—Mi señor, ¿su merced ignora qué es y qué representa el santo grial?

Ehud reaccionó inmediatamente, dándose cuenta de que había hablado de más y que había metido la pata. La espesa pregunta del secretario y la intensa y fija mirada de hacía unos instantes eliminaban las dudas. Estaba a punto de descubrir que él no era cristiano. «¿Qué puedo decir?», fue la primera y preocupante pregunta que se le vino a la mente mientras el secretario seguía aguardando una respuesta que tardaba en producirse. Por otro lado, pensó en confesar la verdad confiando en su secretario, pero también tenía claro que don Álvaro le era fiel porque era quien le pagaba, pero si descubría que era judío, ¿seguiría siéndole fiel? En un instante tomó la determinación de confesar su ignorancia, pero sin llegar a descubrirse del todo. En ese preciso momento ponía en juego su vida y todo lo conseguido.

—He de confesarle algo… —dijo con recogimiento.

El secretario se quedó más tieso que un palo. « ¿Qué tiene que confesarme ahora mi señor?», pensó.

Después de unos instantes de reflexión, Ehud comenzó a hablar:

—Por desgracia mi educación y mi cultura son muy deficientes. Mi infancia fue… un… fue… un verdadero desastre —. Ehud empezó a urdir otra gran mentira para justificar su inexistente infancia cristiana —. Mi madre murió muy joven y mi padre se pasaba semanas y meses enteros entre guerras, fiestas y torneos. Mis hermanos y yo nos dedicábamos a jugar y a holgazanear todo el día. Nuestros preceptores nos dieron por imposibles y apenas aprendimos a leer y escribir…

El secretario se compadeció de la difícil y huérfana infancia de su señor. No era la primera vez que había conocido y tratado a un noble zafio, simple o zumbón.

—¡Oh, mi señor! No se aflija. Yo le educaré.

Don Álvaro, tras un inciso, comenzó la explicación—: Según la tradición cristiana, el santo grial fue la copa que utilizó Jesús para beber y consagrar el vino durante la última cena. Posteriormente José de Arimatea se sirvió de ella para recoger la sangre del costado de Jesús en la cruz. Por ello es considerada una reliquia importantísima para la cristiandad y a la que se le suponen poderes espirituales y

sobrenaturales. Dicen que el que beba de esa copa obtendrá la inmortalidad. Reyes, príncipes y señores la desean para incrementar su poder terrenal. La iglesia católica la reclama porque se considera la sucesora de Jesús en la tierra y por lo tanto la guardiana de tan preciada reliquia.

—¡Caramba! ¿Es cierto? —preguntó incrédulo.

—Lo es, mi señor. Incluso muchas personas han muerto tratando de encontrar la reliquia.

—¿Y… el mapa?

—Ahora, sabido lo que oculta, está más claro. Parece que, para preservar el santo grial de los soldados romanos cuando invadieron Tierra Santa, José de Arimatea hizo un viaje llevando consigo el santo cáliz desde Palestina, cruzando el Mediterráneo, hasta Francia y desde allí reembarcó con destino a Inglaterra. Allí, el grial estuvo escondido en Glastonbury durante mucho tiempo y custodiado por los templarios. Cuando decidieron devolverlo a Tierra Santa, el barco, cerca de las aguas de Cartagena, naufragó y, de alguna manera, consiguieron llegar hasta aquí, donde los templarios de Murcia les dieron asilo. Luego la reliquia está escondida en algún lugar de Murcia haciendo válida la leyenda: «Proteged el Santo Grial»

—¿Puede que esté escondido en el castillo o en el cementerio? —preguntó Ehud contrariado.

—No lo creo, mi señor. No sería inteligente esconder el mapa y el objeto en el mismo sitio. Sería muy fácil hallarlos.

—¿Entonces?

—¡Quién sabe! Habrá que investigar.

Esa noche, Ehud no se fue directamente a dormir a su alcoba. Preocupado, intrigado y sobre todo ilusionado por encontrar el santo grial se sentó en un confortable sillón frente al fuego, sumergiéndose en un laberinto de sueños, descubrimientos y pensamientos.

Yahvé, su Dios, el Dios de Israel, ocupaba el primer lugar de sus planteamientos. Luego, el Dios de los cristianos que había sido el rey de los judíos y había muerto a manos de sus propios conciudadanos. ¿Quién era realmente Jesús de Nazaret? Si era judío, ¿cómo los cristianos le consideraban su Dios? ¿Cómo pudo morir ultrajado como un vulgar malhechor? ¿Por qué lo crucificaron? ¿Por qué no se defendió? Si era el Dios del cielo y la tierra y tenía poderes, ¿por qué no recurrió a ellos? Si José de Arimatea era judío y miembro del sanedrín, ¿por qué lo protegió e incluso recogió su sangre en ese grial y después lo enterró en un sepulcro de su propiedad? ¿El de Arimatea y Nicodemo eran seguidores de Jesús? ¿Qué vieron en Jesús para olvidar a Yahvé? ¿Era cierto todo aquello?

El seductor crepitar del fuego del hogar le ayudaba a dar más tensión y veracidad a sus sueños. Pero, poco a poco, ese crepitar dulce y suave se fue transformando en un calor sofocante que le asfixiaba y le quemaba sin piedad. Era una inmensa pira en donde todos los judíos como él ardían por los cuatro costados. ¡Era un auto de fe!

Esther y él se miraban impotentes viendo como las llamas los invadían por los pies y entre amargos gritos y llantos se juraban amor eterno. Delante de ellos el vicario Mateo, su eminencia el obispo, don Pedro y don Álvaro se jactaban de haberlos desenmascarado y puestos a disposición del santo oficio.

XXI. La reyerta

Ehud, para no contrariar de forma innecesaria a su eminencia, no tardó en cumplir su palabra. Las obras para tapiar la oquedad de la muralla finalizaron esa misma semana. A partir de ese día el campesinado que rodeaba la magna fortaleza y el pueblo de Monteagudo pudieron respirar tranquilos.

Sin embargo, don Álvaro, siguiendo las instrucciones de su señor, continuó la investigación para encontrar el acceso oculto a la mazmorra desde las dependencias superiores. Para ello mandó llamar a Tomás, el maestro cantero que había reformado el castillejo hacía varios meses. El secretario confiaba en su experiencia y estaba seguro de que no tardaría en descubrir alguna grieta más ancha de lo normal, indicativa de que esos sillares formaban parte de una puerta oculta.

Después de repasar durante varios días todas las dependencias del castillejo no encontró ni el más leve indicio. Sencillamente, o había sido tapada o estaba tan bien disimulada que era prácticamente imposible descubrirla. Una tarde, el maestro Tomás, asesorado por el secretario, llegó a la conclusión de que debía haber un pasadizo que la alejaba de su posición lógica que era la alcoba de los amos del castillejo.

Para continuar con la complicada investigación, el maestro Tomás ideó un ingenioso sistema: anegar todas las dependencias del castillo. Estaba seguro de que, en alguna de ellas, una grieta tragaría el agua y daría la pista de dónde estaba la puerta oculta. Esa mañana, todos los sirvientes del castillejo se dedicaron a sacar pozales de agua del estanque y vaciarlos en la dependencia que el maestro cantero indicaba, después de haber taponado con telas y mantas los bajos de las puertas para evitar que el agua escapara a los pasillos. Habían empezado por la última alcoba del pasillo que daba al estanque. Era una de las de invitados y después de anegarla no hallaron novedad alguna. Siguieron por las demás y tampoco observaron ninguna anomalía. La siguiente era la dependencia más pequeña, la destinada al futuro heredero del castillejo. Después de anegarla por completo se escuchó un débil murmullo de agua.

Inmediatamente, el maestro Tomas puso oído avizor y observó que, junto al hogar, se formaban unos pequeños remolinos de agua entre algunas piedras del suelo pegadas a la pared. Sin duda aquellas grietas tragaban agua y eso quería decir que debajo del suelo había algún espacio dónde iba a parar el líquido elemento. Al poco, toda el agua de la estancia se dirigía hacia el hogar y fluía por varias grietas hasta

que la alcoba se vació por completo. El maestro cantero mandó llamar al secretario, que se personó presto acompañado de Ehud.

—Mi señor, el agua desaparece en esta habitación por varias ranuras fijadas al hogar —. Luego añadió—: Podría ser la puerta.

—Excelente trabajo, maestro. Vamos a comprobarlo.

Una vez en el lugar observaron que una ranura que ocupaba la longitud de tres bloques de piedra se distinguía claramente al haberse quedado sin la tierra que la había ocultado durante cientos de años. Ehud, en un acto reflejo, se puso a pisar con fuerza todas las piedras que formaban el rincón y las de alrededor con la intención de hacer funcionar el resorte que abriera la puerta. Creía que debería ser similar al mecanismo del túnel, pero, para su contrariedad, ninguna produjo el efecto deseado.

Don Álvaro miró a su alrededor buscando una pista que no encontró. Luego pasó la mano por el lateral del hogar. Intentaba descubrir una piedra suelta o que mostrara cierta particularidad, pero tampoco dio con ella.

—¡Caramba! Esto se complica —soltó Ehud.

—No desespere, mi señor —le animó el maestro.

Mientras, el secretario introdujo la cabeza por el hogar.

—Esto está muy oscuro. Necesito un candil —dijo con voz cavernosa.

Al instante, un criado apareció con una candela prendida. El secretario la introdujo en el hueco:

—¡Aquí! —gritó con una voz que parecía salida del mismo averno.

—¿Ha descubierto algo, don Álvaro? —preguntó Ehud inquieto.

No obtuvo respuesta, pero sí se empezó a oír un sonido hueco. Del lateral de la chimenea empezó a desprenderse un ligero polvillo y un bloque de tres piedras de ancho por cuatro de altura comenzaba a despegarse de la pared.

Un considerable tufo a humedad invadió la estancia. Los tres hombres esperaban impacientes e impertérritos que la puerta terminara de abrirse y descubriera su interior. Ayudados por la pequeña candela que portaba el secretario se introdujeron en el pasadizo abovedado. Bajaron tres escalones y siguieron andando; el suelo que pisaban era roca viva y en la pared había dispuestos unos antorcheros cada diez pasos. Volvieron a bajar otros tres escalones y después de haber recorrido unos cincuenta pasos tropezaron con una puerta de recia madera, la misma que encontraron don Álvaro y el capitán cuando subieron desde la sala circular.

Ehud sonrió al ver que el enigma de la puerta secreta se había desvelado. Podría visitar la mazmorra sin que nadie lo apercibiera.

Otro asunto de vital importancia para Ehud y que esos días le ocupaba la mente, era desenmascarar al informante del vicario Mateo. Las sospechas recaían en los soldados de la guardia y en el personal de servicio. Pero el capitán Diego de Rivas había jurado por su honor, al secretario y a su señor, que ninguno de sus hombres había cometido felonía. Los soldados de la guardia permanecían día y noche en las dependencias del castillo y generalmente alejados de las alcobas y salones de los dueños; por el contrario, los sirvientes habitaban las estancias privadas y algunos de ellos se marchaban para pernoctar en sus casas, lo que los hacía sospechosos de poder organizar alguna cita secreta para desvelar intimidades de los moradores del castillo. Ehud y don Álvaro, creyendo estar en la línea correcta, dirigieron la investigación hacia el personal de servicio.

Durante varias noches, todos los criados que pernoctaban fuera del castillo fueron seguidos por soldados de la guardia, vestidos de aldeanos, para no infundir sospechas. Nada raro hubo en sus comportamientos y acostumbraban irse a dormir sin pasar por ningún sitio comprometido. A veces, algunos solían detenerse en una de las tabernas que les pillaban de camino para refrescar su garganta.

Pero una noche, uno de los guardias detectó una circunstancia que puso en conocimiento del capitán. Un criado, tocado con capa y capucha, se deslizó por la base de las murallas y, atravesando un huerto, tomó el camino de la ciudad. A una legua, aproximadamente, le esperaba una carreta de cierto porte.

Al recibir la noticia, tanto Ehud como don Álvaro se quedaron perplejos y cavilaron la probabilidad de que sin pretenderlo levantaran la liebre de una cita amorosa y dejaran al descubierto a noble y amante, cosa que no era su intención ni su cometido. Eso sin contar que la carroza fuera enviada por una dama y el que acudía a cortejarla fuera un hombre. Pero, por otro lado, pensaron que un noble no enviaría una carroza, con sus armas en la puerta, a recoger a una plebeya para una vulgar cita de amor. Dispuestos a investigar, Ehud y el capitán salieron al galope camino de la capital. A punto de entrar en las primeras casas que jalonaban los arrabales, divisaron la carreta y la siguieron a una prudente distancia.

Las campanas de la catedral tocaban a completas. El férreo sonido llamaba a oración a los monjes y se adueñaba de aquel anochecer cuando la galera se detuvo frente a una fonda en uno de los barrios poco recomendables de la ciudad. Con las monturas sujetas por el ronzal, los dos caballeros buscaron amparo en la penumbra de un estrecho callejón que apestaba a orines y a estiércol. Embozados y con la única luz de un pequeño fanal que alumbraba la puerta del garito se

dispusieron a observar cuanto acontecía en aquel lugar.

La cita no se hizo esperar. De la fonda salieron dos hombres; uno subió a la carreta y el otro montó guardia. Desde la posición en la que se encontraban Ehud y el capitán no podían divisar quiénes eran los entrevistados, pero su intriga se acentuó al creer, erróneamente, que la cita sería con el vicario Mateo. Si la luz del fanal ya era insuficiente para poder distinguir un rostro a escasos pasos, mucho menos dentro de un carromato. A veces, por la ventanilla, distinguían sombras moviéndose en su interior y creyeron ver una melena rubia.

Pero los dos emboscados tuvieron infortunio. Un perro, de los habituales de la zona, reclamó su paso por aquel apestoso callejón en el que nos encontrábamos y dio en ladrar. Los ladridos fueron tan insistentes que alertó al hombre que hacía guardia. Este no tardó en vocear.

—¡¿Quién vive?!

Ehud y el capitán no se dieron por aludidos, permaneciendo en un tenso silencio. Pero las cosas se torcieron irremediablemente. El hombre, con la mano puesta en la normanda, se adelantó para comprobar el motivo de los ladridos del perro. El capitán, con los ojos guiñados como un felino, estudiaba las posibilidades que podían darse en el caso de verse descubiertos. El hombre seguía avanzando con cautela y se paró a unos escasos diez pasos. Al notar algo extraño en la esquina desenvainó la espada. El ruido metálico alertó al otro que bajó de la carroza espada en mano.

—¿Qué ocurre? —gritó.

—Ahí, hay alguien —contestó, señalando la esquina.

—¡¿Quién vive?! —volvió a vocear.

Ehud y el capitán, una vez descubiertos, no tuvieron más remedio que soltar las monturas y mostrarse embozados.

—¡Nosotros! —exclamó el capitán saliendo de la penumbra.

Ambos hombres, al verse sorprendidos por la repentina aparición del capitán, recularon dos pasos.

—¿Quiénes son nosotros? —preguntó uno.

—¡Dos hombres!

—¿De honor?

—Lo somos.

—¿Ocultos?

—Velamos.

—¿A quién?

—No os incumbe.

—¡Vive Dios! ¡Os haré hablar con el filo de mi espada!

—¡Que hablen las espadas!

Entonces, el que había bajado de la carroza, viendo que la riña era inminente, alzó el brazo y con la mano dibujó un movimiento. Era una señal convenida para proteger a su informador. De inmediato el cochero azuzó a los caballos que se pusieron en marcha y dando la vuelta, la galera se marchó por donde había venido. Al girar, la débil luz del fanal bastó para iluminar la portezuela y el escudo de armas de su propietario.

Aquello, en un instante, cambió de color. La prueba del presunto delito se esfumaba y los dos hombres avanzaban blandiendo las espadas. El capitán se malició la reyerta y así se lo comunicó a Ehud. Su instinto de soldado actuó antes que el pensamiento tomara las medidas adecuadas.

—¡Señor, voy a por el de la derecha!

Ehud, que resoplaba nervioso, asintió.

—De acuerdo, capitán.

Diego de Rivas que había engarzado la daga en su muñón, desenvainó la espada y se presentó frente al que se presumía como jefe, dispuesto a aguijonearle los higadillos.

El tipo era tan alto como el capitán, flaco, de nuez prominente y de tez morena. Su rostro lo surcaban dos cicatrices que le hacían ser personaje siniestro, pendenciero y acostumbrado a disputas de baja estofa y en lugares como aquel: oscuros, en barrios bajos y a la luz de la luna. Tal es así, que el capitán se lo tomó con especial cuidado. Los marrulleros solían vencer en las peleas de ese tipo, no por ser más diestros con los aceros, sino por su astucia.

Entre tanto, Ehud, adiestrado durante meses por el capitán, alejó a su rival varios pasos más allá, junto a la luz demostraba su buen hacer con el acero. Su oponente era más rechoncho, pero se le adivinaba fuerte como un toro y le recordó al difunto Epeneto Santos, tanto, que su inquina fue más allá. En uno de los lances le apretó de tal manera que escuchó cómo la punta de su espada rasgaba el jubón y el otro se dolió a la altura de la cadera. Sin duda le había herido porque al sentir el hierro se llevó la mano al sitio y notó cómo la sangre le corría por la palma.

Por otra parte, su compañero seguía enfrascado en una pelea sucia. En uno de los lances en el que los alientos se mezclaban y la saliva salpicaba la cara del oponente, el capitán había golpeado con la empuñadura el rostro del otro y la sangre le corría por la frente y una mejilla. Espoleado por el dolor se lanzó a una lucha sin cuartel, pero cometió un error; se dejó llevar por el odio y en un lance el capitán, con la daga de su muñón, le asestó una puñalada en el costado que lo dejó sin habla y sin aire. El menda cayó sobre el sucio empedrado

desgranando un postrero y sonoro susurro letal.

El gordo, al ver que su compañero se encaminaba ya al otro mundo, soltó la espada y escupiendo sapos y culebras por la boca corrió hacia la parte de atrás de la fonda donde, a buen seguro, aguardaba la montura.

Luego, una vez comprobado que no sangraban por ningún lado, Ehud y el capitán resolvieron seguir a la carroza. Conforme cabalgaban, en un peligroso galope por las estrechas y resbaladizas callejuelas de aquel adverso barrio, Ehud se apercibió que ya era totalmente imposible descubrir el camino por el que había huido la galera. En consecuencia, decidieron parar por si en el silencio de la noche se oía el desenfrenado galopar de los caballos. Al no sentirlo supusieron que la carreta habría llegado ya a su destino o quizá, para despistar a sus perseguidores, se habría ocultado en alguno de aquellos estrechos y malolientes angostillos.

—¿Has visto el escudo de la portezuela? —le espetó al capitán nada más tenerlo a su altura.

—No, señor.

Haciendo un poco de memoria Ehud explicó:

—Creo haber distinguido tres ramas sobre tres rocas…

—¡Caramba! No es ese el escudo de…

—Del… del… del marqués de los Vélez —atinó a decir.

—¡Diantre! ¿Su merced está seguro?

—Como que tú y yo estamos aquí ahora mismo…

—Señor, no creo que los Fajardo se relacionen con esta gente de tan baja estofa…

—Todo es posible, capitán.

Después de un tenso y breve silencio el capitán opinó:

—Si el marqués espía todo cuanto acontece en el castillejo, el padre Mateo también debe de ser conocedor...

—¿Qué interés tendrá el marqués en saber qué ocurre puertas adentro?— se preguntó con intriga el dueño del castillejo para después contestarse a sí mismo—:Le invité a la inauguración, le soy fiel e incluso nos contamos anécdotas cuando coincidimos en algún acto…

Diego de Rivas le interrumpió en sus deducciones.

—Quizá tenga algo que ver con lo descubierto últimamente, señor.

—Sí. Es posible.

—Es una buena pista, señor.

—Aunque esto me gusta nada, capitán.

—Entonces, ¿quién puede ser su confidente?, mi señor.

Ehud hizo un mohín con la boca mientras pensaba.

—Una mujer… una melena rubia…

—¡Inés! La sirvienta de doña Begoña.

—¡Claro! Con razón nos la recomendó con tanto encomio. Todo era para que le mantuviera informado de cuanto ocurría en el castillejo.

—¿Qué piensa hacer?, mi señor.

—No lo sé aún, porque si ya he de desconfiar del marqués, todo cuanto venga de él, será comprometido y peligroso. Incluso…

Antes de que Ehud terminara la frase, el capitán le interrogó.

—¿Incluso qué?

Ehud apretó las rodillas contra la montura, se apoyó en la silla y exclamó pesaroso.

—¡Don Álvaro! También me lo recomendó el marqués.

—Si quiere le pongo vigilancia, señor. No debemos fiarnos de nadie. — y apuntó—: Por lo que usted y yo sabemos.

Al oír a su capitán, Ehud se erizó. Si don Álvaro se enterara de lo mínimo, lo más probable es que los mandaran a la hoguera a los tres juntos. Aunque no creía que sospechara nada sobre su confesionalidad, tampoco sabía si en alguna ocasión habría escuchado algo. Lo mejor sería seguir la recomendación de su capitán.

XXII. Un testigo menos

La vida cotidiana en el castillejo se volvió tensa para Ehud. Aquellos días de tranquilidad y asueto se tornaron en inquietos y especialmente intrigantes. Todo parecía envuelto en un halo de conspiración a los ojos de Ehud, que apenas dormía. Dudaba en hacer partícipe a Esther de la opresión que lo aplastaba, pero creyó oportuno no desvelar nada de lo acontecido, no obstante, conforme pasaba el tiempo, las conversaciones con su esposa, en especial las mantenidas delante de la criada, pasaron a ser tan banales e intrascendentes que Esther percibió que algo raro ocurría.

Una noche, estando los dos acostados y viendo que Ehud se removía sin parar en la cama y no conciliaba el sueño, Esther resolvió disipar sus dudas.

—Hace días que te noto tenso y observo que por las noches no duermes y hablas en sueños.

Tapado hasta la cabeza, Ehud escuchó aquello con indolencia.

—La responsabilidad me hace estar en alerta…

—Antes no era así. ¿Ocurre algo?

—¡Oh! No. ¿Y… qué decía entre sueños? —preguntó receloso.

—No llego nunca a entenderte, pero pareces preocupado. Dime si realmente ocurre algo. —Luego sentenció—: Si fuese así, yo debería saberlo.

Ante el prolongado silencio de Ehud, Esther se había sentado en la cama y parecía dispuesta a resolver el problema esa noche.

—¡Vamos! ¡Cuéntame! —exigió.

—No grites. Vas a despertar a todos —se quejó él.

Así pues, a Ehud no le quedó más remedio que contarle a su mujer lo acontecido semanas atrás. Previamente, se levantó e inspeccionó los pasillos por si algún criado, en especial Inés, escuchaba tras la puerta. Pero no era el caso y el silencio dominaba el castillejo, solo el persistente y monótono goteo en el estanque rompía la quietud de la noche.

Esther, sorprendida por tan exhaustiva inspección de puertas y pasillos, le preguntó.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—Lo que tengo que contarte tiene relación con esta inspección.

—No te entiendo.

—Hay soplones en el castillejo —susurró él.

—¿A qué te refieres?

—A gente que escucha para otras muy interesadas en saber qué

ocurre dentro del castillo.

Esther puso cara de boba cuando preguntó:

—¿Quién está interesado en saber…?

—Creo que el marqués de los Vélez…

—¿El marqués? Si cuando nos vemos en algún acto nos contamos todo lo que acontece. ¿Para qué querría saber más? —alegó con razones.

—Eso es, precisamente, lo extraño.

—Y ¿de quién sospechas?

Ehud se mantuvo en silencio unos instantes. Luego dio el nombre.

—Creo que su informadora es Inés.

—¿Inés? —preguntó Esther incrédula.

El marido le describió a su criada tal como él la veía:

—Es liviana como el aire y se mueve por el castillejo como los fantasmas. No me cabe la menor duda de que la informadora es ella. Además, una noche me pareció verla en un carromato, con las insignias de los Vélez, informando a un pendenciero de tres al cuarto.

—¿De qué puede informar la sirvienta?

—Quizá todo tenga que ver con los descubrimientos de los últimos tiempos.

—¿Qué descubrimientos?

—Don Álvaro sospecha que en este castillo pudiera estar oculto el santo grial. Una joya capital para los cristianos.

—¡Caramba! ¿Eso es cierto?

—No lo sé, Esther.

Esa noche, ambos decidieron ser más cautos en sus comentarios delante de Inés en particular y de la servidumbre en general. No sabían si habría alguien más interesado en saber de sus intimidades para después venderlas al mejor postor. Sus vidas dependían de su astucia y de su prudencia.

También resolvieron poner fin a la intriga y desvelar cualquier pista que pudiera dar al traste con sus ilusiones. Ehud se expondría públicamente con asiduidad. Pasearía frecuentemente por el centro de la ciudad y procuraría cruzarse con los nobles conocidos en los últimos tiempos, incluido el marqués de los Vélez, para esperar que alguien le hablara de alguno de los temas tabúes. Para ello resolvió poner el queso en la ratonera y esperar.

Su estrategia no tardó en dar fruto.

Ehud caminaba despacio, disfrutando del tibio sol mañanero y aspirando los olores típicos de la ciudad a esa temprana hora. Olor a pan, a flores, a viandas cocinadas según pasara por delante de un comercio u otro. Fue el inefable vicario Mateo quien, nada más verle,

se le acercó con su sempiterna sonrisa fingida y aquel encorvamiento del torso superior en señal de falsa sumisión. Ehud le vio venir de lejos y tuvo tiempo para prepararse.

—¡Don Íñigo! ¡Cuánto tiempo!

Ehud le besó la mano.

—Padre, tenía ganas de verle…

El canónigo le interrumpió.

—Ya, ya sé que las obras para tapiar el hueco de la muralla se iniciaron con celeridad, y ya están acabadas, circunstancia que su ilustrísima agradeció sobremanera…

Ehud también falseó su sonrisa.

—No hay nada que agradecer, puesto que era algo que había que hacer para mayor tranquilidad del pueblo, de los moradores del castillejo y, cómo no, para su ilustrísima.

Enseguida el vicario cambió de tema para interesarse por el inusual paseo de don Íñigo.

—¿Alguna cita?

—¡Oh! No. Un simple paseo…

—Pues si gusta de acompañarme…

Ehud contestó antes que el clérigo diera a conocer su destino.

—No tengo ningún inconveniente —dijo atusándose la capa.

—Voy a visitar a un piadoso cristiano. El pobre está muy enfermo… pero antes refrescaremos las gargantas —dijo al pasar por delante de una taberna.

—*Bonum vinum leatificat cor hominis* —dijo. Luego tradujo—: El buen vino alegra el corazón de los hombres.

Ehud se extrañó de la invitación del cura, pero se abstuvo de emitir juicio alguno. Aquello le confirmó lo que él ya opinaba de los curas desde que vivía entre los cristianos: «Los clérigos se habían acostumbrado a una vida de molicie y opulencia. Y algunos hasta tenían amantes, criados y vivían rodeados de lujos».

Una vez salidos de la céntrica taberna, serpentearon por varias calles de los alrededores de la catedral hasta llegar a una magnífica casa solariega con una amplia puerta flanqueada por dos columnas dóricas. El escudo nobiliario esculpido en piedra pendía debajo del balcón principal de la vivienda.

Al percatarse de la presencia de los dos personajes y reconocer en uno de ellos al vicario Mateo, un criado los saludó con afecto y los llevó a la presencia del enfermo, que se encontraba amparado en la tranquilidad de un patio interior rodeado de plantas y limoneros. El anciano yacía recostado en un sencillo lecho, acosado por un ataque de apoplejía, con una montaña de almohadones bajo su espalda.

Cuando llegó donde el enfermo, el vicario, en un acto reflejo como en tantas otras ocasiones, hizo la señal de la cruz, como si quisiera amilanar a los malos espíritus que por allí pudieran pulular. El enfermo cerró los ojos en señal de aceptación y beneplácito. El aquejado tenía el rostro contraído parcialmente, así como todo el lado derecho de su cuerpo y solo emitía algunos sonidos guturales del todo incomprensibles. La mano derecha, doblada como un garfio, le servía de apoyo al mentón.

—¡Dios nos guarde, don Feliciano! Le veo más animado —soltó el canónigo con voz aduladora y pastosa—. El Señor no deja de su mano a los buenos cristianos y esperemos de su infinita bondad una rápida recuperación y alivio de sus males.

Ehud le miró sorprendido y atónito por lo que acababa de oír. Pensaba firmemente que el Señor de los cristianos, por muy todopoderoso que fuera, no podría volverle al mundo de los sanos y que ese viejo moriría así, sin que para ello se requiriera mucho tiempo de espera.

El vicario se volvió para dirigirse a su agregado.

—Es don Feliciano de Mazón, ilustre mayordomo-contador del concejo de la ciudad. Un hombre íntegro, afable y sencillo, aunque la gente le calificaba de implacable en el desarrollo de su labor…

Luego se dirigió al enfermo.

—Mi joven acompañante es don Iñigo de Aransay, nuevo residente en la ciudad y propietario del castillejo de Monteagudo…

En ese momento un violento terremoto pareció sacudir la cama del enfermo que se atragantó ruidosamente. Un notable color rojizo afloró en su cara. Las inspiraciones para conseguir oxígeno y respirar eran del todo angustiosas. Los ojos del mayordomo pugnaban por desorbitarse. Aquel hombre se ahogaba sin remisión. Asustados, Ehud y el canónigo retrocedieron ante tamaña reacción. Raudo, el vicario salió en busca del criado que le suministraba los cuidados y brebajes. Frente al agónico, Ehud no salía de su asombro. De repente el enfermo sacó su mano izquierda de entre las sabanas y como una garra maligna quería prender el brazo de Ehud que impresionado, se alejó de él. Sin embargo, don Feliciano intentaba agarrarle por todos los medios y a punto estuvo de caer de la cama.

«¡Este hombre se ha vuelto loco!», —pensó Ehud, pero por otro lado su mente empezó a funcionar a toda prisa. Algo pasaba. Cuando el vicario pronunció su nombre fue cuando don Feliciano empezó a soliviantarse.

«¡Caramba! ¿Me conocerá de algo? ¿Me habrá visto en Toledo?», pensó en un santiamén. Todo un sinfín de historias y desvelos

desfilaron por su mente mientras que los ojos de don Feliciano le miraban iracundos y rabiosos. «Ha de haber una razón para tal desasosiego», se dijo Ehud para sus adentros. Y debía encontrarla antes de que aparecieran los demás. De improviso, una subida de temperatura le anunció que su cuerpo estaba reaccionando al miedo cuando se acordó de que la escritura del castillejo hallada en la cámara, estaba firmada por un tal Feliciano de Mazón. Con toda seguridad ese era el mayordomo que había otorgado la escritura al verdadero Íñigo de Aransay, muerto en la cueva, por lo que al presentarle el vicario con su nueva identidad el viejo reaccionó al saber que él no era quien decía ser.

La ayuda estaba a punto de llegar y Ehud temía que el viejo pudiera, de alguna forma, desvelar su impostura. Miró a ambos lados del patio y al no ver a nadie optó por terminar, de una vez y para siempre, con el sufrimiento del mayordomo. Decidido, se acercó a él, sacó una de las almohadas que lo incorporaban, la puso sobre su torcida cabeza, presionó con fuerza y notó como aquel débil cuerpo se retorcía aún más de lo que la enfermedad le había dejado. El viejo dejó de patalear y la amenazadora mano izquierda cayó inerte sobre las sábanas. Entonces Ehud apartó el almohadón. Justo en ese instante entraron apresuradamente al patio el vicario, un criado y la esposa.

—¡Rápido, rápido! —gritó Ehud todavía inclinado sobre el viejo.

Los tres se abalanzaron en torno a la cama.

El vicario al verlo con los ojos perdidos, mirando al infinito y la boca abierta en el rictus de la muerte, sentenció:

—El Todopoderoso lo ha acogido en su seno.

—¡Dios Santo y Bendito! —exclamó llorando la esposa echada sobre el cadáver de su marido.

El criado intentó reavivarlo, pero fue en vano. Don Feliciano no reaccionó a ninguna de las pruebas de vida que el cuidador le aplicó. Luego, con un gesto negativo de cabeza miró de soslayo al vicario.

Entonces el canónigo, con gran parafernalia, se preparó para administrarle la asistencia espiritual de difuntos. El llanto de la esposa hizo que todos cuantos se hallaban en el palacete se presentaran de inmediato en el patio ajardinado para comprobar el por qué de aquellos desgarrados llantos. El primero en expresarle su pesar fue Ehud, quien, cínicamente compungido, se apartó de la cama para que los recién llegados pudieran dar su postrer adiós al viejo mayordomo.

Más tarde, Ehud, cabalgando camino del castillejo, recordó los tensos momentos vividos en casa de don Feliciano y se asombró de que en momento alguno hubiera asomado un atisbo de piedad para con el viejo ni de arrepentimiento por su temible acción. Incluso sintió

cierto placer y alivio al saber que una de las personas que podría desvelar su fraudulenta identidad ya no podría delatarle jamás. No estaba dispuesto a menos.

Transcurridos unos días se celebró el funeral por el alma del difunto en la catedral de Murcia con la asistencia de los más importantes nobles del reino murciano. Lo oficiaron, concelebrado, su eminencia don Bernardino de Carbajal

y nueve sacerdotes, incluido el vicario Mateo. Después de la santa eucaristía y del responso de difuntos, el féretro con los restos mortales de don Feliciano de Mazón fue trasladado al cementerio de la ciudad para ser enterrado en el panteón familiar.

El marqués de Alcántara, que todavía permanecía en la ciudad y que había asistido a la misa, invitó al vicario a subir a la carreta que le había prestado el de los Vélez, para desplazarse hasta el cementerio. El canónigo accedió complacido a la propuesta del marqués sin saber que aquella invitación llevaba implícita una comprometedora charla.

Después de ordenar al cochero que se pusiera en marcha, el marqués se dirigió al vicario con una fingida piedad.

—Una sensible pérdida para la ciudad.

—Así es, don Feliciano era un buen cristiano y un excelente mayordomo…

El Señor lo acogerá en su seno.

—Naturalmente —contestó el conde sin importarle mínimamente si el mayordomo era acogido por el Señor o si lo mandaba directamente al mismísimo infierno. Su idea, en ese momento, era otra que no tardó en desvelar.

—A propósito, padre. ¿Recuerda quién fue la persona que le habló de la ermita de la Virgen de la Loma?

—Pues la verdad, no me acuerdo…—confesó el cura.

Su contertulio insistió.

—Haga memoria, padre. Importa y mucho.

El vicario enmudeció por unos instantes, aunque sus labios siseaban sin parar. Hacía memoria. Por otro lado, el marqués, sentado frente a él, le dedicaba toda su atención. Aquella era una oportunidad única para ponerse tras la pista de los escurridizos asesinos y pensaba forzar al canónigo hasta dar con ellos.

—¿Recuerda algo?

El cura, por fin, hizo un ademán con las dos manos en señal de buena voluntad y expuso:

—Bueno, lo único que recuerdo es que las últimas personas con las que hablé y que venían de viaje fueron, precisamente, don Íñigo y su esposa doña Begoña…

—¿Los dueños del castillejo de Monteagudo?

—Así es. Creo recordar que fueron ellos…

—¿Está usted seguro?

—Sí. Lo recuerdo, además, porque se presentaron en Murcia de una forma un tanto… peculiar.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el marqués.

La cara del canónigo manifestó una mueca de intriga, pensativa. Reflexionó durante unos instantes y dijo por fin:

—Los conocí en la plaza de la catedral. Vestían de forma muy vulgar y me comentaron que habían sido atacados por unos delincuentes que les habían robado sus pertenencias…

—¡Caramba! Vaya sorpresa —exclamó el marqués.

—Así es —confirmó el vicario, para luego añadir—: Además portaban unos objetos de oro para venderlos.

—¿De oro?

—Según me dijeron eran objetos de culto judíos que querían vender.

—Sí que es raro. También podrían ser conversos que pretendían deshacerse de sus pertenencias—terció el de Alcántara.

—¡Vaya! —exclamó el vicario—. No había reparado en ello.

Llegaban al cementerio cuando el marqués observó receloso, por la ventanilla del carruaje, como el joven matrimonio se dirigía a pie, acompañado por los Vélez, al panteón familiar de los Mazón. El marqués de Alcántara hizo su última reflexión en voz queda, pero con un cierto tono de resentimiento:

—¡Demontre! Desde el día en que la conocí en el castillejo las facciones de doña Begoña me son familiares, aunque no logro recordar el dónde y el porqué…

El vicario se apeó del carricoche sin dar tiempo al postillón a abrir la portezuela. El cielo estaba negro y el viento bufaba de tal forma que le agitó el hábito con violencia; no obstante, el canónigo cumplimentó a su compañero de viaje con una reverencia humillante y servil.

—Siempre a su servicio, señor marqués.

Lejos de querer agradecerle nada al cura, el despótico marqués de Alcántara, sin embargo, le reconoció el esfuerzo, por si en un futuro necesitara otra vez de sus servicios.

—Gracias, padre, me ha sido de gran ayuda.

Los dos, en silencio y con paso cansino, se acercaron al nutrido grupo de familiares y amigos del difunto, quienes de riguroso luto aguardaban piadosamente en el panteón familiar la inhumación del cuerpo del mayordomo.

En ese instante, un aguacero torrencial con rayos y relámpagos

descargó sobre el cementerio. Ehud, cogido del brazo de Esther, se sobrecogió por la violencia del temporal y pensó si todo aquello no sería un aviso de Yahvé que se revolvía en el cielo por su terrible acto. El sentimiento de culpa anidó en ese momento en su alma y, a pesar de los rostros compungidos y tristes que le rodeaban, se creyó observado. En su mente tomó consistencia la funesta sensación de que le estaban siguiendo, vigilando. Era una intuición nada más, pero que experimentaba con demasiada firmeza.

XXIII. Un asunto de alto secreto

La luz diurna se batía en retirada cuando una tarde Ehud, don Álvaro y el capitán regresaban al castillo, después de dar una vuelta de inspección por los alrededores. Al entrar al castillo y antes de que uno de los sirvientes les anunciara una visita, advirtieron que en el patio de caballos había un hermoso tordo rodado con las bridas sudadas y una piel de pantera negra adornando la silla. Junto a él, un viejo palafrén. Enseguida los reconocieron como el magnífico caballo de guerra de don Pedro Fajardo y la montura del vicario. Los tres se extrañaron de la inesperada visita. Más, el secretario; porque el hijo del adelantado mayor no había anunciado su entrevista, como en él era habitual. Al no haber otro motivo aparente, Ehud sospechó que don Pedro Fajardo pretendía, con esa visita inesperada, sorprenderle con alguna indiscreción, que su señor padre le hubiera anticipado, tal y como acostumbraba.

Don Álvaro y su señor subieron al salón, estancia donde solían recibir. Cuando entraron, el fuego ardía lentamente con un olor a ceniza fría. Allí, junto al hogar, aguardaban don Pedro Fajardo y el canónigo.

—¿Qué os trae por aquí, querido amigo? —se adelantó el secretario al saludo de su señor nada más entrar a la amplia estancia.

—Importantes noticias, Álvaro.

De primera impresión Ehud se extrañó y temió por las importantes noticias que él tenía que conocer, pero sin mostrarse receloso les habló con cordialidad.

—Es un placer saludar de nuevo a sus mercedes.

—Lo mismo digo, don Íñigo.

Con un gesto de la mano, el anfitrión les indicó que tomaran asiento a su alrededor. Los cuatro se acomodaron en unos amplios sillones que circundaban el hogar. Al pronto, un criado se personó en la sala esperando las órdenes de su amo.

—Trae comida y vino —le ordenó.

Cuando el mozo se ausentó, las miradas del secretario y de Ehud se posaron sobre Fajardo. Aun así, este se resistió a empezar a relatar las trascendentes noticias para interesarse por algo, que sin ser del dominio público y, a pesar del sigilo con el que el matrimonio lo llevaba, había llegado hasta el marqués, sin duda por mediación de Inés, la cual hacía su oscuro trabajo a las mil maravillas. Para entonces Ehud tenía muy claro que la confidente del marqués era la joven criada de su mujer.

—Tengo entendido que doña Begoña se encuentra delicada. ¿Cómo está?

—Ya sabe vuestra merced, con los síntomas propios de un embarazo: mareos, vómitos… y, sobre todo, mal carácter.

Los tres soltaron una carcajada.

—Me hago cargo —asintió benevolente don Pedro.

El vicario, quien con la vista recorría el amplio salón en busca de algún indicio sospechoso que trasladar al de Alcántara, por su parte, también le dedicó unas palabras para la joven esposa:

—Don Íñigo, hago votos para la total recuperación de doña Begoña…

—Así se lo haré llegar, vicario.

El criado volvió a entrar en el salón y depositó sobre la mesa una jarra de vino, cuatro copas, varias bandejas con embutidos y queso, otra con frutos secos y una gran hogaza de pan.

Ninguno de los contertulios prestó atención al sirviente. Uno, esperando a que el criado se fuera para iniciar el relato de tan delicada noticia; otros con el interés de escuchar lo que el propio Fajardo había anunciado. No obstante, el marqués se concedió unos instantes de importancia, vanagloriándose, ante sus contertulios, por ser a la vez el conocedor y el portador de la confidencia.

—Les ruego, como caballeros que somos, que mi relato no salga de entre estas cuatro paredes al ser un asunto de capital importancia que atañe nada menos que a nuestro rey.

Todos asintieron adustos.

—Bien, el asunto es el siguiente —empezó a relatar don Pedro una vez desaparecido el mancebo—: el rey don Fernando ha tenido a bien destacar temporalmente al Vaticano a nuestro obispo, don Bernardino de Carvajal, para mediar en una importante reunión entre los representantes del reino de Castilla y del vecino Portugal.

Después de unos instantes de un espeso silencio, el secretario, más acostumbrado que Ehud a diferenciar estos asuntos, le interrumpió:

—¿Cómo el rey delega en un obispo una cuestión de tan marcado carácter civil?

El marqués hizo un gesto de asentimiento a lo expresado por su amigo.

—Ya conocéis a nuestro rey, Álvaro. Delega en la persona que cree más idónea y en este caso lo ha hecho en su eminencia, quien desde hace tiempo actúa como embajador permanente de la corona ante la santa sede.

Ehud, neófito en estos menesteres, preguntó:

—¿A pesar de su obispado en esta ciudad?

—A pesar de ello —confirmó el vicario Mateo, interviniendo en la conversación, para luego añadir—: Incluso también se habla de su próximo nombramiento como cardenal, apadrinado, por su santidad.

—¡Caramba!

—Así es, don Íñigo.

Abundando en la respuesta del canónigo, el secretario se dirigió a su señor:

—Ya os dije que don Bernardino era un excelente y sagaz negociador, sin olvidar su gran fama de predicador elocuente.

Ehud andaba despistado y en guardia buscando el verdadero significado de aquella inesperada reunión. Sabía que el hijo del adelantado no se había llegado hasta allí para comunicarles nada del rey ni del obispo, porque a él no le incumbía directamente. Estaba seguro de que su viaje obedecía a otra importante razón, oculta para él hasta el momento. Esa inquietud le hizo pecar de impaciente al preguntar:

—Vayamos al grano, don Pedro. ¿Cuál es nuestro papel en esa reunión? Y digo nuestro porque al parecer nos incluye en ese trascendental encuentro al hacernos partícipes de la singular entrevista.

—No tanto en el fondo de la reunión como en su preparación.

—No entiendo, don Pedro —manifestó contrariado Ehud.

—Muy fácil —dijo. Luego explicó—: Nuestro papel en este asunto consiste en dar escolta y protección a su eminencia, a petición de su majestad, por supuesto. Mi señor padre me ha encomendado la elección de varios nobles, de contrastada lealtad, con sus soldados, para dar escolta a don Bernardino hasta Roma. Sabidas son las temerarias aguas que hemos de surcar.

«¡Ya está claro!», —se dijo Ehud para sí y miró inquisitivo a su secretario, el cual sonreía un poco. Seguramente al ver la cara de su señor cuando descubrió cuál era su papel. Por otra parte, Ehud pensó que don Pedro debería acompañar al obispo, si se lo había pedido el mismísimo rey, ya que sus familias mantenían una estrecha amistad de antiguo. Pero él, ¿qué tenía que ver? Además, su esposa estaba encinta. Aquel era un viaje comprometido, peligroso y que le costaría unos buenos maravedíes de su peculio particular.

Inmerso en sus particulares pensamientos la voz del Fajardo pareció tronar en el salón:

—Estoy seguro de que su merced se unirá a nosotros…

En un instante Ehud se sintió cohibido, inseguro, preso en aquella reunión y en su propia casa. Debía contestar y sin dudar. Estaba con el rey, los Fajardos, el obispo, etc.… o contra ellos. Suspiró

profundamente y calculó los pros y los contras de semejante invitación. Estaba claro, dedujo, que los pros pesaban más que los inconvenientes, que se resumían en un costo económico, fácilmente asumible y alejarse de Esther y del castillejo. Probablemente no presenciaría el nacimiento de su futuro hijo, pero eso dependía del tiempo que el obispo lo retuviera en Roma. Así que, decidido, respondió con firmeza:

—Naturalmente, don Pedro.

En la cara del marqués se dibujó una sonrisa complaciente: no esperaba una negativa.

—Estaba seguro de su lealtad para con el adelantado y para con su rey.

Al oír la respuesta de don Íñigo, el vicario, muy sonriente, se acercó a don Pedro y le susurró:

—Ya se lo había anticipado.

Ehud aún se recomía las entrañas por aquella encerrona cuando escuchó a su secretario preguntarle a don Pedro:

—¿Cuál es la cuestión tan importante?

El Fajardo, desde su asiento, miró a ambos lados y luego se inclinó hacia ellos, como si quisiera confiarles un secreto. Inmediatamente, los dos le correspondieron acercándose y él les susurró:

—Es un asunto de gran discreción pero, dado el caso, les adelantaré una primicia a sus mercedes. Se trata de establecer una línea de separación en el océano para delimitar las conquistas de las Indias entre los reinos de Castilla y Portugal.

—¡Caramba!—exclamó Ehud pensando que aquello no rezumaba la importancia que él pensaba, pero evitó hacer comentario alguno.

Don Álvaro, por su parte, intervino con una pregunta:

—¿No es un tema para ser discutido entre ambos Estados?

—Evidentemente, pero por desgracia y ante la falta de acuerdo en los límites de cada uno de los descubrimientos, los reyes han pedido la intervención de su santidad, Alejandro VI, para finiquitar el contencioso.

—Sabia decisión —se permitió opinar don Álvaro.

—¿Para cuándo tiene prevista su merced la salida? —preguntó Ehud al Fajardo.

—No sufra don Íñigo; se le notificará con la suficiente antelación para que su merced se prepare convenientemente.

Después de agotar las viandas dispuestas, los cuatro contertulios bajaron hasta el patio de caballos para despedirse. Don Álvaro y don Pedro caminaban conversando de política conocedores de los entramados que se desplegaban en las cortes de los reyes e incluso en

el Vaticano. Retrasados, Ehud y el vicario Mateo les seguían a prudente distancia hablando de nimiedades hasta que el canónigo se destapó con una pregunta que a Ehud le pareció harto sospechosa:

—Dígame, don Íñigo, ¿llegaron a vender todos los objetos de culto judíos que traían de… no recuerdo ahora mismo el lugar?

Ehud enseguida cazó al vuelo la malicia de la pregunta. «¿A qué viene ahora recordar aquello?», —se preguntó. La única respuesta admisible era la de suponer que el vicario oficiaba para el de Alcántara necesitado de una conexión entre los asesinatos y la ermita. El vicario Mateo hablaba por boca de ganso, por lo que le dio igual respuesta que el día en que se conocieron, pero sin mencionar su estancia en la ermita.

—Los vendimos, gracias a Dios. Recuperamos nuestro dinero ya que los objetos los atesoramos en dación de pago de las deudas de los judíos a nuestras familias.

Como siempre, el canónigo, se apoyó en una falsa sonrisa.

—Me alegro, don Íñigo. Me alegro de veras.

Pero el noble, en su hartazón, quiso ir un poco más allá. Las insistentes y continuas punzadas resultaban cansinas. Algunas veces se había temido lo peor si aquel insistía en sus deliberaciones e intrigas.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo Ehud con el semblante áspero.

—¡Oh! Por si hubiera algún objeto interesante sin vender. Lo usaríamos en el culto cristiano en alguna de las capillas de patronato de la catedral —mintió y luego añadió—: Eso sí, después de bendecirlo cristianamente.

Ehud asintió visiblemente con la cabeza en tanto el clérigo, en su afán de trasladarle al marqués de Alcántara alguna información relevante, insistió con otra añagaza.

—¿Este año participarán en los ejercicios espirituales en la ermita?

Ehud se percató de hacia dónde quería llevarle el padre Mateo y lo negó en redondo. Parecía que, por fortuna, el canónigo no se acordaba bien de lo sucedido aquel día en la plaza de la catedral cuando se conocieron y ahora estaba dando palos de ciego.

—No. Me temo que por la preñez de doña Begoña eso es algo que queda muy lejos.

Con esa pregunta Ehud desechó cualquier duda sobre que el vicario y el asesino del padre y del novio de Esther estaban en connivencia y al acecho. Además, ahora lo atormentaba un grave problema añadido. ¿Cómo iba a dejar sola a su mujer estando el de Alcántara tras sus pasos?

XXIV. La maldición de Yahvé

El tiempo se cumplía y el vientre de Esther aumentaba considerablemente. Los últimos días del embarazo estaban siendo difíciles para ella y para todos los moradores del castillejo. Sufría de fuertes dolores que no la dejaban dormir y alguna que otra alarmante hemorragia hacía que el castillejo cobrara vida para atender a la señora, incluso de noche. Con presteza hacían subir a una partera del pueblo creyendo que el nacimiento era inminente, pero al cabo de las horas comprobaban que el crío se resistía a nacer. También, cuando los dolores eran muy intensos avisaban a don Froilán, afamado físico que la reconocía por recomendación expresa de la familia Vélez.

El anciano, que se desplaza hasta el castillejo en una vetusta galera, parecía por su aspecto desaliñado un personaje salido del mismo averno; alto, delgado, con el rostro surcado por cientos de arrugas y un pelo leonado en donde podían adivinarse las canas. Vestía de riguroso color negro a excepción de una desgastada camisa blanca que se dejaba ver por cuello y puños.

Un día que fue avisado, después de una noche en la que nadie en el castillo pudo pegar ojo por los continuos gritos de Esther, el físico se presentó a primera hora de la mañana. Después de hacerle un reconocimiento general —ojos, boca, corazón y pecho—, le efectuó un detenido examen del vientre hasta el pubis. Al término, preguntó:

—¿Cómo se encuentra la señora?

—Siento molestias continuas, don Froilán.

—¡Vaya! Superamos con creces las cuarenta y una semanas y el parto debe presentarse ya, de lo contrario deberemos actuar —manifestó preocupado.

—Parece que el niño se resiste a nacer —opinó Esther desalentada.

El físico hizo un mohín con la boca.

—Deberemos provocar el parto sin más remedio.

Esther miró a Ehud pues se presumía problemas y no supo qué decir. Ehud lo hizo por ella.

—¿Qué hacemos, señor?

El físico soltó la mano de la joven y se incorporó para darle los consejos oportunos y habituales en esos casos. Mientras, Esther seguía con la vista fija en él.

—Esperaremos dos días. Le recomiendo que ande un poco a fin de fortalecer las piernas y los músculos cuando llegue el alumbramiento.

Siguiendo las instrucciones del físico, al día siguiente decidieron recorrer un sendero que, rodeando el cerro donde se asentaba el

castillejo, terminaba en una pequeña pineda. Esther nunca había estado allí, pero le encantaba la magia y las leyendas que desprendían los bosques repletos de maleza y piñas secas que crujían a su paso.

El día llamaba a disfrutar del entorno y del magnífico sol de primavera. Los pájaros, disputándose alguna brizna de paja entre las ramas de los pinos, eran los únicos alborotadores de tan tranquila mañana. De los cercanos huertos de limoneros provenía un aroma a azahar que llenaba los pulmones y revivía el espíritu. Era lo que Esther necesitaba en esos momentos cruciales.

De buena mañana Inés había ordenado a las cocineras que prepararan un cestillo con algunas viandas para el almuerzo de los señores. Andando con la cesta al hombro Ehud recordó los tiempos, no tan lejanos, en los que pasaron hambre y frío en los bosques helados que atravesaron antes de recalar en Murcia.

«Ahora es tan distinto», se dijo para sí, puesto que lo hacía como señor y dueño de un castillo y de un extenso terreno a su alrededor. Por fin, la vida había sido benévola con ellos y se mostraba con un futuro prometedor, aunque nunca podrían bajar la guardia. Siempre deberían mantenerse alerta. Ése era su precio.

Anduvieron sin rumbo fijo hasta que Ehud notó que a Esther le costaba andar y pararon a beber un poco de agua.

—¿Estas cansada?

Esther bebía y asentía con la cabeza. Luego confirmó de viva voz:

—Sí. Un poco.

Él insistió.

—¿Te encuentras bien?

—Como siempre —alegó ella.

Eso significaba que los dolores que padecía la seguían incordiando. Entonces Ehud decidió que eran buen sitio y momento para acampar. Del cestillo sacó un lienzo que extendió sobre el suelo, colmado de hojarasca, y ayudó a Esther a sentarse. En el centro colocó las viandas que les habían preparado; pan, tocino, cecina, queso, frutos secos, higos y fruta. Para beber: sendos odres de vino y agua.

Comieron y bebieron ávidos, sobre todo él. Después recogió las sobras y ayudó a Esther a recostarse sobre el tronco de un gran pino que había a su espalda. Él se acostó a su lado con la cabeza apoyada en sus muslos. Pronto el calor, añadido al sopor del vino, en el caso de Ehud, y al cansancio en el de Esther, hizo mella en los jóvenes, que se quedaron profundamente dormidos, confiados en que nada ni nadie podría molestarlos.

Pero no. Un violento revoloteo alertó de que los pájaros remontaban el vuelo precipitados. Dos ardillas, que pululaban

indiferentes en las ramas de los árboles, corrieron a esconderse en sus madrigueras y, a continuación, un extraño silencio se enseñoreó del bosque. El grito de Esther había salido desde lo más íntimo de su ser desgarrándole la garganta. Asustado, Ehud dio un respingo y se puso de pie sin saber qué ocurría. «¿Estoy soñando?», se preguntó atónito, cuando percibió que un fluido caliente y viscoso de color rojo empapaba su cabeza. Al tocarse advirtió aterrado que se trataba de sangre. Con un torpe trasteo de sus manos intentó localizarse la terrible herida, pero no la encontró. Extrañamente tampoco le dolía la cabeza. Entonces arrastró la mirada hacia Esther que yacía todavía apoyada en el tronco y observó, turbado, que de sus muslos rezumaba sangre y que el vestido estaba mojado.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que el niño viene ya. Me duele mucho —explicó con una voz apenas audible.

—¡Voy a por ayuda!

Otro espeluznante grito de Esther le hizo volverse de inmediato.

—Noooo… Por favor, no me dejes.

—Yo… yo… no sé…

Esther, bien débil, exhaló:

—No te vayas… Te lo suplico…

—Conviene avisar al físico o a la partera…

La respiración de Esther se agitaba cada vez más y su rostro iba adquiriendo un color cárdeno, mientras que el de Ehud parecía de cera.

—Tengo frío.

La sangre que brotaba en abundancia de su interior se le estaba helando en los muslos y Ehud la arropó con su capa. Mojó un pañuelo en agua y se lo pasó por la frente. Sudaba. Jadeaba violentamente y de vez en cuando su garganta se abría, de par en par, para exhalar un grito que erizaba el vello. Cerró los ojos.

—Estoy cansada. Muy cansada —susurró Esther—. No creo que pueda traer a este niño al mundo. Solo quiero descansar…

—Por lo que más quieras, no te duermas.

En ese instante Ehud comprendió que debía reaccionar, sobreponerse y dar fuerzas a Esther para que empujara y sacara a la criatura al mundo. De lo contrario peligraba la vida de los dos.

—No puedo —se rindió ella.

Ehud se hizo a la idea de que tenía que ayudarla. No quedaba otra opción. Si se alejaba en busca de ayuda, lo más probable era que cuando llegaran, los dos hubieran muerto. ¡Tengo que hacerlo! —se animó—. No hay nada misterioso ni complicado en lo que está a

punto de suceder. Aunque esto lo realizan habitualmente las mujeres, ¿por qué no un hombre?

—Yo te ayudaré —le dijo henchido de valor.

Mentalmente se fue haciendo la composición de lo que iba a suceder y de los remedios que él debía adoptar. En primer lugar, poner a Esther en una buena posición para que empujara con fuerzas, luego averiguar lo avanzado del parto y hacer todos los preparativos para poder solventar cualquier imprevisto.

El mantel lo hizo tiras y rasgó la falda de Esther, apartó la parte húmeda y dejó vislumbrar su entrepierna. Repentinamente, Esther se incorporó, apoyó las manos en el suelo y abrió los muslos.

Ehud se asustó.

—¿Qué ocurre?

Esther estaba demasiado ocupada haciendo fuerzas para contestarle.

—¿Ya viene? —preguntó embobado.

Ehud se agachó y miró al fondillo de su compañera. La abertura por donde debía nacer la criatura empezaba a dilatarse. Después Esther volvió a relajarse. Las gotas de sudor perlaban su frente y el rostro contraído por el dolor. «Ya llega», pensó Ehud. Estaba más que asustado a pesar de sus convicciones. Volvió a ver a Esther ponerse tensa y hacer fuerzas. Se agachó para ver el resultado de tan tremendo esfuerzo y observó que la abertura se abría con generosidad y se vislumbraba algo que parecía el pelo negro del casi neonato.

—¡Ya está aquí! —gritó con ilusión.

Esther empezó a jadear con fuerza y a apretar. Su rostro adquirió un vivo color carmesí y como resultado del esfuerzo la abertura se hizo inmensa y asomó toda la cabeza de la criatura boca abajo.

—¡Vamos, cariño, ya está fuera! ¡Empuja!

Un instante después aparecieron las orejas y los pliegues de la piel del cuello. Ehud dudó entre tocarlo para ayudarlo a salir o, por el contrario, dejar que Esther hiciera el último esfuerzo. Temblando agarró la cabecita y tiró suavemente de ella. Estaba llena de sangre y de los fluidos viscosos de la madre. Como resultado del empuje de la parturienta y de la ayuda del padre, el cuerpecito del niño mostró un hombro primero y luego el otro hasta que se deslizó precipitadamente hacia afuera junto con el fluido materno, quedando en las manos de Ehud y pendiendo del cordón que se perdía en el interior de la madre. Lo depositó sobre la parte de la capa que cubría el suelo y se dispuso, con dos finas tiras de tela, a anudar el cordón por dos partes para después cortar con el cuchillo la sección que había quedado entre ellos.

Esther se abandonó después del último esfuerzo y dejó caer la cabeza sobre su hombro. Ehud cogió al niño de una pierna y lo puso boca abajo, según creía haber oído a las viejas de la aljama cada vez que asistían a un parto. Miró entre las piernas. Era un niño. Seguidamente le golpeó las nalgas y esperó la reacción del recién nacido. No la hubo. Volvió a golpearlas con más fuerza, pero el niño no rompía a llorar.

Lo puso de nuevo sobre la capa y con el pañuelo húmedo le limpió la cara y la nariz, luego acercó el oído sobre su pecho. Lo zarandeó y le dio unas palmaditas en los mofletes. El niño no reaccionaba; tenía los ojos y la boca cerrados. Volvió a inclinarse sobre su pecho, pero no sintió nada. Su corazón no latía.

Una profunda angustia le inundó al contemplar el cuerpecito inerte de su hijo. «No es posible», caviló. Jamás en su mente anidó la posibilidad de que su hijo naciera muerto. ¿Por qué? ¿Por qué esta tragedia? ¿Yahvé le había castigado? ¡De nuevo, otra desdicha agitaba su vida!

Inopinadamente le vinieron a la mente las imágenes del almohadón que él apretaba cruelmente contra la cara de don Feliciano hasta que el viejo dejó de respirar. ¡Sin duda, ese era el motivo! Yahvé le quitaba una vida. La misma que él había segado impunemente. ¡Era la maldición de Yahvé!

Las lágrimas inundaron sus ojos y con las manos sobre el cuerpecillo, ya frío, de su hijo muerto, Ehud miró al cielo con rabia, con desesperación y agitó su puño amenazador. Yahvé no era el dios bueno y misericordioso del que hablaban las escrituras. ¿Por qué permitía todas aquellas desgracias? ¿Qué culpa tenía una criatura inocente de los pecados de su padre, de su madre, del mundo entero? ¡No es justo! Rompió a llorar en silencio, comiéndose su ira y su desesperanza.

Esther gimoteó y dijo algo ininteligible. Se agitó y volvió a hacer fuerzas. Ehud miró de nuevo a la ingle de su mujer y observó que la abertura volvía a dilatarse y que por ella manaba abundante sangre hasta que, de súbito, expulsó la placenta. Luego la recogió, no sin sentir una intensa repugnancia y la arrojó lejos de allí. «Alguna alimaña se alimentará con ella», pensó apenado. Luego arropó a Esther y la besó en la frente. Ella, al sentir la cercanía de su marido, preguntó:

—¿Dónde está mi hijo?

Al oírla, a Ehud se le rompió el corazón. ¿Qué le iba a decir? No tenía fuerzas para detallarle el mortinato. No podía. En un instante decidió enterrar al pequeño antes de que su madre despertara de la

inconsciencia en la que le había sumido la grave pérdida de sangre. Dedujo que debía hacerlo lo más deprisa posible porque la vida de Esther estaba en serio peligro. Debía llevarla con rapidez al castillo, pero antes quería sepultar a su hijo.

Caminando con el pequeño entre sus brazos creyó desfallecer. Al llegar al pie de un bonito árbol se dejó caer de rodillas y apretó el cuerpecito contra su pecho. Allí permaneció llorando durante un rato hasta que escuchó que Esther, débilmente, le llamaba. Entonces se apresuró a cavar la pequeña tumba con el cuchillo que le había servido para cortar el cordón. Afortunadamente la tierra estaba blanda debido a las lluvias de días anteriores. Lo hizo con tal desesperación que cuando volvió en sí se dio cuenta de que había profundizado más de lo necesario para enterrar el cuerpecito de su hijo. Luego envolvió el cuerpo con su camisa y lo depositó con delicadeza en el fondo. Al empezar a echar tierra sobre el pequeño sintió que algo de él se enterraba también allí, en ese bosquecillo. Luego emparejó la tierra, la cubrió con hojarasca y sobre ella puso tres piedras para evitar que los animales pudieran desenterrar al pequeño y a la vez señalar el sitio donde había sepultado un trozo de su vida.

Una brusca sacudida de su estómago le hizo levantarse y alejarse hacia otro árbol cercano con evidentes arcadas. Allí vació su estómago y creyó sin duda que esa mañana clara y maravillosa, era el prólogo del fin del mundo.

XXV. El viaje al Vaticano

Pasaron varios meses y don Pedro Fajardo, merced a las influencias de su padre y al débito de algún que otro importante favor, había conseguido reunir a seis nobles del reino de Murcia con sus correspondientes soldados. Dos de los señalados eran don Juan García de Cáceres y don Íñigo de Aransay, residentes en Murcia; de Lorca, don Juan Fernández de la Hoya; y otro de Caravaca: don Godofredo de la Morena. En Cartagena le aguardarían en el puerto, preparados para embarcar con sus correspondientes escoltas, don Agustín de Heredia y don Guillermo Ros, antiguo alcalde de la ciudad.

Los dos provenientes del norte del reino se habían reunido con los capitalinos a primeras horas de la mañana en la misma puerta del palacio episcopal desde donde saldrían todos juntos escoltando a su eminencia, que viajaba en su carruaje con el obispo auxiliar, su ayudante, y don Pedro Fajardo. Los demás jinetes cabalgaban, a partes iguales delante y detrás del carruaje, envueltos en gruesos capotes para evitar el intenso frío de esa mañana.

A mediodía, con el sol dominante en lo más alto, llegaron a Cartagena. Desde la puerta principal de la ciudad se dirigieron directamente hacia el puerto. Una vez allí la nutrida escolta que acompañaba a su eminencia se detuvo entre un sinfín de relinchos y tascar de bocados.

Frente a ellos, atracada en el barrio de pescadores, aguardaba la nao *Santa Florentina*, llamada así en honor de una de las hijas del duque Severiano, padre de los cuatro santos cartageneros. Había sido enviada expresamente para tal viaje por el rey don Fernando.

La *Santa Florentina* era una nao muy marinera de ciento seis pies de eslora y veintiocho de manga. Elevaba tres mástiles y sus velas eran cuadradas. Viajarían en ella los expedicionarios en número de treinta y nueve, más la dotación de la nave compuesta por quince expertos marineros. La comandaba el capitán cartagenero Alonso Rosique, que ordenó que el obispo fuera acomodado en el castillo de popa.

Los caballos fueron llevados a unos corrales en el mismo barrio de pescadores, hasta la vuelta de sus propietarios. Los mozos del muelle subieron a bordo los pertrechos y viandas. En último lugar embarcaron soldados y nobles.

La nave, escoltada por una legión de gaviotas, empezó a maniobrar lentamente para separarse del pretil del muelle y pronto se halló en mitad de la abrigada rada cartagenera izando sus velas. En ellas, dos grandes cruces rojas se henchían aprovechando una suave brisa de

levante. En lo más alto del mástil, el gallardete de la corona de Castilla terminado en dos puntas: una blanca y otra roja.

Aunque temeroso por semejante viaje, Ehud se mostraba valiente y no se dejaba intimidar por la inmensidad del mar y los imprudentes comentarios de los marineros, amén de las increíbles leyendas de monstruos marinos que relataban algunos nobles. Pero su ánimo albergaba otra preocupación: el viaje le había costado un serio disgusto con Esther. En buena razón, argumentaba la mujer «qué necesidad tenía de embarcarse y meter las narices en asuntos que no eran de su competencia», y, más aún, después de la terrible tragedia del mortinato que la había sumido en una inmensa y perenne amargura. Con delicadeza y tacto no exento de paciencia, Ehud la convenció de la necesidad de cumplir con su palabra y al mismo tiempo no desagradar al Fajardo, pues en su vida futura podría serles muy beneficiosa su amistad. Pero ella, después de aceptar que Ehud se fuera de viaje, le puso una condición: que el capitán Diego de Rivas le acompañase. Por el contario, él prefería que el capitán de su guardia permaneciese en el castillo junto a ella, pero al final el capitán embarcó con su señor. Don Álvaro, el secretario, quedó como gobernador del castillejo de Monteagudo hasta el regreso de su señor.

Los dos primeros días de navegación fueron los ideales para realizar una buena singladura y disfrutar del mar. Todo aquello era diferente y nuevo para los nobles y sus soldados acostumbrados a cabalgar sobre tierra firme.

Los ojos de Ehud se abrían hasta el infinito. Jamás había pisado semejante engendro y mucho menos había navegado. Todo le sorprendía: los cambios de viento que, inmediatamente, eran interpretados por el capitán, el trasiego de la tripulación izando o amollando el velamen o el duro trabajo de restregar la cubierta para despojarla de la sal. Afortunadamente fueron testigos de un bello espectáculo, difícil de olvidar; el acompasado baile por la proa de una manada de delfines a la par que la nave avanzaba.

Pero lo más sorprendente fueron las armas de fuego. La nave iba armada con cuatro bombardas, culebrinas, ballestas y espingardas. La mayoría de ellos jamás había visto semejantes artilugios de guerra. Don Diego de Rivas, veterano de la guerra de Granada, junto con dos artilleros de la nave, hizo varias demostraciones de tiro con espingarda y con bombarda. En un principio, las espectaculares explosiones de los disparos asustaban a los novatos que se protegían detrás del castillete de popa para ver como las balas caían a lo lejos levantando ingentes cantidades de espuma y agua.

Al amanecer del tercer día y a punto de llegar a la isla de la

Cerdeña, perteneciente al reino de Aragón, un impetuoso viento maestral estuvo a punto de hacer naufragar a la *Santa Florentina*. La nave cabeceaba violentamente zarandeada por las olas del temporal como si fuera un corcho a merced del viento. El mar se cubrió de crestas blancas de espuma y el cielo, negro como la noche, se abría y una espesa cortina de agua impedía ver incluso lo más cercano. El capitán, desde el castillete de popa y empapado hasta los huesos, se esforzaba en dar órdenes a los marineros para intentar paliar el caos que el movimiento de la nave provocaba en los bultos que se deslizaban por la cubierta como caballos sin jinete al romperse la eslinga de la estiba. La nave hundía peligrosamente su proa en el mar y sin tiempo para recuperarse era barrida de nuevo por la siguiente ola. El impetuoso viento alzaba montañas de agua y el castigado casco elevaba el mascarón de proa intentado superarlas para a continuación descender vertiginosamente hasta el valle de la ola que amenazaba con tragarse aquella cáscara de nuez. Gracias a la pericia de su capitán y del piloto consiguieron maniobrarla hasta el golfo de Cagliari y atracar sanos y salvos en sus muelles. Los marineros fueron los últimos en desembarcar puesto que los nobles, los soldados e incluso el obispo, poco hechos a la mar, habían vaciado sus estómagos por la borda varias veces y encomendado sus vidas a todos los santos de su santoral e incluso a algunos más. Sus céreos rostros así lo justificaban ante las risas y comentarios de la tripulación.

Una vez repuestos viajeros y tripulantes, pertrechados de víveres y arreglados los desperfectos que en la nave había causado la fuerza del temporal, se hicieron de nuevo a la mar. Al cabo de un día y medio más de travesía la *Santa Florentina* atracaba sin novedad en el puerto de Ostia.

Durante la travesía Ehud había tenido tiempo para pensar y recapacitar, tranquilamente, sobre la nueva vida que compartía con su compañera Esther. Una noche, acostado en el camastro del camarote, recordó con añoranza la última y excitante velada en el castillo.

Esa noche Esther se sentía muy deprimida porque iba a ser la primera vez, desde que se conocieron aquel aciago día, que se iban a separar. Habían pasado juntos tantas calamidades, incluida la muerte del pequeño, que se encontraban inseguros estando separados. Habían aprendido a convivir, a complementarse el uno al otro. En momentos determinados, Ehud había sido más decisivo, como cuando descubrió que su compañero David era una mujer. Entonces se echó la responsabilidad sobre los hombros y decidió salir de aquella ermita, a pesar de que la joven era incapaz de reaccionar. Sin embargo, en el sangriento episodio que vivieron con el despreciable Melquíades, fue

ella quien resolvió el asunto con más presteza. Luego, en sus comienzos murcianos, habían sido los dos quienes se habían alternado en la solución de los problemas. En resumen —pensaba él—, hacían una buena pareja.

Deseando revivir la última noche en el castillejo con Esther, cerró los ojos e, inmediatamente, se vio entrando en la alcoba y acercándose a la cama. Esther se había quedado dormida medio destapada y él se esmeró en acurrucarla, luego le dio un beso. Al retirar la cara, ella abrió los ojos.

—Lo siento. Me he quedado dormida.

Él la miró con agrado.

—Te he despertado.

—No quería dormirme. Hoy es la última noche y…

—No digas eso —le recriminó él—.Volveré pronto.

Se sentó en el lecho, la atrajo hacia sí y ella dejó que la rodeara con sus brazos. Acercó la cara y Esther depositó un tierno beso en sus labios.

Ehud se estremeció.

—Te quiero.

—Y yo te adoro —añadió ella.

Después se humedeció los labios con la lengua y Ehud se sintió explotar. Unos instantes de silencio y de mutuo estudio dieron paso a un incontrolable arrebato amoroso. Ella volvió a apretar sus labios contra los de él de forma tan violenta que le obligó a acomodarse bien sobre la cama para seguir besándola. Sentían a dúo sus respectivos alientos cálidos y querían disfrutar todo lo posible en esa postrera noche. Ninguno se imaginaba cuánto tiempo estaría apartado del otro. De repente, ella se incorporó y se sacó el camisón por la cabeza. Ehud también se desnudó.

En ese preciso instante, sintieron la necesidad de abrazarse con frenesí, de tocarse la piel, el pelo, de sentir los músculos de los brazos, de la tensa espalda de Ehud que se arqueaba poderosa cada vez que la abrazaba y percibir cómo esos pequeños pechos se endurecían a la vez que sus pezones se alargaban.

Ahora ambos jadeaban. Esther pasaba sus manos por la espalda, caderas y las bien formadas nalgas de Ehud. El corazón les latía con fuerza cuando Esther lo miró. Tenía la cara enrojecida por el calor y la fricción y respiraba con fuerza. En su cara se reflejaba toda la intensidad de su deseo.

La besó en la oreja, cuello y garganta. Bajó sus labios a la clavícula, fina y recta, que enmarcaba unos hombros delicados. Esther se deleitaba con sus propios gemidos conforme la boca de Ehud la iba

explorando y a medida que jugaba con sus pechos pasándole la lengua lenta y delicadamente por los pezones sonrosados y erectos. Esther sentía sobre su piel el aliento cálido y abrasador de Ehud que frunció los labios sobre uno de ellos, Esther soltó un gritito entrecortado cuando una aguda invasión de placer recorrió todo su cuerpo.

—Son preciosos —susurró.

—¿De verdad? —preguntó ella entre jadeos.

Esther movía la cabeza sobre la almohada de un lado a otro enredando su pelo y en su pensamiento le rogaba a Ehud que no parara nunca. «¿Quién me consolará cuando Ehud esté lejos?», llegó a pensar invadida por sucesivas olas placenteras.

Ehud hundió la cara en el vientre y Esther se retorció. Para dosificar el placer le sujetó del pelo durante unos instantes para aliviar su agitada respiración. De vez en cuando miraba hacia abajo observando lo que él hacía. Le gustaba ver como Ehud la acariciaba y le hacía perder la noción de todo. Conforme bajaba la cara, la iba soltando poco a poco hasta que llegó a su rincón más íntimo poblado de un vello sedoso que besó suavemente. Ehud levantó la cara para verlo. Tuvo la sensación de que aquello era lo más maravilloso del mundo y volvió a besarla, esta vez, si cabe, con más intensidad. A Ehud le quedaba poco tiempo más. No podía aguantar contemplarla tan hermosa y jadeante frente a él. Se soportó en sus brazos y se adelantó hacia su boca de tal forma que su pene, caliente y tieso como un ariete, quedó a la altura de sus manos. Ella lo apresó y lo llevó en medio de sus muslos. Ehud, al sentir el roce de los dedos de Esther, cerró los ojos y dejó escapar un profundo gemido. El pene de Ehud se introdujo de una vez deslizándose en la íntima humedad de Esther que sintió aquella vigorosa entrada como una fuerte presión que la hizo doblar la espalda y facilitar a la vez que llegara hasta el más lejano rincón de su cuerpo. Apretó fuerte la espalda de él y el jadeo se transformó en gritos. Ehud cabalgaba sobre ella en perfecta armonía.

—¡Hazlo… más… fuerte! —le pidió con la voz entrecortada—. Necesito sentirte… más… hondo… más…

Sudoroso y respirando con brusquedad la empujó hasta que sintió cómo le sacudía un potente espasmo a la vez que derramaba dentro de ella un chorro cálido que la hizo estremecerse de placer, una y otra vez, hasta que la sensación empezó a desvanecerse y su cuerpo se fue quedando completamente relajado debajo del de su compañero. No podían hablar ni moverse. Estaban exhaustos, pero Esther sentía el peso de Ehud: en unos instantes se había quedado dormido. Le besó en la cara y con delicadeza se lo fue quitando de encima hasta apartarlo a su lado. Luego lo abrazó y se acopló a él formando un solo cuerpo.

XXVI. La confidente

Era de noche. Esther acababa de meterse en la cama cuando apreció que una repentina e intensa oleada de añoranza la invadía. Se sentía sola, muy sola. Desde que se conocieron jamás, ni un solo día, se había separado de Ehud. Se sentía feliz y muy unida a él. Aunque, por otro lado, no le cabía la menor duda de que su convivencia había sido difícil y marcada por unos acontecimientos brutales para la juventud de ambos. Nadie a su edad había vivido los sucesos que el destino les había deparado en menos de un año—pensaba Esther—. La injusta expulsión de los suyos de la tierra donde habían nacido los abuelos de sus abuelos. El indigno ajusticiamiento de su padre y de su novio y la violenta muerte del hermano de Ehud. Eran perseguidos por un noble sanguinario y violento. Soportaron la tortura y la muerte del clérigo Vandelino y como colofón la muerte por su mano de dos hombres, aunque fuera en legítima defensa. Aparte de la trágica muerte de su hijo. Era un tétrico bagaje, excesivo para su edad. Ella hubiera deseado vivir una vida normal, apacible, sosegada. Haberse casado con su novio David y trabajado en el taller de espadas de su padre, tener hijos y envejecer viéndolos crecer. Nada de lo que parecía en un principio se había cumplido. Yahvé no es justo —se dijo para sus adentros. Luego se preguntó—: ¿Por qué yo?

Esther se hacía estas reflexiones sentada en la cama. Hacía dos meses que Ehud no dormía a su lado. Lo echaba de menos. Hacía un instante había abierto un ropero y acariciado su ropa. Se la llevó a la nariz y aspiró su olor, se acarició la cara con aquellas camisas blancas como la nieve y recordó que cuando no se las acordonaba dejaba al descubierto su pecho con los marcados músculos que a ella la volvían loca. En cada rincón del castillejo sentía su presencia y más aún en la cama donde ahora estaba recordando la última noche que se amaron con frenesí y con una delicada violencia que a ella la llenó de amor y de pasión.

Ehud aún no le había escrito, pero por medio de los sirvientes del marqués de los Vélez sabía que se encontraban bien de salud y que todo sucedía según lo previsto. Le hubiera gustado recibir una carta escrita del puño y letra de su amante, acariciarla, besarla y leerla toda la noche acurrucada en la cama para percibir mejor su olor.

De improviso, el silencio que impregnaba la estancia se quebró con un fuerte ruido procedente del pasillo.

Esther dio un respingo en la cama.

—¿Qué ha sido eso? —se preguntó en voz queda.

Se levantó a la luz de las rojizas ascuas que animaban la estancia y abrió la puerta.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó con un hilo de voz.

Nadie respondió. El silencio seguía dominando el pasillo y el estanque.

Impulsada por la curiosidad y por desvelar quién era el espía resolvió investigar por su cuenta. Recorrió todo el pasillo parándose en cada alcoba para descubrir si alguien dormía en ella o si se adivinaba algún ruido. Luego decidió bajar a la planta de servicio donde estaban las despensas, cocinas y las habitaciones de los sirvientes. Al parecer todos dormían excepto en una alcoba en la que se vislumbraba, una débil luz. Esther se acercó con sigilo a la rendija. Descubrió que era la alcoba de Inés y que la muchacha cabalgaba en cuclillas sobre un hombre tendido en la cama que le acariciaba los senos, la agarraba por la cintura y la hacía gemir de placer una y otra vez. Esther apartó la vista al comprobar lo que hacían, pero un fuerte sofoco de pasión que la abrasó por dentro la obligó de nuevo a mirar por la rendija y a disfrutar con la placentera visión de aquella pareja amándose. En ese preciso instante deseó abrir la puerta, entrar violentamente, apartar a Inés de aquel hombre y ocupar ella su lugar. Pero antes de que culminaran su furtivo amor, Esther, sigilosamente, volvió a su cuarto.

Cerró por dentro con el cerrojo y una vez en la cama descubrió algo importante; si Inés yacía con el jardinero era imposible que fuera la responsable del ruido. Entonces ¿quién merodeaba a esas horas de la noche por los pasillos?

A la mañana siguiente, Esther se levantó con la firme convicción de descubrir quién fue la persona que se paseó por los pasillos la noche anterior. Lo primero que hizo; llamar a Inés, su camarera.

—Prepárame un baño —dijo con seriedad.

—Enseguida, señora.

Al poco, Esther estaba relajada dentro de la tina y sumergida en una agradable agua tibia con esencias y jabones olorosos que impregnaron toda la estancia. Inés, que le había recogido el pelo y hecho un moño con una horquilla, le frotaba la espalda con una suave esponja. En su embelesamiento, Esther recordó la escena de la noche anterior y se sobrecogió al pensar que esas mismas manos que ahora le acariciaban la espalda y los pechos habían acariciado al jardinero hacía apenas unas horas. Se estaba quedando dormida con ese erótico pensamiento y en esa placentera postura cuando Inés la sobresaltó:

—¡Señora! ¡Señora!

—¿Qué ocurre? —preguntó un tanto adormilada.

—Ya he acabado. Aquí tiene las toallas.

Esther se levantó dejando ver su bien formado cuerpo, húmedo, pero sediento de amor. Inés le soltó el pelo que volvió a cubrir su espalda y mientras se envolvía en una suave toalla le preguntó de sopetón:

—Inés, ¿anoche subiste al estanque?

—No, señora.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Ocurre algo?

—¿Qué hiciste anoche? —le preguntó morbosamente.

—Nada, señora. Estuve en mi alcoba.

—¿Sola?

Inés se turbó. Bajó la mirada.

—¡Vamos, contesta!

De súbito, Inés se arrodilló y empezó a llorar a la vez que suplicaba.

—¡Perdón, señora! No lo haré más. Él me obligó.

«Ya me hubiera gustado que él me obligara a mi», llegó a pensar Esther.

—¿Anoche estuviste merodeando? —insistió de nuevo la señora.

—Le juro por Dios que no.

—¡Dime la verdad! —exigió.

—Se lo juro, señora —confesó entre sollozos.

—Está bien. Levántate —le ordenó.

La muchacha se reincorporó despacio. Las lágrimas le surcaban las mejillas y le caían sobre los pequeños senos desapareciendo en el interior del escote. Esther le dio un pañuelo para que se las enjugara.

—Anda, límpiate y siéntate aquí.

Los nervios atenazaron su estómago y el temblor de piernas la obligó a tomar asiento al borde del lecho. Luego se secó las lágrimas. Inés ya se había tranquilizado y fue el momento en el que Esther aprovechó para sonsacarla si en realidad había algo que sonsacar.

Empezó hablándole de una forma dulce y pausada, intentando convencerla de que entre ellas no había maldad.

—Inés, entre un ama y su criada no debe haber ningún secreto y deben contarse todo lo que les acontece a ambas. La sinceridad debe prevalecer ante todo porque de esta forma podremos ayudarnos mutuamente en cualquier cosa que nos suceda. De lo contrario la relación se deteriorará por la mentira, el engaño y la falsedad y eso no es bueno para dos personas tan jóvenes como nosotras y que convivimos juntas tantos días. Así que cuéntame si alguien te ha dicho o te ha propuesto algo.

Inés se quedó pensativa. Nunca su ama le había hablado de

semejante forma.

—Vamos, contesta —la apremió Esther.

En ese momento en la mente de la muchacha no cabía otra historia fuera de la relación amorosa y oculta que mantenía con el jardinero desde hacía tiempo.

—Sí. Andrés, el jardinero —confesó por fin.

—¿Andrés el jardinero? ¿Y qué te ha dicho?

—Que me ama y me ha propuesto matrimonio en varias ocasiones.

La señora dio un respingo y exclamó:

— ¡¿Me tomas por estúpida?!

—No, señora. Es que no la entiendo —manifestó temerosa la muchacha.

Entonces, Esther optó por abordarla de otra forma más directa y sin tapujos:

—¿Que hacías una noche en una carreta acompañada de dos hombres en la puerta de una taberna?

Al oír la pregunta Inés enmudeció aterrada. «¿Cómo se habría enterado mi señora de semejante cita?», —se preguntó mil veces en un instante. Antes de contestar se le bañaron los ojos en lágrimas.

—Señora… yo… yo… no quería, pero me obligó.

—¿Te obligó? ¿Quién?

—No se lo puedo decir o me matará.

La señora del castillejo se puso de pie con aire amenazador.

—Confiesa, vamos.

—No puedo, señora.

—Vamos, dímelo o te mataré yo —amenazó Esther.

—El marqués, el marqués…—repitió la joven entre suspiros.

—¿Qué marqués?

—El de Alcántara.

Al oír el nombre a Esther la recorrió un acceso de furia por todo el cuerpo.

—¿Cómo has podido…?

—Lo siento, señora, lo siento. Me embaucó con palabrería.

Con los ojos guiñados como los de una gata indagó:

—¿Qué te dijo?

—Que estaba perdidamente enamorado de usted. Quería saber si su relación con don Íñigo era la de un matrimonio normal y que escuchara todo cuanto pudiera.

Oído lo cual, Esther acumuló en su pecho todo el odio del mundo. Apenas podía respirar. Sus pulmones se negaban a suministrarle el aire necesario y se sintió desfallecer, pero evitó dejarse arrastrar por la pena y decidió hacerle frente con su mismo método.

—¡Cerdo inmundo!

—Señora, yo no sabía…

—¡Calla! ¿Te pagó?

—Sí.

—¿Qué le has contado?

—Nada importante, señora. Se lo juro.

—¡Dímelo!

Inés se volvió a enjugar las lágrimas y se sonó la nariz. Parecía abatida.

—Le he contado la verdad, señora. Que se quieren y que se llevan muy bien. Eso es todo —confesó la criada.

Esther, ante todo, temía que le hubiera comentado algo sobre su confesionalidad. Verdadero o falso, en cuyo caso sus vidas pendían de un hilo.

—¿Te ha hecho alguna pregunta en concreto?

—¿Sobre qué?

Esther le detalló todo lo que ella temía que pudiera delatarles como judíos.

—Si vamos a misa, si rezamos algo raro, si hay algún objeto extraño en nuestra habitación…

—Me preguntó si hablaban un lenguaje que yo no entendía y si en las alcobas había objetos de oro de los que suelen mostrarse en una iglesia.

A Esther se le demudó el rostro al oír la respuesta. A no dudar el marqués estaba averiguando si en realidad eran judíos y si hablaban entre ellos en su lengua o si en el castillejo había ornamentos de su culto.

—¿Qué le dijiste? —inquirió con interés.

—Que no. Que no les he oído hablar nada extraño y que los objetos que decoran el castillejo son los normales de una casa castellana.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Te juro que si me mientes…—la amenazó.

—No le miento, señora…

Entonces, Esther, contraatacó.

—Puesto que has espiado para el marqués, ahora lo harás para mí. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Acto seguido, Esther le dio las directrices para cuando el marqués contactara con ella, procurar llevarle siempre la delantera en sus intenciones. Aunque consideraba que no sería una empresa fácil, sabiendo lo miserable que era el de Alcántara, no quería caer en una

de sus trampas, tal como le sucedió a su padre.

—Debes informarme puntualmente cuando hables con él y qué es lo que quiere saber en cada momento. Es muy importante.

—No se preocupe, señora. Así lo haré.

Luego le dio un consejo para evitar ser descubiertas:

—Procura actuar con normalidad para que no nos descubra o te aseguro que él no será tan benévolo con nosotras como yo lo he sido contigo.

—Descuide, señora.

Al acabar el interrogatorio, Esther estaba furiosa como un animal enjaulado. Una vez calmada, comprendió que se trataba de una furia surgida del miedo. Del miedo hacia quien le había inferido tanto daño. Pero intuyó que no debería, de ahora en adelante, ponerse irascible cuando se le hablara de algunos de los temas que eran tabúes para ellos. Eso demostraría que podrían tener alguna cosa que ocultar y darían pistas a sus perseguidores. Lo positivo de esa conversación con la criada —pensaba Esther— era que ahora ya sabía con certeza lo que andaba buscando el marqués y podría esbozar su defensa que consistiría en dejar pasar el momento sin prestarle demasiada atención sobre todo al de Alcántara. Estaba segura de que se aburriría al no sacar ninguna conclusión y abandonaría de una vez la investigación sobre ellos.

El marqués de Alcántara —pensó ella— tampoco debería olvidar que pertenecían a la nobleza y eran respetados como tal. Habitaban un gran castillo de una importante ciudad y contaban con nobles entre sus amigos, incluso con el adelantado del reino de Murcia.

XXVII. El banquete de los Bartomeu

Los recién estrenados meses de invierno le comportaban una tristeza que quedaba patente en el apagado brillo de sus ojos. Para Esther, el tiempo pasaba con exasperante lentitud. Se había detenido el día que Ehud la besó por última vez, antes de desaparecer de su vista. Contaba los días y las horas varias veces al cabo de la jornada. No estaba acostumbrada a tan insoportable inactividad y la ausencia de su amado la debilitaba gravemente. Su estado de ánimo era frío, lejano, apático y carente de todo sentido. Le necesitaba como las plantas el agua y como la noche necesita a la luna. Jamás pensó que Ehud le pudiera dar tanto cuando convivía con él. Ahora que estaba ausente le añoraba más que nunca. Se ahogaba, se asfixiaba en su amor. Una y otra vez abría el ropero y se deleitaba con su aroma y sus recuerdos. Inés, en más de una ocasión, la había sorprendido acariciándose la cara con sus camisas y con los ojos vidriosos y melancólicos.

Don Álvaro también se había apercibido del grave estado anímico de su señora y en varias ocasiones le había aconsejado que distrajera el tiempo en diversas actividades lúdicas. Pero viendo que su señora se consumía lentamente y no terminaba de salir del pozo, intervino seriamente para procurar hacerle entender que debía poner coto a semejante locura. Para ello, y muy a su pesar, procuró que se dedicara a obras pías en compañía de otras distinguidas señoras: fundación de monasterios, visitas a parroquias, atención a mendicantes y a enfermos. Paradójicamente, una de las viudas a las que fueron a visitar para ayudarla en su recién estrenada situación fue a la de don Feliciano de Mazón.

Aunque la diferencia de edad entre las distinguidas señoras y Esther era notable, se beneficiaba de poder conocer y departir con sus hijas y nueras que sí lo eran. Con el tiempo logró hacer buenas e interesantes amistades, pero siempre con el peligro añadido de deslizar algún comentario inconveniente que la pusiera en evidencia. Comentarios sobre cultura y religión procuraba evitarlos sin crear demasiada alarma entre sus asiduas y los derivaba hacia tertulias sobre los más diversos e inocuos cotilleos: noviazgos de conocidas jovencitas núbiles, telas, lencerías y otras cuestiones del hogar.

Al principio fue interrogada por sus comadres sin piedad. Procuraba salir lo más airosa posible de las delicadas preguntas a que la sometían, sobre todo en lo concerniente a su marido, familia, boda y de su recién malograda maternidad. El vicario Mateo ya se había

encargado de propalar que pronto habría entre ellos un nuevo cristiano, aunque la nueva no podía estar más alejada de la realidad.

Para salir del atolladero, Esther mentía y mentía hasta la saciedad. Urdía invenciones como quien cose y no dejaba nunca una pregunta en el aire. Intuía que obrar así airearía una mala señal y daría mucho que pensar y chismorrear a aquellas enrevesadas cotillas.

Por aquel entonces, don Álvaro veía a Esther metida tan de lleno en sus entretenimientos que se alegraba de ello. Pensaba que de esta forma la espera de su amado sería más llevadera. Al cabo del tiempo, la señora del castillejo se recuperó anímicamente y el tono de su piel derivó a un rosado vivo muy aparente. Sus ojos adquirieron el brillo de antaño y su carácter mejoró considerablemente.

Una tarde que el secretario bajaba de su despacho en la torre, observó los preparativos que Inés hacía para su señora.

—¿Ocurre algo? —preguntó sorprendido.

—¡Oh, no, señor! Doña Begoña acude a una fiesta.

El secretario, contrariado por la desinformación de la que hizo gala, comentó:

—No sabía nada.

En ese preciso instante la dueña salió de sus aposentos.

—Lo siento, don Álvaro, ha sido un despiste mío el no participarle mi asistencia al acto festivo. Le ruego me disculpe.

—No tiene de que disculparse, señora. Solo lo decía por haberme ocupado, personalmente, de cuanto le fuera preciso.

—Gracias, don Álvaro. Inés me ha proporcionado lo necesario.

Un criado recién llegado le anunció de viva voz:

—Señora, el coche la aguarda en el patio de caballos.

El secretario, contrariado, volvió a intervenir:

—Llevará escolta, señora.

—¡No es necesario!

—De ninguna de las maneras —objetó don Álvaro, dejando patente la responsabilidad que le había cedido don Íñigo antes de su marcha.

Ella insistió:

—No se preocupe, don Álvaro. No ocurrirá nada.

—Al menos dígame hacia dónde se dirige vuestra merced.

—¡Claro! Voy a casa de doña Emerenciana, esposa de don Agustí Bartomeu, catalán que ha sido nombrado nuevo mayordomo del concejo de la ciudad.

—¡Caramba! —exclamó don Álvaro. Luego se dijo para sus adentros: «Desde que doña Begoña alterna asiduamente está enterada de todo cuanto acontece en el reino de Murcia».

—Si necesitara de alguna asistencia estoy segura de que don Agustí

dispondrá de todo cuanto sea preciso.

El secretario, por último, le hizo una súplica:

—No lo dudo, pero le ruego sea prudente, señora. Soy responsable de su seguridad ante don Íñigo.

—Descuide, don Álvaro.

Esther bajó los escalones con rapidez seguida de Inés y al llegar al patio de caballos, aprovechando que la portezuela del coche estaba abierta, entró de un salto ante la sorpresa del cochero. Don Álvaro, observador de la escena, se quedó profundamente preocupado. No estaban los caminos tan seguros como para que una dama se internara sola en la oscuridad de la noche. Aunque la distancia del castillejo a la capital no fuera excesiva, el peligro siempre existía.

El atardecer en Murcia ocupaba todo el firmamento. La fiesta de bienvenida de la familia Bartomeu, celebrada en un rancio caserón que el nuevo mayordomo había comprado junto a la catedral, resultaba un éxito. Los nobles asistentes eran numerosos y llegados de todo el reino murciano. Don Agustí Bartomeu, para hacer gala de la gastronomía catalana, había hecho viajar a dos cocineros desde la misma Barcelona hasta el reino de Murcia, con la intención de que deleitaran a los presentes con varios platos típicos de su tierra natal, aprovechando, también, algunos de los productos de la exquisita huerta local. Trovadores, forzudos, acróbatas, traga fuegos y danzarinas habían sido algunos de los espectáculos que actuaron desde primeras horas de la mañana. Doña Begoña conversaba animadamente con sus amigas sobre mil y un cuchicheos cuando el marqués de Alcántara hizo su entrada en el amplio salón. Presumía de señorío, de grandeza y de una prepotencia sin límites. En primer lugar se dirigió hacia la presencia del anfitrión para cumplimentarlo y agradecerle la invitación a tan importante festín. Después de entrevistarse con él, durante unos instantes se volvió y barrió con la vista el amplio salón hasta que se tropezó con doña Begoña, la cual acababa de descubrir la incómoda presencia del marqués.

La feroz mirada del de Alcántara le causó una honda punzada en el corazón. El marqués, avezado en asuntos de faldas, percibió el impacto que en la joven había causado su mirada y se acercó a rematar lo que momentos antes había comenzado. Sin embargo Esther, al intuir sus intenciones se levantó rauda y con la excusa de un ligero malestar pidió a Amadora, la hija de don Agustí, que la acompañase a tomar un poco de aire fresco a la terraza. El marqués, viendo que su paloma volaba no se sintió en absoluto desairado. Es más, le gustó aquella huida porque significaba que iba a tener que luchar su presa, tal y como hacía en las cacerías. Disfrutaba cuando el

venado o el jabalí presentaban batalla. De cualquier otra forma la batida no tenía interés para el noble.

Nada más salir a la terraza, iluminada con un trémulo color rojizo proyectado por las antorchas, Amadora se preocupó por el estado de salud de su invitada:

—¿Qué os sucede, doña Begoña? Estáis pálida.

—Nada grave. Solo necesito un poco de aire fresco.

—Si deseáis puedo avisar al físico…

—Sois muy amable, pero no será necesario. Enseguida me recuperaré.

Charlaban las dos jóvenes apoyadas en la balaustrada cuando la figura alta y corpulenta del marqués se recortó en la puerta. Don Rodrigo era un joven con un rostro agraciado, lo que le facilitaba el acercamiento a las mujeres, pero su carácter altivo, dominante y soberbio terminaba por abrir los ojos a las jóvenes y era repudiado acto seguido. Siempre desconfiaba de ellas. Su padre le había enseñado a no creerles nada y a ponerse en guardia ante sus lágrimas. «Cuando las mujeres lloran es que quieren conseguir algo», le decía.

Solo las lerdas consentían en yacer voluntariamente con él por el mero hecho de presumir de haber compartido lecho con un hombre de poder, incluso sabiendo que después del acto las humillaba e incluso agredía. Eran muchas las campesinas que pregonaban haber dado a luz un hijo bastardo del marqués. Él, en represalia, les cortaba la lengua.

La voz del noble tronó en la apacible terraza:

—Dos mujeres tan hermosas y solas en semejante festín es un pecado que no puedo consentir.

Amadora lo miró sorprendido porque no le conocía y le regaló un despectivo vistazo de arriba abajo. Esther seguía con la mirada perdida en la negra silueta de los montes de la serranía cuando el marqués les dirigió de nuevo la palabra, para vanagloriarse de la caza del día anterior.

—La sierra de Carrascoy. Buen coto de caza. Ayer mismo tuve la oportunidad de comprobarlo. Tres magníficos venados y dos jabalíes fueron el premio a mi destreza con el arco y la lanza.

Esther no despegó los labios y Amadora, viendo el desparpajo con el que el marqués las había abordado, le interrumpió de una forma seca y cortante dado que, su fuerte carácter estaba aún por domar:

—¿Hemos sido presentados?

—¡Oh! Le ruego que me disculpe, soy el marqués de Alcántara. A su servicio.

A continuación, la hija del anfitrión se presentó con altivez; después

hizo lo propio con su amiga y acompañante en ese momento.

—Soy Amadora Bartomeu, primogénita del anfitrión, y ella es doña Begoña de Arizkun.

—Sí, nos conocemos —aclaró el marqués.

—No entiendo, señor —replicó ella.

Amadora se sorprendió por la afirmación que acababa de escuchar, ya que su amiga, por el momento, no había dado muestras de que eso fuera tal como acababa de exponer el noble.

—¿Es cierto, doña Begoña? —la interrogó don Rodrigo.

En ese preciso instante, Esther se hubiera vuelto y le hubiera abofeteado hasta hacerse sangre en las manos, pero recordó los consejos que ella misma le había dado días antes a Inés. Fueran cuales fueran las circunstancias, no debería mostrarse enojada. Entonces se volvió y se enfrentó con la dura mirada del hombre que en el pasado había destrozado la vida de su familia y ahora pretendía incendiar su futuro.

—Sí, tuvimos la oportunidad de conocernos fugazmente en una fiesta que celebró mi marido en el castillo —reconoció Esther, con toda la naturalidad que le fue posible.

—Es cierto —confirmó el noble y añadió—: aunque creo que nos hemos conocido con anterioridad, pero no logro recordar dónde.

Esther intentó jugar al despiste para despejarle cualquier duda:

—No lo creo, don Rodrigo. Nuestros caminos han discurrido muy divergentes.

—Pero, a veces, muchos caminos confluyen en uno solo.

Aquel lío de caminos que alegaba el marqués podía confluir en uno muy peligroso y Esther no sabía cómo salir de aquel vericueto. Desde luego no pensaba hacerlo como un vulgar cervatillo asustado, pero por suerte para Esther, Amadora, viendo el poco interés que mostraba su amiga por el noble, intervino cortando la conversación.

—Si nos disculpa, seguiremos con nuestra conversación, don Rodrigo —luego, a modo de disculpa, y regalándole una sonrisa al marqués añadió—: Cosas de mujeres.

El noble, percibiendo que aquella terraza no era el mejor coto de caza, decidió salir de allí de buenas maneras y con el pendón muy alto. No era aconsejable para su prestigio forzar la situación públicamente y menos en casa de un personaje tan señalado como el recién nombrado mayordomo. Ya tendría una mejor ocasión para seducir a tan hermosas hembras, pensó para sí.

—Queden en paz, señoras.

Las voces de los invitados iban subiendo de tono y llegaban hasta la terraza conforme las mejillas se iban sonrosando por el efecto del buen

vino que don Agustí había hecho traer de su masía catalana. Mientras Amadora criticaba la inoportuna presencia del marqués, Esther volvió a apoyarse en la balaustrada y sintió que la frialdad de la piedra operaba como una caricia en sus manos en comparación con la sensación causada con la sola presencia de aquel sanguinario ser.

Desde allí las dos mujeres contemplaron a los invitados que, entre risotadas y con gran algarabía, abandonaban el convite y aguardaban la aparición de sus carrozas, que en rigurosa fila esperaban en la calle posterior del vetusto caserón.

XXVIII. La ciudad eterna

Se había acostumbrado tanto a los festejos y a las recepciones que los días que Esther no salía del castillejo, el tiempo volvía a jugar peligrosamente en su contra. Se desesperaba, aburría y entraba en melancolía. Por las noches soñaba con la vuelta de su compañero y lo feliz que volvían a ser los dos juntos en el castillejo. Sin embargo, en otras noches sus sueños eran espantosos.

Una noche soñó que Ehud era desenmascarado públicamente y luego vendido en una plaza como esclavo judío a un sultán árabe. La visión de su amado lleno de laceraciones, encadenado y pidiendo clemencia, era espantosa. Durante esos sueños se sentía tan profundamente triste y amargada que al despertar y descubrir que todo aquello no era verdad, la embargaba una enorme sensación de alivio.

Durante esa época recibió dos cartas que guardaba celosamente en su coqueta y que furtivamente sacaba por las noches para leerlas una y otra vez a la luz de una candela. Ehud le relataba sus quehaceres oficiales en tierras tan lejanas, lo mucho que la quería y cuánto deseaba volver a Murcia para sentir bajo la yema de sus dedos su piel sedosa y sonrosada.

La cruda realidad era otra bien distinta.

Ehud, que en Murcia había saboreado las incipientes mieles del éxito y era agasajado por los habitantes del pueblo, por los moradores del castillejo e incluso por el vicario Mateo y por otros nobles, en Roma se sentía como un vulgar y anodino visitante extranjero. Carecía de la suficiente cualidad para relacionarse con la flor y nata de la nobleza europea que deambulaba por las empedradas calles de la ciudad eterna y entre los abigarrados y grandiosos salones de los palacios a los que Ehud era invitado, naturalmente, por la mediación del obispo don Bernardino López de Carbajal. La sensación que bullía dentro de él era como la de un pez fuera del agua y se maldecía una y mil veces por no estar a la altura de los acontecimientos. Su acomplejado carácter y su íntima condición de judío le lastraban hasta el fondo y apenas podía mantener una conversación seria y culta con otros miembros de la nobleza. También el idioma era una sólida barrera para sus pretensiones. Sólo cuando el alcohol inundaba su cuerpo, su mente se sentía capaz de los más distintos y arriesgados actos.

Por otro lado, temía que las juergas y festines a los que había acudido y que no le relataba en sus misivas, llegaran a oídos de su

amada. Entre sus conquistas se hallaban damas, cortesanas y rameras de barrios bajos que a las puertas de sus casas aullaban, como verdaderas lobas, pregonando su mercancía.

Al principio de su estancia en Roma le era incómodo y comprometido someterse a las mujeres por su visible circuncisión, pero conforme pasaba el tiempo su preocupación fue a menos. Después de haber yacido con una mujer se maldecía hasta el infinito por no haber sabido contener su apetito carnal y siempre amanecía con la inseguridad de saber si la mujer con la que había fornicado le denunciaría o no, a pesar de que él siempre procuraba ocultar, hasta donde le era posible, su mutilación. Esa información era un buen filón de oro para la mujer que quisiera sacar a la luz pública que don Íñigo de Aransay, noble español y cristiano, estaba circuncidado como un vulgar judío. Quienquiera que fuera la persona implicada pagaría una fortuna para que la mujer mantuviera la boca cerrada. En Roma los judíos tampoco eran bien vistos. Solo los que habían aceptado pagar a las arcas vaticanas ingentes cantidades de dinero, según había dispuesto en una orden el sumo pontífice, eran tratados con respeto y moderación.

En sus misivas también evitó referir a Esther los peligrosos momentos vividos en la ciudad eterna. Peligrosos y delictivos actos derivados de su inconsciencia en una ciudad que cada día era más peligrosa. La situación llegó a tal punto que el antiguo obispo de Cartagena, recién nombrado papa, Alejandro VI, consciente de la grave criminalidad en que se había venido sumiendo la ciudad, procedió a actuar poniendo fin a tal desatino en cuestión de meses. Ordenó investigaciones, mandó enjuiciar y ajusticiar públicamente a cada criminal, a fin de que su castigo fuese ejemplar y que sus propiedades fueran confiscadas o destruidas. No obstante, las reyertas a la luz de la luna a la salida de una taberna o de una casa de latrocinio eran frecuentes entre nobles y bellacos e incluso entre nobles que, agotadas las buenas palabras, desenvainaban los aceros para hacer prevalecer sus criterios y su honor.

Un día Ehud asistía, con todos sus compañeros de expedición, a una recepción en casa de don Ponciano Navas de Segura, diplomático español afincado en Roma y, al mismo tiempo, hábil negociador ante la santa sede. Ya bien iniciada la noche, Ehud dejó el concurrido salón y salió al jardín, reverdecido por antiguos cipreses, para tomar el fresco y así reducir los vapores etílicos que le atosigaban y evitar alguna charla inconveniente para sus intereses. Deambulaba por el jardín despreocupado y ajeno a cuanto le rodeaba, cuando una mujer apareció en la reja de la puerta y a gritos solicitó su ayuda.

—¡Señor! ¡Señor! Ayúdeme, por favor.

Después de la súplica, la mujer echó a correr y Ehud, sin pensárselo dos veces, abrió la verja y salió a la calle. Desde la puerta observó que la mujer se dirigía hacia la embocadura de un estrecho callejón, así que desenvainó su espada y la siguió. Al llegar al lugar, donde la había visto por última vez, la mujer no estaba. Había desaparecido sin dejar rastro. Al pronto, observó con preocupación que uno de los dos fanales que iluminaban el siniestro callejón se había apagado, dejándolo sumido en una espesa tiniebla.

Parado en medio de la callejuela dilucidaba qué hacer cuando a su espalda escuchó el escalofriante y frío sonido de un acero saliendo del tahalí. Se volvió con presteza y solo tuvo tiempo de ver cómo el destello de una hoja avanzaba vertiginoso hacia él. Rápido elevó la suya y el choque de ambas fue inevitable. Las chispas de la fricción de los aceros avivaron las intenciones. Un escalofrío de terror atravesó su cuerpo y le hizo reaccionar. Aquel era un ataque en toda regla, se dijo para sí. Su oponente era un hombre muy alto, probablemente el jefe de unos malhechores cuyas siluetas, a duras penas, distinguía al final del callejón. Al siguiente envite, durante unos instantes sus ojos se encontraron y Ehud pudo leer en su alma que se trataba de un sujeto maligno y violento. Pensó en su capitán, pero si lo estaba buscando, en aquel maldito callejón no lo iba a encontrar. Si acaso lo encontraría al día siguiente tirado en el suelo con un tajo mortal en el cuerpo. Ese pensamiento le proporcionó la fortaleza y el coraje necesarios para resistir y decidir su inmediato futuro; no iba a morir en una apestosa calleja romana. Ehud seguía parando y dando sablazos a diestro y siniestro. Envueltos por la oscuridad, ambos contendientes se reconocían por los resoplidos que emitían cuando descargaban el arma. Reculando, por el ímpetu del otro, Ehud se atrincheró de espaldas a una pared, junto a una ventana y con el rabillo del ojo reparó que alguien la abría desde dentro. Se preparaba para lanzar un grito de auxilio cuando una mano salió de la ventana y descargó una porra de madera contra su cabeza.

Al cabo de no supo cuánto, despertó. Sus pobres huesos ateridos de frío obligaban a sus dientes a un castañetear continuado cuyo eco era el único sonido que le acompañaba. Lentamente sus ojos fueron haciéndose a aquella oscuridad. Los abrió pero, antes de que sus ojos examinaran lo que acontecía, apreció un nauseabundo olor que le taponaba la nariz. En un primer intento pudo deducir que se trataba de una extraña mezcla de humedad y orines. Luego, desde su posición en el suelo, arrastró la vista a su alrededor para determinar dónde estaba; un banco de piedra, unas argollas de hierro sujetas a una pared

rotulada con nombres, inscripciones y fechas y a su espalda una cancela cerrada. Aquello, sin duda, era una celda, una mazmorra. «¿Estoy soñando? ¿Qué hago en una celda?», se preguntó. Después, su confusa mente intentó razonar lo que sucedía. «¿Estoy en el castillejo? ¿Me he desmayado? »

Al mover la cabeza un insoportable dolor le presionó las sienes. Levantó un brazo y se lo llevó a la coronilla, allí se palpó un enorme bulto.

—¡Caramba! He debido de golpearme.

—¡Esther! ¡Capitán! ¡Don Álvaro! —gritó semiinconsciente.

Nadie le contestó excepto el mismo eco de la mazmorra.

En vista de que no atinaba a poner en funcionamiento su mente, intentó levantarse, pero el resultado no fue el esperado. No se había puesto en pie cuando un intenso mareo le nubló la vista y volvió a caer al suelo como un fardo. La cabeza le dolía y le pesaban hasta los párpados. Cerró los ojos.

—¿Me oye alguien? —insistió.

El resultado fue el mismo que la vez anterior: el silencio le respondió.

Un ruido de llaves y cerraduras lo volvió a despertar.

—¡Vamos, levántate!

Ehud se levantó del suelo y, sin saber muy bien lo que hacía, se sentó en el banco de piedra. Con los ojos entornados miró hacia la puerta. Un sujeto mal encarado le observaba.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy? —preguntó.

—Eso ya te lo dirán.

Al mismo tiempo introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Parecía que la que había sido la noche más larga de su vida tocaba a su fin.

—¡Vamos! ¡Te esperan!

—Me esperan… ¿Quién?

El carcelero desoyó la pregunta. Aguardó a un lado a que Ehud saliera, le ató las manos a la espalda y volvió a cerrar la puerta. Tomó una antorcha y echó a andar por estrechos pasadizos abovedados. Estaban flanqueados por celdas y por espacios poligonales más anchos en los cuales se distinguían claramente algunos enterramientos. Ehud intentaba retener en su memoria el camino seguido por si en un caso pudiera fugarse, pero pronto se dio por vencido. «Esto es un dédalo enorme. Imposible poder escapar si no se conoce el camino», concluyó al rato de ser conducido por aquellos corredores. Pero su curiosidad pudo más que la intención de mantener una conversación con su carcelero.

—¿Qué son estos túneles?

—Las catacumbas de Roma —contestó el guarda con desgana.

—Las… ¿qué?

—Catacumbas —repitió elevando la voz. Luego le preguntó—: ¿No ha oído hablar de ellas?

Ehud ignoraba tantas cosas que evitó contestar al carcelero.

Por fin llegaron al pie de una escalera ascendente de piedra y en cuyo final se adivinaba una reja de hierro. Lo más importante: estaba bañada por la luz del sol.

Salieron al exterior y la luz del día le dañó los ojos. Cuando los acostumbró a la claridad comprobó que frente a él se mostraban unos jardines primorosamente podados y rodeados por dos pisos de una suntuosa vivienda. En el centro un estanque de piedra tutelado por una enorme estatua del emperador romano Augusto, en donde el agua canturreaba en los caños.

El carcelero, seguido por el cautivo, rodeó el estanque y se introdujo por una de las muchas puertas de madera que flanqueaban el jardín. Un amplio almacén de grano, repleto de aperos de labranza, era el final de su corto viaje. Al fondo varios sujetos y, a medida que se iba acercando a ellos, pudo distinguir claramente a uno: el malhechor con el que se había batido la noche anterior. En el centro, un sillón ocupado por un personaje de aspecto extraño. Y lo de extraño le atañía por su aspecto físico que era bastante descuidado y por sus ropas que aparentaban ser de calidad. Podía tratarse, pensó Ehud, de un malhechor vestido de noble. O de un noble bastante descuidado en su aseo personal. Sobre una cara picada por la viruela lucía barba de varios días y las uñas desdecían que fuera un distinguido personaje.

Al aproximarse, el personaje del sillón le dirigió la palabra en un idioma mezcla de italiano, sardo y español, lo que le acercaba mucho al perfil de pirata.

—Siéntese en esa silla, don Íñigo.

«¡Caramba! ¡Sabe mi nombre!», masculló entre dientes.

Nada más sentarse, preguntó ingenuo:

—¿Quién es usted?

La respuesta no tardó en tronar en el almacén:

—Aquí las preguntas las hago yo.

—¿Puede darme una explicación? —insistió el cautivo.

El sujeto obvió la segunda pregunta de Ehud y le puso en antecedentes.

—Lamento mucho lo sucedido anoche, don Íñigo, pero no encontramos otra manera de que su merced aceptase acompañarnos.

Aprovechamos nuestra oportunidad al observarle sin su guardián ya que el capitán nos hubiera complicado bastante nuestra operación…

Aparte de la terrible confusión que ocupaba su mente, el dolor que le atenazaba las sienes y la situación que se barruntaba bastante seria y difícil, Ehud puso a funcionar su instinto para determinar, de una vez por todas, qué significaba todo aquello. Lo primero reseñable fue que aquella gente conocía su nombre. Entonces cayó en la cuenta de que la celada de la noche anterior no fue fruto de la casualidad. Iban directamente a por él. Y lo de la mujer pidiendo auxilio fue la trampa para introducirlo en aquel callejón. Pero ¿por qué?

De cualquier modo, Ehud se sonrió sin mover un ápice los labios. Sabía que si hubiera estado el capitán con él, ahora no estaría sentado en esa silla o, a lo peor, yacerían muertos los dos con sendas estocadas en aquel vetusto callejón. Entonces recordó las palabras de advertencia de su capitán, hacía tan solo algunos días: «Señor, no debéis andar solo a ciertas horas por las calles. El día menos pensado nos dará un buen susto. Bien está el no ser medroso, pero no es aconsejable ser imprudente». También recordó lo que le contestó al desestimar sus palabras empujado por el alcohol: «Lo que menos preciso ahora, don Diego, son monsergas de vieja».

Antes de que la voz del extraño personaje le volviera a la realidad, también caviló que si le hubiera hecho caso al capitán, ahora no se encontraría en esa difícil coyuntura.

—…don Íñigo, hay una cuestión muy importante para nosotros que deseamos saber. El asunto puede solucionarse de una forma rápida e incruenta si su merced colabora con nosotros. De lo contrario este interrogatorio puede alargarse y ser muy incómodo y doloroso para usted.

Al oír lo expuesto y creer que se trataba de dinero intentó abreviar su calvario. Le daría el dinero que le pidiera para salir de allí sano y salvo.

—Tengo dinero, si es eso lo que buscan…

—No se trata de dinero, exactamente, aunque tampoco lo desdeñaremos, llegado el caso.

Ehud puso cara de circunstancias al oír la respuesta del personaje. Si no se trataba de un asunto económico, ¿de qué se podía tratar? No había otro. Entonces un halo de confianza le inundó. Estaba seguro de que los malhechores habían metido la pata. Se habían equivocado de persona.

—Pues si no se trata de dinero…

—No. No se trata de dinero. Es algo muchísimo más valioso.

—¿Qué tengo yo más valioso que el dinero? —se preguntó varias

veces haciendo memoria. Luego se contestó el mismo—. Nada. O es que quizás quieran el castillejo o incluso podrían pedirme un rescate por mi esposa…

—No entiendo…—alegó confuso.

—No se haga el ingenuo, don Íñigo.

Entonces un terrible presagio le abordó. Tuvo una subida de ira y de furia por no haberse mantenido a salvo. Su rostro adquirió un notable color cárdeno y un incipiente ataque de terror se apoderó de él. Estaba a punto de perderlo todo; su reputación, el castillo, la esposa, el dinero y también su vida. Lo tenía claro: una mujer le había denunciado por judío.

Cabizbajo y pesaroso confesó:

—Ya me imagino qué es lo que buscan.

—Pues dígame, don Íñigo, lo que quiero saber.

—Quieren que haga una confesión pública —expresó derrotado.

—¿Confesión? ¿Qué confesión?

La cara del sujeto expresó su aturdimiento por la respuesta del detenido. Miró a todos sus compinches como demandando alguna explicación. Los demás se limitaron a encogerse de hombros.

—¿Su merced se quiere burlar de nosotros?

Al oír la frase de su jefe, uno de ellos se acercó a Ehud y sin mediar palabra alguna le dio un puñetazo en el rostro con tal violencia, que a punto estuvo de tirarle de la silla.

—¿Están locos? —gritó Ehud.

Producto del puñetazo, un hilillo de sangre le bañó el pómulo enrojecido, resbaló por la cara hasta caerle en el pecho, sobre la camisa.

El que estaba al mando de aquellos indeseables le advirtió:

—Esto puede ser breve e incruento o largo y sangriento, don Íñigo. Usted elige.

—Está bien, está bien —balbució el joven.

—Le escuchamos, don Íñigo.

El silencio se apoderó de aquel almacén. Las miradas de los bandoleros se concentraron en el joven que en la silla, abatido, trataba de poner su mente en orden para dictar la confesión que sería su sentencia de humillación y muerte. En ese momento le vino a la mente la imagen de Esther con su cástula blanca ceñida por los pechos, en esa última y erótica noche en la tranquila Murcia. Se arrepintió mil veces del inoportuno e innecesario viaje a Roma y maldijo a los marqueses, condes y curas que le habían forzado a aceptar ese viaje a cambio de nada. ¿Qué sería entonces de Esther? Conocida su confesión, sería público que ella también era judía y la condenarían a

morir en la hoguera. Al pronto, sintió que un desasosiego interior, desconocido hasta aquel momento, le desgarraba las entrañas y unas rebeldes lágrimas afloraron a sus ojos. Se sintió impotente por no poder solucionar la cuestión y haber arrastrado a Esther hacia la muerte.

—Soy un impostor, no soy Íñigo de Aransay. El verdadero está muerto y enterrado en una cueva en Toledo. Además, soy ju…

En ese preciso instante, sin dejarle acabar la frase, el mismo delincuente que le había dado el puñetazo se le acercó con una navaja en la mano. La apoyó en uno de los orificios nasales y tiró violentamente hacia arriba. La nariz de Ehud se abrió como una morcilla y un chorro de sangre saltó hasta la mano del agresor, al tiempo que un desgarrador grito rechinó en el viejo almacén. Ehud se agitó violentamente en la silla por el dolor. La sangre le brotaba de la nariz con fluidez y le impedía respirar por ella, tampoco lo podía hacer por la boca puesto que el hilo de sangre, que le resbalaba por el labio superior, se le introducía en ella y le producía ahogo. Entre estertores hubo de ladear la cara para que la sangre goteara directamente al suelo.

—¿Qué historia es esa? —preguntó el individuo. Luego dijo—: A nosotros no nos importa si su merced es o no es don Íñigo o si se lo cargó o no y dónde está enterrado. Queremos que nos diga el paradero del grial. Sabemos que lo encontró en su casa.

Ehud, al escuchar lo del grial, a pesar del dolor que le producía el corte en la nariz, tuvo un momento de alegría y satisfacción. Toda aquella historia no era para desenmascararlo por judío, era para apoderarse de algo que él no tenía, pero, por otra parte, su vida, ahora, sí estaba en peligro porque ¿cómo iba a demostrar que él no tenía esa maldita copa?

—El grial, es por el grial…—balbució Ehud, dándose ánimos.

—Exactamente —confirmó el sujeto, añadiendo una nueva amenaza —: Y más vale que nos diga dónde está porque empiezo a perder la paciencia, lo cual sería muy peligroso para su merced.

La situación para el joven tornaba de un color oscuro a uno negro muy intenso. Si le mentía y le decía que sí lo tenía en su poder, pronto se daría cuenta del engaño y si le contaba la verdad, estaba seguro de que no iba a salir de allí con vida, aunque, dadas las circunstancias, sería lo menos malo. Peor sería que lo dejaran medio muerto en algún muladar a las afueras de Roma para que fuera devorado por perros salvajes que hacían de aquellos predios sus guaridas.

Ehud, con el rostro ensangrentado y la sangre corriéndole por los labios, reunió fuerzas para explicarle la verdad.

—Señor, le han informado mal. Es cierto que en mi castillo descubrimos una mazmorra en donde encontramos vestigios de los templarios, entre ellos un mapa con el itinerario de un viaje, que alguien hizo hace mucho tiempo. El mapa contenía una leyenda, pero la copa no apareció por ningún lado, a pesar de que la buscamos con empeño. Es la única verdad.

El jefe de los malhechores tomó conciencia de que un muchacho como él, si supiera algo ya lo habría dicho. De todas formas, intentó hacerle hablar con la única opción que le quedaba: la pecuniaria.

—Le advierto que, en cualquier caso, la información acerca del grial o su entrega, podría reportar a su merced una gran suma de dinero—.Y recalcó—: Una verdadera fortuna. Todo depende de su buena actitud en este asunto.

Ehud ni se lo pensó al afirmar.

—Señor, mantengo lo dicho. No tengo esa maldita copa.

De improviso, el sujeto que le interrogaba se levantó bruscamente, ordenó que lo ataran a la silla y salió del almacén seguido de sus cómplices. Ehud se quedó solo con un cúmulo de pensamientos danzando en su maltrecha cabeza:

«¿Quiénes serán? ¿Dónde habrán ido? ¿Qué ocurrirá? ¿Cómo se han enterado de lo del grial? ¿Quién les ha informado? Con la explicación que le he facilitado no creo que se haya conformado. Lo más probable es que no sea un asunto propio, esta gente no tiene la suficiente entidad para investigar y saber algo sobre el grial. Quizá vayan a explicarle a su mecenas los pormenores del interrogatorio y a esperar nuevas órdenes. ¿Mecenas?, se preguntó en voz alta. Si hay un mecenas será un personaje poderoso que ha contratado a estos sujetos para que me secuestraran y saber del grial. Entonces, si la noticia proviene de alguien, tiene que ser de alguno de los que han hecho el viaje conmigo, es decir, uno de los nobles de Murcia a los que el vicario o el obispo informaron de todo cuanto aconteció en mi castillo. Ahora pueden ocurrir dos cosas: una, si creen que no sé dónde está el grial me pueden soltar en cualquier lugar y, otra; para evitar pistas y testigos pueden matarme, sin más».

Aquella reflexión le heló las venas.

Dolorido, adormilado y mentalmente tenso se encontraba Ehud en aquella silla esperando la vuelta de sus captores. Pugnaba por no caerse al suelo y golpearse más de lo que ya estaba cuando oyó abrirse la puerta. Le costaba volver la cabeza y aguzó el oído para saber quién o quiénes se le acercaban por la espalda. Tuvo miedo. También intriga por saber que iba a ocurrir a partir de ese momento. ¿Volvería a ver a Esther? ¿Iba a morir en esa tierra extraña? El desánimo le cundió y se

abandonó a su suerte.

Un fuerte tirón de las ligaduras le obligó a dar un brinco en el asiento.

—¡No! ¡Por favor! —suplicó.

Alguien le desató las ligaduras de las manos y chistó para que guardara silencio. Extrañado, giró la cabeza hasta donde pudo y se encontró con una agradable sorpresa.

—¡Liliana! ¿Qué haces aquí?

—¡Santo cielo! Señor, ¿qué le han hecho?

La mujer se apresuró a desatarlo también de la silla. Una vez libre le tendió una capa con una capucha para que se ocultara.

—Vamos, póngasela, rápido. Pueden volver en cualquier momento.

Ehud actuaba como un autómata obedeciendo cuanto la joven le indicaba. Una vez oculto bajo la capa se dirigieron hacia la puerta. Al salir al jardín, Liliana echó un cauteloso vistazo. Nadie les impedía su propósito. De la mano le sacó fuera y se dirigió a la misma puerta por la que había salido esa mañana. Bajaron las escaleras y la joven encendió una antorcha. Ehud volvió a recorrer las catacumbas, esta vez en sentido contrario. Liliana conocía a la perfección el camino y tardaron poco tiempo en llegar a otra reja lindante con el campo. Asomó la cabeza, osciló la antorcha y silbó tres veces. Alguien le contestó de la misma forma.

Una luna nimbada por un halo traslúcido iba a ser el mudo testigo del suceso.

—Vamos, señor. No hay peligro.

Ehud salió raudo y no hubo dado dos pasos cuando se topó con una figura que le taponaba el paso.

—¡Maldición!

—No tema, mi señor.

Aunque en un susurro. Aquella era una voz familiar.

—¿Don Diego?

—¡Sí. Mi, señor!

Un fuerte abrazo fue la rúbrica al feliz encuentro con su capitán.

—Deprisa, a los caballos. No hay tiempo que perder —precisó Liliana.

Los dos hombres subieron a lomos de las cabalgaduras, mientras que la mujer volvió sobre sus pasos.

—Debo regresar a la mansión, señor. Me echaran de menos.

—Gracias, Liliana.

—¡Buena suerte!

Los dos jinetes espolearon sus caballos para alejarse de allí cuanto antes. No era cuestión de volver a tentar a la suerte y Ehud lo sabía.

XXIX. El duelo a muerte

Ehud se recuperaba de las heridas en una casa de campo alquilada por el capitán a las afueras de Roma, lejos de personajes siniestros y miradas indiscretas, ya que la noticia de la desaparición del noble español había corrido por la ciudad cual riera desbordada. No era aconsejable, después de lo ocurrido, seguir residiendo en el mismo palacete en el que lo hacía desde su llegada a Roma. Según el capitán, sería dar demasiadas facilidades a los malhechores para que lo volvieran a intentar, y, más aun, habiendo escapado de sus garras.

El rostro de Ehud estaba tan desfigurado que nadie le reconocería. Aparte del golpe en la cabeza, el brutal puñetazo en el pómulo le produjo además de la herida, inflamación y un evidente color morado, amén del profundo tajo en la nariz que le provocó una terrible hinchazón en el apéndice nasal y en el labio superior. Un físico le visitaba a diario y le daba al ama de llaves las indicaciones precisas para su curación.

Benedetta era viuda, casi sexagenaria, pero se movía con agilidad. Había vivido en el campo toda su vida rodeada de vacas, cerdos, pollos conejos y gallinas. Heredó de sus antiguos señores una suntuosa mansión que ahora, para su mantenimiento, alquilaba a los pudientes de la ciudad que quisieran pasar el estío o algunas temporadas lejos del bullicio urbano.

Todas las mañanas Benedetta le aplicaba en la nariz una cataplasma de brea de abedul mezclada con hierba mora para bajar la hinchazón. Para la cicatrización de las heridas utilizaba un ungüento a base de raíz de eléboro. Hacía tres días que el noble, por indicación del físico, reposaba en cama sin levantarse.

El cuarto día, apenas los rayos del sol pintaron el horizonte, Ehud estaba sentado, junto al capitán, bajo el porche de la casa de campo. Frente a ellos una hermosa pradera cultivada de trigo que se mecía suavemente al capricho del viento. A lo lejos, olivos centenarios parecían inmensos gigantes custodios de la entrada a la finca. Una agradable temperatura junto a una tranquilidad infinita, relajaba el alma y permitía la plática. Aprovechando que Ehud poco podía decir, dado el estado tan lamentable en el que se encontraba, el capitán le explicó las circunstancias que hicieron posible su liberación:

—… La noche de la fiesta —empezó exponiendo el capitán— observé que su merced salió al jardín e intuí que le urgían unas bocanadas de aire fresco. Poco después ya no le vi entre los invitados. Al no encontrarle decidí salir a la calle. Allí, un cochero me indicó que

hacía poco había salido corriendo tras una mujer hacia un callejón. Extrañado por lo inusual de la situación me personé en la citada callejuela, pero al no observar nada anómalo volví a la fiesta en la creencia de que su merced había ido en busca de amoríos a casa de Liliana, la cortesana. Cuando la claridad dominaba el cielo y su merced no había regresado a dormir, resolví ir en su busca a casa de la joven. La sorpresa fue cuando la mujer me comentó que allí no estaba y que hacía varios días que nada sabía de su merced. Pronto barrunté que algo grave había ocurrido. Avanzada la mañana procuré pasear por el centro de la ciudad con la única intención de recogerle, si le veía en unas condiciones poco adecuadas a su rango. Mi sorpresa fue considerable cuando al atardecer, Liliana se personó en el palacete y llamó a la puerta.

—¡Señor! ¡Señor! Por favor, abra la puerta.

—¡Liliana! ¿Qué ocurre?

—¡He visto a don Íñigo!

—¿Estás segura?

—Sí, es él.

—¡Dónde!

—En la parte posterior de la finca de don Ponciano. La aledaña al campo.

Al oír que se encontraba en casa de don Ponciano cavilé que, o bien su, merced, por los efluvios etílicos, después de la fiesta se había quedado dormido en algún lugar oculto en el jardín o que, para mayor desastre, había intimado con alguna de las mujeres que allí conviven, ya fueran del servicio o de la familia. Después Liliana me relató que había visto salir a un hombre, en malas condiciones, de las catacumbas, custodiado por otro y que lo llevó al almacén de grano. Durante la mañana escuchó gritos y pensó que algo malo acontecía. Por la tarde, una vez hubieron desaparecido los facinerosos, se asomó por una ventana y le reconoció bastante maltrecho, sentado y atado a una silla. Con esa información en mi poder elaboré un plan de rescate y decidimos actuar.

Incrédulo, y con dificultad para hablar con cierta claridad, Ehud preguntó:

—¿La casa donde estuve recluido es propiedad de don Ponciano?

—Así es, mi señor. Afortunadamente para su merced, Liliana trabaja allí.

Entonces, Ehud se dejó llevar por la cólera:

—Fue él quien organizó todo. ¡Hijo del diablo!

El capitán asintió al malhumor de su señor y apuntó:

—Con razón desaparecieron con tanta rapidez. Después de dejar

inconsciente a su merced en el callejón, solo tuvieron que transportarlo hasta la parte trasera de la casa, mientras que la fiesta seguía su curso con toda normalidad.

Los dos se quedaron por un momento en silencio, pensativos. Sin duda, Ehud estudiaba una cruel venganza contra don Ponciano, y el capitán la forma de evitar que su señor volviera a caer en manos de aquellos malhechores.

Benedetta aprovechó el inciso en la conversación para poner encima de la mesa caldo caliente con verduras frescas para Ehud, una buena fuente de embutidos de matanza, pan recién hecho en el horno de la casa, agua y una jarra de vino. Antes de retirarse dejó caer una recomendación:

—El vino, para el capitán. En su estado, su merced, ni olerlo.

Ehud no pudo reprimir una ligera sonrisa que acabó en un agudo dolor.

La mujer se retiró hacia la cocina, mientras que el capitán se encogía de hombros como respuesta a la temerosa mirada de su señor. De ahora en adelante tendría más cuidado a la hora de ingerir vino y otras bebidas que hacían perder la razón. Cabalmente no se habría expuesto a caer en la trampa y ser secuestrado.

Instantes después de saciar el apetito, don Diego expuso con brevedad las cuestiones más básicas de seguridad que deberían seguir en un futuro inmediato.

—Señor, queda claro que el noble fue mal informado del supuesto hallazgo del grial en su casa. Permítame aconsejarle que dé por finalizada su estancia en Roma. Los malhechores y don Ponciano puede que no cejen en su empeño, antes de que sea *vox populi* que fue asaltado, secuestrado y torturado en su casa.

—¿Quién le informaría? —preguntó Ehud con evidente dificultad en la dicción.

—Intentaré averiguarlo, aunque es muy difícil y arriesgado, señor. Sus compañeros de viaje, los nobles que vinieron arropando al obispo, podrían haber deslizado algún comentario indiscreto o quizá malintencionado. Incluso el mismo obispo podría haber informado a su Santidad del rumor y éste, a su vez, a don Ponciano con la clara intención de que recuperara tan preciada reliquia al precio que fuera.

Ehud volvió a tomar la palabra para exponer su opinión:

—Es posible. Todo concuerda. En la fiesta me enteré de que don Ponciano es una persona muy vinculada a la santa sede y negocia con el Vaticano, con el que obtiene pingües beneficios.

El capitán asintió y a continuación preguntó:

—¿Qué tipo de negocios?

—Allí se habló de compraventa de casas, fincas, reliquias… Es el hombre de paja del Vaticano. No se detiene ante nada, incluso usando malas artes, como yo ya he comprobado.

—Su casa es un auténtico museo —reveló don Diego.

—Ya lo pude comprobar —confirmó Ehud—. Me apostaría el gaznate a que tiene comprados a todos los buscadores de objetos de valor que regularmente le informan. Y después los vende al Vaticano con usura.

—Pues este episodio le va a perjudicar. Y me temo que no es una buena noticia, señor.

Ehud expelió un profundo suspiro, como de impotencia.

—Esperaremos a ver qué sucede.

—De todas formas, señor, tendré que ir a la ciudad para buscar la forma de salir de Roma sin ser vistos y sin que nadie se entere. Porque por la descripción que su merced me ha facilitado, estoy seguro de que los secuestradores son piratas y operan en estas aguas.

Ehud se levantó y le dio un abrazo de despedida.

—Buena suerte, capitán.

Al paso por los centenarios olivos, don Diego espoleó su montura y desapareció entre la nube de polvo que levantaban los cascos de su poderoso caballo de guerra. Nadie, a excepción de Benedetta y del físico, sabía que un noble español descansaba en aquella finca. La mujer, haciendo gala de una discreción absoluta, no había preguntado por las circunstancias en que se produjeron las lesiones que mostraba el señor y que ella se esmeraba en curar todos los días. Probablemente pensó que sería en una de las muchas disputas en las que se ven involucrados los hombres cuando en vez de razonar el sentido común lo hacía el alcohol.

El capitán se arriesgaba dejando solo a Ehud en la finca, pero no confiaba en nadie y menos en los lugareños porque, a buen seguro, no tardarían en vender la información o aceptarían ser sobornados con facilidad por sus paisanos. En las ausencias de su fiel capitán, Ehud daba largos paseos por los alrededores sin encontrar solución a las numerosas preguntas que lo asediaban.

Durante el trayecto a Roma el capitán sopesó dos posibilidades; una, regresar a Murcia por tierra, lo que implicaba un largo viaje a caballo; la otra, embarcar en el puerto de Ostia en alguna nave que se dirigiera hacia las costas levantinas. Uno y otro viaje conllevaban serios peligros. Si por tierra las bandas de malhechores acechaban en cualquier recodo del camino, las aguas del Mediterráneo estaban atestadas de barcos piratas, sobre todo desde las costas romanas hasta la isla de Cerdeña. Por tierra podían tener una posibilidad de escapar,

pero si el ataque se producía en medio del mar, las probabilidades de huir eran escasas, si no nulas.

Al llegar a la urbe el capitán evitó merodear por los lugares que solían frecuentar los nobles, compañeros de Ehud, para no tener que darles explicaciones o mentir. Visitó varias posadas demandando información sobre caravanas que tuvieran como final de trayecto los reinos de Murcia, Castilla, Valencia o Aragón, pero ninguna se dirigía hacia ellos.

En el caso de que decidieran hacer el recorrido por tierra tendrían que hacerlo solos y las monturas tendrían que ser fuertes y resistentes, además deberían comprar varias mulas para transportar la impedimenta

Luego se acercó al puerto de Ostia para recabar información sobre la salida de alguna nave en la que pudieran embarcar.

A punto de darse por vencido entró en una consignataria de naves donde le indicaron que dentro de un mes zarparía una con destino al puerto de Cartagena en donde cargaría esparto y sal. Al escuchar el nombre de la ciudad, al capitán se le abrieron los ojos de par en par, aunque no tenía muy claro si en una nave mercante podrían embarcar pasajeros. Con cierto temor a escuchar una negativa por respuesta, el capitán formuló la pregunta:

—¿Podríamos viajar en esa?

—¿Cuantos pasajeros serían?

—Dos. Solo dos.

El empleado tomó unos documentos de encima de la mesa y los revisó varias veces. Luego escribió una anotación y levantó la vista. El capitán, que esperaba impaciente una respuesta, puso toda su atención:

—Serán seis personas. Dos curas, una dama y su hijo y ustedes dos.

—Así pues, ¿no hay problema?

—Ninguno. El pago de los dos pasajes será por adelantado.

—De acuerdo.

El empleado se percató de la minusvalía del capitán y se asombró de cómo se manejaba con una sola mano. Sacó la bolsa, la desató y puso sobre el pequeño mostrador las monedas, que fue separando una a una, hasta alcanzar la cantidad solicitada por el empleado. Una vez pagados los pasajes le extendió los documentos acreditativos de ser pasajeros de la nave *Campania* con destino al puerto de Cartagena.

Con el triunfo en las manos decidió volver a la finca y contarle a su señor la buena nueva: dentro de un mes, aproximadamente, estarían pisando tierra murciana.

Pero la realidad se encargaría de desmentir los sueños del capitán.

Cuando había recorrido unas dos leguas y se dirigía a tomar el camino que le llevaría a la finca, creyó oír un intenso sonido de cascos de caballo a su espalda. Lanzó una rápida mirada a la curva, que acababa de dejar atrás, mientras se llevaba la mano a la empuñadura de la espada sin detenerse. De improviso, aparecieron varios jinetes uniformados que pararon junto a él cuando el alguacil que los mandaba alzó la mano. El capitán recogió las riendas de su caballo para dominarlo, ya que el animal se había asustado con la imprevista y veloz llegada de los otros jinetes.

—¡Alto! —ordenó el alguacil.

El capitán demandó una explicación con cara de pocos amigos.

—¿A qué se debe tan impetuosa llegada?

—Buscamos a don Íñigo.

—¿Y quién le busca?

—Su eminencia el obispo de la diócesis de Cartagena.

—¿Para qué?

—No es de su incumbencia, capitán.

—Deberé avisarle de lo que ocurre… Es mi deber.

—Anúnciele que su eminencia le recibirá en audiencia mañana a mediodía en su residencia oficial.

Después de dar el mensaje, los jinetes dieron media vuelta y el pelotón desapareció al galope por el mismo camino por el que había llegado.

Desde luego el capitán no estaba dispuesto a que su señor acudiera solo a esa cita y menos en su estado. No se perdonaría que volviera a ocurrirle alguna desgracia. Don Íñigo era incapaz de defenderse y aquella cita podía ser otra celada, aunque los jinetes iban bien uniformados y no parecían matones de tres al cuarto. Pero la experiencia le decía que no debía fiarse de nadie.

Para no incomodar a su eminencia, esa misma mañana ambos acordaron la conveniencia de asistir a la entrevista, a pesar de la negativa del físico que le cuidaba y de Benedetta, que le advirtió, en repetidas ocasiones, que las heridas aún no estaban cicatrizadas y que podrían abrirse. A pesar de ello, tanto el interesado como su capitán hicieron oídos sordos a los buenos consejos del físico y de la casera.

Al día siguiente, los dos cabalgaban hacia la residencia del obispo. En su mente, Ehud anidaba la idea de que el obispo le llamaba para explicarle lo ocurrido en casa de don Ponciano.

Al llegar a la puerta del palacete descabalgaron y cedieron los ramales a los mozos de cuadra para que llevaran las monturas a los establos. Un vicario, que hacía de secretario, durante su estancia en la capital romana, les recibió y les acompañó a la antesala de la cámara.

Allí comunicó a Ehud que serían recibidos de inmediato. Así fue.

El despacho desprendía lujo por doquier. Su eminencia, sentado en un amplio sitial detrás de una mesa repleta de documentos, observó a don Íñigo que lucía en la cabeza un aparatoso vendaje.

—¡Por los clavos del santo Cristo! —exclamó el prelado al verle.

Ehud se aproximó sumisamente y besó el anillo. A continuación le formuló una queja en la creencia de que el obispo permanecía ajeno a todo cuanto le había sucedido.

—Eminencia, se ha cometido un error conmigo. Un doloroso error. A la vista está.

El obispo, revestido con piel de oveja, habló con fingida inocencia:

—Ya me hago cargo, hijo mío. ¿Pero qué ocurrió realmente?

Una vez en su asiento, Ehud quería hablar atropelladamente pero el dolor del labio y la tirantez de la herida de la nariz se lo impedían, lo que acrecentaba su nerviosismo.

—Eminencia, mis secuestradores me golpearon brutalmente para que hablara. Querían saber el paradero del grial. Circunstancia que yo desconozco.

El obispo trató de suavizar la situación.

—Bien, cálmate, hijo mío. En primer lugar debes contarme en confianza la absoluta y única verdad sobre el paradero del santo grial. Hablar con tanta ligereza de la santa y venerada reliquia es poco menos que un pecado vergonzante. Recuerda que en esa copa Jesús vertió su preciosísima sangre para la redención de todos los pecados del mundo.

—No ha sido mi intención, eminencia —se disculpó cabizbajo.

—A ver, hijo mío, cuéntame.

Ehud sentía una enorme desazón y estaba harto de oír hablar del grial. ¿Qué tenía que contar? ¡Si no había nada que contar! La maldita copa no había aparecido ni en su casa ni en ningún otro sitio y estaba seguro de que su eminencia no se creería la verdad. En un instante maldijo la mazmorra, el día que mandó abrir el agujero, al padre Mateo y a todos los que le habían procurado semejante locura. Cuando terminó de maldecir internamente a todos advirtió que su eminencia, con los ojos abiertos como platos, esperaba que empezase a contarle la historia.

—Eh, eh, bu…, bueno —titubeó—. La verdad es que no hay nada que contar.

—¿Cómo?

Ehud se armó de valor.

—No hay nada que contar, eminencia. Aunque encontramos pruebas de que los templarios estuvieron allí, el santo grial no

apareció por ninguna parte.

Su eminencia frunció el ceño.

—¿Cómo que no? Esas no son mis noticias.

—Es la única verdad, eminencia —insistió el joven. Luego se atrevió a decir—: Quien diga lo contrario, miente.

Aquella frase dejó al obispo aturdido y con un rostro severo que en modo alguno trató de disimular. El empecinamiento de aquel joven le resultó molesto.

Esperaba sonsacarle alguna información para recuperar el santo grial y ofrecérselo a su Santidad que le recompensaría nombrándolo cardenal. Pero toda aquella torre se estaba desmoronando sin remedio. Hasta el momento no había grial alguno que ofrecer.

De nuevo el obispo le habló al joven aparentando un tono tranquilo y modulado. No quería incomodar al noble. Ante todo debía sonsacarle cualquier información, aunque fuera a costa de tragarse su grandeza. Esa era una artimaña que el obispo dominaba a la perfección.

—Hijo mío, te recuerdo la obligación de un buen cristiano, piadoso de Dios, de comunicar y entregar cualquier reliquia a los servidores del Altísimo para que sea honrada y venerada en los templos cristianos y alejarla de las manos de los infieles que podrían deshonrarla y cometer con ellas pecados aborrecibles.

Aquello a Ehud le sonaba a cantos celestiales. Sencillamente le daba igual. No la tenía. Y si la tuviera, desde luego no la iba a regalar así porque sí, ni al obispo ni a nadie. Además, no era cristiano. ¿Qué más le daba?

—Eminencia, no tenga la menor duda. Si tuviera la reliquia en mi poder se la hubiera entregado para su custodia en el Vaticano.

Aunque parecía que la sinceridad de Ehud calaba hondo en el obispo, intentó una última treta; la pecuniaria. Pocos mortales se resistían al color del dinero. Lo había comprobado en muchas ocasiones y siempre con éxito.

—Bien, don Íñigo, aunque sabemos de su buena condición económica, a nadie le resulta incómodo comprobar cómo su dinero se multiplica. Más aún, como venido del cielo, por lo que me comprometo a solicitar de su Santidad una suma de dinero que mitigue los gastos habidos en la investigación de la mazmorra de su castillo. He de confesarle que sería una cantidad bastante generosa.

Para no encontrarse directamente con su mirada y permitirle unos instantes de reflexión, recién formulada la propuesta, el obispo se levantó y deambuló por el amplio despacho, pensativo y a la vez enigmático. El joven aguardó sentado y en silencio a que su poderoso

interlocutor se sentara y retomara la palabra.

—Su opción es muy interesante, eminencia, pero sigo sin tener el grial.

Aquella respuesta fue una jarra de agua fría vertida en la mismísima espalda del obispo. Viendo que el joven no cedía un ápice en su historia, el obispo dio por concluida la entrevista. En su interior no descartaba que el joven, pasados unos días, reflexionara y acabara contándole dónde se hallaba la preciada reliquia.

—Está bien, hijo mío. No descarto que en breve me informes de algo nuevo. Deberás hacer examen de conciencia y si crees que debes participarme bajo el secreto de confesión, yo te escucharé y te absolveré de tus pecados.

Ehud salió de aquel despacho con un monumental disgusto. Nadie se había disculpado y nadie le había dado una explicación. Lo que sí tenía claro era que intentaron arrebatarle el grial por la fuerza y que las personas involucradas en el asunto, al comprobar que habían fallado, pidieron ayuda al obispo. Este entró en escena para pretender sonsacarle por las buenas. Pero, a la vista quedaba que ambas estrategias, habían fracasado.

Ehud y el capitán salían del palacete y andaban con las monturas sujetas por el ronzal cuando se les acercó una galera que paró frente a ambos. De ella se apeó don Ponciano, al que inmediatamente rodearon tres caballeros. Aquellos no eran ni más ni menos que sicarios a sueldo, aunque mejor vestidos y engalanados que quienes le retuvieron en el almacén. Don Ponciano, más bajo que Ehud pero de complexión fuerte, se adelantó y se le enfrentó. Su mirada fija y poderosa pareció impresionar al joven que fue incapaz de reaccionar. Sin mediar palabra alguna golpeó el rostro de Ehud con su guante. Aquello fue un acto deliberado. Un reto en toda regla. El muchacho, que no esperaba semejante acometida, se quedó boquiabierto y sin saber qué hacer ni qué decir hasta que el capitán, a quien también pilló desprevenido un acto tan vehemente, le sacó de su ensimismamiento al preguntarle.

—¿Mi señor, acepta el reto?

Ehud sintió que la ira le recomía por dentro. Su cara, tapada por las vendas, no mostraba el color carmesí que aquella acción le había provocado. Desearía allí mismo patearle los hígados a semejante malhechor vestido de gasas. Estaba seguro que, antes de que el capitán y él pisaran la calle, un mensajero del obispo le habría llevado a don Ponciano, que aguardaría en alguna calle adyacente, su negativa a revelar dónde se encontraba el santo grial.

—Sí, acepto —declaró Ehud sin saber muy bien qué suponía toda

aquella parafernalia, a pesar de que el capitán hacía tiempo le había explicado en qué consistía un duelo.

—¿Dónde y cuándo? —preguntó el ofendido.

El capitán intervino.

—Fije su merced los términos. Desconocemos la ciudad.

—Dada su precaria condición física actual, dentro de una semana. Al amanecer en el *Campo de Marte*.

—Allí estaremos con dos padrinos —certificó el capitán.

—¿Espada?

—Espada —confirmó Ehud.

—El duelo será a la primera sangre o…

Don Ponciano le interrumpió secamente:

—A muerte.

Acabada la tensa y breve conversación, don Ponciano dio media vuelta, acompañado de sus sicarios, se subió a la galera y desapareció calle abajo.

Ehud se quedó perplejo. Todo era una inmensa locura. De poder salir del despacho del obispo con una gran suma de dinero en su mano a tener que batirse a muerte con un noble español había una gran diferencia. Además, no sabía el porqué, aunque suponía sería por el hecho de que toda Roma supiera que don Íñigo había escapado de sus garras y dejado en ridículo, amén de poner al descubierto sus pérfidas artes para convencer a los incautos que caían en sus manos. ¿Pero quién había difundido la noticia? Entre ellos estaban los intervinientes directos en el asunto: los nobles, don Ponciano, los piratas, el obispo, sus secretarios o los cocheros, testigos de la trifulca en el callejón.

La mañana era bastante húmeda. Una cerrada niebla, ascendente desde la cercana ribera del Tíber, apenas permitía ver más allá de tres o cuatro pasos. La carroza, en la que viajaba Ehud con destino al *Campo de Marte*, antiguo lugar de entrenamiento del ejército al abrigo del monte Pincio, apenas podía avanzar, con el peligro añadido de atropellar a alguien. Cuando llegaron al lugar convenido, don Ponciano hacía flexiones para desentumecer los músculos y entrar en calor. Nada más bajar de la carroza el capitán se dirigió al retador para disculparse por el retraso. Aceptadas las disculpas, cada uno se unió a los suyos. Al poner el pie en la hierba, Ehud sintió un ligero repelús, tenía una extraña sensación. A pesar de ir acompañado por sus padrinos se sentía solo porque solo iba a estar cuando se batiera con don Ponciano. Pensó que aquella mañana nublada y triste podría ser la última que vieran sus ojos. Moriría sobre la hierba verde y

humedecida. ¿Su último pensamiento sería para Esther? ¿Le encomendaría a don Diego venganza? Antes de que sus ojos se cerraran definitivamente ¿insultaría a su enemigo?

Estaba Ehud en estas deliberaciones, cuando la voz de uno de los testigos de don Ponciano les convocó:

—Tengan la bondad sus mercedes.

Una vez perfectamente equipados ambos contendientes, en mangas de camisa, y con sendas armas en la mano, se colocaron frente a frente para identificar a sus padrinos.

El primero en hacerlo fue don Ponciano.

—Le presento a mis dos padrinos: don Giancarlo Testa, condotiero, y don Michelangelo Dallacova, notario.

Los citados, de riguroso luto, hicieron una breve inclinación de cabeza al escuchar sus nombres en boca del ofendido.

Ehud tomó la palabra:

—Señor, mis dos padrinos son: don Diego de Rivas, soldado de infantería, y don Pietro Cassano, cochero.

Al escuchar los nombres y las profesiones de los padrinos de Ehud, don Ponciano estuvo a punto de sufrir un síncope. Y eso que el noble ignoraba que, con quien se iba a batir en un duelo a muerte por su honor, no era noble, sino plebeyo, judío y por si era poco, prófugo.

—¿Aún pretende su merced humillarme más de lo que ya lo ha hecho? ¡Los padrinos son un soldado y un cochero! —exclamó mirando a los suyos que, con el rostro adusto, esperaban enumerar las reglas antes del comienzo del duelo—. Está bien, empecemos cuantos antes y antes terminaremos.

El condotiero, como experto, se adelantó y examinó la espada de Ehud, a la que no puso ningún reparo, luego se retrasó dos pasos y se dirigió al capitán:

—Su merced puede comprobar el arma de don Ponciano. El duelo es a muerte. Ninguno de los contendientes se parará para observar al otro si fuera herido de gravedad. Deberá darle muerte con honor. Así son las reglas.

El capitán hizo lo propio con la espada de don Ponciano. La examinó y observó la calidad del acero y el acabado. Estaba limpia, brillante y se notaba por su filo, equilibrado en toda su longitud, que no había sido usada todavía. La de Ehud era la espada que había forjado su suegro, el padre de Esther, y que le despojaron al soldado muerto y enterrado en la nieve. La misma espada con la que Esther había dado muerte a Melquíades.

El condotiero condujo a don Ponciano hasta una raya trazada por él mismo en el suelo y el capitán hizo lo propio con su pupilo. Los

combatientes adoptaron la posición para entablar la lucha. Piernas abiertas y ligeramente flexionadas, la espada erguida y el brazo contrario al del arma, extendido hacia delante.

La voz del condotiero cerró el periodo de presentaciones:

—Cuando sus mercedes deseen.

Los duelistas se pusieron en movimiento como activados por un resorte y se miraron el uno al otro de soslayo, como animales salvajes marcando su territorio. Dieron varias vueltas e hicieron algún amago que otro de ataque. Sin duda se estudiaban y reconocían. Las miradas, asentadas en el otro como felinos al acecho de su pieza, refulgían. El puño asía fuerte la empuñadura. La mano del arma tensa, pero flexible. Ehud se mantenía expectante y a la espera de que don Ponciano lanzara el primer ataque. Este no tardó en producirse y por primera vez los aceros chocaron repetidamente. Ehud repelió con destreza los tres envites que le lanzó su oponente sin darle terreno. Al contrario, aprovechando el gasto de fuerzas de don Ponciano, Ehud se lanzó firme y decidido. El noble retrocedió por el ímpetu de su oponente. Las respiraciones se volvieron audibles. Los nervios y el esfuerzo las debilitaban. En un instante don Ponciano amagó el golpe y el joven se obligó a retrasar su posición con tan mala suerte que resbaló y cayó al suelo. El noble aprovechó el infortunio del joven y descargó un terrible mandoble que no le partió la cabeza como una nuez porque el joven, aun sentado como estaba en el suelo, prendió la espada con ambas manos y la situó sobre su cabeza. No obstante, al soportar el tremendo impacto sobre la palma y los dedos de la mano izquierda, sintió como el acero se incrustaba en ellos. Don Ponciano al comprobar el resultado de su ataque se lanzó a una lucha sin cuartel. Pero Ehud, que ya se había incorporado, aprovechó la ofuscación de su oponente para esquivarlo y pincharle hondo en el hombro izquierdo. El noble se dolió al sentir el impacto del hierro y retrasó su posición para evaluar la herida. Al momento, la camisa de don Ponciano se tiñó de rojo. La herida era importante y le impedía mover ese brazo. De la mano de Ehud también goteaba sangre que el joven intentaba impedir cerrando fuertemente el puño para detener la hemorragia.

Ante las heridas que limitaban el poder ofensivo de ambos, el duelo se ralentizó. Don Ponciano estudiaba con detenimiento sus posibilidades y estimó que aquel duelo no iba a ser tan fácil como suponía. Eran ya muchos los cadáveres que el noble llevaba a sus espaldas y nadie en Roma aceptaría un duelo con semejante adversario. El comentario general por las calles era que don Íñigo había firmado su sentencia de muerte. Ehud, que ya se había

despojado de las vendas de la cara y lucía cicatrices amoratadas, había estado toda esa semana adiestrándose con su capitán. En su opinión, Ehud se había convertido en un magnífico luchador a espada y, de seguir sus recomendaciones, por mucho que don Ponciano se jactara de su sapiencia no podría vencerle, y, hasta el momento, estaba dando la talla.

De nuevo don Ponciano hizo gala de su valor y arremetió con ganas contra el joven que tuvo que soportar hasta cinco y seis espadazos de una violencia desconocida para él. Ni siquiera el capitán cuando le apretaba en los lances lanzaba esos golpes. Pero la resistencia de don Ponciano a cada mandoble, mermaba de forma evidente. Era el momento que Ehud estaba esperando. Atacó, amagó y descargó varios espadazos que don Ponciano a duras penas pudo repeler. Tanto fue el empeño del joven que el noble dio con sus huesos en el suelo. Ehud descargó el arma con tal violencia que la espada de don Ponciano fue a parar a varios pasos de su posición. El noble estaba desarmado, vencido y a punto de encomendarse al santo de su devoción. Ehud, ante la mirada incrédula de los testigos de don Ponciano, levantó la espada para descargarla contra el pecho o la cabeza de su adversario que yacía indefenso en aquel paraje del *Campo de Marte*.

En ese instante, Ehud aunó en su brazo derecho toda la ira acumulada por tantos acontecimientos y descargó contra don Ponciano un tremendo golpe, pero la espada de Ehud pegó con violencia en la hierba, justo al lado de la cabeza de su contendiente. ¿Había errado el impacto? Los testigos enmudecieron. Ehud respiraba ruidosamente y el cono del vaho de su boca se proyectaba más allá de su persona. Don Ponciano, que tenía la camisa pegada al cuerpo por la sangre y la humedad de la hierba, aguardaba el definitivo impacto en una espera inhumana y cruel. Nadie, nunca, había deseado tanto la muerte en un duelo.

—¡Don Íñigo, cumpla con las reglas! El duelo es a muerte —le anunció el condotiero, muy a su pesar.

Ehud le miró. Se sentía como el gladiador al que el pueblo, desde las gradas del circo, aclamaba y pedía la muerte de su rival, tendido sobre la arena.

—Don Íñigo acabe de una vez por todas. Es inhumano el sufrimiento que está infligiendo a don Ponciano —le pidió el otro testigo.

Ehud seguía sin soltar el arma clavada al lado de la oreja del noble.

El capitán y el cochero, atónitos, ni parpadeaban. Esperaban acontecimientos.

Después de unos instantes de duda, que a buen seguro a don

Ponciano le parecieron siglos, Ehud tiró del arma y la extrajo de la tierra. Luego su mirada se cruzó con la de don Ponciano, quien, si no le suplicaba clemencia de viva voz, era por vergüenza, pero sí lo hacía con sus ojos que habían perdido el brillo y la prepotencia del día que lo retó.

Seguidamente dio media vuelta y se retiró hacia su carroza.

—Don Íñigo, esto es un tremendo insulto para don Ponciano. Un deshonor —gritó el notario don Michelangelo Dallacova—. No puedo levantar un acta de este duelo sin que haya un vencedor. Era un duelo a muerte y tiene que haber un vencedor y un vencido.

—Pues invéntese lo que su merced prefiera. No voy a matar a un hombre indefenso en el suelo por mucho daño que me haya hecho.

Acababa de pronunciar la frase cuando, imprevistamente, le vino a la memoria una imagen imborrable: la del mayordomo en su cama y él oprimiéndole la cara con el almohadón. ¿Qué diferencia había? Ya había matado impunemente. ¿Por qué no quería matar a don Ponciano? ¿Por no hacerlo delante de testigos? O quizá era que el noble no podía acusarlo de impostor ni de judío, aunque estuvo casi a punto de confesarle todo a sus captores. Y—gracias a Dios— lo poco que confesó no lo tomaron, por cierto. Creían que mentía.

Los testigos del vencido miraban a los del vencedor demandando una explicación que ellos no osaban dar. Mientras tanto, el herido seguía en el suelo desangrándose y casi inconsciente. Ehud vagaba de un sitio para otro como un loco, pensativo. Aquel duelo era un verdadero caos. Nadie sabía qué hacer.

De improviso Ehud paró de dar vueltas y se dirigió al notario:

—Señor, le ruego que redacte un acta en la que dé por vencedor de este duelo a don Ponciano Navas de Segura.

—Eso es imposible, don Íñigo. No puedo ni debo mentir, mi deber como notario…

Ehud insistió.

—Haga lo que le he dicho. Será lo mejor para ambos. Yo, en breve, desapareceré de Roma. Me darán por muerto en este duelo. Por lo que don Ponciano no sufrirá la humillación de haber sido vencido y su merced no incurrirá en ninguna falsedad a la vista de todo el mundo.

El condotiero, que asistía a don Ponciano tratando de contenerle la hemorragia del hombro, y que había escuchado las razones de Ehud, señaló:

—Don Michelangelo, dadas las circunstancias no es un mal arreglo. Don Ponciano es el vencedor. Don Íñigo resulta muerto. Desaparece de escena y todo arreglado.

Pero al notario, hombre recto donde los hubiere, no le gustaba el

cariz que estaba tomando el asunto y no estaba dispuesto a levantar un acta con una falsedad que no iba a tardar en descubrirse. Sólo el tiempo que el obispo y los nobles tardaran en llegar a Murcia.

Con la esperanza de que los padrinos de Ehud se negaran a admitir la muerte de su apadrinado y por consiguiente la victoria de don Ponciano en ese duelo, el notario puso la solución en boca de ellos.

—Debemos consultar con los testigos de don Íñigo…

Pero al actuario no le salió bien la treta. El capitán y el cochero se miraron y, sin dirigirse la palabra, asumieron lo expuesto por Ehud.

—Si lo ha dicho don Íñigo, por nosotros no hay objeción alguna. Así sea —expresó el capitán.

La respuesta de los padrinos de Ehud significó para el notario un jarro de agua fría. Advirtió que el asunto se complicaba de forma alarmante y el único, de todos los allí reunidos, que podía salir perjudicado, aparte de don Ponciano que seguía malherido en el suelo, era él. Desde luego había que buscar otra solución porque no estaba dispuesto a poner en duda su honorabilidad ni como hombre, ni como notario. Así se lo hizo saber a todos:

—No puedo cometer semejante dislate, sus mercedes convendrán conmigo en que el riesgo de quedar como un embustero es considerable al haber demasiados testigos —se quejó el escribano—. Cuando el obispo y los nobles regresen a Murcia comprobaran la falsedad de la muerte de don Íñigo y yo seré el único que quede en evidencia. Esto no lo puedo tolerar.

Entonces Ehud, en su afán de resolver la situación lo antes posible, volvió a idear otro recurso al grave y complicado problema creado por él mismo:

—Su merced —dijo refiriéndose al actuario— puede certificar en el acta que, habiendo sido heridos de gravedad los contendientes, declaro que se encuentran imposibilitados para seguir con el desafío y que consultado el ofendido se da por satisfecho en sus demandas de honor.

El notario se quedó perplejo. Ehud había dado con una buena solución, aunque debiera mentir sobre la gravedad de la herida de Ehud, lo que era asumible dentro de su rectitud.

—Me parece bien —concedió el notario mientras hacía una ronda visual para apreciar las reacciones de los otros tres testigos. Ninguno se postuló en contra con lo que don Michelangelo dio por buena la exposición de Ehud.

—Ya que hay consenso en esta particularidad, procederé a levantar el acta en las circunstancias que han sido detalladas por don Íñigo y que firmaremos los cuatro testigos.

Nadie se negó, con lo que el actuario se dispuso a rellenar el acta. Una vez plasmado el duelo sobre el papel, los cuatro padrinos estamparon su firma.

El condotiero, con la ayuda de los postillones, dispuso la carroza para introducir al herido. Pero antes de que fuera acomodado, don Ponciano llamó con voz débil a su adversario. Sorprendido, Ehud se acercó lentamente y se arrodilló junto a él. Aproximó el oído a su boca para poder escuchar lo que le quería decir. Luego la retiró y le comentó algo que nadie oyó. Seguidamente volvió a escuchar algo de la boca de don Ponciano hasta que por fin se levantó y regresó a la carroza donde ya le esperaban sus padrinos. Las dos carrozas desaparecieron envueltas en la niebla matutina que comenzaba a levantarse entre algunos rayos de sol que jugaban con las nubes.

XXX. Una disputa callejera

El reino de Murcia respiraba tranquilidad. La primavera era benigna y el sol inundaba los valles que envolvían la fortaleza de Monteagudo. Desde lo alto de las almenas del castillejo se divisaba, a primeras horas de la mañana, el laboreo en los huertos y en los campos de los aparceros de don Íñigo. El camino a la capital rebosaba de carros que, en un incesante trasiego, transportaban las mercancías para abastecer a los principales mercados de la ciudad.

Esther, amén de decepcionada, estaba furiosa con el obispo y con el marqués porque le habían arrebatado a su marido. Además, estaba segura de que Ehud iba a ser utilizado. Desde el mismo momento en el que se enteró de que viajaría con todos aquellos hombres calculadores y sedientos de poder, le pareció que era el único inocente en aquel juego. «¿Qué necesidad tenía de hacer aquel maldito viaje que los había separado?», se preguntó una y mil veces.

Con la mirada lejana y perdida, Esther seguía observando la actividad en sus dominios y se encontraba en un estado entre pensativo y pesaroso por lo acontecido hacía escasas horas. La conciencia le remordía a ratos y le impedía poder descansar. En otros, su mente, inconscientemente, buscaba una excusa para justificar su acción. Si bien era cierto que, en lo más intimo de su ser, sentía que le había gustado, excitado sobremanera, y cavilaba si volvería a hacerlo. Cada vez que lo recordaba, un sofoco le subía por el pecho y la dejaba sin respiración. Al momento se justificaba diciéndose que lo necesitaba. Necesitaba sentir de nuevo las manos de un hombre recorriendo su cuerpo. Hacía tanto tiempo que Ehud no estaba…

Esa noche Esther había vuelto a oír ruidos en el estanque. Intentaba descubrir quién andaba a esas horas por los jardines cuando la asaltó una curiosidad morbosa: saber si Inés yacía en su habitación con Andrés, el jardinero.

Deslizándose silenciosamente por los pasillos, cual gata en celo, se llegó hasta la planta inferior. Una vez allí prestó atención por si se oían gemidos provenientes de la alcoba de la joven y cuál fue su sorpresa que sí los escuchó. Con sigilo se fue acercando hasta el mismo quicio de la puerta y allí permaneció unos instantes escuchando aquellos susurros que la excitaban. Imaginó cómo las rudas manos del joven jardinero se deslizaban por la piel sedosa y rosada de Inés; cómo sus bocas se unían en besos largos y profundos; cómo se acariciaban y murmuraban palabras ininteligibles. Esther cerró los puños con fuerza y se clavó las uñas en las palmas de las

manos para no explotar de deseo, entrar violentamente en la habitación, arrebatarlo de sus brazos y levantarlo de aquella cama desvencijada para llevarlo a su lecho, bajo el dosel, y poseerlo —y ser poseída— con furia y pasión.

Estaba inmersa en sus delirios eróticos cuando de improviso la puerta, después de un leve crujido, se abrió. Por ella apareció el jardinero quien al salir casi tropieza con su señora. El susto para ambos fue notable. Instintivamente quisieron excusarse, pero no acertaron a hilvanar palabra.

—He oídos ruidos y vigilaba…—atinó a explicar Esther por fin.

—Lo entiendo, mi señora.

—Acompáñame, pudiera haber alguien oculto en la penumbra —le ordenó.

Esther echó a andar seguida de Andrés que, con cara de bobo, se preguntaba qué demonios haría su señora en la puerta de la habitación de la criada a horas tan intempestivas.

Llegados a su dormitorio, Andrés ya se despedía cuando Esther, cegada por la pasión, le ordenó que pasara dentro.

—Inspecciona la habitación, puede que haya alguien oculto —dijo.

Andrés se receló que algo no iba bien.

—Mi señora… si alguien me viera…

—¿Te niegas a obedecer una orden mía?

El joven agachó la cabeza y abrió la puerta.

—Mira detrás de las cortinas.

Esther entró tras él y cerró la puerta.

—No hay nadie, señora —indicó temeroso.

—¿Seguro?

—Cierto, mi señora. Nadie.

—Te equivocas.

El juego, desde luego, no le gustaba a Andrés porque no sabía a dónde quería ir a parar su señora. Estaba desconcertado.

—Mi señora… No la entiendo.

—Estamos tú y yo.

Esther, seductora, avanzó lentamente hacia él. Andrés reculó sin mirar, tropezó con una amplia butaca y se sentó de golpe. Ella sonrió y puso una mano sobre su hombro. Sin apartar la mano dio una vuelta por detrás de él observando su reacción hasta que sentó en el brazo de la butaca.

—¿Te gusto? —tanteó la situación con picardía.

Cohibido, Andrés bajó la mirada.

—Mi señora… yo…

—Vamos, contéstame —le animó ella.

—Yo…

Hizo ademán de levantarse del sillón, pero Esther con la mano sobre el hombro se lo impidió.

—¿No te gusto?

Dada la situación y con el calor que desprendía el hogar, Andrés empezó a sudar.

—Sí, claro… pero… yo…

El olor a hombre y el verlo sometido como un animalillo enjaulado la excitó aún más. Le revolvió el abundante pelo lacio y negro, le pasó la mano por detrás de la cabeza, le cogió de la barbilla, se la levantó y le besó en los labios. Él no se atrevió a moverse. Su boca permanecía aún impregnada del sabor y del perfume de Inés. Esther le había arrebatado el hombre que hacía unos instantes le hablaba de amor. Después de besarlo, apasionadamente, se bajó un tirante de la cástula y quedaron al descubierto sus pequeños pechos. Andrés los miró, pero antes de que dijera nada, Esther le incrustó la cabeza en ellos. Su barba áspera la arañaba, pero lo sentía como un placer. Tener a un hombre joven sometido y en su pecho, era muy excitante.

Tímidamente, Andrés la abrazó por la espalda. Ella, al notar sus poderosos brazos, se dejó hacer sin apartar los labios de los suyos.

Se levantó y de la mano lo llevó a su cama.

—Quiero hacerlo bien —dijo ella cuando sintió que el ardor la devoraba.

El joven era más alto que Ehud y tenía un cuerpo musculoso formado a golpe de azada. Tendría unos veinte años y la piel tostada por su oficio. Las manos rudas y grandes pero delicadas para acariciar. Sus labios finos y su nariz recta le conformaban un rostro muy agradable. Pero lo que más le llamaba la atención a Esther eran sus ojos claros como los de un felino y unos dientes bien alineados y tan blancos como la nieve.

Después de desnudarse el muchacho se tendió encima de ella…

Solía salir a cabalgar a menudo en compañía de su doncella Inés. Pasaban buenos ratos por los alrededores visitando las fincas y los huertos de los comuneros de su marido. Nadie imaginaba que la dueña del castillejo pudiera aparecer por semejantes bancales y a plena solana. Los aparceros tartamudeaban, sudaban y se destocaban varias veces cuando Esther les preguntaba por cualquier quehacer. Recorriendo aquellos predios, Esther comprendió que Ehud tenía suerte de contar con hombres que quisieran trabajar las tierras. Eso le suponía buenos ingresos al cabo del año.

Una tarde, de regreso al castillejo, Esther espoleó a su caballo y se lanzó a un temerario galope por una amplia senda. Le gustaba sentir el viento en la cara cabalgando encima del poderoso animal, regalo de Ehud. Pero la mala fortuna se iba a aliar esa tarde en su contra. Un rebaño de ovejas apareció de improviso en una encrucijada de caminos, no teniendo la amazona más remedio que forzar al caballo a saltar sobre la manada. Al caer, el animal metió una de las patas delanteras en un hoyo y se la quebró. Del extraño que hizo el caballo Esther salió volando por los aires y cayó sobre unos arbustos que amortiguaron el golpe. Aún así, se hirió las manos y las piernas. El equino, tumbado y sin poder levantarse, relinchaba y ella, entre los matojos, medio aturdida, llamaba a Inés. El triste resultado de aquella pequeña excursión fueron unos moratones en el caso de Esther y el sacrificio del excelente animal. Don Álvaro, conocedor de lo importante que era una montura para su señora y para evitar que cayera en otra depresión, fue a la ciudad para informarse de la próxima celebración de la feria de ganado.

Era domingo de Pentecostés. Ese día, antes de la hora tercia, Esther y don Álvaro se dirigían en galera a la ciudad acompañados por Inés y un cochero. La capital rebosaba de gentes venidas de todo el reino para mercar, cambiar o vender animales de todas las razas.

Hubieron de atravesar la ciudad, pues el mercado se establecía en los arrabales de la Arrixaca, cerca del quemadero donde se ejecutó la sentencia del auto de fe. Cuando Esther escuchó alguno de los comentarios jocosos que los feriantes hicieron alusivos a los judíos quemados, sintió náuseas y creyó que el olor a chamusquina de cuerpos humanos aún parecía volar por el arrabal.

Una vez en el interior del mercado pudo comprobar que aquello era un maremágnum de gritos al que ella no estaba acostumbrada. Cada feriante voceaba de forma inmisericorde, de tal manera, que era imposible entenderse. La hediondez a estiércol y a orines hería las fosas nasales; por añadidura, una legión de moscas, mosquitos y tábanos volaba a sus anchas entre animales y visitantes. Una espesa polvareda gris se elevaba al cielo, incluso ocultaba el débil sol de la mañana. Ingentes cantidades de cerdos, ovejas, cabras y vacas se apretujaban en pequeños rediles levantados provisionalmente. Conejos, pollos, gallinas y otras aves se mostraban en reducidas jaulas de madera. Gentes trapicheando, discutiendo, negociando e incluso peleando ocupaban la calle principal. Era difícil poder andar con comodidad; apretones y empujones eran lo habitual, circunstancia que aprovechaban los descuideros para, habilidosos, soltar las bolsas de los cintos de los acaudalados y perderse entre la multitud.

Esther no tardó mucho en observar cómo una pequeña de unos ocho años, mal vestida y churretosa, se pegaba a un caballero manifiestamente interesado por los precios de los animales. «Si pregunta tanto, lleva dinero para comprar», debió de pensar la niña, que miraba a uno y otro lado para disimular y vigilar si había peligro. Se movía a su alrededor como un fantasma, liviana como el aire. Con un leve roce, introdujo la mano por debajo de la capa, buscando el momento idóneo para desatar el lazo de la bolsa que la unía a un ancho cinturón tachonado.

Cuando se produjo una pequeña avalancha de gentes y el hombre fue empujado, la chiquilla desplazó la minúscula mano por la voluminosa barriga del caballero hasta tocar la cinta de la bolsa. Tiró de una de las puntas y el lazo se deshizo. Sintió un instante de jubiloso alivio: ya tenía la talega, pero el hombre, en ese instante, se giró violentamente para hablar con otro caballero que le acompañaba y la bolsa a punto estuvo de caer al suelo. Si hubiera caído a los pies del noble habría sido su perdición. El corazón le latía con tanta fuerza que temía que los demás la oyeran. No obstante, el peligro no había pasado. Una vez en su mano la deslizó por el interior de su túnica y se volvió para darle la espalda. En un santiamén, se la pasó a otro chico, con toda seguridad su hermano, para que desapareciera de allí con el botín. La cara hambrienta de la niña se explicaba sola. Esther, que había observado toda la maniobra de la pequeña manilarga, se abstuvo de reprenderla o denunciarla. Momentáneamente recordó que ella también había sido fugitiva y sabía lo que era pasar hambre.

Por fin don Álvaro, Esther y su doncella llegaron al corral donde se encontraban los caballos. En la mente de Esther anidaba una única idea: elegir el mejor animal. Más de cincuenta ejemplares trotaban por el corral relinchando y coceando nerviosos ante la muchedumbre que los rodeaba. La mayoría de los equinos eran pencos, pero había unos cuatro o cinco que mostraban las hechuras de un buen ejemplar. Cuando Esther y don Álvaro cambiaban impresiones sobre esos animales, un tumulto cercano a ellos los interrumpió. Alertados por las voces y el corrillo de curiosos formado a su alrededor, se acercaron a informarse de lo ocurrido. Al ver acercarse a una dama, inmediatamente la multitud se apartó para dejarle el paso expedito. Llegada a primera fila, Esther observó que un noble, en compañía de tres más, fustigaba a un jovenzuelo que, abatido, procuraba parar y taparse de los golpes que su verdugo le propinaba. Aquello era un encarnizado castigo que incomodó a Esther:

—¡Basta! —gritó.

El noble, que iba a descargar otro azote sobre la espalda del joven,

se volvió hacia donde provenía la voz, dispuesto a dar su merecido a la persona que había interrumpido, imperativa, su ejemplar castigo.

—¿Quién ha osado reprenderme?

Al volverse, las dos miradas se toparon con sorpresa y con odio. Sin previsión, una sonrisa burlona se dibujó en la cara del hombre, que bajó la fusta.

—¡Doña Begoña!

A Esther se le demudó el rostro al comprobar que el bárbaro era su particular y odiado verdugo, el marqués de Alcántara. Sintió un violento sofoco y a punto estuvo de quedarse sin palabras, lo que no hubiera sido un buen síntoma. Sacando fuerzas de flaqueza se dirigió a él:

—¿Tan duro castigo aplica a un joven?

—Yo diría a un ladrón, señora.

—También hay ladrones de capa y espada y no se les castiga…

El marqués se puso en guardia ante tamaña y velada acusación.

—¿Me está llamando ladrón a mí también?

Don Álvaro se quedó estupefacto.

—¡Doña Begoña, por Dios!

Esther sabía que aquel que tenía delante, amén de ladrón era sinvergüenza, violador y asesino, pero no lo podía demostrar en ese momento. Cuando reflexionó y comprobó en qué jardín se había metido, movida por el odio, intentó salir de allí cambiando la situación porque, después de lo dicho, no le cabía otra alternativa.

—¡Mírele bien, marqués! —. Reseñó con evidente odio en sus palabras—: No tiene para comer y su merced le azota como a un animal.

—Como a un ladrón, señora —corrigió el marqués.

Puesta en su sitio, ordenó a su secretario:

—Don Álvaro, dele al muchacho una limosna.

Dicho esto se agachó y ayudó al joven a levantarse, después depositó en su mano las monedas que el secretario había sacado de su bolsa.

—¡Vete! —le dijo al joven.

—¡Un momento! —exclamó el marqués—. He mandado llamar a los soldados y vendrán a llevárselo.

—Yo compraré su libertad. ¡Poned precio, marqués!—le retó con altivez.

El desafío puso el vello como escarpias a don Álvaro. Los compañeros del de Alcántara sonreían al ver la batalla que presentaba la mujer y que estaba haciendo quedar en ridículo a su amigo. Esther, arropada por la multitud, se sentía poderosa. Ya no era aquella

muchacha asustadiza del barrio judío de Toledo. Ahora era una dama de la nobleza. Nadie le detendría.

La multitud, arremolinada en torno al incidente, hizo un pasillo cuando advirtió la llegada del piquete. Al mando de éste iba un alguacil que esa mañana, gracias a los farsantes, trabajaba a destajo. Estaba harto de ir de un sitio para otro deteniendo a ladronzuelos, estafadores, falsos tullidos y embaucadores. En total siete pícaros habían sido arrestados y llevados a la cárcel y el carácter del alguacil no era todo lo sensible que el momento requería.

—¡A ver! ¿Qué pasa aquí? —bramó en un tono de cabreo, nada más llegar al cogollo del suceso.

El de Alcántara, que conversaba con sus amigos, al oír una voz autoritaria a su espalda, se volvió como impactado por un rayo. El alguacil, al ver el porte y la presencia de cuatro nobles, una dama con secretario y doncella, cambió de color y por supuesto de actitud. Se barruntó que aquella gresca no era de las habituales y debería tener mucho cuidado si no quería salir trasquilado de un incidente que a él ni le iba ni le venía.

—¿En qué puedo ayudar a sus mercedes? —templó gaitas el corchete.

—Me ha intentado robar la bolsa —acusó el marqués señalando al joven.

Sin dar tiempo a que el marqués terminara su acusación, Esther intervino dirigiéndose al alguacil:

—Señor, el joven, debido a su débil estado de salud, ha tropezado y golpeado al marqués sin ánimo de causarle perjuicio alguno. El marqués, tomándose la justicia por su mano, le ha castigado con dureza, por lo que considero que el muchacho ya ha redimido su culpa.

—Arréstele y que dé con sus huesos en la cárcel —contraatacó el noble.

—¿Por qué el muchacho debe pagar doble pena? —preguntó Esther al marqués—. Su merced le ha golpeado y ¿ahora exige que lo encarcelen? No es justo.

Un coro vocinglero aclamó a Esther cuando terminó sus palabras. Ellos también consideraban que ya se había hecho justicia. Los curiosos, cada vez en más número, se apretujaban para disfrutar de la disputa entre el noble y la dama, y el alguacil se preocupó por el cariz que podía tomar la pendencia.

—¿Ha castigado ya al joven? —preguntó al marqués con voz débil.

—Solo le he reprendido…—mintió el de Alcántara.

Los presentes, al oír la falacia del marqués, comenzaron a

abuchearle y a insultarle gravemente, incluso se permitieron empujarle amparados en el anonimato del gentío. El corchete se volvió raudo y ordenó a sus soldados establecer una línea de separación entre las gentes y los contendientes. Por su parte, el marqués y sus amigos, alertados, echaron mano a los mangos de sus espadas. Aquello empezaba a tener mal aspecto y el alguacil veía que el asunto se le iba de las manos. Podría acabar en una revuelta callejera entre los nobles y la muchedumbre y eso significaría una severa reprimenda de su superior, incluso del concejo de la ciudad. Así que, para disolver al gentío y que aquello se disipara como la polvareda que los rodeaba, optó por dar por zanjado el asunto.

—Está bien —opinó el representante de la autoridad—. Si su merced ya le ha castigado, considero que su falta ha sido sancionada y por tanto lo dejo en libertad.

Al oír las palabras del alguacil, los aplausos atronaron en torno a los actuantes de aquella disputa callejera, circunstancia que el joven aprovechó para poner pies en polvorosa y alejarse de allí.

Esther, el secretario e Inés dieron la espalda al marqués y, sin mediar más palabras, se volvieron hacia el establo donde estaban los equinos. Seguían observando a los que creían de mejor raza cuando la voz del marqués, que seguía escoltado por sus amigotes, los volvió a sorprender. Esta vez de forma más que sarcástica.

—Quizá la defensa de las causas nobles sea lo suyo doña Begoña, pero, en modo alguno, la veo capacitada para elegir una buena montura.

Ella se volvió y pareció fulminarle con la vista.

—Las apariencias engañan, don Rodrigo.

El marqués alargó la vista hasta donde se encontraba un bonito ejemplar que husmeaba la valla de madera.

—Aquel alazán es magnífico —especificó don Rodrigo—. Me extraña que ese animal esté aquí, entre tanto penco.

—Quizá lo venda algún pudiente venido a menos —opinó el secretario y añadió—: ¿Le gusta, doña Begoña?

Sin embargo, ella observaba a otro animal que, tapado por los demás, pasaba inadvertido.

—Me gusta aquel blanco, don Álvaro —dijo señalando con el brazo.

Las miradas de los dos hombres se fueron en busca del equino que había acaparado la atención de doña Begoña.

—¡Caramba! No lo había visto —se excusó el marqués.

—Parece un magnífico ejemplar árabe —expuso el secretario mirando a don Rodrigo para que le confirmara su apreciación.

—Doña Begoña tiene buen gusto.

—Ya ve, marqués. También entiendo de equinos.

El noble, a mayor abundamiento, se extendió en su explicación como experto en caballos:

—Los árabes son animales de carácter robusto, pero resistentes y dóciles a la vez. Se dejan guiar con facilidad. Se lo aconsejo, doña Begoña. No se arrepentirá.

Don Álvaro, al ver el interés de su señora por el animal, llamó al responsable de aquel corral para que le pusiera en contacto con el dueño del caballo. Al poco se presentó un hombre con pinta de burdo. Iba mal vestido, lucía barba de varios días y su aliento apestaba a vino rancio.

—Señor, me interesa aquel caballo. ¿Es suyo?

—Sí —respondió secamente.

—¿Cuánto pide por él?

—Es un caballo árabe —explicó el hombre, como dando a entender la calidad del cuadrúpedo.

—Lo sé. ¿Cuánto vale?

El tratante de caballos, como experto y viejo comerciante, al ver que los interesados vestían ropas caras y parecían de la nobleza, creía que si le pedía un precio fijo no obtendría tanto como si le daba la oportunidad de pujar por el animal. Y más, habiendo otros nobles alrededor. Podrían encapricharse del, intervenir en la puja y así ganaría más dinero.

—Ofrezca su merced.

—Le ofrezco tres ducados de oro.

—Por ese dinero el animal ni asoma la cabeza por la valla —dijo el hombre, indolente.

—¡Cuatro! —ofertó el marqués, situado en segunda fila, ante la sorpresa de todos.

Para interesar más a los pujadores en el caballo árabe, el tratante voceó una breve explicación:

—Es un excelente animal. Lo compré en África a un jeque árabe.

—¡Cinco! —pujó el secretario.

El hombre hizo ademán de marcharse. Pero don Rodrigo, con sonrisa burlona, insistió.

—¡Seis!

—¡Siete! —se apresuró a subir don Álvaro. Ese caballo, a toda costa, debía ser para su señora.

Pero Esther, cansada de jugar al ratón y al gato, ordenó a su secretario:

—Don Álvaro, ofrézcale nueve como última puja.

—Señora…

—Ofértele, don Álvaro.

—¡Nueve! —dijo. Luego le susurró al oído—: ¡Por Dios, mi señora! ¡Eso es una fortuna!

Aunque el tratante en su interior se frotaba las manos y sabía que nueve ducados de oro por el animal era un excelente precio, esperó un momento más por si el marqués, herido en su amor propio, decidía subir la apuesta, pero no se escuchó ninguna puja más. A Esther no le hubiera importado haber pujado algún ducado más con tal de arrebatárselo a su oponente. Por el contrario, a don Álvaro le temblaban las manos al comprobar la fortuna que su señora había pagado por una montura por mucho que esta hubiera pertenecido a un jeque.

—Está bien. El caballo es suyo —admitió, dirigiéndose a don Álvaro.

Pasada la hora nona y después de avituallarse en unos almacenes de víveres de la ciudad, la galera de Esther, con el caballo árabe atado a la trasera, tomaba el camino del este que la llevaría hasta el castillejo de Monteagudo. Mientras viajaba, su mente recordaba el momento de la compra del caballo y la discusión con el de Alcántara. Se sentía victoriosa y no cabía en sí de gozo. Casi le había humillado públicamente, pero eso no era suficiente. Debía acabar con él. ¿Cómo? Lo ignoraba. Pero de lo que sí estaba segura era de que el sufrimiento infligido a su familia no quedaría impune. Lo juró el día que vio a su padre y a su novio colgando de la soga. Le bastaba con esperar el día y el momento adecuados.

XXXI. Una visita de cortesía

En absoluto el episodio del mercado fue del agrado del marqués. Al día siguiente, malhumorado, informó al concejo de la ciudad de la actuación del alguacil que había dejado libre al ladronzuelo. Para contentar y satisfacer al marqués, que removió cielo y tierra para castigar al corchete, consiguió del alcalde mayor del concejo que fuera arrestado y encarcelado durante un mes. Nadie salía indemne si se enfrentaba al de Alcántara. Hombre peligroso donde los hubiera, siempre se salía con la suya. Con ley o sin ella. Lo había demostrado con creces en Toledo y ahora en Murcia, donde ya empezaba a ser conocido como personaje prepotente, altivo, déspota y tirano. A pesar del poco tiempo que llevaba residiendo en la ciudad, ya se había batido en duelo en un par de ocasiones en las que dio muerte a sendos esposos que se sintieron ofendidos por los continuos requiebros amorosos del marqués hacia sus respectivas esposas. También había organizado tumultos en compañía de amigos y soldados en varios garitos y tabernas de la ciudad por haberse negado a pagar después de acabar con las viandas existentes en el local, amén de haber intentado yacer con la dueña e incluso con alguna de las hijas púberes del tabernero.

Un día, traspasada la hora nona, el de Alcántara se encontraba en Los Zagales, una de las numerosas posadas que jalonaban la orilla del río Segura, en compañía de dos compañeros, don Pedro Lope de Narváez y don Sancho de Carranza, los tres recién llegados de Toledo. La posada era como todas las demás: una amplia estancia en la parte delantera con mesas y bancos, y una parte trasera donde se almacenaban los barriles y se cocinaba. En invierno ardía un gran fuego en el comedor; ahora, en la bonanza de la primavera, todas las ventanas permanecían abiertas y una suave brisa que recorría el cauce del río, atemperaba la estancia delantera.

Cansados de tan largo viaje, habían dado cuenta de una abundante comida y, más aún, del vino que se hacía visible en las mejillas de los tres camaradas. El alcohol también influyó en sus afiladas lenguas que se jactaban y vanagloriaban de las conquistas amorosas o, más bien, de las innumerables violaciones cometidas a lo largo de sus jóvenes vidas. Los tres rondaban la treintena, pero las listas de sus fechorías eran considerables. Las enumeraban a voz en grito sin pudor y describían de forma soez los atributos de las mujeres forzadas.

Al unísono reían y pateaban el suelo de madera. Con los puños

daban secos golpes sobre la mesa que hacían temblar la jarra y las copas de vino. Los demás clientes de la posada optaron por abandonarla antes de tiempo, presagiándose un final violento de aquella pitanza. No tardó en producirse el primer incidente; en uno de los golpes la jarra de vino se derramó sobre don Sancho, lo que ocasionó una dura disputa entre ellos.

—¡Mira lo que has hecho! —le recriminó a don Pedro.

—No he sido yo, ha sido Rodrigo.

—¡Eh! Yo no tengo nada que ver —se quejó el de Alcántara entre risotadas.

—¡Confiesa que has sido tú, hijo de zorra!

Don Pedro se levantó de la silla muy airado.

—A mí no me llames así o te corto los huevos.

Don Sancho hizo lo propio en el otro extremo de la mesa.

—Harían falta más hombres como tú para hacerme eso.

Don Pedro, al oír el desafío que le había lanzado don Sancho, intentó rodear la mesa para enfrentarse cara a cara con su amigo, pero don Rodrigo le paró en seco, sujetándole por el brazo, e intentó poner paz en aquella bronca, antes de que acabara en una sangrienta riña.

—¡Vamos, vamos! Tranquilizaos.

—¡Que se disculpe! —exigió don Sancho.

—Yo no voy a disculparme de nada.

La situación rozaba los límites de aguante de los dos amigos cuando la entrada en la posada de tres caballeros distrajo momentáneamente la atención de los contendientes y calmó la tirantez. Rápidamente, los dos amigos optaron por sentarse, circunstancia que don Rodrigo aprovechó para pedir otra jarra de vino más. El posadero, reticente a acercarse a esa mesa, llevó la jarra y se alejó de allí como alma que lleva el diablo. El de Alcántara sirvió vino en las tres copas, se levantó con la suya en la mano y brindó:

—¡Por nosotros tres!

Don Pedro y don Sancho le imitaron:

—¡Por nosotros!

Había anochecido ya cuando los tres amigos salieron del colmado borrachos como cubas. Les apetecía yacer con mujeres y se dirigieron a uno de los garitos regentados por rameras. Al galope por las céntricas calles de la ciudad, ocasionaron no pocos altercados con los pacíficos viandantes y con alguna carreta que, atravesada en la calle, les impedía el paso.

Al llegar al prostíbulo con semejante escándalo, las mujeres salieron a recibirlos a la puerta presagiando dinero fresco y fácil. Con adulaciones exageradas, no exentas de mimos y abrazos, los

condujeron al interior. Pronto cada caballero soportaba a una ramera que no se le despegaba de encima intentando tantear cómo era de gruesa la bolsa que le colgaba del cinturón. Don Pedro, al creer notar un excesivo cacheo en su monedero, montó en cólera.

—Esta puta asquerosa me quiere robar la bolsa —dijo apartándose de ella.

—Seré puta, pero no una ladrona —se quejó la mujer.

Otra de las meretrices, con el escote completamente abierto mostrando sus voluminosos pechos que acariciaba con sensualidad, abogó por la paz:

—No os disgustéis y pasémoslo bien.

Don Sancho, por su parte, opinó del local y de sus moradoras.

—Esto está asqueroso y estas putas no valen ni para el cuero de mis botas.

—Tienes razón, están infectadas —apuntó don Pedro.

La que parecía más vieja y que regentaba el local echó su cuarto a espadas:

—Pues bien que la otra noche don Rodrigo se divirtió en el piso de arriba…

—¡Calla, vieja zorra! O te echaré tus negros dientes al suelo.

La celestina, que debía haber sido una mujer voluptuosa, de fuerte carácter y acostumbrada a estos altercados, lejos de amilanarse, se fue detrás de la mugrienta barra y agarró un grueso bastón que exhibió en el aire.

—Si eres tan hombre, ven y tíramelos.

Se hizo un tenso silencio. La porfía de la mujer dejó mudos a todos, incluso a don Rodrigo, quien, con la mano en la empuñadura, dudaba en ir a castigar a la mujer o tomárselo a broma. A pesar de que el vino cegaba su mente, el marqués tuvo un instante de lucidez y caviló que aquello podía acabar en un baño de sangre, cosa que no era aconsejable de ningún modo. Con la justicia de Murcia había tenido suerte hasta la fecha, pero no debía abusar de su buena estrella.

—¡Vámonos! Ellas se lo pierden —terminó don Rodrigo la discusión.

Salieron del local a grandes zancadas insultando a las mujeres y dando golpes y portazos. Montaron en sus cabalgaduras y tomaron la calle abajo sin rumbo fijo.

—¿Dónde vamos? —preguntó don Pedro.

—Eso me pregunto yo —dijo don Sancho, para luego especificar—: Tengo ganas de meter.

Don Rodrigo, desde la silla de su montura, se volvió hacia ellos, y preguntó:

—¿Os apetece carne fresca?

—¡Claro! —contestaron al unísono

—Ya sé dónde ir —apuntó don Rodrigo.

Era noche cerrada. A lo lejos se distinguía el castillejo de Monteagudo iluminado como un ascua, merced a las antorchas que pendían de las paredes del interior del recinto. Los tres amigos, envalentonados por el alcohol, se acercaron hasta las mismas puertas de la fortaleza.

—¡Quién vive! —voceó el guardia desde lo alto del muro.

Don Rodrigo, que iba al mando, contestó:

—El marqués de Alcántara.

—¿Qué desea, señor?

—Abre la puerta —ordenó.

Don Pedro, extrañado por tan inusual proceder, preguntó:

—¿Qué te hace pensar que nos van a abrir los portones a estas horas?

El de Alcántara le miró con suficiencia y soltó una carcajada.

—Mis buenos dineros me cuesta, Pedro. Soborno al guardia y a una doncella para que me informen de cuanto acontece intramuros —. Luego añadió—: También el vicario Mateo me ha puesto al tanto de unas graves acusaciones que pesan sobre el matrimonio y que quiero certificar.

—¿Graves acusaciones? —se extrañó don Pedro.

—Sí, muy graves. Quizá ocultan algo.

—¿Y… qué puede ser…? —inquirió curioso.

—No lo sé a ciencia cierta, pero probablemente sea algo muy importante.

Don Sancho metió baza en la conversación.

—Quizá oculten riquezas…

—Es posible, Sancho. Además, según el vicario Mateo, se presentaron en Murcia con un cargamento de objetos de culto judíos y que querían vender con celeridad.

—¡Por todos los demonios!

—Pero lo más sospechoso es que hace poco descubrí que me habían robado un tesoro que guardaba en una cueva de la ermita de Toledo. Un tesoro que acumulé durante años. En el caso de ser ellos los autores, también habrán descubierto los cadáveres de dos nobles que encerré allí hace tiempo.

Sorprendido, don Pedro preguntó:

—¿Dos cadáveres?

El de Alcántara, a pesar de que el alcohol trababa su lengua, refirió la historia:

—El invierno pasado cabalgaba junto a mis soldados buscando a dos judíos asesinos que habían matado a un soldado de mi guardia y también a Melquíades y a Epeneto, dos arrendadores de mis tierras. Atravesábamos un bosque cuando sorprendimos a un pelotón que escoltaba una carroza con un joven matrimonio de nobles del norte de Castilla y una carreta repleta de baúles y cofres. Por la nutrida escolta supusimos que los cofres portaban riquezas, como así fue. Les tendimos una emboscada y matamos a todos los soldados. Al matrimonio, por negarse a colaborar y para que no hablaran, los encerré en la cueva junto con los baúles y un cofre repleto de joyas…

Los gruesos pernos de hierro empezaron a chirriar impidiendo el relato del marqués.

—La puerta se abre —alertó don Sancho.

El portón se abrió lo justo para que, sigilosamente, saliera un soldado de la guarnición. Una vez frente a él, el marqués, que había descabalgado, le habló:

—¿Dónde están los demás soldados de la guardia?

—Señor, están durmiendo en las dependencias.

El marqués le interrumpió.

—Quiero entrar. Abre la puerta.

Para entonces los tres amigos habían descabalgado y mantenían a sus monturas sujetas por los ronzales.

—Señor, es muy tarde y… —argumentó el guardián.

—¿Para qué te pago entonces?

—Don Álvaro me despedirá… —invocó el soldado.

Don Rodrigo se le acercó y traicioneramente, le clavó una daga en el costado que lo dejó sin habla y sin respiración.

—Yo sí te echaré, pero de este mundo.

El soldado se desplomó a sus pies, herido de muerte, sin emitir un solo quejido.

—Ya podemos pasar —se dirigió sonriente a sus compañeros.

—¿Cuántos soldados?—preguntó don Sancho.

—Unos seis o siete, pero no hay de qué preocuparse; duermen.

Los intrusos entraron al castillo como serpientes, deslizándose en la noche, hasta el barracón dónde los guardias dormían. Aprovechando su indefensión los degollaron, uno a uno, sin darles tiempo a reaccionar. Luego cerraron con llave dejando oculto aquel rastro de muerte. Expedito el camino, se dirigieron hacia las partes nobles del castillo. Subieron por la ancha escalera de piedra y se presentaron junto al estanque. El silencio que ambientaba el lugar era sepulcral. Los gruesos muros de piedra ahogaban todo sonido. Don Rodrigo apenas podía contener su excitación al sentir a doña Begoña tan cerca

y tan sola. Se llevó un dedo a los labios y se detuvo. Los otros dos le imitaron. Salía luz por la rendija de la puerta que había al final del pasillo. Allí había alguien. Los tres se acercaron y se pararon junto a la puerta. Desde dentro les llegó el sonido de risas juveniles. Los tres amigos se alegraron prometiéndoselas muy felices. Don Rodrigo tomó el pomo, lo hizo girar suavemente y luego abrió la puerta de una patada. Las risas se convirtieron en gritos de horror. Una escena doméstica llenó los ojos de los hombres que cruzaron el umbral de la puerta. Esther, acostada, departía con su doncella, que permanecía sentada en el borde de la cama. Ambas que, vestían sendos camisones de hilo, tenían la vista clavada en don Rodrigo y los labios abiertos por la sorpresa. Los tres las miraban disfrutando con sus caras de terror. Al cabo de un instante, Esther se recuperó y se levantó rauda de la cama.

—¿Qué hacen aquí? —gritó histérica.

—Visita de cortesía —le contestó el marqués con guasa.

Al escuchar las palabras del marqués la muchacha presagió que nada bueno iba a suceder. Una palidez cadavérica invadió el rostro de Esther al tiempo que un sudor frío inundaba su cuerpo. Con gran esfuerzo tragó saliva y amenazó:

—Avisaré a la guardia.

—No creo que puedan auxiliaros.

—¿Qué habéis hecho?

Una sonora carcajada recorrió la alcoba.

—¿Dónde están?

Otra carcajada fue la respuesta.

—Hablad —exigió ella.

Esther miró a don Rodrigo. Estaba asustada y confusa, aunque su actitud era desafiante.

—Centrémonos en nosotros —apuntó el marqués.

Don Rodrigo se acercó a Inés y la rodeó con su poderoso brazo izquierdo. Con la mano derecha le cogió un pecho y lo palpó. Ella intentó zafarse de su presión, pero se esforzó en vano.

—¿Estas son la tetas que le gustan al jardinero?

—¡Por favor, suélteme!

Volvió a presionarle los pechos, esta vez por dentro del camisón.

—¡Hum! Con razón el cabrón te visita tan a menudo.

Los tres volvieron a reír sonoramente.

—¡Suéltala! —gritó Esther, harta del juego.

De improviso el marqués la lanzó violentamente hacia sus dos compinches. La doncella fue a parar al suelo, a los pies de don Pedro.

—Mira qué palomita ha caído por aquí —dijo mirando a don

Sancho—. Tendremos que desplumarla.

—¡Dejadla en paz! —insistió Esther.

Después de otra risotada el noble se agachó, la alzó y cuando la muchacha estaba ya de pie, le dio tal tirón del camisón que lo rasgó en dos. Antes de quedarse desnuda, Inés se cubrió con uno de los dos trozos.

Inmediatamente las dos muchachas barruntaron lo qué estaba a punto de suceder. No era muy difícil suponer las pretensiones de tres hombres pendencieros y borrachos en una habitación con dos mujeres indefensas.

Mientras los dos amigos jugaban con Inés, don Rodrigo se acercó a Esther, la miró y se excitó al saber el poder que ejercía sobre ella, que le observaba medrosa. En su inconsciente anidaba el ridículo que le infirió el día del mercado. Entonces el marqués alargó su mano hacia la entrepierna de ella y palpó el áspero triángulo de vello que ocultaba el camisón. Esther retrocedió al sentir la mano y estiró su pierna que impactó en el bajo vientre del marqués acusando el golpe. La respuesta no se hizo esperar. Don Rodrigo lanzó su brazo con la mano abierta contra la mejilla de la mujer. Ella dio un grito al tiempo que caía sobre la butaca en donde días antes, había acariciado al jardinero. Un hilillo de sangre corrió por la comisura de sus labios. El marqués se acercó, con un dedo le limpió la sangre y luego se lo llevó a la boca. Lo chupó con sensualidad hasta dejarlo completamente limpio. La vista la mantenía fija en Esther, que le miraba asqueada y con desprecio.

Los gritos de la doncella le obligaron a desviar la mirada. Los dos amigos intentaban abatirla. Ella se resistía como una fiera acorralada. Por fin, la derribaron y don Pedro se arrodilló en el suelo tratando de separarle las piernas, mientras don Sancho le sujetaba los brazos. Se bajó las calzas y la cabalgó, pero Inés se zafaba y no podía penetrarla. Tanto lo irritó que la golpeó con el puño en la cara. Como consecuencia su mejilla empezó a adquirir un tono morado. Ella gritó y tan pronto como él intentó penetrarla empezó de nuevo a resistirse.

Esther, encolerizada, se levantó para defender a su doncella cuando don Rodrigo la empujó contra la cama. Se la había imaginado tantas y tantas noches en su alcoba, desnuda, con sus pequeños pechos sonrosados erizados por el tacto de su mano, que no cabía en sí de gozo. Le gustaba que presentara batalla, así cuando yaciera con ella sería un trofeo mucho más digno de un gran cazador. Una gran pieza. Doña Begoña. La esposa de don Íñigo.

—Mi marido os hará pagar todo lo que hagáis.

Otra gran risotada del marqués hizo volver la cabeza a don Pedro,

que se apremiaba a terminar su faena dentro de la joven doncella que, exhausta, había remitido en su lucha y se había abandonado a su suerte.

—¿Tu marido?

—Sí, don Íñigo te lo hará pagar.

—Tu marido es un eunuco, un pelele de los Vélez.

Dicho esto, don Rodrigo se recostó junto a ella, quien suponiendo la intención del marqués, quiso escapar por el otro lado de la cama, pero él la asió con violencia e intentó besarla en la boca. Ella se revolvió, pero la mayor fuerza del hombre la obligó a permanecer acostada. El olor tibio de aquel cuerpo hermoso, denso y cálido le excitaba enormemente y de improviso deseó refugiarse en aquella carne. El marqués la montó, manifestándole así su victoria. En modo alguno podía desasirse de él. Su excesivo peso la inmovilizaba. Esther se sintió cansada y no podía respirar. Fue entonces cuando él le subió el camisón y le acarició la suave piel de la parte interior de los muslos. Eran sedosos como ninguno de los que recordaba. Con una sola mano sujetó las de la muchacha; la otra la introdujo por la entrepierna de Esther. Acarició el pelo recio y rizado que ocultaba unos labios carnosos y excitantes. Se hizo camino a través de ellos introduciendo dos dedos que hicieron que Esther gritara al sentirse miserablemente invadida. En las calzas del marqués notó el abultado resultado de su lujuriosa batalla. Aún así, tuvo valor para desviar la mirada hacia su doncella que permanecía tumbada en el suelo y ahora era don Sancho el que cabalgaba furioso encima de ella. El alcohol ingerido le impedía terminar su disfrute y lanzaba insultos y maldiciones ante la algazara de su compañero.

Don Rodrigo, a punto de reventar de placer y excitación, se disponía a penetrar a la dueña del castillo, que, tensa y con los ojos cerrados, también se había abandonado ante el empuje y la crueldad de su verdugo cuando, inesperada y afortunadamente, la puerta se abrió lentamente.

Por ella apareció una cabeza que, tímida, exploró la alcoba a la tenue luz del hogar. Al percatarse de la novedad, don Sancho se acercó sigiloso, tiró del pomo de la puerta y la abrió impetuosamente. Un hombre en camisón fue entrado a trompicones.

—¡Don Álvaro! —pronunciaron quienes le conocían.

Él, con aspecto somnoliento y restregándose los ojos, preguntó:

—¿Qué ocurre aquí?

—Nada que te incumba —manifestó don Rodrigo bajándose de la cama, dispuesto a terminar con tan incómoda e inoportuna visita.

—¿Qué hacen sus mercedes? —insistió el secretario.

Otra gran risotada inundó la alcoba. Lo que hacían era una evidencia.

—¡Don Álvaro, avise a la guardia! —dijo Esther con voz trémula.

Antes de que el secretario se diera la vuelta para escapar, don Sancho cerró la puerta de un portazo.

—¡De aquí no sale ni Dios! —amenazó el intruso.

En el rostro del secretario se dibujó una expresión de terror cuando tomó consciencia de la realidad que allí estaba ocurriendo. En el suelo aparecía Inés desnuda, sudorosa y con el pómulo hinchado. Las guedejas de pelo adheridas a su frente le impedían ver lo que acontecía, aunque poco le importaba después de haber sido violada por dos hombres.

—¡Dios mío! —balbució el secretario con el corazón encogido y amenazó—: ¡Esto lo van a pagar!

No había terminado el secretario de pronunciar la frase cuando don Rodrigo, recién alzado del lecho conyugal donde yacía Esther con las ropas subidas y la boca ensangrentada, se acercó a don Álvaro.

El secretario, asustado, retrocedió hasta que la pared detuvo su retirada. Don Rodrigo lo agarró del camisón y lo zarandeó con furia profiriendo insultos y menospreciando a su persona y a su hombría. A continuación, el puño del marqués impactó en el rostro de don Álvaro, con tal violencia, que el secretario cayó fulminado contra la puerta.

—Lleváoslo fuera —ordenó a sus compinches.

Con el rostro manchado de sangre, que le manaba profusamente por las narices, y en un profundo estado de inconsciencia, don Álvaro fue arrastrado y arrojado como un fardo junto al estanque.

XXXII. La misiva

La nave *Campania* se hizo a la mar. Lentamente fue desplegando sus velas y la suave brisa la empujó lejos del puerto de Ostia y de la costa romana. Era un precioso amanecer de verano. El buen tiempo propiciaba las relaciones comerciales por mar y ese día eran varias las naves que zarpaban a tan temprana hora. Sus destinos: los diferentes puertos que jalonaban la costa mediterránea.

La nave transportaba tejidos, perfumes y sedas del lejano oriente para los reinos hispanos de Castilla, Valencia y Aragón donde tan delicadas mercancías eran muy apreciadas por la nobleza. En ella viajaban ocho tripulantes y seis viajeros: dos clérigos, una madre con su hija y Ehud con el capitán.

Afortunadamente para los pasajeros, poco acostumbrados a los envites de la mar, la navegación era tranquila. Suaves brisas empujaban de popa a la nave cuyas velas se henchían y parecían enormes globos. El mar azul relajaba la visión y los pensamientos. Ehud consumía horas y horas apoyado en la borda mirando el mar. Desde el día en que el capitán le anunció que tenía los pasajes para volver a Murcia había pensando en el regreso y en Esther.

El rostro de Ehud se asemejaba a un mapa. A veces pensaba qué le iba a contar a Esther cuando apreciara en su cara las huellas de las peripecias vividas en la ciudad eterna. Cicatrices tan indelebles en su rostro como en su alma. Por fuerza tendría que mentirle para no alarmarla, pensó.

Salvado el duelo, Ehud y el capitán habían pasado los días previos a embarcar en la finca de Benedetta. Ambos se habían recuperado física y emocionalmente de los últimos y terribles acontecimientos sufridos en tierras romanas. Tal y como pactaron los padrinos, Ehud no se despidió de nadie ni apareció en público desde el día del duelo para no dar pábulo a conjeturas sobre la gravedad de la herida en la contienda, según había certificado don Michelangelo. La herida de la mano no era baladí y tardó bastante en cicatrizar, a pesar de los cuidados de Benedetta.

Después de varios días de una plácida navegación, la singladura concluía. La isla *Escombraria,* que ocultaba la rada cartagenera, se hizo visible. Con aspecto imponente la nave se deslizaba sobre el intenso azul de las aguas escoltada por una legión de gaviotas. Nada más entrar al puerto recogió velas y viró hacia la derecha para atracar cerca del muelle de pescadores del barrio de santa Lucía.

Mientras los marineros aseguraban los grátiles de las velas a la

verga y arranchaban los aparejos de cubierta, Ehud y el capitán desembarcaron dando gracias a Dios por haberlos traído de vuelta, sanos y salvos. Una vez en tierra se dirigieron hacia los establos donde habían quedado confinadas las monturas el día del embarque. Los caballos, aunque más delgados que de costumbre, se encontraban en buen estado y relincharon al reconocer las voces de sus dueños. Rozando la hora sexta partían por la calzada principal hacia la capital del reino.

Una ilusión subyugaba la mente de Ehud: reunirse con su amada. Durante el trayecto tuvo tiempo de reflexionar sobre todo lo acontecido en Roma e internamente sacaba sus conclusiones. El capitán sabía a ciencia cierta qué asuntos preocupaban a su señor. Cabalgaba unos pasos en pos de él y lo observaba silencioso y meditabundo, lo cual no constituía novedad alguna: durante todo el viaje se había mostrado de semejante guisa. Era la primera vez que Ehud había salido de viaje, poseía dinero y había disfrutado a sus anchas, pero la conciencia lo martirizaba. Había probado frutos prohibidos. Lo más importante y más doliente: haber sido infiel a Esther. ¿Cómo iba a vivir ahora a su lado? ¿Sería capaz de contarle lo sucedido? ¿De yacer amorosamente con ella? Tres preguntas que golpeaban constantemente su mente.

Al llegar a lo más alto de la serranía de Carrascoy observaron cómo el sol, acicalado como una enorme calabaza, se ocultaba en el horizonte enrojeciendo todo el cielo que cubría el valle del río Segura. Desde allí comprobaron cómo Murcia seguía creciendo. Hacía tiempo que había desbordado sus límites primitivos y los suburbios se multiplicaban con celeridad. Desde el mismo centro de la ciudad se elevaba majestuosa la catedral con su minarete desde el que se oían tañer las campanas anunciando completas.

La benigna temperatura diurna, compañera perenne durante el viaje, iba refrescando, aún más cuando el sol declinó del todo. Evitaron pasar por el centro de la urbe y la rodearon atravesando los arrabales para, finalmente, tomar la calzada del este, que les llevaría hasta el castillejo.

Cuando enfilaron el camino de Monteagudo era ya de noche. Cabalgaban despacio, cansados, con unas enormes ganas de aliviar sus estómagos y de descansar en un confortable lecho. Poco a poco, la silueta de la fortaleza se iba conformando a lo lejos, aunque los dos viajeros creyeron observar algo extraño.

—O es la calima o hace mucho tiempo que no observamos el castillejo desde la lejanía, mi señor. Lo recuerdo más iluminado —opinó el capitán.

—Tienes razón. Parte del castillo permanece en penumbra.

El capitán soltó una carcajada antes de contestar:

—Don Álvaro ha olvidado que las murallas del castillo también merecen sus atenciones…

Ehud le dio la razón.

—A buen seguro que ha descuidado sus labores como gobernador en general y se ha dedicado por entero a lo suyo; a la administración.

A solo una legua de distancia terminaron por confirmar sus temores: el castillo estaba parcialmente iluminado. Eso quería decir que durante su ausencia se había descuidado el mantenimiento, circunstancia que en modo alguno agradó a Ehud. Cuando quedaban escasos pies para llegar a la puerta de entrada, Ehud cavilaba con el rapapolvo que le iba a dedicar a su secretario, mientras el capitán apreciaba que en el torreón no se divisaba ningún soldado de guardia, lo cual le alarmó.

Aquello pasaba de ser una simple falta del secretario a convertirse en algo extraño y muy serio. La guardia del castillejo de Monteagudo campaba a sus anchas en su ausencia, o —peor— la fortaleza podía haber sido asaltada.

—¡Mi señor! —le llamó con voz queda.

Ehud detuvo su caballo y miró hacia atrás.

—¿Qué ocurre?

—Descabalgue y ocultémonos entre esos matorrales.

Ehud, dada la intriga con la que el capitán había pronunciado sus palabras, le obedeció sin rechistar. Una vez junto al capitán, que no quitaba ojo al torreón ni a la puerta, insistió.

—Capitán, ¿qué sucede?

—Mi señor, no hay soldado de guardia en la torre.

—Estará durmiendo sabiendo que tú no le vigilas —dijo Ehud con chanza.

—No. Es muy raro. Medio castillo está en penumbra y no hay guardia en la puerta… Aguarde aquí mientras hago averiguaciones.

El capitán, ocultándose entre los acebuchales y aprovechando que la mayoría de las antorchas estaban apagadas, se aproximó hasta la muralla que conformaba uno de los torreones de la entrada. Desde allí y pegado al muro alcanzó la puerta. Estaba cerrada y al apoyar su oído en ella no oyó ningún sonido proveniente del interior. Todo estaba en silencio. En un preocupante silencio.

—¡Por todos los demonios! ¿Qué habrá pasado? —se dijo para sí.

Al desviar la mirada hacia donde se ocultaba su señor observó que, a unos pasos de la muralla, frente al portón, había un bulto en el suelo. Aunque no distinguía qué podía ser, con cautela se fue hasta él.

Su sorpresa no fue pequeña cuando descubrió que el bulto era un hombre y que además vestía el uniforme de su guardia. Al darle la vuelta al cadáver se sorprendió.

—¡Mierda! ¡Es Juan Mendoza!

Parapetado detrás de los arbustos, Ehud le oyó farfullar sin entender qué decía. Al poco, el capitán le bisbiseó:

—Es un soldado de los nuestros. Tiene una puñalada en el costado.

Ehud salió de su escondrijo y se personó junto al capitán.

—¿Está muerto?

—Sí.

—¿Cuándo lo han matado?

—Me cuesta decirlo por lo que significa, pero lleva muerto varios días…

Para Ehud aquello fue como si le hubieran azuzado con un hierro candente por el trasero. «Si lo mataron hace tiempo, es que el castillo está sin gobierno desde entonces, puesto que nadie ha dado la voz de alarma, ni retirado el cadáver», dedujo lógicamente.

—¿Qué puede haber ocurrido, capitán?

—Mi señor, esto no me gusta nada. Aquí ha ocurrido algo grave que hemos de averiguar.

Entonces, Ehud enumeró todo lo acontecido y sus posibles consecuencias para poder deducir alguna conclusión que diera luz al enigma:

—El castillo está en penumbra. Un guardia muerto. No hay soldados en las murallas y la puerta está cerrada. ¿Han atacado la fortaleza? ¿Pero quién? ¿Están dentro los usurpadores? ¿Qué ha sido de Esther, de don Álvaro, de los soldados y de todos los sirvientes?

Volvieron a parapetarse detrás de los arbustos para sentirse seguros y lejos del alcance de alguna ballesta que pudiera aparecer por lo alto del torreón. Estuvieron pensativos durante unos instantes proyectando hallar alguna salida al grave asunto, hasta que Ehud propuso una estrategia:

—Podemos bajar al pueblo, buscar ayuda y conseguir escalas o cuerdas para trepar por las murallas y…

Pero el capitán, más acostumbrado a elaborar planes de ataque, le interrumpió para rectificarlo:

—Mi señor, debemos actuar con cautela y por sorpresa. Si los asaltantes están dentro del castillo tendrán rehenes y esperarán que ataquemos la fortaleza por la puerta principal.

—¿Por cuál puerta si no? —se dijo Ehud.

Se quedaron mudos, como hipnotizados, reflexionando la respuesta que acababa de dar Ehud que, lejos de parecer una estupidez, era una

solución.

—¡La de los templarios! —exclamaron al unísono.

—Perfecto, capitán. Podemos acceder al castillo por la tumba y llegar hasta los aposentos.

—Una vez allí investigaremos lo ocurrido, mi señor.

Con el rostro adusto, Ehud aprovechó para amenazar:

—Si le ha sucedido algo a Esther, sea quien sea, lo pagará con creces.

Dejaron los caballos atados a un árbol y saltaron la tapia del camposanto después de asegurarse de que nadie era testigo de su acción. Era una noche oscura. La luna, envuelta en un halo nebuloso, apenas dejaba vislumbrar el níveo color de las lápidas. Con dificultad lograron aproximarse al enterramiento que era su objetivo: el panteón de Armando de Mont-Agut.

Una vez encontrado el mausoleo, el capitán a tientas dirigió su única mano hacia el mango de la espada y lo manipuló. Ciertamente que de noche, en un camposanto, un ruido de roce de lápidas, era sobrecogedor. Con lentitud, la losa cedió hasta que se abrió en su totalidad. Ehud saltó dentro y trató de encontrar un hachón para iluminar el pasadizo. Con previsión, en su última visita Ehud había dejado una lamparilla de aceite y pudo prender la antorcha. También se procuró una escalera de madera, para poder salir de la tumba. Después de que el capitán bajara por la escala, accionaron el mecanismo para cerrar la sepultura, y lo hizo de la misma forma en que se había abierto.

Con cautela iniciaron su andadura por el pasadizo hacia abajo. El tufo a humedad era considerable y ofendía las narices. Reblandecida por las últimas lluvias del invierno, la tierra del suelo se pegaba a los escarpines y hacía que el andar fuera penoso. Al llegar a la sala circular no percibieron señal alguna de luz en ninguno de los otros túneles, ni voces ni ruidos, solo el insistente rumor de las aguas discurriendo por el caudal subterráneo rompía el incómodo silencio.

—Ninguna novedad, mi señor —confirmó el capitán.

—Sigamos subiendo —ordenó el dueño de la fortaleza.

Cuando habían iniciado la ascensión de la larga escalera que llegaba hasta los aposentos se escuchó un roce metálico que recorrió todo el sótano. No fue la intensidad del ruido, sino lo que podría significar lo que les alertó. Un escalofrío recorrió sus cuerpos e hizo que se pararan en seco y aguzaran los oídos.

Con la garganta más seca que una gavilla de esparto, Ehud musitó:

—¿Ha oído eso?

—Un ruido como de cadenas —especificó el capitán.

Por unos instantes, ambos se sumieron en un reflexivo silencio, por si se volvía a escuchar el tétrico tintineo, hasta que por fin el capitán lo rompió:

—Quizá haya sido una rata. Por aquí pululan a centenares.

—Será lo más probable.

No había terminado Ehud de hablar cuando el ruido metálico le interrumpió.

—¡Caramba! ¿Por dónde cree su merced que ha sonado?

—Desde luego ha sido por allí —aseguró el capitán señalando con el brazo que sujetaba la antorcha.

—¿Está seguro?

—Sí, mi señor. Creo que es por el pasadizo marcado con el triángulo invertido.

—Pues vayamos entonces y salgamos de dudas.

Volvieron sobre sus pasos y se introdujeron por el pasadizo señalado. Ehud había desenvainado su espada, la misma con la que se había batido en duelo contra don Ponciano. No le importaría ensartar en ella a una maldita rata que los estaba sacando de quicio. Además, caminar por aquella mazmorra le devolvió a su penoso calvario de Roma cuando se despertó aterido en aquel apestoso calabozo.

Amagados y con la tea levantada siguieron las sinuosidades del pasadizo hasta llegar al primer calabozo. Cuando el resplandor barrió el interior de la celda, Ehud dio un grito ahogado por el miedo. Retrocedió apresuradamente chocando contra el capitán, que a punto estuvo de tirar la antorcha. Con la respiración agitada y pegado al muro de piedra miraba sorprendido al capitán, que no entendía lo ocurrido. «¿Quizá mi señor ha tenido un ataque de pánico?», pensó el soldado. Pero aquello iba más allá. Ehud le miraba aterrado y tenía los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Qué le ocurre, mi señor?

Ehud jadeaba penosamente. Sin duda había visto algo que le había hecho saltar el corazón.

—¡Ahí hay alguien, capitán!

—Un esqueleto.

Bastante excitado, Ehud insistió:

—No, capitán. Alguien de carne y hueso.

El soldado miró a su señor como si acabara de ver un fantasma. «A buen seguro mi señor ha perdido la razón», pensó al momento.

—Mi señor, ¿se encuentra bien?

Ehud obvió la pregunta y ordenó a su capitán que se adelantara y que iluminara la celda.

Don Diego obedeció y tendió el hachón hacia la celda. Un escarpín

fue lo primero que se iluminó. El capitán se detuvo y comprobó que lo asegurado por su señor era cierto. No había duda, aquello era un pie enfundado en un escarpín. Luego siguió avanzando hasta descubrir la pierna y el cuerpo de un hombre. Ocupaba exactamente la misma posición que el esqueleto del templario avistado el primer día. Aterrado por el hallazgo siguió iluminando todo el interior de la mazmorra hasta terminar por alumbrar el cuerpo entero del atormentado.

—¡¡Don Álvaro!! —exclamaron al unísono.

Por fortuna, la celda no estaba cerrada con llave y se precipitaron al interior. Don Álvaro se encontraba sentado contra la pared. El brazo izquierdo sujeto por una argolla a la cadena que pendía del muro. Al iluminarle la cara comprobaron que una tremenda hinchazón le ocupaba el rostro y estaba sin sentido. Al escuchar cierto movimiento en torno suyo, el secretario movió la mano enfundada en el manguito de hierro, lo que provocó el roce de la cadena contra el muro. Precisamente el ruido que habían oído antes por dos veces. Ambos se arrodillaron junto al preso.

—Don Álvaro, ¿me oye? —preguntó Ehud.

El capitán, viendo que no reaccionaba, le aconsejó:

—Mi señor, necesita agua.

Ehud puso en la boca de su secretario el pequeño odre, que había llevado colgado de su hombro durante todo el viaje, y derramó un poco de agua. La reacción del cautivo no se hizo esperar al notar el frescor discurriendo por su garganta. Se atragantó levemente, tosió y abrió los ojos.

—¡Don Álvaro! —.

Pero el secretario tenía los ojos perdidos y la mirada desvaída. Apenas prestó atención. No obstante, sus libertadores le insistieron. Ellos más que nadie sabían de mazmorras, sobre todo el capitán:

—¡Vamos, don Álvaro!

Mientras que el capitán insistía en llamar su atención para que recobrara el conocimiento, Ehud, sin éxito, trataba de soltarle la mano de la abrazadera, atravesada por un sólido perno.

—Es imposible, capitán.

Al momento, el soldado examinó la cadena y dio su veredicto.

—Está muy oxidada. Será fácil romperla.

—¿Cómo?

—Con la espada, mi señor. Apartaos.

El capitán desenvainó su espada y se separó lo justo para poder enarbolar su arma. Muy lentamente hizo una comprobación para determinar el sitio exacto donde iba a asestar el golpe. Luego la elevó

por encima de su cabeza y descargó un tremendo golpe sobre la cadena. El impacto fue colosal y el eco metálico, multiplicándose, recorrió todos los calabozos de aquella mazmorra. El eslabón salió disparado como un virote de ballesta, quedando la cadena partida en dos y el brazo del secretario libre de tan angustioso tormento. El ruido del impacto también sirvió para que don Álvaro abriera de nuevo los ojos, momento aprovechado por Ehud para intentar volverle en sí.

—Vamos, don Álvaro, beba un poco de agua.

El secretario empezó a reaccionar. Después, Ehud lo cubrió con su capa para protegerlo de la humedad y le dio nuevamente de beber, lo que facilitó que pronunciara alguna palabra ininteligible. Pero el amo de la fortaleza, azorado por saber, insistía una y otra vez para que don Álvaro volviera en sí. Incluso le llegó a zarandear para obligarlo a despertarse y que resolviera sus dudas.

—Don Álvaro. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está doña Begoña?

Por fin, el secretario intentó hablar aunque su dicción era confusa y discontinua. Para oírle mejor, Ehud acercó el oído a su boca.

—Se… Señor… No he… No he podido… hacer nada.

—¡Por Dios, don Álvaro! ¿Qué ha sucedido?

El lamento del secretario era evidente a pesar de su estado de semiinconsciencia.

—No he podido, señor. No he podido.

—¿No has podido? ¿Qué no has podido? ¡Contéstame!

La voz seca y dura del capitán le interrumpió y le volvió a la realidad. Don Álvaro no estaba en condiciones de responder a sus preguntas.

—Mi señor, debemos sacarle de aquí o pronto morirá.

—¿Cuánto tiempo llevará encerrado?

—Unos diez días —calculó el capitán.

—¿Diez días sin comer ni beber?

El capitán insistió:

—Si no lo sacamos de aquí, morirá.

—¿Quién ha podido concebir tal cosa?—se preguntó el noble.

El rostro del fiel capitán se transfiguró y apretó los labios hasta hacerse sangre a la vez que se juramentaba:

—¡No lo sé, mi señor, pero lo averiguaremos muy pronto y juro que lo pagarán!

Después de la mala noticia, Ehud se debatió entre dos ideas que ocupaban su mente. Una, sacar a su secretario de aquella mazmorra y procurarle ayuda o moriría en cuestión de horas; otra, seguir investigando el paradero de Esther que con toda certeza también se encontraría en dificultades y posiblemente herida. Al final, Ehud se

decidió:

—Capitán, pongamos a don Álvaro a salvo. Llevémoslo al pueblo.

El traslado del secretario por el túnel y elevarlo al exterior del enterramiento fue harto laborioso. Una vez fuera del cementerio lo subieron al caballo del capitán. Los cascos de dos enormes caballos de guerra golpeando las solitarias calles del pequeño pueblo llamaron la atención de los aldeanos, que se asomaban temerosos por los resquicios de las ventanas para averiguar quién demonios se atrevía a quebrantar sus sueños a esas horas de la noche. Con evidente precipitación lo condujeron a casa de Fuensanta, una viuda que trabajaba en la cocina del castillejo.

—¡Abrid la puerta!

Al golpear con tanto apremio y escuchar la voz del amo del castillo, la viuda se temió lo peor. Con recato y muy asustada asomó la cabeza ceñida por un pañuelo negro.

—¡Abre, mujer! —la animó el capitán.

Al advertir que trasladaban a un herido, la dueña se sobrepuso del susto y abrió la puerta de par en par. Luego se apartó hacia un lado para permitir la entrada del capitán, que soportaba el peso del secretario.

—Necesita cuidado urgente —alegó Ehud.

La mujer entró en el tabuco y despejó de cachivaches un viejo jergón que había al lado del hogar en donde crepitaba un pequeño fuego. El capitán acostó allí al secretario y lo arropó con varias mantas. Prontamente, la mujer preparó un caldo caliente para reanimar al enfermo. Después de incorporarlo sobre unos almohadones y administrarle el alimento, la dueña, evidentemente temerosa, susurró:

—¿Qué le ha ocurrido a don Álvaro?

—No lo sabemos —expuso Ehud desdeñoso. Luego añadió —: Lo encontramos medio muerto en la mazmorra. Debe de llevar varios días sin comer ni beber.

—¡Santo Cielo!

—Debes alimentarle hasta que se recupere totalmente —ordenó Ehud.

—Así será, mi señor.

—Te pagaré por ello.

Ehud abrió su bolsa y derramó sobre la mesa varias monedas. El tintineo llevó a la mujer a volver la cara. Entonces el capitán aprovechó la coyuntura para interrogar a la sirvienta.

—¿Qué ha ocurrido en el castillo?

—No lo sabemos. Todos estamos muy asustados —aclaró la mujer

con lágrimas en los ojos—. Hace una semana apareció un soldado muerto y la puerta, desde entonces, permanece cerrada. No sabemos nada de lo ocurrido en el interior.

—¿Sabes qué le aconteció a doña Begoña? —preguntó el amo del castillo.

—No, mi señor.

Ehud, no creyendo todo lo relatado por la mujer, amenazó:

—Si me ocultas algo…

Llorando, Fuensanta se arrodilló a los pies del amo haciéndose innumerables señales de la cruz sobre el pecho.

—Le juro, por mi difunto Eufemiano, que no lo sé, mi señor.

—¿El castillo está habitado?

—Lo ignoro, mi señor.

—¿Habéis visto entrar o salir a alguien?

—Desde ese día, nadie se ha acercado a la puerta, mi señor.

Luego, Ehud la amenazó para que quedara bien claro que sus intenciones eran ir a por todas.

—Si me traicionas…

—Juro a vuestras mercedes que siempre fui bien nacida y discreta…

Las preguntas se acumulaban en la mente de Ehud y necesitaba una respuesta inmediata. ¿Qué hacían ahora? ¿Seguían investigando en el castillejo? ¿Lo atacaban? ¿Podrían conseguir que alguien les diera una explicación en la capital? ¿El padre Mateo sería conocedor de lo ocurrido?

Ehud temía que si se equivocaba al actuar pudiera poner en peligro la vida de Esther, si aún seguía viva. Enseguida recordó las palabras del capitán y dedujo que tenía razón: debían actuar con cautela. De todas las soluciones posibles los dos optaron por viajar a Murcia para hablar con el vicario Mateo. Estaban seguros de que él sería conocedor de lo sucedido en el castillejo. Sin más dilación dejaron a don Álvaro al cuidado de Fuensanta y subieron de nuevo a sus monturas para tomar el camino hacia la capital. Allí esperaban sacar alguna conclusión de lo acontecido en el castillejo.

Antes de espolear a su caballo, Ehud le advirtió:

—Mujer, nadie debe saber a quién hospedas.

—Descuide, mi señor.

Mientras que los cascos de los caballos volvían a quebrar el silencio nocturno del pueblo, Fuensanta cerró la puerta y aseguró las ventanas con postigos de madera para impedir que los enemigos de don Íñigo advirtieran que amparaba al secretario del señor del castillejo.

Llegaron a la ciudad poco antes de que las campanas tocaran a

maitines. La oscuridad era absoluta en la plaza de la catedral. Solo algunas teas ardían, trémulas, colgadas en las esquinas. Los dos jinetes desmontaron y aporrearon la puerta de acceso a la sacristía hasta que el acólito, portando una lamparilla en su mano, la abrió soñoliento y en camisón.

—¿Quién vive? —preguntó elevando el candil.

—Cristianos piadosos —contestó el capitán.

—¿Qué desean sus mercedes a estas horas? —dijo con evidente malhumor.

—Debemos hablar con el vicario Mateo a la mayor brevedad —expuso Ehud.

—El vicario descansa.

Sin otra explicación, el sacristán intentó cerrar la puerta, pero el capitán, hábil de reflejos, se lo impidió con el brazo del muñón.

—Es un asunto grave —dijo.

El acólito rehuyó la respuesta del capitán.

—Pueden esperar a mañana.

A Ehud no le quedó más remedio que amenazarle.

—O sale el vicario Mateo o entramos nosotros a buscarle.

En vista de que los visitantes no cejaban en sus pretensiones y la situación se tornaba violenta, al acólito no le quedó más remedio que ceder y preguntar:

—¿Quién desea verlo?

—Don Íñigo de Aransay —repuso el capitán.

El sacristán entornó la puerta y desapareció mascullando palabras ininteligibles. La sombra que proyectaba, alargada en un principio, fue desapareciendo conforme el acólito se internaba en la sacristía. Al cabo de unos instantes el resplandor fue de nuevo evidente y la imagen del sacristán reapareció en la puerta con un escueto mensaje:

—Pasen.

Precedidos por el sacristán, los dos hombres pisaron el suelo de la catedral lleno de paja y de excrementos de palomas. El hedor era considerable al permanecer el templo cerrado desde la tarde anterior. El vicario Mateo, vestido con sotana, les recibió en la puerta de su despacho.

—¡Don Íñigo! ¡Qué sorpresa! Le hacía en Roma.

—Ya ve, vicario, las cosas nunca salen como se planean.

—Y que lo diga…

Ehud, no obstante, quiso suavizar el momento con una disculpa:

—Perdone la descortesía de acudir sin demandar cita con anterioridad, pero el asunto no es baladí.

Después de sentarse y de invitar a sus contertulios a que lo

imitaran, el vicario formuló su primera pregunta acompañada de un rostro de falso interés. Sabía que si le ocurría algo a su eminencia, que lo imposibilitara para ejercer su episcopado, él, posiblemente, sería el designado para sucederle y eso era lo único que el vicario anhelaba: el poder.

—¿Le ha ocurrido alguna desgracia a su eminencia?

—¡Oh, no! He regresado por cuestiones de negocios —mintió Ehud.

—Ya, entiendo.

El vicario respondió de forma harto sospechosa. Ambos sabían que mentían. De súbito, la tensión se palpó en el aire y se produjo un instante de silencio, interrumpido por una nueva pregunta del eclesiástico.

—Bueno, ¿y a qué debo su temprana visita?

—Un asunto grave.

—¿Tan grave para debatirlo a estas horas?

—Lo es.

—¿Una confesión?

—No.

—Pues entonces, hágame partícipe de él.

Luego de un profundo suspiro, Ehud contestó:

—Durante mi ausencia ha ocurrido algo grave en el castillejo…

—¿Y?

—No sabemos qué ha podido suceder. ¿Su merced es conocedor de ello?

—¿Por qué he de saber?

Ehud no pudo reprimirse:

—Siempre presume de estar al tanto de lo que ocurre en su diócesis.

Maliciosamente, el vicario Mateo sonrió.

—Cierto.

—¿Entonces?

—Algo cuenta la gente —repuso como restando importancia.

Ehud empezaba a cansarse del juego del ratón y el gato que había iniciado el vicario; en su fuero interno sintió que le faltaba muy poco para explotar. No obstante, se contuvo y preguntó:

—¿Y qué cuentan?

El vicario adoptó un aire condescendiente, como si les estuviera haciendo un favor al relatarle lo que murmuraba la muchedumbre.

—La puerta está cerrada, los proveedores no pueden entrar al castillo y al parecer hay un soldado muerto en la puerta.

Lo que acababa de contarle quien era tenido por el hombre mejor informado de la diócesis no añadía nada nuevo. O también cabía la

probabilidad de que no quisiera informarle de lo que en realidad estaba pasando.

—Eso ya lo sabemos, vicario —afirmó Ehud con cara de pocos amigos—. Lo que su merced acaba de relatar son las consecuencias de algo y es ese algo lo que quiero saber.

El vicario Mateo tenía el rostro liso y tenso y sus ojos miraban nerviosos aquí y allá, una actitud que resultaba del todo anormal. De pronto, Ehud advirtió que la preocupación que inquietaba al vicario era un escrito que estaba encima de un montón de documentos en una esquina de la mesa. El eclesiástico también cayó en la cuenta de que Ehud era conocedor de su interés por ese documento y, disimuladamente, lo apartó y lo ocultó en un cajón.

—¿Malas noticias?—inquirió Ehud, perverso.

El vicario se sorprendió por la pregunta y casi se trastabilla al contestar.

—¡Oh! No. So… Solo es un documento concerniente a la diócesis que he de estudiar.

La respuesta del vicario no fue nada convincente y Ehud sospechó que ese documento tenía relación con lo sucedido. Debía apoderarse de él y saber cuál era su contenido.

En vista de que aquella reunión no aportaba nada y anhelando conocer el contenido de aquel documento, Ehud se despidió con la intención de volver y apoderarse del manuscrito para saber, de una vez por todas, lo acaecido en el castillejo.

—Esperemos que si su merced es conocedor de nuevas nos las traslade con la mayor brevedad.

—Cuente con ello, don Íñigo. Ahora, si me disculpan, he de asistir a maitines.

Después de cerrar con llave la puerta de su despacho, el vicario acompañó a los dos caballeros hacia la puerta de la sacristía.

Todavía no había amanecido cuando salieron a la plaza. En la mente de los dos hombres, una sola idea: recuperar el pergamino de la mesa del vicario. Estaban seguros de que en él había algo que podía aportar luz a lo sucedido. Para ello deberían aguardar hasta que las puertas del templo se abrieran al culto.

Durante el tiempo que estuvieron esperando, Ehud andaba hecho un mar de incertidumbres y perplejidades. Una y otra vez su cabeza devanaba la conversación que había mantenido con el vicario. Aclarar sus dudas requería una elevada dosis de prudencia, pues cualquier desliz que llegara a oídos de tan conspicuo personaje entrañaba un innegable peligro, por lo que debía ser astuto y comedido.

Las campanas interpretaron la hora prima, la primera llamada del

nuevo día a la oración. Simultáneamente los enormes portones tachonados de la catedral, empujados cansinamente por jóvenes diáconos, se abrieron de par en par. Una masa gris de fieles, que aguardaba en la calle y que se movía lentamente, inició su peregrinación al interior del templo; unos para rezar, otros para protegerse del fresco de la mañana y otros para mendigar a los curas una escudilla de leche y un mendrugo de pan. Amparados en la masa los dos hombres accedieron al templo. Una vez dentro, pasaron frente a la capilla de los Vélez —en donde las costosas obras estaban a punto de finalizar— y se dirigieron hacia la sacristía. Por fortuna el sacristán no estaba; ejercería su labor en alguna de las capillas adyacentes, por lo que el camino hacia el despacho del vicario estaba expedito. Abrieron la puerta, cruzaron la sacristía, y se dirigieron hacia el despacho del eclesiástico.

La puerta seguía cerrada con llave, pero eso no iba a ser un impedimento para Ehud y su capitán, quien se atrasó dos pasos y soltó la pierna contra la puerta que se abrió como una nuez. El capitán estaba acostumbrado a ello, sobre todo cuando, en sus tiempos de soldado, recibía la orden de su superior de registrar casa por casa los barrios musulmanes.

Ehud, con el corazón palpitando, se precipitó hacia el cajón de la mesa. Lo abrió y, afortunadamente, el manuscrito aún estaba allí. Lo sacó y de pie, junto a la mesa, lo leyó. Conforme pasaba la vista por los renglones, un intenso color carmesí afloró a sus mejillas y su respiración se agitó notablemente. Cuando acabó de leer, levantó la vista y miró al capitán. Sus ojos vidriosos destilaban miedo, ira, rencor, odio.

Al verle tan descompuesto, el capitán preguntó:

—¿Qué dice la misiva, mi señor?

Ehud no le contestó, pero, al cabo de unos instantes, con voz temblorosa empezó a leer:

Apreciadísimo vicario Mateo: Al recibo de la presente espero y ruego al Altísimo que su merced se encuentre bien de salud. Respecto al caso que nos ocupa, he de informarle que su merced tenía toda la razón. Las sospechas vertidas sobre don Íñigo de Aransay son ciertas, fundadas y en las que no cabe la menor duda. Todo ello merced a las indagaciones recabadas en esta santa ciudad por mis informadores desde el día en que desembarcamos. Don Íñigo profesa la religión judía de forma encubierta. Los testimonios de las prostitutas, que pagamos para que descubrieran si el sujeto estaba o no circuncidado, fueron ciertos. De lo que cabe suponer que su entorno más próximo, su mujer —doña Begoña de Arizkun— también será judía y su fiel capitán —don Diego de Rivas— quien, si no profesa la

religión judaica, habrá que juzgarlo por encubridor y cómplice en sus fechorías. No así don Álvaro de Buenafuente, su secretario, al que yo respaldo personalmente. Una vez aclarado este extremo debo recelar que don Íñigo no es quien dice ser, ya que sus nombres y rancios abolengos no les respaldan por su condición de judíos. Todo ello incita a pensar que los verdaderos don Íñigo y doña Begoña fueron vilmente asesinados por los suplantadores. Lo que pongo en su conocimiento para que informe, a la mayor brevedad, al concejo de Murcia. En la ciudad de Roma, a los veintidós días del mes de Junio del año de nuestro señor Jesucristo de mil cuatrocientos noventa y cuatro. Firmado, Pedro Fajardo, marqués de los Vélez.

Cuando Ehud terminó de leer la misiva, la voz del capitán clamó en el despacho:

—¡¡Hijo de puta!!

Ehud permanecía de pie, junto a la mesa, con la carta en la mano. Inmóvil. Trastornado por lo que acababa de leer. ¡Le habían descubierto! Su vida más reciente y su inmediato futuro se desmoronaban como una montaña de naipes. Tantas veces que había supuesto y soñado con ese triste final y ahora, por desgracia, esa carta lo certificaba. Todo había sido una trampa. Pero ¿urdida por quién?

Ehud hizo memoria y concluyó que su vida se había complicado a raíz del descubrimiento de la estancia de los templarios en la mazmorra y la posibilidad de que el grial se encontrara en los subterráneos del castillejo. A partir de ese instante le habían estado espiando cada paso que daba. El vicario Mateo había sido el instigador y el culpable de todo.

Por otro lado, el secuestro de Roma tenía su lógica —pensó Ehud—. Si le arrancaban la confesión, lejos de Murcia, nadie podría impedirles que registraran el castillejo en su ausencia y, en el caso de que encontraran el cáliz, sería el vicario Mateo el encargado de ofrecérselo a su eminencia y éste, a su vez, se lo brindara al santo Padre.

Con toda seguridad —siguió pensando Ehud— ocurrió de esa manera, aunque quedaba por saber quién había llevado a cabo el asalto al castillejo.

Pero una importante duda les asaltaba. Si esa carta la acababa de recibir el vicario o, por el contrario, ya había informado de su contenido al concejo de la ciudad. Si el vicario no había informado aún al concejo, dispondrían de algunos días para preparar su huida, de lo contrario estarían en peligro a cada paso que dieran.

—¿Cree su merced que la misiva es reciente?

—No lo sé, capitán. Aunque por la fecha puede que la tenga en su

poder desde hace varios días. Está fechada el veintidós de mayo —especificó Ehud.

Estaban en estas consideraciones cuando la voz del canónigo se oyó por el pasillo que unía el despacho con la sacristía. Como en un acto reflejo, los dos hombres se ocultaron detrás de la puerta.

—¡Dios Santo! Han forzado la puerta.

Cauteloso, el vicario asomó la cabeza y, al no ver a nadie, se dirigió, sin dilación, al cajón de la mesa. La cara del eclesiástico se fue transfigurando conforme tiraba del pomo del compartimiento y este se iba abriendo. La carta no estaba. Dio un golpe de rabia sobre el escritorio y durante unos instantes se quedó pensativo, cavilando cuál iba a ser su próximo movimiento.

—Me lo han robado, pero no conseguirán nada —murmuró—. Ahora mismo voy a informar al concejo de la llegada de don Íñigo para que lo detengan.

Se arremangó lo que pudo la sotana para que le permitiera dar pasos más amplios y se dirigió hacia la puerta. No había cruzado el umbral cuando se detuvo bruscamente, su rostro se enrojeció conforme el capitán ceñía más y más un cordón alrededor de su cuello. Para evitar en lo posible tan insoportable mengua de su garganta el vicario intentaba meter los dedos entre el cordón y el cuello, pero la poderosa fuerza del soldado, que había anudado un extremo del cordel a su muñón, se lo impedía. Un débil pataleo le indicó que el vicario daba sus últimos suspiros en esta vida. Cayó al suelo como un fardo cuando el capitán aflojó la presión.

—¿Qué hacemos? —indicó Ehud—. El sacristán nos ha visto antes.

—Da igual, mi señor, tenemos que huir de aquí. Ya lo saben todo y lo único cierto que puede suceder es que nos lleven al quemadero. Podemos ganar algún tiempo si hacemos creer que el vicario se arrojó por la ventana del minarete. De momento no se nos echarán encima.

—Está bien.

Cuidadosos de no ser sorprendidos con su macabra carga se dirigieron hacia las escaleras del minarete y con bastantes dificultades, dada la estrechez de la escalinata, consiguieron llegar hasta arriba. Una vez frente a la ventana izaron el cuerpo del desdichado vicario y cuando asomaba casi en su totalidad por el vano de la ventana, lo empujaron. Amanecía cuando el cuerpo del vicario Mateo impactaba contra el suelo de la plaza de la catedral. Los gritos de algunas devotas que salían de misa alarmaron a todo el vecindario. Ehud y el capitán bajaron silenciosos y por la puerta de la sacristía salieron a la calle, montaron en sus caballos y desaparecieron de aquel lugar.

La vuelta de los dos hombres hacia el castillo estuvo plagada de

silencios, de pensamientos temerosos, sombríos. Cabalgando con el cuerpo rígido y envarado, la mente obviamente concentrada en el suceso que acababan de vivir y los ojos fijos en el camino, Ehud parecía estar muy lejos de allí, tan lejos que el capitán comprendió instintivamente que no le oiría ni aunque gritara su nombre.

El contenido de la misiva era brutal, demoledor. Tan inhumano que a partir de ese instante había cambiado sus vidas por completo. Ehud ya no ejercería de gran señor, don Íñigo de Aransay, y Diego de Rivas tampoco sería ya su fiel capitán. El castillejo de Monteagudo tampoco sería el lugar soñado donde nacería su primogénito. Ya no habría grandes fiestas en sus salones lujosamente aderezados. Todo había sido un grandioso y relajante sueño, pero, solo eso, un sueño. La desgracia volvía a ceñirse sobre Ehud y su entorno más cercano.

La incertidumbre del mañana cabalgaba con ellos, ahora proscritos. Solo el pensamiento del hedor a carne quemada les sobrecogía y el tiempo corría velozmente en su contra. Debían localizar a Esther lo antes posible y huir de allí a toda prisa. El alguacil podía presentarse en cualquier momento para detenerlos y ya no habría marcha atrás.

Aquella mañana era triste, muy triste, y el calor del incipiente verano contribuía a ello; hacía que los campos de aquel feraz valle amanecieran envueltos en una espesa niebla que les daban un aspecto lechoso y fantasmal. Apenas se distinguía a los viandantes que surgían de la niebla como almas en pena.

Faltaba menos de una legua para llegar cuando divisaron la fortaleza, cuyos perfiles difusos se elevaban como una fantasmagórica visión. Una vez en sus inmediaciones obviaron el camino principal y se dirigieron hacia el camposanto para acceder de nuevo al castillejo por la tumba del gran maestre templario, Armando de Mont-Agut.

Tuvieron la inmensa fortuna de que el cementerio estuviera deshabitado y, sin ningún contratiempo, se introdujeron por el panteón del templario. Recorriendo el interior del pasadizo llegaron hasta la rotonda donde nacía la larga escalera que remontaba hasta las alcobas. Una vez salvada la escalinata y ya en la misma puerta de salida, pegaron la oreja a la piedra por si podían escuchar alguna voz o sonido que les indicara si había alguien en las estancias o en otras dependencias de la fortaleza. Al no captar ningún ruido decidieron accionar el mecanismo de apertura de la puerta secreta. El bloque de piedra empezó a girar con el mismo sonido con que lo hiciera el día que la descubrieron; un susurro seco y profundo de roce de piedras. Con cautela salieron empuñando ambos las espadas y dispuestos a batirse contra quien hiciera falta. Sus ánimos exaltados así se lo demandaban. Imaginaban que ninguno de sus soldados había quedado

con vida y que estaban solos ante un enemigo del que no sabían absolutamente nada: ni quiénes eran ni cuál era su número. Lo temprano de la hora hacía presagiar que los asaltantes durmieran, no obstante, antes de salir al descubierto echaron una cautelosa mirada al pasillo y al estanque. La visión que se descubrió ante ellos fue desoladora; el pasillo porticado y los alrededores del estanque se hallaban repletos de hojarasca que se desplazaba al capricho de la brisa de un lado para otro; los parterres, otrora colmados de flores vivas y coloridas, aparecían secos y mustios. El agua azul, brillante y cristalina del magnífico estanque había devenido en un líquido espeso, verde y maloliente. Bandejas, odres de vino y restos de comida se encontraban esparcidos por el suelo y servían de alimento a legiones de aves que revoloteaban por doquier. Aquello era un verdadero desastre, inimaginable hacía tan solo unos meses cuando salieron de aquella fortaleza. Sin más dilación y con el estómago encogido se encaminaron hacia la alcoba del matrimonio. Si Esther seguía viva y moraba en el castillo estaría refugiada en su habitación, imaginó Ehud.

Toda la angustia y la tensión embalsadas esa mañana estaban a punto de desbordarse en cualquier momento y contra cualquiera que apareciera por allí, cuando la mano temblorosa del dueño del castillejo se posó en el pomo de la puerta, después de comprobar que ningún sonido provenía del interior. El capitán, arma en ristre, se acomodó a un lado de la puerta. Ehud sentía la garganta seca por el momento de intriga que estaba a punto de resolver cuando, de repente, se oyó desde la alcoba contigua un profundo y sonoro ronquido. Los dos hombres se miraron sorprendidos y Ehud soltó el tirador de la puerta. Con la mirada, el capitán le indicó que se moviera hacia la alcoba desde donde había salido el gruñido.

De puntillas se acercaban los dos hombres cuando Ehud pisó una bandeja metálica produciendo un ruido que resonó en todo el recinto. Al pronto, un hombre con barba y medio desnudo apareció en el quicio de la puerta.

—¿Quién anda ahí?

—¡Nosotros! —respondió el capitán al tiempo que descargaba un terrible golpe contra el sujeto.

El espadazo le abrió en diagonal por el hombro izquierdo. El camisón, desgarrado, se impregnó enseguida de sangre que manaba con fluidez del cuerpo de don Sancho, quien, arrodillado en el suelo, se aguantaba a malas penas las vísceras que pugnaban por salir de su cuerpo.

Cuando se volvieron para dirigirse de nuevo a la alcoba de Ehud,

oyeron el sonido bronco de la cuerda de un arco al tensarse. De inmediato, el capitán trastabilló y se detuvo en seco. Al mirarlo, Ehud notó que tenía los ojos muy abiertos y que una mueca de dolor desfiguraba su rostro. Luego comprendió lo sucedido: una larga asta de las utilizadas para la caza, sobresalía de su espalda.

El joven alejó la vista con rapidez hacia el lugar de donde provenía el sonido y advirtió que desde la puerta de otra habitación un hombre intentaba situar otro virote en el arco, pero fue demasiado tarde. El capitán, reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban y sangrando por la boca, fue hacia él y le asestó un tremendo y certero golpe con la daga del muñón en las costillas; luego, con su último aliento a flor de boca empujó fuerte, hacia dentro. Don Pedro y el capitán cayeron juntos, abrazados por la muerte.

Ehud, anonadado por lo terrible de la situación, se arrodilló junto al capitán y le levantó la cabeza para ayudarle a respirar, pero comprobó que ya no podía hacer nada por salvar la vida de su fiel compañero. El capitán, antes de cerrar los ojos para siempre, musitó sus últimas palabras:

—Acabe con ellos, señor.

Ehud, henchido de rabia y dolor, se levantó y dio una fuerte patada a la puerta de su alcoba que se abrió de par en par.

—¡¡Esther!! —gritó con todas sus fuerzas.

XXXIII. La hégira

La noche del quince de julio fue la primera en aquel lugar. Ehud se despertó sobre el suelo de tierra húmeda y paja con la sensación de que acababa de tener una pesadilla que recordaba parcialmente. Se sentía asustado y débil. Podía ver el cielo estrellado a través de un agujero en la madera del techo de aquel inmundo cobertizo. Oyó cantar a un gallo y supuso que había empezado a amanecer. Se arrebujó bajo un trozo de manta de lana roja, corroída por el tiempo, que apenas cubría su cuerpo y el de Esther.

La pestilencia a sudor, a orines y a vino rancio era inaguantable, aunque más sufrible que la sensación del olor a carne quemada que continuamente les perseguía taladrando sus cabezas. Cerca de ellos varios soldados acababan de despertarse entre enérgicos alaridos y risotadas, vanagloriándose de los pocos días que les quedaban para embarcar. Un poco más allá, un matrimonio de cierta edad y dos jóvenes aventureros, al parecer juglares y que a Ehud le hicieron recordar a su hermano, seguían durmiendo. Junto a ellos, una vieja aferrada sin tregua a una deteriorada talega, dormitaba con un ojo abierto. Algo más alejados, una pareja de mediana edad con dos hijos pequeños, un padre con un hijo púber al que explicaba todo cuanto acontecía en aquel apestoso lugar, tres sujetos mal encarados y con pintas de pendencieros y veinticinco o treinta soldados de fortuna dispuestos a jugarse la vida en otros ejércitos.

En el centro del cobertizo un fuego consumía las últimas astillas de la noche y el olor a ceniza fría envolvía aquel ambiente enrarecido, mitigando otros olores. Al fondo, una enorme puerta por donde entraban los carros cargados de mercancías y que una cuadrilla de obreros portuarios, al mando de un capataz, apilaban hasta el techo en el otro extremo del almacén.

Ehud recordó con añoranza el primer día que pisó el suelo de tierra de ese almacén. Lo hizo en calidad de gran señor y acompañado de don Álvaro, su secretario. Fue el día que contrataron los servicios del capitán y este eligió a los soldados que, hasta hacía bien poco, había sido su guardia. Ahora, ellos ocupaban el mismo sitio aguardando el barco que los alejaría del reino de Murcia y de la implacable persecución del concejo de la ciudad para llevarlos ante el tribunal del santo oficio. Sin duda los juzgarían por judíos y los condenarían a

morir quemados en el arrabal de la Arrixaca. Aún les temblaban las piernas recordando la temerosa huída de la que había sido su casa, hasta hacía bien poco, el castillejo de Monteagudo.

Por todo equipaje portaban dos alforjas y dos sacos con algo de ropa usada, como la que vestían, y que les había facilitado Fuensanta para no llamar la atención. Los magníficos caballos, exhaustos por el esfuerzo de un galope sin descanso, los habían vendido a un tratante de animales con el que se tropezaron, a las afueras de Cartagena. Aunque, a punto, estuvieron de acabar con la vida del tratante para salvar las suyas. Al hombre le extrañó, sobremanera, verlos con ropas de mendigos y cabalgando a lomos de dos flamantes equinos. Por suerte, Ehud le contó una historia y el hombre se la tragó. Le relató que eran cómicos ambulantes y que les habían ganado los equinos a dos nobles muy soberbios de Murcia en una singular apuesta. Ehud, para hacer más creíble el relato, demostró sus dotes de juglar haciéndole al tratante unos juegos malabares con unos frutos, al tiempo que Esther relataba de forma grotesca y ridícula una desdichada historia caballeresca, la suya, y que dejó impresionado al lugareño. De esta forma certificaron que eran cómicos y el tratante olvidó sus recelos y los dejó marchar sin más preguntas.

La gente empezó a desperezarse, otros bostezaban y algunos se frotaban la cara. Esther se puso en pie y se sacudió la ropa ante la indiferencia de unos y la sorpresa de otros. «¿Para qué se limpia si se volverá a manchar otra vez?», —se preguntaron estos. Luego se incorporó Ehud y con paso cansino siguieron a la fila que se había formado para ir a asearse. Se dirigieron hacia los establos que había detrás del almacén para echarse un poco de agua de los abrevaderos de los animales. Ehud no recordaba haber invadido un establo para echarse agua de las bestias desde que tenía doce o trece años, pero necesitaba refrescarse la cabeza pues los nervios le atacaban con asiduidad. Tenía el estómago bastante revuelto con los ácidos preparados para atacar su garganta. La cabeza le pesaba como si en vez de llevar una gorra llevara un saco de plomo y un sólido martilleo le acometía por detrás de los ojos. Los acontecimientos de los últimos días habían minado su salud y su espíritu.

Al regresar de nuevo al cobertizo observaron que, en la parte donde había más soldados, varias mantas se movían rítmicamente y de debajo de ellas salían susurros y gemidos. «Las prostitutas empiezan pronto su jornada de trabajo», dedujo Ehud.

Volvieron a su sitio y comprobaron que los sacos de ropa vieja todavía seguían allí. Las alforjas donde guardaban el dinero no se las quitaban de encima ni cuando salían al monte para obrar. Todas sus

propiedades se almacenaban en esas mochilas. Lo habían perdido absolutamente todo, excepto la vida.

Menos los soldados que hablaban entre sí de guerras y de fanfarronadas o trataban de sacar alguna conversación con los demás, nadie hablaba más de lo estrictamente necesario ni se explayaba en explicaciones. El más atronador mutismo imperaba en aquel oscuro rincón del almacén. La mayoría esperaba que el tiempo transcurriera lo más rápido posible y salir de aquel infesto agujero. Entre los más impacientes, Esther y Ehud, con el miedo añadido de que se presentaran los guardias para investigar quiénes eran los pasajeros que se dirigirían esa semana hacia tierras italianas. Desde luego a ellos no les interesaba la conversación ni la intimidad con otras personas. No debían causar expectación ni interés para nada ni para nadie. Su único y principal objetivo era subir a la nave y alejarse de allí.

Después de una frugal comida a base de pan duro y pescado asado, que esa mañana habían recogido del suelo del muelle, observaron un inusual movimiento de gentes que se congregaban en el pretil. Todos vestían ropas de un día de fiesta y los barcos de pescadores que se acercaban a la escala lucían banderolas en los palos y por alrededor de la borda. Pronto, autoridades civiles, militares y eclesiásticas coparon las cercanías del cobertizo creando un halo de temor e inseguridad a quienes no estaban en paz con la justicia, como la joven pareja.

Saliendo por una de las estrechas callejuelas del barrio, una singular banda de música hizo su entrada en el muelle abriendo un pequeño cortejo al que seguían párrocos, vicarios y monaguillos de las distintas iglesias y ermitas de la ciudad. Precedían a un pequeño trono floreado, portado por hombres con indumentarias de pescadores, y cuya imagen representaba a una virgen con el niño en brazos y con un escapulario. Un pequeño piquete, formado por soldados de la guarnición de la ciudad, cerraba el cortejo. Ya iniciada la noche, los fuegos artificiales y la algarabía continuaron la fiesta de la Virgen del Carmen, patrona de la gente marinera en el barrio pescador de santa Lucía.

Varios soldados salieron del almacén y se arrimaron por los contornos de la fiesta con la intención de distraer algún odre con vino y algunas sardinas asadas que, merced a una gran humareda, revelaban su posición en el festejo. Pronto la familiaridad que facilitaba el vino hizo mella en los veteranos soldados, los cuales provocaron algunos altercados, reprimidos por los corchetes del alguacil que vigilaban sin respiro.

Era ya más de medianoche y la mayoría de gentes dormían, cuando los tres hombres mal encarados volvieron borrachos al cobertizo,

acompañados de malos modales. De sus bocas brotaban insultos y provocaciones hacia todos y hacia todo. Ágilmente, Ehud se dio cuenta de que aquello podía estallar en cualquier momento y procuró no prestar demasiada atención a sus soeces comentarios. Tan solo necesitaban un aparente motivo para provocar un incidente, cosa que intentaron con alguno de sus vecinos. Desafortunadamente, Esther, en ese preciso instante, avisó a Ehud de la necesidad de aliviar su vejiga. Ehud no quería que se alejara sola, por lo que se levantó para acompañarla. Al pasar junto a la hoguera los reflejos púrpura de las llamas iluminaron el bello rostro de Esther, que se había vuelto a cortar la melena para despistar a sus perseguidores. Uno de los sujetos se fijó en ella y la increpó como si de una prostituta se tratase.

—¡Eh! —gritó—.¿Qué le has cobrado al muchacho? ¿Y a mí?

La pareja siguió andando hacia la puerta mientras Esther, a modo de advertencia, apretó el brazo de su compañero, indicándole con ello que no hiciera caso y que continuaran su camino. Pero la voz de otro secuaz le hizo volver la cabeza, a pesar de las recomendaciones de Esther.

—Además de puta, ¿eres sorda?

—¡Es mi mujer! —precisó Ehud, malhumorado.

Una estrepitosa carcajada de los tres borrachos retumbó en el cobertizo.

—¿Estas casado con una puta?

Ehud intentó dar un paso adelante y enfrentarse con el compinche, cuando el brazo de Esther lo detuvo. Todavía no había asumido que ya no era noble, ni poderoso, ni cristiano y que sus influyentes amigos de antes, ahora lo buscaban para juzgarle. En adelante, tendría que soportar y aguantar muchas cosas que antes nadie se hubiera planteado inferirle.

—Por favor, no hagas caso. Ya tenemos bastantes problemas —rogó ella.

Ehud aceptó que su mujer tenía razón, no merecía la pena llamar la atención en el cobertizo y mucho menos que interviniera la autoridad, pero la mirada que dirigió a los sujetos traspasaba. Enseguida, los tres mendas percibieron un reto en ese largo y profundo miramiento. No tardaron en incorporarse para acercarse a los jóvenes ante la mirada expectante de los que se habían despertado por los gritos y de otros que, amparados en la oscuridad, acechaban el incidente tapados hasta las cejas.

—Solo la queremos un rato para ver qué tal folla tu mujercita —terció el más alto y que lucía en su mejilla una enorme cicatriz.

—¡Dejadnos en paz! —suplicó ella.

La pareja intentó sortearlos para seguir su camino, pero los tres les bloquearon rotundos la salida.

—Ahí afuera hay prostitutas —propuso Ehud, intentando paliar la situación.

El que aparentaba ser el jefe adelantó un paso y le espetó:

—Pero hay un problema. Nos gusta tu putita.

Al pronto, el más bajo y orondo se acercó tanto a Ehud que el joven sintió la respiración del sujeto sobre su rostro, amén de un olor acre que le repugnó y le obligó a retroceder. El hombre se le quedó mirando como si hubiera visto a un fantasma. Sorprendidos, los otros dos desviaron la atención hacia el joven.

—¿Qué ocurre? —preguntó el de la cicatriz.

—No sé, pero creo reconocer a este.

—¿A mí? —se extrañó Ehud, alzando su pálido rostro hacia el hombre, pero luego se apresuró a desviar la mirada al ver la hosca concentración que tensaba las facciones de aquel facineroso.

—Sí —confirmó.

—Se confunde de persona, señor —le rebatió.

Pero el hombre insistió con más detalles que hicieron que Ehud se sobresaltara y se pusiera en guardia.

—Además, me parece que me batí contra él en cierta ocasión. Sí —recordó—, fue a la salida de una taberna en Murcia. Su compañero fue quien mató a Hilarión.

—¡Vaya! ¡Vaya! —exclamó el jefe—.Y ¿dónde está tu compañero?

—No sé de qué me hablan.

Enseguida le vino a la memoria la noche en la que él y el capitán siguieron a la carroza con el supuesto confidente. El hombre que tenía delante fue el que se batió contra él y que después de herido, huyó hacia la parte posterior del garito.

A Ehud no le quedó más remedio que mentir.

—Su merced se equivoca de persona. Jamás me he batido con nadie. No soy un hombre de armas —dijo siguiendo los dictados de una súbita corazonada. Si conseguía convencerlos evitaría una desigual pelea con semejantes tiparracos.

—No, no lo creo. Fuiste tú —afirmó—, aunque vestías como un noble y ahora…

—Señor, no pertenezco ni he pertenecido nunca a la nobleza. Somos cómicos ambulantes…

—¿Pretendes reírte de mí?

—¡Oh! No, señor. Lo puedo demostrar.

Llegado a ese punto, Ehud no tuvo más remedio que acudir a la misma treta que había usado con éxito con el tratante de caballos. Se

dispuso a recoger del suelo varias piedras y frutas secas para hacer una demostración de malabarismo y resolver las dudas sobre su persona, cuando el gordo intervino de nuevo:

—Mirad, esa noche me hirió traicioneramente.

A continuación, se levantó el faldón de la mugrienta camisa y enseñó la cadera a sus compañeros. Una considerable cicatriz amoratada demostraba que había sido herido. Al joven se le vino el mundo abajo. El gordo estaba tan seguro de su identidad como que el día seguía a la noche y viceversa. No obstante, Ehud continuó con su añagaza. Después de aprovisionarse de varios objetos, empezó a lanzarlos al aire de tres en tres y conforme los recogía se los pasaba de mano y los lanzaba de nuevo.

—¡Basta! —gritó el jefe.

Ehud detuvo su demostración. Varios objetos cayeron al suelo.

—Este hombre te ha reconocido y a mí me vale. Ahora vas a demostrar lo valiente que eres.

—Señor, le repito que no soy un hombre de armas y…

El jefe, sin dejarle terminar la frase, ordenó al otro compinche:

—¡Dale una espada!

El de la cicatriz en el rostro sacó del tahalí una espada, tan sucia y mellada que parecía haberla sacado de un estercolero y se la arrojó a Ehud para que la atrapara al vuelo. Pero el joven estaba tan despistado, con la cabeza ocupada en urdir una estrategia o alguna mentira para evitar la pelea, que el arma cayó al suelo.

—¡Recógela, estúpido!

Mientras que, con una lentitud exasperante, se agachaba a recoger la espada supo que aquellos tres desgraciados no tenían ninguna posibilidad de salir vivos de allí si se decidía a luchar contra ellos. Incluso si se batía contra los tres a la vez. En dos espadazos y en un tajo los eliminaría, pero no quería dar la sensación de que manejaba la espada con facilidad. Ningún cómico ambulante, ni campesino, ni nadie que no fuera soldado o miembro de la nobleza sabía manejar un arma con precisión o al menos era bastante raro. Pero, una vez con el arma en la mano se sintió otro y de nuevo el orgullo apareció en su espíritu y en su cara, que refulgía por momentos. Apretó los dedos en torno a la empuñadura, respiró hondo y miró a su compañera. Esther advirtió el cambio de actitud de su marido y no supo qué hacer ni qué decir. Sola, a un lado, esperó que el desenlace del duelo fuera favorable a sus intereses.

Entretanto, el gordo —amenazante y dicharachero— se situó frente a Ehud apoyado en la fuerza moral que le daba la proximidad de sus compinches y el alcohol. Para los tres hombres, el muchacho seguía

con la espada colgando de su mano en una actitud claramente inoperante. Actitud que contrarió al rival y a sus cómplices. Ignoraban que Ehud meditaba seriamente si matarlos o no para acabar con esa farsa.

—Vamos, lucha o te arrepentirás —amenazó el jefe.

—Después de que hayas muerto nos follaremos a tu puta —propuso el alto, el de la cicatriz.

Por su parte, el oponente también se infundió ánimos después de una ruidosa carcajada.

—Voy a esparcir tus tripas por el suelo.

Lo que aconteció a continuación fue visto y no visto. Ehud enarboló el arma con tal rapidez que cuando la descargó contra su rival, este ni siquiera se había puesto en guardia. Pareció que no lo había rozado siquiera, pero el hombre aflojó la presión de los dedos de su mano, la espada se desprendió de ella. El sujeto se tambaleó durante un instante hasta que se desplomó violentamente sin vida, con el cuello segado.

La precisión del golpe hizo que los ojos del jefe y del compinche se abrieran hasta casi desorbitarse. A continuación, miraron aterrorizados al ejecutor. Jamás habían visto manejar un arma de semejante forma y matar a un hombre con tanta rapidez y eficacia. Varios soldados se levantaron para acercarse a comprobar el resultado del espadazo que ellos, apenas, habían visto. Solo pudieron certificar que el gordo yacía muerto y se desangraba en el suelo como un cerdo. Nadie hizo el menor comentario. Los otros dos delincuentes recogieron sus petates y se alejaron de allí como alma que lleva el diablo.

Para evitar que alguien se fuera de la lengua y denunciara el incidente, con la consiguiente visita del alguacil, dos de los soldados recogieron el cadáver y con la noche por cómplice se lo dieron al mar. La tensión en el cobertizo se relajó después de la exhibición de Ehud y las gentes volvieron a dormir tranquilas excepto él y Esther, que temían que los dos secuaces volvieran solos o acompañados para vengarse. Pero no, nunca más se personaron. Pasaron otra semana mortificados en aquel agujero, malviviendo y malcomiendo. Oyeron historias, fábulas y anécdotas buenas y malas, pero, por más que las historias contadas fueran rocambolescas e increíbles, nada igualaba la de sus vidas, pensaron los jóvenes judíos.

La mañana amaneció serena bajo un cielo nublado. Una extraña calma parecía preceder a la tormenta. La llovizna refrescaba el ambiente y difuminaba en multitud de tonos grises la vista de las atarazanas. Al caer erizaba a un mar verde intenso, cubriéndolo de

pequeñas burbujas que desaparecían prontas.

La tranquilidad que se respiraba a esa temprana hora fue interrumpida por el graznido de las gaviotas en pos de la nave que entraba al puerto. Al poco, los persistentes graznidos se entremezclaron con las voces y órdenes que se daban desde el barco en las labores de atraque de la *CartagoNova*. Sabedores del significado de aquel jaleo, la mayoría de los expedicionarios se levantaron raudos y salieron del cobertizo para ver atracar la nao que se ajustaba al pretil, poderosa, enhiesta y soberbia bajo una persistente y fina cortina de agua. La capitaneaba Pedro Gamboa, avezado marino cartagenero que regresaba de Sicilia con seis mil fanegas de trigo cuyo destino era la capital murciana. La nave retornaría a Génova en el momento en que se cargaran los novecientos quintales de lana, los cueros procedentes de Castilla y subieran a bordo los expedicionarios, los cuales mostraban su alegría saludando a los marineros que bajaban de la nave para asegurar las estachas al noray.

Ehud y Esther se abrazaron en el mismo quicio de la enorme puerta del cobertizo y casi se les saltan las lágrimas al ver aparecer el objeto de su larga espera. Un nuevo futuro, aunque incierto, se abría para ellos con la aparición de aquella soberbia nave a la que deberían haber subido hacía más de dos años. Aunque entonces no se conocían, recordaron con tristeza la terrible tragedia que los había unido.

Con destreza y oficio los marineros fueron acomodando las mercancías y los víveres a bordo en tanto que los obreros portuarios desplazados para tal menester se las facilitaban a pie de muelle. En torno a la hora nona el capitán daba las instrucciones precisas para que la nave levara anclas y se soltaran las amarras. Lentamente, la proa del barco viraba hacia el centro del puerto para encarar la isla *Escombraria* cuando un nutrido grupo de gentes se amontonó en el pretil del muelle. Algunos agitaban sombreros negros como los usados por los corchetes del alguacil. Daban voces y hacían señales a los de la nave, pero el capitán, advertido por algunos de sus pasajeros de lo que podría acontecer, hizo oídos sordos a esos requerimientos y siguió con su maniobra de salida del puerto de Cartagena. Junto al pretil del muelle, había aparecido un cuerpo flotando en las aguas.

El cielo encapotado y la tenue bruma, compañeros de viaje de la nave desde su salida de Cartagena, habían desaparecido y el sol brillaba sobre la cubierta de la *CartagoNova.* El viento era húmedo, pero no pasaba de ser una brisa que refrescaba y evitaba que el pasaje y los tripulantes llegaran a sentirse acalorados. El capitán, que frisaba los cuarenta años de edad, era un hombre alto y bien parecido. Sus ojos hundidos en las cuencas bajo una robusta frente curvada, eran

alegres y chispeantes. Destilaban inteligencia. Una cuidada barba recorría su fina y alargada mandíbula. Tenía fama de galante, afable y caballeroso. Al ver pasear a Esther por las cercanías del puente, donde daba órdenes al timonel, se acercó y la saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Dios os guarde, señora.

Seguidamente y quizá de una forma incontrolada, pero habitual en él, el oficial echó la cabeza atrás y llevó la mirada hacia lo alto. Las velas cuadras henchidas por el viento hacían navegar a la nave con rapidez no exenta de seguridad.

—Un día extraordinario para navegar; buena brisa y excelente mar.

Ella también dejó llevar su vista hacia lo alto, pero enjuició el tiempo de días pasados:

—Por fin desaparecieron las brumas y las lluvias.

Ante la sorpresa de la joven, el oficial cambió bruscamente de conversación haciendo referencia a lo sucedido con los tres facinerosos.

—Me han comentado el terrible incidente del cobertizo. Lamento mucho lo ocurrido.

—No se preocupe, señor. Aunque fue un incidente muy desagradable, todo ha pasado ya.

El capitán, lejos de intentar averiguar las circunstancias, juzgó:

—Desgraciadamente los delincuentes campan por sus respetos. Como tampoco es fácil dominar a mesnadas de hombres curtidos que se aburren cuando no guerrean y que, al carecer de dineros para sus dispendios, se arrogan a veces el derecho de tomarse lo que desean por su cuenta.

Esther asintió con desgana.

—Su merced no lo sabe bien. Hemos sido víctimas de ellos en varias ocasiones.

Algo curioso, don Pedro Gamboa preguntó:

—¿Tienen familiares en Génova?

—¡Oh! No. Nuestro destino es Roma.

—¿Alguna promesa? ¿Visitar al santo padre?

—Mi marido tiene amigos allí.

—Es una ciudad muy bonita, pero a la vez peligrosa —opinó el capitán.

Al ver la amena conversación que mantenían, Ehud se unió a ellos.

—Y que lo diga, capitán. Yo he sufrido en mis carnes a los delincuentes —dijo señalándose la cicatriz de la nariz.

—¡Caramba! No lo debió de pasar muy bien.

—Bueno, no todo fueron desgracias.

El capitán hizo una pausa y se los quedó mirando fijamente.

—Hay algo en ustedes que no llego a entender.

Los dos jóvenes cruzaron una mirada temerosa. Ehud suspiró profundamente.

—¿A qué se refiere, señor?—inquirió él.

—Su lenguaje y sus maneras me dicen que están acostumbrados al exquisito trato de la nobleza, pero sus vestimentas…

Esther hizo un mohín con la boca.

—Es una larga historia con un triste final, señor.

—No lo dudo, a juzgar por sus apariencias.

El capitán, intrigado por las desventuras de aquel joven matrimonio, les hizo una propuesta con la seguridad de que sería aceptada:

—Si me permiten, me gustaría invitarlos a comer en mi camarote.

Aquella inesperada invitación les pareció maravillosa. Hacía mucho tiempo que no se sentaban a una mesa para comer.

—De acuerdo, capitán. Muy agradecidos —resolvió él.

—Acompáñenme.

El calor en cubierta había hecho que Esther se despojara de la pañoleta que, habitualmente, cruzaba por sus hombros y al bajar los escalones desde el puente hacia la cubierta, uno de los tirantes del vestido de Esther se aflojó y cayó en el brazo dejando entrever un tatuaje en uno de sus pechos. Al percatarse de lo sucedido, intentó cubrirlo enseguida, pero fue en vano: el capitán, al volverse, advirtió la huella cicatrizada que Esther lucía, muy a su pesar, en el pecho y que procuraba siempre tapar con esa toquilla.

—¡Dios Santo!

La joven se quedó petrificada sin saber qué decir, mientras Ehud miraba al marino en espera de una reacción acorde con lo que acababa de enterarse. Para fortuna de la pareja, esta no llegó a producirse.

—Vayamos dentro —propuso el oficial por toda respuesta.

En la bajada hacia el camarote, el capitán se cruzó con su segundo de a bordo y le bisbiseó algo al oído. Esa inesperada acción preocupó a Ehud que, al instante, pensó en la probabilidad de que el capitán hubiera dado la voz de alarma para que fueran detenidos. Por fortuna, el joven evitó hacer amago alguno y esperó acontecimientos. Estos no tardaron en producirse. El segundo de abordo apareció con un hato de ropa que depositó en los brazos de su capitán, desvaneciendo así la inquietud que atenazaba al joven. Aunque Ehud, para salvar sus vidas, no hubiera dudado en cortarle el cuello al oficial.

—Aquí tiene, capitán.

Este, a su vez, se volvió hacia la pareja:

—Tomen. Espero que estas ropas se les acomoden bien —y comentó —: Siempre se olvidan maletas y bultos a bordo.

Después de asearse y cambiarse la ropa, la pareja se dirigió hasta el camarote del capitán donde los esperaba don Pedro.

Al verles entrar, el oficial se levantó.

—Por favor, pasen.

Las ropas facilitadas por el capitán no eran lujosas, pero sí operaron un importante cambio en ellos: sobre todo en Esther, que no pasó inadvertido para su anfitrión.

—Señora, el cambio es notable.

—Su merced es muy amable.

El capitán se sentó, pero antes de hacerlo les indicó con la mano:

—Por favor, acomódense. Les ruego me disculpen un momento.

Los jóvenes se sentaron frente a él en butacones de piel de vaca y recia madera, sujetos con seguridad al suelo. Mientras, el capitán, compás en mano, trazaba el rumbo sobre una carta náutica que amarilleaba por el paso de los años. Sobre la mesa de roble con patas acabadas en garras de león y sujeta al suelo: recado de escribir, tinta, lamparilla y un montón de cartas marinas enrolladas. Observaban detenidamente cuanto los rodeaba, nunca habían estado en una estancia semejante. Todo ocupaba su lugar meticulosamente dispuesto y el orden era una constante en aquel habitáculo. Al fondo, una enorme cristalera, formada por más de veinte pequeños cristales enmarcados, daba claridad al camarote durante el día. Pinturas de aguas embravecidas, de barcos navegando y de severos sujetos con uniformes decoraban las paredes. Maquetas de barcos y metopas con diferentes alegorías marinas, fabricadas en latón, adornaban las estanterías repletas de libros, todos con un denominador común, el mar. La madera hacía que el ambiente en la estancia fuera agradable y acogedor.

Una vez el capitán finalizó su trabajó llamó al grumete a su servicio y le ordenó que dispusiera los servicios sobre la mesa para comer. La comida fue frugal, pero a los jóvenes les supo a gloria bendita. El rancho del día se componía de verduras, pescado asado y frutas. Dado que comían con el capitán pudieron degustar incluso una copa de vino. Una vez acabada la comida, las tensiones de principio se relajaron y hablaron abiertamente sobre la nave y de las continuas singladuras a diferentes países. Los relatos del marino acapararon la atención de la pareja que escuchaba atentamente todos los pormenores. Incluso aquella vez que los piratas intentaron ahorcarle después de haberles abordado. En su cuello aún guardaba las señales

del roce de tan incómodo collar.

—¿Y cómo logró salvarse? —preguntó Esther, intrigada, sin dejarle acabar la historia.

El capitán separó los brazos con las palmas de las manos abiertas hacia arriba y exhaló un largo suspiro:

—Estoy seguro de que Dios se conjuró a mi favor y en el de las familias que viajaban conmigo —continuó con su relato el marino —. Fue cerca de la isla de Córcega. Después del abordaje el viento empezó a soplar del sur, racheado y con fuerza, y el estado de la mar empeoró considerablemente. Nuestra nave y el barco pirata, abarloado al nuestro, empezaron a ir a la deriva, manejados únicamente por el capricho de las olas. Más atentos a los robos, a las violaciones de las jóvenes y a mi ahorcamiento, los piratas no se percataron de que las dos naves se acercaban peligrosamente hasta unas rocas cercanas a la costa. Yo, maniatado, colgaba de una cuerda y me movía como un muñeco al capricho del viento y temía que, en uno de los vaivenes, terminara por romperme el cuello. Los golpes de mar hacían que las naves se escoraran de forma alarmante, hasta que prácticamente a la deriva llegamos a la escollera. El impacto contra las rocas fue enorme y la nave enemiga se partió en dos. Como consecuencia del golpe varios piratas cayeron al mar y los que quedaron a bordo fueron atacados por mi tripulación, que consiguió reducirlos. Luego soltaron las amarras que nos unían a la otra nave para evitar que nos arrastrara al fondo e inmediatamente me despojaron de la corbata de cáñamo que me asfixiaba por momentos. Sin pérdida de tiempo, acudí presto al timón para gobernar la nave, sacarla de la escollera y retomar el rumbo perdido.

Nada más terminar de relatar la aventura, Ehud dio su parecer:

—Desde luego fueron muy afortunados.

—Y pericia —añadió Esther, lisonjeando al capitán.

—Así es, joven. No hay muchos capitanes de barcos que vivan para contar semejante historia.

El capitán apuró un último trago de vino cuando el grumete volvió a entrar en el camarote tras haber retirado los platos y se quedó junto a la puerta.

—Juan, puede retirarse —le ordenó su capitán.

Una vez los tres solos en el camarote, Ehud sintió la necesidad de darle al capitán una explicación sobre lo que había descubierto en el pecho de Esther y que, hasta ese momento, discretamente había obviado. Aunque en su interior temía que el capitán se hubiera disfrazado con una piel de oveja y una vez en Génova, surgiera como un verdadero y feroz lobo. No obstante, en sus ojos leía lealtad y

sufrimiento y pensaba que un hombre que había sufrido sería incapaz de traicionar; sobre todo a gente humilde.

—Señor, debo agradecerle la prudencia con la que ha tratado a mi mujer cuando bajábamos hacia el camarote.

El oficial miró a Esther con pena. Realmente parecía impresionado por tan funesto descubrimiento. En su cabeza no cabía que alguien pudiera tatuar a cuchillo una estrella de David sobre uno de sus senos.

—Tan solo me he preguntado una cosa: ¿quién ha sido capaz de tamaña maldad?

—Como ya le dije, señor, es una larga historia…—respondió Esther.

Don Pedro Gamboa la interrumpió:

—Sospecho que su historia va de la mano de la promulgación del edicto de los reyes hace un par de años.

—No se equivoca, señor —reconoció la joven—. Desde entonces nuestras vidas penden de un hilo.

El capitán quería despejar cualquier duda sobre su honradez. No quería pasar por un desalmado o por alguien que se cubriera con piel de oveja. Así que se confesó abiertamente:

—No se preocupen por mí. Con este barco he puesto a salvo a más de mil judíos carentes de medios para abandonar el reino de Castilla.

—¡Caramba! Su merced es un benefactor del pueblo judío.

—No. No soy ningún santo. Quizá lo hice por venganza.

Los jóvenes no pudieron reprimir un gesto de incredulidad a lo manifestado por su anfitrión.

—¿Una venganza? ¿Por qué? ¿Hacia quién? —inquirió Ehud, extrañado.

Entonces la voz del capitán se transformó; adquirió un tono decaído y melancólico:

—Hacia los reyes, hacia la justicia, hacia las leyes…

El decaimiento y la lividez de su rostro no pasaron inadvertidos para el joven.

—¿Le ocurre algo, señor?

—No. Solo son recuerdos de viejas batallas que llevan aparejados tristes recuerdos.

—¿Qué ocurrió, señor?— se atrevió a insistir.

Pedro Gamboa miró a los jóvenes pensando si merecía la pena revivir una triste historia. Con la vista perdida estudió detenidamente el aposento a pesar de que conocía a la perfección la existencia del más insignificante desperfecto. Habían sido muchos días los vividos en aquel camarote. Días buenos, malos, con viento; hasta con huracanes, cuando todo se tambaleaba y los libros caían de las estanterías como arrojados por una ballesta. Por fin posó la vista sobre la cristalera de

popa por donde se abría paso un sol radiante que se reflejaba en la mesa barnizada estallando por todo el aposento. Sin desviar un ápice la mirada empezó su relato:

—Cuando se produjo la avalancha de judíos expulsados a finales de diciembre de hace dos años, no se habían fletado suficientes naves para evacuar a todos los expatriados a la vez, y la fecha última dada por los reyes para permanecer en suelo castellano, se aproximaba sin demora.

Los miles de exilados llegados al puerto de Cartagena se hacinaban en barracones y cobertizos, como en el que han estado, esperando otras naves. Aquello fue un verdadero infierno. Los más pudientes alquilaban casas o chamizos en el campo a precios desorbitados. Ante tamaña injusticia, intercedí ante el concejo de Cartagena para mejorar las condiciones de vida de esos infelices, pero no lo logré. «No es asunto nuestro», expusieron. Entonces opté por poner a disposición de algunas familias con hijos pequeños una extensa finca de mi propiedad, sita a las afueras de la ciudad; naturalmente, sin costo alguno para esas familias. Rápidamente, los arrendadores de casas y chamizos vieron en mi ofrecimiento una competencia desleal contra sus intereses y me denunciaron ante el santo oficio como sospechoso de ser judío por —según ellos— ayudar a los de mi religión. Yo no soy judío, sino cristiano, pero por los testimonios de varios interesados en que me condenaran di con mis huesos en la cárcel a la espera de juicio. Estuve más de tres meses encerrado. Durante ese tiempo, envié cartas de apelación al adelantado de Cartagena, al obispo y a los reyes sin merecer respuesta alguna. Por fin, el cardenal ordenó iniciar el juicio donde se pretendía que confesara—lo cual nunca hice por su lejanía de la realidad—, de grado o por la fuerza, que profesaba la religión judía y que por ese motivo ayudaba a mis correligionarios. Gracias a Dios, el resultado de la investigación demostró que mi acusación había nacido de la envidia y la mala fe, puesto que, una vez concluida la evacuación, ninguno de los testigos acusadores se presentó para atestiguar en el juicio. Pero, de resultas de aquel triste y falso episodio, la justicia, en castigo por la ayuda prestada y para resarcirse de los gastos del juicio, me incautó la finca perteneciente a mi familia desde hacía siglos.

Acabado el relato, el capitán se pasó la mano de nuevo por la barba con una ligera sensación de desahogo, como si acabara de despojarse de algo molesto. Luego levantó la vista hasta encontrarse con la de sus contertulios que le miraban fijamente y en un respetuoso silencio. Fue Ehud el que rompió el hielo:

—Sentimos mucho el apresamiento y la incautación de la finca,

señor.

Despreocupado, el oficial expresó:

—En fin… es agua pasada.

Llegado el momento, Ehud no tuvo más remedio que confirmar al capitán sus desventuras.

—Por desgracia sabemos de cuanto relata, señor. Lo hemos sufrido en nuestras propias carnes.

Apenas el marino hubo concluido su narración, Esther no tardó en abandonarse al cabeceo producido por el efecto hipnótico del calor y el suave mecimiento de la nave, y finalmente sintió que el peso de su cabeza se había vuelto insoportable. Su respiración fue volviéndose más lenta y profunda conforme se rendía al cansancio y empezaba a dormitar. Ehud, no obstante, no quiso interrumpirla, aunque admitió para sus adentros que no era de muy buen gusto quedarse dormido delante de su anfitrión. El marino apenas reparó en Esther mientras ellos dos charlaban tranquilamente, en el ocaso del día, los rostros ya iluminados por las lamparillas. El capitán era un buen oyente y su amable escucha iba aflojándole la lengua a Ehud que, en un instante, se encontró pormenorizándole su terrible historia encadenada irremisiblemente a la de Esther, desde aquel aciago día en que abandonaron Toledo…

—… ¡¡Ehud!! —respondió ella con energía, desde el interior de la alcoba, a mi llamada.

Eran tanto el dolor y el odio que en ese momento embargaba mi alma, que no me importaba lo que el destino me pudiera deparar para ese día. Entré raudo en la alcoba espada en mano, dispuesto a matar o morir.

La incipiente luz matutina que traspasaba los vanos de las ventanas empezaba a iluminar mi alcoba y mi lecho en donde había amado a Esther hasta la locura. En ese instante, para mi horror, descubrí quién era el causante de mis males y de mi desgracia: el marqués de Alcántara yacía con Esther atada de una mano al cabezal de la cama.

Inmerso aún en su somnolencia, el noble intuyó el peligro que corría y de un salto se levantó presuroso a empuñar su espada. Amenazante, le corté el paso y no pude por más que sonreír al contemplar al todo poderoso marqués en camisón, desaliñado y desarmado. En ese instante me conjuré para darle muerte, aunque para ello tuviera que ofrendar la mía.

—¡Por fin cara a cara, marqués! —le escupí evidenciando odio en mis palabras.

Él, al sentirse acorralado, gritó en busca de ayuda.

—¡Pedro! ¡Sancho! ¡Acudid prestos!

Para su desesperación, le puse al corriente de las malas noticias:

—Si su merced llama a los dos nobles que dormían en las habitaciones contiguas, están tan muertos como el guardia de la puerta.

Al tomar conciencia de que se encontraba solo, el marqués exhibió una mueca en su rostro y se barruntó que pintaban bastos para él, por lo que intentó llevarme a su terreno con una argucia:

—Don Íñigo, Ehud o como quiera que sea vuestra gracia, procedamos como nobles. Si pretende restaurar su honor, le desafío a un duelo. A espada. A muerte, si lo prefiere.

—¿Un duelo en toda regla? —pregunté irónico.

—Así es.

—No le hagas caso, Ehud. ¡Mátale! —intervino ella mientras pugnaba por soltarse la mano de la soga que la mantenía unida a la cama.

Entonces, asqueado, le detallé todo lo que, como noble, había violado impunemente:

—Su merced no ha aplicado las reglas y costumbres de los nobles para entrar en mi castillo, ni para respetar a mi mujer, ni a mis criados, ni a mis soldados, ni a mi secretario…

—Íbamos ebrios —se excusó el marqués, interrumpiéndole.

—¿Ebrios? Hace más de diez días que allanasteis mi castillo…

Pero la cobardía del marqués fue más allá; una vez muertos sus adláteres y para quedar impune, pretendió cargarles con el mochuelo.

—Fueron don Pedro y don Sancho quienes pretendían…

A cada palabra que pronunciaba mi estómago reaccionaba con fuertes vaivenes. Cansancio, hambre y el odio acumulado por tantas incertidumbres y sucesos no eran los mejores consejeros para ser clemente con semejante asesino y, de súbito, tuve la necesidad de hundir la espada en su cuerpo. Aquello lo sentí como un inmenso desahogo por cuanto habíamos sufrido durante ese largo año.

—¡Calla! —le grité—. Su merced es un cerdo inmundo que se regodea en el crimen, la estafa, la violación y la mentira. ¡Mírese! Ahora parece un pobre perro apaleado, exculpándose de sus crímenes e implorando clemencia. ¿Dónde está ahora la arrogancia de la que hacéis gala?

Era una evidencia que el marqués, exteriormente, se dejaba ver hundido, vencido pero, estaba seguro, de que en su interior maquinaba alguna artimaña. El marqués no se dejaría vencer tan fácilmente. Me despreciaba y estaría dispuesto a mandarnos a los dos a la hoguera a la menor oportunidad. Era un ser maligno y vengativo.

—Si me permitís salir de aquí sano y salvo os aseguro que negaré

ante el concejo de la ciudad vuestra ascendencia judía y os prometo que seréis bien recibidos en cualquier corte de Castilla.

—¿Su merced bromea?

—No. ¡Lo juro!

—¿Pretende que le crea?

El marqués, al tiempo que intentaba engañarme con sus patrañas, no cejaba en su empeño de dirigir la vista, disimuladamente, hacia un butacón en donde colgaban su espada y una daga, calculando las posibilidades de hacerse con ellas. Mientras tanto, Esther se había desatado y cubierto su cuerpo lacerado con una cástula. Se acercó a mi lado y me incitó:

—Vamos, mátale. No merece ni un soplo más de nuestras vidas. Debe pagar por mi padre, por David, por el padre Vandelino y por tantos y tantos inocentes que han caído bajo su iniquidad.

—¿Padre? ¿David? ¿Quiénes son esos? —pregunto el noble, confuso.

—Mi padre y mi novio. Dos inocentes que fueron ajusticiados en Toledo por su merced.

—No recuerdo.

—Mi padre era Isaac, el espadero. ¿Lo recuerda ahora?

El marqués pareció hacer memoria.

—No sé, no recuerdo bien.

—¡Claro! Han sido tantos sus crímenes que no puede recordarlos todos.

Invadida por una repentina rabia, Esther se echó a llorar al recordar aquellos tristes momentos en la plaza mayor de Toledo, cuando contempló los cuerpos de su padre y de su novio pendiendo de sendas sogas.

—No llores —le dije con cariño para que superara el difícil momento.

Pero Esther, llevada por el odio y la venganza, cometió un error. Se abalanzó torpemente contra el marqués para golpearle. Situación que aprovechó el asesino de su padre para agarrarla por el cuello y sujetarla con fuerza.

—No te muevas o le rompo el cuello —amenazó—. Aunque, bien pensado, sería una lástima. Quiero que lleguéis vivos a la hoguera para disfrutar con vuestros gritos de clemencia.

En un santiamén el escenario había cambiado sustancialmente. Ahora, el marqués era el dominador de la situación. Sin transición, tal como suponía, se despojó de la piel de oveja y volvió a ser el sanguinario de siempre. Pero él no sabía una cosa: yo no estaba dispuesto a que saliera de esa alcoba con vida, aunque para ello

tuviera que dar la mía. Además se lo advertí.

—No permitiré que huyáis, marqués.

Él, por toda respuesta, amenazó:

—Haré que os quemen en la hoguera como a ratas.

Yo le respondí como se merecía:

—Para eso tendréis que salir vivo de aquí.

Una risa histérica resonó en toda la estancia. Sin duda se infundía ánimos.

—Esta zorra judía, que por fin he recordado de qué la conocía, me servirá de escudo.

No tuve más remedio. Me despojé de los escrúpulos que hacía un año me atormentaban y pretendí borrarle la cínica sonrisa victoriosa de su rostro y que se fuera al otro mundo sabiendo quiénes éramos y qué habíamos hecho.

—Pero lo que su merced desconoce es que nosotros somos los judíos que buscaba con tanto ahínco. Yo fui quien mató al soldado en la caravana por dar muerte a mi hermano. También matamos en la finca a Melquíades, el aparcero y a su amigo el trafagador Epeneto Santos. He acabado con sus dos compinches y ahora voy a mandar a su merced al otro mundo, si es que verdaderamente existe.

—Eso es imposible que lo hayáis hecho vosotros dos.

Entonces le di una pista fundamental:

—La ermita de la Virgen de la Loma. ¿Le dice algo?

Un vivo color encarnado afloró a sus mejillas.

—¡Hijos de puta! ¡Fuisteis vosotros los que me robasteis!

—Así es, marqués.

—Ya me lo advirtió el padre Mateo. Desconfiaba de vosotros…

A pesar de lo delicado de la situación, aún me reservé un as colmado de sorna:

—Y al que Dios tenga en su gloria eterna.

—¿Qué queréis decir?

—El vicario Mateo ha sufrido un accidente. Esta madrugada se precipitó desde la torre de la catedral…

—¿Ha muerto?

—Yo diría que sí.

—No es cierto. Me engañáis.

—Afortunadamente, anoche averigüé el contenido de la misiva que el marqués de los Vélez dirigió al vicario Mateo, y no tuvimos más remedio que silenciarle para siempre.

—¡No importa! —exclamó despechado—. Yo, personalmente, os entregaré al santo oficio.

Ahora, el rostro del marqués desprendía fuego. Las venas de su

cuello parecían a punto de reventar y su respiración se había agitado notablemente. En su cruzada contra nosotros dos se había quedado solo. Arrastrando a Esther, para protegerse cobardemente, se fue acercando con lentitud hacia el butacón donde aguardaban sus armas. Yo seguía sus movimientos sin parpadear un solo instante. Pretendía sacar su espada del tahalí mientras que con el otro brazo seguía manteniendo sujeta por el cuello a mi compañera. Un solo apretón del recio brazo del marqués y el cuello de Esther se hubiera partido como una figurilla de barro. Pero, afortunadamente, cometió otro error: al acercarse al butacón permitió que la daga que colgaba por su respaldo quedara a la altura de la mano de Esther, que no necesitó más oportunidad para echarle mano y sacarla de su funda. Tal como la cogió, la llevó con violencia en sentido circular, hacia atrás, hasta impactar en la espalda del marqués. Este, al sentir el afilado hierro abriéndose paso entre sus carnes, se dolió y la maldijo a la vez:

—¡Hija de mil zorras! ¡Hija de Belcebú! ¡Vas a arder en el fuego eterno!

Entre excitado e histérico, al ver el resultado de su acción, exclamé:

—¡Lo has apuñalado, Esther!

Para entonces, la había soltado, no sin antes propinarle un fuerte puñetazo en la cara que la dejó aturdida sobre la cama. Por fin, el marqués consiguió sacar la espada del tahalí y, a pesar de estar gravemente herido, la elevó con destreza para descargarla contra ella, pero intercedí, paré el golpe con mi espada y ataqué sin tregua.

El de Alcántara reculó, aguantando con arte mi impetuoso ataque. Incluso se permitió atacarme para desembarazarse de mi acoso. Con su mano izquierda intentaba taparse el boquete de la espalda por donde perdía abundante sangre, la que había impregnado todo el camisón desde la cintura hasta los pies. Estaba seguro de que la calidez de la sangre manando a borbotones por aquel agujero y deslizándose por su pierna le alarmó. Se sabía herido de muerte.

Agotado, después de tan intrépido ataque, se detuvo, bajó la espada y la apoyó en el suelo. El marqués no podía seguir luchando. Incluso lo miré con pena. Sus ojos se nublaban y no podían aguantar la mirada fija sobre mi persona. Se balanceó, pero aguantó el tipo. Volvió a mirarme y cerró los ojos. Se tambaleó, dio varios traspiés, hasta que, por fin, cayó al suelo estrepitosamente.

Esther, al oír el golpe, despertó de su inconsciencia y observó al marqués en el suelo entre un mar de estertores y susurros.

—¡Rémátale! —me dijo.

La miré extrañado. Al marqués ya no le quedaba ni un hálito de vida.

—¿Qué?

—Que le remates —repitió—. ¡Acaba con él!

—¿Cómo? ¡Déjale sufrir! —le sugerí.

Ella me insistió como enloquecida.

—¡Córtale la cabeza! ¡Atraviésale el corazón! ¡Cualquier cosa! ¡Pero hazle callar! ¡No puedo soportarlo!

Dispuesto a complacerla me acerqué a él. Puse un pie a cada lado de su cuerpo, aproximadamente a la altura de sus codos. Su pecho quedaba bajo mi cuerpo y a mi merced. Levanté la espada —verticalmente con ambas manos— hasta más arriba de mi cabeza. Su punta señalaba con exactitud el corazón del marqués que, de manera casual, abrió los ojos, pero no hizo mueca alguna. Luego dirigí la mirada a Esther.

—¡Mátale! —dijo.

Con fuerza, decisión y una gran dosis de odio bajé los brazos. La punta de la espada, fabricada en Toledo por un judío llamado Isaac, atravesó el corazón de don Rodrigo, marqués de Alcántara, que se agitó y parpadeó brevemente para luego quedar completamente inerte.

Vacilante, Esther se levantó de la cama y contempló con repugnancia el cadáver del que había sido el verdugo de su vida. Más tarde, con premura y dedicación, atendí a Esther a la que llené de cálidos besos de amor y cariño. Luego devoramos cuanta comida encontramos, bebimos vino y exhaustos nos acurrucamos junto al fuego hasta el anochecer. Apenas cruzamos palabras, solo nos mirábamos con la satisfacción, si podíamos llamarla así, de haber cerrado un negro capítulo de nuestra historia. A partir de ese momento cavilamos que se abría otro importante apartado, cuyo primer renglón empezaba por huir presurosos de la que fue nuestra casa, ahora convertida en aposento de muerte y desolación.

XXXIV. En Génova

La nave arribó sin novedad al abrigado y coqueto puerto genovés. Los dos jóvenes se apresuraron a bajar de la embarcación. Una vez en el muelle respiraron tranquilos al comprobar que ningún alguacil ni ninguna autoridad los esperaban para detenerlos. Los únicos soldados a la vista eran los habituales dedicados al orden público de los muelles. Estaban en otro país, con otras leyes y nadie los buscaría. Los judíos gozaban de auténtica libertad.

Una vez salvado ese escollo, tenían sobre el horizonte un único y primordial inconveniente; deberían iniciar una nueva vida a partir de la nada. Apenas tenían dinero para comer y el viaje hasta Roma se presumía largo y penoso. No disponían de carruaje ni monturas y ni siquiera podrían distraer unas monedas de su exiguo peculio para comprar unos viejos pencos.

Estaban parados junto a unas atarazanas observando cómo deambulaban las gentes de un lado para otro. A su lado, obreros portuarios descargaban las mercancías de la nave en la que habían viajado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Esther, evidentemente preocupada.

—No lo sé. Debemos encontrar algún trabajo.

—Menos mal que conservamos el poco dinero de la venta de los caballos.

—Sí, pero no podemos gastarlo —opinó Ehud—. Si nos lo gastamos todo en comida, cuando se haya terminado estaremos de nuevo en la miseria. Hemos de hacer algo.

—Necesitamos buscar alguna ocupación con la que procurarnos alimentos y que nos dé al menos una oportunidad de obtener el dinero suficiente para hacernos con un carro y una mula.

Seguían inmersos en sus deliberaciones cuando de improviso pasaron varios jovenzuelos cerca de Ehud. Este se volvió como una centella, al tiempo que los muchachos giraron las cabezas. Sus miradas se encontraron frías y desafiantes.

—¿Qué hacéis? —los increpó Ehud.

Los muchachos respondieron altaneros:

—Tranquilo, no pasa nada.

Preocupada, Esther preguntó:

—¿Qué ocurre?

Mirándose la mochila, contestó:

—Al pasar, me han tanteado la talega para averiguar qué había

dentro.

—No les hagas caso, son ladronzuelos —dijo Esther—. De todas formas no llevamos nada de valor.

Para evitar más sobresaltos, Ehud se la acomodó por delante del cuerpo. Así era más visible y sería difícil que intentaran arrebatársela.

A todo esto, apareció don Pedro Gamboa acompañado por un hombre de unos treinta años y muy buena presencia. Habían observado la maniobra de los rateros.

—¿Algún inconveniente? —preguntó solícito el marino.

—¡Oh! No, señor.

—Se me olvidó advertirles que deben tener mucho cuidado por el muelle. Hay descuideros y embaucadores que andan a la caza de los incautos que desembarcan. Mochilas, sacos y bultos son sus especialidades.

—¡Caramba! —exclamó Ehud.

El marino volvió a tomar la palabra.

—Por favor, disculpen sus mercedes. Quiero presentarles a un buen amigo mío, el capitán Andrea Doria, al servicio del duque de Urbino. Doña Esther y su esposo Ehud, proceden de Castilla en dirección a Roma.

El recién presentado mostró sus respetos hacia Esther y hacia Ehud, aunque se sorprendió por el moratón que la joven lucía en su cara.

—Un rostro tan bello nunca debería adornarse de tan triste color… Sin duda, un accidente.

Esther, lejos de darle mayor importancia al comentario, confirmó lo dicho por el amigo de don Pedro.

—Eso es, señor. Un desgraciado accidente antes de embarcar.

—Entonces, como dice mi amigo, ¿se dirigen a Roma?

—Sí —confirmó Ehud—. Allí nos dirigimos.

El capitán Andrea Doria insistió en sus preguntas, un tanto curioso:

—¿Familia, negocios?

A Ehud no le sentó nada bien el interés del amigo del capitán sobre su próxima estancia en Roma. Seguía temiendo dar más explicaciones de las estrictamente necesarias. «Nunca se sabe dónde está el peligro», se dijo para sí. Así que respondió sin determinar exactamente el motivo del viaje.

—Bueno, un poco de todo.

—Yo estuve allí hace años. En la guardia pontificia. Mi tío Nicola era capitán de la guardia del Papa.

Entonces, Ehud no se pudo reprimir de presumir un poco y relató a grandes rasgos su viaje a Roma.

—Yo también estuve allí hace unos meses. Fuimos en comisión de

servicio con el obispo de Cartagena, el cual fue llamado por su santidad Alejandro VI. Quizá coincidimos…

—No lo creo. Precisamente cuando fue elegido el papa Borgia, a la muerte de Inocencio VIII, abandoné la guardia vaticana para entrar al servicio del duque de Urbino, al que pertenezco actualmente.

Don Pedro Gamboa terció entonces:

—Andrea es un hombre de armas y muy valeroso.

El aludido hizo una ligera reverencia con la cabeza, como agradeciéndole el elogio a su amigo y a la vez aprovechó la atención de los tres, hacia su persona, para despedirse:

—Sus mercedes me disculparán. Debo marcharme. Esta noche parto hacia Urbino y aún debo preparar el equipaje. ¡Ah! Un consejo —dijo mirando a Ehud—: no abandonen la *vía Aemilia* hasta la ciudad de *Pisae* y después continúen por la *vía Aurelia* hasta Roma.

—*¿Vía Aemilia y Aurelia?*—preguntó ella.

La cara de asombro y la pregunta de Esther dieron pie al capitán para su aclaración:

—Son los caminos más cortos para llegar a Roma —explicó, para luego especificar—: Son antiguas calzadas romanas que discurren paralelas a la costa.

—¿Llegan hasta Roma?

—Así es. Pero deben andarse con mucho cuidado, hay ladrones y salteadores por todo el camino. Cuanto más viajen por donde les he recomendado menos probabilidades cuentan de dar con ellos.

—Gracias, señor —le respondió Ehud, agradecido.

Después de despedirse el capitán Doria, el marino también deseó suerte al joven matrimonio y se perdió entre el gentío, camino del portalón de la *Cartago Nova*, para subir a bordo.

Una vez solos, lo primero que consensuó el joven matrimonio fue buscar alojamiento. Los anuncios de fondas y albergues en las fachadas de las calles de aquel barrio marinero se sucedían por el muelle. Antes de decidirse por uno en particular dieron un paseo para verlos todos y luego decantarse por el más económico. Uno les llamó la atención por los balcones repletos de flores y la fachada recién encalada. Parecía que cada alcoba incluía un pequeño jardín colgando del balcón. Eso agradó a Esther.

—Mira, ese me gusta. Parece el más alegre.

—Preguntemos —decidió Ehud.

Al cabo del rato salieron contentos. El precio lo podían pagar aunque no sabían durante cuántos días. Además, el lugar añadía un inconveniente: deberían ir a comer a otro sitio, pues la fonda no disponía de cocina. La mujer que los atendió les recomendó un

pequeño mesón a una manzana de la fonda, lo cual era ideal para no verse obligados a alejarse mucho de allí. Ehud pensaba solicitar trabajo en el muelle y para ella buscarían otro en el centro. Con dos salarios sería más fácil reunir la cantidad para comprar el carro y una mula.

Esa misma tarde decidieron pasear por el centro de la ciudad y buscarle trabajo a Esther. En una esquina preguntaron a un hombretón, el cual, por sus comentarios, parecía estar enterado de todo cuanto acontecía en aquella transitada calle.

—Señor, ¿puede indicarnos si en esta calle hay algún lugar donde mi mujer pudiera pedir trabajo?

El hombre, que medía dos palmos más que Ehud, estaba de espaldas y medio recostado contra una pared en la cual también apoyaba un pie. Exhibía una barba desaliñada y las mangas de la camisa las llevaba remangadas a la altura de los codos. De una mano colgaba una botella medio vacía.

Este le contestó chapurreando el castellano:

—¿Buscáis trabajo para ella?

—Sí, eso es —confirmó él, satisfecho porque le había entendido.

El hombre miró a Esther de arriba abajo.

—No está mal la muchacha —le comentó a alguien que había a su lado.

—Delgaducha —opinó este.

—Soy fuerte, señor.

—¿Estás enferma?

—¡Oh! No, señor.

—¿Y eso de la cara?

—Sufrí una caída, señor.

Los dos hombres se echaron a reír.

—¿Una caída o es que tu último cliente no quedó satisfecho?

—No entiendo.

—Dejémonos de adivinanzas —resolvió el hombre—. Enséñame las tetas.

—¿Cómo dice, señor?

—Si quieres que te contrate como puta, deberé comprobar la mercancía antes de ofrecerla, ¿no?

Ehud se echó mano a la espalda, donde guardaba la daga, pero Esther se lo impidió.

—Vámonos —dijo tirándole de la mano.

A grandes zancadas, los jóvenes echaron a andar para alejarse de aquel lugar y sobre todo para evitar una mala reacción de Ehud, que se volvía con frecuencia para encararse con los dos chulos, cuyas

fuertes risotadas los perseguían por toda la calle a pesar del bullicio reinante.

A la mañana siguiente Ehud se presentó bien temprano en las oficinas de una compañía del puerto que se dedicaba a contratar peones para la descarga. A pesar de la falta de trabajo, la fila de demandantes de empleo no era muy larga, circunstancia que extrañó a Ehud, que ocupaba una plaza entre los diez primeros. Durante el rato de espera temió que no le ofrecieran el trabajo por ser extranjero, pero su sorpresa fue cuando le llegó el turno y se acercó al listero que sentado a una mesita registraba los datos en un gran libro. A continuación les ofrecía el puesto de trabajo:

—¿De dónde eres?

—De Castilla, señor.

—Nombre

—Ehud.

—¿Eres judío?

Al oírlo, tartamudeó y temió que lo rechazaran.

—Eh, esto… sí —respondió en voz baja.

El listero, que había preguntado por curiosidad al escuchar el nombre, apenas prestó atención a la contestación de Ehud y siguió con su interrogatorio.

—Edad

—Veintitrés años.

—¿Eres nuevo aquí?

—Sí.

—Te pagaremos cuatro monedas al final del día.

—De acuerdo.

—Vas a trabajar en la bodega… Siguiente…

Ehud se acercó remiso a los que ya habían sido elegidos en espera de que el capataz les diera la orden de empezar. Cuando hubo señalado a los veinte obreros que conformaban la fila, el capataz los llevó al barco. Nada más pisar el portalón, un potente y desagradable olor les sacudió en las narices.

—¿Qué vamos a descargar?—preguntó Ehud a uno de sus compañeros.

—Pieles de cabra.

—¡Dios Santo! Las pieles no huelen así.

—Claro que no. Pero estas se han mojado durante la travesía.

—¡Caramba! Este olor no hay quien lo aguante.

—Nosotros ya estamos acostumbrados.

—¡Con razón había tan poca gente en la fila! —susurró Ehud.

A media mañana y con grandes arcadas, Ehud tuvo que dejar el

trabajo. Cuando bajaba por la escalerilla, sus compañeros se rieron y mofaron de él, pero no le quedó más remedio que aguantar las risas. «Habrá más días», pensó él.

Desde el día siguiente, Ehud siguió yendo a trabajar al muelle. Días más tarde, Esther obtuvo trabajo en un obrador. El trabajo no era muy duro, pero debía madrugar para ayudar al artesano a preparar la masa e introducirla en el horno. No le pagaban mucho, pero a cambio se llevaba a casa dos buenas hogazas de pan que el hornero le regalaba. Una, para ellos; la otra, para venderla.

Tras cuatro meses de estrecheces, reunieron la cantidad suficiente para comprar una pequeña carreta y un famélico rocín. Ese día, Esther rememoró tiempos mejores, cuando en Murcia ordenó a su secretario que pagara nueve monedas de oro por el magnífico caballo árabe. Ahora daría lo que fuera por ser dueña de una sola moneda de aquellas.

El aprovisionamiento de ropas, de víveres y el reunir otra importante cantidad de dinero para el viaje, les supuso un mes más de trabajo. Se acercaba el invierno y no podrían dormir habitualmente al sereno. Ese año era excesivamente frio.

La mañana del día de navidad de mil cuatrocientos noventa y cinco, Ehud y Esther salían de Génova con destino a Roma en busca de su futuro.

XXXV. De camino a Roma

Esa mañana del mes de diciembre no nevaba, pero un viento frío y racheado les azotaba con fuerza desde el norte. Dependiendo en gran medida de las condiciones meteorológicas, Ehud había calculado que tardarían unas tres semanas en recorrer el camino hasta Roma, siguiendo el itinerario que les había recomendado el capitán Andrea Doria.

En el pescante de la carreta, tapados hasta los ojos, los dos jóvenes soñaban con un prometedor futuro sin persecuciones. Antes de partir, Ehud le había prometido a Esther que esta vez no habría marqueses ni vicarios ni nadie que malograra su vida. Querían y estaban dispuestos a ser felices. La noche anterior se conjuraron en que así sería y que nada ni nadie podría arrebatarles su sueño.

Al cuarto día de viaje necesitaron dar descanso al jamelgo y aprovisionarse de víveres. Se detuvieron a comprarlos en un pueblecillo, según les había indicado un grupo de campesinas que, abrigadas con briales y mantos de espesa lana, trabajaban en el campo, al lado de la vía.

La aldea apenas sumaría doscientos o trescientos vecinos, calculó Ehud. La mayoría de casas se alineaban a ambos lados de una calle principal y al final se divisaba un edificio de mayores dimensiones del que se elevaba una torrecilla con campanario; sin duda era la iglesia. A la entrada del pueblo se bajaron del carro, justo en la puerta de una casa en cuyo porche se almacenaban cajas de madera. Ehud golpeó la puerta. La hoja se abrió al tiempo que un vaho caliente con olor a sangre y a especias cocinadas salió por ella. Una mujercilla rechoncha de aspecto cerril apareció en el quicio.

—¿Casa Vincenzo? —preguntó él.

—¿Qué queréis?

Antes de que Ehud pudiera contestar, una voz sonó desde el interior.

—Francesca, ¿quién es?

La mujer volvió la cara hacia dentro.

—Son dos jóvenes —gritó.

Luego dirigió la mirada hacia el recién llegado, lo que indicó a Ehud que la mujer, de nuevo, le dedicaba toda su atención.

—Necesitamos algo de pan, cecina, queso y frutos secos.

No contestó. La dueña, de piernas cortas con anchos y encorvados hombros, se dirigió hacia el interior seguida de ambos jóvenes. Se situó detrás del mostrador, cogió un cuchillo y señaló sobre una larga

tira de cecina la cantidad que creía necesitarían. Ehud asintió con la cabeza y la mujer hundió el cuchillo sin hacer mucho esfuerzo; luego hizo lo propio con una pieza de queso. Después, la mujer, con su paso corto y tambaleante, pasó a la trastienda y salió con dos panes calientes en la mano. Con una paleta echó frutos secos en un cucurucho de papel de uno de los numerosos sacos alineados junto al mostrador.

—¿Algo más? —preguntó la tendera.

—¡Ah! Un poco de vino. Nos vendrá bien para el frío —respondió Ehud, mientras sacaba la bolsa donde guardaba el dinero.

Cuando Ehud iba a depositar sobre el mostrador las monedas apareció por la puerta de la trastienda un individuo corpulento con un mandil manchado de sangre y un gran cuchillo en la mano. Los jóvenes se sorprendieron por la inesperada aparición de aquel gigantón armado.

—No se asusten —dijo la mujer al ver la reacción del matrimonio —. Es Vincenzo, mi marido. Acaba de degollar a un cerdo y está cocinando matanza.

Aliviados por la explicación recogían los paquetes cuando la puerta se abrió y aparecieron dos hombres, ambos cubiertos con gruesos capotes de lana.

—Buenos días —saludaron desde la puerta.

—Pase, padre Giovanni; pase alguacil —saludó la mujer. Luego explicó—: Vincenzo está cocinando.

Los hombres se despojaron de los abrigos y fueron a calentarse las manos al hogar al tiempo que inspiraban hondo el tibio aroma que traspasaba la puerta de la cocina.

—Ya se nota —indicó el cura—. Se huele desde la calle.

—¿Qué hace tan temprano, padre?

—Un gran disgusto me aflige esta mañana —desplegó sin volverse.

La mujer, frunciendo el entrecejo, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Esta noche han robado las reliquias y los santos ornamentos de la capilla. Por eso me acompaña el alguacil.

—Hace dos años ocurrió lo mismo —dejo caer la mujer como con desgana, como si fuera una cosa que sucediera habitualmente.

Al oír lo del robo y ante la presencia del alguacil, los jóvenes decidieron salir de la tienda cuanto antes. No querían líos ni verse involucrados en ninguna investigación. Pero cuando discretamente salían por la puerta, el alguacil los interpeló.

—¡Eh!

Los jóvenes, intrigados, se volvieron.

—¿Es a nosotros, señor? —preguntó Esther.

—No son lugareños, ¿verdad?

Ehud se volvió temeroso.

—No señor, acabamos de llegar, hemos comprado estas provisiones y ya nos íbamos.

—¿La carreta de la puerta es suya?

—Así es, señor.

—Supongo que no tendrán inconveniente en enseñarme lo que hay dentro de los bultos que transportan.

Ehud se quedó más parado que un caballo recién muerto. Volvía a revivir tiempos pasados. «¿Por qué nosotros? ¿Acaso tenemos apariencia de ladrones?», se dijo para sí. Esther, viendo que su compañero tardaba tiempo en contestar al alguacil y empezaba a ser sospechoso, salió al paso.

—Por supuesto que no, alguacil. Registre lo que le venga en gana.

La mujer del tendero también terció en su favor:

—Alguacil, estos jóvenes no tienen pinta de ladrones.

—Nunca se sabe, Francesca.

Haciendo un gesto con su corto brazo, la dueña restó importancia a la investigación.

—Esos ya andarán lejos de aquí, alguacil.

Restregándose las palmas de las manos, el cura se volvió hacia el mostrador y entró en la conversación con un tono de voz que denotaba resignación.

—Me temo que no volveremos a ver los objetos litúrgicos que se han llevado esos impíos y miserables.

—¿Han sido muchos, padre? —preguntó Francesca, intrigada.

—Todos los que guardábamos en la sacristía y en el sagrario: las vinajeras, el copón, la patena, la naveta, el incensario, el hisopo y hasta el santo cáliz.

Al oír la enumeración de los objetos robados, a Ehud estuvo a punto de darle un vuelco el corazón. Mientras, Esther se dirigió al alguacil con valentía y decisión:

—Señor, si desea revisar…

—No. No. Pueden seguir con su viaje. A propósito, ¿a dónde se dirigen?

—A Roma, señor.

—Pues lleven cuidado por esos caminos.

—Gracias, señor.

Era la tercera vez, desde que llegaron a suelo italiano, que les habían advertido sobre los robos y los ladrones. Parecía que todo el mundo tenía esa costumbre de apoderarse de lo ajeno, aunque Ehud

también pensó que en Castilla no ataban los perros con longaniza. «Todo el mundo está igual», terminó por decirse para sí.

Continuaron con el penoso viaje. Había empezado a nevar y el carro se atascaba en la nieve. Viendo el titánico esfuerzo del animal, Ehud se apeó del carro para empujar, desde la trasera de la carreta. Para ello, cedió las riendas a Esther.

La noche se echaba encima y el pueblo más próximo no aparecía en las retinas de sus ojos. Al pasar por un bosquecillo decidieron acampar. Tanto el caballo como Ehud estaban al borde de la extenuación. Despojaron al animal del correaje y le dieron de comer y de beber en un arroyo cercano en donde el sediento animal se metió hasta los corvejones. Con varias ramas y pedazos de troncos secos hicieron fuego, luego se sentaron en torno a él para preparar una frugal cena con la que mitigar sus insistentes ruidos estomacales.

Con los estómagos agradecidos, los dos jóvenes se quedaron absortos, callados. La luz mortecina de los rescoldos de la hoguera iluminaba parcialmente sus rostros serios y meditabundos. Pensaban que después de casi tres años de persecuciones y luchas seguían estando en la misma miseria con la que abandonaron Toledo. Era más, en su subconsciente, el viaje se les antojaban idéntico al que hicieron desde la ermita hasta Murcia. Solo les faltaba que apareciera otro Melquiades y les amargara el viaje. Con estos desgraciados recordatorios se quedaron profundamente dormidos sobre las pieles que Ehud había comprado en el muelle genovés.

Muy temprano, antes del alba, salieron de nuevo al camino que se había embarrado al haberse derretido la nieve, pero se podía avanzar con más celeridad. El frío y el viento se habían mitigado y los rayos del sol apuntaban por el horizonte como mensajeros del comienzo de un buen día y eso les animó. Llevaban poco tiempo de camino cuando se cruzaron con varias carretas que formaban una caravana de judíos en dirección al norte y que habían acampado a unas tres leguas de allí. Al reconocerse como hebreos se pararon para saludarse. Al tiempo, intercambiaron información sobre el camino y el viaje.

Al mediodía el sol aliviaba los fríos pasados. Desde la anterior caravana no se habían cruzado con nadie y el camino se les hacía bastante aburrido y monótono al paso lento y cansino del jamelgo. Atardecía cuando llegaron a un cruce de caminos. Al pasarlo observaron desde el pescante de la carreta que un hombre yacía en el suelo, a un lado de la vía. Ehud tiró de las riendas y detuvo al animal.

—¿Estará muerto? —preguntó Esther.

—No lo sé, aunque lo parece. Voy a bajar.

—Espera —advirtió ella cuando se disponía a saltar al suelo—. No

me gusta, puede ser una trampa.

—Este está más muerto que el vicario Mateo —soltó Ehud confiado, al acercarse a él.

Una vez a su lado, se agachó para darle la vuelta al cuerpo y comprobar si aún respiraba o era ya cadáver. Al darle un tirón del hombro para girarlo, Ehud, ante su sorpresa, se vio con un enorme cuchillo apuntando a su garganta.

—Así que estoy muerto, ¿no?

Los dos se levantaron muy lentamente. Ehud con el cuchillo en el cuello y el rostro más blanco que la nieve que se fundía a su alrededor.

—¡Oh! No señor, solo pensábamos prestarle ayuda.

—¿Quizás pretendías robarme la bolsa?

—No somos ladrones, señor.

Inmediatamente, de entre unos arbustos salieron dos tipejos mal encarados y peor vestidos. Los dos hombres desmontaron y se acercaron a la carreta. Uno, alto con barba y portando una vieja espada colgando de un tahalí, sujetó al caballo por la brida y el otro hombre, más viejo y que cojeaba de la pierna izquierda, se colocó junto al pescante para vigilar a Esther.

—Camina hacia la carreta —le ordenó a Ehud sin dejar de apuntarle al gaznate con el cuchillo.

Esther, seguía en el pescante, observando cuanto acontecía y maldiciéndose por haberse detenido en aquel solitario paraje. «Teníamos que haber seguido sin pararnos, aunque, de todas formas, no tenemos nada de valor que puedan robarnos, solo un poco de dinero», murmuró para sí.

La voz desagradable del más viejo la volvió a la realidad.

—Baja del pescante y desata los bultos.

Ella, para apaciguar los ánimos, le respondió con voz sumisa.

—No tenemos nada de valor, señor.

—¡Ábrelos! —insistió el que amenazaba a Ehud que pugnaba por levantar el cuello para evitar que la punta se hundiera en su carne.

Una vez abiertos los bultos, el hombre alto con barba la apartó de malas maneras y esparció toda la ropa por la carreta y por el suelo. Luego abrió otro costal más pequeño y sacó los víveres que acababan de comprar.

—¡Esto es una mierda! —exclamó disgustado y removiéndolo todo —. Aquí solo hay ropa y comida.

—Ya se lo advertí —dijo Esther.

El viejo que la vigilaba soltó la mano y le dio un bofetón.

—¡Cállate!

Al ver la agresión, Ehud se revolvió, pero solo consiguió que la punta afilada del cuchillo le arañara el pescuezo. El ladrón no le había registrado y seguía teniendo su daga en la espalda. «Si tengo la menor oportunidad, a este le saco los higadillos», pensó Ehud, pero decidió esperar acontecimientos, aunque la situación no pintaba muy bien para ellos. Los podían dejar sin ropa, sin comida y sin carreta. En ese caso se enfrentaban a una muerte segura. Morirían congelados.

—¿Cómo que no lleváis nada de valor? —se quejó el del cuchillo y que parecía mandar sobre los otros dos.

Con voz apenada, Esther afirmó:

—Señor, somos pobres campesinos.

—A ver, enseñadme las manos —resolvió el viejo.

El hombre tomó bruscamente las manos de Esther y comprobó que ni en sus palmas ni en sus dedos había dureza alguna. Luego hizo lo propio con Ehud, después de que el otro lo sujetara por la espalda.

—Vosotros no sois campesinos. Vuestras manos están inmaculadas.

—Habéis mentido. ¿Por qué? —preguntó el alto.

—No hemos mentido, señor —sostuvo Esther,

—¿Qué ocultáis? —quiso saber de Ehud el que le apuntaba con el cuchillo, apretando la punta contra su cuello.

—Nada, señor.

Entonces el más alto empezó a darle vueltas al carro y a golpear con la mano todas las maderas. Todas sonaban exactamente igual: un sonido seco y duro. Luego se agachó e hizo la misma comprobación con las maderas de debajo de la carreta, las que conformaban la estructura del carro. Ehud lo miraba aterrorizado. A su compañera le bastó mirarlo para intuir que ocurría algo desconocido por ella.

En su interior, Ehud se debatía entre dos opciones: dejar que el ladrón siguiera investigando o intentar deshacerse del que le vigilaba. Pero fue demasiado tarde. El ladrón que se había echado en el suelo, debajo de la carreta, golpeó una madera que sonó a hueco. Ehud cerró los ojos.

—¡Un momento! Aquí suena raro.

—A ver —dijo el jefe—. Golpéalo de nuevo.

Con el mango de la espada golpeó con fuerza la madera lindera con el pescante.

—Sí, suena como a hueco. Rompe la madera —le ordenó.

Con dos fuertes golpes la madera se resquebrajó. Luego se oyó como la iba astillando.

—¡Jefe! —gritó—.Aquí hay algo escondido.

La risa de victoria se contagió a los otros dos.

—¡Hijo de puta! Lo tenía escondido en buen sitio.

El que estaba debajo de la carreta echó rodando, hacia afuera, un pequeño bulto liado con una tela bastante burda y atado con cuerda. Esther se quedó boquiabierta y Ehud bajó la cabeza, derrotado. El jefe le pasó el cuchillo al más alto para que siguiera amenazando a Ehud y se dispuso a desatar el bulto, aunque, antes de hacerlo, le preguntó:

—¿Qué es esto que guardabas tan celosamente?

—No lo sé señor, compramos la carreta hace unas semanas. Debería estar ahí escondido desde hace tiempo —esgrimió Ehud en su defensa.

—¡Mientes como un zorro!

—Se lo juro, señor.

El hombre cortó las cuerdas y empezó a desbaratar el bulto. Al poco tenía entre sus manos una pequeña copa dorada con unas incrustaciones de piedras, entre dos finos resaltes, alrededor de la boca.

—¡Caramba! Esto es un cáliz. ¿Tú también te dedicas a robar en las iglesias?

Una fuerte carcajada cómplice unió a los asaltantes. Sin duda, eran quienes habían robado en la iglesia del pueblo.

—Al fin hemos logrado algo valioso. Lo venderemos junto con los otros objetos.

Seguidamente miró a los otros para obtener su beneplácito y preguntarles:

—¿Qué hacemos con estos?

Al escuchar la pregunta, todos los sentidos de los jóvenes se pusieron alerta. Podían matarlos, violarlos o darles una paliza, amén de dejarlos absolutamente sin nada. Debían reaccionar cuanto antes.

—Señor, no nos hagan daño. Somos pobres e indefensos —rogó Esther.

Por su parte, Ehud forcejeaba con el más alto, a pesar de que el cuchillo ya le había producido un corte en el cuello y sangraba levemente.

—Llevaos lo que queráis, pero dejadnos en paz.

Los tres volvieron a reír estrepitosamente.

—¿Después de habernos engañado…?

—Merece un escarmiento, ¿verdad? —opinó el viejo.

—Sí —apoyaron a dúo los compinches.

Amarraron a Esther a la trasera del carro y entre el viejo y el alto sujetaron fuertemente a Ehud por los brazos. Mientras, el jefe sacó de una alforja unos gruesos guantes de piel y se los calzó con deliberada parsimonia. Ehud, frente a él, lo miró sobrecogido. Sin previo aviso soltó el puño contra el estómago del joven. El golpe resonó de manera terrible. Ehud se dobló de dolor y se quedó sin respiración. Los que le

sujetaban le obligaron a enderezarse. Entonces el jefe le castigó insistente la cara. Como consecuencia de tan brutal ataque, Ehud empezó a sangrar por la nariz y la boca.

—¡Deteneos! ¡Dejadle en paz! ¡Le vais a matar! —gritaba Esther, que forcejeaba con la cuerda que la uncía al carro. El que operaba de verdugo volvió a golpear a Ehud hasta que este, con la cara tinta en sangre, perdió la consciencia.

—¡Soltadlo! A este no lo salva ya ni Dios —apostilló finalmente el jefe.

Los dos compinches soltaron a Ehud, que se desplomó en el suelo helado y quedó inmóvil.

—Vámonos. Está anocheciendo —apremió el viejo.

Cuando los tres hombres desaparecieron, todo quedó sumido en el más absoluto silencio. Desesperada, Esther cerró los ojos y se dejó caer contra el suelo de la carreta apoyando la mejilla sobre la tosca madera. El corazón empezó a latirle con fuerza. Debía soltarse de inmediato. Ehud, tumbado en la nieve y con la cara ensangrentada, no resistiría mucho tiempo. Con los dientes intentó soltar el nudo, pero la cuerda, de tantos tirones y por el frío, parecía haber menguado. La oscuridad se les echó encima y parados en medio del camino eran presa fácil para los lobos a los que ya se oía aullar por los alrededores. Debía encender fuego para ahuyentarlos y sobre todo para calentarse. Llamó repetidamente a su compañero, pero Ehud no volvía en sí. Intentó tirar del carro hacia atrás para acercarse a su cuerpo y darle patadas hasta que se despertara, pero el caballo no retrocedía. Ehud tenía el cabello empapado de agua helada, como si se hubiera bañado. Pronto el frío atenazaría sus músculos y empezaría a tiritar y eso sería el principio del fin. No podía fallarle, se dijo para sus adentros, pero no encontraba la forma de auxiliarlo. Él no le había fallado, la liberó y mató al marqués y a sus amigos. Ella también empezaba a sentir que los pies se les estaban helando y que el frío atenazaba su cuerpo, le costaba razonar. Volvió a llamarle con ímpetu. Ese esfuerzo le consumía energías, pero a la vez le servía para infundirse ánimos y deshacerse de la angustia que le había proporcionado el robo.

—¡Yahvé, si de verdad existes, ayúdame! —gritó con las últimas energías que le quedaban.

Una mujer desnuda bailaba delante de él. Era hermosísima. Se insinuaba con gráciles contoneos de caderas. Sus pechos no eran grandes ni pequeños, simplemente perfectos. Sus labios despedían susurros y besos largos y continuados. Un velo desde la cintura hasta los pies dejaba entrever su sexo joven y ávido de caricias. Él, en el suelo sobre una mullida alfombra y flanqueado por almohadones de

plumas de ganso, la observaba con dedicación. Deseaba que la joven se acercara para colmarla de besos y caricias. Su cabeza reposaba en los muslos, tersos y suaves, de otra joven. Desde su posición, le acariciaba la cara, la frente, el pecho y sus anchos hombros con unas manos largas y dóciles. También estaba desnuda y parecía gemela de la danzante. Cada vez que la llamaba aparecía otra joven que se postraba a su lado, igualmente joven, desnuda y bella. Todas con el cabello negro, suelto sobre los hombros y una diadema de monedas de oro sobre la frente. Rodeado por cuatro bellezas que le asediaban se encontraba en el mismo cielo. Ellas movían los labios, pero no entendía lo que le decían. Por fin, la danzarina, apiadándose de él se acercó y se tumbó sobre él, lo besó tiernamente en los labios mientras que las otras tres seguían acariciándole el cuerpo. Cuando se incorporó para abrazarla y tuvo la necesidad de poseerla, desapareció de su vista y de su mente.

Sintió que acababa de sufrir una pesadilla cuando se despertó y abrió los ojos. Una cálida temperatura acariciaba su rostro magullado. No sabía dónde se encontraba e intentó hacer memoria. No lo consiguió, estaba confuso. Una densa nebulosa nublaba su mente. Sin mover la cabeza y a modo de entretenimiento recorrió con la vista todo cuanto le rodeaba. Vio un techo alto, paredes blancas y baldosas rojas. Tomó consciencia de que yacía en un camastro de una alcoba modesta, pero acogedora. Al lado del catre, una silla baja de madera. De reojo observó que sobre la mesilla se entremezclaban algunas pócimas, potes de pomadas, gasas limpias y una jarra de agua con un vaso. Llevaba una camisa de dormir de lino limpia y se preguntó quién debía habérsela puesto. — ¿Qué hago aquí? —se preguntó con voz ronca. Una voz que no parecía la suya. «¿Estoy enfermo? ¿Dónde estoy?». Intentó incorporarse, pero le fue imposible. Un agudo dolor le invadió todo el cuerpo, sobre todo en el abdomen. Luego intentó girar la cabeza pero un mareo se lo impidió. Tuvo que cerrar los ojos para volver a la quietud anterior. Solo podía mirar al techo y girar los ojos, pero sin mover la cabeza. Sentía una gran debilidad en todas las extremidades. Cansado volvió a cerrar los ojos y meditó su desgracia: «¿Qué me ha ocurrido? ¿Dónde estará Esther? ¿Sabrá lo que me sucede? ¿Quién me cuida?».

Un apocado rayo de sol que se filtró por los postigos a medio cerrar, cruzó la alcoba. «Está amaneciendo. Debe de ser muy temprano. Más tarde aparecerá alguien que me dé alguna explicación de lo que ha sucedido», pensó antes de volverse a quedar completamente dormido.

Una mano pequeña y delicada acunó su nuca para incorporarle la

cabeza. Un humeante tazón de leche con sopas se ofrecía a la altura de su boca. De manera inconsciente abrió los labios y el líquido caliente atravesó la garganta y llegó al estómago como un reguero de placer. Entreabrió los ojos y su lado había una joven, que no era Esther, y que debería rondar los quince años. La miró con desconfianza y ella percibió ese desdén.

—No debes preocuparte, Esther volverá enseguida —le dijo con una voz cálida y melodiosa.

Ehud reunió fuerzas para querer saber:

—¿Qué hago aquí?

No le respondió. Después de darle el tazón de leche la muchacha se marchó.

Con el estómago lleno y caliente se encontraba mejor. Más despierto y con ganas de saber y resolver las dudas que lo agobiaban.

Cuando el sol se colaba a raudales por el ventanuco, Esther entró en la alcoba y se sentó junto a él. Al verlo despierto rompió a llorar.

—¿Por qué lloras?¿Qué me ha pasado?

—Lloro de alegría. Ahora descansa y duerme, cariño.

—Necesito saber qué ha ocurrido —le rogó con voz apenada.

Esther se enjugó las lágrimas.

—Quizás mañana, si estás mejor, te lo relate.

—Por favor, Esther —insistió, suplicante.

—El físico te recomendó descanso y que no se te apene con nada. Entiéndelo, cariño.

—Una sola pregunta. ¿Dónde estamos?

—En Pisa.

—¿Pisa?

—Sí. Es una gran ciudad. Ahora duerme.

Cuando cerró los ojos, ella tomó el pote de pomada y con una gasa limpia se la extendió con delicadeza, por los pómulos, los labios y la nariz. Ehud no tardó mucho tiempo en sumirse en un incómodo sueño, lleno de preguntas y con una seguridad: parecía que había estado inconsciente varios días. Esther, por su parte, temía el momento de las explicaciones. Intuía que no sería beneficioso para él recordar el lastimoso incidente del camino.

Al despertar al día siguiente, Esther ya velaba a su lado. Al verlo, ella sonrió. Él apenas podía mover los labios y sonreír cuando la muchacha de la mañana anterior entró en la alcoba portando un tazón de leche caliente con sopas de pan.

—¿Cómo está? —le preguntó a Esther casi en un susurro.

—Parece que ya se va recuperando poco a poco.

Esther lo incorporó y le acercó el tazón a la boca. Después de tomar

toda la leche, Ehud miró extrañado a la joven. Esther, al ver su intriga, le explicó:

—Es Raquel, la hija de Eleazar y de Sara —le aclaró su compañera.

Él volvió los ojos interrogantes hacia Esther.

—El matrimonio que nos auxilió en el camino y que ahora nos acoge.

Ehud alternaba la mirada entre Esther y Raquel. No entendía nada. Su compañera percibió la inocencia que le embargaba en esos momentos.

—No te acuerdas qué ocurrió aquel día en el camino, ¿verdad?

—No puedo recordar nada, Esther —precisó con un rastro de pena en su voz.

Entonces, ella le aclaró:

—Eleazar y Sara, que formaban parte de la caravana con la que nos cruzamos, se volvían a Pisa porque Simón, el menor de sus hijos había enfermado de gravedad durante el camino; entonces, al llegar al cruce de caminos, nos encontraron medio congelados. Gracias a ellos salvamos la vida.

—Pero ¿por qué estábamos medio congelados en medio del camino? ¿Acaso murió el jamelgo?

Esther temía ese momento. Y quería evitarlo, pero no podía ni debía. Ehud tenía que recordar paso a paso lo que sucedió por muy doloroso que fuera para ambos. Él estaba dispuesto a saber y ella no tendría más remedio que entrar en detalles. «Cuanto antes, mejor», decidió.

—Está bien —dijo. Y empezó a recordarle lo sucedido—: Cuando llegamos al cruce de caminos un hombre yacía en el suelo. Bajaste para socorrerle, pero entonces él esgrimió un cuchillo que puso en tu garganta. Luego se le sumaron dos hombres más y nos obligaron a abrir los bultos. Buscaban joyas y dinero. Al no encontrarlas se dedicaron a buscar entre las maderas de la carreta hasta que dieron con un bulto. Al abrirlo apareció una pequeña copa de oro, cuya existencia yo desconocía. Luego, por haberles mentido, a mí me ataron a la trasera de la carreta y a ti te sujetaron entre dos y el tercero te propinó una paliza brutal. Por más que yo les gritaba y suplicaba, ellos hicieron caso omiso y siguieron con tamaña salvajada. Cuando perdiste el conocimiento te dejaron tirado en el suelo, sobre el agua helada, y a mí amarrada a la carreta sin poder socorrerte. Así que nos abandonaron a nuestra suerte en medio del camino. El frío hizo que perdiera la consciencia. Me desperté cuando los padres de Raquel me desataron y me administraron una pócima caliente para reanimarme. Antes te habían recogido a ti y te acostaron en el interior de la carreta.

Allí mismo te aliviaron las heridas de la cara y consiguieron que reaccionaras poniéndote paños calientes. Estabas a punto de morir.

Ehud no parpadeó durante el relato. Era como si se hallara lejos de aquella habitación. Parecía que un halo de irrealidad rodeaba su cuerpo.

—¿Puedes recordar algo? —preguntó Esther.

—No, lo siento —expresó en un susurro.

—No te preocupes. Ha dicho el físico que irás recordando poco a poco.

Pasaron los días y lo único que quedó de aquel aciago episodio fueron unas cicatrices más en el rostro de Ehud, el cual se asemejaba más a un mapa que a un rostro de un joven de veintitantos años. La familia que los acogía se deshacía en desvelos y en cuidados hacia la joven pareja. Raquel, su primogénita, ayudaba a la madre en las labores de la casa y salía a comprar al mercado. Mientras, su madre cuidaba del pequeño Simón, aquejado de una extraña enfermedad que le impedía crecer con normalidad y que en los últimos días se había agravado. Eleazar era orfebre y disfrutaba de una desahogada posición económica. A veces, Ehud se iba con Eleazar y le ayudaba en sus labores, con lo que aliviaba la cuenta que pagaba por su manutención. La única sombra en sus vidas era la enfermedad del pequeño Simón, al que Esther tomó un singular aprecio.

Ehud descansaba una mañana en el porche de la casa tomando el sol, cuando súbitamente dio un brinco que sobresaltó a todos. Era domingo y disfrutaban de una jornada de asueto.

—¡Yahvé me asista!

—¿Qué te ocurre, Ehud?

Todos miraron al muchacho esperando que desvelara el motivo por el que había dado el repullo, pero él seguía con la vista perdida.

—¿Qué pasa? —insistió su compañera.

—Acabo de recordar algo…

—¿Qué?

—Me dijiste que los asaltantes encontraron un bulto oculto en la carreta…

—Sí, era como una copa pequeña, no debía atesorar mucho valor a tenor de su porte.

—¡Por Yahvé!

—¿Pero tú sabías de su existencia?

—Fui yo quien la escondió en la carreta—terminó por confesar Ehud.

—¿Por qué?

Ehud se sentó en uno de los escalones de la entrada y ocultó la cara

con las manos lamentando el fatal desenlace. No paraba de susurrar incongruencias y frases inconexas hasta que Esther se levantó, fue a su lado y pasándole la mano por los hombros lo acurrucó contra su pecho.

—Da igual, Ehud. No te aflijas. No nos iba a sacar de pobres. Solo era una copa.

—No. Te equivocas, Esther. Nos suponía muchísimo más.

—No te entiendo.

—Esa copa aseguraba nuestro futuro.

—¿Cómo? ¿Te has vuelto loco?

Ehud se puso en pie de sopetón.

—Debemos encontrarla, como sea.

—¿Dónde?

—Los ladrones deben de haberla vendido en algún bazar, comercio o taller.

Al ver la aflicción que embarga a Ehud, Eleazar se le aproximó.

—Si como orfebre te puedo ayudar…

—Quizá sí —opinó el joven—. Dime comercios y bazares en donde puedan haber comprado una copa de oro con incrustaciones.

—Haz un pequeño dibujo de la copa —le aconsejó Eleazar.

Raquel acercó al porche útiles de escritura y Ehud dibujó con trazo firme el perfil de la copa. Luego explicó a Eleazar los pormenores de los resaltes y las piedras que circundaban la boca del copón. El orfebre, después de observar durante unos instantes el dibujo, expresó su opinión:

—Así, a primera vista, no creo que tenga mucho valor. Lo siento.

Ehud no quería dar más detalles a Eleazar ni a nadie y se limitó a denominarla como antigua.

—Eleazar, no es el valor intrínseco del oro y las piedras. Su valor reside en su antigüedad.

—Aún así, no creo que valga más de unas cuantas monedas.

Debía recuperarla a cualquier precio. De enterarse alguien que tenía en su poder el santo grial de los cristianos, el derrotero cambiaría radicalmente. No debería levantar la liebre ni mencionar ese nombre.

—Mañana buscaremos por la ciudad. Iremos a los comercios donde probablemente puedan haberla llevado —propuso Eleazar, aun sin entender el desmedido interés de su inquilino por un copón tan vulgar.

Muy de mañana se dedicaron a visitar todos los comercios de Pisa en donde pudiera estar la copa o cuando menos que le dieran alguna razón sobre ella.

—Iremos primero a casa de Cornelio —aconsejó el orfebre—, un italiano que se dedica a la compraventa de oro. Suelo trabajar para él.

Allí no había ni rastro de una pequeña copa de oro que se hubiera comprado recientemente. Luego, fueron a otro de los comercios más prestigiosos del centro de Pisa regentado por un hebreo llamado Absalón. Era viejo y portaba el solideo en la coronilla. Sus patillas eran algo blanquecinas y se alargaban hasta unirse a una barba entrecana y larga. Su estatura no era muy elevada y caminaba encorvado. Su forma de hablar y tratar con los clientes denotaba que llevaba toda una vida detrás de un mostrador vendiendo y comprando oro y objetos litúrgicos.

—Busco este cáliz, señor.

Para facilitarle la identificación, Ehud le enseñó el dibujo que había pintado el día anterior para Eleazar. El viejo lo miró con detenimiento llevándoselo a menos de un palmo de los ojos.

—No, joven. Lo siento. Además, copas como esa debe de haber cientos por ahí.

—Así pues, ¿no han pasado por aquí? Me la han robado—añadió Ehud con voz apenada.

—No. Además, si es un artículo robado, no quiero problemas con la justicia —dijo al conocer las cuitas del joven.

Más desilusionado que persuadido salió del comercio del viejo, camino de un prestigioso taller del centro de la ciudad que compraba y reparaba objetos litúrgicos deteriorados.

—Dudo que esté allí —soltó Ehud—. Estos ladrones solo se dedicaban a robar en iglesias. Los objetos deben de haberlos vendido en un taller de los arrabales o en un mercadillo.

—Tienes razón. No se arriesgarían a venderlas en un comercio tradicional. El alguacil debe de estar encima de ellos.

Después de visitar varios establecimientos de los alrededores de la ciudad, regresaron a casa. La pitanza se servía puntualmente todos los días a la misma hora. Durante la comida los dos hombres se dedicaron a explicar a las mujeres todos los pormenores de su investigación esa mañana. Por la tarde no pudieron salir a buscarla porque Eleazar tenía que acabar varios trabajos para esa misma semana. Seguirían buscando al día siguiente.

Por la noche, Esther no podía dormirse. Estaba acostada con la mirada fija en el techo y los brazos detrás de la cabeza, pensativa. Ehud se dio cuenta del estado indolente de su compañera.

—¿Piensas?

—Sí.

—¿En qué?

—En esa maldita copa.

—Déjalo. Mañana seguiremos buscando.

La voz de Esther pareció quebrada

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Acaso desconfiabas de mí?

—¡Por Dios, Esther! Cuantos menos estuvieran al tanto de la importancia de esa copa, mejor. El marqués podría haberte obligado a confesar su existencia y en dónde estaba escondida.

Ella, terminó por admitir.

—Tienes razón.

Luego permanecieron durante unos instantes en silencio, meditando todo cuanto habían dicho, hasta que ella volvió a preguntar:

—¿La has llevado en la mochila todo este tiempo?

—Así es.

Entonces, Esther hizo memoria.

—Por eso te revolviste contra los jóvenes del muelle al sentir que la tocaban.

—¡Claro!

—Y… ¿cuándo la encontraste?

Ehud se arrebujó en la cama antes de empezar a desvelarle el momento en que halló tan preciada reliquia.

—Desde que el secretario me confirmó la existencia de la reliquia y su valor, no dejé de pensar en ella. Tenía que estar escondida en algún lugar de la mazmorra. Muchas noches, cuando todos dormían, bajaba al sótano y me dedicaba a pensar dónde podría ocultarse un objeto de reducidas dimensiones. Registré celda por celda y repasé los pasadizos una y otra vez. A veces me desesperaba por no encontrar ni el más leve indicio. Pero en mi interior algo me decía que esa copa estaba allí. Una noche bajé y al no saber por dónde empezar de nuevo, me senté en uno de los últimos escalones de la escalera, pensativo. Estudiaba una a una las anomalías que pudieran afectar a la pared o a los pasadizos para poder obtener alguna pista, cuando observé algo que había visto todos los días, incluso que había pisado en infinidad de ocasiones.

—¿Qué era? —interrumpió Esther, ávida de saber.

Ehud se incorporó para seguir con el relato.

—Al final de la escalera de bajada había una estancia circular desde la cual partían seis pasadizos y en cuyo centro había un mosaico con el escudo templario —siguió con el relato—. ¡Era el lugar más significativo de toda la mazmorra y el *sancta sanctórum* de los templarios! —según explicó don Álvaro, por lo que deduje que si en realidad había algo escondido debía de estar en esa estancia y en ese centro. Embargado por la emoción me tiré de bruces al suelo y empecé

a vaciar la tierra amontonada por las riadas que tapaban parcialmente el mosaico y que obturaban dos pequeñas muescas a su alrededor. Después busqué dos gruesas astillas para introducirlas en las ranuras y hacer girar el mosaico, pero este se resistió. La tierra acumulada a lo largo de cientos de años se había endurecido como la piedra y era imposible hacerle girar. Cansado, esa noche me retiré a dormir con una extraña sensación de victoria a medias, también con una profunda duda, ¿y si al final no encontraba nada?

A la noche siguiente volví a la mazmorra aprovisionado de una fina daga que introduje en las muescas y con paciencia las fui vaciando de la tierra seca que las obturaba. Luego encajé las dos estacas en las muescas y con fuerza las hice girar en un sentido. El mosaico empezó a ceder. Sin duda estaba obrando en la dirección correcta. Así que, al cabo de un buen rato, el mosaico terminó por ceder noventa grados al completo. Usando la daga saqué el mosaico que ocultaba una pequeña oquedad. Con el corazón saltando en mi pecho por la emoción que me embelesaba, acerqué una antorcha a la cavidad. Un pequeño bulto se adivinaba en el fondo. Introduje la mano, lo así con firmeza y lo saqué. El temblor que me asistía en esos momentos me impedía poder desatar la cuerda con la que estaba asegurado sobre una tela bastante burda. Cuando al fin lo pude desenvolver apareció en mi mano una pequeña copa de oro. No había duda: ¡¡Aquella copa era el santo grial de los cristianos!!

—¿No lo dijiste a nadie?

—No.

—¿Ni siquiera a don Álvaro?

—Tuve miedo —confesó Ehud—. Me advirtió de lo peligroso que era poseer tan preciada reliquia y que era objeto de luchas y disputas en toda la cristiandad.

—Y, eso ¿por qué?

—Le atribuyen poderes sobrenaturales.

La respuesta de su compañero la desconcertó.

—¿Qué tiene de particular?

—Nada. Es una copa vulgar y corriente.

—Entonces, cualquier copa podría ser reconocida como el santo grial.

—No. La persona que proclamara su posesión, debería demostrar cómo y dónde la consiguió.

—¿Cómo sabrán que esta es la auténtica?

—Tiene el valor de haber sido encontrada en una sala octogonal, donde se reunían los templarios y bajo el sello de la orden. Además, el pasadizo por donde entraban los monjes guerreros a esa estancia

comunicaba con el panteón del gran maestre templario de Murcia, Armando de Mont-Agut.

—Y ¿no está certificada por ningún documento?

—Bueno… En otro sitio descubrimos un mapa con un itinerario que se supone fue el que recorrió la copa desde su salida de Palestina.

—¡Caramba!¿Y cuál es su valor?

Ehud, contestó con voz grave:

—Incalculable.

—¿Cómo? —inquirió Esther, a la vez que daba un brinco.

—Su precio no se puede calcular.

—¿Y… la hemos perdido? —preguntó temerosa.

Con los ojos casi cerrados y actitud penosa le contestó:

—Ruego a Yahvé que no sea así.

Por fin se quedaron dormidos con la imagen del santo grial en sus mentes y con el ánimo de recuperarlo a la mañana siguiente. No habían llegado tan lejos para sentir de nuevo otra inmensa frustración. «No era justo», se decían. Debían encontrarla lo antes posible o corrían el riego de que algún párroco lo comprara para su capilla y entonces sería totalmente imposible poder recuperarla. ¿Con qué excusa se acercarían al cura para comprarla sin levantar sospechas?

Eleazar se levantó muy temprano y despertó a su inquilino. Después de un desayuno frugal montaron en la carreta de Ehud y se dirigieron a visitar todos los talleres, incluso aquellos clandestinos, que traficaban y trabajaban con objetos robados. Eleazar conocía bien todos los talleres de Pisa.

A media mañana no habían conseguido la menor información sobre el objeto. «Era bastante vulgar y a nadie llamaría la atención», llegaron a pensar. Cuando decidían irse con las manos vacías observaron, desde el pescante de la carreta, que en la puerta de un taller de mala muerte, varios sujetos hablaban alrededor de una manta en el suelo con varios objetos.

Intrigados se bajaron de la carreta y se acercaron al corro. La algarabía reinante era considerable. Se trataba de una subasta entre ladrones y malhechores de objetos que no habían vendido, por su escaso valor o por sus tachas, ni en tiendas ni en talleres.

Con rapidez echaron un vistazo a la manta; jarras de agua bendita con las asas rotas, hisopos partidos por la mitad, copones abollados y otros artículos de culto la poblaban. De repente, a Ehud le dio un vuelco el corazón. Su copa estaba allí. Entonces, sin pensárselo dos veces, decidió abrirse paso entre aquella partida de gente de mala calaña.

—¡Quiero esa copa! —gritó impulsivamente, haciendo que varios

hombres se apartaran y otros miraran desconcertados al que acababa de dar el grito. Eleazar, barruntando lo que se podía avecinar, se atrasó un paso.

Un silencio espeso como un sudario descendió sobre los diez hombres que conformaban el corro.

—¿Quién eres tú? —preguntó el que parecía dirigir la subasta. Era un hombre de corta estatura, como la de un niño de unos cinco o seis años, y su macrocefalia era evidente. Brazos y piernas también cortas, pero se movía con agilidad. Su voz era potente como la que más.

—Eso no importa. Solo quiero comprar esa copa. ¿Qué vale?

Uno de ellos se adelantó a varios que comenzaron a dar sus opiniones:

—¡Eh! Esto es una subasta y si quiere la copa, deberá pujar por ella…

—Nadie le ha dado vela en este entierro…

—Además, no sabemos quién es y puede…

—¡Fuera de aquí! —gritó otro.

Debido a su ímpetu, Ehud había obrado mal. Si hubiera esperado a que la copa la hubiese comprado alguno de los subasteros, acabada la subasta le podría haber hecho una oferta interesante en particular. Ahora se las tendría que ver con diez hombres mal encarados simultáneamente. Empezaba a darse cuenta de que lo había hecho rematadamente mal. Cualquiera de ellos la podía comprar y viendo su desmedido interés ofrecérsela a un precio desorbitado, pero como se dijo: «Ahora, ya no tiene arreglo».

—Y ¿por qué quiere esa copa con tanto interés? —preguntó el enano que voceaba, para luego apostillar—: No vale nada.

—Cierto, señor. Tan solo es un recuerdo de familia.

—¿Un recuerdo? Y ¿cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó acompañado de una risotada.

Ehud, iba a pronunciar la palabra robo, pero, afortunadamente, se abstuvo en el último momento. No era aconsejable acusar a aquellos *caballeros* de ladrones.

—Señor, se me extravió durante un viaje.

Sin apenas agacharse, el hombrecillo recogió la copa. La estuvo examinando por si llevaba alguna leyenda o inscripción y diera el detalle de su procedencia o pertenencia.

—Esto no vale ni el oro con el que está hecha —expresó despreciativo.

—Ya se lo advertí, señor.

—¿Qué estaría dispuesto a pagar por esta copa?

Aquella pregunta era una trampa. Si ofertaba poco, no se la

vendería; y si le ofrecía mucho dinero, deduciría que en esa copa había gato encerrado.

—Unas cuatro o cinco monedas, señor.

—¿Cuatro o cinco monedas por recuperar algo tan importante para su merced?

—Así es, señor.

—Te voy a pedir unas veinte monedas, para ser generoso.

Ante tal disparate, para lo que se suponía valía la copa, Ehud miró a Eleazar, quien negó tajantemente con la cabeza.

—Es mucho dinero, señor. No dispongo de esa cantidad.

—Pues la copa no será para su merced —finalizó la conversación el enano.

Entonces, con desprecio la lanzó a uno de los que conformaban el corro.

—Toma, llévatela y dásela a tu jefe. Aquí no tiene venta.

Ehud intentó reconocer al hombre joven a quien había lanzado la copa, pero no supo quién era. Hizo memoria para recordar a sus asaltantes, pero estaba seguro de que no era el que le pegó, ni el cojo ni el alto.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Eleazar nada más montar en la carreta.

Ehud le respondió de inmediato puesto que solo tenía una alternativa:

—Somos dos; se la robaremos por la fuerza.

Para más desgracia, el camino que escogió el hombre estaba bastante concurrido y no era aconsejable cometer un robo a plena luz del día y huir en una carreta. Sería un suicidio.

—Esto puede ser peligroso —advirtió Eleazar.

—Lo sé, pero no me queda más remedio.

Viendo la insistencia de Ehud, el orfebre terminó preguntándole:

—¿Tanto vale esa copa para ti?

—Es una larga historia, amigo. Y esa copa marca su final.

Al cabo de un rato cabalgando, el hombre se desvió por una senda que parecía llegar hasta una hacienda que se divisaba en la lejanía. Conforme se iban acercando comprobaron que se trataba de una vieja finca de labor con una gran casa adosada a una torre circular almenada que se encontraba medio derruida. De la chimenea escapaba una larga columna de humo negro, lo que les indicó que la casa estaba habitada y que el hogar estaba encendido. Un establo y un almacén de madera, componían el resto de la finca.

El hombre dejó el caballo a la entrada de la casa, junto a dos rocines enganchados a una vieja carreta, y copa en mano se adentró

en la casa. Ehud y Eleazar se apresuraron a esconder su carruaje entre unos arbustos y se dirigieron a pie hasta la parte trasera de la casa. Desde allí, junto a una ventana, fueron mudos testigos de todo cuanto sucedía en el interior de aquella estancia.

Un caldero borbotaba en el hogar y un rancio sabor se expandía por los alrededores de la vivienda. Al entrar, el joven arrojó la copa a su jefe, que sesteaba en una butaca.

—Toma. Esto no lo quiere nadie. Carece de valor.

—Échala al fuego y acabemos de una vez.

El muchacho se la quedó mirando:

—Antes le quitaré las piedras. Me servirán para adornar mi cinturón.

Ehud no pudo reprimir su ira al oír los comentarios y a punto estuvo de saltar por la ventana y entrar en la casa a sangre y fuego. Eleazar le detuvo.

—Espera un momento, Ehud. No seas imprudente —le cuchicheó al oído—. Quizá haya otra oportunidad.

—Va a destrozar la copa —se quejó Ehud al ver cómo, con la punta de un cuchillo, intentaba desengarzar las piedras.

—¡Mierda! —se quejó el joven—. Esto no hay quien lo despegue.

Por mucho que intentaba meter la punta de la navaja por debajo de la piedra, esta no cedía. Malhumorado, la arrojó con toda su fuerza contra el suelo. La copa dio varios botes a lo largo y ancho de aquel comedor y a punto estuvo de golpear en la cabeza al jefe, que seguía sentado en su butaca agotando una botella de vino.

—Arrójala al fuego de una puta vez —gritó histérico.

De repente, Ehud rememoró.

—¡Dios Santo! El que está sentado es el que me golpeó sin piedad.

—¿Estás seguro?

—Sí. ¡Como que hay Dios!

A continuación, el muchacho se dirigió al hogar y arrojó la copa a las brasas con un mal gesto y una maldición.

—Ojalá te fundas ya de una vez.

A Ehud le dio un vuelco el corazón. Presintió que su futuro iba a evaporarse por aquella maldita chimenea.

—Voy a entrar y recuperar la copa —se dijo en un instante de furor.

—¡Por Yahvé! Espera un poco —le suplicó Eleazar.

—No puedo —dijo Ehud con una voz que apenas le salía del cuerpo.

Eleazar no tuvo más remedio que animarle:

—No te preocupes. Yo arreglaré los desperfectos y la dejaré como

nueva. No merece la pena una paliza o que te hieran gravemente por una vulgar copa.

—Se está quemando —advirtió apenado Ehud.

—Tardará todavía. El oro necesita muchos grados para fundirse.

El joven se dispuso a servirse una escudilla de sopa clara y, mientras el jefe roncaba como un cerdo, puso sobre la mesa un mendrugo de pan negro. Apuraba la sopa confiando en que —mientras tanto— la copa dijera adiós a su forma. Pero no. Al aproximarse a las brasas la incredulidad lo dominó.

—¡Me cago en su estampa!¡Me cago en la copa! —blasfemó impío.

—¿Qué ocurre? —se despertó asustado el jefe.

El bisoño se acercó a su jefe para dar más veracidad a sus palabras.

—La hija de puta no se quema. No arde.

—No puede ser. Estás loco.

—¿Qué estoy loco? Ahora verás.

A grandes zancadas volvió al hogar y con la punta de una rama seca prendió la copa por la boca y la alejó del fuego. La palpó con prudencia para calibrar su temperatura, pero al final terminó por acercarla del todo.

—¿Ves? ¡Por todos los demonios! No está caliente, ni abollada. Nada.

—Aquí pasa algo raro —terminó por suponer el jefe.

—Debe de ser que fue fabricada con un metal raro —elucubró el joven—. Por eso ni se daña ni se altera. No vale nada.

—Anda, tírala por ahí.

Con mal carácter se acercó a la puerta de la casa para cumplir la orden de su jefe y desde allí la arrojó tan lejos como pudo. La copa, dando botes por un bancal, desapareció detrás de unas matas silvestres. Ehud, que no se había perdido ni un instante de lo sucedido, no salía de su asombro.

—La han tirado —balbuceó, incrédulo.

—Anda, vamos a buscarla —le animó Eleazar.

XXXVI. Roma

Seguían el curso de la concurrida *Vía Aurelia*. Acababan de salir de Civitavecchia, un pequeño pueblo en dónde se habían reabastecido de víveres, pues aún tardarían un par de días más para llegar a la ciudad eterna. Un gran temor y una enorme responsabilidad por su futuro inmediato se albergaban en sus mentes tan estremecidas por el destino desde que salieron de Toledo.

En un corto espacio de tiempo habían vivido intensas emociones, demasiadas para el común de los jóvenes de su edad. Como personas habían madurado por fuerza, aunque sus corazones se habían endurecido como el granito. En ellos solo les quedaba un pequeño resquicio para el amor y para el recuerdo. Un recuerdo especialmente tormentoso para Ehud. De todo cuanto había dejado atrás, tan solo una cosa le desgarraba las entrañas y casi le hacía enloquecer; cuando pensaba en aquel pequeño hoyo al pie de un árbol donde enterró un cuerpecito sin vida: el de su hijo. Fue el día más triste y sombrío de su vida.

Ehud dominaba las riendas de la carreta mientras Esther se había acurrucado junto a su hombro sumida en un profundo sopor. Desde lo alto del pescante viajaba con todos los sentidos puestos en el camino. No quería más sorpresas ni más robos ni más confianzas. El mundo que el rabino le había enseñado en la escuela no era el que realmente existía fuera de aquellas cuatro paredes que conformaban entonces un fortín inexpugnable ante la miseria, la deslealtad, la intriga y la iniquidad. Todo, fuera de la escuela, era diferente. Era otro mundo.

Tampoco la tenencia en su poder del santo grial le había reportado nada de especial de todo aquello que sus conocedores pregonaban: poder y riqueza. Al contrario, le había supuesto ser víctima de un asalto y, por si era poco, tildaban al objeto de ser vulgar y corriente.

Ehud volvía a tener bajo su custodia la sagrada copa cristiana. Había reparado las maderas del escondite de debajo del asiento y allí, de nuevo, viajaba su futuro. Conforme las ancas del jamelgo se movían rítmicamente y le acercaban a su destino, se sentía más desconcertado y temeroso.

Esther, al paso de un enorme socavón que hizo crujir todas las maderas de la vieja carreta, se despertó de golpe y con mal carácter:

—¡Estoy harta de huir y de viajar! ¿Cuándo pararemos?

—Lo sé, cariño, pero no hay más remedio —repuso Ehud, conciliador—. Debíamos alejarnos lo suficiente de Castilla para que ningún rescoldo nos prendiera, pues era demasiado peligroso

quedarnos cerca de Murcia. Nos afincaremos en Roma.

—¿Por qué en Roma? —preguntó con inquina—. Podíamos habernos arraigado en Génova. Teníamos trabajo.

—Solo era algo temporal.

—Mejor eso que nada —refunfuñó.

Ehud le dedicó una sonrisa complaciente.

—En Roma conoceremos más oportunidades.

Sin embargo, ella seguía embutida en su mal carácter y en una visión negativa de su inmediato futuro:

—Roma es una ciudad demasiado grande para nosotros y con muchos peligros, según me dijiste.

—Vamos a Roma, pero no te aseguré que nos quedaríamos a vivir en la ciudad. Podemos afincarnos en las afueras.

—¿En el campo?

—Sí.

—¿Y qué vida me espera siendo la mujer de un jornalero sin tierras? —preguntó Esther enojada.

A Ehud eso le molestó. Aun así, le respondió de buenas maneras:

—En primer lugar debo entrevistarme con un amigo, luego ya veremos que sucede…

—¿Quién es?

—Alguien a quien conocí anteriormente.

—¿Acaso te ofreció trabajo? —indagó con sorna.

Ehud capeaba el temporal como buenamente podía. En modo alguno quería disgustarse con ella. Enojarse en el pescante de una carreta era una situación bastante difícil, cuando ya de por sí el viaje lo era. Debían estar unidos y olvidarse de rencillas.

—Bueno, exactamente, no es así.

Esther volvió a hacer gala de su animosidad a lo propuesto por su compañero:

—¿Crees que después de tanto tiempo mantendrá su palabra?

—Sí.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Le salvé la vida.

Ella plisó el entrecejo y le miró sorprendida por la confesión que acababa de hacerle Ehud. No tardó en echárselo en cara:

—Eso no me lo habías contado.

—No.

—Debería saberlo.

Sin más preámbulo, Ehud soltó de sopetón:

—Fue en un duelo a muerte.

—¡Por Yahvé! ¿Te batiste en un duelo?—preguntó Esther al tiempo

que un escalofrío recorría su cuerpo. Jamás se imaginó a su compañero delante de otro hombre, ambos dispuestos a herirse de muerte bajo unas reglas, previamente, establecidas.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

Mientras que con las riendas azuzaba a la cabalgadura para avivarle el trote, Ehud posó la vista en el horizonte y empezó a relatar el importante capítulo de su estancia en Roma, hacía tan solo unos meses:

—Un hombre muy poderoso poseía información, allegada por el marqués de los Vélez, sobre mis investigaciones en la mazmorra. Una noche ordenó que me raptasen para obligarme a confesar dónde escondía la copa. Después de torturarme con saña, conseguí burlar la vigilancia y escapé. Las gentes divulgaron la noticia del tremendo ridículo en el que quedó el noble. Él, al sentirse ofendido y para lavar su honor, me retó en un duelo a muerte. Dio la coincidencia de que era un excelente luchador y antes del duelo se daba ya por ganador y a mí por muerto, pero, afortunadamente, en uno de los lances, conseguí que la punta de mi espada horadara su hombro. La herida era grave y el noble dio con sus huesos en el suelo, de tal forma que no pudo seguir luchando. Una vez mi rival en la hierba y sin poder defenderse, su vida quedó en mis manos. Entonces, en contra de las normas que me obligaban a matarle, decidí perdonarle la vida. Cuando todos discutíamos qué hacer y él se desangraba en el suelo me llamó y me hizo una confidencia al oído. «Una pregunta me atormenta, don Íñigo: ¿Por qué me perdona la vida si tanto daño le he causado? —susurró apenas con un hilo de voz. Entonces, yo le contesté—: Algún día puedo necesitarlo —. Él, haciendo un último esfuerzo antes de desmayarse, me confirmó—: Soy deudo suyo y como tal actuaré mientras viva. No lo dude. Tiene mi palabra».

Esther, como ya no se fiaba ni de su sombra, al escuchar el relato, frunció el entrecejo y, en sus narices, le descerrajó a Ehud una pregunta trascendental.

—¿Y te fías de la palabra de un moribundo?

Entendiendo la desconfianza de Esther, Ehud aplicó la lógica.

—Precisamente por eso. No tenía por qué mentirme en esas circunstancias tan extremas.

Vacilante aún, Esther siguió con el duro interrogatorio a la espera de encontrar alguna vía por donde hiciera aguas la historia de su compañero:

—¿Cómo se llama el noble?

—Don Ponciano Navas de Segura.

—¿Es castellano?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—Es un… un… —Ehud evitó catalogarle como un vulgar trafagador —. Bueno, es una especie de coleccionista de arte.

La conjetura por parte de Esther era bastante clara:

—¿Deduzco que vas a entregarle la copa?

—Sí.

—A cambio de qué. ¿Trabajo? ¿Dinero?

—De dinero.

Al oír la palabra dinero, surgió la parte más crematística de la joven, esperando que la cantidad que saliera de la boca de Ehud, la satisficiera con holgura.

—¿Por cuánto dinero? —preguntó.

Ehud no estaba dispuesto a pillarse los dedos aventurando una suma cualquiera. De todas formas no había pactado ninguna cantidad y tampoco sabía si don Ponciano vivía todavía y, en ese caso, si aceptaría la copa como verdadera.

—No lo sé. Me imagino que mucho. Escucharé su oferta.

—¿Y si te engaña?

—No lo creo. Es un hombre de palabra.

Esther se quedó desconcertada y le echó en cara sus recientes y nobles amistades.

—¡Cuántos hombres de palabra hemos conocido!

—Ahora es distinto —especificó Ehud.

Acalorada por como se había desarrollado la conversación y su importante y trascendental contenido, Esther echó el cerrojo con una imprecación:

—¡Yahvé nos asista!

El cansancio y la ansiedad por llegar al destino les jugaron malas pasadas los dos últimos días de camino, por lo que discutían frecuentemente. Nerviosos y expectantes recorrían las últimas leguas antes de llegar a los suburbios de Roma. Por fin divisaron las siete colinas que se erguían altivas entre bancos de bruma del amanecer de ese día. El trasiego de entrada y salida por las calzadas de la gran ciudad era notable, incluso agobiante; carros, carretas, palanquines, monturas y toda clase de gentes de a pie se cruzaban entre la más absoluta indiferencia.

La *Vía Aurelia* terminaba en una enorme puerta, la de San Pancracio que, vigilada por seis soldados armados con picas, se alzó ante ellos. Siguiendo la fila que lentamente se hacía sitio en el interior de la ciudad, llegaron hasta el caudaloso río Tíber, lo cruzaron por el

puente de Sant´Angelo y siguieron callejeando por el centro de Roma hasta desembocar en la misma puerta de Villa Ponciano, sita cerca de los antiquísimos baños de Diocleciano.

Preso de una gran emoción, Ehud paró la carreta. Se bajó raudo y se dirigió hacia la enorme verja por donde salió aquella noche en defensa de la mujer que le tendió la emboscada. El guarda, al comprobar que su indumentaria no era acorde con las de las gentes que habitualmente acudían a visitar a su señor, cruzó la lanza impidiéndole el paso. Luego, se dirigió a él de malas maneras:

—¿Qué buscas por aquí?

—Hablar con don Ponciano.

—Don Ponciano no habla con gente como tú.

Ehud obvió el insulto y le advirtió con altanería:

—¡Anúncieme! Soy don Íñigo de Aransay.

—No malgastaré mi tiempo ni el de mi señor.

—Conozco a don Ponciano…

El guarda le miró displicente de arriba abajo.

—Mucha gente conoce a don Ponciano…

Viendo la indolencia del guarda, Ehud insistió:

—Le pido, por favor, que le anuncie mi visita. Es muy importante.

—¿Importante? Para quién, ¿para mi señor o para ti?

—Para ambos —argumentó Ehud.

Pero el guardia, lejos de intentar comprenderlo, le amenazó:

—Si no te marchas de aquí por las buenas te irás con una patada en el culo.

Entonces Ehud optó por hacerle ver la inconveniencia de negarle la entrada:

—Está bien, si cuando me anuncies a don Ponciano me hace pasar sin esperar ni un solo instante el que te dará la patada seré yo, y don Ponciano, cuando se entere de que me has hecho esperar, te dará otra.

El guarda suspiró pensativo mirando al incómodo y testarudo visitante. Luego se preguntó: ¿Y si fuera verdad?

—Un momento —masculló entre dientes.

Despareció por el interior de la villa en busca del secretario de don Ponciano para asegurarse de que no era una metedura de pata que le pudiera costar un disgusto. Al cabo de un rato, el guarda apareció corriendo por el jardín como un endiablado.

—¡Pase! ¡Pase, enseguida!

La mirada que Ehud le dedicó fue una de las más reconfortantes de su vida; el guarda, avergonzado, no obró recíprocamente. Su rostro exteriorizaba una mueca de estupor y un color rojo intenso había

tintado sus mejillas.

—Gracias —le respondió Ehud con una sonrisa.

El secretario le esperaba al final del jardín, justo a la entrada de la mansión. Le saludó educadamente, aunque se sorprendió de que sus ropas no fueran las adecuadas a quien se suponía que era.

—Don Íñigo, por favor, acompáñeme.

Subieron por las anchas escaleras de mármol que llevaban hacia el despacho de don Ponciano. En las paredes de las escaleras colgaban numerosos cuadros de personajes ilustres alumbrados con varias lámparas talladas, intercaladas entre cuadro y cuadro. Al final de la escalera se desplegaba un largo pasillo flanqueado por un sinfín de puertas. El suelo brillaba cual espejo y los dos andantes se reflejaban con nitidez, gracias a los altos ventanales que filtraban la luz de un hermoso patio interior que Ehud recordó.

—Por favor, aguarde aquí —dijo el secretario al llegar a un pequeño distribuidor con mesa baja y dos butacones tapizados en un llamativo satén rosa.

Al cabo de unos instantes, la puerta, por donde había desaparecido el secretario, se abrió y apareció de nuevo:

—Don Íñigo, pase, por favor. Don Ponciano le espera.

Ehud se levantó de sopetón. Sin embargo, su paso se hizo lento y cadencioso a medida que se acercaba a aquella enorme puerta blanca que daba paso al despacho de don Ponciano. Todas las certezas que albergó durante su viaje ahora se volvían contra él, más que como preguntas temerosas como dardos envenenados. ¿Cumpliría don Ponciano su promesa?, ¿estaría dispuesto a ayudarle?, ¿podría confiar en él?, ¿sabría lo ocurrido en Murcia?

La ansiedad, el temor y la intriga le hicieron temblar. Un sudor frío le perló la frente y lo dejó en un comprometido estado de laxitud a tan solo unos instantes de tener, probablemente, la entrevista más importante de su vida. Al cruzar el umbral de la puerta sintió que la vista se le nublaba y sus oídos se taponaban. Pero enseguida percibió un ligero murmullo que, haciéndose eco en su mente, le hizo reaccionar. Don Ponciano, desde detrás de su mesa de despacho, le hablaba con cortesía:

—Don Íñigo, amigo mío. ¡Cuánto tiempo!

—Es un placer verle de nuevo, don Ponciano.

El anfitrión le señaló con la mano uno de los butacones.

—Por favor, siéntese.

—Gracias.

—¿Qué tal su vida?

Ehud no sabía si con esa pregunta debía relatarle todo lo ocurrido o

simplemente pasarla por alto. También temía que don Ponciano diera en pensar que le estaba mintiendo y dejara de confiar en él. Así que se debatía irresoluto. En una atropellada reflexión optó por lo más cómodo: no entrar en detalles y esperar. Por si su contertulio intentaba tirar de algún hilo.

—Algo agitada con tanto viaje, don Ponciano.

—Me imagino. Entonces, ¿todo bien?

—Sí. Todo bien, gracias a Dios.

Al mencionar que todo iba bien y mirarle la ropa, don Ponciano comprobó que algo no encajaba en la historia. Ehud lo notó.

—Bueno, bien del todo, no —rectificó—. Fuimos atacados por unos asaltantes, cerca de Pisa, y nos robaron todas las pertenencias.

—¡Santo Cielo! Ya veo su aspecto y las cicatrices de su cara.

Ehud pensó que don Ponciano no se acordaba de que algunas de las cicatrices que deslucían su rostro fueron gracias a su desmesurada codicia, aunque evitó comentarlo. No era el momento de echarle nada en cara. También estuvo a punto de preguntarle por la herida que él le causó en el hombro durante el duelo, pero lo rechazó. Sería de mal gusto sacar a relucir viejas rencillas y sobre todo esa, que a punto estuvo de costarle la vida a su interlocutor.

—Así es, don Ponciano. La vida está algo complicada por esos caminos.

Entonces el dueño de la lujosa mansión se arrebujó en su sillón, como previendo que la tertulia iba a extenderse bastante tiempo. Eso le indicó a Ehud que don Ponciano estaba receptivo y que iba a poder explicarle, detalladamente, todo cuanto estaba dispuesto a referirle.

—¿Y qué le trae de nuevo por Roma? ¿Algún asunto relacionado con su santidad?

—Oh, no señor. El único motivo de mi viaje a Roma es su merced.

—¿Yo? —preguntó incrédulo para después ofrecerse—: Pues aquí me tiene.

Oído el ofrecimiento, Ehud se dio una tregua de silencio. No sabía por dónde empezar. Después de tantos días de sufrimiento para llegar precisamente a donde estaba ahora, no le salían las palabras o es que temía oír una negativa o algún desprecio.

—Tengo algo para su merced.

Don Ponciano puso cara de extrañeza.

—¿Algo para mí? No entiendo.

Ehud se sintió incómodo al comprobar que el interesado no se acordaba de algo tan importante.

—Algo que su merced, hace unos meses, buscaba a cualquier precio…

Sorprendido, don Ponciano se incorporó en el asiento y luego se dejó caer bruscamente hacia atrás, como si le hubiera dado un síncope, incluso la respiración se le agitó y unas gotas de sudor hicieron brillar su despejada frente:

—¡Santo Cielo! No me dirá que ha encontrado…

En el rostro de Ehud brotó una mueca que denotaba una reprimida pero intensa sonrisa.

—¡Por Dios! ¡Contésteme!

Ehud siguió unos instantes más con la sonrisa puesta en su boca. Unos instantes que a su partícipe se le antojaron una eternidad. Ehud quería disfrutar de ese momento tan soñado y quería alargar la intriga hasta que don Ponciano le volvió a rogar.

—¡Por favor! Dígame que ha encontrado…

Antes de contestar, Ehud miró con intriga a ambos lados de la sala y luego contestó en voz baja:

—Así es, don Ponciano. Está en mi poder.

Con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, el noble preguntó:

—¡¿Dónde?!

—Aquí. En mi mochila.

—¡No es posible! —negó incrédulo.

Don Ponciano se levantó del sillón como accionado por un resorte cuando Ehud se descolgó la alforja, la puso sobre sus piernas y se dispuso a abrirla. La mirada de su oyente no se distanciaba ni un ápice de la mochila del joven esperando ver aparecer el codiciado objeto. Las manos del muchacho temblaban de emoción al coger la copa en su envoltura original. Empezó a desliarla ordenadamente y con fruición. Al poco, Ehud alzaba el codiciado santo grial de los cristianos. Don Ponciano se sobrecogió al contemplarlo por primera vez. Se mantuvo tan silencioso como extasiado. Observaba la copa que moralmente significaba tanto para la cristiandad y por la que infinidad de hombres habían luchado y perecido a lo largo de los siglos. Sin embargo, para él y para su descubridor, su valor era otro. Luego, con recato, se acercó y cogió el grial entre sus manos, le pasó las yemas de los dedos con delicadeza observando una a una las piedras incrustadas. Curiosamente las contó y eran doce. Ehud no se había percatado de ese número, porque, sencillamente, no las había contado.

—Seis piedras rojas y cinco verdes intercaladas, más una negra. ¡Doce perlas! —susurró. Luego añadió—: Doce eran los apóstoles. ¿Una negra? ¿Por qué? Acaso, si este fue el cáliz de la santa cena, quien fabricó la copa ¿ya sabía que en esa mesa habría un traidor? —Luego sentenció—: Desde luego, no hay duda, este es el santo cáliz.

Al escuchar el descuadre, Ehud se imaginó su propia versión. Él,

desde luego, ignoraba que hubo un traidor en la última cena de Jesús, incluso que se celebrara esa cena bíblica.

—Quizá, por algún golpe, se desprendió una perla verde y alguien la sustituyó por una negra…

Don Ponciano admitió sin soltar la copa:

—Es posible, don Íñigo, pero me inclino más por mi versión… más evangélica.

Ehud asistía embobado a las deducciones que hacía don Ponciano sin entender nada de lo que argumentaba, pero al escuchar lo de la autenticidad del objeto, no quería que se albergara ninguna duda respecto a ello, podría malograr su pomposo negocio. Entonces, ante la perplejidad de don Ponciano, Ehud se levantó el faldón de la camisa y tiró de un grueso hilo. Poco a poco fue deshilando algo que llevaba cosido por el interior. Cuando lo hubo despegado de la camisa se lo entregó a su contertulio.

—Tome, don Ponciano.

—¿Qué es eso?

—Es el mapa que acredita el recorrido que hizo alguien con la copa, desde su salida de Palestina hasta Murcia pasando por Glastonbury. Solo queda añadir el viaje que ha hecho conmigo desde Murcia a Génova en barco y desde Génova a Roma por la *Vía Aemilia y la Vía Aurelia*.

Don Ponciano, dada la importancia del mapa, lo contempló con dedicación, pero se extrañó de la larga fila de signos que acompañaba al mapa por su parte inferior.

—¿Y estos signos?

—Es una leyenda que tuvimos que descifrar.

—¿Qué lengua es? ¿Arameo…?

—No, al parecer es la escritura de los templarios…

—¿Y qué expresa? —preguntó curioso.

Antes de contestar, Ehud hizo memoria para no meter la pata:

—La traducción es: “Proteged el Santo Grial”.

—¡Dios Santo! ¡Es fantástico! ¿Estaba junto con la copa?

—No, señor —especificó Ehud—. Estaba enrollada en el mango de la espada de la enorme figura de un guerrero que presidía el panteón por donde se entraba secretamente a las mazmorras de mi castillo.

—La figura ¿era de un templario? —quiso saber don Ponciano.

Entonces, Ehud recordó lo que le había explicado su secretario.

—Al parecer era el panteón del maestre templario de Murcia, Armando de Mont-Agut.

Grial en mano, don Ponciano reflexionó:

—Evidentemente, todo concuerda. No puede haber ningún error —.

Se dijo para infundirse ánimos, despejar cualquier duda y a continuación gritar gozoso—: ¡Es el auténtico!

Pero en un instante, don Ponciano que había gritado de emoción, guardó silencio, pensativo. Su rostro se curtió y en él afloró una mueca de preocupación. Ehud advirtió el brusco cambio.

—¿Qué le ocurre, señor?

Sin dejar de admirar el objeto, don Ponciano se confesó:

—¿Quién más sabe de la existencia del grial?

Ehud, al pronto descubrió que la pregunta que le había formulado don Ponciano ocultaba dos opciones muy importantes, una de ellas altamente peligrosa. Si admitía que solo Esther y él conocían la existencia de la copa, podría hacerlos desaparecer sin el menor esfuerzo y apropiarse la copa. Y si le descubría que la aparición del santo grial era conocida al menos por cuatro o cinco personas, don Ponciano podría perder el interés de ser una de las tres únicas personas que conocían el revolucionario descubrimiento. Pero Ehud, en una breve y súbita reflexión, decidió contarle la verdad:

—¡Oh! Pierda cuidado su merced. Solo mi esposa y yo.

Dicho esto, Ehud se puso en pie, frente a frente con el hombre contra el que se había batido, al que había herido de gravedad y al que generosamente le había perdonado la vida. Esos instantes desfilaron vertiginosamente por su mente reviviendo el pasado, incluyendo, naturalmente, la promesa hecha por don Ponciano antes de perder definitivamente la conciencia.

—Ahora espero de su merced que cumpla con su palabra —le espetó.

Era diecisiete de abril de 1496, día en el que la iglesia católica conmemoraba el jueves de pasión, el jueves santo. Había amanecido un día claro, límpido, precioso. El traje azul inmaculado del cielo dominaba todo cuanto Ehud podía admirar desde el atrio de su mansión en la campiña romana. Respiraba tranquilidad y sosiego por los cuatro puntos cardinales. No había nada que le importunara o quebrara su descanso mientras Esther, ufana e ilusionada con su abultado vientre, en el interior de la casa se acicalaba. Esa mañana saldrían en su ostentosa galera de viaje a Roma.

Vivían los dos solos, sin secretarios, sin guardas, sin servidumbre, en una casa solariega que don Ponciano escrituró a nombre de los jóvenes, amén de proporcionarles una ingente cantidad de dinero que le facilitaría la vida a su estirpe aún más allá de su muerte, es decir; toda su descendencia viviría con holgura y con holganza gracias a su antepasado. Ocupaban el tiempo paseando por la campiña y

disfrutando del paisaje y del ambiente rural. Semanalmente se acercaban hasta el pueblo más próximo en el cual compraban las suficientes viandas para no pasar necesidades. Ahora, el dinero no era un inconveniente pero lo administraban con tasa, pensando en los penosos días pasados y en los bruscos cambios que daba la vida. Su único y fundamental pensamiento lo dedicaban a planificar el nacimiento de su vástago allá por el mes de diciembre.

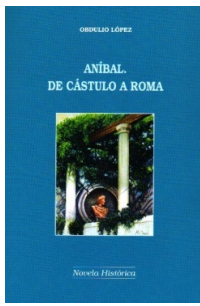
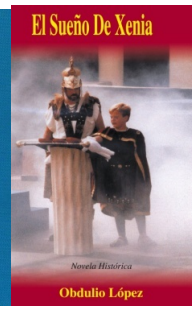
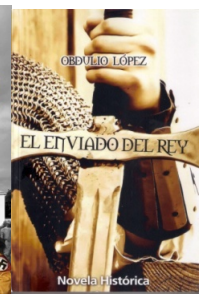
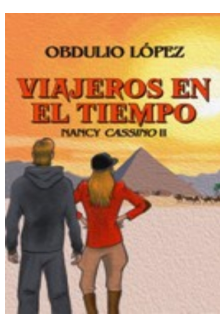
Hacía pocos días que don Ponciano, en un acto privado de —inestimable generosidad— celebrado en las dependencias privadas del santo padre y con la asistencia de toda la curia romana, había donado el santo grial al Vaticano. El objeto se expondría en lugar preferente para que la cristiandad lo visitara y adorara como la única y principal reliquia de Jesús en la tierra y en la cual fue vertida su preciosísima sangre. En compensación, don Ponciano arrancó unos interesantísimos tesoros que la santa sede guardaba celosamente y que el noble aspiraba poseer desde hacía tiempo con el fin de engrosar su magnífica colección de antigüedades.

Rozando la hora sexta, la lujosa galera se aproximó a la plaza de san Pedro, rebosante de gentes llegadas desde todos los rincones del mundo para rezar con el santo padre en los días de la pasión y muerte de Jesús. Pero ese día era muy especial. Desde hacía más de un mes cientos de jinetes a caballo habían recorrido medio mundo con la buena nueva: ese año el Papa elevaría durante la santa eucaristía el auténtico y verdadero cáliz, encontrado, después de arduas excavaciones, en las catacumbas romanas por el insigne mecenas, el español don Ponciano Navas de Segura, al que varios obispos y cardenales habían propuesto para su beatificación en vida por tan importante y trascendental descubrimiento.

Para la ocasión el santo cáliz había sido insertado en el centro de una lujosa peana de oro y piedras preciosas que realzarían su vista cuando el santo padre lo alzara desde el balcón de sus aposentos y lo ofreciera a toda la cristiandad.

Cartagena, septiembre de 2016

EL AUTOR

Obdulio López (Cartagena, 1953) estudió
Ingeniería Técnica en la U.P. de Valencia y Asesor Inmobiliario en la Universidad de Alcalá de Henares.
Su interés por la historia antigua le llevó a viajar por
varios países árabes y por Grecia.
Es autor de publicaciones de diversa índole
y conferenciante en radio y TV sobre historia.
Fue director de la revista *Dársena* y
colaborador en *Cartagena Digital*.
En la actualidad es Presidente de la
Semana de la Novela Histórica de Cartagena
y miembro de asociaciones y
clubes de interés cultural.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR